

LA SEGUNDA REVOLUCIÓN

LIBRES, IGUALES, JUSTOS



COSTA ALCALÁ

PREMIO CELSIUS A LA
MEJOR NOVELA JUVENIL
EN CASTELLANO

Costa Alcalá

La Segunda Revolución

Libres, iguales, justos

montena

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@somosinfinitos



@somosinfinitos



@somosinfinitoslibros

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Pero el problema con las coronas no es
ponérselas, es quitárselas

TERRY PRATCHETT,
Brujerías (Debolsillo, 2015)



Tierra



Agua



Aire



Escudo



Ilusión



Azar



Fuego



Rayo



Hura



Dominio

Lunes, 15 de junio.

Casa de la Guardia de Malesia.
4.40 de la tarde



No quiere sentarse. Enzo lleva días con una avalancha en el pecho. Si se sienta, ya no será capaz de levantarse más.

—Tenemos órdenes expresas —dice la detective con la cabeza ladeada—. Lo siento.

Que lo siente. Enzo no quiere disculpas, quiere que encuentren a Kástor. Es el cuarto día que va a la Casa de la Guardia, el cuarto día que cruza esa sala salpicada de escritorios y que habla con la misma detective. Se llama Sagari. La primera vez que hablaron, parecía que iba a ayudarlo. El primer «lo siento» era de apoyo. Este parece una excusa.

—¡No me diga que lo siente! —El grito le sale de la garganta a arañazos. Enzo se yergue, le duele tanto el cuerpo de rabia contenida que acaba dando un golpe seco contra una silla tapizada en terciopelo verde desgastado que tiene al lado—. ¡Con decir que lo siente no va a arreglar nada!

La detective Sagari sigue sentada al otro lado del escritorio, no se mueve.

—Las órdenes han sido claras. Son las Brigadas de Intervención Especial las que se encargan de todo lo relacionado con Zaaren Kelsryn y ya están

informados de esta desaparición.

—Pero ¡ellos no han querido hablar conmigo! ¡No me dejan pasar al edificio! ¡No hay manera!

Enzo se cubre la cara con las manos al tiempo que se dobla sobre sí mismo. Podría destrozar todo el mobiliario de la Casa de la Guardia y no le bastaría.

Zaaren se lo arrebató. En la Plaza del Parlamento, a plena luz del día. Tuvo que usar Dominio. Si no, ¿por qué no fue detrás de él? Se quedó mirándolo impasible mientras Kástor se alejaba por entre la multitud. La escena se repite una y otra vez en su cerebro, como una penitencia, pero ha llegado un punto en que ya no sabe si son recuerdos o fragmentos de su imaginación.

—Tienen que estar por alguna parte en Blyd. Por todos los cielos, Zaaren debe de ser la fugitiva más buscada de todo el país y ustedes... ustedes están aquí sentados. ¿Qué hacen aquí? Deberían registrar las calles, las casas, deberían... ¡hacer algo!

—Señor Baaer, como ya le he dicho, la Guardia tiene las manos atadas.

Enzo levanta la vista un segundo. El cristal de la ventana tras la figura de la detective le devuelve su propio reflejo. El cristal le muestra a un Enzo con la expresión desencajada, cercos oscuros bajo los ojos que le hacen parecer un perturbado. Quizá lo esté.

A pesar de todo, su mente está lo bastante centrada como para captar un movimiento con el rabillo del ojo. A su derecha, uno de los guardias ha comenzado a levantarse mientras el ambiente se carga de energía contenida. Se están preparando para recurrir al Vínculo en caso de que sea necesario.

Contra él.

Enzo aprieta los dientes. Le ven como una amenaza.

Otro Enzo, quizá el Enzo de hace unos pocos días, habría recuperado la calma de inmediato. Habría pedido disculpas. Ahora, con los puños apretados, golpea la mesa con tanta fuerza que todo lo que hay encima se tambalea.

Entonces la detective Sagari hace un movimiento con la mano, seco y corto. Enzo se da cuenta de que no va por él, sino por un puñado más de guardias

que, a su espalda, ya se estaban acercando.

—Señor Baaer —dice con tono calmado. Un silencio opresivo ha llenado la sala, Enzo siente todas las miradas puestas en él. Para demostrar que todo está bajo control, la detective Sagari rodea su escritorio hasta detenerse a su lado. Es una mujer menuda, de mediana edad. Bucles rubios le enmarcan las facciones redondeadas—, no puedo ni imaginarme por lo que están pasando usted y la familia del señor Graadz.

Enzo ya no puede soportar ese tono tranquilo, las palabras amables de la detective Sagari le queman en los oídos y en el corazón. Al dar un paso hacia atrás, los músculos agarrotados por la tensión hacen que trastabille y, al instante, los guardias que le rodean dan un respingo.

Vuelve la cabeza hacia una puerta de doble batiente al fondo de la sala. La salida. Venir a la Casa de la Guardia todos estos días ha sido una pérdida absurda de tiempo. Echa a caminar y solo mira hacia atrás un segundo para despedirse de la detective Sagari con una inclinación de cabeza. Ni siquiera le guarda rencor. Para ella, para todos, Kástor es solo un caso más.

Fuera, en las calles estrechas y empedradas que conforman el barrio de Malesia, tan próximo al río, un sudario de calor húmedo se le pega a la piel. Enzo camina hacia el otro lado de la calle mientras se pregunta cómo es posible que la pareja que pasa por su lado o el puñado de personas que viajan en el metropolitano con el que se cruza puedan seguir con su vida tan tranquilamente cuando él se siente truncado, en caída libre.

Se detiene. A su derecha hay unas escaleras que terminan en un porche cubierto con tejas verdes que le protegen del sol. Se sienta, saca su diario y una estilográfica del bolsillo del pantalón. Le tiemblan las manos. Escribe un mensaje a los padres de Kástor para decirles que sigue sin noticias. Luego, otro mensaje para Vann. Él tampoco ha dejado de buscarlo.

No llega a guardar el diario. Estira los dedos entumecidos y sujeta de nuevo la estilográfica. Necesita a todos los aliados que pueda encontrar y la memoria se le va a una noche fatídica, hace unos meses, cuando Enzo descubrió que

Kástor había estado bajo el Domino de Zaaren durante todo el curso en el Liceo. Recuerda esa noche en que se enfrentaron a ella. Comienza a escribir:

Enzo Baaer dice:

No sé cómo decir esto, Lórim. Quizá ya lo sabes, quizá te lo ha contado Vann. Kástor ha desaparecido, Zaaren se lo llevó y la Guardia no hace nada. Sé... eres Aura, ¿verdad? Usaste Aura cuando estábamos luchando contra ella y contra sus títeres. Juraría que te escuché hablar dentro de mi cabeza. Necesito ayuda. Por favor.

~ Primera Parte ~



Lunes, 21 de septiembre.

Ippi, casa de Denna. 7.40 de la tarde



Si no se apresura llegará tarde; pero es que no encuentra su diario. Denna resopla con tanta energía que el flequillo le hace cosquillas sobre la frente. Con la gente que habrá hoy por Montalgo, durante el Festival, sin su diario duda que sea capaz de dar con los demás.

No tiene tiempo. Tendrá que arreglárselas sin él. Lo que no puede olvidarse es la chaqueta de hilo verde, pulcramente doblada sobre la cama, que se guarda en el bolso. Un último vistazo para asegurarse de que el dichoso diario no está por ninguna parte y sale por la puerta. El cuarto da a un pasillo estrecho de paredes con papel pintado que Denna cruza rozando distraídamente con las yemas de los dedos.

—¿Te marchas? —le pregunta su madre cuando llega al salón. Está sonriendo. Denna no sabe por qué eso la hace detenerse. Quizá sea porque su madre está sonriendo mientras su padre también está en la misma habitación.

—He quedado —murmura ella.

—¿Hoy? ¿Estás segura de que quieres salir hoy? —dice su padre.

Sí. Ocurre algo extraño. Su padre está en la butaca que hay frente al orbe y su madre en el sofá, sentada con la espalda recta y las rodillas muy juntas como si estuvieran en una reunión de la alta sociedad en vez de en una sala

con demasiados muebles y humedades en cada esquina. Ahora que se da cuenta, no les ha escuchado discutir en todo el fin de semana. Lo habría sabido. Las paredes del piso son finas como papel de fumar.

—¿Qué tiene hoy de especial? —Denna hace la pregunta en un tono cuidadosamente inocente. Para potenciar ese efecto, entrelaza las manos a la espalda y se balancea un poco—. Preferís que me quede o...

—No. Tienes razón, supongo que es un día como cualquier otro. —Otra vez a su madre se le curva la comisura del labio hacia arriba, parece más una mueca de satisfacción que una verdadera sonrisa.

Denna inclina la cabeza dócilmente, aunque claro que es un día especial: es el Festival de Tierra. Lo es, de hecho, aunque el gobierno haya decidido cancelarlo por razones de seguridad. Es muy probable que eso sea lo que tiene a sus padres tan contentos y Denna tiene que apretar los labios, forzar una expresión neutra.

—Puede que llegue después de cenar —dice tras unos segundos—. Ibar y yo vamos a dar un paseo. Quizá luego me lleve al teatro.

Aguarda con la respiración contenida hasta que ve cómo sus padres intercambian una mirada cómplice. El nombre de Ibar siempre les alegra el día aunque el Ibar que conocen sus padres sea Fuego y de una familia muy tradicional. Denna no tenía intención de engañarlos, solo fue prudente al pensar que sus padres no verían con buenos ojos que saliera con alguien de Tierra y, con el tiempo, casi sin darse cuenta, Ibar se ha convertido en cadete de las Brigadas de Intervención Especial, el heredero de un bonito palacete en el barrio diplomático que la lleva al teatro, a cenar y que la corteja muy formalmente. Sus padres están contentos y ella también. Tan contentos que ni siquiera ha tenido tiempo de decirles que, en realidad, Ibar y ella ya no son pareja.

Su madre da un suspiro contrariado pero parece reponerse admirablemente bien. Ladea la cabeza para mirarla y, por un segundo, Denna tiene la impresión de encontrarse delante de un espejo. Se parecen tantísimo por fuera como son

distintas por dentro.

—No te preocupes, cariño. —Cariño. La ha llamado «cariño». Cree que es la primera vez que lo hace en la vida—. Tu padre y yo tenemos invitados a cenar y queríamos que tú y tu hermana los conocierais; pero ya habrá otra ocasión más adelante. Tú, diviértete con Ibar y dale muchos recuerdos de nuestra parte.

Que Denna recuerde, sus padres no han tenido invitados jamás. Uno de los motivos más habituales de discusión entre ellos siempre ha sido su piso, tan pequeño, tan viejo, tan obrero. Pero no piensa perder más tiempo preguntándoles con quiénes van a cenar, ahora que tiene su beneplácito para salir.

Apenas murmura una despedida mientras sale al rellano y baja las escaleras hasta la planta baja. En la calle, los primeros pasos los da poco a poco. No quiere correr por si sus padres la están mirando por la ventana pero las piernas le piden urgencia. Entonces, cuando gira la esquina, saca la chaqueta de hilo verde del bolso y se la pone justo antes de bajar una cuesta empinada.

El barrio en el que vive, Ippi, está en la ribera sur del Lhin, la ribera mala, según sus padres y otra gente que conoce. Se levanta sobre una colina que se asoma al río y, en realidad, es casi como un pueblo pequeño. Como todos los barrios de la ribera sur, Ippi se construyó para dar cobijo a los obreros que llegaban a Blyd en busca de trabajo. Se levantó apresuradamente, con una planificación casi nula que ha dejado el barrio salpicado de calles torcidas y descampados entre los bloques de apartamentos.

No obstante, a ella siempre le ha gustado. Muchos domingos los vecinos se reúnen para reparar mobiliario urbano en mal estado o repintar alguna fachada con colores brillantes y, luego, todos juntos almuerzan un estofado en uno de los parques con columpios oxidados que, a día de hoy, por las tardes todavía ocupan muchos de los niños.

Ni ella ni su hermana han ido nunca a tomar estofado ni a pintar las fachadas con los vecinos. Mucho menos, a disfrutar de los columpios. Denna pasó la

infancia encerrada en casa mientras su madre se quejaba del dinero que costaba el colegio al que la habían enviado. Como si ella se lo hubiera pedido...

Pero hoy el barrio está desierto. Denna no se cruza con nadie hasta que al final de la calle llega a la parada del metropolitano, donde una pequeña multitud la recibe con miradas nerviosas pero cómplices. Todos van al mismo sitio y no es casualidad que, como Denna, la mayoría lleve prendas de ropa de color verde.

Desde Ippi hasta Montalgo hay, sin exagerar, media hora de trayecto en metropolitano. Esta vez, sin embargo, dura más: una vez han cruzado el río, el vehículo avanza lento y entre maldiciones del conductor, que toca la bocina para que los ríos de gente que se dirigen en su misma dirección se aparten.

Cuando el vagón asciende esforzadamente por la colinilla donde se levanta Montalgo, el metropolitano comienza a vibrar. No es por culpa de los adoquines cuadrados que pavimentan las calles. Es por una vibración rítmica que les asciende desde las plantas de los pies hasta la coronilla. En un momento en que los bocinazos y los gritos del conductor ya no sirven de nada y, a riesgo de llevarse a alguien por delante, el hombre frena, se quita la gorrita de plato para abanicarse y, resignado, les pide a los pasajeros que prosigan su trayecto a pie.

Puede que el gobierno, un gobierno precario, cuestionado y abocado a unas elecciones anticipadas dentro de unos meses, haya querido prohibir la celebración del Festival de Tierra. La marea de gente vestida con tonos verdosos que avanza por la calle y esa percusión sísmica que se extiende bajo la ciudad evidencian el éxito que han tenido.

Sin embargo, a Denna no se le escapan los uniformes gris y crema que, aquí y allí, salpican las aceras. La Guardia. Denna se pregunta, ahora que en breve comenzará el tercer curso en el Liceo, qué haría ella de estar en su lugar, si acataría la orden de vigilar el festival sabiendo que su prohibición es injusta. Apura el paso. Sin el diario le va a ser difícil encontrar a los demás entre toda

la gente, pero no imposible. Parpadea dos veces, deja que Aura tome el control de sus sentidos.



—Me estás tapando.

Al principio solo se percibía un amasijo de vibraciones acercándose desacompañadas pero ahora el retumbar de la Tierra ha adquirido un patrón claro: una base regular, como el latir de un corazón inmenso, sobre la que se dividen ritmos más rápidos, síncopas, contratiempos.

—No te estoy tapando, *Hoku*. Es que eres muy bajita. No me culpes a mí de lo que es culpa de la biología.

—Biología, dice... —murmura Kózel para sí poniéndose de puntillas. Quizá sea fruto de su imaginación pero juraría que adivina algo de movimiento entre la gente—. Los Antepasados me den paciencia...

Como sabe que podría pasarse el día discutiendo con él, Kózel empuja a Lórim con fuerza para que se aparte a un lado de una vez. Ve poco más que un mar de coronillas y sombreros pero que la maten si reconoce que Lórim tiene parte de razón.

—No parece que vaya a haber problemas, ¿verdad? Es decir... sé que hemos decidido venir incluso ante la posibilidad de que los haya; pero todo está tranquilo, ¿no? No es que esté asustada. Es decir, sí lo estoy, pero no estoy diciendo que nos marchemos. Pero vigila por si acaso.

Ha habido rumores todo el verano, pero hasta hace una semana no se hizo público el comunicado oficial del gobierno prohibiendo la celebración del Festival. Salta a la vista el caso que se le ha hecho, aunque el ambiente es bastante menos festivo de lo que debería. Cualquier ruido fuera de lugar hace que la gente mire hacia las calles circundantes. Todos deben de tener en la

cabeza lo que ocurrió hace unos meses en la Plaza del Parlamento. El pueblo se estaba manifestando en contra del gobierno y les mandaron la caballería para dispersarlos. Hubo muertos, decenas de heridos. Y luego, como por arte de magia, los medios oficiales comenzaron a atribuir toda la violencia a Zaaren, a sus caballeros y a su intento fallido de tomar el poder.

Llevan mintiendo tanto tiempo que, a fin de cuentas, ¿qué precio tiene una mentira más?

Kózel agita la cabeza. Hay pensamientos que es mejor ni abordar.

—Anda, sube. —Al principio no entiende lo que quiere decirle Lórim hasta que este se inclina y hace un gesto con el mentón hacia atrás, señalando a su espalda—. Seré tu noble corcel, *Hoku*.

—No tengo doce años, Lórim.

—Tampoco tienes mi metro ochenta y tres de estatura. Vamos, mujer, que te lo vas a perder. —Como insistiendo en su oferta, Lórim se inclina un poco más y echa las manos hacia atrás.

Kózel vuelve a mirar hacia delante. El desfile ya está pasando frente a ellos y Kózel de momento solo ha visto las últimas tendencias en peluquería que se llevan en la capital. Para eso, habría podido ir al centro de Blyd un sábado por la tarde y el efecto habría sido el mismo. De repente, el patrón rítmico bajo sus pies se vuelve una fracción de segundo más rápido y, sin saber cómo, eso le provoca a Kózel un cosquilleo que le va de la base del estómago hacia la garganta.

—Que no sirva de precedente —dice mientras se encarama a la espalda de Lórim y, de ahí, a sus hombros—. Y nada de hacer tonterías, noble corcel.

Por supuesto, lo primero que hace Lórim es relinchar y dar un par de saltos, pero la nueva perspectiva lo compensa: la multitud ha dejado un paso estrecho por el que pasan los Tierra que participan en el Festival. Hombres y mujeres de todas las edades y condiciones avanzan, cada uno a su ritmo, ajenos a los demás pero aun así en total armonía. Y ese ritmo lo transmiten con cada paso, con cada golpe en el suelo.

—¡Mejor, ¿verdad?! —grita Lórim lo bastante alto como para que le escuche por encima del estruendo; pero ella no contesta. Tiene la boca abierta. La ciudad retumba al paso de los Tierra, pero eso no es lo que maravilla a Kózel. Cuando tiembla la Tierra, las vibraciones se transmiten hacia arriba, a través de los cuerpos de quienes han venido a presenciar el ritual. Y esas vibraciones producen música. Cada uno de los árboles, las farolas y los edificios contruidos con piedra que conforman el centro de Montalgo resuenan con una nota distinta y única que se despliega en una sinfonía gigantesca. No le entra en la cabeza que alguien haya querido prohibir esto. Es maravilloso.

Pero la maravilla dura poco porque, de pronto, Kózel siente que pierde el equilibrio.

—¿Qué Rayos haces? —pregunta agarrándose de la cabeza de Lórim.

—Nada —masculla él con voz inocente, aunque cuando Kózel mira hacia abajo comprueba que ha estado a punto de caerse porque Lórim, en un complejo ejercicio de contorsionismo, intenta sujetarla a la vez que trata de sacarse algo del bolsillo—. Es que quería ver si Denna había escrito al diario, llega tarde...

—Con tanta gente, quizá no puede llegar hasta donde estamos nosotros. Espera...

Ahora es ella quien, en su intento por girarse, hace que Lórim se tambalee.

—¿Qué haces tú ahora? —le pregunta él, aunque Kózel se mueve con razón. Le ha parecido... No, no se lo ha parecido porque ahí está—. ¡Ah, claro! —grita Lórim—. Vaaa...

Aprovechando que tiene la nuca de Lórim muy cerca, le da un manotazo para que se calle.

Porque, sí, es que ha visto a Vann. Está demasiado lejos para verla a ella pero, aun así, Kózel se descubre levantando la mano en un saludo por... por si acaso. Por si la viera y abandonara esa expresión tan concentrada, tan íntegra que tiene mientras con sus pasos contribuye a esa música que se ha comido la ciudad.

Entonces, como si se hubieran puesto de acuerdo, Vann y algunos de los que le rodean dan un salto hacia delante y, en su caída, golpean el suelo con los puños cerrados. El impacto recorre la calle como un seísmo y, en ese instante, el latido que guía la percusión aumenta la velocidad. Kózel aparta la mirada de la columna de gente de Tierra. Unos metros más allá, a su derecha, lo que ve es una mano que se ha levantado entre la multitud para saludarla.



—¡Allí están!

Nero está señalando un poco más allá entre la gente, donde Hokulea está sentada, parece, sobre los hombros de Hérshel. Hace ya rato que les perdieron y la verdad es que ni siquiera han intentado buscarlos: hay demasiada gente. Es decir, la gente que está es la gente que tendría que haber durante el Festival de Tierra, lo hayan prohibido o no. Enzo cree, en realidad, que quien sobra es él.

—¿Quieres que vayamos con ellos? —le pregunta a Nero mientras, al mismo tiempo, echa la vista hacia atrás.

Nero asiente. Le sujeta con suavidad, como si fuera a desmoronarse y comienzan a avanzar. Nero navega entre la gente con movimientos sinuosos, siempre parece dar un paso en la dirección donde va a quedar un hueco libre. Y Enzo piensa, de nuevo, en que quizá debiera marcharse.

De pronto, no sabe cómo, llegan hasta donde están Hérshel y Hokulea, que los reciben con una sonrisa.

Enzo se ha acostumbrado ya a esas sonrisas que, en realidad, disfrazan muecas de preocupación. Esos gestos también le atormentan. Les agradece infinitamente que, al par de días de escribir ese mensaje desesperado, los tres: él, Nero y Hokulea se presentaran en Blyd para ayudar; pero ese cuidado con

el que le tratan a veces termina por desesperarlo. Enzo da un suspiro y, cortés, sonrío a los demás mientras se gira para seguir viendo el desfile. Es mucho mejor que no le vean la cara, así puede dejar de fingir.

Delante de ellos, los movimientos de los Tierra, con Vann a la cabeza, se vuelven más bruscos. Hay algo primario en esa percusión que atraviesa la ciudad. Una sensación de pertenencia, de fuerza compartida. Es cierto que, desde la caída de los Indrasil, el Festival de Tierra se ha vuelto algo casi folclórico, un espectáculo; sin embargo, antes de la Revolución siempre fue una jornada reivindicativa. El Festival siempre se vio como un símbolo de unión, una demostración de orgullo y de poder. Por eso estuvo prohibido durante décadas y, por eso, no por el peligro de un ataque, está seguro Enzo, lo han prohibido hoy.

Enzo se da cuenta, entonces, de que ha habido otro cambio en la percusión además de la velocidad. Al principio, los golpes eran todos distintos, cada uno seguía su propio patrón; pero ahora los golpes se acompañan. Lo mismo ocurre con los participantes del desfile, que comienzan a moverse al unísono. El rugido de la Tierra alcanza un volumen ensordecedor.

—¡Lórim! —Enzo vuelve la cabeza ante la nota disonante que es la voz de Hokulea—. ¡¿Qué habíamos dicho sobre hacer el tonto?!

—¡No ha sido queriendo! —se disculpa Hérshel poniéndole ambas manos en las piernas para estabilizarla—. ¡Podéis ver qué pasa? Me acaban de dar un empujón que casi...

—Al final parece que el gobierno sí que ha decidido detener el Festival y a la Guardia le ha tocado el trabajo sucio. Están llegando desde todas partes —grita Hokulea inclinándose para acercarse a ellos aunque, en realidad, no le habría hecho falta.

Los golpes se detienen y los últimos ecos de la percusión le resuenan en los huesos en medio del silencio atronador que acaba de hacerse. Los Tierra que participaban en el desfile, en el centro de la avenida, miran en la dirección desde la que llegan los guardias. Todos salvo Vann, que les está mirando a

ellos.

Algunos de los miembros de la comitiva se apartan, se internan entre la gente. Vann, también. Enzo echa un vistazo hacia atrás otra vez, la Guardia está cada vez más cerca aunque, de momento, no parece que la gente haya sucumbido al pánico.

Cuando vuelve a centrarse en lo que tiene a su alrededor, Kózel ya ha bajado de los lomos de Lórim y Vann se abre paso entre la gente hasta que llega a su lado.

—Me alegro de que estéis aquí. —En cuanto le ve, su amigo le pasa un instante el brazo por los hombros casi en una caricia. Otra vez un gesto suave como si Enzo estuviera hecho de cristal—. Vamos a necesitar toda la ayuda posible. Ya nos esperábamos algo así.

—Pues ya podrías habernos avisado —remata Hérshel con una de esas sonrisas suyas, de dientes muy blancos y una seguridad apabullante.

—No bromees ahora, melón —le corta Hokulea—. ¿Qué tenéis pensado? ¿Debemos marcharnos? ¿Despejar la zona? —Debajo de ese flequillo demasiado largo, Enzo sabe que la mirada de Kózel es pura energía contenida.

—Resistir. —No habla solo para ellos, sino que se dirige a la multitud que les rodea. Enzo no sabe cuándo Vann ha hecho el cambio. Cuándo ha pasado de ser su amigo, su compañero, a ser algo parecido a un líder—. La consigna es no recurrir a la violencia pero, aun así, no vamos a dejar que suspendan nuestro festival.

Flota en sus palabras algo más que no dice, recuerdos del día de la República de hace dos años, del atentado al teatro metropolitano, de las vigilias pacíficas del año anterior que terminaron con Enzo trasladando heridos y cadáveres junto a los servicios de emergencia.

Pero Enzo, ante esos recuerdos, ante las palabras que dice y que no dice Vann, ya está seguro de que no quiere estar ahí. Enzo no quiere nada. No le importa el Festival, no le importa lo que la Guardia o los Tierra quieran hacer. Está cansado. Se siente inútil.

Mucho más cuando se da cuenta de que la gente sigue a su amigo sin reservas. Cuando habla Vann, se extienden los murmullos. Un poco más allá, una mujer ancla el brazo alrededor de la señora que tiene al lado y esta hace lo mismo con un adolescente bajito que primero parece sorprendido pero que, un segundo después, asiente. En cuestión de segundos, más brazos se entrelazan con los de sus vecinos, la gente cierra filas. Una barrera humana, prieta y decidida, que mira al frente hasta que, de pronto, alguien da un golpe con el pie contra el suelo. El golpe lo repite alguien más allá, a su derecha. Luego, otra persona. Y otra.

El ritmo se reanuda al cabo de un instante aunque ya no proviene del desfile, sino que es una melodía compartida entre todos los que están hoy por las calles de Blyd dispuestos a resistir. Como atraídos por el son del Vínculo, Enzo y los demás se unen a la barrera humana. Él encaja el brazo con Nero y aunque sabe qué ocurre, que es noche de Festival y durante las noches de Festival parece que el mundo funcione con engranajes perfectos, Enzo permite que esa sensación de plenitud le inunde por completo cuando se siente uno con la Tierra.

Por eso, aunque la Guardia hace una intentona de adentrarse entre la gente y algunas de las personas que están en primera fila son arrastradas sin muchos miramientos, en realidad no pueden contra todos, un muro de piedra y carne. Mientras la Guardia embiste, los golpes de cientos de pies contra el suelo resuenan, la ciudad vibra, los cristales de las ventanas tintinean cada vez más violentamente. Al sonido de la percusión se le suma un griterío airado que aumenta de volumen con cada embate de la Guardia.

Entonces escucha la voz, tan clara por encima de todo ese ruido que en un primer momento, Enzo no sabe de dónde proviene.

—Por fin os encuentro.

Igual que él, los demás vuelven la cabeza.

Denna Blyzster se acerca a empujones desesperados hacia ellos pero a cada paso que logra dar, la presión de la multitud le hace retroceder dos. Está

mucho más pálida de lo normal y la única nota de color en su piel clarísima son dos cercos oscuros bajo los ojos. Aun con la distancia que los separa, Enzo se da cuenta del momento en que Denna respira hondo y se lleva las manos a las sienes.

Segundos después Lórim Hérshel ha echado a correr en su dirección tratando de evitar a la muchedumbre.

Tiene suerte, porque justo donde estaba salta un Rayo que iba directo hacia él.



Brynn no entiende el campo. Él es un hombre de ciudad. Sabe que hay gente (gente de poco fiar, en su humilde opinión) que necesita alejarse de la urbe y pisar la tierra húmeda, escuchar el canto de los pajaritos y oler las flores. El detective Brynn, que lleva prácticamente siete horas metido en un maldito cuadríciclo desde el que solo se ven cultivos de trigo y bucólicos bosquecillos, opina que el campo es mortalmente aburrido.

El cuadríciclo sobrepasa el límite del enésimo campo que han atravesado desde que dejaran Blyd por la mañana, en medio de los preparativos para un festival que No Va a Celebrarse, según el gobierno. En siete horas de trayecto y treinta minutos de pausa para comer, han atravesado la extensa llanura que rodea Blyd y ahora enfilan una cuesta que se interna por la ladera boscosa de una montaña. El detective Brynn se echa hacia atrás en un vano intento de fundirse con el asiento del vehículo. La carretera tiene curvas.

Brynn tampoco entiende la afición que alguna gente tiene por los cuadríciclos. No sabe conducir ni tiene intención de aprender. Siempre le ha parecido que estos trastos son futuros accidentes sobre ruedas pero, aun así, cuando, montada en uno de esos trastos, la agente Elera se ha presentado frente

a su casa a primera hora de la mañana y le ha dicho que subiera, Brynn no lo ha dudado ni un segundo.

—¿Está segura de que es por aquí?

Elera simplemente aprieta las manos contra el volante del cuadríciclo antes de encarar una curva especialmente cerrada.

—Rádick no estaba en condiciones de mentirme —musita ella al fin.

—Mentir. Bonito eufemismo para lo que usted hace.

—Intenté sobornarle con un té con pastas recién hechas pero ya sabe...

A Brynn se le forma una mueca en los labios que no se molesta en disimular. Álek Rádick, el consorte del Águila Blanca. Lo tienen en la cárcel de Aguasquietas y Elera, que tiene sus contactos en las altas esferas, lleva meses tratando de Leer al chico. Por fin, cuando ya se habían puesto en marcha, le ha dicho que había descubierto algo. Y no cualquier cosa: Elera cree conocer el agujero donde el viejo Emperador ha estado escondido todos estos años.

Al menos, después de sus quejas e intentonas por abrir la puerta del cuadríciclo en marcha, ha tenido la deferencia de especificar que el Emperador está muerto.

La agente todavía le castiga con veinte minutos de trayecto en los que Brynn ve la muerte a cada curva cerrada. Pero, de repente, tras el último recodo, en la única porción de terreno llano en esas malditas montañas, aparece la silueta de una casa. Es una mole de paredes oscuras y frontones puntiagudos sobre los ventanales que le proporcionan a la arquitectura un aspecto enfadado. Inconscientemente, Brynn se echa hacia delante mientras el cuadríciclo se aproxima a la verja que rodea la finca. La entrada, decorada con un dragón de hierro forjado, está abierta de par en par. La puerta del caserón, también.

—¿Es aquí? ¿En medio de la nada? ¿Cómo podían abastecerse? No me creo que nadie supiera que estaban aquí... —dice Brynn mientras se apea del cuadríciclo y se apodera de él un alivio infinito al bajar de esa trampa de cuatro ruedas. No termina la frase, sin embargo, porque la agente Elera le interrumpe:

—Me parece casi entrañable que le sorprenda, detective. —Elera se toma su tiempo para ponerse un sombrero rojo de ala corta—. Pero le entiendo, si me pongo en su lugar. Usted no debe de haber tratado mucho con gente más allá de las Bajas Familias, ¿verdad?

—Ya no hay ni Altas ni Bajas Familias.

—Era solo una forma de hablar. Solo quiero decir que, en los círculos en los que usted se mueve, todo fue, todo ha sido, blanco y negro. Los Indrasil muertos, los Aura en el exilio, si no algo peor. Pero yo estoy aquí con usted. Y otros más, especialmente los más listos y poderosos. ¿Qué se cree? ¿Que no se olieron lo que se avecinaba? Quizá perdieran autoridad política, pero no perdieron la influencia ni el dinero. —Elera hace una pausa mirando al jardín descuidado, lleno de plantas muertas y malas hierbas, que les rodea, y comienza a encaminarse hacia la puerta de la mansión—. Imagino que si alguien pudo mantener todo esto oculto, serían ellos.

Mientras la sigue, Brynn trata de no profundizar mucho en lo que acaba de decirle la agente Elera. Pensar en blancos y negros le permite mantenerse centrado en medio de esta locura en la que ha acabado metido. Pero como Brynn es Brynn y quedarse callado no es su especialidad, termina por preguntar:

—¿No deberíamos ir a por esa gente en vez de estar perdiendo el tiempo aquí?

—Como le decía antes, detective, no los conoce. Tenían poder antes y tienen poder ahora. Es algo muy difícil de matar, el poder. No. Si queremos parar todo esto, nuestra mejor opción es ir contra los Dominio.

Ninguno de los dos continúa la conversación. Al tiempo que una ráfaga de aire se levanta a su alrededor, Brynn se cubre la nariz con las manos; pero eso no impide que el hedor que le llega desde la mansión le llene las fosas nasales.



Tres segundos son una cantidad de tiempo suficiente como para trazar un plan, trata de convencerse Lórim mientras corre. De hecho, tres segundos solo dan para un plan de mínimos, sencillo. Y los planes simples suelen ser los que mejor funcionan, se dice Lórim una vez más para animarse.

Ha sido un instante pero está seguro. Al lado de Denna, mientras trataba de comunicarse con ella a través de Aura, ha captado a alguien que sabía quién era él. Que le estaba mirando igual que ella. No sabe quién es, ni por qué le estaba vigilando, pero está claro que algo esconde, porque al darse cuenta de que iba hacia él, el hombre, alto, de cabello rubísimo y piel oscura, le ha lanzado un Rayo con poca puntería y ha escapado por entre la gente.

Todo se ha desmoronado a una velocidad de vértigo. Aun cuando muchos todavía resistían a los embates de la Guardia, otros tantos han comenzado a retroceder. Poco queda ya de las filas prietas y dispuestas a defender la comitiva de Tierra y, aunque la gente que huye lo hace de una forma razonablemente ordenada, sigue siendo un mal momento para llevar a cabo una persecución. Pero tiene que ceñirse al plan.

Es un plan de tres segundos y que consta, por eso de mantener la coherencia conceptual, de tres palabras: cazar al tipo.

El problema es que lo ha perdido de vista.

Sin preocuparse de a quién arrolla, concentra todas sus fuerzas en avanzar en diagonal, hacia un lado de la calle flanqueada por las casitas altas y estrechas tan características de Montalgo. Tiene una idea que es bastante idiota pero, en la situación en la que se encuentra, las ideas idiotas son las únicas las que puede aferrarse.

No se detiene cuando llega a las fachadas de las casas. Va a chocar. Se raspa las yemas de los dedos contra el edificio que tiene delante, una construcción hecha con estéticos ladrillos vidriados en verde y flores en las ventanas; pero

no puede importarle menos porque un segundo después, Lórim ya va hacia arriba.

El Aire que ruge alrededor de él le impulsa y al mismo tiempo le ensordece mientras se eleva por encima del mar de gente que huye. Cuando llega a la altura de los balcones del primer piso de las casas, siente un tirón, vértigo o quizá la gravedad misma que le va desde el bajo vientre hasta la garganta, y entonces comienza a caer. Al menos ha sido suficiente: desde esta nueva perspectiva puede ver al hombre al que persigue, a punto de llegar a la siguiente intersección.

Lórim se precipita hacia el suelo y ni siquiera el Aire logra suavizar el golpe que se da, con manos y rodillas, contra el suelo. Y gracias a los cielos que no ha caído encima de nadie.

Lórim vuelve a echar a correr pero el aliento ya le arde en la garganta, el corazón lo siente a punto de estallar por el esfuerzo de la carrera. Y el hombre se aleja, es más rápido que él. Necesita saber qué oculta, por qué sabe quién es él, su verdadero nombre, quiénes son sus amigos.



—¡Para! ¿Quieres? —grita Lórim para sí mismo—. ¡Para!

Lo ha logrado. Lórim siente como si se le taponaran los oídos, como si todo a su alrededor se difuminara salvo la silueta del hombre al que persigue que, por fin, se ha detenido.

Lórim no es consciente de las miradas que le lanza la gente, de cómo algunos, antes de seguir caminando apresurados, se fijan en el hombre congelado en medio de la calzada. Ni siquiera es consciente de por qué el tipo tiene un pie levantado, por qué no trata de seguir huyendo, solo puede pensar en que tenía que detenerlo mientras se acerca a él y le toca la frente. Tiene la piel sudada, como gomosa pero, a pesar de todo, lo sujeta con fuerza. Parpadea dos veces. Deja que los pensamientos del hombre le inunden.

Zaaren. Eso es lo primero que le viene a la cabeza. Tantos meses buscando y ahora se presenta clara en su mente a través de la del hombre. Era ella la que le ha enviado al Festival. Por eso el hombre que tiene delante sabe quién es,

por eso huía al verse descubierto. Quién más habrá igual que él, acechando, vigilante. Quién más, piensa Lórim, al que ahora le late el corazón pero no de euforia, sino de miedo.

Lórim, aunque trata de ignorarlo con todas sus fuerzas, se descubre entreabriendo la boca, una sed y una urgencia que le seducen con tanta intensidad como rechazo. Cierra los ojos. Se acerca al hombre al que sigue sujetando por la frente. El corazón le late con fuerza en los oídos y la sangre le bombea roja, encrespada, cuando, muy bajito, le susurra:



—Olvidamos. Olvida todo lo que sabes de nosotros. Lo que fué imposible ser feliz

Cuando lo suelta, el hombre cae de bruces, pero Lórim ni siquiera se da cuenta de ello. Se yergue. Un torrente de euforia le recorre los huesos con tanta intensidad que el cuerpo le tiembla. Sus amigos están a salvo y él se siente muy bien.

Y entonces tiene una idea.



« Que busque al Heredero, no a los demás. Que me busque y me encuentre. Estaré en el Liceo. »

La euforia se va tan rápido como ha llegado. El cuerpo de Lórim se vacía de cualquier sensación placentera y solo le quedan el temblor de las manos y una culpa que le agarrota la mandíbula y no le deja respirar. ¿Qué ha hecho? ¿Qué es lo que ha hecho?



A pesar de haberse enfrentado a este olor cientos de veces, Brynn siempre se pregunta por qué Rayos la gente muerta huele peor que nada en el mundo. Había un matadero cerca de su casa cuando era niño, allí en Riadas, mucho antes de que Blyd se hiciera un lavado de cara y pareciera un lugar verdaderamente civilizado. Los niños de su calle se retaban a ver cuál de ellos se atrevía a acercarse más a aquel lugar. Recuerda que olía a sangre y sudor

animal, a heces, a borbotones de terror y, aun así, lo que apesta dentro de la mansión es mil veces peor.

Entre él y Elera han contado una docena de cadáveres aunque tampoco es que se hayan entretenido a buscar con más ahínco. Brynn está seguro de que, en cuanto vuelva a Blyd, tendrá pesadillas con este lugar. En las paredes, retratos de emperadores muertos y bodegones de frutas disimulan un estucado que se está desprendiendo de los muros como si el edificio fuera un reptil cambiando la piel. Y hace un frío que parece ignorar el verano que esta noche, la del Festival de Tierra, se despide del país.

—Da la impresión de que simplemente estuviera aquí, esperando. —Con un pañuelo cubriéndole la boca y la nariz, Brynn examina el último cadáver que han encontrado. Está sentado a los pies de una gran escalinata que conduce a la planta superior.

—Por la ropa, debió de ser un sirviente. Como los demás.

Brynn asiente. Todos los cuerpos que han encontrado desperdigados por el edificio llevaban ropa parecida: levitas y pantalones negros los hombres, vestidos oscuros con cofia y delantales blancos las mujeres. Y todos, en la pechera, llevaban bordado el emblema de la familia Indrasil, el Águila coronada con las alas desplegadas.

Ni siquiera llevaban insignias con su verdadera Familia, no. Solo la insignia de Dominio, como la llevaría repujada un mueble, un cofrecillo, una cubertería. Para el maldito Indrasil, hasta las personas que han convivido con él todo este tiempo no eran más que un objeto.

—Se han muerto. Sin más. —No hay heridas visibles ni un traumatismo, ni en este cadáver ni en los otros. Brynn por fin aparta la mirada.

—Quién sabe cuánto tiempo llevaban aquí sirviendo al Emperador, convertidos en títeres. —Elera, sorteando cuidadosamente el cadáver, sube unos cuantos peldaños de la escalinata. Está cubierta de una alfombra de terciopelo rojo desgastado. Todo en la mansión parece sumido en una profunda decadencia y no parece fruto de los meses que lleva abandonada.

—Pero si el Emperador murió... —susurra Brynn con cautela. Va a seguir usando ese condicional hasta que vea el cadáver del viejo con sus propios ojos—. ¿No podían marcharse? ¿Adónde va?

Elera ha subido unos cuantos peldaños más, pero se detiene. Menea la cabeza.

—Después de tantos años bajo Dominio, seguramente habían perdido cualquier atisbo de voluntad propia. Sin que Asgard se lo ordenara, seguramente no sabían cuándo comer ni cuándo dormir... ¿No quiere ver qué hay en el piso de arriba?

Brynn asiente aunque, en realidad, no quiera. Sigue a la Fantasma por la escalinata, incapaz de quitarse de la cabeza a los muertos del piso de abajo. Debieron de tener una agonía larga y triste; les arrebataron incluso la voluntad de luchar por su vida.

La primera planta de la mansión a Brynn le parece todavía peor que el piso principal. Las paredes están aún más abigarradas de cuadros y los techos, altísimos, de los que cuelgan arañas de cristal que tintinean por las pequeñas corrientes de aire que se cuelan por entre las ventanas de madera podrida, tienen manchas oscuras de humedad. El hedor es igual de intenso que en el resto de la casa.

Aquí los muertos son dos. O, al menos, solo encuentran dos cadáveres frente a una puerta labrada con relieves que representan las estaciones del año.

Ambos cadáveres llevan el mismo uniforme que los sirvientes de abajo, pero sus cuerpos están parcialmente calcinados. No fueron las únicas víctimas porque en el suelo del pasillo hay otros tres uniformes pisoteados y rodeados de ceniza.

Frente a esa habitación hubo una batalla aunque, seguramente, una muy breve.

Elera se detiene frente a la puerta y coloca la mano contra una de las hojas de madera.

—Bien.

—¿Bien? —pregunta Brynn levantando las cejas. Es la última palabra que se le habría pasado por la cabeza. No hay nada «bien» en esta escena pero la Fantasma frunce esos labios que siempre lleva pintados de un rojo intenso.

—Me refería a que esto confirma el relato de Rádick. El Águila Blanca, Rádick mismo y un puñado de Caballeros entraron en la habitación donde estaba Asgard el Zorro y este envió a un grupo de sirvientes para detenerlos. Estamos en el lugar indicado.

—¿No ha dicho antes que Rádick no podía mentirle?

—Y no puede, pero ese chico iba de camino a convertirse en una cáscara igual que las que hemos visto aquí abajo. No tiene, para que nos entendamos, la cabeza muy bien amueblada. No es fácil acceder a lo que guarda. —Elera respira hondo, la mano todavía contra la puerta labrada—. Si todo lo demás es correcto, aquí dentro deberíamos encontrar el cadáver de Asgard el Zorro. ¿No se muere de ganas de comprobarlo?

—Abra esa puerta de una maldita vez —masculla Brynn.

Las pesadas hojas de madera chirrían cuando Elera les da un empujón. No llegan a abrirse del todo; uno de los batientes se queda atascado a medio camino pero hay suficiente espacio como para que el detective y la Fantasma se escabullan dentro.

Lo primero que ve Brynn, una vez que los ojos se le han acostumbrado a la penumbra, es que la puerta se ha enganchado en otro montón de ropa que fue lo único que quedó de un cuerpo calcinado. Luego, al fondo de la habitación, una cama con dosel cubierta de un polvo que parece llevar siglos ahí. Lo último en lo que fija la vista Brynn es una butaca ricamente labrada que hay en el centro de la estancia. Se resiste a ello durante un instante y no sabe por qué, si han venido a eso, a comprobar con sus propios ojos que Asgard Indrasil está muerto al fin.

Pero en esa butaca no está el cadáver del Emperador sino un ramo, marchito y amarillento, de lirios de agua.

—¿Quién se lo ha podido llevar? —pregunta Brynn unos minutos después.

—Voy a apostar por el puñado de seguidores que todavía debían quedarle. Lirios de agua, símbolo del sacrificio. Muy poético todo.

—Pero al menos podemos confirmar que está muerto, ¿verdad? —Brynn frena un segundo tratando de recordar si, para llegar a las estancias del Emperador, han pasado antes por este mismo pasillo que cruzan ahora.

—Creo que de eso no hay ninguna duda, detective. Un problema menos. Aunque, en realidad, no sé cómo tomarme que alguien haya venido aquí tras su muerte. Por lo de las flores, asumo que a darle un entierro digno.

—De haber enterrado también a los sirvientes tampoco se habrían deslomado.

—Reitero lo que he dicho antes sobre su poca experiencia en según qué círculos aristocráticos, detective Brynn. Pero, como le decía, Asgard Indrasil está muerto y ahora tenemos un problema menos entre manos.

—Queda su Heredero.

—Y el Águila Blanca.

—Y nosotros, que estamos en medio —masculla Brynn deteniéndose definitivamente—. Creo que nos hemos perdido.

Está seguro de que el camino que han tomado no es el de la salida aunque el pasillo sea exactamente igual, los mismos retratos de miembros de la familia Indrasil colgados de las paredes, alfombras apolilladas y miseria disfrazada de grandeza por todas partes.

Brynn y Elera deciden desandar el camino que han hecho hasta ese momento hasta que, de repente, la Fantasma se detiene frente a una puerta en la que Brynn no había reparado. Está llena de marcas, arañazos y golpes.

—¿Vio usted algo más en Rádick? ¿Se enfrentaron a alguien aparte de los sirvientes?

Elera niega con la cabeza.

—Estas marcas no son recientes.

Brynn se acerca y se da cuenta de que la Fantasma tiene razón. La puerta está hecha trizas pero da la impresión de que alguien, con más voluntad que maña,

hubiera querido reparar los desperfectos.

El detective se debate internamente entre las ganas que tiene de largarse de este lugar y la curiosidad por saber qué se esconde detrás de la puerta; pero no importa porque Elera entra en la habitación sin preguntar y él no piensa quedarse fuera.

Entrar en ese cuarto es como recibir un puñado de confeti en la cara. Un mosaico cubre las cuatro paredes de la estancia, una combinación sin ton ni son de todos los colores que pueden encontrarse en la naturaleza. Son fotografías, se da cuenta Brynn cuando se acerca a examinarlas. Alguien las arrancó sin demasiado cuidado de libros y revistas y las pegó sobre el estuco amarillento de las paredes. No parece que siguiera patrón alguno: hay puestas de sol, paisajes urbanos, playas e incluso, Brynn levanta las cejas cuando lo ve, medio anuncio de *Pasión de Fuego*, la orbenovela favorita de todo Nylert, en el que aparecen Quiara y el conde Vann, los protagonistas, fundidos en un emotivo abrazo mientras les baña la luz de un atardecer. Por supuesto, no es que Brynn siga la dichosa orbenovela, pero juraría que el anuncio es de hace tres temporadas.

La habitación solo tiene una estantería al fondo, tan llena que muchos de los libros parecen metidos a presión y una cama de aspecto anticuado. Es un armatoste enorme sostenido por cuatro columnas helicoidales y un cabecero que tiene en el centro, grabado en bronce y madreperla, el antiguo emblema imperial. La cama de un rey o, quizá, de un príncipe, cubierta de polvo.

—Esto lleva abandonado todavía más que el resto de la mansión.

—Lo que nos confirma que, efectivamente, Rádick no ha mentado en esto tampoco —dice Elera mientras revisa los libros abigarrados en la estantería—. El Heredero no estaba cuando ellos vinieron y esto nos confirma que hacía ya tiempo que se había marchado.

—Pero él...

La agente Elera no le deja continuar.

—Estamos casi donde empezamos, detective. Y el tiempo se nos agota.

Pues si se les agota, se acabó el hacer de exploradores. Cuando va a dar un paso hacia la salida, la puerta por la que han entrado vuelve a su campo visual. Se atreve a entornarla. En medio de ese mosaico multicolor que cubre las paredes, la puerta, completamente ennegrecida desde el lado en el que están, destaca como un páramo yermo en un jardín. Las manchas negras de tizne la cubren por completo pero se aprecia perfectamente el lugar donde ha recibido cada impacto. Puede que esté en terreno desconocido, pero Brynn ya lleva muchos años en la Guardia como para saber distinguir una superficie a la que han golpeado con Fuego incansablemente. Son el mismo tipo de manchas que suelen encontrarse en las puertas y paredes de las celdas de confinamiento de cualquier Casa de la Guardia.

Lunes, 21 de septiembre.

Valbazar. 9.53 de la noche



No lo han conseguido. La Guardia no ha conseguido detener el Festival y, a la vez, sí. La gente ha resistido hasta que la comitiva ha llegado al Templo de Tierra pero luego, todo el mundo ha comenzado a marcharse en silencio, ellos incluidos.

El sol ha caído hace rato. Es una de esas noches en que las entrañas de la ciudad irradian el calor que han ido acumulando a lo largo del día, dejando el aire pegajoso y el ambiente cargado. Kózel suspira y, por fin, saca el diario del bolsillo. Lleva un buen rato reclamando su atención pero hasta ahora no se ha sentido con fuerzas para abrirlo.

—¿Son los demás? —pregunta Vann, que se aparta medio paso para dejarle intimidad para leer. En el diario de Kózel van apareciendo los mensajes a toda velocidad; la caligrafía absurdamente enrevesada de Lórim, la letra de colegio de pago de Denna hablando con Nero y Enzo—. A mí también hace rato que me avisa el diario. He asumido que a ti te está pasando lo mismo.

Kózel asiente mientras guarda el diario en el bolsillo de nuevo. No tiene ganas de leer ahora.

—Sí. Nos preguntan que dónde estamos. —Tras una pausa añade—: Se van a casa.

—¿Tú quieres ir a casa? —le plantea Vann.

Kózel tiene la extraña sensación de que a él no le apetece y que ella no sabe qué contestar. Pensar en todos juntos ahora mismo, en ese piso diminuto, se le hace un mundo. De hecho, por eso sugirió que fueran al Festival, por salir de esas cuatro paredes para hacer algo que no fuera buscar a Kástor y, por eso también, cuando Vann le ha propuesto dar una vuelta, le ha faltado tiempo para decir que sí.

Al final, encoge los hombros. Vann debe asumir que es un «no» porque simplemente sigue paseando sin rumbo. Ni siquiera sabe dónde están ahora, salvo por que caminan por un bulevar cercado por arbolitos recién plantados. La calle es cuesta arriba, así que deben estar alejándose del río.

Mientras caminan, los nudillos de Vann le rozan la piel del brazo de una forma que no le parece casual. Kózel sospecha que si él llegara a cogerle la mano, ella sería capaz de iluminar una manzana de casas entera de puros nervios.

No hay día en que Kózel no recuerde lo que se dijeron al despedirse el último día del Liceo: que algún día podrían salir juntos a bailar, sin compromiso, sin que tenga por qué significar nada. Ni siquiera se les ha ocurrido o lo han mencionado durante el verano. La desaparición de Kástor lo ha paralizado todo.

—Mira —musita Kózel tras haber caminado en silencio durante un buen rato. Sin detenerse, señala con el mentón una forma ondulada que aparece frente a ellos a la vuelta de la esquina—. Lo han iluminado de color verde.

Ya sabe, por fin, a qué parte de la ciudad han llegado tras la huida. Ambos se detienen con la vista fija en el imponente edificio del mercado de Valbazar, el mismo que fue el origen y le da nombre al barrio. Fue un prodigio de la arquitectura cuando lo construyeron cincuenta años atrás. Los muros exteriores sostienen, sin más ayuda que la de una miríada de columnas finísimas, un entramado de nervaduras de acero que recuerdan al costillar de un monstruo marino y, sobre estas, se apoya un tejado curvo con tejas de cerámica

multicolor. Esta noche, sin embargo, las tejas refulgen en un tono verdoso. Kózel se descubre sonriendo ante esa pequeña muestra de rebeldía ciudadana.

—¿Crees que lo han hecho a propósito?

—Claro —responde Kózel, que no sabe en qué momento el roce de los nudillos de Vann contra su brazo ha pasado a ser una caricia casi constante—. Y si resulta que no, déjame pensar que sí.

—Hoy era la primera vez que venías al Festival de Tierra, ¿verdad? Siento mucho que haya tenido que ser así. En realidad, ni siquiera es nada nuevo. Hace años la gente Tierra se jugaba la vida solo por pretender que no se les considerara ni sirvientes, ni inferiores, sino como...

—Como una Familia más.

—Una Familia más. —Vann se detiene y esboza la más diminuta de las sonrisas, poco más que una leve tensión en las mejillas—. Libres, iguales.

—Eso es medio lema del Liceo. —Quizá sea esa sombra de sonrisa lo que anima a Kózel a acercarse un paso hacia él.

—La justicia, este año, se ha tomado unas vacaciones.

—A mí me ha gustado. Por lo menos lo que hemos visto antes de que llegara la Guardia. Siempre me ha parecido que los festivales que hacéis en el continente son bastante aburridos, pero en vivo es... distinto.

—Si todo hubiera ido como debería, cuando llegamos al templo, la percusión que hacemos se vuelve cada vez más rápida. Cada vez más y más.

—Como si quisiera ilustrar sus palabras, Vann también habla a más velocidad. Por un segundo parece que se encuentre de nuevo en el Festival, entre la percusión, seguro y firme. Ahora es él quien da un paso hacia Kózel—. Casi parece que el corazón se te acompañe al ritmo. Es una sensación que no te sabría describir. Es... es... de conexión, de pertenencia. No sabría explicarlo con palabras... —Está ya frente a ella y, esta vez, Kózel no siente la más mínima tentación de apartarse. Conexión, ha dicho Vann—. Siento que no hayas podido verlo entero.

—No pasa nada. Ya lo veré el año que viene.

Kózel no se suelta. La mano de Vann, más grande que la suya y áspera al tacto, es cálida. Como si no necesitaran ponerse de acuerdo, ambos echan de nuevo a caminar. Pertenencia, conexión. Vann está en lo cierto: es difícil explicarlo con palabras; pero eso no significa que, aquí y ahora, mientras caminan, Kózel no sepa de lo que habla.



Lleva tantos meses sintiéndose tan sola, tan incompleta, que no hay bocanada de aire en el mundo que le parezca suficiente.

—Alteza —le dice un hombre cuyo nombre ya ha olvidado. Se ha presentado ante ella haciendo una reverencia tan profunda que las puntas retorcidas de su bigote casi tocaban al suelo—. Esperamos que el vino sea de vuestro agrado.

No es la primera vez que le preguntan sobre el vino, o por la comida, o por si le agrada el lugar donde se está celebrando la reunión, una glorieta de arquitectura exquisita hecha de cristal y de bronce tan pulido que brilla a la luz de los candelabros. Cerca de la glorieta se recorta la silueta de una mansión y, a lo lejos, las luces de Blyd. Mientras bebe otro sorbo de una copa que le rellena continuamente un atento camarero, el Águila Blanca asiente; una respuesta vacía a preguntas vacías.

Durante unos minutos, la conversación fluye a su alrededor sin tocarla. La visión de esos hombres y mujeres disfrutando de su conversación frívola y de su miserable compañía le hace apretar los dientes. Pero esa sonrisa regia, de escayola, no abandona en ningún momento su rostro. Internamente, el Águila Blanca aúlla de dolor.

El ambiente de la reunión cambia radicalmente cuando los sirvientes retiran los platos de los postres y ya no regresan a la glorieta.

—La situación nos es favorable, Alteza, pero debemos actuar con cautela. —

El hombre que está a su lado, el anfitrión, le dedica una sonrisa. Por entre sus labios finos asoma una ristra de dientes manchados y el Águila Blanca fantasea, por un segundo, en obligarle a arrancárselos uno a uno—. Necesitamos... un cambio de estrategia. Hay que ser inteligentes, aprovechar este momento de debilidad de nuestros enemigos para asegurarnos la victoria. No podemos simplemente ir y tomar la ciudad por la fuerza.

—Bueno, bueno —se apresura a señalar la mujer que tiene a su izquierda. Al moverse, el collar de perlas que lleva tintinea contra la mesa—. Archen no se refiere a que su anterior estrategia fuera equivocada, Alteza. Pero el pueblo es voluble. Del mismo modo que está en contra de algo, si lo guiamos correctamente, puede estar a favor. Es... al fin y al cabo, es política.

Solo pasan un par de segundos antes de que el resto de los comensales alce la voz en opiniones y comentarios que el Águila Blanca no les ha pedido. Se esfuerza por no cerrar los puños bajo la mesa, por no permitir que el Vínculo con Dominio escape de su ser para cerrarles la boca con un mandato.

Todavía les necesita. Ellos la acogieron cuando, herida y derrotada, huyó del Liceo tras enfrentarse al Usurpador. La han escondido, le proporcionan cobijo y consejos mientras se recupera. Pero no confía en ellos. Algunos ya habían comenzado a buscar su favor meses atrás pero fue cuando perdieron a Asgard el Zorro cuando salieron definitivamente de sus madrigueras. Igual que ahora la tratan con honores de reina, podrían traicionarla. Su lealtad es solo hacia sí mismos. Pero llegará el momento de ponerlos en su lugar. Cuando alcance su objetivo y por fin se muestre como la soberana justa que sabe que llegará a ser. Por eso, el Águila Blanca no va a dejarse engañar. Sabe quiénes son sus verdaderos aliados. Sus Caballeros, aún diezmados y dispersos. Su comandante. Álek...

Está sentada en una silla de terciopelo rojo, un sitio de honor en la mesa, tiene la espalda muy recta contra el respaldo y las dos manos apoyadas contra los reposabrazos pero, aun así, al recordar el vacío que ha dejado Álek en su pecho una vez más, se siente caer.

—Quiero saber cuándo nos pondremos en marcha para rescatar a mi consorte.

Las voces que hasta hace un segundo se amotinaban en su cabeza callan de repente. Los comensales, hombres y mujeres con nombres antiguos que resuenan a dinero y poder, intercambian miradas incómodas.

—En la situación actual, Alteza...

—Hay otras prioridades. Entendemos que Su Alteza sienta un gran... apego hacia su consorte pero...

—Pero hay asuntos más urgentes. Se acercan las elecciones, y con la ayuda del Águila Blanca podremos...

—¿Y al Usurpador? ¿Cuándo lo detendremos? —pregunta ella entonces, con las entrañas ardiéndole de frustración. Nunca quieren hablar de Álek, nunca quieren escuchar ni una palabra de ese usurpador que sigue en Blyd, que es el único que puede hacerle sombra—. Sé que está escondido en alguna parte, mis Caballeros lo están buscando y...

—Todo eso puede esperar, Alteza —la corta su anfitrión—. El Heredero no es una amenaza. Incluso...

La cristalería y los candelabros tintinean sobre la mesa cuando el Águila Blanca la golpea con el puño. El esfuerzo le manda dentelladas de dolor hacia cada una de sus terminaciones nerviosas pero, por lo menos, advierte rostros que palidecen y miradas furtivas entre los comensales mientras se da cuenta del error que acaba de cometer. El Águila Blanca respira. No puede volver a sucumbir ante la frustración; necesita que confíen en ella, que crean que pueden tenerla bajo control.

No puede dejar entrever lo débil que está.

Con esfuerzo sobrehumano, el Águila Blanca relaja el gesto otra vez. Ordena a su mano que aparte unas migas inexistentes del mantel blanco bordado en hilo de oro y, tras un segundo, la sonrisa que ha dominado sus labios toda la velada aparece de nuevo en su rostro.

—Les ruego que me disculpen.



Si Kózel no ha soltado antes la mano de Vann es porque, después de todo lo que le ha pasado en los últimos años, probablemente tenga las facultades mentales mermadas. Y porque, de hecho, el rato que ambos han caminado cogidos de la mano ha sido fabuloso. También ha sido incómodo; porque, de las ocho veces que se ha vuelto para mirar a Vann, en cuatro ocasiones él la estaba mirando a ella.

—¿Es aquí? —pregunta en cuanto Vann se detiene.

En lugar de caminar sin rumbo, han decidido regresar a Montalgo. El Festival de Tierra es muy importante para Vann, tampoco perdían nada si se acercaban a ver si realmente se había marchado todo el mundo.

—Bueno... se supone que sí. Pero no es... —La mano con que sostiene la de Kózel es firme, pero la voz le tiembla—. No es como quería que lo vieras. El año pasado apenas se podía caminar de tanta gente que había y justo allí — señala con la mano que le queda libre hacia las calles de su derecha—, había un envelado y...

—Pero, mira, hay comida —le interrumpe Kózel, porque Vann solo ve lo que podía haber sido el Festival—. ¿Vamos?

Es cierto. Quizá no haya miles de personas hormigueando por las calles, ni espectáculos callejeros, quizá tampoco estén ya los tenderetes que suelen florecer en las aceras de Blyd a la mínima ocasión; pero lo que Kózel ve a su alrededor es la voluntad férrea de una ciudad que no se ha dejado pisotear.

A los pies del Templo de Tierra se extiende una placita en forma de medialuna y, allí, en un rincón, media docena de personas están tocando música. Llevan instrumentos dispares: una guitarra, un acordeón de aspecto antediluviano con el fuelle lleno de parches, dos violines. Es una tonadilla muy simple, de esas melodías que no escribe nadie, sino que aparecen de la nada, canciones de trabajo, de cuna, las que cantan los niños mientras juegan.

Un puñado de irreductibles, alrededor de un centenar de personas de todas las edades, está en la placita en pequeños grupos. Algunos, cuando les ven acercarse, dejan de hablar entre ellos y vuelven la cabeza en su dirección. A ella la miran con curiosidad. A Vann lo saludan y él responde igual. Justo al otro lado de la media luna un grupo bastante numeroso está reunido alrededor de una mesa larga que, a todas luces, ha salido de alguna de las casas circundantes. Lo mismo parece que ocurra con una colección dispar de ollas, sartenes y bandejas de las que emana aroma a especias y comida cocinada a fuego lento.

—¡Vann! ¡Eh, Vann! ¡¿Estás bien?! —pregunta a voz en grito una mujer de mediana edad y piel clara que lleva el pelo recogido en una trenza. Está, junto a algunos más, al lado de las mesas y tiene entre las manos un platito de cartón lleno de comida—. Al ver que no estabas, hemos comenzado a preocuparnos.

No sabe por qué razón suelta la mano de Vann.

—¡Lete! ¡Moles! ¡Arán! —A Kózel no le sorprende que Vann conozca a estas personas por su nombre ni que salude a una mujer de pelo plateado con un abrazo lleno de camaradería. Durante el verano, todo el tiempo que no ha pasado con ellos buscando a Kástor, lo ha pasado en reuniones con los que lideraron las primeras protestas contra el gobierno, tras el Festival de Agua del año anterior, cuando se destapó que el gobierno había estado ocultando que los Indrasil seguían vivos—. Salud y feliz Festival.

—Salud y República, Vann. Y feliz Festival a ti también, supongo. Al menos esta vez no ha habido detenciones —interrumpe el segundo integrante del grupo. Es un chico más o menos de su edad, alto y con gafas, que luce en la solapa la insignia de la Familia Escudo.

Vann también lleva una insignia de su Familia desde las vigiliadas de la primavera pasada. Solían ser un engranaje más de la maquinaria de represión estatal contra las Bajas Familias pero, ahora, cada vez son más quienes las exhiben con la cabeza bien alta.

Kózel todavía no sabe si las insignias le parecen una buena o una mala idea.

—El pueblo ha resistido y lo hemos hecho todos juntos. Eso es lo que importa.

La mujer del cabello plateado asiente con una sonrisa plácida. Al moverse se le marcan una serie de cicatrices en la mejilla. La piel parece tener una textura distinta, más rígida, como si fueran quemaduras mal curadas. Kózel juraría que, por un instante, la mujer le dedica una mirada llena de curiosidad.

—Sí. Especialmente vamos a celebrar que la Guardia ya se ha cansado de vigilarnos desde lejos y ha vuelto a su madriguera —añade la más joven de los tres, la que ha llamado la atención a Vann cuando les ha visto, apenas una adolescente de mirada vivaz que, quizá, al darse cuenta de lo que acaba de decir, añade—: Sin ánimo de ofender, Strainir. ¿Tenéis hambre? La idea era que cada uno trajera lo que buenamente pudiese pero, al final, esto parece un banquete.

—Voy a servirlos algo —decide de pronto el chico, que Kózel cree haber entendido que se llama Moles. Segundos después, le tiende a Kózel un plato de carne rebozada y ensalada de patata, que ella acepta con una sonrisa. Incluso con la mención a la Guardia, que le ha hecho dar un vuelco al estómago, está muerta de hambre.

—¿Vais a quedaros por aquí? —pregunta Arán, la mujer mayor—. Tú y tu...

—Kózel —la corta ella.

—Por aquí, por allí. —Kózel necesitaría ambas manos para sostener el platito de cartón, que parece a punto de romperse por el peso de la comida que les han servido, pero Vann parece tener otros planes porque, en cuanto responde con esa evasiva tan evidente, la toma de la mano que le queda libre y tira de ella—. Ven, que quiero enseñarte una cosa.

Dejan a un lado la plazoleta con la mesa y las sartenes y también el rincón donde siguen tocando los músicos. Definitivamente el Templo de Tierra es el más extraño de todo Blyd. No se trata de un edificio como los demás, sino que es un montículo semiesférico cubierto de vegetación. Sin soltarle la mano, Vann la guía por un camino en espiral que rodea el montículo hasta que llegan

a la parte superior. Allí crece un roble vetusto y tan retorcido como el que aparece en el símbolo de la Familia Tierra.

—¿Te gusta? —pregunta Vann con esa sonrisa franca y sin reservas, idéntica a la que le dedicó el día que se conocieron, en la residencia del Liceo.

Claro. Claro que le gusta. Agradece que haya poca luz porque, cada vez que ve esa sonrisa, es consciente del tono incandescente que se ha apoderado de sus mejillas.

—Es... —Kózel no sabe qué responder y la mente le regresa al Festival de Agua del primer curso, cuando Lórim y Nero le dieron una sorpresa en la estación aérea Varno Monsett y la llevaron directa al Festival de Agua, donde les esperaban Vann y los demás. Está segura de que tampoco supo qué responder cuando Vann le preguntó si le había gustado el Festival. Pero es que es cierto. A pesar de lo fallido de la noche, de que no hayan podido festejarlo en condiciones, lo importante no es la celebración, sino lo que significa: que el mundo sigue girando a pesar de todo, que las estaciones se suceden en equilibrio, como siempre—. Es... como tiene que ser.

Nada más sentarse junto a Vann entre las raíces nudosas, Kózel se da cuenta de que este lugar tiene algo de especial. La Tierra en contacto con su piel es extrañamente cálida y juraría que siente, como si viniera de muy lejos, el eco de esa percusión que horas atrás invadía la ciudad.

—Cuando era pequeño, mis padres me traían aquí todos los domingos. Era... —Vann se rasca la nuca y entrecierra los ojos, como si le diera vergüenza—. Era un poco lioso porque mi padre se empeñaba en subir solo, con la muleta, y mi madre siempre le reñía y me pedía que le ayudara y acabábamos discutiendo; pero se nos olvidaba en cuanto nos sentábamos aquí.

Sabe que tendría que responder algo, aunque solo fuera un comentario; pero la cabeza no le responde, su cuerpo demasiado ocupado en esa vibración extraña que no tiene claro si surge de la propia Tierra o si el temblor se lo está produciendo ella misma, sentada tan cerca de Vann.

Pero a él no parece importarle porque continúa:

—Desde que comencé en el Liceo ya solo vengo en el Festival y no sé si es lo correcto. A fin de cuentas, este es el Templo de mi Familia. Se supone que hay que honrarlo y...

Entonces, Vann se calla abruptamente. Pasan un par de segundos y, por fin, ella se atreve a mirarlo. Tiene las mejillas un poco arreboladas y el pelo revuelto. Pero lo más preocupante es que le ha desaparecido la sonrisa.

—¿Vann? —le pregunta Kózel con cautela.

Él agita la cabeza como si acabara de percatarse de su presencia y, entonces, Kózel no sabe de dónde sale el brazo de Vann, que él le pasa por encima del hombro atrayéndola hacia sí para preguntarle en voz muy baja:

—¿Qué crees que pasará? Con la ciudad. Con el país. —Kózel no lo sabe y se limita a encogerse de hombros. Desde donde están, todavía se escucha tocar a los músicos de la plaza—. Nosotros intentamos mantener los ánimos, pero no sé. Lo que ha ocurrido hoy... que el gobierno se haya atrevido a enviar a la Guardia...

—Va a haber elecciones.

—Eso no me tranquiliza demasiado. —Vann produce una nueva sonrisa que es toda despreocupación aunque a Kózel no se le escapa el brillo de seriedad que tiene en la mirada—. A veces me pregunto si debería acabar el próximo curso en el Liceo... pero solo me lo pregunto. Claro que voy a regresar, aunque solo sea para intentar cambiarlo todo desde dentro.

Kózel ha tenido la misma sensación más de una vez a lo largo del verano. Le entiende, entiende los motivos por los que Vann ha llegado a plantearse no regresar y también entiende los que le han impulsado a decidir que sí.

Vann hace un aspaviento. Es algo tan inesperado que Kózel a punto está de tirar al suelo el plato con la comida, que ya debe de haberse quedado fría.

—Se me olvidaba... —Vann comienza a rebuscar en los bolsillos de su pantalón. Saca algo, es una bolsita de papel encerado—. ¿Puedo...? ¿Cierras los ojos un segundo?

Puede que a Kózel le dé un cortocircuito mental cuando Vann se inclina hacia

ella. Después, al abrir los ojos de nuevo, ve que le ha puesto en la solapa de la camisa una insignia de Ilusión de cristal esmaltado.



Las velas de los candelabros están prácticamente extinguidas cuando da por terminada la reunión. El Águila Blanca no se levanta de la silla hasta que no se han marchado todos, incluso los sirvientes. Cuando lo hace, permite, al fin, que una muela de dolor le recorra las facciones. Su cuerpo todavía no se ha recuperado. Cuando se mostró ante su pueblo, cuando Vinculó Dominio sobre ellos y sobre los estudiantes del Liceo para intentar cazar al Usurpador, se vio obligada a forzar su poder y eso siempre trae consecuencias.

Pero su salud física es lo que menos le preocupa. Tiene otras heridas. La conversación con sus nuevos aliados ha durado horas pero apenas ha hecho mella en su memoria. Ha intentado negárselo a sí misma, porque es una debilidad y le repugna la idea de ser débil, pero a medida que avanzaba la noche se ha ido convenciendo de que solo recuperará la paz cuando Álek regrese a su lado.

En cuanto se adentra en el sendero de baldosas que cruza los cuidados jardines de la mansión, una sombra silenciosa se coloca a su lado. Él está siendo su único apoyo en estos días de sufrimiento. Le ofrece un brazo al que ella se aferra para caminar. Está agotada. Por suerte, no van lejos.

—Quiero que te prepares —comienza. Zaaren sacude la cabeza—. Ellos no ven más allá de sus ansias de poder y están deseosos de poner en marcha su plan; pero no podemos esperar meses mientras Álek se pudre en esa cárcel inmunda.

El comandante de los Caballeros del Águila asiente con lentitud. Tiene los ojos fijos en el final del camino. Allí se alza un palacete, un lugar de ensueño

coronado por torreones espigados y con una frondosa enredadera cubriendo parte de su fachada. Debió de ser una antigua residencia de invitados, alejada de la casa principal. Su anfitrión le cedió el palacete y, al principio, Zaaren se sintió agradecida; pero últimamente le desagradó. Ha pasado de ser un refugio a una jaula de oro.

Cuando ven que el Águila Blanca se acerca acompañada de su comandante, una docena de Caballeros del Águila que montan guardia dentro del palacio adoptan la posición de firmes.

Un orgullo como savia bajo la piel recorre todo su cuerpo. No la han abandonado. Algunos Caballeros murieron o fueron apresados cuando intentó tomar el poder meses atrás, otros sabe que aguardan, esperando una orden, una señal, y trabajando para ella en la sombra. Los que tiene delante simplemente no quisieron dejarla. Son su última defensa, su guardia de honor.

Zaaren se aparta del comandante. Ignorando las protestas de su cuerpo dolorido, yergue la espalda cuando entra en el salón principal del palacete, como cada noche. En el centro de la estancia la espera un sillón tapizado de rojo sangre, de patas doradas acabadas en la garra de un león. Se sienta, con el comandante de pie a su lado.

Uno por uno, llama a sus seguidores por su nombre. Se lo debe, conocer sus nombres es lo mínimo que puede hacer a cambio de que ellos pongan sus vidas a su servicio. Ellos son sus ojos y sus oídos.

De una descubre los miedos y recelos del gobierno, cada vez más débil y desorientado. El momento de caos es propicio. Eso es lo que están esperando sus aliados, unas elecciones que cambien el rumbo de todo el país.

De un segundo no descubre absolutamente nada. Le deja marchar con una advertencia.

El Águila Blanca lleva meses recuperándose de sus heridas, tanto las físicas como las emocionales, pero no está indefensa, ni ociosa y, cuando cada uno de los que la siguen se arrodilla a sus pies, el Águila Blanca les pone una mano fría sobre la frente. Acepta con agradecimiento el regalo que ellos le ofrecen:

sus mentes, sus recuerdos de todo lo que han visto y oído en la ciudad.

Pero, cuando todos sus seguidores ya le han hecho sus ofrendas, se da cuenta de que falta uno.

—¿Dónde está Elves?

Hedan Elves fue de los últimos en unirse a ella. Como él, docenas están regresando al país para jurarle fidelidad. En cuanto se presentó ante ella en este mismo palacio, Elves le pareció inteligente, capaz y, sobre todo, completamente entregado a su causa. Por eso lo eligió como informador y, hasta ahora, no había faltado ni un solo día a su audiencia.

Cuando el resto de sus informantes se marcha, Elves todavía no ha aparecido. Mientras pasan los minutos, el Águila Blanca se pregunta, con el corazón encogido, qué ha podido ocurrirle. Se lo imagina herido, muerto, recluido en algún calabozo infecto como lo está su consorte.

Es ya de madrugada cuando escucha los pasos que se acercan al salón. El comandante, que ha permanecido a su lado todo ese tiempo, tensa el cuerpo, la temperatura del aire a su alrededor se dispara. Sin embargo, son varios de sus Caballeros quienes llegan al salón. Entre dos de ellos sostienen a su sirviente perdido, a Elves.

—Lo hemos encontrado merodeando fuera, Alteza.

—Traédmelo, traédmelo... —Olvidando por un momento su pose regia, el Águila Blanca agita una mano en dirección a los Caballeros. El alivio le inunda el cuerpo; no lo ha perdido, su fiel seguidor está a salvo.

Cuando los Caballeros lo acercan hacia ella y lo sueltan, Elves cae de rodillas.

—Elves, querido —musita el Águila Blanca inclinándose hacia adelante—. ¿Qué ha ocurrido?

Elves levanta el mentón, la mira directamente a los ojos. Es algo que en cualquier otra ocasión no permitiría, una falta de respeto, pero la alegría porque no le haya pasado nada hace que por esta vez decida ignorarlo.

—No... No lo sé. No me acuerdo...

Elves deja escapar un alarido cuando la mano del Águila Blanca se le clava en la frente con un golpe seco. Dice que no se acuerda de lo que ha ocurrido pero ella ya lo sospecha.

Zaaren irrumpe en la mente de su sirviente sin filtros, arrasando con todo. Ve sus recuerdos: estaba en Montalgo, durante el Festival de Tierra. Luego, un vacío, y entonces el rostro del Usurpador. Sus nuevos aliados han intentado convencerla de que no es una amenaza pero se equivocan. El peligro está en su sangre, en el Vínculo con Dominio que comparte con ella. Por eso el Águila Blanca había ordenado a todos sus seguidores que, si le veían, informaran inmediatamente. A Zaaren le bulle el pecho de rabia.

—Le ha usado —murmura con los dientes apretados. Cuando aparta la mano, Elves cae al suelo, cuatro hilillos de sangre, allá donde las uñas de Zaaren se le han clavado en la piel, le resbalan por la frente—. El Usurpador le ha Dominado.

Zaaren baja la mirada cuando nota una presión en los tobillos. Elves se ha aferrado a ella en un gesto de patética súplica. Lo aparta de una patada como se aparta a una alimaña. Los Caballeros entienden al instante su intención. Cuatro de ellos, sin decir una palabra, sujetan a Elves por los brazos y le obligan a incorporarse. Él no grita, aunque puede que ya sepa cuál va a ser su destino. Solo observa a Zaaren con ojos desorbitados.

—Está manchado. Se ha convertido en un peligro. Quién sabe qué otros mandatos le habrá inculcado Ascot. Encárgate de él —le dice a su comandante.

No quiere ver lo que va a ocurrir. Vuelve a clavar los dedos en su trono, respira hondo. El Águila Blanca, por fin, se levanta solo gracias a su fuerza de voluntad y se aleja tambaleándose. Pero no ocurre nada. No escucha gritos, no siente el aire llenarse de calor y de cenizas.

Cuando se da la vuelta, descubre que el comandante de los Caballeros del Águila no se ha movido.



A pesar de esos meses siendo su sombra, el Dominio que ha establecido sobre Kástor Graadz se ha debilitado. Es por su culpa, por su culpa, se reprocha con tono cruel. Forzó su poder más allá de sus límites y sigue pagando las consecuencias. Ahora a duras penas puede mantener a su comandante bajo control, y los días pasan, y no es capaz de rescatar a Álek.

La rabia, la frustración, le dan fuerzas para hacer lo que debe ahora. La mente de su comandante apenas se resiste en cuanto aprieta el puño y se vuelve mansa, maleable. El comandante abre los ojos, se yergue, listo para hacer lo que se le ha ordenado.

Zaaren abandona el salón. No ha cerrado todavía la puerta cuando comienzan los gritos.



Las campanas de un carillón lejano indican que son las tres de la madrugada.

Lórim iría a dormir si no estuviera seguro de que acabaría pasándose las próximas horas dando vueltas en la cama. Aprieta las manos contra el alféizar de la ventana hasta que los nudillos se le vuelven blancos.

Lo tiene todo bajo control. Lo de hoy ha sido un accidente y lo único que ocurre es que Lórim no puede dormir, eso es todo.

Lórim mira por la ventana del piso pero no para admirar el paisaje. Y eso que es bien bonito. Es de las cosas que más le gustan del apartamento que está compartiendo con Kózel y Nero: desde la ventana de la cocina se ven el barrio Diplomático y la cúpula iluminada del Parlamento. En cambio, desde el salón se despliega un mar de patios con ropa tendida, entre los que destaca el mercado de Valbazar al fondo. Esta noche brilla con luz verde. Lórim sonríe y luego fija de nuevo la mirada en la calle, donde una silueta se acerca a paso rápido. Su sonrisa se ensancha todavía más.

El mueble más importante de todo el apartamento es un sofá que rescataron de una esquina dos calles más abajo. Allí está Lórim cuando por fin escucha el chirrido de la puerta del apartamento. En el último momento toma una revista que ha encontrado entre los cojines, la abre por una página al azar y comienza a leer atentamente.

—Ya era hora... —comenta. Le parece sorprendente lo fácil que le resulta transformarse en ese Lórim Hérshel despreocupado y tranquilo que nada tiene que ver con lo que ha sucedido hace apenas unas horas.

—¿Qué haces todavía despierto?

Kózel aparece por la puerta del salón. En una mano sujeta su chaqueta verde y, en la otra, los zapatos. Se los habrá quitado para no hacer ruido.

—Es que se estaba poniendo interesante —dice mientras cierra la revista y se la muestra. Por si acaso, también adopta una expresión inocente y risueña. Casi podría decirse que le salen solas, automáticas. Mejor. Si piensa un poco más profundo puede que la culpabilidad por lo que ha hecho y por no contárselo a Kózel le fastidien la mueca.

—Es la gaceta mensual sobre la programación de la orbevisión pública,

Lórim.

—Sí. Hay un artículo sobre la próxima temporada de *Pasión de Fuego*. Nos esperan muchas sorpresas, nuevos villanos y, según dice aquí, un cincuenta por ciento más de romance. Un cincuenta por ciento más es mucho romance. ¿Qué es eso que llevas en la solapa de la camisa?

—Nada —musita Kózel, aunque Lórim está seguro de que es un «nada» que esta tarde no llevaba—. ¿Enzo y Denna ya se han marchado?

Lórim asiente. No sabe por qué Kózel sigue de pie, en la puerta del salón con los zapatos y la chaqueta en la mano.

—Se han quedado aquí a cenar. —Lo han hecho a menudo a lo largo del verano. Lórim no sabe cómo ha ocurrido pero Kózel, Nero y él han pasado de ser un trío a un sexteto de amigos. Las desgracias, como dice la sabiduría popular, unen a la gente. De hecho, fue Enzo quien les consiguió el piso cuando se dieron cuenta de que necesitaban un lugar seguro en el que estar. Se supone que pertenece a su tío; pero se lo ha dejado casi gratis solo por el pequeño inconveniente de que está en un quinto piso y todavía no han instalado uno de esos nuevos elevadores en el edificio—. Nero ha preparado un estofado típico de Urnabaun, pero ha dicho que si se hace con ternera no sabe igual. No he querido preguntar con qué lo preparan allí pero estaba bueno. ¿Quieres? Ha sobrado un poco.

Kózel deja los zapatos en el suelo. Al agacharse, como a lo largo del verano se ha dejado crecer el cabello, una corona de rizos oscuros le cae sobre la frente, como le sucede siempre si no se lo sujeta. Luego cuelga la chaqueta en el respaldo de una de las sillas del comedor. Solo tienen dos, pero no pasa nada porque el primer día él ya decidió que se pedía el sofá a la hora de comer.

Lórim sigue a Kózel con la mirada mientras cruza el saloncito en dirección a la cocina.

—Yo tampoco tengo sueño. El té lo quieres con leche y azúcar, ¿verdad?

Después de que Kózel saliera de la cocinita del piso llevando dos tazas humeantes, le ha empujado con el pie para que le hiciera un poco de espacio en el sofá. Y luego se ha quedado ahí, inclinada hacia delante, los brazos apoyados en las rodillas y su taza entre las manos mientras Lórim la miraba de reojo.

Al cabo de un rato, ya está sopesando si hacer un comentario gracioso disipará el ambiente enrarecido que hay ahora mismo entre los dos. Por la cara que tiene su amiga, no sabe si, de hacerlo, le echaría el té hirviendo por encima.

—Oye.

Kózel se vuelve hacia él cuando la llama pero Lórim no continúa hablando; ha abierto la boca antes de saber qué iba a decir exactamente. Le ocurre a menudo. Para disimular, toca con la punta del índice el vapor de agua que se escapa de su taza. El vapor inmediatamente se le arremolina alrededor de la mano y Lórim, a la desesperada, se lo envía con un gesto hacia la cara para que le dibuje un bigotito fantasmagórico. Completa el gesto con una de sus mejores sonrisas, que se desvanece, al igual que su bigote, en cuanto Kózel se levanta.

Al cabo de dos minutos regresa con un par de tijeras en las manos. Lórim se echa hacia atrás en el sofá, especialmente cuando Kózel se las pone en las manos.

—He pensado que me gustaría cortarme el pelo antes de regresar al Liceo. Pero yo sola no puedo, así que te ha tocado.

—Pensé que querías dejártelo largo —comenta Lórim mientras Kózel encoge los hombros y va a sentarse en el suelo frente a él.

—Lo acabo de decidir ahora mismo. ¿Por qué no? El cabello largo no me hace más o menos yo y es más cómodo así. Tú corta sin miedo.

Y Lórim, visto que Kózel está tan convencida, obedece. Al principio lo hace con miedo, sosteniendo con los dedos cada uno de los bucles castaños de su amiga y pensando dos veces la longitud a la que corta; pero poco a poco le va

cogiendo el gusto. Si no se gradúa en el Liceo de la Guardia podría dedicarse a eso.

—Ve con cuidado. ¡Cuidado! Vas a cortarme una oreja —le advierte Kózel al cabo de un rato de silencio.

Otro chasquido de las tijeras, otro mechón que abandona la cabeza de Kózel para siempre.

—Tranquila, no te preocupes. Todo está controlado. Te vas a ver estupenda, está quedando un corte con mucho estilo.

—Claro, porque tú eres una autoridad en la materia...

—«Estilo» es mi segundo nombre. Lórim, *Estilo*, Hérshel. No te muevas, en serio. Inclina la cabeza.

Cuando ella ladea la cabeza hacia un lado, Lórim se da cuenta de que este es uno de esos raros momentos en los que Kózel le hace caso a la primera, así que pregunta envalentonado:

—¿Es por Vann? El porqué de esta mala cara que tienes, quiero decir.

Ahora sí está a punto de cortarle una oreja a su amiga cuando ella se yergue. Suerte que tiene buenos reflejos y la única víctima de las tijeras es otro bucle que va a parar sobre el hombro derecho de Kózel.

—Tú también tienes cara de que te haya pasado un metropolitano por encima. ¿Acaso es por Denna?

—No estamos hablando de mí. —Lórim, con la mano que tiene libre, empuja la cabeza de Kózel otra vez. No tendría que haber dicho nada. Mejor no plantear por qué él, al llegar al apartamento, se ha visto a sí mismo en el espejo con el pelo revuelto y marcas violáceas bajo los ojos.

—¿Por qué tendría que ser por Vann? Tenemos problemas más urgentes que mi «no relación» con Vann, por si no te acuerdas.

Lórim entrecierra los ojos. No quiere recordar esos otros problemas, principalmente el seguidor de Zaaren que les estaba espiando y en cómo se ha sentido cuando lo ha Dominado.

Respira hondo y recorta un mechón que ha quedado un poco más largo que

los demás. Vuelve a esforzarse por sonreír. Esa sonrisa despreocupada y de dientes blancos que tan bien le sale. No es tan ancha como la Sonrisa de Hacer Amigos, pero cree que valdrá para la pregunta que le va a hacer a Kózel a continuación:

—¿Esa insignia te la ha regalado él?

Kózel, entonces, suspira como si quisiera sacar todo el aire que lleva en los pulmones.

—Sí —murmura—. No lo sé, Lórim. La verdad es que sí ha ido bien. Es decir, no ha pasado nada, no te emociones. Pero...

—¿Entonces?

Kózel se pasa ambas manos por el cabello recién cortado mientras sacude la cabeza.

—¿No te parece que debería preocuparme de otras cosas? ¿No te parece... frívolo, estúpido, pensar en Vann cuando Zaaren tiene a Kástor quién sabe dónde, cuando este país zozobra y, en general, está todo tan meridianamente a punto de irse al garete?

—Al contrario. —Lórim contesta apenas sin pensar pero sabe que tiene razón—. Al menos, si hay algo bueno en lo que puedas pensar...

—¿Ya has acabado? —Kózel no espera a que Lórim le responda. Se pone de pie y se peina con las manos. Lórim le ha dejado el cabello corto por los lados, mientras que en la parte de arriba ha mantenido una maraña de rizos rebeldes—. Dejemos el tema, ¿quieres?

—Pero ¿sabéis qué hora es?

Nero, que acaba de aparecer por el arco que da al pasillo, habla con los ojos cerrados pero, aun así, acierta a la primera cuando cruza el saloncito y se deja caer en el sofá y pone la cabeza sobre el regazo de Lórim.

—Siento que te hayamos despertado —se disculpa Kózel.

—No me habéis despertado vosotros. No hay nada en este mundo que pueda despertarme salvo yo misma. O quizá una explosión. O alguien haciéndome cosquillas en los pies con mucho empeño. Pero, no. Me he despertado yo sola

y ha dado la casualidad de que estabais hablando al mismo tiempo. Es que tengo hambre. ¿Quedan galletas? —añade con tono esperanzado y con los ojos un poco más abiertos que antes.

—Te traigo unas cuantas. —Kózel desaparece por la cocina y, al cabo de unos segundos, sale con una lata de galletas de mantequilla que deja en las manos de Nero.

Por supuesto, acaban compartiéndolas.

—Quedan diez días para que volvamos al Liceo —dice Nero al cabo de un rato. Si le importa que el pijama le haya quedado cubierto de migas, no lo demuestra.

Lórim, nada más escucharla, nota cómo le crece una especie de alegría desde el estómago, pero el efecto dura solo unos segundos y le deja un regusto triste en el paladar. El Liceo...

—¿Creéis que debemos volver? —plantea con cautela. Es algo que han estado discutiendo estas últimas semanas, pros y contras de regresar al Liceo, dada su situación. Que allí están más expuestos: contra. Que ya vencieron a Zaaren una vez con la ayuda de sus compañeros: pro. Que es el Liceo, que dónde Rayos van a ir si no: pro. Lo que le preocupa a Lórim es que esta noche le ha mandado una invitación a Zaaren para que vaya a encontrarle allí.

—¿Tú crees que no? —pregunta Kózel, frente a ellos en el suelo, con las piernas cruzadas. Toma su taza de té olvidada y le da un trago al que le sigue una mueca.

Lórim adelanta la mano, toca la taza de Kózel y, al instante, vuelve a humear.

—No... Sí... —Una vez más, a Lórim le han salido las palabras sin pensarlas. Porque ha extendido esa especie de invitación a Zaaren por una razón. Porque si Zaaren o uno de los suyos viene a él, entonces... entonces quizá eso les ayude a encontrar a Kástor—. Sí. Quiero ir. Claro que debemos ir, ¿verdad?

—Yo... —responde Kózel y a Lórim se le encoge un poco el corazón en el pecho—. Yo sí quiero volver. ¿Os acordáis del año pasado, cuando me

preguntasteis si había visto morir a alguien?

Ambos asienten.

—No hace falta que nos lo cuentes si no quieres... —dice Nero, pero Kózel niega con la cabeza mientras él contiene la respiración.

—Yo... bueno. Seguramente no me creáis por mi intachable e irreprochable conducta en los últimos dos años.

—Modélica —apunta Lórim, sorprendido por la capacidad que tiene de seguir bromeando a pesar del tumulto que siente dentro del cuerpo.

—Espectacular, diría yo —replica Kózel, mirándole directamente a los ojos con algo que puede parecer una sonrisa sarcástica—. Pues cuando estaba en el instituto... en fin, mis compañías no es que fueran las mejores. Y salíamos por aquí y por allí. No pensábamos en el peligro, la verdad. Hasta que nos metimos en un lío. Hol Ibu es muy bonito cuando vas por los paseos guiados y las zonas turísticas, pero la parte que no se ve... Si no fuera por la Guardia, que se presentó allí aquella noche, probablemente yo no estaría ahora aquí.

—¿Por eso quisiste matricularte en el Liceo?

—La vida es mejor cuando tienes a alguien que evita que tus errores sean irreparables, Lórim. —«Irreparables», piensa él. Pues va tarde—. ¿Y tú, Nero? ¿Por qué viniste tú al Liceo?

Nero coge una galleta y, después de tragar, simplemente dice:

—Azar. —Claro, Azar, piensa Lórim. Como si eso significara algo. Pero entonces Nero añade—: Que no. Nada que ver con Azar. Es que Urnabaun es muy bonito pero mortalmente aburrido.

Suceden unos instantes de silencio, en los que los tres se miran. Justo después, se echan a reír y entonces Lórim piensa que, como siempre, sus amigas tienen razón: volverán al Liceo. Y cuando Zaaren vaya a por él, estará preparado.

Miércoles, 30 de septiembre.

Parada de metropolitano del Mercado de
Valbazar.
8.10 de la mañana



El primer día de clase han terminado cerrando la puerta tranquilos, sin ceremonia. Como si, en realidad, no les diera pena abandonar ese apartamento donde han pasado los últimos tres meses.

—Pero ¿la parada está muy lejos? —pregunta Kózel resoplando. Los años anteriores había sido todo muy cómodo: montarse en el aéreo desde Hol Ibu, bajar en la estación Varno Monsett y, de allí, tomar un metropolitano directo a los Altos pero, desde el apartamento, tienen que caminar un buen trecho hasta la parada más próxima y la calle es cuesta arriba.

—Al otro lado del mercado —responde Nero con una sonrisa indomable.

—Estás floja, *Hoku*.

Kózel ignora la burla de Lórim y se concentra en avanzar a paso digno. A su derecha queda el mercado de Valbazar, que está rodeado por un bullicio de compradores y vendedores que tratan de llamar la atención gritando los precios de sus productos. En la esquina del mercado pasan cerca de una chica no mucho más joven que ellos que ofrece el periódico recién salido de la

imprensa a los transeúntes.

Mientras la vendedora de periódicos anuncia los titulares del día a pleno pulmón, Kózel encuentra fuerzas para apretar el paso. No tiene necesidad alguna de escuchar los rumores que corren últimamente por la prensa: detenciones, conflictos y una amenaza cada vez más tangible de que el gobierno planea imponer la ley marcial en la ciudad. Entonces, escucha una palabra que la hace detenerse de golpe: «Liceo».

Y como Lórim también ha frenado en seco, choca contra su espalda. Ahí se quedan ellos tres, como un islote boquiabierto en medio de un río de gente. Podrían haber seguido su camino; pero la vendedora de periódicos no solo ha reconocido el uniforme que llevan, sino que, guiñándoles un ojo, levanta el periódico en alto y grita:

—«¡Primer día de curso en el Liceo de la guardia de Blyd! ¿Futuros protectores de la ciudad o amenaza oculta? ¿Seguirá siendo el Liceo un nido para los Caballeros del Águila?».

El titular es horrible, especialmente el mal juego de palabras, pero consigue su cometido: al instante, Kózel se da cuenta de que las miradas a su alrededor han cambiado de la indiferencia a una cierta hostilidad. Una señora, al pasar por su lado, arruga el gesto y todo parece indicar que choca contra Lórim a propósito.

—Vámonos —dice Nero—. Que, si no, vamos a llegar tarde.

Kózel asiente y, sin quejarse más del peso de su maleta, comienza a caminar. El único que se queda atrás es Lórim.

—¿Qué haces? —le pregunta sin detenerse. Su amigo continúa quieto frente a la vendedora de periódicos hasta que se mete la mano en el bolsillo como rebuscando algo.

—Ya voy, ya voy...

Al final, con expresión satisfecha, saca una moneda de media corona y se la tiende a la vendedora. Lórim, ya con el *Inquisidor Blydense* bajo el brazo, echa a correr para alcanzarlas.

—¿Por qué has comprado eso? —le amonesta ella. Un tendero barriendo la puerta de su comercio de encurtidos les da los buenos días con entusiasmo. Por lo menos no les odia todo el mundo, piensa Kózel mientras, por fin, atisba la marquesina verde y bronce de la parada del metropolitano.

—Hay que estar informado.

Minutos más tarde, ellos y sus equipajes han logrado acomodarse en un banco largo al fondo del vagón metropolitano. Mientras atraviesan Valbazar y Montalgo logran atisbar el Templo de Tierra una vez, un montículo cubierto de árboles que aparece fugazmente por entre azoteas coronadas de ropa tendida.

—¿Qué pone? —le pregunta a Lórim cuando el metropolitano por fin enfila trabajosamente la colina de los Altos. Tiene el ejemplar del *Inquisidor* apoyado en las rodillas y abierto por la página que habla del Liceo. Y no sabe si Lórim está poniendo tan mala cara por lo que dice el periódico o porque se está mareando.

—Tonterías —suspira él, mirando por la ventana—. Hace un resumen de los asesinatos y ataques de este último par de años. No nos menciona, lo he comprobado. Y luego dicen que el Liceo no es un lugar de fiar y que el gobierno debería controlarlo de cerca. Que si Zaaren estaba allí, quién puede asegurar que todos los estudiantes no seamos parte de su grupo.

—Ya te he avisado de que comprar el *Inquisidor* era media corona tirada a la basura.

Lórim asiente y acaba por doblar el periódico pero, antes de que pueda acabar de hacerlo, Nero se lo quita de las manos y comienza a leer ella misma el artículo sobre el Liceo.

—Me siento rara, ¿sabéis? —dice al cabo de un momento, levantando la mirada—. Volvemos al Liceo pero no tengo la sensación de otros años... —Kózel asiente. La vista se le va a su uniforme y trata de recordar si esta mañana ha sentido alguna emoción al ponérselo. De lo que sí es consciente es de haber decidido coger la gorra. A pesar de todo, se sentiría desnuda si no se

la pusiera todos los días, junto al uniforme—. Y al mismo tiempo —continúa Nero en voz tan baja que apenas se la escucha por encima del traqueteo del metropolitano—, creo que hacemos bien en volver.



Ve luz, pero no fuera. Dentro, dentro de su cabeza, una explosión tras los párpados. Su cuerpo es una miríada de alfileres diminutos clavándosele en los globos oculares, en el interior del cerebro, en el velo del paladar, que está seco. Como si todas las partículas de su cuerpo se hubieran separado y quisieran volver a juntarse.

Tiene tanta sed...

Trata de ordenar sus sentidos. Tiene frío y la espalda apoyada contra algo rugoso. Está sentado. Abre los ojos. Está oscuro, no ve nada. ¿Qué es lo último que recuerda? La Plaza del Parlamento, la vibración de un metropolitano pasando cerca. Kástor cierra los ojos otra vez. Enzo. Hace apenas unos segundos estaba con él y ahora, no.

Trata de respirar hondo pero no puede. En cuanto sus costillas se expanden, un espasmo hace que doble ese cuerpo que no siente como suyo hacia delante. Se cae. Al apoyar las manos en el suelo todas sus terminaciones nerviosas se retuercen de un dolor que no sabe de dónde viene. De sus manos, se da cuenta entonces. Tiene las palmas de las manos en carne viva.

Al abrir la boca para gemir, no le sale ningún sonido.

Estaba con Enzo en la Plaza del Parlamento y ahora no, se dice, tratando de recordar más allá, algo que le conecte con este lugar oscuro y que huele sutilmente a cerrado.

Pero su cabeza no responde. Plaza del Parlamento, Enzo. Le ha besado. Llevaba pensándolo durante todo el trayecto en metropolitano desde el Liceo

hasta el centro, ensayaba mentalmente qué haría, cómo se inclinaría hacia su amigo. Si le tomaría la mano. Y ahora está aquí, no sabe dónde.

Y por qué, piensa Kástor frenético, siente ese tirón en la base de la lengua, como si no fuera la primera vez que despierta en el mismo lugar.

Ordena que sus extremidades se muevan. Primero, la mano derecha. Extiende y encoge los dedos lenta, muy lentamente. Luego, el brazo. Se incorpora. Cuando abre los ojos otra vez, se da cuenta de que está en un pasillo medio sumido en penumbras.

Kástor cruza el pasillo con paso tambaleante. Las piernas le obedecen a destiempo, cada zancada es un tropiezo que evita apoyándose contra la pared del pasillo.

Cree, de veras cree, que ya ha estado aquí antes.

Al final del corredor hay otra puerta.

Sabe adónde conduce la puerta incluso antes de abrirla y, aun así, tanta luz le toma por sorpresa, le hiere los ojos, que se tapa con el antebrazo.

Trata de pedir auxilio pero solo le sale un sollozo.

Poco a poco, sus ojos se acostumbran a la claridad. Identifica formas, colores, texturas. Piedra gris, una enredadera de color verde esmeralda, un torreón apuntado. Está en el interior de un patio cuadrado, dos pisos, cada uno sostenido por nueve arcos de medio punto.

Ahora puede verse las manos. Tiene costras rojizas en los nudillos, un mosaico de ampollas en las palmas. Algunas de ellas se han desgarrado cuando se ha apoyado en el suelo.

Kástor por fin recuerda, pero no entiende nada.

—Kástor.

De repente sabe quién le llama. Zaaren, el Águila Blanca. La legítima gobernante de Nylert.

Kástor se vuelve. Su cuerpo, ahora sí, responde al instante cuando le pide que se arrodille. Es lo que debe hacer. Poco a poco, su cabeza se aclara, los recuerdos regresan a su sitio. Todo lo ha hecho por deber, por honor, por su

Familia. Porque es bueno.



Sabe perfectamente desde cuándo aborrece los espacios cerrados, piensa al bajar por los escalones metálicos que llevan al corazón de la cárcel. Tenía once años y, escondida en el sótano de su casa, se aferraba a su hermana como si fuera la única cosa que le quedaba en la vida. No cree que la haya vuelto a

abrazar desde que se quemó (lo quemó Asgard Indrasil, acabando con todos) el palacio y llegó la Revolución como una pesadilla. Esa noche nadie vino a buscarlas, ni siquiera sus padres.

Se detiene. El ruido de sus tacones sobre la pasarela a la que ha llegado todavía resuena durante unos segundos. Debajo de ella hay una caída en picado. Delante, un vigilante baja la cabeza mientras le da paso hacia el siguiente nivel. Este lugar es como un laberinto.

Su padre sí que regresó. Lo hizo semanas después convertido en una figura espectral, rota. Nunca habló de qué le había ocurrido durante ese tiempo ni qué había pasado con su madre. Ni Elera ni su hermana se lo preguntaron jamás y ahora, tantos años después, aunque le sería fácil averiguarlo, no lo va a hacer. Ese padre que regresó a buscarlas ya era una persona distinta, destilaba un odio del que Elera bebió durante muchos años. Era un modo de sobrevivir como cualquier otro, de hecho.

La agente Elera avanza. Baja algunos niveles de escaleras, sube también unos pocos, aparentemente sin un rumbo definido. Es parte del diseño de la cárcel. Ni siquiera los vigilantes conocen el camino hacia todas las celdas y recovecos, solo saben ir hacia sus puestos de guardia. Del mismo modo, ella solo sabe llegar a esa celda concreta hacia la que se dirige. Es una medida de seguridad más entre todas las que hay.

Por fin, una nueva verja metálica se abre ante ella. Detrás de los barrotes un vigilante la saluda sin mirarla a los ojos. Elera sabe que entre el personal de Aguasquietas ha corrido el rumor de que, si la miran a los ojos, ella podrá ver sus más oscuros secretos. Es mentira, claro, no necesita mirarlos a los ojos para nada y, además, para miserias humanas ya tiene el capítulo de la orbenovela que ve cada noche. Igualmente, le sonrío al vigilante cuando la deja pasar.

—Gracias —dice inclinando la cabeza, porque es de buena educación dar las gracias.

Durante unos minutos más sigue avanzando entre pasarelas y pasillos. La

celda a la que se dirige es muy parecida a todas las demás exceptuando que no hay ninguna pasarela que llegue hasta ella. Es una última medida de precaución. Elera se detiene al borde del vacío que queda entre el entramado de pasarelas y el muro de la presa donde están las celdas mientras el vigilante se acuclilla. En pocos segundos, la humedad que llena el aire se condensa en las manos del vigilante, tentáculos de Agua caracoleando entre sus dedos y extendiéndose hacia el otro lado del abismo, justo frente a la celda a la que se dirige ella. El vigilante, entonces, resopla. La pasarela de Agua que ha creado se congela entre crujidos.

Elera no se da tiempo a pensar en lo endeble del hielo bajo sus pies ni en que la pasarela que ha creado el vigilante no tiene ni una triste barandilla que la proteja de una eventual caída. Cruza rápido, todas sus fuerzas concentradas en no resbalar con los tacones y en aparentar que, en realidad, no está haciendo esfuerzo alguno.

El último guarda, el que está frente a la celda, le abre la puerta a regañadientes. Quizá sea uno de esos que de verdad creen en los derechos de los presos y no ve con buenos ojos lo que ella ha venido a hacer.

—Álek —dice en cuanto entra. Se quita el sombrero, una ofensa de color cereza entre tanto granito gris—. Buenas tardes.

No va a responderle. No lo hace nunca. Ella es la única que sigue viniendo. La mayoría ha desistido y a los que no, Elera se ha encargado de buscarles cosas más urgentes a las que dedicar su tiempo.

En la celda solo hay una ventana, un camastro, una letrina que es poco más que un agujero en el suelo y dos sillas. Álek Rádick está sentado en una de ellas, desmadejado, como si su cuerpo no fuera capaz de sostenerle erguido. Elera arrastra la otra hasta quedar justo frente a él.

Por lo menos, ahora come. Necesita horas para hacerlo; da unos pocos bocados y luego parece que se olvide durante largos períodos de tiempo, pero ya es más de lo que hacía antes. Lo de dormir, todavía no lo han logrado. Álek se pasa las noches en blanco y duerme solo cuando su cuerpo no puede más;

pero nunca lo hace en la cama a menos que ella o los vigilantes le acuesten. Se pasa los días, las noches, mirando por el ventanuco de la celda.

—Bueno, Álek —dice Elera. Se acerca un poco más, sus manos casi tocan las del chico, secas como sarmientos de una planta muerta. Entonces los ojos de Álek se apartan de la ventana. No llegan a fijarse en ella exactamente pero indican que, por lo menos, algo le ha llamado la atención. Elera, con cuidado de no hacer ningún movimiento brusco, le toca los nudillos fríos mientras intenta no pensar en esos cadáveres, muertos de desidia y falta de voluntad, que vio en la mansión de los Indrasil cuando fue con el detective Brynn. Parpadea dos veces—. Espero que te encuentres mejor hoy. Ya sabes que esto no va a dolerte.

A ella tampoco le duele cuando deja que su conciencia se adentre en la cabeza de Rádick, pero la sensación es desagradable, como perderse en un laberinto hecho de espejos rotos.

Ahora ya no se marea como le ocurrió la primera vez. Los sentidos, imbuidos de Aura, se le confunden: escucha imágenes, el velo del paladar se le llena de sonidos, de luces, de colores cambiantes y, a pesar de todo, siempre le parece que el lugar esté sumido en una oscuridad absoluta. Elera ha aprendido a no contagiarse de ese caos pero, aun así, necesita unos cuantos minutos para aclimatarse antes de avanzar.

Muchos de los recuerdos del chico están sellados. Los otros ya le son familiares, así que los descarta rápidamente. La mayoría son horribles. Ha sentido su rabia y una confusión que fue creciendo a medida que su mente caía bajo la influencia de Dominio. En algunas partes de la mente de Rádick aparece Zaaren, el Águila Blanca, como en ese recuerdo que la llevó a descubrir dónde había muerto Asgard Indrasil. Una vez, Elera descubrió cómo se conocieron ella y Rádick y resulta que fue algo vergonzosamente típico: la fiesta de fin de curso del Liceo, en el Gimnasio antiguo. Fue él quien le pidió a ella un baile en la pista improvisada.

Elera, o al menos la parte de su conciencia que está explorando la mente

destrozada del chico, se detiene. Entre la cacofonía abrumadora que la rodea percibe algo. Un eco. Una presencia titilante. Es él, lo poco que verdaderamente es Álek Rádick. No es la primera vez que lo encuentra pero, por mucho esfuerzo que siempre pone en retenerlo, siempre se escapa.

Elera lo llama. El nombre del chico le resuena dentro de los párpados cerrados. Si tan solo consiguiera hablar con él, podría ayudarlo. Podrían ayudarse mutuamente: ella, a que el chico por fin encuentre el camino para volver a ser amo de sí mismo. Él, entonces, podría darle pistas para encontrar al Águila Blanca...

Porque tiene que encontrarla. Como sea. Lleva meses sin dar señales de vida, pero Elera está segura de que cuando menos se lo esperen...

Elera se dobla sobre sí misma. No solo su mente, también ese cuerpo que siente a mundos de distancia se encoge. La consciencia de Álek, de repente, se ha encendido al contacto con su pensamiento sobre Zaaren.

Esto es nuevo. Por primera vez en meses, la mente de Rádick está viva.

Elera vuelve a intentarlo, vuelve a pensar en Zaaren con más intensidad, trata de recrear su rostro, esa fotografía que ya ha visto por todas partes, con la sonrisa ancha, el uniforme del Liceo impecable y un lazo rosa sujetando sus bucles pelirrojos.

Todo a su alrededor palpita, el laberinto que es la consciencia de Rádick se parte en dos mitades opuestas. Una vibra con un sentimiento que va más allá del amor; admiración, necesidad, pasión. La otra está llena de un odio que la hace gemir solo de sentirlo rozándole la piel.

Decide que ya es suficiente.

Elera abre los ojos, se aferra a Rádick mientras vuelve en sí misma. Está en la celda, se dice. En Aguasquietas. Siente los pies firmes sobre el suelo, el tacto de la silla metálica contra la espalda, huele el aire húmedo y pegajoso de la cárcel.

Se da cuenta, en ese momento, de que Rádick no tiene la mirada perdida ni fija en la ventana del fondo.

Rádick la está mirando a ella.

Y, apenas durante una fracción de segundo, siente otra cosa. Un cosquilleo furtivo en la base de la nuca, el tipo de cosquilleo que produciría otra mente con Aura intentando Leerla aprovechando que estaba ocupada con Rádick.

Interesante.



Los años anteriores Enzo solo había necesitado que pasaran unas cuantas horas desde el discurso del director para tener esa sensación de no haberse marchado nunca del Liceo, como si el verano solo hubiera sido un sueño. Este año no es así. La maleta que ha traído de casa sigue medio abierta en el suelo. Él está sentado en la única cama que hay en el cuarto, la vista fija en ese punto de la pared donde una marca en horizontal señala dónde estaba la que falta.

La explicación oficial es que este año a los alumnos que hubieran entrado en el programa de Élite se les asignaría un dormitorio individual para que estudiaran y descansaran mejor. Sin embargo, Enzo sospecha que es un modo, no muy discreto, de disimular que este año hay menos estudiantes que nunca y sobran habitaciones.

Durante la ceremonia inaugural del curso apenas llenaban el patio entre los pórticos del edificio de Administración.

A pesar de todo el espacio extra, tiene la sensación de que las paredes se le van a caer encima.

Mira al reloj. Han pasado horas ya desde que llegaron al Liceo y no se ha dado cuenta. Se ha perdido la hora de comer.

Por lo menos, si sus amigos no han venido a buscarlo al mediodía, es que le han hecho caso. Mientras entraban en la residencia con sus maletas, Hérshel ya hacía planes: reunirse en su habitación, invitar a las chicas, hacer una fiesta

para celebrar el inicio de curso. Bienintencionado, sí, pero Enzo con un nudo en la garganta les ha tenido que pedir tiempo y calma tanto a Lórim como a Vann, que ya parecía ilusionarse con la idea.

De veras, sabe que lo hacen porque se preocupan por él; pero Enzo hace meses que no quiere estar con nadie. Se siente como un muñeco de trapo al que empujan los días y las horas, que se mueve por inercia, siempre con la cabeza en otra parte. Quizá, también, en otro momento: en esa última mirada de Kástor, entre el beso y el momento en que Zaaren se lo llevó.

Es consciente de que eso no es bueno para él. Si Enzo se encontrara a alguien en su misma situación sabe que le aconsejaría salir, pensar en otras cosas. Distraerse. Ser optimista, que todo se soluciona.

Es irónico.

Al principio buscaron a Kástor con tanto ahínco. Cada día. A todas horas. Por todo Blyd. Con el paso de las semanas las salidas se hicieron igual de voluntariosas, sí, pero más esporádicas. No es culpa de nadie. Lo hablaron todos un día a finales de agosto tras regresar, agotados y con las manos vacías, de la enésima expedición de búsqueda. Se dieron cuenta de que rondar a ciegas por la ciudad solo era una pérdida de tiempo. Incluso él lo aceptó. Estaba tan agotado que no podía ni pensar.

No sabe qué le impulsa a dar una patadita a su maleta. Después da otra un poco más fuerte, también con desgana, y la maleta se desliza unos centímetros hacia atrás. La tercera, con toda la fuerza que solo puede dar una frustración de meses, manda la maleta dando tumbos hasta el otro extremo de la habitación mientras su contenido se esparce por el suelo.

Ni siquiera le importa hasta que se ve a sí mismo, con esa sonrisa que ya no sabe hacer trazada a carboncillo sobre papel rugoso. Del golpe, resulta que la carpeta con los dibujos de Kástor que llevaba en la maleta se ha abierto. Los llevaba consigo el día en que Zaaren se lo llevó, se los dejó junto al resto de su equipaje. No sabe por qué no se los ha devuelto a su familia con todo lo demás.

Sintiéndolo una cuestión de vida o muerte, Enzo se arrodilla en el suelo y recoge los dibujos uno a uno y comprueba que no tengan ni una mancha, ni una arruga.

Entonces, dos golpecitos discretos resuenan en su puerta. Él no se mueve. Los toques se repiten un poco más fuertes. Enzo cierra los ojos. Deben de ser Vann o Hérshel, pero si les ignora quizá se cansen. Tres golpecitos más.

—Lo siento. —A pesar de que suena distorsionada a través de la puerta, reconoce la voz de Nero—. Sé que estás aquí y me salen altísimas probabilidades de que no quieras hablar con nadie pero voy a entrar igualmente.

No le da tiempo a responder. Nero entra sin apenas hacer ruido y cierra la puerta tras ella. Deja un paquete envuelto en papel encerado sobre su escritorio y, entonces, con las manos en los bolsillos del pantalón, se vuelve hacia él.

—Solo he venido a traerte algo de comer por si querías quedarte hoy en tu habitación tranquilo. Ha sido idea de todos pero yo me he ofrecido a venir. Son empanadas. Y tarta. No es de la cafetería, la ha donado Denna para la causa. Pero ahora ya me voy. —Nero dice esto último con una sonrisa de ánimos en los labios. Con una inclinación de cabeza, da un paso hacia la puerta.

—No voy a romperme. Sé que es lo que estáis pensando todos; pero no voy a hacerlo.

Enzo no tiene cabeza para reflexionar por qué le está dando conversación a Nero cuando lo único que le apetece es estar a solas con sus pensamientos. Cualquier otra cosa le parece una traición hacia Kástor, hacia su propia tristeza.

—Tampoco hay nada malo en romperse. Metafóricamente hablando, quiero decir. En realidad, es casi imposible romperse de verdad, a menos que primero te congeles muchísimo y luego te den un golpe muy fuerte. Lo que quiero decir —añade Nero—: es que romperse no es malo, ni es motivo de

vergüenza ni nada por el estilo. Solo significa que ya estás listo para volver a recomponerte.

Recomponerse. Cómo podría hacerlo faltándole una parte tan importante de sí mismo. Enzo observa a Nero, sigue de pie al otro lado de la habitación como si, aun haciéndole compañía, quisiera dejarle su espacio. Por fin, deja los dibujos de Kástor con cuidado dentro del portafolio.

—Una vez, me regaló uno —dice entonces Nero—. Según él, estaba incompleto pero a mí me gusta.

—¿Te lo regaló?

Creía que Kástor nunca regalaba sus dibujos. Solo a él. Debió de ver algo muy especial en Nero si una vez le dio un dibujo.

—Más bien se lo pedí yo. Sabía que tenía que darme algo, aunque al final no era un dibujo. De todas formas, él lo había tirado. —Nero encoge los hombros—. Si quieres, te lo presto. Hasta que encontremos a Kástor. Luego, me lo devuelves porque hará más.

—Gracias, Nero, pero... pero ya ni sé qué hacer con estos.

—Puedes colgarlos. Así, cuando los veas, vas a pensar en Kástor. Pero en cosas buenas. Y quizá, cuando estés preparado, eso te ayude.

No sabe si Nero tiene razón y si, más adelante, ver esos dibujos que son una parte tan importante de Kástor vaya a ayudarlo en algo, pero Enzo se levanta y va hacia el escritorio, donde siempre hay material de estudio que el Liceo deja a los estudiantes. Con cuidado de no agujerear el papel con las chinchetas que encuentra, él y Nero van colgando lámina tras lámina hasta que las paredes desnudas de la habitación cobran vida. Caballos al galope, paisajes, la colección de hermanos pequeños y risueños de Kástor ocupan cada uno su sitio. Los únicos que Enzo no cuelga son los retratos que le representan a él. Esos los guarda dentro de la carpeta con un nudo en la garganta.

—Estoy furioso, ¿sabes? —dice cuando Nero y él se apartan para contemplar la pared. No son las palabras que planeaba decir, aunque no por eso son menos ciertas. Nero no tiene la culpa de esa rabia que le acompaña

desde hace semanas. Nadie la tiene.

—Yo también. No tanto como tú. Tú tienes más razones para estarlo que todos nosotros juntos. —Nero se da la vuelta, se sienta en la cama de Enzo, que parece tan triste como él, entre todo el espacio desnudo en la habitación —. Puedo salir a buscarlo contigo si quieres.

—Ya decidimos que...

—Que dar vueltas por la ciudad sin ninguna pista no nos llevaba a ninguna parte. —Nero asiente. Se está mirando las manos, los dedos que mueve lentamente, como si contara—. Ya lo sé.

Enzo también lo sabe. Esa es una de las razones por las que está tan furioso, también consigo mismo.

Nero levanta la cabeza. Sus ojos verde claro, esos que parecen ver más cosas de las que están delante de ellos, se clavan en Enzo.

—Pero puedo ayudarte de todas formas, si es lo que necesitas ahora. No puedo decirte que no te sientas culpable por no estar buscándolo veinticuatro horas al día, porque no soy nadie para decirte cómo tienes que sentirte o no; pero, al menos, si buscarlo te ayuda, yo puedo ayudarte. A ayudarte. Este discurso me ha salido menos claro de lo que pretendía, lo siento.

Enzo menea lentamente la cabeza. Lo ha entendido perfectamente. La garganta le tira no sabe si de gratitud por la oferta de Nero o de vergüenza porque su amiga sepa perfectamente cómo se siente.



Pensaba que cuando regresara a su hogar, porque siempre piensa en el Liceo como eso, un hogar al que regresar año tras año, se atenuaría esa sensación de intranquilidad que lleva cosquilleándole a Lórim desde el Festival de Tierra.

Pero tuvo la idea, desesperada, de mandarle un mensaje a Zaaren, un desafío

para que lo encontrara, y el Liceo se ha convertido en un peligro.

Hace un buen rato que despidió a Kózel y a Nero en la puerta de la residencia. Ya es de noche, está en su cuarto y, en vez de sentirse más tranquilo, le ocurre lo contrario: está nervioso, como si en cualquier momento ese frágil equilibrio de la vida en el Liceo pudiera hacerse añicos.

Cuando escucha al reloj de la torre de Administración dar una campanada, Lórim se incorpora. Todo está quieto a excepción de su propio cuarto y no es por él: es que su compañero ronca. Lo que le faltaba.

De entre todas sus preocupaciones, que son muchas, Lórim todavía tiene tiempo para lamentarse porque este año tampoco le hayan emparejado con un novato de primero. Su nuevo compañero de habitación es Omir Zehel, Tierra, de cuarto. Es callado y amable, pero cómo ronca.

Cree que Omir ya está dormido. Nadie podría fingir tal concierto, que hace vibrar los cristales de las ventanas. Lórim parpadea dos veces. A ojos de Aura, la presencia de Omir se desvanece. Está dormido de verdad. Bien.

Se viste en silencio con un pantalón negro de algodón, camisa, un jersey de punto del mismo color y una gorra de punto, también negra. Se da un segundo para admirarse en el espejo que cuelga de una de las paredes del cuarto. Sí, regresar al Liceo ha sido un movimiento peligroso pero es el único que les queda. Él, con su inconsciencia, lleno de energía por haber usado Dominio, le dijo al secuaz de Zaaren dónde podía encontrarlo. Lo justo es que sea él quien les proteja a todos.

El pasillo está desierto. El año anterior, cuando veía la mano oculta de su padre tras cualquier esquina (su padre está muerto. Lórim descarta ese pensamiento tan rápido como ha venido) acabó agotado de Vincular Aura en el Liceo durante el día: demasiada gente, infinitos pensamientos y presencias a su alrededor. Esta vez lo hará bien. Por la noche es mucho más efectivo: solo capta las mentes de aquellos que siguen despiertos.

Y la conclusión de todo esto es de lo más fácil: si alguno de los seguidores de Zaaren está en el Liceo, si les están vigilando como en el Festival de

Tierra, le será más fácil detectarlo por la noche.

Cuando Lórim llega a la sala de recreo, se detiene. Parpadea, se abre al Vínculo con Aura con total libertad y respira hondo, dispuesto a encontrar lo que busca. Estaría bien. Le ahorraría tiempo.

¿La buena noticia? Aunque capta una docena de presencias como resplandores de colores distintos en la periferia de su visión, cuando se acerca más para captar sus pensamientos superficiales, todos son completamente inocentes.

¿La mala noticia? Pues en realidad, la mala noticia también es que, en la residencia, no hay nadie sospechoso. Pero no pasa nada, piensa Lórim, mientras baja de dos en dos los escalones que dan al exterior y comienza a avanzar con paso brioso hacia la residencia femenina. Va a parpadear dos veces para activar Aura pero, de pronto, una voz detrás de él le hace detenerse.

—¿Y adónde se supone que va, señor Hérshel, si se puede saber?

A Lórim las entrañas le dan un salto mortal dentro del cuerpo. Esa voz es fácil de reconocer, igual que reconoce al instante en que se da la vuelta a la mujer menuda que se acerca a él a pasos rápidos.

—Profesora Vorak.

No cree que su Sonrisa de No Haber Roto Un Plato vaya a ser de ayuda. Con Nedia Vorak, la jefa de estudios del Liceo, no le suelen funcionar del todo pero él lo intenta mientras se da la vuelta. Nedia Vorak, que lleva una gabardina de color claro por encima de lo que parece, a todas luces, un pijama floreado de dos piezas, se les acerca con paso enérgico.

—¿No se supone que tiene clase mañana? Y conmigo, además.

—Bueno, ya sabe... hace una noche tan bo...

—Pensé que ya había escarmentado con eso de pasearse por los jardines las noches bonitas Hérshel.

Lórim, con la cabeza gacha, musita un «No, profesora» mientras se pregunta si la profesora está en los jardines por lo mismo que él. Para protegerles.

—Bien. Vuelva a su habitación inmediatamente. —En ese momento, la profesora Vorak cruza los brazos. La vista se le va a los jardines—. ¿Queda claro?

—Prístino —le responde Lórim que, a pesar de todo, sigue sonriendo como si le fuera la vida en ello.

—Pero no se quede aquí plantado, hombre. Vamos. Que mañana tiene clase.

Ahora sí, Lórim hace una inclinación rápida de cabeza y da media vuelta porque, a decir verdad, ni siquiera tiene intención de regresar a su cuarto. Lórim entra en la residencia dispuesto a quedarse un rato en el vestíbulo y salir cuando todo esté despejado; pero acaba subiendo las escaleras procurando no hacer ni el más mínimo ruido, ni con sus pies al apoyarse en los peldaños ni con su respiración acelerada.

Pero lo hace porque ha escuchado algo.

No algo: alguien, una silueta que ha podido ver, aunque solo fuera por un instante, asomada por entre el hueco de las escaleras.

Podría no ser nada, se dice. El esfuerzo de subir amenaza con que, de un momento al otro, su respiración explote en busca de más oxígeno. En algún lugar de la residencia una puerta se cierra con total discreción y luego, silencio.

Todavía con todos los músculos del cuerpo ardiéndole, Lórim aprieta los dientes, cierra los ojos. La cabeza se le llena otra vez de esa constelación de resplandores difuminados que representan las consciencias que hay en la residencia.

Casi todo lo que percibe son las cosas que uno esperaría encontrar en la residencia a la una de la madrugada: sueño, nerviosismo por las clases. Lórim no es capaz de discernir de dónde viene cada uno de estos impulsos porque su control sobre Aura, a pesar de lo próximo que es a su propia Familia, no es total. Pero de entre todos los pensamientos ajenos que llegan embrollados dentro de su cabeza, uno le provoca un violento escalofrío por el espinazo. Las manos comienzan a temblarle. Después, todo el cuerpo. Alguien en la

residencia está pensando, con alivio, que no le han descubierto.

Viernes, 2 de octubre.

Gimnasio del Liceo. 7.28 de la mañana



Patada. Puño. Patada. Prueba con Fuego, aunque sea una Familia que siempre se le ha resistido y, aun así, una llamarada se le escapa de las manos. Es un buen modo de descargar energía. Finta. Vuelta. Giro. Cambia el Fuego por Aire, para que un golpe de viento la ayude a moverse más rápido.

Hoy Kózel se ha presentado en el gimnasio para entrenar con Vann sin que él, por esta vez, se lo haya mencionado.

—Venga, vamos, que no se diga —la tienta Vann mientras esquiva una de sus patadas.

Kózel está razonablemente convencida de que, en ocasiones, esa aparente calma de Vann es solo fachada y que, a veces, cuando se queda muy callado y entrecierra los ojos de concentración, es que la lucha está igualada.

Ambos están descalzos y la tarima del gimnasio está fría, pero el aire de principios de otoño, o quizá sea su propia respiración, quema.

Acuclillándose, esquiva un puñetazo que le manda Vann con la mano izquierda. Entonces, ella golpea el suelo con las manos extendidas. Es algo que ha estado practicando: en cuanto las palmas de sus manos chocan contra la tarima, Kózel hace un movimiento brusco hacia arriba, recoge el ruido de su palmada y lo amplifica convertido en una explosión sonora.

Funciona, aunque quizá demasiado. Vann ha tenido que parar su ataque y se está cubriendo las orejas con las manos, pero ella está igual.

Kózel aprovecha esta tregua inesperada para observar a Vann. En medio del gimnasio, jadeante, con la ropa pegada al cuerpo por el esfuerzo, le parece más que nunca el Vann de siempre, una fuerza imbatible de la naturaleza. El que le gusta, vaya.

Si se atreviera a...

La verdad, la pura y simple verdad, es que Lórim tenía razón cuando hablaron unas semanas atrás, la noche en que le cortó el pelo. Kózel puede sentirse todo lo culpable que quiera por pensar en Vann, pero eso no cambia que piense en él.

Lo único que la avisa de que él va a atacar es algo en su mirada, un brillo distinto. Una media sonrisa que apenas se le dibuja en la cara.

Cuando comenzó en el Liceo dos años atrás ya habría dado el combate por perdido.

Ahora espera a tener a Vann casi encima para extender ambas manos hacia los ventanales del gimnasio. Al instante se quedan a oscuras. Puede escuchar cómo Vann suelta un jadeo de sorpresa y, luego, otro contrariado cuando, aprovechando su confusión, le golpea el costado con el canto de la mano.

A otro gesto de Kózel el gimnasio se ilumina de nuevo, aunque nada es tan brillante como esa sonrisa, esta vez de orgullo, que aparece en los labios de Vann.

—¡Cielos! ¡Esta no me la esperaba! ¿Qué te ocurre hoy?

¿Que qué le ocurre? Quizá hoy sí que esté distinta. Más rabiosa, alerta. Le ocurre que tiene el trato que hizo con Nedra Vorak en mente, que la dejó quedarse en el Liceo a condición de que se superara y la aceptaran en el programa de Élite. Le ocurre que este entrenamiento tan inhumanamente temprano se ha convertido en un momento compartido con Vann que tiene que atesorar, porque es el único en el que solo están ellos dos, sin preocupaciones ni sombras.

Y le ocurre que, bueno, resulta que esta noche Vann y ella van a ir a bailar. Durante uno de sus descansos para tomar aliento, se han mirado. Vann se ha llevado las manos a la cara y ha dicho: «¿A las siete? Solo necesito un rato para ducharme y prepararme después de clase».

No sabe de dónde ni cómo le ha venido a Vann la idea a la cabeza, pero no va a ser ella quien agüe la fiesta. Mejor no hacerse preguntas. Así que hoy irán a bailar. A las siete. Y aunque por debajo de todo ese cosquilleo hay una voz que le dice que, con todo lo que está pasando, puede que no sea el momento, ella está dispuesta a hacer un esfuerzo considerable por no escucharla.

Vann le sujeta el antebrazo, dispuesto a inmovilizarla con una llave.

Ella se revuelve. Aparta de un codazo una de las manos de Vann y lo sujeta a él.

Están cara a cara. Tan cerca...

Vann ladea la cabeza. Cuando sonríe, además de arrugas alrededor de los ojos, le sale un hoyuelo en la mejilla izquierda.

Bruscamente, Kózel tira del brazo de Vann que tenía sujeto. Siempre es difícil desequilibrarlo. Quizá sea porque es Tierra, pero sus pies siempre parecen firmemente plantados en el suelo. Ahora, en cualquier caso, lo ha tomado por sorpresa. Al mismo tiempo que él se tambalea hacia delante, Kózel gira, utiliza tanto su propio cuerpo como el peso de Vann para hacerle pivotar.

Y entonces Vann cae al suelo de espaldas, los ojos muy abiertos pero la sonrisa y el hoyuelo, intactos.

Le ha ganado. Es la primera vez que ocurre. De repente todas las energías la abandonan, se siente vacía, perpleja. Ni siquiera reacciona para ayudarle a levantarse.

—Menuda paliza me has dado... —Vann lo dice con una sonrisa mientras se pone en pie de un salto, pero Kózel se da cuenta de que se aparta demasiado rápido.

—Vann, ¿todo bien?

—Claro. —Vann todavía le da la espalda. Al fondo de la pista, junto a las gradas, han dejado su bolsa de deporte y Vann se acerca hacia allá a paso tranquilo—. Es alucinante, ¿sabes? Lo mucho que has mejorado. Si no te importa, voy a atribuirme un poco el mérito, ¿de acuerdo?

—Te doy permiso para ponerlo en tu currículum. Seguro que entrenar a un desastre como yo da puntos para alg... —Ella lo decía medio en broma. Por supuesto que sabe que, al principio, era un desastre; pero también es consciente de que ya no lo es tanto y está orgullosa de ello, pero Vann se vuelve hacia ella en un gesto brusco, sin hoyuelos ni arruguitas.

—No digas eso. —Al instante la expresión se le suaviza—. Es decir, con todas tus... circunstancias, no creo que hayas sido nunca un desastre. No eras tú. No liberabas todo tu potencial, eso es lo que te ocurría. Pero estoy seguro de que a medida que sigamos entrenando, vamos a quedar cada vez más igualados, ¿no?

Kózel entonces se da cuenta. Pensaba que era solo un efecto óptico, cosa de la luz que se cuela por las ventanas más altas del gimnasio, pero resulta que no: Vann tiene las mejillas coloradas.

Las suyas, por algún misterioso mecanismo de simpatía, hacen lo mismo.

No sabe si tiene algo que ver ese momento en que se estaban sujetando el uno al otro, tan cerca. Prefiere no pensar en ello o el día se le hará muy largo. Suerte que van a bailar hoy. De verdad. No cree que pueda aguantarlo más.

Tras recoger sus cosas, salen del gimnasio. Lo hacen juntos pero, Kózel ahora ya es plenamente consciente, Vann camina un poco más alejado de ella de lo habitual y le pesca mirándola de reojo un par de veces. Y esas mejillas siguen igual de coloradas. Las suyas le arden.

Se detienen justo entre las dos residencias. Kózel tiene la vaga sensación de haber cumplido quince años otra vez por cómo sus ojos no paran de mirar al suelo y sus pies no parecen querer estarse quietos.

—¿Aquí a las siete? —musita.

—A las siete. Aquí —dice Vann, señalando con ambas manos el punto

exacto en el que están.

Se intercambian una sonrisa fugaz pero ese ambiente extraño, expectante, se rompe de repente cuando los primeros compañeros comienzan a salir de las residencias para ir a desayunar. La plazoleta circular que hay entre las dos residencias comienza a llenarse de gente y de voces que rebotan contra las paredes de ambos edificios y Kózel y Vann, casi a la vez, dan un paso hacia atrás para separarse el uno del otro.

Entonces lo ven. Enzo va en dirección contraria al resto de los alumnos del Liceo. Camina encorvado y está ojeroso. No lleva el uniforme puesto y, en lugar de salir, acaba de entrar en la residencia. En cuanto desaparece de su campo de visión, Kózel lleva la vista hacia Vann. Le ha cambiado la expresión completamente y en lugar de esa sonrisa que lucía desde que salieron del gimnasio, los labios se le han transformado en una línea muy fina, blanca. Tampoco queda rastro del rubor en sus mejillas. Suspira.

—¿De dónde viene? Porque, de entrenar, no.

Ella no responde. Simplemente se queda allí, a su lado. Mirando en su misma dirección. La culpabilidad por lo que siente, por la expectación de ir a bailar, por el deseo egoísta de ocupar todo su tiempo con Vann mientras sus amigos y, puestos a sentirse culpables, el país entero están como están, parece anegarle todo el cuerpo.



Es todavía temprano y los operarios de Agua limpian las calles y hay silencio. Elera camina por Los Ocasos. Ha dado un rodeo enorme para llegar hasta aquí, pero no quería arriesgarse a que la siguieran.

Le han ocurrido cosas interesantes estas últimas veinticuatro horas. Lo primero es que ha hecho avances con Rádick. El día anterior, cuando volvió a

visitarlo, incluso pudo hacer que el chico hablara. Fueron palabras sin sentido, desmadejadas, no logró darles significado pero ella sabe de dónde vienen: Zaaren. El Águila Blanca parece ser el centro del chico, su único estímulo. Lo segundo es esa presencia que intentó Leerla a ella mientras estaba con Álek. No sabe quién era, si era uno de los miembros de los Fantasmas, si era... otra persona... Últimamente no se fía de nadie. Bueno, rectifica: solo se fía del detective Brynn, hasta ese punto han bajado sus estándares.

El caso es que, uniendo ambas cosas, ha tenido una idea.

Tiene que dar un salto hacia la acera cuando invade la calzada un pequeño torrente de agua sucia que arrastra ramas, suciedad, hojas secas y papeles. A Elera no le hace falta prestar excesiva atención para darse cuenta de que son panfletos electorales. Se acercan unas elecciones movidas. Es curioso. Elera hacía tiempo que no veía que las calles de Blyd se limpiaran tan afanosamente.

Esta marea de limpieza probablemente sea una medida del gobierno más, piensa Elera hasta que, de pronto, un movimiento a su derecha capta su atención. Una cortina que se cierra de golpe, una ventana que también lo hace. Dadas las horas que son, no le resultaría sorprendente de no ser porque el movimiento ha venido de uno de los palacetes que, ella juraría, lleva prácticamente abandonado desde la Revolución.

La mayor parte de esas residencias pertenecían a la aristocracia menor. Miembros de la Familia Fuego que habían escalado puestos en el ejército o miembros de la corte. En 1928 casi todo fue expropiado con gran fervor revolucionario. Había planes para transformar las mansiones en facultades, centros de reinserción social, hospitales, casas de reposo para veteranos del ejército, pero al final no se hizo nada. Aunque ahora, le parece que todo tiene un aire más vivo. Más... habitado.

Tras un nuevo vistazo a los palacetes, a Elera le recorre el cuerpo un escalofrío. Esto no tiene nada que ver con las elecciones. Algo está pasando.

Avanza un par de calles más. Su destino está a la izquierda. Le da la bienvenida un letrero de Ilusión que pone Pensión el Carro y que parpadea

como si su condensador Monsett necesitase una revisión.

No es el mejor escondite que han tenido en los últimos meses. La agente Elera ha perdido la pista del número de veces que han trasladado las oficinas de los Fantasmas en lo que va de año pero este, dentro de lo que cabe, parece un lugar bastante tranquilo. A comienzos de verano, cuando instalaron sus oficinas en el hipódromo del Sobrelhin, los días de carrera era imposible hablar.

Una hora después, Elera siente que la cabeza le da vueltas. Trata de ignorar como puede la náusea que le sube por la garganta mientras baja las escaleras de la pensión y se despide de la vigilante que hay en la puerta.

Tiene que detenerse al llegar a la acera. Ha conseguido lo que venía a buscar en esa reunión donde no se ha pronunciado palabra alguna salvo en sus mentes: autorización expresa para llevar a cabo su plan. El control absoluto con todo lo que le suceda a Álek Rádick bien compensa el agotamiento que siente ahora.

Vuelve a deshacer el camino andado mientras resuenan todavía en su cabeza las voces de sus superiores, Fantasmas que hace tiempo que han dejado de ver la sociedad de Blyd desde las calles pero que están mejor informados que cualquier ciudadano o político de Nylert. Querría gritarles, que alertaran, que advirtieran, que no están por encima de nadie. Al final no lo ha hecho.

No puede confiar en nadie, se recuerda.

Sus jefes no son una excepción. Esas tres personas sentadas frente a ella al otro lado de una mesa de caoba en un despacho casi en penumbras son como muchos de su Familia: solo están esperando a ver qué ocurre. Quizá, si su plan sale bien, se cuelguen la medalla. Si no, siempre están a tiempo de elegir otro bando.

A medida que camina la mente se le aclara y nota el cuerpo menos agarrotado. La vista se le va a las fachadas de esos palacetes abandonados desde hace veinte años. Están descoloridas y desconchadas pero acaba de

fijarse en que los cristales de muchas de las ventanas ahora se ven limpios.



Mientras la agente Elera está en la oficina de los Fantasmas, Denna no está segura de si logrará acabar el tercer curso en el Liceo. Puede que sea el agotamiento hablando por ella, quién sabe, pero acaban de comenzar el curso y no puede más.

Delante de ella, las cabezas de sus compañeros tomando apuntes están industriosamente inclinadas. Y al fondo, de pie, llenándolo todo con su presencia y su voz un tanto rasposa, Nedia Vorak explicando Epistemología del Vínculo. Desde que empezaron el curso hace dos días, la profesora Vorak no se ha acercado a hablar con ella, como si esa conversación que tuvieron el año pasado en el hospital no hubiera ocurrido jamás.

«Tenemos que hablar, señorita Blyzster», dijo. Pero lo dijo con su voz de Aura. Porque resulta que la profesora Vorak es Aura.

Le dijo que la estaría vigilando, pero no se trataba de una amenaza. Se trataba, en realidad, de una oferta. Una que Denna todavía no sabe si va a aceptar. Tiene demasiadas cosas en la cabeza.

El Liceo ha cambiado. Hay más silencio y menos estudiantes. Mucha gente no ha regresado para el nuevo curso. Los rumores difieren acerca de las causas: algunos, los que no son de la capital, dicen que lo habrán hecho por miedo a la situación política. Otros están convencidos de que se han unido a las filas de los Caballeros del Águila.

Las clases también son distintas. Los profesores les azuzan con una agresividad innecesaria y en las clases prácticas, especialmente en las de Lucha, insisten en que practiquen técnicas ofensivas.

No le gusta nada. Los alumnos son soldados. No están para atacar a nadie.

Kózel Hokulea dice:

Esta mañana Vann y yo hemos visto a Enzo entrar en la residencia. En lugar de salir de ella, digo. Parece estar muy mal. No sé si...

Denna no deja de escribir cuando estas palabras de Ilusión aparecen en la página superior derecha de su libreta de apuntes. Resopla apartándose el flequillo. De reojo mira a Kózel.

Lórim Hérshel dice:

¿Vann y tú?

La caligrafía de Lórim aparece rápida, desordenada y cubriendo parte del texto de Kózel. Dos sillas más allá, Denna la escucha resoplar.

La profesora Vorak debe de percibir el suspiro de Kózel porque su voz se detiene una milésima de segundo y Denna está segura de que ha mirado en su dirección. Puede que la única cosa que haya cambiado para bien este curso sea que Denna no ha vuelto a sentarse sola en clase. Aunque Lórim, Kózel y Nero siempre optan por sentarse en las filas traseras del aula, cosa que a Denna le produce un ligero resquemor ético, cree que podrá acostumbrarse.

Si, como pensaba antes, logra acabar el curso, claro.

Kózel Hokulea dice:

Estábamos entrenando, ¿vale? Qué pesado eres, Hérshel. Lo importante es que hemos visto a Enzo y que Enzo no está bien. Sé que lo hablamos, sé que hasta ahora no hemos dado con Kástor; pero deberíamos hacer algo. Algo más, quiero decir.

Nero Cailíe dice:

Yo me ofrecí a acompañarlo.

Las letras redondeadas de Nero se cuelan por entre los esquemas que Denna ha empezado a copiar con desgana.

Kózel Hokulea dice:

¿A acompañarlo dónde?

Kózel levanta la cabeza justo después de escribir, la mirada clavada en Nero.

Nero Cailíe dice:

Está saliendo a buscar a Kástor otra vez. Creo que por las noches. Pero no quiere que le acompañe. No sé si lo va a encontrar. Por mucho que intente calcularlo, no me sale nada. Y cada vez que lo intento, las probabilidades se lían más. Tiene sentido. Si Kástor está bajo Dominio...

En ese punto, la letra de Nero se vuelve más temblorosa.

Es como si fuera otra persona. Como si no existiera. No puedo hacer cálculos sobre alguien que no existe.

Por un segundo, Denna aparta la mirada de su cuaderno. Tiene un nudo en el estómago, como si esa falta de existencia de la que habla Nero se hubiera apoderado de sus entrañas.

Kózel Hokulea dice:

Podríamos acompañarlo hoy.

Esta frase de Kózel aparece en letra diminuta en el lado inferior derecho de su cuaderno, como una nota a pie de página.

Nero Cailíe dice:

Enzo prefiere ir solo. Y, además, tú vas a ir a bailar con Vann. Pero otro día podemos ir los dem... ¿cómo que has quedado con Vann, HoKu, y no me lo habías dicho? ¿Cómo es que Nero lo sabe y yo no? Que soy Lórim, por si no te has fijado en que la letra de Nero ha cambiado (a mejor, todo hay que decirlo) de repente.



—Quita eso de mi vista. O, mejor, títalo a la basura. Estás en la Guardia, por todos los Cielos. Ese panfleto no deja de publicar rumores insidiosos sobre nosotros, y creo que ya nos las apañamos bien dando una imagen de pena nosotros solitos, no hace falta que encima les des dinero —murmura el detective Brynn de mal humor.

Sorprendentemente, el guardia con el que ha descargado su mal humor matinal dobla apresuradamente el ejemplar del *Inquisidor Blydense* que tenía sobre la mesa y lo guarda en un cajón.

Nada más alejarse ya se siente ligeramente mal. El guardia al que ha echado la bronca es nuevo. Hay muchos nuevos últimamente. Oficialmente, solo están para cubrir bajas: jubilaciones, traslados. Lo que nadie comenta, o dicen solo con la boca pequeña, y lejos de oídos indiscretos, es que esas bajas que ha habido en los últimos meses coinciden sospechosamente con aquellos que han mostrado una cierta disconformidad con las últimas actuaciones de la Guardia, léase detenciones de manifestantes, la supresión del Festival de Tierra, registros sin orden judicial y represión generalizada en nombre de la paz

social.

Eso, en casa de Brynn, de toda la vida lo han llamado «purga».

Empezando por la primera, tras una cristalera que permite entrever un despacho presidido por un escritorio lleno de papeleo. Sentada al escritorio, una mujer alta y de semblante serio. Brynn confía en ella menos que en nadie: es la nueva Capitana de la Casa de la Guardia del Paseo de Pralín. Llegó a principios de verano en sustitución del Capitán Morgensett.

Nada más pensar en él, una oleada de acidez le revuelve el estómago porque, al final, a Morgensett le han echado del cuerpo con deshonor. Brynn aparta la mirada justo en el momento en que la nueva Capitana se vuelve hacia él y sigue caminando. Tendrían que haberlo echado a él, no a Morgensett.

Tendrían que haberlo echado a él porque, aunque lo sabía, no fue lo bastante valiente como para destapar que el serenísimo y purísimo gobierno de la República de Nylert había estado ocultando que la antigua familia Imperial había sobrevivido durante casi dos décadas.

Cuando ya casi ha llegado hasta su mesa, se detiene extrañado al ver a una mujer menuda con un vestido floreado y coronada por un moño de pretensiones arquitectónicas. No sabe qué hace ella aquí arriba, cuando apenas sale de su despachito en el sótano, pero Muran Osmik, jefa y única empleada de la oficina de Relaciones Interdepartamentales, se le acerca con pasitos rápidos y decididos.

—Detective Brynn —dice la mujer levantando su cuello flaco y arrugado—. Qué sorpresa. Justo venía a buscar un poco de té. Acompáñame, por favor.

Brynn no protesta. Deja que la mujer le tome del brazo y le arrastre hacia una habitación adyacente sin preguntarle por qué Rayos no ha ido a buscar combustible en esa sala de descanso, idéntica, que tiene en su propia planta del edificio. Cuando llegan allí, Osmik se acerca a una gran tetera de cerámica, la rodea con las manos y entrecierra los ojos. Al instante, la tetera comienza a humear.

—Veo que has estado ocupado, ejem, Brynn —dice al fin mientras vierte una

buena cantidad de agua hirviendo en una taza tan floreada como su vestido.

—No puedo quejarme. Mientras la gente siga matándose en esta ciudad, no me quedaré sin trabajo —responde él que, ya que está, acaba sirviéndose una taza de café. Sabe a calcetines, como debería ser. Brynn no cambiaría ese brebaje horrible por nada en el mundo.

Osmik vuelve a carraspear pero al detective no se le escapa que la mujer echa un vistazo rápido a su alrededor.

—Me refiero, ejem, a que me he enterado de tu pequeña excursión.

A Brynn le da un vuelco el corazón mientras Osmik le dedica una sonrisa inocente. Al mismo tiempo, en la cabeza del detective se está librando una batalla campal. ¿Qué le dice? ¿Puede confiar en Osmik? Brynn abre la boca, y la cierra al instante cuando Osmik comienza a hablar.

—Solo digo que me he enterado. Y eso significa que otros también lo habrán hecho. Vaya con cuidado, detective. ¿Le importaría alcanzarme el azucarero? —le insiste Osmik cuando Brynn no reacciona a tiempo—. Está justo detrás de usted. Si es usted, ejem, tan amable.

Al final, le alcanza el azúcar a Osmik pero ya tiene la cabeza en otra parte. Se despide de la mujer inclinando el mentón y sale a toda prisa de la salita de descanso. Baja las escaleras hacia el piso inferior de la Casa de la Guardia sin importarle que la taza de café que todavía sostiene en las manos se derrame por los peldaños de caliza gris, saluda al recepcionista que hay en la entrada del edificio pero este no levanta la cabeza, enfrascado en un libro de crucigramas. Ya en la calle, Brynn cruza apenas sin mirar, y registra vagamente que el conductor de un cuadríciclo le dedica un bocinazo. Cielos, cómo odia esos trastos.

Justo en la acera frente a la Casa de la Guardia, hay una cabina con un comunicador público. Brynn toca la esfera de cristal oscuro con la mano que tiene libre y la hace rodar. A los pocos segundos, la esfera gira por iniciativa propia, cada vez más rápido. Luego, Brynn marca una serie de números en el panel que hay en uno de los lados de la cabina y se acerca el comunicador, que

sigue centrifugando a toda velocidad, al oído.

Primero escucha un seguido de chasquidos de estática mientras el Vínculo con Ilusión que hace funcionar el aparato se activa. Y luego, una voz.

—¿Sí?

—Soy yo. Tenemos que hablar.

—Detective —responde la voz de la agente Elera al otro lado del aparato—. Qué casualidad. Ahora mismo iba a contactar con usted.

—Tenemos un problema, creo que alguien... —Que alguien sigue sus pasos, que alguien sabe que él y Elera trabajan juntos, quiere decirle, pero Brynn no llega a acabar la frase.

—Necesito que se reúna conmigo —le interrumpe la agente desde el otro lado de la línea—. Mañana. En Aguasquietas. No sea discreto. Esa es la idea.



A medida que ha avanzado el día Kózel se ha ido poniendo cada vez más nerviosa. Si por la mañana, cuando Vann dijo aquello de «A las siete», ya había tenido dudas, porque no debería, de veras, preocuparse por tontear con Vann cuando hay otras cosas más urgentes, ahora ya no sabe qué hacer. Después de haberle visto la cara cuando se han encontrado con Enzo por la mañana ya no le apetece. Aunque eso es una afirmación muy categórica, porque le apetece. Mucho. Pero se siente culpable. Mucho también.

—Kózel, llevas un buen rato en silencio delante del espejo. ¿Te has decidido ya?

—Este, el verde, sí que es un vestido para ir a bailar —dice Lórim incorporándose ligerísimamente de la cama de Nann, su compañera de habitación—. El que te probaste antes, el gris, es un vestido de ir a la fiesta del setenta aniversario de tu tía abuela para quedar bien.

—Sabéis que estoy haciendo esfuerzos muy proactivos por no escucharos a ninguno de los dos y que se supone que lo de vestirse y arreglarse es una actividad íntima y personal, ¿verdad?

Lleva el vestido verde que le gusta a Lórim. Tiene cuello de pico decorado con estampados geométricos y cuentas de cristal negro, manga corta de tul que le llega hasta el codo. El vestido parece muy ligero, como si no pesara nada y con el más mínimo movimiento la falda coge vuelo.

Que no sirva de precedente pero, al final, va a tener que darle la razón a Lórim: es un vestido para bailar. Y, por tanto, ha tomado una decisión:

—No voy a salir.

No solo se limita a decirlo sino que en cuanto la primera palabra le sale de la boca, ya está quitándose las medias que lleva. No. No puede ponerse ese vestido pero tampoco puede ponerse el gris porque salir a bailar con Vann es una pésima idea. No es el momento.

A medida que va quitándose las medias, los zapatos, y esos dos pendientes minúsculos de brillantes que le ha prestado Denna, más tranquila y ligera se siente. Eso tiene que significar algo. Mira de reojo las efigies de sus Antepasados que este año ha colocado sobre la mesilla de noche, seguro que la están guiando por el buen camino.

Cuando está a punto de pedir ayuda para que Nero le baje la cremallera del vestido, escucha la voz de Lórim, que no se ha movido de la cama.

—¿Ya has acabado?

Hace la pregunta en un tono de voz grave, serio como pocas veces le ha escuchado. Sigue tirado en la cama de su compañera cuan largo es y parece estar de lo más cómodo: ha cogido todos los cojines que se trajo Nann de casa y se los ha plantado detrás de la cabeza.

—No, a ver —musita ella. Quizá piensan que se ha acobardado ante la idea de salir con Vann pero, si creen eso, es que no la conocen—. ¿Qué derecho tengo yo a divertirme con todo lo que está ocurriendo? Quizá lo que deberíamos es quedarnos todos aquí. Volver a pensar en sitios donde buscar a

Kástor...

Las dudas vuelven a asaltarla. Mira a Lórim, a Nero. También piensa, entrecerrando los ojos, en Enzo y cómo él ha perdido a la persona que más le importa en este mundo.

—Vosotros creéis que...

Lórim no le deja acabar la frase. Se acerca, hace que ella le ponga una mano sobre el antebrazo en un gesto que, Kózel sospecha, ha aprendido de ver demasiados capítulos de *Pasión de Fuego*.

—Esta noche nosotros no creemos nada, ¿verdad, Nero?

Nero contribuye a la causa tendiéndole medias, zapatos y pendientes otra vez.

—Nada. Al cien por cien.

Kózel, no sabe cómo, en unos minutos se aleja por el pasillo acompañada de Lórim mientras Nero le hace gestos para que se apresure desde la puerta de su habitación.

Antes de comenzar a bajar las escaleras que llevan a la planta baja, Lórim la retiene un segundo. Se inclina hacia su oído y susurra:

—Vive, *Hoku*.

Vann la espera justo en el punto en el que habían quedado entre las dos residencias. Por supuesto, hay más gente en la plazoleta. Algunos pasean antes de que se ponga el sol, otros salen de las residencias cargados con maletas de mano, dispuestos a pasar el fin de semana en sus casas, pero cuando le preguntan después, Kózel jurará que solo estaba Vann.



Poco a poco va dejando la residencia atrás. En el cielo hay una miríada de nubes grises que difuminan la luz de la luna y vuelven los jardines un poco

más lúgubres.

Sabe que es casi imposible (y en realidad, él mismo se fuerza a añadir ese casi) encontrar a Kástor, tanto como lo es todas las veces que lo han intentado y por eso no culpa a sus amigos de haber perdido la esperanza. Puede que en una parte muy honda y profunda de su conciencia esté rabioso, pero no deja que esos pensamientos le consuman. Es su responsabilidad no rendirse. Kástor sigue en alguna parte.

Si sigue vivo.

No.

—No —se repite en voz alta. Necesita escucharlo. De todos los pensamientos que no tienen cabida en su cabeza, este es el primero. Zaaren se llevó a Kástor porque lo necesita. Lo convirtió en el comandante de los Caballeros del Águila, es demasiado valioso como para hacerle daño. Lo encuentre o no, Kástor sigue vivo.

Quizá no vaya a encontrarlo. No lo ha hecho este último par de noches cuando, siguiendo el consejo de Nero, ha salido a buscar a Kástor. No cree que hoy vaya a cambiar nada pero sí reconoce una cosa: esa presión en el pecho se ha aligerado. Sigue triste. Sigue más triste de lo que ha estado en la vida pero, mientras atraviesa las puertas de salida, lo hace con paso firme.

Lo va a encontrar.

Solo tiene que esperar unos minutos, a solas al lado de las puertas, hasta que escucha un traqueteo familiar. El metropolitano sube trabajosamente por la colina. Es un vagón viejo; los más viejos y destartados siempre los destinan al servicio nocturno. Enzo paga el billete a un conductor que parece que esté medio dormido y se acomoda en el asiento que se ve menos gastado. Puede elegir: es el único pasajero.



No han ido solo a bailar. En realidad Kózel cree que esto es una cita. No estaba mentalizada para una cita y ni siquiera tiene cerca a Nero para que le dé una de sus probabilidades y así tenerlo claro. Cierto es que podría preguntarle directamente a Vann pero, Antepasados, mejor que no.

Primero, han ido a cenar. Al salir del Liceo, en vez de tomar el metropolitano han ido bajando por una ristra de calles elegantes hasta el Sobrelhin. Es un barrio lleno de bloques de apartamentos de apenas tres o cuatro pisos, ordenado y con gente paseando perros y más cuadríciclos aparcados en las aceras de los que jamás se verá en los barrios bajos. Es el tipo de lugar en el que Kózel jamás se habría imaginado que habría un restaurante korués.

Medio restaurante, en realidad: para llegar allí han tenido que bajar unas escaleras hasta un semisótano decorado con colores alegres y todas esas cosas que según los folletos turísticos son característicos de las islas, como hojas de palma trenzadas, esculturas hechas con cocos y fotografías de actores famosos. Dentro solo había espacio para cuatro mesitas desde las que se escuchaba el trajín de la cocina, y todo olía a piña.

A Kózel le encanta la piña. Y Vann lo ha sabido desde siempre.

Ha sido ya al salir del restaurante, al quedar el uno junto al otro, cuando se han mirado, se han mirado también las manos, que estaban tan cerca, y por lo menos Kózel ha pensado que qué Rayos, Lórim le ha dicho que viva.

No se han soltado desde entonces.

Kózel pensaba que después de cenar irían a cualquier club de Canales, como todo el mundo; pero, no. Resulta que lo de bailar, cree Kózel, tendrá que esperar. Del Sobrelhin han bajado a Valbazar y por mucho que le ha preguntado, Vann no ha querido revelarles adónde iban. Durante todo el camino, ha llevado puesta esa sonrisa radiante, la del hoyuelo en la mejilla derecha que derrama una seguridad genuina. Porque Vann no lo demuestra normalmente, con esa personalidad pública que se ha creado, que le hace parecer despreocupado, relajado y pasional. Que, sí, esas son cualidades de

Vann, pero ella conoce a ese otro Vann: el que piensa demasiado, el que duda de cada paso que da, el inseguro y el que hace esquemas hasta la saciedad y estudia hasta el minuto antes de que empiece el examen, no sea que falle.

A pocas calles de distancia del mercado de Valbazar hay una plazoleta. Esta, en el centro, tiene un grupo escultórico hecho en bronce que se ha vuelto verdoso no solo por los años, sino por una frondosa enredadera que cubre las figuras que representan las artes. Y, al fondo, un edificio un poco más ancho que los demás, viejo sin llegar a ser realmente antiguo. En letras de Ilusión, sobre la puerta de hoja doble pone: teatro principal.

—Pero ¿no íbamos a bailar?

Es raro. Kózel creía que tenía controlados todos los teatros de Blyd, pero este no le suena. Y no parece que lo acaben de inaugurar precisamente. Además, a ella la han convencido para ponerse un vestido para bailar. Y si no baila con él, ¿entonces?

La mano de Vann se cierra con un poco más de energía alrededor de la suya.

—Claro, ¿no? —Vann comienza a caminar, tirando de ella—. Pues vamos a bailar. Pero me ha parecido apropiado. Para ti y para mí. Esto fue un antiguo teatro, es un pedazo de la historia viva de Valbazar. Las obras que representaban aquí se ve que eran malísimas pero, en los palcos superiores, se reunían clandestinamente los sindicatos y los grupos igualitaristas. Al menos, eso me contaba mi abuelo.

Vann empuja las puertas del local, que dejan escapar un torrente de sonidos hacia la calle. Risas, cristal de copas entrechocando, música. Al final de un vestíbulo cubierto con drapeados rojos llegan a lo que había sido el patio de butacas, convertido en pista de baile. En los palcos, grupos y parejas charlan a voz en grito y en el antiguo escenario, toca una banda compuesta apenas por un pianista, un contrabajo y un batería. Los tres tienen los ojos fijos en una cantante que envuelve sus formas generosas en una boa de plumas blancas.

Y la mano de Vann se separa milimétricamente de la de ella pero no la suelta, solo cambia de posición. Así, la mano de Kózel está sobre el hombro

de Vann, y la de él, tras una mirada (porque a estas alturas una mirada basta) con la que le pide permiso y ella se lo da, se coloca en su cintura.

Ni bebidas piden.



Ya sería suerte, mala o buena, no lo tiene claro todavía, que, efectivamente, la presencia que captó la noche anterior estuviera relacionada con Zaaren y estuviera en el Liceo por él, porque él se lo dijera a su seguidor en el Festival.

Después de borrarle la memoria con Dominio. Que es un detalle que Lórim prefiere obviar.

—¿Qué va a pasar esta noche entre Kózel y Vann, Nero? —le ha preguntado hace unas horas, mientras descansaban en el sofá de la sala de recreo de la residencia femenina, con *Pasión de Fuego* al fondo.

Nero podrá negarlo todo lo que quiera, pero es muy casual que siempre acaben en ese sofá cuando emiten la orbenovela por el orbe: está enganchada.

Desde un sillón muy parecido al de la residencia masculina, ese que parece absorberte, su amiga se ha limitado a levantar la cabeza, sus rizos castaños desparramados sobre los hombros, y a decirle que lo que tuviera que ser, sería. Que a ella, sinceramente, no le apetecía saberlo hoy porque lo mejor de estas cosas es cuando te las cuentan. Luego le ha dicho que se callara, que el Conde Vann estaba a punto de batirse en duelo con unos piratas.

Ese ha sido el momento que Lórim ha aprovechado para escabullirse a su cuarto y esperar. Ni siquiera se ha molestado en fingir un bostezo o en mentir a Nero. Que no querrá saber qué está pasando con Kózel, pero él no iba a arriesgarse a que le dijera en la cara que él estaba mintiendo y desbaratara sus planes, no.

Porque Nero sabe cosas.

Algo distinto es que las diga en voz alta.

Poco a poco, el silencio se ha ido apoderando de la residencia, y su cuarto, como no podía ser de otra manera, de los ronquidos de Omir, y Lórim, que ni siquiera se ha desvestido para acostarse, ha salido muy despacio hasta el pasillo.

Ha hecho el mismo recorrido que el día anterior, primero la residencia masculina al completo. Luego ha salido a los jardines y ha dado un rodeo hacia los aularios y luego hacia la biblioteca. No se lo reconocerá nunca a Kózel, pero es cierto que, de noche, a pesar de su reconstrucción el año anterior, vuelve a darle los mismos escalofríos que la vez en que Nymar intentó encender una barbacoa con ellos dentro. Luego, la residencia femenina.

Tampoco ha encontrado nada ahí. Nada. ¿Y si esa presencia que percibió fue solo parte de su imaginación? ¿Y si fue un mal control de Aura, que le jugó una mala pasada?

Lleva todo el verano buscando a Kástor por Blyd junto a esa amenaza de Zaaren que no ha terminado de llegar nunca y está cansado. Está cansado de sentirse culpable, de que sus amigos tengan cada día ese rictus tenso en la cara y en el cuerpo.

Así que, al final, se rinde. No cree que le quede un solo rincón del Liceo que rastrear y acaba de dar el que probablemente sea el bostezo más grande de la historia. Lórim sube los peldaños que llevan a su planta de la residencia masculina arrastrando los pies y el pasillo que lleva a su cuarto se le hace eterno hasta que, de pronto, se le activan todos los sentidos cuando va a girar por la última esquina y ve a alguien enfrente de su cuarto.

—¡Tanet!

Tanet, rubio y de su curso, Fuego, da un respingo y, al instante, se vuelve. Suelta una carcajada y entrecierra los ojos pero Lórim ya ha activado Aura.

—Me he confundido de habitación, ¿te lo puedes creer?

No. Lórim no se lo cree porque, por encima de los latidos de su corazón, sabe que Tanet le está mintiendo. Está pensando en otra cosa. En cualquier

cosa. Desde donde está le llegan una amalgama de ideas desordenadas; las clases, el tiempo que hace, qué ropa se va a poner mañana, pensamientos que Tanet está poniendo ahí para que él los Lea. Pensamientos que Tanet pone ahí, aunque no puede evitar que queden teñidos con una pátina de alarma, porque sabe que él puede leerle el pensamiento. A Lórim, de pronto, le sobreviene un ansia que, prácticamente, le llena el cuerpo.

Tiene que saber qué hay dentro de su cabeza. ¿Lo habrá enviado Zaaren o es solo su compañero, sin más, como ha sido durante dos años? Tendría que sujetarlo. U obligarle a estarse quieto. Sería tan fácil... Sería tan fácil hacer como durante el Festival de Tierra, hacer que se detuviera, Leer a fondo sus recuerdos. Luego, Dominarlo y que le llevara hasta ella. Sería tan fácil, que Lórim aprieta los ojos mientras trata de evitar esos pensamientos. Porque Lórim sabe que entonces querría más, el cuerpo le pediría más, y Lórim no quiere convertirse en eso.

Pero cuando abre los ojos, ya no hay rastro de Tanet. Ha desaparecido. Y Lórim, que se siente débil, vulnerable y, sobre todo, fracasado, no sabe si lo que ha hecho ha sido lo correcto o si ha cometido un error.

Otro más.



Los clubes de baile en Canales suelen estar llenos de gente de punta en blanco, jóvenes que desprenden privilegio como un perfume, alumnos de la Universidad de Blyd con sus chaquetas con las iniciales de la universidad bordadas en hilo dorado sobre rojo. En el Teatro Principal de Valbazar hay trajes que no están hechos a medida y bailarines con las manos ennegrecidas de trabajar en alguna fábrica. La música también es distinta. Más rápida, con contratiempos que hacen que el corazón de Kózel se acelere sin saber por qué.

Todos se mueven con un júbilo desenfrenado del que es imposible no contagiarse.

Cada canción les lleva a la otra sin descanso. Kózel pierde la cuenta: cinco, diez. Bailan como entrenan, conociendo cada uno de los movimientos del otro, pugnando por llevar la iniciativa y, a la vez, en perfecta sincronía.

De lo único que es consciente Kózel en todo ese tiempo es de la música, de su respiración agitada y de esa mano de Vann en su cintura, que la atrae cada vez más cerca. De pronto todas sus preocupaciones de hace unas horas, cuando estaba con Lórim y Nero en la habitación, parecen fruto de algo irreal, un mal sueño o una pesadilla.

Cuando arranca la primera canción lenta, apenas queda espacio entre los dos. Las luces del club, que ya de por sí proyectaban una luz suave y dorada, bajan de intensidad todavía más mientras la cantante de la banda se inclina sobre el micrófono y cierra los ojos. Canta como si susurrara.

—¿Todo bien?

Kózel levanta la mirada. Vann está inclinado hacia ella, muy cerca.

—Esto es una cita, ¿verdad?

Al final la pregunta no ha sido tan difícil de pronunciar, aunque le ha salido con voz ronca. Durante unos segundos Vann no responde, solo la mira mientras ambos se mecen al son de la música.

—¿Sí? —responde él—. Solo en el caso de que quieras que lo sea. Si no, cuando nos pregunten diremos que solo hemos ido a bailar porque a los dos nos gusta bailar y lo de la cena porque, a ver, en alguna parte teníamos que comer, ¿no? Nutrirse es algo fundamental.

—No. —Kózel respira hondo. Su cuerpo es una amalgama de sensaciones enfrentadas, de cosquilleos y palpitaciones. Las manos le piden aferrarse con más fuerza a Vann hasta arrugar la tela, parece seda, del traje de color pardo que lleva. No se lo había visto nunca puesto, y sospecha que es nuevo—. Una cita me parece bien.

La canción aumenta en intensidad. La cantante se mece sobre el escenario y

su voz se convierte en algo casi tangible, que los envuelve. Es una de esas melodías que, sin saber muy bien por qué, dan ganas de llorar y de reír a la vez.

—He estado pensando, ¿sabes? —susurra Vann sin previo aviso—. Mucho. Llevo meses pensando.

—¿En qué has pensado?

—Siempre te he conocido. Tenías razón. —No lo entiende. Kózel se inclina hacia atrás, aunque sigue aferrada a Vann. Poco a poco, han dejado de bailar y apenas se mueven en un balanceo rítmico—. En el hospital, cuando estabas herida... te dije que no te conocía, que no sabía quién eras. Tú me dijiste que eras la misma pero no te creí. Y lo siento.

—Vann, tenías todo el derecho a...

—Siento que he perdido meses. Absurdamente.

La mano de Vann, la que le sujetaba la cintura, pasa a hacerle una caricia, tan suave que es apenas perceptible, en la espalda.

Un solo estridente de piano elige justo este momento para indicar que el tiempo para canciones lentas se ha terminado. Kózel y Vann, en medio de un frenesí de bailarines, todavía aguantan unos segundos quietos. No sabe qué estará pensando él, pero Kózel solo da vueltas a las últimas palabras que ha dicho Vann. No llega a preguntarle, porque si no se ponen a bailar y reclaman su lugar en la pista, alguien acabará por arrollarles.

Pero no les arrollan, no. Kózel y Vann bailan hasta que todas las luces del teatro se encienden y les deslumbran mientras la cantante y su banda se despiden entre reverencias. Ahora Kózel no sabe qué hora es, no hay relojes dentro del local, pero el camino de regreso al Liceo lo hacen atravesando una ciudad profundamente dormida en la que no tienen ningún silencio incómodo hasta que llegan a las residencias. Pero Kózel no tiene sueño. Siente el cuerpo como si todavía estuvieran en la pista de baile, desbocado. Hace un calor que no corresponde al de una noche de octubre.

—Te acompaño hasta la puerta —dice de repente.

—Ya estamos en la puerta. —No hace falta, pero Vann igualmente señala hacia la entrada de la residencia masculina, que está apenas a unos peldaños de distancia.

—No del todo. —Tira de Vann para subir los pocos peldaños que llegan hasta el porche de la residencia pero al llegar al último, Kózel ya ha perdido el aliento. O está en muy muy baja forma, o es por otra cosa completamente distinta. Sin soltarla, con la otra mano, Vann aferra la mano en el picaporte de la entrada y ella, aunque le cuesta un mundo, se suelta—. Buenas noches, Vann.

Pero Vann no se mueve. Se queda ahí, quieto, con la mano todavía en el picaporte y los ojos fijos en ella hasta que, de pronto, le pone la mano sobre la cabeza y la despeina, como solía hacer el primer año, cuando aún llevaba aquella gorra de lana. Pero Kózel hoy lo siente distinto, la mano se queda un segundo de más en su cabeza justo antes de deslizarse por su mejilla en una caricia.

—Buenas noches, *enano*.

Y ahí, sí. Ahí, sí. Los Antepasados le den fuerzas, no puede más.

No sabe si toma a Vann por sorpresa o qué. Podría ser. Cuando se abalanza sobre él, Vann se tambalea por una fracción de segundo aunque pronto la rodea con los brazos.

Es el tercer beso que se dan: el primero fue en el club de baile de Canales cuando Vann no sabía quién era ella; el segundo, en el hospital cuando dudaba de quién era realmente. Fueron besos improvisados, un tanto torpes, que se acabaron enseguida. Con este, Kózel duda que quiera soltarlo jamás.

Sus bocas entreabiertas chocan mientras parece que los brazos de Vann vayan a rodearla entera. Ella no se queda atrás. Lo sujeta, le clava los dedos en la espalda, mientras suelta un gemido que no tiene nada que ver con que, del impulso, hayan acabado chocando contra la fachada de la residencia.

Es un beso de deseo, de fuegos artificiales. Uno que solo cabría en la imaginación de los guionistas de *Pasión de Fuego*.

Como puede, Kózel suelta una mano para abrir la puerta de la residencia y

se precipitan dentro sin llegar a separarse ni un instante. Quiere ahorrarse el incordio de que alguien los pille en los jardines, aunque no sabe si es mejor a que les descubran en el vestíbulo de la entrada. Respira. Toma aire. Ahora es Vann quien está atrapado entre ella y la pared y, sinceramente, no sabe por qué está pensando en esas tonterías cuando pueden seguir besándose.



Enzo llega a su destino de madrugada. Todo el paisaje lo domina la cúpula acristalada del embarcadero Varno Monsett, del que un aéreo acaba de despegar. Ya ha estado aquí antes, claro. Ha estado en todas partes, en cada barrio de Blyd. Hoy va a probar en Mosse. Por qué no.

Antes de girar por la siguiente esquina se fija en que el edificio que tiene delante está lleno de pintadas con consignas políticas. Las elecciones están cada vez más cerca y el país entero se está volviendo loco. Hay rumores de que el Partido Tradicionalista va a superar por primera vez a los Republicanos y Enzo, simplemente, no lo entiende.

Sin detenerse, Enzo mete la mano en el bolsillo interior de su chaqueta. Saca una fotografía que tiene estrías blanquecinas allí por donde se le ha doblado. En ella sale Kástor medio de lado, con la mirada baja y los perfiles de colores sepias medio emborronados porque seguramente se estaba moviendo. Nunca le ha gustado que le hagan fotos, igual que no le gusta dibujarse a sí mismo. Cuando la madre de Kástor se la dio por si con ella podían localizarlo le pidió disculpas. Le pidió disculpas por que la fotografía no fuera perfecta. Solo de pensarlo, a Enzo le aparece una sonrisa triste en los labios.

Pisando cristales de botella rotos además de adoquines, por fin llega a una calle más concurrida. Durante el día, los alrededores de la estación son un bullicio continuo de viajeros. Por la noche, el bullicio es casi el mismo, pero

la gente que ocupa las calles, que hablan a gritos sentados en grupos de cinco o seis en los portales llenos de suciedad, nunca van a ninguna parte.

Enzo se detiene, la fotografía todavía en la mano. Algunas miradas se dirigen hacia él, furtivas. No lleva el uniforme del Liceo, sino pantalón oscuro y camisa blanca. No cree que le observen porque sospechen que es un estudiante del Liceo. Él, en esta parte de Blyd que la mayoría evita dando un rodeo por la zona alta de Mosse, simplemente es un intruso.

Pero, se repite, ya ha hecho esto antes.

—Kástor Graadz. Fuego. ¿No? —La mujer a la que se ha acercado niega con la cabeza. Tiene la mirada vidriosa y parece a punto de quedarse dormida. Al menos ella ha contestado. En las dos últimas horas Enzo ha preguntado a mucha gente y la mayoría simplemente se lo ha quitado de encima con un gruñido o un empujón—. Gracias. Buenas noches —dice mientras se aparta.

Camina unos metros más. A medida que han pasado las horas, el ruido en las calles que rodean la estación no se ha mitigado. Al contrario. Enzo está tan cansado que apenas llega a apartarse a tiempo cuando dos hombres en pleno intercambio de puñetazos casi caen sobre él.

—Disculpen —les dice a los siguientes que ve: un chico menudo y pelirrojo acompañado de un hombre alto, con el pelo negro y largo, barba y cara de malas pulgas—. Estoy buscando a mi amigo. Graadz, Fuego.

De repente se da cuenta de que le suenan. Son habituales de la zona. El pelirrojo, por lo menos, sabe que hace de trilero y se dedica a timar a cualquier pobre incauto que se le acerque. Está tentado a murmurarles una disculpa y marcharse, pero el pelirrojo le dirige una sonrisa y mira la fotografía.

—Lo siento. Es guapo. Estaré atento por si le veo. —A Enzo, de repente, le abrumba la empatía que lee en los ojos del joven—. Sigue probando más adelante. Aquí siempre hay gente nueva.

Se marcha rápido con la fotografía de nuevo en el bolsillo.

Le parece escuchar de lejos cascos de caballos. Puede que sea la Guardia

montada, aunque las malas lenguas digan que prefieren dejar que la gente que ronda la estación por la noche se mate entre sí si no molestan a nadie más.

Durante unos minutos Enzo camina sin rumbo. Antes, quizá, sí, quizá antes, Enzo se habría venido abajo. O quizá hubiera buscado el pensamiento más optimista que fuera capaz de alcanzar para mantenerse a flote pero, en vez de eso, Enzo no siente nada. Cero. Se siente el interior muerto e insensible, como hecho de madera.

Quiere regresar al Liceo. Pero sus pasos no le obedecen. En lugar de darse la vuelta, sigue caminando por los alrededores de la estación aérea Varno Monsett sintiendo cómo el aire denso se le pega a la piel. Va a darse una última oportunidad, se dice. Va a intentarlo una última vez y así quizá, sintiendo que hoy ha hecho todo lo que podía, sea capaz de dormir.

Al final de la calle hay una puerta abierta de par en par a través de la que se escapan luz y conversaciones amortiguadas. Conoce ese lugar de vista. Fue un café elegante años atrás, un lugar donde los viajeros distinguidos se reunían para refrescarse antes de emprender un viaje o al llegar a la ciudad. Ya no.

Enzo atraviesa un pasillo flanqueado a ambos lados por cubículos de reservados, cada uno alumbrado por una lámpara de brazos que cuelga sobre la mesa. La poca clientela que hay habla entre cuchicheos.

Enzo, que no siente nada salvo un cansancio infinito, repite el mismo gesto que ya ha hecho mil veces antes: saca la fotografía de Kástor del bolsillo. La enseña a una persona que le ignora, dos. Se inclina hacia la barra donde el camarero, por lo menos, finge que mira la imagen borrosa de Kástor antes de menear la cabeza.

Ya está, se dice. Va a regresar al Liceo, no puede aguantarlo más.

Está a punto de guardar la fotografía en el bolsillo, quién sabe cuántas veces ha hecho ya este mismo gesto, pero se detiene. Al otro lado de la barra llena de vasos sucios, hay un hombre mirándolo fijamente.

Es uno de esos hombres cuya única cualidad física es la de no llamar la atención. Ni muy alto ni muy bajo, tiene una de esas caras que se olvidan al

instante. Lleva una gabardina arrugada pero limpia y tiene un maletín de cuero a los pies.

Y le hace un gesto para que se acerque.

—¿Estás buscando a alguien? Déjame ver —murmura el hombre—. Quizá tengamos suerte y pueda ayudarte. —Enzo le acerca la foto. Se da cuenta, al mirarla, de que le tiembla la mano. El hombre no echa un vistazo rápido como todos, sino que frunce el ceño, se lleva una mano al mentón. Antes de que Enzo pueda abrir la boca, el hombre se ha puesto en pie y a él se le ha cortado el aliento—: ¿Cómo dices que se llama tu amigo?

—Kástor. Kástor Graadz, Fuego. —Las palabras le salen atropelladas, el cuerpo entero se le estremece de anticipación, quizá sea hoy el día en que encuentre una pista, algo, cualquier cosa.

El hombre le hace un gesto para que le siga fuera del local. Camina poco a poco mientras Enzo lo que querría es decirle que corra, que se dé prisa. Que le cuente más. Qué sabe de Kástor, si lo ha visto, si está bien.

—Por aquí hay muchos chicos como tu amigo, ¿sabes? —musita el hombre—. Se escapan de casa, se meten en líos... —Kástor no se ha escapado ni se ha metido en líos, quiere gritarle Enzo. A Kástor se lo han llevado. Se lo han robado. Pero igualmente sigue al hombre por una calle lateral, oscura y sucia, hasta que este se detiene—. ¿Me dejas ver la fotografía otra vez? Solo por estar seguro.

Hay algo en su voz. Un temblor de expectación apenas perceptible. Y algo en su mirada: no le está mirando a él sino que la vista le va más allá, hacia la boca del callejón por la que han entrado.

En ese momento, sin que Enzo pueda hacer nada para evitarlo, dos brazos fuertes le sujetan el pecho, le aprisionan los brazos. Ni se había dado cuenta. Ni siquiera había pensado en que podría ser una trampa. Con solo la remota posibilidad de encontrar a Kástor, él...

—Danos tu cartera, muchacho. Todo el dinero que tengas —dice el hombre del maletín. Quizá para que él vea que no se andan con tonterías, le golpea con

el puño cerrado en el estómago.

Enzo nota de repente cómo las manos se le aflojan y se le escapa la fotografía de Kástor de entre los dedos.

Esto le duele mucho más que el segundo puñetazo que le da el hombre del maletín.

—¡La cartera! —grita. El aliento le apesta a alcohol. Y va a gritar otra vez pero, entonces, Enzo se echa a reír.

Lo hace a pleno pulmón, tan fuerte que se le saltan las lágrimas porque claro que es una trampa. ¿Qué esperaba? ¿Que de verdad alguien hubiera visto a Kástor después de tantos meses? Nota cómo el segundo hombre, el que le estaba sujetando por la espalda, afloja un poco su agarre. El que tiene delante vacila. Deben de pensar que se ha vuelto loco.

Y tienen razón.

Enzo ríe hasta que le duelen más los pulmones que los puñetazos, hasta que la respiración se le vuelve sibilante. Se ríe de sí mismo, de su situación y de las falsas esperanzas.

Los dos hombres no ven venir su primer ataque. Es un golpe seco con la cabeza hacia atrás. Lo siguiente que hace Enzo es removerse, agarrar fuerte los brazos del atracador y darse impulso hacia atrás hasta que ambos chocan contra las paredes del callejón.

Por fin, los brazos que le inmovilizaban le sueltan. Enzo ni siquiera pierde tiempo en comprobar si el tipo que le tenía sujeto está fuera de combate. Todos sus sentidos y hasta el último de sus pensamientos los tiene focalizados en el otro tipo, el que le ha engañado, el que por un segundo le ha hecho tener esperanzas.

Es tan fácil que esa rabia que le anega se convierta en Fuego entre sus dedos.

El otro tipo ya le está esperando. Entre sus dedos chisporrotean hebras raquílicas de Rayo. No son nada. Rateros desesperados que ni siquiera saben recurrir al Vínculo para hacer su trabajo y eso, si cabe, no hace más que aumentar su rabia. Habría preferido una lucha igualada.

Enzo grita. Ya no tiene ganas de reír, solo de sacar toda la ira que le bulle dentro como sea.

Apenas tiene que moverse para que el Fuego que ya le cubre el cuerpo trace una espiral en el aire y se lance sobre el tipo. Todo él queda envuelto en llamas, su débil ataque de Rayo se desvanece. Mientras este grita de agonía, Enzo se lanza sobre el otro, que choca aturdido contra la pared

Ahora entiende a Kástor y por qué él siempre usa Fuego en la lucha. Para Vincular Escudo, Enzo necesitaría de una calma que hace meses que no encuentra. El Fuego, en cambio, puede alimentarlo con odio.

El hombre solo se protege la cabeza con las manos levantadas mientras Enzo sigue golpeándolo. Una y otra vez. Se despelleja los nudillos cuando su oponente se derrumba y él clava un puñetazo en la pared que tienen detrás por error. Todo el callejón huele a humo, a ropa quemada.

Enzo no se detiene hasta que escucha los cascos de los caballos acercándose y los gritos de los que, desde fuera del callejón, han presenciado la pelea. Levanta la cabeza mientras el Fuego se desvanece. Respira un aire lleno de cenizas. Las manos, la piel de todo el cuerpo le duele.

Ve a los dos hombres tirados hechos un ovillo en el suelo. Uno, ya no sabe cuál, si el que le engañó o el que trató de inmovilizarlo, gimotea débilmente.

Retrocede un paso. Debería pensar en lo que ha hecho, en cómo se ha dejado llevar por ese odio que, a pesar de todo, no ha sacado del todo; pero lo único que tiene en mente es la fotografía de Kástor. La ha perdido, no sabe dónde.

La encuentra, pisoteada y rota, en medio del callejón. Enzo la recoge y la guarda donde siempre, en el bolsillo de la chaqueta, antes de huir.

Sábado, 3 de octubre.

Residencia masculina. 9.23 de la mañana



Lo que sucedió anoche cambia las cosas.

O lo que no sucedió, mejor dicho.

Tanet.

Ha pasado la noche en blanco, alerta, pensando, pensando, pensando. Tiene que ser él. ¿Por qué, si no, rondaba cerca de su cuarto? ¿Por qué, si no, Tanet intentaba disimular lo que le pasaba por la cabeza para que no lo Leyera? Y a la vez, ¿cómo puede ser él si está en su clase, si siempre le había parecido uno más de sus compañeros? Bastante arrogante a veces, pero jamás habría imaginado...

Tendría que haber hecho algo. Tendría que haber reaccionado. ¿Por qué, si no, desafió a Zaaren? ¿Por qué dijo que estaría esperándola en el Liceo? ¿Solo para poner a sus amigos en peligro otra vez?

Esa es la razón por la que no ha podido dormir y por la que ahora, tan temprano que le escuecen los ojos, vaya a buscar a Kózel. Tiene que contárselo todo.

Pero, claro, con lo que no ha contado Lórim al ir a buscarla es con que Kózel no esté en su cuarto, no. Que no está y Nann le ha dicho que no ha dormido ahí.

Claro. Claro. Si salió con Vann. Si él mismo le dio una charla motivadora y todo. Cómo puede haberlo olvidado...

Ya cree saber dónde encontrarla.

Mientras sube el último tramo de escaleras de la residencia masculina, Lórim se pone alerta. No, Tanet no está por ningún lado, ni siquiera logra captar su presencia con Aura. Quizá no haya vuelto de donde quiera que fuese anoche. O quizá ya no vuelva más. Ese es el pensamiento que más le asusta porque pudo hacer algo pero no lo hizo y ya no sabe qué es lo correcto y qué no lo es.

—¿Vann? ¿Strainir? —Ya está en el pasillo pero no sabe cuál es su habitación. Golpea la primera puerta que encuentra con los nudillos pero no recibe respuesta—. ¿Vann? —repite en voz un poco más alta.

Lórim no se rinde, golpea la siguiente puerta con un poco más de energía. Escucha ruidos dentro y, sin embargo, quien le abre la puerta no es Vann, sino Dhalik Simmel a medio vestir y con cara de sueño.

—¿Qué quieres, Hérschel?

¿Qué quiere? No puede decirle el qué a Dhalik. Se deja llevar. Es automático...

—Es un nuevo servicio que ofrece la Administración del Liceo para asegurarse de que nadie se queda dormido. Pero a ti no te hace falta —dice mientras se aparta para llamar a otra puerta.

No le da tiempo, la puerta se abre justo cuando va a golpearla y saca la cabeza Syama Vhindiya, de su curso, que pregunta:

—Hérschel, ¿qué haces?

—Lórim, por todos los Antepasados.

Kózel, con el pelo revuelto, cara de sueño y lo que Lórim juraría que es la camiseta que lleva Vann en los entrenamientos, acaba de abrir otra de las habitaciones.

—Pero ¿a qué viene tanto ruido? —Vann aparece por detrás de Kózel, la misma cara de haber dormido poco, el mismo pelo revuelto, pero sin camiseta

—. Buenos días.

No puede. Lórim ya se estaba girando hacia ella para agarrarla y contárselo todo, pero no. Que los dos salieran juntos es lo mejor que ha ocurrido desde que comenzaron el Liceo, puede... cree que puede esperar unas horas, así que permite que Lórim Hérshel en su máxima expresión tome el control.

—¡*Hoku!* ¿Qué haces?

—Dormir, hasta que me has despertado tú.

—No. Me refería a qué haces tú aquí, *Hoku*, en la habitación de Vann.

Ahí está, tarde pero radiante, la mueca de asombro. Kózel ni se inmuta.

—Es que nos quedamos charlando hasta tarde.

Mientras el resto de los ocupantes del pasillo le gruñen un «buenos días» de vuelta a Vann, Kózel ha salido del cuarto cerrando la puerta tras ella. Antes de que lo haga, Lórim cree ver una especie de acercamiento entre ella y Vann, un beso que no llega a materializarse, aunque Kózel se haya vuelto hacia él, ligeramente de puntillas y él se haya inclinado hacia delante con una sonrisa bobalicona en los labios.

Sí. Ha hecho bien. Se lo contará luego. Ahora no.

—A ver. A ver. —Lórim le rodea los hombros con los brazos, porque quiere tenerla cerca y porque no quiere que Kózel se le escape—. Cuéntamelo todo.

—Ya te lo he dicho. Nos quedamos charlando hasta tarde. Nada más. Hey, Izeen —dice cuando se cruzan con el mellizo Zrakov, que lleva ropa de deporte.

—A ver si nos vienes a ver más a menudo, Hokulea —responde él.

—Bueno, ahora tendrá un buen motivo para... ¡Ay! No me pegues, *Hoku*.

—Y tú no digas tonterías.

—¡Tengo pruebas! —apunta a la desesperada—. La ropa, por ejemplo. Esta camiseta tiene que ser de Vann. Y estos pantalones también. Te van enormes. ¡Ah! ¡Ah! —añade señalándola con un dedo acusador—. ¡Y Vann no llevaba camiseta! Eso es otra prueba.

—Pero tus pruebas son totalmente circunstanciales, Lórim —le contesta ella

mientras llegan a la sala de recreo.

Lórim entonces suelta un resoplido y acaba por colocarse delante de ella para que deje de caminar.

—Además, aunque os quedarais hablando hasta tarde nada impediría que luego te fueras a tu habitación, es lo más sencillo, no... ¿Me estás tomando el pelo?

Le está tomando el pelo. Esa expresión cuidadosamente neutra de Kózel comienza a desmoronarse. Primero, las cejas se le levantan, luego las mejillas se le sonrojan y, para terminar, los labios se le curvan hacia arriba con la misma sonrisa boba y un tanto avergonzada que tenía Vann antes.

Es así como debería estar su amiga. Siempre. Contenta y sonrojada y con esa expresión feliz.

—LO SA...

—¡No grites!

Lórim se tapa la boca con ambas manos y, aun así, el resto de la palabra se le escapa en un siseo:

—... bía.

Kózel pone los ojos en blanco y, quizá porque ya están en la sala de recreo, se deja caer en uno de los sofás. El que tiene los muelles bien. Lórim se apresura a sentarse a su lado.

—No era cuestión de airearlo en medio del pasillo, melón —dice ella meneando la cabeza—. Que, en realidad, me da bastante igual lo que opinen los demás. Tampoco sería la primera ni la última vez que en esta residencia pasan cosas interesantes.

—Pero ¿cómo ha ido?

—Bien.

Lórim deja de botar, un poco decepcionado.

—¿Solo bien? —pregunta. Después de dos años mareándose el uno al otro, la verdad es que esperaba más.

Y, desde luego, hablar de esto es mucho más fácil que hablar de lo otro. De

lo que no llegó a pasar la noche anterior, de lo que sí pasó durante el Festival de Tierra.

—Claro. Bien está bien. Esto no es como en las orbenovelas, que la primera vez es con fuegos artificiales y música de violines. El truco para que sea mejor está en la práctica. Lórim, ¿te has sonrojado?

—No.

Cree que no, al menos. Sería muy inconveniente sonrojarse cuando Kózel le está hablando de estos temas. No es un campo que él domine especialmente. No ha tenido mucha oportunidad para aprender. Ninguna, de hecho. Quizá sí se haya sonrojado un poco, así que Lórim se pone en pie.

—Mira, ¿sabes qué? Necesito un café. Me he levantado muy temprano para comprobar si todo entre tú y Vann había ido bien. No me des las gracias, eso son cosas que hacen los amigos, y no he dormido mis horas. Así que café, ¿te parece?

—Claro. Y dos, si quieres.

Mientras se levantan, escuchan pasos que vienen desde las escaleras y Kózel, claro, que sabe que ha ganado esta batalla, le da un codazo. Esto. Esto es el Liceo, piensa Lórim. Se siente tan culpable por lo que tiene que contar, por romper todo lo que han ido construyendo juntos que está a punto de soltárselo todo de golpe; pero ella añade:

—Mira, hay alguien que incluso ha madrugado antes que tú, para que luego te quejes.

—No me he quejado, estaba... —Lórim se detiene abruptamente, la mandíbula apretada al reconocer al compañero que pasa por delante del arco de entrada a la sala de recreo. Camina pesadamente, casi arrastrándose—. ¿Enzo? ¿Qué te ha ocurrido?

Pero Enzo no se detiene. Sigue adelante como si toda su existencia se centrara única y exclusivamente en el pasillo y en la moqueta. Tiene un aspecto de pesadilla, la ropa sucia y manchada, y la cara... rota. Deformada. Tiene un tajo profundo en el pómulo derecho y la ceja izquierda tan hinchada

que eso le obliga a entrecerrar el ojo. Pasa por su lado sin mirarlos, aunque no debe de estar tan distraído porque cuando Lórim intenta agarrarlo, Enzo se aparta.

—Nada. Luego hablamos. Voy a darme una ducha.

Enzo no ha aparecido a la hora de desayunar. Ni durante el almuerzo. Ni en clase. Para la cena todavía tienen ánimos de esperarle en la cafetería. La comida en sus platos se ha quedado fría y muchas de las mesas a su alrededor se han quedado vacías pero, de Enzo, ni rastro.

Para no mirar a las caras largas de sus compañeros, Lórim fija la mirada en la claraboya de cristal emplomado que preside la sala. A esta hora de la tarde la luz del sol proyecta la vidriera, que representa el mundo con las distintas Familias del Vínculo, en la pared contraria de la cafetería, justo sobre al fondo de la estancia. Parece una Ilusión.

—No va a venir —sentencia Nero de repente. Tiene los codos apoyados en la mesa, el semblante abatido y, por cómo mira la pila de tortitas que se ha servido nada más entrar en la cafetería, está muerta de hambre.

—Le hemos fallado, ¿verdad? Todos nosotros. —En la expresión de Vann no queda rastro de esa sonrisa que tenía a primera hora. No solo está serio, tiene la voz llena de culpa.

Pero es que de quién es la culpa, piensa Lórim, que vuelve a fijarse en los reflejos ilusorios de la vidriera, sino de ellos. Fueron ellos los que decidieron que buscar a Kástor a ciegas no les llevaba a ninguna parte. Se obliga a cerrar los ojos, a respirar hondo.

—Yo le dije que quizá, si salía a buscar a Kástor aún sabiendo que era casi imposible encontrarlo, se sentiría mejor, no pensé que...

—Nero. Ya. —A veces Kózel hace estas cosas. Se expresa con una autoridad que no sabe de dónde le sale. Quizá sean esos Antepasados suyos, generaciones de mujeres Hokulea, tan sensatas y cabezotas como ella misma, hablando por sus labios. Kózel entonces se inclina, pero no mucho, y Lórim se

da cuenta de que tiene una mano escondida bajo la mesa. Juraría que es porque se la está dando a Vann. Eso sí, con la mano libre, coge el plato de puré de patatas con salchichas que Nero todavía no ha tocado y se lo acerca—. Come, vamos, que te vas a desmayar. Todos nos dimos cuenta, incluso Enzo, de que buscar a Kástor a ciegas no nos llevaba a ninguna parte. Le hemos fallado, sí, pero no por desidia nuestra. Es que no hay ni rastro de Kástor, no sabemos por dónde empezar a buscar. Y por cómo estaba Enzo esta mañana, él tampoco ha avanzado mucho más. Mal que nos pese.

—Y ahora ¿qué?

Suerte que ha sido Vann quien ha hecho la pregunta. Lórim no se atrevía. Aunque, en su caso...

Solo tiene que dejarse resbalar un poco hacia delante para poder darle un golpecito a Kózel con el pie. Ella levanta la cabeza y él... él retiene el aire en los pulmones porque, a decir verdad, no sabe qué decir pero cree que es el momento. Al hacerse el silencio, al final, todos terminan mirándolo y él sucumbe por pura presión.

—Anoche... Anoche pasó algo. Quizá pueda ayudarnos a encontrar a Kástor. O quizá no. No lo sé, pero no me peguéis cuando os lo cuente, por favor.



—Usted, espéreme aquí —le pide al conductor que le ha llevado hasta este lugar. Hay nubes de tormenta, está a punto de llover. Probablemente, en Blyd, ya lo esté haciendo.

El detective Brynn sale del cuadríciclo de alquiler y estira la espalda. Odia Aguasquietas. Está apenas a treinta minutos de distancia, lo suficientemente cerca para ser una prisión de la capital pero lo suficientemente lejos para que no moleste, para que el hecho de su existencia no altere la vida ni las mentes

de los pacíficos ciudadanos de Blyd.

Y lo más irónico de todo es que el lugar es precioso, se dice mientras deja atrás el sendero y comienza a caminar por encima de la presa. Está rodeado de montañas boscosas. A su derecha, las aguas del embalse reflejan una explosión de tonos naranjas y rojizos de atardecer, y a la izquierda... Brynn no mira a su izquierda porque ahí solo hay un abismo y, mucho más abajo, las aguas plateadas del río Lhin que reemprenden su camino en dirección a la ciudad.

Durante siglos Blyd había sufrido con las periódicas crecidas del río. Los barrios bajos se inundaban, los cultivos que rodeaban la ciudad se perdían. Construir un embalse para controlar el caudal del río fue un proyecto ambicioso, un proyecto de país, lo llamaban, que comenzó el Emperador Leto II. Fue su hijo, Asgard el Zorro, quien tuvo la idea de utilizar prisioneros de todo tipo, ladrones comunes, presos políticos y luego incluso prisioneros de guerra, para agilizar las obras. Todo avanza más rápido si los trabajadores no tienen descansos para comer ni para dormir.

Se dice que también fue Asgard quien ordenó que, en el mismo muro del embalse, los prisioneros construyeran su propia cárcel. Cabrón retorcido.

Luego, tras la Revolución, a ningún miembro del flamante gobierno democrático se le ocurrió enmendar esa aberración. Para ellos, Brynn no tiene suficientes insultos en su vocabulario.

A medida que Brynn se acerca a la garita que hay en el centro del muro del embalse, un vigilante con el uniforme negro de las Brigadas de Intervención Especial sale a observarle, primero con expresión tensa y luego claramente hostil. En cuanto las manos del vigilante se llenan de hebras de Rayo, el detective se apresura a sacar su placa del bolsillo de la camisa. Es un alivio ver que, con eso y con la rápida mención del nombre de la agente Elera, el guarda le pide que espere.

Veinte minutos después, la agente Elera sale de la garita. Nada en ella delata nerviosismo, ni le da una pista de por qué le ha citado aquí, poniendo tanto

énfasis en que no fuera discreto al venir.

—¿Ha tenido un buen viaje? Acompáñeme. —El vigilante vuelve a saludarla, quizá con menos entusiasmo, mientras pasan por su lado—. Me alegra de que haya accedido a reunirse conmigo...

Brynn está seguro de que Elera sigue hablando, pero no puede escucharla porque la voz física de la mujer se solapa, de repente, con las palabras dentro de su cabeza.

«Sé que tiene muchas preguntas.»

Brynn no suelta una palabrota en ese mismo instante porque se muerde el labio y porque Elera, sin parar de comentarle el tiempo que hace y las dificultades que hay para llegar a Aguasquietas, le lanza una mirada de advertencia. Pero él no se amedrenta y, como puede, le lanza un mensaje con el pensamiento.

«Me han dicho en la Casa de la Guardia que alguien sabe que fuimos a la mansión. ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué quería decir con que le parecía bien? No está bien. Estamos jodidos.»

Esa voz fantasmagórica resuena de nuevo.

«Sígueme. Y siento que le moleste que hablemos con Aura. Esta es la forma más segura de hablar. Ahora vaya con cuidado, las escaleras son bastante empinadas.»

Eso es lo que hay dentro de la garita: una mesa para el guarda y una

trampilla que conduce a una escalera de caracol hecha con hierro ennegrecido.

—No es la primera vez que vengo de visita —dice el detective, que conoce de sobras esta maldita presa.

«Si se cae de cabeza, no se queje de que no le he advertido. Pase usted primero.»

Brynn ha dicho la verdad, conoce de sobras el horror de Aguasquietas: la sensación claustrofóbica de estar rodeado de muros verticales de hormigón, el vacío incommensurable que tiene debajo.

El diseño de la cárcel es tan cruel como inteligente. A su derecha está el embalse, una mole maciza de bloques del mismo granito que forman las montañas a su alrededor. Piedras descomunales, piedras tan altas como él mismo, unidas las unas a las otras por grapas de metal gruesas como su brazo. A la izquierda, está la prisión propiamente dicha. Las celdas están inseridas en un muro paralelo al de la presa, decenas de ellas colocadas en hileras, las unas sobre las otras. Para acceder a ellas, el espacio intermedio es un laberinto de pasarelas y escaleras de caracol como las que Brynn baja a trompicones porque no quiere mirar hacia abajo.

Porque abajo se adivina, entre brumas y vapores, el torrente monstruoso de agua que desguaza el embalse y va a parar al río. De todas las cosas horribles de Aguasquietas, lo peor es el perpetuo sonido del agua que cae, un repiqueteo que se extiende por todos los rincones y retumba contra los muros altísimos amplificándose hasta el infinito día y noche. Dicen que los internos acaban volviéndose locos y, a veces, los vigilantes también.

Por fin, Brynn llega al final del primer tramo de la escalera de caracol. Allí, una puerta de barrotes le impide el paso, pero el vigilante que hay detrás se apresura a abrirla al ver a Elera. Solo permanecen unos segundos en la pasarela tambaleante que actúa como primer puente de la cárcel; por

desgracia, se ve que no ha acabado la tortura porque la Fantasma le señala hacia un nuevo vigilante y hacia un nuevo tramo de escaleras por el que bajar.

««Todavía no me ha dicho por qué le parece bien que alguien en la Casa de la Guardia se haya enterado de lo de la mansión.»»

««Bueno, significa que estamos poniendo lo bastante nervioso a alguien como para que siga nuestros movimientos. A mí también han estado espiándome.»»

««Y eso es maravilloso.»»

Evidentemente, si alguien les vigila es que están haciendo algo bien. Y Brynn sabe por experiencia que, para pescar según qué peces, hay que remover un poco las aguas; pero no puede evitar pensar en los cadáveres aplastados de Rivest y de Marenz, en cómo el Águila Blanca les obligó a saltar desde las ventanas de sus casas.

««No tengo ninguna intención de acabar como ellos, detective. Pero quizá podamos usar eso a nuestro favor.»»

««También puede salir horriblemente mal.»»

««También. Eso no se lo voy a negar.»»

««Debe de ser la primera vez que coincidimos en algo usted y yo.»»

Un cosquilleo como si Elera sonriera a su espalda le recorre la nuca. Es muy

breve, dura solo hasta que Brynn, entrecerrando los ojos, lanza otro pensamiento.

«Me da miedo preguntar cómo piensa aprovecharse de todo esto.»

Elera no contesta. Con el silencio de la Fantasma, los oídos se le inundan con el rumor del agua que cae por la presa. Brynn lo odia. No solo porque amenaza con provocarle una migraña de las que hacen historia, sino porque es un sonido, que arrastra, que atrae la mirada hacia abajo, hacia esa agua que cae inmisericorde. Y él no quiere mirar hacia abajo.

Le queda pasar una última prueba: una pasarela de hielo que Brynn atraviesa con un nudo en la garganta, y que conduce a una única celda.

No parece que tenga nada de especial: es solo un cubículo rectangular, un espacio vacío y triste entre muros de granito pero, al instante, Brynn sabe que es distinta al resto, y no solo por los cuatro vigilantes que hay apostados frente a la puerta.

No quiere entrar, pero Elera ya le ha hecho un gesto a uno de los BIE, que abre la puerta.

Álek Rádick ni siquiera parece una persona. Quizá un maniquí de cuerpo macilento. Mechones de pelo de un rubio sucio le caen sobre la frente, tapándole unos ojos que no parecen ver nada.

Esta vez Brynn no piensa en muertos aplastados contra el pavimento. Piensa en ese sirviente que se dejó morir de hambre y sueño al pie de las escaleras de la mansión. Se encuentra muy mal, como si su cuerpo quisiera expandirse en todas direcciones. Alguna vez que ha venido, Brynn lo ha atribuido a la presa y al agua encerrada en el embalse. Al Agua no le gusta estar domesticada en embalses y cañerías.

«Dígame qué planea, agente. ¿Por qué estamos aquí?»

«Primero quiero que vea una cosa.»

Elera toma una silla, se sienta delante de Rádick y le pone una mano en la frente. La otra la pone sobre la frente de Brynn.

—Este es el detective Brynn —susurra Elera con un tono de voz suave que Brynn no le había escuchado nunca—. Nos acompañará hoy.

Álek Rádick levanta la cabeza muy muy lentamente. Después, Brynn siente como si, de pronto, la celda se hiciera más pequeña.

La atmósfera le zumba en los oídos. Elera está haciendo algo, pero no sabe qué.

Hasta que, de pronto, las imágenes aparecen directamente en su mente, igual que si estuviera viendo una cinematografía. Quiere gritarle a Elera que pare lo que esté haciendo, pero no puede porque, entonces, lo ve claro. El profesor Aleus Koem, en su despacho. Luego contra la pared, su rostro cubierto de sangre, pero con una sonrisa espeluznante, de satisfacción, de victoria. No quiere, no quiere ver más. Pero luego parece que la noche se cierna sobre él y, ahí lo tiene, el agente Cait huyendo por los terrenos del Liceo. Cojea. Que no, que no quiere verlo, quiere gritar pero tiene la garganta abotargada. Y, ahí está, el impacto que sufre el agente Cait y que acaba con su muerte, un fajo de papeles desperdigándose por el aire y, después, la nada.

Abre los ojos. O ya los tenía abiertos, pero puede ver otra vez. Siente cómo le late el corazón, cómo le bombea la sangre en las sienas mientras una furia rojiza le sube por esa garganta que antes tenía cerrada en un grito histérico:

—¡No vuelva a hacer eso nunca más!

De pronto, un sollozo le sobresalta. Álek Rádick le está mirando a él con ojos abiertos y enrojecidos. Aferra la mano de Elera con tanta fuerza que la agente tiene los dedos rojos.

—Lo siento... —se disculpa muy lentamente—. Lo siento...

—¿Qué...?

La agente Elera habla de nuevo dentro de su cabeza.

«Quería que lo supiera. Puede cerrar ese caso, detective. No he podido descubrir dónde se esconde Zaaren Kerslyn, pero sí he podido acceder a algunos de los recuerdos del chico. Él fue el asesino del profesor Koem, del agente Cait.»

—Pero... —farfulla, y la agente Elera le interrumpe con nuevos pensamientos que, como oleadas, se cuelan en su mente.

«Aunque él no es culpable. Siente la culpa, tan grande que, creo, es parte de lo que le mantiene así. Quien le ha hecho esto es un monstruo y creo que sé cómo atraparla, pero necesito que diga en voz alta unas cuantas palabras, detective.»

—¿Qué? —se le escapa. Los ojos se le van un segundo a Rádick. Ha soltado la mano de Elera y sus ojos vuelven a parecer inertes.

«Concéntrese, Brynn. Hay quien nos está espiando, a usted y a mí. Vamos a darle algo en lo que pensar.»

Brynn ya lo sospechaba, por supuesto que sí. Elera no le ha hecho venir hasta el culo del mundo en esta cárcel horrible solo para amargarle la existencia.

«Diga que está decidido.»

—Está decidido —masculla Brynn. Nunca ha sido buen actor, nunca ha sido nada más que un guardia y sus propias palabras le suenan tan falsas que está convencido de que cualquiera que las escuche, se dará cuenta de la trampa.

««Este lugar ya no es seguro.»»

««¿Quiere decir que no es seguro y que deje de hablar, o quiere que...»»

««Repita las palabras, no es tan difícil.»»

Brynn, tratando de no pensarlo demasiado, hace lo que Elera le pide y ella le contesta demostrando que es mucho mucho mejor interpretando un papel que él:

—Entonces nos quedan muy pocas opciones, detective. Hay un lugar, una casa franca en Nuevas Fábricas controlada por nosotros. Solía ser una de las oficinas de los Fantasmas, pero ahora está en desuso. Allí Rádick será imposible de localizar.

««¿De qué está hablando?»»

Primera noticia de esa casa de la que habla Elera.

««Diga que lo más inteligente sería trasladar a Rádick allí donde Zaaren no pueda encontrarlo. Esta noche.»»

¿Son imaginaciones tuyas o Rádick ha vuelto la vista hacia ellos?

—Quizá lo más inteligente sea trasladarlo esta noche a ese lugar franco, allá donde Zaaren Kelsryn no pueda encontrarlo.

«¿Por qué Rayos estamos diciendo esto? Aguasquietas ES el lugar más seguro que hay. Precisamente... Oh. No. No.»»

Ya no le hacen falta las explicaciones de Elera, Brynn cree que ya ha atado cabos.



Después de lavarse la sangre seca y la suciedad bajo el chorro de la ducha, Enzo no ha ido a clase. Se ha pasado el día entero en su cuarto. Tirado en la cama mirando al techo. A ratos le vencía el sueño, pero despertaba a los pocos minutos por el dolor de los golpes y las heridas de la noche anterior. Cuando la luz del atardecer se ha ido colando por la ventana, la decisión ha llegado tan fácilmente que hasta se sorprende. Quizá porque la tenía tomada incluso antes de hacerlo: en todos estos días no ha terminado de deshacer la maleta y ahora sabe por qué.

Enzo descuelga con cuidado otro de los dibujos de Kástor de la pared. En las esquinas del papel las chinchetas con las que lo sujetaban han dejado un agujerito que Enzo trata de ignorar.

La pared ya está casi desnuda, como el día que empezó el Liceo, y su maleta vuelve a estar llena. Ha dejado las sábanas y la colcha dobladas sobre la cama.

Solo falta una cosa aunque, a juzgar por los pasos que se acercan por el corredor, pronto podrá acabar ese trámite también.

—¿Enzo?

Dos golpecitos en la puerta, discretos, avisan de que Vann está al otro lado.

—¿Vann? ¿No deberías estar cenando o algo?

—Tú también.

Enzo descuelga otro dibujo antes de decirle que puede pasar. Comienza a cansarse de que venga gente a su habitación con buenas intenciones para animarle o convencerle de quién sabe qué, pero no tendrá que aguantarlo por mucho tiempo.

—¿Querías? —pregunta sin mirar a Vann. Necesita toda la concentración para guardar el dibujo que acaba de descolgar dentro de una carpeta de cartón duro.

—Venía a pedirte perdón por no haber estado contigo buscando a Kástor y a decirte que a Hérshel se le ha ocurrido un plan y quiere vernos a todos; pero ahora quizá mejor te pregunto qué Rayos estás haciendo. ¿Te marchas?

Enzo acaba por darse la vuelta y queda apoyado en la pared, con las manos a la espalda.

—Sí.

No sabe si la expresión de Vann se contrae por lo que acaba de confirmarle o porque le ha visto las heridas.

—Tienes que quedarte a escuchar lo que quiere decir Hérshel, —comenta entonces con cautela. Tiene los ojos entrecerrados, midiendo cada una de sus palabras—. No tendríamos que habernos rendido. Deja que te ayudemos, Enzo. No te marches.

Casi logra convencerle. Cielos, se trata de Vann, que tiene la mirada más honesta de la historia y esa voz tan firme y honrada.

—No, ya lo he decidido. No quiero que sigáis con esta carga. Lo buscaré yo.

—Eres estúpido, Enzo —le espeta Vann sin mirarlo—. Eso es lo que eres. Un estúpido. Kástor es mi amigo, ¿sabes? Si piensas que me he olvidado de él o que no quiero... —Vann se levanta de la cama donde está sentado mientras suelta un gemido de frustración. Sin mirarlo le dice—: Te daría una paliza ahora mismo, que lo sepas.

—Adelante —lo reta Enzo—. Otro golpe más no va a notarse.

Ni siquiera sabe por qué ha dicho eso. Está tan cansado que ya no sabe ni

pensar.

Entonces, llaman a la puerta pero, como ninguno de los dos se mueve, se abre tímidamente y la maraña de rizos de la cabeza de Nero se asoma:

—Ya ha llegado Denna. Os estamos esperando en el cuarto de Vann.

Enzo no quiere, de verdad que no quiere seguir con esta farsa, con planes que no llegan a ningún lado y no quiere ser la carga que ahora se siente. Porque así es como se siente: una carga para sus amigos.

—Yo no... —musita agachándose para meter unos tirantes en la maleta.

—¿Una última oportunidad? —le ruega Vann—. ¿Por favor?

Enzo suspira. Una última oportunidad y luego se marchará.



—¡Lórim!

—Escuchad... —dice levantando las manos, por si funcionase.

—¡Lórim!

Cree que ha perdido la cuenta de cuántas veces le han dicho: «¡Lórim!» o algunas variantes como «¡Hérshel!» o «Por todos los Antepasados, los míos y los tuyos, Lórim». Y eso que solo han pasado treinta minutos desde que Nero fuera a avisar a Vann y a Enzo de que había llegado Denna.

Porque esto ya no puede hacerlo él solo. No después de que a Enzo le hayan partido la cara buscando a Kástor. Tenía que contarles la verdad.

No toda la verdad, claro. Solo la verdad necesaria.

Les ha contado que durante el Festival de Tierra, él captó que alguien se fijaba en ellos y que lo persiguió. (Ahí han arrancado los primeros «¡Lórim!».) Luego, que después de mucho pensarlo, llegó a la conclusión de que regresar al Liceo sería la mejor manera de atraer la atención de Zaaren (aquí Kózel ha dicho lo de los Antepasados. Y unas cuantas palabrotas también).

Finalmente, lo de la noche anterior, que por fin creía haber identificado a un agente (o uno de los agentes, ha pensado, aunque no lo ha dicho en voz alta para no empeorar las cosas) y que ese agente era Tanet, Tanet Nathrem, que es Fuego y va a su curso. Ahí Lórim ha tenido que parar un momento para que sus amigos dieran rienda suelta a los «¡Lórim!» otra vez, para que descargaran energía, pero falta por decidir qué van a hacer ahora.

—Escuchad —repite vacilante y, por un segundo, se hace el silencio a su alrededor. Cree que van a hacerle caso, pero en realidad lo que ocurre es que Vann se ha puesto en pie.

—Eso significa que ahora mismo tenemos una cierta ventaja, ¿verdad? —pregunta cruzando los brazos. Lórim asiente, abre la boca, pero en ese preciso momento Vann añade—: Entonces, en vez de perder el tiempo ofendiéndonos porque no nos hayas dicho nada, vamos a pensar en cómo podemos aprovecharlo.

—Sí, ya nos ofenderemos luego —dice Kózel y Lórim, que sabe que esa frase va por él, evita su mirada.

Le debe una disculpa. Miles. A ella y a Nero. Como siempre, les ha ocultado cosas por no hacerles daño y, como siempre, parece que se ha equivocado.

—Podríamos vigilarlo. Seguir sus movimientos. Si lo que dices es cierto y sigue en contacto con Zaaren, tarde o temprano nos llevaría hasta ella.

—¿Tarde o temprano? Tarde o temprano no me sirve. —Enzo es quien se levanta ahora con un movimiento rápido. Comienza a caminar en círculos—. Deberíamos... no lo sé. Pero no me pidáis que espere... ¿Qué? ¿Días? ¿Meses?

—Si me permitís... —dice Denna, y también se levanta. Y ahí sí, ahí Lórim sí que mira. Porque a ella también le debe una disculpa aunque, ahora mismo, en lo único en lo que puede pensar es en el modo en que se ha levantado, en cómo esas pestañas larguísimas parpadean antes de hablar y en que, una vez más, como cada día, haciendo un esfuerzo para el que se le va el aliento, debe guardar muy hondo todo eso que siente por ella.

—Hay una manera. No hace falta seguirlo. Solo necesitamos usar Aura para

Leer sus pensamientos en profundidad.

Las palabras de Denna parecen haber producido el efecto de una de esas prácticas que a veces han hecho en clase con Ilusión y que impiden que el sonido se manifieste, porque se hace el silencio en la habitación. Kózel baja la cabeza y Nero mueve los dedos, está contando. Aparece un brillo de esperanza en los ojos de Enzo y, de repente, una negativa en los labios de Vann.

—No. —La voz de Vann produce el mismo efecto que las palabras de Denna pero, esta vez, todas las miradas se vuelven hacia él que, de pronto, parece vacilar—. Lo siento, no... No está bien. Mirad: sé lo que sois... —A Lórim no se le escapa que Vann no pronuncia la palabra, no dice «Aura» y, de pronto, a Lórim se le encoge un poco el estómago. No sabe por qué no se le había ocurrido antes. Quizá porque Denna es Aura, quizá porque Nero y Kózel le han ofrecido su amistad incondicional desde el primer momento, sin cuestionarle. A Lórim no se le había ocurrido que otros no lo vieran igual. Y Vann ni siquiera sabe toda la verdad—. Pero una cosa es lo que sois y otra es... Estoy seguro, Lórim, de que cuando has leído la mente de Tanet ha sido casi por accidente, porque estabas buscando a un espía. Pero esto que proponéis es inmoral...

—¡Inmoral es lo que hacen ellos! —grita Enzo, que estalla con furia y los puños apretados.

—¿Y vamos a ponernos a su altura?

Es evidente que Vann hace verdaderos esfuerzos por mantener la calma, pero se nota que la está perdiendo a marchas forzadas.

—¿Tú no lo harías? ¿Ni por Kástor? —pregunta Enzo poniéndose en pie—. ¡Hace un momento me has dicho que también es tu amigo!

Vann no abre la boca y a Lórim le da la sensación de que no lo hace porque no quiere decir la respuesta en voz alta. No, no lo haría ni por Kástor ni por nadie.

Kózel, entonces, se levanta. Toca el brazo de Vann y él lo aparta como si quemara, un gesto brusco, que no violento, pero un segundo después la mira y

deja que Kózel le sujete.

—Creo que todos estamos de acuerdo, Vann. Todos menos tú —musita Enzo.

La mirada de Vann lo dice todo, y Lórim se siente terriblemente mal porque la verdad es que es horrible decepcionar a Vann. Este cree de esa forma especial con que creen los verdaderamente idealistas, sin filtros. Pero cuanto más altos son los ideales más alta es también la caída.

—No quiero verlo, ¿de acuerdo? Contad conmigo si lográis encontrar a Kástor, pero no quiero saber cómo lo hacéis. No quiero formar parte de eso — dice con los dientes apretados.

Vann sale de la habitación sin despedirse. Kózel se queda mirando a la puerta y luego les mira a ellos. No sabe qué hacer hasta que Nero dice:

—Te avisamos por diario en cuanto tengamos un plan.

Kózel asiente y, disculpándose, se marcha también.

Quedan cuatro en el cuarto de Vann y Enzo se deja caer, se sienta una vez más en la cama y se cubre la cara con las manos. Lórim no sabe qué decir. Quizá si les hubiera contado antes lo que pasó en el Festival, si hubiera confiado en ellos, ahora...

Enzo levanta la mirada.

—Bien. ¿Qué necesitáis para Leer a Tanet en profundidad?

—Contacto físico —responde Denna. Ella está seria. Concentrada, como si las palabras de Vann no la hubieran tocado, como si lo que están discutiendo fuera un ejercicio de clase—. Durante el tiempo necesario para que podamos descubrir algo que nos sirva.

—De acuerdo.

—Vamos... ¿vamos a buscarlo, entonces? —pregunta Lórim con voz trémula. Es la primera vez que abre la boca desde que lo ha contado todo; ahora los nervios le invaden. De anticipación. Porque anoche no se atrevió a retenerle, ni a usar Dominio con él y ahora...

Entonces Nero se pone en pie.

—Si vamos a buscarlo ya podemos darnos prisa. —Los dedos le bailan

frenéticos. Tiene la mirada perdida—. Porque se está marchando de la residencia.



El detective Brynn debe de creer que ya ha vivido lo suficiente y que está preparado para morir. ¿Por qué, si no, sigue montado en este maldito cuadríciclo de camino a Blyd? ¿Por qué, si no, no le ha dicho a la agente Elera que su plan es un suicidio?

Bueno, en realidad sí se lo ha dicho. Media docena de veces, por lo menos, pero esa condenada mujer no le ha hecho ni caso. Como si le entrara por un oído y le saliera por el otro.

Brynn la mira de reojo un segundo. Elera no parece darse cuenta, tiene las manos aferradas al volante del cuadríciclo y los ojos pegados a la carretera y a los tres cuadríciclos que, un poco por delante de ellos, abren el camino.

Después de obligarle a hacer el paripé en Aguasquietas, de gritar ante todos que la cárcel ya no era segura para Rádick, Elera ha susurrado: «Creo que han picado». En eso último cree que tenía razón; nada más pronunciar esas palabras, han escuchado pasos apresurados por las escaleras. Era uno de los vigilantes que, aparentemente, tenía muchas prisas por regresar a la ciudad. Espera que eso no sea lo único en lo que Elera acierte porque se ve que la Fantasma pretende tender una trampa al Águila Blanca.

Brynn aprieta los dientes, se deja resbalar por el asiento de cuero y suspira muy profundamente, a ver si Elera se da cuenta.

—¿Qué le ocurre ahora?

—Nada.

El detective Brynn se reacomoda en su asiento. Es noche cerrada, pero todavía es capaz de ver unos centenares de metros por delante de ellos a los

demás vehículos: un cuadríciclo negro y discreto delante, uno mayor, con un espacio de carga detrás, en medio, y, cerrando el convoy, un vehículo tan negro y discreto como el primero. Brynn vuelve a suspirar, ahora sin segundas intenciones.

—No parecía tan comprometida con la causa cuando nos conocimos, eso es todo.

No. Cuando se conocieron, Elera era la encargada de la seguridad del difunto Secretario Rivest, hasta que el Águila Blanca lo asesinó. Esa noche, Brynn todavía recuerda vívidamente el terror en sus ojos cuando huyeron (porque él también huyó. ¿Qué otra cosa podía hacer?), Elera le dijo que su única preocupación era ella misma, su propia seguridad.

—No hago esto por ninguna causa —murmura ella—. Se lo dije. Me gustaba hacia dónde estaba yendo este país. Esos discursos sobre la igualdad, sobre que todos tenemos las mismas oportunidades. Pero no soy una idealista. Esto es pura supervivencia. Si el Águila Blanca se hace con el poder, como dejó claro que quería hacer, puede que lo mantenga durante una temporada, pero volverá a caer. Los Indrasil ya no tienen cabida entre nosotros y cuando la gente, quien sea, la derrote, ya sé a quién van a culpar otra vez. Y no me interesa pasar por esto de nuevo. ¿Y usted? ¿Tiene una causa por la que luchar?

Elera se lo ha quedado mirando. Brynn daría su mano derecha para que, de verdad, prestara atención a la carretera.

Si Elera espera una respuesta ahora mismo, no se la va a dar. Brynn vuelve a removerse en su asiento, que se le antoja cada vez más incómodo. A lo lejos, entre los campos, se van haciendo más frecuentes los pueblecitos de calles abigarradas y casas muy juntas entre sí. Brynn calcula que la ciudad puede aparecer de un momento a otro entre las suaves colinas que están atravesando.

Entonces pondrán en marcha el plan. Van a entrar en Blyd, siempre manteniéndose a distancia prudencial del convoy que tienen delante. Un sábado por la noche, en la zona indicada, alejada del centro, no debería haber

demasiados viandantes, ha dicho Elera, queriendo decir que no habrá demasiadas víctimas potenciales. Van a atravesar la ciudad, poco a poco, esperando que la información sobre el traslado de Álek Rádick haya llegado a oídos adecuados.

—¿Y qué pasa si el Águila Blanca no viene a rescatar a su consorte? — pregunta de repente Brynn verbalizando sus propios pensamientos.

—Irá. O ella o un buen puñado de Caballeros que nos llevarán hasta ella. Estoy segura.

—Este plan tiene más agujeros que uno de esos quesos que hacen en Suizera, que lo sepa.

El cuadríciclo da un acelerón tan brusco que Brynn se golpea la coronilla contra el respaldo de su asiento. Está seguro de que Elera lo ha hecho a propósito, aunque parezca calmada y con la vista al frente.

—Usted no ha visto la mente de Rádick, Brynn, pero está volcada totalmente en el Águila Blanca. Ese vínculo es incluso más fuerte que esa culpabilidad que usted mismo le ha visto hace unas horas. Algo así... tiene que estar correspondido de algún modo. Irá. Y si no, pues damos media vuelta y dejamos a ese pobre desgraciado. ¿Cómo se llamaba?

—Sterfen. Debería saberlo usted, que ha preparado todo el papeleo —la informa Brynn frotándose la coronilla tras el golpe. No son tan idiotas como para sacar a Rádick de su celda.

Tampoco habrían tenido autorización para hacerlo, ni con todos los contactos e influencias de Elera, por lo que le ha tocado a otro: a un preso común, vagamente parecido a Rádick por el pelo rubio y largo, que no tan casualmente se encontraba en la celda de al lado y que han hecho pasar por él.

—Pues decía que damos media vuelta, metemos a Sterfen en su celda otra vez y tan contentos. Pero el Águila Blanca vendrá, estoy convencida. Solo tenemos que dejar que ataque el convoy, que vea que es una trampa, que huya, y seguirla hasta su escondite. El plan no tiene agujeros. Es un plan sencillo. Pero en la sencillez está la clave del éxito.

—Déjeme discrepar educadamente.

Lo único que él ve en la sencillez son imprevistos que les pueden llevar al desastre.

—Todavía puede bajarse. Aquí mismo si quiere. Yo paro y, en un par de horas de paseo, llega a Blyd, mire.

Como ya preveía Brynn, al sobrepasar una de esas lomas bajas cubiertas de cultivos, se extiende la llanura fluvial del río Lhin y, al fondo, la inconfundible silueta de la colina sobre la que se alza Blyd, con el manto de la ciudad cubriéndola.

—Está a tiempo, detective —le insiste Elera, aunque él no abre la boca—. Cuando lleguemos a la ciudad ya no podré parar. No podremos arriesgarnos a que alguien le vea —le insiste la Fantasma por segunda vez.

Lo único que puede contestarle Brynn es:

—Debo de haber perdido la cabeza. Voy con usted. Qué más da todo ya.

No se esperaba que los labios de Elera, pintados del mismo rojo intenso de siempre, se curvaran hacia arriba.

—Todavía no me ha contado qué causa le ha impulsado a meterse en esta locura, ¿sabe?

—Rayos, no me había dado cuenta —le responde Brynn.

—Yo le he contado la mía.

—Usted me ha contado que no tiene ninguna causa. Es distinto. —Piensa en el agente Cait, que murió por pura cabezonería. En los muertos de aquella Revolución, esos que no fue capaz de evitar. Le duele el estómago, y no es por culpa de cómo conduce Elera. Ellos sí tenían una causa. Él, igual que Elera, no —. Tengo una responsabilidad, creo. —Al fin y al cabo él está libre. Está vivo —. Y con eso tendrá que bastarle. Los cielos nos escuchen, agente, y su plan funcione.

Sábado, 3 de octubre.

Palacete a las afueras de Blyd. 10.38 de la noche.



Solo cuando baja al patio a observar a sus Caballeros siente que el corazón deja de dolerle. Sus Caballeros son fuertes. Están bien entrenados.

Parpadea dos veces seguidas y todo a su alrededor se oscurece. Las figuras, al verla llegar, se tornan en un rojo encarnado que es rabia, Fuego, pasión y lealtad a partes iguales. Salvo una de ellas. La silueta de Kástor Graadz titila a menudo, como una bombilla cuyo acumulador Monsett está defectuoso.

Habría preferido que se uniera a ella por voluntad propia. Es una pena. Aun así, se siente orgullosa de haber logrado que sea su comandante. Le recuerda del Liceo, que era como otra vida, tan callado, tan metódico... Ahora es fuerte, implacable. No podía haber elegido mejor. Está cumpliendo como solo el digno heredero del comandante Graadz podía hacerlo.

Eligió bien.

Aun así, mantenerle cerca las veinticuatro horas del día sigue suponiendo un reto. El esfuerzo de Dominar a todo su pueblo para que se arrodillaran ante ella, la batalla en el Liceo, dejó su cuerpo dañado. Apenas si tiene energía para llegar al trono que hay para ella en el centro del patio. Su mente, por

suerte, sigue intacta.

Una voz la despierta de su contacto con Aura. Tiene que agitar levemente la cabeza para que esas voces y pensamientos que acaban de llegar al patio de armas no la aturdan.

Los Caballeros se ponen alerta. Forman delante de ella una barrera de protección pero al instante se apartan cuando el comandante les dirige un gesto rápido. Tiene una visita inesperada pero, desde luego, no es alguien desconocido. Nada más verle, Zaaren se remueve en su trono. Desde la derrota que sufrió en la ciudad ha tejido su red de informantes cuidadosamente a la espera de volver a alzarse. Tiene ojos y oídos en todas partes. En el gobierno, en la guardia, incluso en el Liceo para informarle de los movimientos del Usurpador, pero el Caballero que se acerca trabaja en la cárcel de Aguasquietas. Álek. El corazón se le acelera.

—Llegas pronto. Los demás no están aquí todavía —le dice, forzando su voz para que suene calmada, al informante que avanza a paso rápido. Las pisadas de su súbdito resuenan contra los cuatro lados del patio y se detienen bruscamente cuando él se arrodilla delante de ella.

—Tenía... tenía que llegar cuanto antes, Alteza. Ha ocurrido...

Ella deja que su impaciencia la venza. Su informante no acaba la frase que ya le ha sujetado la frente con un golpe seco. No quiere escucharle, quiere, necesita, ver qué ha ocurrido. La cabeza se le llena de imágenes lúgubres, pasarelas de metal y un abismo. Escucha la respiración entrecortada de su espía y, luego, una conversación a gritos.

Van a trasladar a Álek. Hoy mismo.

Ella rompe el Vínculo con la mente de su sirviente a toda prisa. Se levanta aunque sus huesos se resientan con un calambrazo. Busca a su comandante con los ojos fuera de sus órbitas. Ya ni le importa que se den cuenta de que necesita caminar con ayuda. Apoyada en él, sale de su residencia.

Lleva espionando Aguasquietas desde que trasladaron a su consorte, que se sacrificó por salvarla. Tiene una oportunidad, se dice mientras cruza los

jardines de la mansión hacia la casa principal. Tiene una oportunidad, se repite.

El gran portón de entrada está cerrado. Solo hay una ventana iluminada. Es tarde pero van a escucharla. Por supuesto que lo harán. Ordena a su comandante que golpee la puerta, que la eche abajo si hace falta. Kástor obedece al instante. Que vengan. Tendrán que atender a su llamada tarde o temprano.

—Más fuerte —le ordena a su comandante—. ¡Más! —grita—. ¡Archen! ¡Archen! ¡Abre!

Entre golpe y golpe, de repente, se oyen pasos apresurados. A un gesto suyo, Kástor se detiene jadeando. La puerta se abre un dedo, dos. Aparece la silueta de una doncella asustada tras la puerta, pero con otra orden breve, seca, Kástor empuja las batientes de madera con violencia.

Entra. Durante un breve espacio consigue caminar con paso fuerte, una Emperatriz entrando en sus dominios.

—Alteza. ¿Ocurre algo?

Reggar Archen está en el vestíbulo de la mansión. Incluso en su casa, libre de reuniones o visitas, lleva un elegante traje negro de seda y una mirada fría, tan fría... Zaaren siente rabia. Debería arrodillarse, no mirarla como si fuera una molestia.

—Hay movimiento en Aguasquietas. Van a trasladar a mi consorte. Necesito vehículos, necesito más información. Recursos. Cuando esté fuera de ese lugar horrible estará a mi alcance rescatarlo, pero tenemos que darnos prisa.

—Alteza, me temo que no es el momento. No está todo el consejo, no sabría de dónde sacar los recursos... —Ella le responde a gritos. Cuándo será el momento, cuándo. Está harta de esa gente. De sentirse como si fuera un instrumento para sus propias ambiciones en vez de su reina—. ¡Alteza! —No debería callarse. No. No debería callarse ante nadie pero la voz de Archen es dura, autoritaria, aunque Archen enseguida suaviza el tono—: Majestad..., entendemos que sienta un cierto apego por su... consorte, bien...

—Habla —le ordena recuperando el control de la conversación. Archen es igual que su hijo, que Sammler. Ambición, pura ambición. Lo sabe con solo mirarlo.

—No es apropiado —le responde Archen sin ruborizarse—. Ni por nacimiento, ni por Familia ni por antecedentes. La gente ve en él a un prisionero, no a un rey. No es nadie.

Nadie. Cómo se atreve.

—¡Es mío! ¡Mío! ¡Es mi consorte! ¡Yo lo elegí! ¡Él fue el primero en seguirme!

Lo que más odia de Archen es esa calma. No se encoge, no duda. Habla siempre con ese tono suave, tono de político.

—Y su fidelidad debe ser recompensada pero ahora mismo tenemos cosas más urgentes, Alteza. Hay que prepararse para que podamos ganar las próximas elecciones. Cuando lo hayamos hecho, cuando gobernemos, entonces podrá recibir un indulto, ya buscaremos la manera...

—Lo quiero ahora.

—Ahora no es el momento apropiado, niña. —Reggar Archen se le acerca con unos pasos que, aunque calmados, desbordan energía contenida. Zaaren no quiere encogerse, no quiere retroceder, pero su cuerpo débil lo hace. Odia más a su propio cuerpo que ese «niña» por el que, tarde o temprano, Archen va a pagar—. Estamos demasiado cerca de conseguirlo. La opinión pública está de nuestro lado, tenemos todos los recursos, los medios de comunicación a nuestro favor. Ayudar a escapar a un criminal, un asalto a las fuerzas de seguridad... Esta no es la imagen que queremos dar ahora. No si queremos que la gente nos apoye.

—¡La gente me va a apoyar porque soy el Águila Blanca! ¡Porque la sangre de los Indrasil corre por mis venas! ¡Porque tengo a mis caballeros y tengo mi poder! —grita, aunque su voz es lo único que tiene fuerza.

Su voz y su comandante, que se yergue al lado de Archen, amenazante y, aun así, el hombre no flaquea. Observa a Kástor con la misma frialdad que

siempre. La misma que tenía en los ojos cuando lo vio por primera vez, como si no reconociera a su propio sobrino.

—No —le responde con calma. Cómo se atreve—. El poder, el verdadero poder no funciona así, Alteza. No lo da ni los ejércitos, ni siquiera Dominio. Aprendimos la lección con Asgard el Zorro. —Archen hace una pausa tras mencionar el nombre del viejo Emperador. No es para respirar. Simplemente deja de hablar un segundo, dedicándole una mirada de ojos entrecerrados. ¿Lo sabe? ¿Sabe cómo murió el viejo Zorro?—. Tras conquistarlo, el único modo de conservar el poder es convencer a la gente, a todos, amigos y enemigos, que tenemos el derecho a ostentarlo. Por eso Su Alteza fracasó, y por eso haría bien en seguir nuestros cons...

Es tan placentero, por fin, cerrar el puño, ordenarle que calle, y escuchar el silencio. No importa que al usar Dominio se le doblen las piernas y que su comandante tenga que correr a sostenerla. La satisfacción de tener a Reggar Archen quieto, mirándola con atención y atento a sus órdenes lo compensa todo.

—Voy a recuperarlo. No necesito ni vuestro consejo ni vuestra aprobación para ello. Tengo a mis Caballeros y tengo mi fuerza.

Archen asiente respetuosamente. Le gusta mucho más así. Aferrándose al brazo de su comandante, el Águila Blanca da media vuelta. Se detiene, y vuelve a dirigirse a Archen.

—Pero necesitaré tu cuadríciclo, querido. Ese que tienes tan bonito aparcado en la parte de atrás.

Su comandante y ella salen de la mansión. Kástor prácticamente tiene que llevarla en volandas de regreso al palacete que le sirve de residencia porque Dominar a Archen le ha supuesto un gasto de energía imprevisto, pero la satisfacción ha sido tan grande...

Los Caballeros ya están esperando órdenes a la sombra de los torreones cubiertos de hiedra del palacete. Tiene siempre con ella a una docena, su guardia de honor, pero necesita a más.

—Quiero que hagáis una llamada a todos los nuestros. Todos los que estén disponibles. Llamadlos. Reunidlos. Y que alguien traiga el cuadriciclo de Archen, está a nuestra disposición.

El miedo le asalta la garganta. ¿A cuántos podrá reunir en tan poco tiempo? ¿Cuántos recursos? Los Caballeros asienten casi al unísono y se marchan, raudos, a cumplir sus órdenes.

—Espera, Kástor. Ven.

Kástor también se había apartado, dispuesto a seguir sus órdenes, pero ella se siente zozobrar. Quizá sea hoy por fin cuando recupere su otra mitad, su consorte, pero no sabe si será capaz.

—Abrázame.

Kástor no la obedece esta vez, ese hilo que les conecta se ha debilitado de nuevo. Un último esfuerzo, se dice Zaaren, para restablecer el Vínculo entre su mente y la suya.



Lo ha visto hacer innumerables veces. Parecía fácil, lo hacen los niños para divertirse a veces, incluso adultos que no quieren pagar billete o que solo quieren un viaje rápido de un par de calles: corren detrás del vagón del metropolitano, dan un salto y... ¡hecho! Se agarran a las barras que hay detrás del vagón y apoyan los pies en un reborde casi anecdótico que rodea todo el bajo del vehículo.

Nero les ha avisado. Han salido corriendo en dirección a la salida tan rápido como han podido.

Él —Kózel suele decirle que es porque tiene las piernas más largas—, ha llegado antes que los demás, justo a tiempo de ver cómo Tanet subía a un metropolitano en la parada frente al Liceo. Había que actuar rápido y ha pensado... bueno, en lo que no ha pensado es que a los diez minutos de trayecto ya tendría los brazos agarrotados. Lleva media hora y ya ni se siente los dedos.

Además, cada sacudida que da el vehículo mientras avanza calle abajo es una nueva oportunidad para salir despedido y caer en medio de la calzada. Que Lórim ya ha saltado de un velorraíl en marcha y no quiere repetir la experiencia, muchas gracias.

Cree que aguanta puramente porque se niega a lo contrario. Bastante ha enredado las cosas no contándoles lo que ocurría a sus amigas como para que ahora se le escape Tanet de entre las manos.

—Tarde o temprano tendrá que bajarse y continuar a pie. Digo yo... —masculla para sí, para darse ánimos.

No había pensado en la estación. Tendría que haber pensado en que esa línea de metropolitano acaba su trayecto en la estación Varno Monsett. Esa y, en realidad, unas cuantas más.

El sonido de una sirena, además de provocarle un respingo, le obliga a mirar hacia un lado. El conductor de un metropolitano que se acerca por una vía paralela le está haciendo señas. Lo único que puede hacer Lórim en este caso es dedicarle una sonrisa. Le habría saludado porque, a pesar de todo, la

situación y, especialmente, la mirada desorbitada del conductor, le ha hecho gracia; pero necesita sujetarse con ambas manos.

Ve la cúpula de vidrio del edificio flanqueada por los embarcaderos aéreos. Y ve, también, que se acercan a una explanada donde confluyen las diferentes líneas de metropolitano que llegan a la estación.

No se ha caído al bajar a toda velocidad desde los Altos, ni al adentrarse en las calles adoquinadas del centro, pero ahora a Lórim le patina uno de los pies fuera de la pequeña plataforma metálica donde lo tenía apoyado.

Lucha para mantener ambos pies sobre la plataforma. Sería una buenísima idea, visto que la mano izquierda, con tanta sacudida, ha comenzado a resbalársele.

Cierra los ojos. Si se cae, no lo va a hacer desde muy alto ni a mucha velocidad. Cree que podría protegerse con Escudo o Aire. Siempre que, claro, detrás no venga otro convoy y no le pase por encima. Ya sería mala suerte.

Una sacudida más, y el metropolitano acelera en la última recta mientras Lórim siente cómo una nueva ráfaga de viento tira de él hacia atrás. No sabe cómo logra sujetarse.

Una campanilla, tres notas alegres en tono ascendente y una voz cantarina indican que el metropolitano de la línea de los Altos va a realizar su parada en el andén número nueve.

Lórim casi se alegra de que, al frenar, la inercia le haga chocar violentamente contra la parte trasera del vehículo.

Pero no puede detenerse ni siquiera para suspirar de alivio. Salta a las vías y se agazapa porque, después de lo que ha pasado, lo último que quiere es que Tanet le descubra. Las puertas del metropolitano se abren y, desde donde está, Lórim ve solo piernas que se alejan, piernas enfundadas en pantalones negros, en medias con flores bordadas. Unas botas, el borde de la chaqueta del uniforme del Liceo. Tanet, que se aleja en dirección a las escaleras. Los brazos tampoco le responden a la primera cuando se iza trabajosamente hacia el andén y le pega un susto de muerte a una señora que justo pasaba por allí.

La estación Varno Monsett está atestada a cualquier hora del día. Lórim resiste como puede las tentaciones que tiene de echar a correr para no causar un alboroto que pueda alertar a Tanet. También es admirable, al menos en su opinión, cómo controla los ataques de pánico que siente cada vez que la espalda de su objetivo desaparece por entre la gente, cada vez que sospecha que Tanet podría hacer transbordo en otro metropolitano o, quién sabe, montarse en un aéreo. Desde ahí, la caída le dolería bastante más.

Pero no. Tanet acaba saliendo por la puerta oeste de la estación. Lórim, sin detenerse, sin mirar apenas, saca su diario. Tiene que avisar a los demás.

Aunque no va a esperarles, claro. No piensa perder de vista a Tanet.

Y no lo hace. La puerta oeste de la estación da casi directamente al barrio antiguo de Blyd. Es sábado por la noche y el barrio está animado por la gente que sale y viene a cenar a las terrazas y los veladores que ocupan las aceras, suficiente bullicio para que Lórim pueda seguir a Tanet discretamente por calles, callejuelas, por una plaza ocupada, casi totalmente, por un roble viejo y de tronco nudoso.

Lórim se detiene justo en el límite del barrio antiguo, sin aliento, doblándose para apoyar las manos sobre las rodillas. Tanet se ha parado también, gracias a los Cielos, porque así puede descansar un instante.

Todavía resoplando, pero desde una distancia prudencial, Lórim le observa. Ahora sería el momento. Podría acercarse a Tanet por la espalda y sujetarlo, una mano en el hombro, establecer los lazos con Aura o simplemente obligarle con Dominio a confirmar si verdaderamente es quien sospechan que es. Da un paso. El vello de los brazos se le eriza de anticipación.

Y se queda helado en el momento en que ve que Tanet se gira. No lo hace hacia él, gracias a los Cielos. No le ve. Tiene su diario abierto entre las manos y mira hacia una de las calles que conducen hacia el sur, hacia el río, y comienza a caminar otra vez, apresurado.

Lórim no sabe a qué viene ese cambio de rumbo tan brusco. Tanet llevaba un buen rato moviéndose hacia el oeste pero ahora... ¿adónde va? Tiene que

avisar a Kózel, a Denna, a Nero, a todos, pero ahora no puede parar. Persigue a Tanet, que ahora casi está corriendo, hasta el río. No se detiene hasta que ve cómo su objetivo comienza a cruzar uno de los puentes que llevan hasta la otra ribera del Lhin. Entonces escribe rápido, la vista fija en la figura que se aleja por el puente.

El mismo por el que, sin que él le dé más importancia, pasa un lujoso cuadríciclo con los cristales tintados.



Lórim Hérshel dice:

Se ha bajado en la estación Monsett. Se ha metido por el barrio antiguo, pero de repente ha comenzado a ir hacia el sur.

Acaba de cruzar el río por el Puente de los Héroes. ¿Me leéis? El río. Va en dirección a Nuevas Fábricas.

Por lo menos Lórim no se ha caído del metropolitano en marcha y se ha partido la crisma, que es lo que se temía. Porque Kózel está enfadada (no, furiosa) con él pero, desde luego, no le desea ningún mal. Le quiere echar una bronca, eso sí, pero luego. Cuando logren solucionar esto, si lo solucionan de algún modo.

Porque ya hace un buen rato que han recibido este mensaje y, por mucho que Kózel mire su diario, no han aparecido más, y el barrio de Nuevas Fábricas y Casas Baratas no es precisamente un barrio pequeño.

—Quizá debiéramos movernos —murmura en voz muy baja.

Están refugiados a la sombra de un portal. Hay poca gente por la calle a estas horas, gente que va o viene de trabajar, varios puñados charlando en las puertas de las pocas tabernas que hay abiertas en los bajos de los edificios.

—No tengo ni idea de qué debemos hacer ahora —confiesa.

Vann se detiene, mira a su alrededor con los ojos entornados.

—¿No ha dicho nada más?

Kózel niega con la cabeza.

Tras cruzar el puente se han separado: Nero, Denna y Enzo por un lado; ella y Vann por el otro. Pero hace un buen rato que vigilan este tramo de calle y no han visto a Tanet, ni tampoco a Lórim.

Además, a Kózel le ocurre algo que le está arrancando el alma a tiras: por primera vez desde que son amigos, se alegra de no estar con Lórim. No sabe si podría reconocerlo en voz alta pero es verdad. Cuando piensa en él, sigue teniendo ganas de estrangularle porque ya ha perdido la cuenta de cuántas veces les ha ocultado cosas a ella y a Nero. También se preocupa, por supuesto. Kózel no concibe ningún escenario, ninguna realidad de esas que a veces menciona Nero, en la que no fuera a preocuparse por Lórim, pero, por ahora, prefiere no verle.

—Espera, espera.

Cree que su diario ha vibrado. Un mensaje de Lórim.

—¿Qué pone? —pregunta Vann inclinándose hacia ella.

No es momento de fijarse en esas cosas porque están en medio de la persecución pero, al hacerlo, Vann le ha puesto una mano innecesaria, aunque bienvenida, sobre el hombro.

—Calle Doce... —dice Kózel—. ¿Tiene algún sentido?

—Las calles de por aquí solo están numeradas. Números impares para las que van perpendiculares al río y pares en las paralelas. Para los barrios pobres se les acabarían los nombres bonitos, me imagino.

—Entonces, Lórim está... —Kózel da unos cuantos pasos hacia la esquina más próxima. Incluso a la luz tenue de las farolas ve una placa de piedra blanca donde indica que están en la calle número Catorce—. Hacia allá. — Señala discretamente hacia el río—. Una calle para allá. Pero si el objetivo es seguir a Tanet sin que se dé cuenta, nos lo encontraremos de cara. —Y ya se ha

encontrado de cara con seguidores de Zaaren demasiadas veces, gracias. La última vez, acabó en el hospital—. ¿Tienes alguna idea? ¿Vann? Vann.

No sabe si la estaba escuchando. Vann se ha apartado un poco del portal y está mirando hacia arriba con una mano apoyada sobre la fachada de piedra gris, triste, del edificio.

—¿Sabes que mi tío abuelo era albañil? —Una vez más, con cuidado, pasa las yemas de los dedos por la caliza rugosa—. No llegué a conocerlo, pero mi abuelo me contaba historias sobre él. Sobre cómo trabajaban la piedra. Eso me dio una idea hace un tiempo. Pensé que sería útil para situaciones como estas. —Vann detiene la mano, solo toca la fachada con las puntas de los dedos—. No pienses que me lo acabo de inventar ahora, ¿eh?

Kózel tiene que parpadear para asegurarse de que la vista no la engaña. Con facilidad, como si en vez de piedra maciza fuera arcilla, la mano de Vann se ha sumergido hasta media palma en la piedra. Al apartar la mano, deja un agujero. Con una sonrisa orgullosa, de niño más listo de la clase, Vann repite la operación un poco más arriba y luego, ayudándose de la primera oquedad que ha hecho en la pared, hace otra todavía un poco por encima.

—Es una escalera un poco improvisada pero... casi todas las casas del barrio tienen la misma altura. Podremos llegar al otro lado de la manzana por los tejados.

No ha sido fácil escalar por la fachada de la casa, incluso con los agarres que ha ido creando Vann, pero él tenía razón: al llegar arriba se han encontrado con una extensión de tejados planos salpicados de colada tendida. Entre casa y casa la única separación eran pequeños muros de obra levantados más para diferenciar las fincas que para impedir el paso. La casa que limita con la esquina de la calle Doce es un poco más baja que las demás, quizá sea nueva. En vez de un tendedero, hay macetas con flores y un palomar.

—No veo a nadie por la calle. Es decir, hay gente. Pero no veo a Tanet — musita Kózel, asomándose al murete que hace de baranda del tejado.

Saca el diario del bolsillo. Tiene algunos mensajes de Denna, uno de Enzo, avisando de que van a buscar un lugar desde el que controlar la calle sin ser vistos, pero ninguno de Lórim. Si Tanet hubiera cambiado de dirección les habría avisado. O no, porque Lórim tiene esa costumbre de no contarle las cosas. O quizá le haya pasado algo.

No. No quiere pensarlo siquiera, así que, para apartar esa idea de su cabeza, Kózel se concentra en otras cosas. En las luces de la calle, tres pisos más abajo, suficientemente cercanas para que, a un gesto suyo, aumenten de intensidad. Y también en las luces, pocas, que llegan hasta el tejado donde está con Vann. Con otro movimiento de dedos hace que se atenúen para ocultar su presencia a la gente que pasea por la calle.

—Vamos a esperar. Por lo menos tenemos vistas.

Vann tiene razón. Delante de ellos se extienden varias manzanas de casas de Nuevas Fábricas pero, luego, ahí está el río, el Templo del Agua como una aguja de aguamarina, las casas de colores del paseo fluvial, los tejados irregulares del barrio antiguo y la cúpula iluminada del Parlamento.

—Pero no podemos distraernos con las vistas —dice Kózel, que acaba sentándose en el muro, girada hacia la calle.

—Pero sabemos que están —le contesta Vann mientras se coloca a su lado. Cerca. Tan cerca que, cuando la mano de él se entrelaza con la suya, parece que haya ocurrido de forma natural, porque la masa de sus cuerpos se atrae. Vann, entonces, deja escapar un gran suspiro—. Lo siento —murmura—. Por lo que ha pasado antes, cuando Denna ha propuesto usar Aura con Tanet. Sigo sin estar de acuerdo con esos métodos, pero no tendría que haber perdido el control.

Kózel no responde enseguida. Durante unos segundos, los únicos sonidos que se escuchan en el tejado son el batir suave de alas y el arrullo de las palomas.

—No hace falta que te disculpes —musita al fin—. A mí tampoco me gustaba la idea.

Al final de su frase hay un «pero» que Kózel se calla. Por supuesto que no le gustaba la idea. La aborrece. Pero ella habría estado de acuerdo en hacerlo. Le gustan los ideales de Vann. Son parte de él, parte de lo que ella admira y quiere («quiere». ¿Es esa la palabra? Después de las últimas semanas, de las últimas horas, cree que sí), pero en este caso el fin justificaba los medios.

—Puedo aceptar que Lórim y Denna sean Aura. No voy a juzgarles por lo que son; sería hacer lo mismo que ocurría antes, con las leyes de Familias. A las personas hay que juzgarlas por sus actos. —Van se calla abruptamente y, entonces, señala con el mentón hacia el otro lado de la calle, justo en la encrucijada—. Enzo.

Está bien oculto, justo al límite de las sombras que proyectan los edificios. Detrás de él, Kózel adivina dos figuras en movimiento. Tienen que ser Denna y Nero. Y detrás... Después de una breve punzada de terror en la boca del estómago, se da cuenta de que tiene que ser Lórim. Kózel garabatea un mensaje rápido en su diario dando a conocer su posición y, durante un segundo, Enzo mira hacia ellos. Luego lo hace en dirección a la calle número Doce. Incluso desde la distancia, Kózel lo ve tensarse, asumir una de esas posiciones que aprenden en clase de lucha: alerta, las piernas ligeramente separadas, las rodillas flexionadas.

Alguien se acerca. No es solo una persona sino varias. Una veintena. No, más; otro grupo, aproximadamente igual de grande, llega por otra calle. Destacan sobre el resto por cómo caminan en línea recta, con paso firme. Tienen un propósito, sea cual sea.

—Ahí está Tanet. Pero no reconozco a los demás.

Kózel se inclina un poco hacia delante. Con las manos apoyadas en la baranda, ya tiene medio cuerpo asomando sobre la calle.

—¿Qué hacemos? ¿Deberíamos bajar?

—Espera, espera... —la apremia Vann.

La mano de él, que todavía estaba entrelazada con la suya, le aprieta los dedos suavemente.

El grupo llega a la altura del edificio en el que se esconden. Las farolas de la calle proyectan sombras largas detrás de él. Kózel les observa caminar con la respiración contenida, cada paso que dan retumba al ritmo de los latidos de su corazón.

Tanet Nathrem y el resto de los Caballeros, porque asume que serán Caballeros del Águila o, por lo menos, seguidores de Zaaren, se detienen.

—¿Qué están...? —Kózel se inclina todavía más hacia delante.

Un ronroneo rítmico hace que Kózel gire la cabeza. Tanet y el resto de los Caballeros también se vuelven en la misma dirección.

Un cuadriciclo negro, de carrocería suave, como si el metal hubiera sido pulido por el viento, llega desde el final de la calle. Kózel ya sabe que va a detenerse junto al grupo de seguidores de Zaaren antes de que lo haga. Ellos son la razón por la que ese cuadriciclo esté adentrándose en este barrio. Los vehículos que hay aparcados en algunas de las calles son trastos de trabajo, de colores terrosos, cubiertos de polvo y aspecto macizo. Ese cuadriciclo es la elegancia hecha máquina.

Y la puerta se abre.



Kástor.

Enzo se echa hacia delante. Sus músculos se han movido como activados por un resorte. Kástor, que está vivo, y ha estado meses, meses buscándolo.

Pero Enzo no llega muy lejos. Una mano le sujeta el hombro. Es Nero. Desde que han salido del Liceo Nero le ha parecido distraída, como en su propio mundo, pero ahora ha reaccionado casi como si ya supiera lo que iba a ocurrir. Le retiene no con violencia, pero sí con fuerza, y su primer instinto es rebatirse, luchar porque en apenas unos pocos metros llegaría hasta él.

—Enzo, no —susurra Nero.

Casi al instante, Denna y Lórim también se colocan estratégicamente cerca de él. Enzo aprieta los dientes, cierra los ojos. Tienen razón. Por mucho que quiera, no puede ir a por Kástor.

Porque ese que sale del cuadríciclo es Kástor y, al mismo tiempo, no lo es.

Es el cuerpo de Kástor, su cara, sus manos, pero no sus movimientos. Ni su mirada. Es una cáscara con forma de Kástor y, cuanto más se fija Enzo en todos esos detalles, más rechazo siente. Le duele el cuerpo con solo pensarlo, que no es Kástor, sino que es el comandante de los Caballeros del Águila.

Enzo trata de dar otro paso, pero esta vez ni siquiera intenta zafarse de Nero. Solo quiere verlo mejor. Está más delgado, tiene el pelo más largo. El comandante ha cerrado la puerta del cuadríciclo y, cuando se acerca a ellos, Tanet y los demás se yerguen con aire marcial. Están demasiado lejos para escuchar lo que dicen pero está seguro de que hablan, que escuchan las órdenes que les da el comandante. Kástor.

Y, luego, se mueven otra vez calle abajo.

—Hay que seguirlos. Vamos... —comienza. Pero en cuanto Enzo se da la vuelta hacia los demás, deja de hablar.

Era esto a lo que habían venido, ¿verdad? Seguir a Tanet, ver si les conducía hasta donde se escondía Zaaren y, por tanto, hacia Kástor. Pero Nero vuelve a estar ausente, la mirada perdida hacia el cielo y los dedos de las manos en frenético movimiento, y Lórim y Denna...

—No sé qué están tramando —musita Lórim, que se sujeta las sienes con ambas manos—. Pero...

Se están alejando. Enzo mira hacia la esquina por la que han desaparecido Kástor y los demás. Mira también hacia arriba. Antes ha visto a Kózel y a Vann en la azotea del edificio que tienen delante, pero han desaparecido. O están escondidos o, espera, han seguido con la persecución. Otra vez el cuerpo le pide correr, seguirles la pista, no entiende por qué están discutiendo ahora.

—Lórim. —La voz de Denna suena forzada, entre dientes apretados—.

Estaba en el cuadríciclo, ¿verdad?

Enzo ni se siente parte de esta conversación ni quiere serlo. Quiere marcharse. Si han hecho todo este camino solo para perder a Kástor en el último minuto, él...

—¿De qué Rayos estáis hablando?

—Zaaren. —Por fin Lórim levanta la cabeza, parpadea como si acabara de despertar—. Me ha parecido... creo que... sí, que estaba en el cuadríciclo. Pero estaba demasiado lejos, no puedo estar seguro. He tenido la misma sensación que cuando atacó el Parlamento. Todo ese poder, su Aura derramándose por todas partes aunque, a la vez...

—Distinto.

—Más débil —dice Lórim, pero Denna le corta otra vez:

—No. Desordenado. Desquiciado.

—No es el momento —apunta Nero, aunque parece que no hable por ninguno de ellos.

Ya basta.

—Voy a ir. —Enzo vuelve a sentir esa desesperación que ya se le ha hecho tan familiar. Una sensación de caída libre que hace que no le importe nada salvo recuperar a Kástor por encima de cualquier otra cosa—. Haced lo que queráis.

Echa a correr. Atraviesa la calle de lado a lado y sigue adelante hasta llegar a la calle paralela a la que han tomado Kástor y los Caballeros. No mira hacia atrás, solo avanza lo más rápido que le permite el cuerpo, aunque es vagamente consciente de que escucha pasos detrás de él, así que supone que Lórim, Denna y Nero ya se han puesto de acuerdo. Y si no, si se trata de algún seguidor de Zaaren, supone que ya le atacarán para sacarle de dudas.

Y la ciudad se acaba.

Enzo llega junto a un último bloque de casas. A partir de ese punto, las casas baratas dejan lugar a descampados entre naves industriales. Las calles no hacen ni amago de estar urbanizadas, no tienen ni luces ni calzadas, solo un

pavimento de tierra prensada y sucia.

Y allí están. Ya no ve el cuadríciclo negro por ninguna parte, pero sí a Kástor, a Tanet, a todos los demás muy juntos, esperando. Ya no les ve las caras. Todos se han cubierto la cabeza con capuchas de color rojo sangre.

Ahora ve luces a lo lejos. Tres pares de luces que cada vez se hacen más intensas.

Y esos pasos que escuchaba detrás de él se acercan. Lórim, Denna, Nero. Por el otro lado de la calle también llegan Kózel y Vann.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta Hokulea—. Estemos donde estemos, esto no tiene pinta de ser el escondrijo de Zaaren. ¿Qué...?

—No —la corta Denna—. Pero está aquí. En el cuadríciclo del que ha bajado Kástor. No la veo pero... pero todavía puedo notar su presencia. Sigue aquí cerca.

—¿Cómo de cerca? —pregunta Hokulea. Es la más sensata de todos. Parece asustada.

Enzo se inclina, trata de controlar su respiración acelerada. Visualiza dentro de su cabeza las opciones que tienen ahora y son más bien pocas: esperar o acercarse en terreno descubierto para llevarse a Kástor; pero no cree que ni él ni los que le acompañan vayan a ponérselo fácil.

Y esas luces, las que se veían a lo lejos, se acercan más y más. Ahora Enzo ya puede identificarlos. Son tres vehículos que avanzan muy juntos. Dos son más pequeños, pero el que va en el centro parece ser un cuadríciclo de carga.

Los Caballeros, a un gesto de su comandante, se dispersan.

—Van a... —dice Vann—. Están preparando una emboscada.

Enzo abre la boca, una última oportunidad para avisar a los demás, va a ir, aunque sea solo. No sabe cómo lo hará pero ya se le ocurrirá algo.

El convoy que llegaba desde las afueras de la ciudad cada vez está más cerca. Ahora pueden ver cómo, sobre la carrocería negra, los cuadríciclos tienen pintada la estrella de nueve puntas, el símbolo del país, el mismo que utilizan como propio las distintas divisiones de la Guardia en Nylert. Los tres

vehículos ya pasan por las calles a medio urbanizar.

Y luego llega la explosión.

La noche se vuelve roja por un segundo. A pesar de la distancia y del estrépito que sigue a la deflagración, pueden escuchar el chirriar de ruedas, los gritos. Cuando la luz y el humo se disipan, el primer cuadríciclo tiene un agujero enorme en el morro y el segundo, el de carga, se ha salido de la carretera y ha ido a chocar contra el primero.

De ellos bajan una docena de personas, guardias, tambaleándose.

Es entonces cuando los Caballeros atacan. Salen de entre la espesura que cubre los descampados, de detrás de las fábricas. Enzo reconoce a Kástor enseguida porque le ve como en clase de Lucha: una silueta cubierta de Fuego que corre, que salta con una determinación sin fisuras, que ataca al primero de los guardias con el que se encuentra sin apenas darle tiempo a reaccionar.

Enzo no sabe qué está ocurriendo, pero sí es consciente de una cosa: quizá, entre tanto caos, esta sea su única oportunidad de llevarse a Kástor.

Una mano le toca el hombro. No para sujetarlo ni para retenerlo. Es un gesto de simple camaradería.

—Bueno. Entrenamos para esto, ¿no? —Vann tiene esa mirada de determinación que ya le es tan familiar. Tranquilizadora. La mirada que podría cambiar el mundo, y a Enzo le flaquean las piernas de gratitud. Luego, Vann se vuelve hacia los demás—. Bien. ¿Habéis dicho que podéis notar dónde está Zaaren?

Su mirada cambia cuando se gira hacia Lórim y Denna. Se vuelve más dura, recelosa.

Los dos asienten.

—Sigue aquí, por los alrededores— comienza a decir Lórim con la mirada puesta en los descampados.

—¿Está lo bastante cerca como para poder afectarnos?

—No... no lo sé. Quizá no. Puedo... —Hérshel se balancea. Le tiembla el labio cuando habla—. Estaré alerta.

Enzo deja escapar un rugido lleno de frustración. Los otros pueden hacer lo que quieran. Si se echan atrás, él no lo hará. Da un paso, reuniendo energías para enfrentarse a lo que vaya a ocurrir ahora, y se detiene al escuchar a Vann que afirma:

—Esto no tendría por qué ser diferente de un ejercicio de clase, ¿de acuerdo? El objetivo es Kástor. Vamos, lo cogemos y desaparecemos antes de que nadie pueda reaccionar.

Suena hasta fácil cuando Vann lo dice.

Pero no lo es.

No lo es llegar hasta donde los Caballeros del Águila están luchando contra los guardias. Se mueven todos juntos en un grupo compacto y apenas ven nada, solo el resplandor del Fuego delante. Les protege una oscuridad que Kózel ha Vinculado con gesto seguro, para que las sombras de su alrededor les envolvieran. No es fácil, cuando llegan, decidir cómo atacar, cómo moverse en una batalla que no es suya.

Y no es fácil, nada fácil, tomar por sorpresa a Kástor. Eso habría sido lo mejor. Aparecer en medio de la batalla y, mientras los demás causan una distracción, que alguien sorprendiera a Kástor y lo inmovilizara para poder sacarlo de ahí cuanto más rápido mejor.

Pero Kástor les ve, y Kástor les recibe con un gesto brusco de la mano al que sigue una deflagración que lo engulle todo.

Enzo ve llegar el Fuego y cruza los brazos delante del pecho sin detenerse.

El Escudo se extiende frente a él justo a tiempo. Parte las llamas, que se extienden a un lado y al otro de su figura mientras salta alto, todo lo alto que puede para acumular inercia.

Cae encima de Kástor. Nota enseguida el calor incendiario que se desprende de su cuerpo pero, aun así, lo sujeta, toda su desesperación concentrada en la punta de sus dedos, que se aferran a los hombros de su amigo con la certeza de que, quizá, si lo suelta ahora, no podrá tocarlo nunca más. Enzo tira, tira con todas sus fuerzas, caen rodando por el suelo, el uno rodeado de Fuego y el

otro, de Escudo. Y mientras caen y ruedan, Enzo busca algo en la mirada de Kástor que sea verdaderamente suyo y no lo encuentra.

Un segundo después, Kástor le ha colocado ambas manos sobre el pecho. Nada en él denota emoción alguna cuando otro torrente de llamas, más poderoso incluso que los anteriores, lanza a Enzo hacia atrás.

Enzo cree que debe haberse golpeado la cabeza contra el suelo porque el mundo le da vueltas y su coronilla se ha convertido en el epicentro de un dolor que le invade el cuerpo a oleadas. Su Escudo se ha disipado. Huele a humo y, cuando se palpa frenético, se da cuenta de que la parte frontal de su camisa se ha convertido en ceniza.

Hay gritos a su alrededor. Proviene tanto de los Caballeros como de los guardias que defienden el convoy. También gritan sus compañeros. La Tierra tiembla, quizá por culpa de Vann. Lórim está en el suelo. Denna, rodeada. Nero, un poco alejada de él, parece ilesa. La chica de repente se gira hacia él, abre la boca...

El Fuego barre a Enzo otra vez. Proviene de Kástor, que está de pie a pocos metros de él, erguido. Enzo apenas tiene tiempo de levantar una defensa débil, una fina capa de luz azulada que se disipa en cuanto la tocan las llamas, pero que se lleva lo peor del golpe. No sabe si será capaz de hacerlo otra vez. Cuando trata de incorporarse, una punzada de dolor le atraviesa justo entre los ojos, el cuerpo apenas le responde.

Kástor da otro paso hacia él. Enzo abre la boca para llamarlo, quizá para suplicarle si no se acuerda de él, si no le reconoce. Pero Kástor, en realidad, no está.

Levanta una mano al rojo vivo.

Entonces, cuando Enzo ya está reuniendo todas sus energías para protegerse, algo distrae a Kástor. Algo hace que se gire.

De los tres cuadríciclos que llegaron desde las afueras, dos están ardiendo. Al lado del tercero, el de carga, hay dos Caballeros del Águila que abren la puerta del vehículo de un tirón brusco, prácticamente la arrancan de cuajo.

Hay alguien dentro, una figura inconsciente de pelo largo y rubio.



A Brynn se le van a acabar las palabrotas originales.

Espontáneos. De repente ha aparecido una panda de espontáneos en medio de la batalla y les están, para decirlo claramente, jodiendo el plan.

Porque, además, ni siquiera son espontáneos capaces, y los Caballeros del Águila no tienen problemas en pegarles una paliza a ellos además de a los guardias del convoy.

—Van a matarlos —dice el detective Brynn, con una mano ya en la manecilla de la puerta del cuadríciclo.

Después de llegar a la ciudad, Elera aparcó el vehículo a una distancia prudencial, lo bastante lejos como para pasar desapercibidos para cualquiera que Vinculara Aura y lo bastante cerca como para ver qué ocurre. Y lo que ocurre es que las explosiones se hacen cada vez más intensas y que uno de los espontáneos acaba de salir despedido hacia atrás.

—De verdad. Que los matan —insiste.

—¿Y?

—Oh, venga ya, mujer. —Echa una nueva mirada hacia la batalla. Los guardias que mandaron con el convoy deberían estar a salvo, tenían instrucciones de defenderse y dejar actuar a los Caballeros, pero los espontáneos no parece que hayan captado el mensaje—. ¿En serio no le importa?

—Ni siquiera sabemos quiénes son. Solo que han aparecido aquí en medio y están impidiendo que los Caballeros abran el dichoso cuadríciclo, que vean que no es Rádick y vayan corriendo al escondrijo del Águila Blanca a contarle lo que ha ocurrido. Brynn, qué Rayos está haciendo.

Abrir la puerta del cuadríciclo, eso es lo que hace.

—¡Solo voy a acercarme un poco! —susurra haciendo caso omiso a los improperios que le está lanzando Elera.

El incendio se huele desde donde están, metal y caucho quemado.

El detective Brynn avanza poco a poco, con cautela, aprovechando la poca cobertura que le proporcionan las hierbas altas que hay en los descampados que les rodean.

—Puede quedarse en el cuadríciclo si quiere —masculla cuando, a su espalda, escucha los pasos de la agente Elera—. Ya le digo, solo quiero echar un vistazo.

—Tengo que asegurarme de que no hace ninguna tontería. No lo hago por usted, en realidad lo hago por mí.

—Eso de las tonterías muchos lo han intentado, pero nadie lo ha conseguido todavía, lo siento.

Elera le responde con un resoplido y es más que posible que Brynn, al escucharlo, sonría. Quién sabe, está todo muy oscuro. Avanza un poco más, prácticamente en cuclillas. Una nueva explosión resuena por toda la zona y, como consecuencia, un viento caliente, cargado de cenizas, recorre el descampado.

—Brynn —le dice entonces Elera.

Se ha quedado atrás pero de verdad que no la necesita. Solo quiere acercarse un poquito más. Quiere saber quiénes son esa panda de inconscientes que se han metido en la pelea.

Brynn avanza unos pocos metros. Por fin, entre el humo, comienza a distinguir más vívidamente formas y colores. Y resulta que son...

—Son niños. Mírelos. Son niños. ¡Llevan el uniforme del Liceo!

Ni siquiera pensaba hacerlo pero el detective se yergue para dar unos pasos más. A pesar del humo y del caos de la batalla logra distinguir la silueta de un chico de piel oscura, una chica de cabello castaño y largo. A todos ellos, les están pegando una paliza.

El aire está tan seco que recurrir a su Familia, Agua, sería una locura. Brynn respira hondo y, a cada paso que da, hunde los talones en el suelo. La Tierra comienza a responder agitándose bajo sus pasos.

Elera, entonces, se abalanza sobre él. Los dedos de ella se le clavan como agujas en el brazo y debe estar haciendo algo. Estará jugando con su mente porque de repente Brynn nota una presión extraña justo entre los ojos.

—¡Brynn!

Él, cansado, se rebate.

—Mire, a la mierda el plan. Si para seguirlo tenemos que dejar que estos mocosos acaben en algún rincón del Cementerio Sur, es que nos estamos equivocando, ¿me oye?

Pero Elera parece que no le oye. Tiene la mirada perdida en algún otro lugar, en un punto justo por detrás de él. Entre la maleza hay una silueta oscura medio oculta. Un cuadriciclo negro de aspecto lujoso. No sabe cómo se les había pasado por alto que estaba esto aquí.

Entonces escucha la voz suave, casi un susurro, dentro de su cabeza.



Es una voz de mujer aunque, en cierto modo, su cerebro no llega a registrarla como algo ajeno. En realidad, la sugerencia le parece más que idónea y no solo la mente de Brynn, sino todo su cuerpo obedecen al instante.

Aquí, quieto, porque realmente tiene que estarse muy quieto y con los ojos que comienzan a llorarle, ve cómo los Caballeros del Águila por fin asaltan el

cuadriciclo de carga y lo abren. Dentro hay un hombre inconsciente, el pelo rubio y largo tapándole la cara. Es su señuelo, Sterfen, que ha tenido la mala suerte de parecerse ligeramente a Álek Rádick. Es el momento que estaban esperando, la trampa. Haría algún gesto de triunfo con la mano, pero de veras es mejor que se quede quieto, que no se mueva.

La misma voz de antes le resuena como un grito en la cabeza.

«Ese no es Álek. ¡ESE NO ES ÁLEK!»

Le invade un dolor repentino entre las sienes, como si alguien se las sujetara y tratara de aplastarle el cráneo pero desde dentro. Y es mejor que no se mueva, mucho mejor así.



Esa es una muy buena pregunta.

—En Aguasquietas —musita Brynn—. A buen recaudo. No somos tan idiotas como para traer al verdadero Rádick aquí y dejar que el Águila Blanca se lo lleve sin más.

Querría girarse para ver por qué, de repente, la agente Elera ha soltado un gemido, pero no va a moverse ahora.

«Una trampa. ¿De veras creían que podrían hacerme caer en una trampa?»

—Yo, sinceramente, no las tenía todas conmigo, pero parece que está funcionando. Ahora, cuando esos malditos Caballeros se den cuenta de que ese no es Rádick, va a marcharse y nosotros podremos seguirles hasta su escondrijo. La verdad es que como plan a mí me parece un desastre.

«Tiene usted toda la razón, detective. Siento decir que no les ha funcionado.»



Es como si el aire se hubiera oscurecido, como si se hubiera acumulado una multitud de nubes de tormenta sobre sus cabezas que lograrán atenuar el resplandor del Fuego.

—Está haciendo algo —jadea Lórim.

No sabe cómo ha acabado así, con las manos apoyadas en el suelo y punzadas de dolor a cada respiración que da. Sabe que les están pegando una paliza. Sabe que él tenía media cabeza en la lucha, y la otra media tratando de

localizar a Zaaren porque sabían que estaba cerca, y tener a Zaaren cerca es el mayor peligro de todos, pero que no le ha salido bien ninguna de las dos cosas.

Pero ahora esa presencia se está agitando al mismo tiempo que la batalla, de repente, se aquieta. Los Caballeros del Águila, también los guardias que protegían el convoy, se han vuelto hacia el cuadríciclo de carga, el único que todavía no está ardiendo.

Las puertas están abiertas. Dos Caballeros sacan a alguien inconsciente de dentro.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué no nos atacan?

No sabe de dónde ha salido Kózel (ese golpe en la cabeza. Le duele como si le hubieran pegado una patada. Bien pensado, es posible que le hayan pegado una patada), pero de repente está a su lado. Tiene el brazo izquierdo como inerte y se lo sujeta contra el cuerpo con la mano derecha. Y la cara llena de hollín, el cabello despeinado. Aun así Kózel se le acerca e insiste:

—¿Qué están haciendo? ¿Estás bien?

—Es... —comienza él señalando hacia el cuadríciclo y a los Caballeros y a esa figura inconsciente que sacan—. Es Álek. ¿Qué hace aquí? ¿Estaba encerrado en Aguasquietas!

—Ese no es Álek —le replica Kózel enseguida.

Lórim parpadea, quizá Kózel también se ha golpeado contra algo. ¿Quién va a ser, si no? ¿Por qué habrían atacado el convoy los Caballeros si no fuera para rescatar al novio de Zaaren?

Zaaren, o por lo menos esa energía que emana de ella, vuelve a agitarse de rabia. Lórim parpadea, mira a su alrededor buscando el origen de todo. Estaba en ese cuadríciclo negro, seguro. Cerca, muy cerca. Definitivamente, más cerca que antes.

Abre la boca para hablar. Tienen que marcharse. Ahora. Con Kástor o sin él. Una idea desesperada le pasa por la cabeza. Lórim puede quedarse. Luchar. Eso es lo que quería, ¿verdad? Luchar de nuevo contra Zaaren y, quizá, si

podiera, vencer. Pero, entonces, los Caballeros que sujetaban a Álek lo dejan caer al suelo sin muchos miramientos. Y Kózel tenía razón. No es él. Que alguien se lo explique que no entiende nada.

—Pero entonces ¿qué...?

El Fuego vuelve a hacerse amo y señor del descampado. Fuego en las manos de los Caballeros, a su alrededor, tan intenso que el aire se vuelve irrespirable.

Lórim mira a su alrededor.

Los guardias están tendidos en el suelo. Denna junto a Nero, desafiantes. El suelo que rodea a Vann es un paisaje lunar, lleno de cráteres y de picos rocosos, mientras él sigue en pie, jadeando, media cara cubierta de sangre por culpa de una herida que tiene sobre la ceja. Y Enzo...

Lórim se levanta a pesar de que siente el cuerpo convertido en un alfiletero. Enzo camina cojeando visiblemente, trastabilla, se cae y vuelve a levantarse. Todo el esfuerzo reflejado en la expresión agónica de su cara porque Kástor se está alejando del centro del combate.

Se marcha en dirección al descampado que les rodea, tan oscuro en contraste con el área iluminada por los cuadríciclos en llamas. Una oscuridad, sin embargo, que no es del todo natural. La marca del títere que envuelve a Kástor fluctúa, se mueve hacia delante, hacia una figura que por fin puede distinguir a lo lejos. No una; tres. Una que es el centro de toda esta negrura, y dos más, dos títeres más...

Esto no es justo, piensa apretando los dientes mientras se lanza hacia delante. Kástor ya les está dando la espalda cuando Lórim choca contra él. No logra detenerlo. ¿Qué esperaba? Kástor se lo quita de encima con un gesto de desdén.

Ellos son los buenos. Se supone. Y los buenos siempre ganan. Pero ahora Kástor se le escapa de entre los dedos y un fogonazo de luz a su espalda indica que los Caballeros vuelven a atacar. Es injusto que Kástor se le escape cuando sería tan fácil. Todo a su alrededor sigue empañado por esa negrura vacía que

emana de él y, a pesar del agotamiento y de las heridas, Lórim siente la llamada de ese poder dentro de los huesos.

Tan fácil.

A su espalda escucha un alarido. Uno de los Caballeros cae justo a su lado. Lo tenía muy cerca y ni siquiera se había dado cuenta. El suelo tiembla. Enzo grita, una mano extendida hacia Kástor que sigue alejándose de ellos.



—Kástor, no — susurra. Le quema la garganta, apenas tiene ya voz—. Kástor, espera.

No funciona.

Kástor ya está bajo Dominio de Zaaren, su voz no le afecta.

Pero a él tampoco. Luchará con ella. Tiene que hacerlo.

Y entonces Kástor se detiene. Mira a su alrededor con ojos abiertos, asustados. Sus ojos.

Quizá tenga algo que ver con que Zaaren está ocupada con esos dos títeres que están junto a ella. Quizá porque simplemente el mandato de Dominio ya estaba debilitado, pero Lórim ve cómo la marca oscura que había sobre él se disipa.

Ahora sí. Ahora lo llama con esa voz tan llena, que no parece suya:



El dolor desaparece y el cansancio también. Lórim extiende una mano, cierra el puño con fuerza.

Un grito largo y agudo le desconcentra. Lórim se da la vuelta y de repente está furioso. ¿Quién se atreve a gritar de esa manera en su presencia? Entonces

ve a los Caballeros. Unos pocos caminan hacia sus amigos que, formando un círculo defensivo, espalda contra espalda, se preparan para lo peor. Otros avanzan hacia él.

Girándose de nuevo hacia ese montón de sombras en el que se ha ocultado Zaaren, Lórim sonríe.

De veras es fácil. Todo ese poder burbujeando bajo su piel le dice que puede acabar con esto porque Zaaren ha cometido un error. O, simplemente, eso que habían percibido Denna y él es cierto y su poder está distinto. Desquiciado. Débil. Si no hubiera algo que falla en ella, no le había mandado simples Caballeros. Tan fácil.

Chasqueando la lengua con fastidio, Lórim se dirige hacia los Caballeros.



Y cuando los seguidores de Zaaren se quedan quietos, Lórim concentra su atención en Kástor otra vez.

Toda una vida rebelándose contra lo que es, pero estaba equivocado. Puede hacer el bien con Dominio. Puede salvar a sus amigos, puede arrancar a Kástor de las garras de Zaaren. Es más fuerte que ella.

—¡Soy más fuerte que tú! —le grita a la oscuridad.

Sabe que sigue allí, por alguna parte, pero la marca de Zaaren y de los dos títeres que la acompañaban ahora se aleja. Se marcha. Él querría seguirla. Por qué no. Podría lanzar a sus propios Caballeros contra ella y todos lo llamarían justicia poética. Lórim ya levanta el puño y entonces se acuerda de algo. Eso es. Kástor. Habían venido por él.



Kástor, al instante, se desploma. Un problema menos. Enzo, muy cerca, niega con la cabeza mientras mira el cuerpo caído de Kástor. Lórim pasa por su lado. Qué importa eso ahora. Los Caballeros siguen en pie, dispuestos a recibir nuevas órdenes.

—Ahora...

Un chirrido, que le hiere las orejas al mismo tiempo que escucha el sonido de la grava desplazándose, le obliga a girarse. Está a tiempo de ver cómo una

silueta negra, un cuadríciclo de vidrios tintados se aleja a toda velocidad. Cobarde.

—¡Cobarde!

Huye. De él. Se echaría a reír pero se le acaba de ocurrir otra idea. Percibe algo en la periferia de sus pensamientos, una presión. Denna quiere hablarle. Está allí, junto a los demás, el flequillo largo le tapa parcialmente la cara, que es una máscara de seriedad; pero Lórim no quiere escucharla ahora. Puede que Zaaren ha huido, pero ellos tenían un plan. Todavía pueden seguirlo.

Se acerca a Tanet Nathrem, el espía de Zaaren en el Liceo. Va a sacarle toda la información posible, va a ser un héroe otra vez. Sabe que puede hacerlo mientras esa sensación de euforia, de poder sin límites, no le abandone.

—¡Es uno de ellos! ¡Es Dominio!

Lórim escucha las palabras de Vann aunque le pasan por encima sin calar realmente en él. Le mira, observa su expresión incrédula casi con curiosidad. No se acordaba, Vann no lo sabía.

Por eso, quizá, Vann se yergue, extiende un brazo. No es un gesto de ataque, se da cuenta Lórim. Es de protección. Un gesto con el que quiere escudar a Nero, que mira hacia arriba y mueve los dedos para calcular Azar. Para defender a Kózel, que está justo detrás de él, todavía sujetándose el brazo izquierdo contra el cuerpo. Kózel, que tiene una expresión que Lórim primero no logra descifrar pero al cabo de unos segundos identifica: decepción.

Pero Kózel debería entender. Lo ha hecho por ellos. Por ellos levanta una mano y la pone en la frente de Tanet.

—Tú lo sabes, ¿verdad? —le pregunta con un susurro—. Tú sabes qué planes tiene Zaaren y me los vas a contar. Vas a contarme todo lo que sepas.

Es tan fácil entrar en la mente de Tanet..., quizá porque se ha abierto tantas veces ante Zaaren que ya no se resiste. Lórim ve recuerdos del Liceo, de su familia, salpicados con una rabia de fondo, una rabia existencial contra todos y todo que Lórim siente extrañamente familiar. Y ve partes selladas de esa mente, como las vio en Kózel.

Todavía se pregunta por qué Kózel le está mirando así.

Pero puede liberar esos recuerdos, como ya hizo con ella. Solo necesita la ayuda de Denna. Denna. Lórim se vuelve, sigue donde está, pero ahora se ha apartado el flequillo y lo observa seria, muy seria.

—Ayúdame, Denna —dice.

Tanet tiembla, pero Lórim lo sujeta más fuerte.

—Tenemos que marcharnos —le responde ella de repente—. Lórim. Suéltalo.

—¡No! ¿Por qué? ¡Es nuestra oportunidad!

—¿No las oyes?

—¿Qué? ¿Qué tengo que oír?

—Las sirenas. La Guardia está llegando.

¿Qué sirenas? Lórim parpadea, sacude la cabeza. A regañadientes, repliega su consciencia hacia sí mismo otra vez, le pitan las orejas. Es como si acabara de salir de dentro del agua. El paisaje a su alrededor gana en corporeidad, los colores se vuelven más vivos. Todo es, todavía, de un rojo Fuego. Y ahora las escucha. Sirenas que se acercan.

—Denna, ayúdame. Quizá no tengamos otra oportunidad —jadea desesperado.

Busca esa euforia de antes y no la encuentra, se ha disipado tan rápido que le ha dejado una sensación de vértigo bajo las costillas, le vuelve a doler la cabeza. Pero Denna se acerca a pasos cortos y expresión concentrada. Eso es. Va a ayudarlo.

Denna, cuando llega a su lado, extiende una mano.

Lórim tarda un segundo en entender por qué Denna no pone la mano sobre la frente de Tanet, sino sobre la suya.

Solo siente un fogonazo entre los ojos, una supernova estallándole detrás de los párpados antes de desmayarse.

Domingo, 4 de octubre.

Prisión de Aguasquietas. 1.58 de la madrugada



Es un paisaje hermoso. Cascadas de puntos luminosos llenan el cielo nocturno y, a la vez, se reflejan en las aguas cristalinas del embalse.

Y sin embargo, Elera está gritando.

Hace horas que grita, desde que Zaaren apareciera en medio de ese descampado y les ordenara no moverse. Maldito Brynn, ha chillado hasta quedarse ronca, porque Elera no sabía que incluso dentro de su mente la voz le acabaría fallando de tanto gritar. Malditos sus muertos, sus remordimientos, ese estúpido sentimiento de responsabilidad que les ha puesto en esta situación.

Trata de hacer que sus pies le respondan, que dejen de caminar, pero no logra ni siquiera aminorar el ritmo: Zaaren, el Águila Blanca, el detective Brynn y ella siguen avanzando inexorablemente por el muro de la presa. Y ella está atrapada en su propio cuerpo. Es la bendición y, a la vez, el castigo más grande de los Aura, porque son conscientes de cuándo actúan bajo un mandato de Dominio y, sin embargo, no pueden hacer nada para evitarlo. Incluso tiene que luchar para recordarse que esos pasos que la acercan cada vez más a la entrada de Aguasquietas no quiere darlos, que no han venido a este lugar por voluntad propia. Si no se lo recuerda, de vez en cuando se le olvida.

—Me han costado caros, agente, detective —susurra el Águila Blanca. Tiene una voz como si alguien estuviera agitando una caja metálica con guijarros dentro. Apenas se le ve la cara, lleva la cabeza cubierta por una capucha de un blanco radiante, que bajo este cielo impoluto parece de plata. Elera se descubre bajando la cabeza en un gesto de vergüenza—. Ahora, es justo que ustedes dos vayan a ayudarme.

—Es un honor, Alteza —se apresura a decir el detective Brynn.

Convertido en títere, su forma de moverse ha cambiado, ha perdido esa cautela y esa hostilidad que forman parte de su naturaleza. Incluso el timbre de voz que usa se ha suavizado. Desde que han salido del cuadríciclo, Zaaren se apoya en Brynn para caminar y él parece fuera de sí de orgullo.

Él no se está dando cuenta de nada, por supuesto. Para Brynn, todo lo que hacen lo están haciendo por propia voluntad y con una sonrisa en la cara. Ya se encargará ella de contárselo todo después. Si hay un después, claro.

Unos pocos pasos más y llegan a la garita octogonal que hay justo en el centro del muro de la presa. La puerta está cerrada pero a través de un ventanuco protegido con barrotes Elera ve una lamparita titilante y la imagen holográfica de un orbe por el que se está emitiendo una vieja cinematografía de las que siempre veían sus abuelos. Al lado del orbe, echado para atrás en una silla y con la boca abierta, dormido, hay un vigilante.

Le conoce. Después de tantos meses visitando la cárcel conoce prácticamente a todo el mundo, incluido al pobre guarda, uno de los más jóvenes de la plantilla porque apenas hará un par de años que se graduó en el Liceo y que, por lo tanto, acostumbra a que le toquen los peores turnos.

Elera, o por lo menos el cuerpo de Elera, da un par de golpecitos a la reja de la ventana.

—¡Emperador bendito! —El chico despierta de un salto, mirando frenéticamente a su alrededor, hasta que se encuentra con la sonrisa que le dedica Elera solo para sus ojos todavía entrecerrados. Una de esas sonrisas que dicen que no pasa nada, que todos hemos echado una cabezadita en el

trabajo de vez en cuando, especialmente en el turno de noche, y que nadie tiene por qué saberlo—. Es usted, agente.

—Buenas noches. Sé que es tarde, pero...

Sin darle tiempo a pensar qué Rayos hace ella aquí a las dos de la madrugada, Elera le enseña su placa, la que tiene un ojo grabado. Y, mientras tanto, aunque nadie vaya a escucharla, Elera grita por dentro. Que no les deje pasar. Que no lo haga por lo que más quiera.

—Si me permite que lo diga, es un poco irregular... No... A esta hora la mayoría de los internos duermen. No sé si el protocolo permite visitantes externos.

—Es una emergencia. Sabe que no les molestaría si no lo fuera.

Por favor, pide Elera. Que no les deje pasar.

Pero el chico, por supuesto, se levanta. En cuestión de segundos el Escudo que protege toda su caseta se disipa y el chico abre la puerta de la garita. Entonces, parece darse cuenta de sus acompañantes, de Brynn y de la figura encapuchada que se apoya en él. No tiene tiempo ni de gritar cuando Elera le sujeta la muñeca y, desatando todo su Vínculo con Aura, hace que se desmaye.

Uno menos.

Aguasquietas por la noche es todavía más inquietante que durante el día. El sonido del agua cayendo por las compuertas de la presa es ahora omnipresente, aunque de vez en cuando se escuchan murmullos, algún gimoteo distante. Los internos dejan escapar todas sus pesadillas mientras duermen.

El siguiente vigilante tampoco supone un gran reto. En la entrada nadie ha dado la alarma y debe de ser como cualquier otra noche en la cárcel. Lo encuentran leyendo en su puesto de seguridad, ni siquiera levanta la cabeza cuando se acercan. En cuestión de segundos acaba tan inconsciente como su compañero de la garita.

—Ahora, ¿por dónde?

—Elera conoce el camino, Majestad —responde Brynn solícito.

—Habrá que pasar cinco controles más. —Elera da la orden a sus dientes

para que se muerdan la lengua antes de hablar. Ya no sabe ni por qué lo intenta. Otra vez, una sensación placentera le recorre el cuerpo, una satisfacción por ayudar al Águila Blanca que sabe falsa, pero que aun así la inunda.

—Bueno, para eso les he traído, ¿verdad? —sonríe el Águila Blanca mientras avanza por la siguiente pasarela.

Un tropiezo sería fatal. Un mal paso, un pequeño empujón. Qué lástima que el cuerpo de Elera siga sin ser suyo. Lo único que puede hacer es continuar su descenso por el laberinto de escaleras de hierro y plataformas que es la cárcel. Los vigilantes en cada nivel se desmayan de forma silenciosa, un solo toque, desprevenidos, y al segundo quedan inconscientes. Cada vez más, Elera nota cómo se va debilitando a causa de su poder de Aura forzado al límite. Nunca usa esa técnica que le permite apagar la consciencia de alguien como quien desactiva una luz. Es demasiado vistosa, demasiado delatora, pero la conoce. Todos los Aura la conocen. La vista se le va llenando de pequeñas explosiones luminosas y comienza a perder el control de sí misma. Le llegan ecos, pensamientos lúgubres que le provienen de las mentes de los reclusos sin ningún tipo de filtro y que intenta bloquear en vano.

Apenas logra neutralizar el último vigilante y mantenerse en pie. La cabeza le va a estallar.

Pero ahí está, delante de ellos, la celda de Álek Rádick.

El detective Brynn se inclina al borde de la plataforma de hierro, justo al lado del último vigilante al que Elera ha dejado inconsciente. Con un gruñido, Brynn comienza a concentrar el Agua en sus manos y luego procede a extenderla haciendo una pasarela de hielo, igual que ha visto hacer a los vigilantes esa misma tarde. Parece que hayan pasado días.

Brynn es el primero en cruzar la pasarela. Abre la puerta haciendo una profunda reverencia. Es Elera quien tiene que acompañar al Águila Blanca, tambaleándose, hacia el otro lado.

De repente, un alarido resuena en las paredes de la presa por encima del

ruido del agua. Elera tarda en reconocerlo, porque en todos estos meses apenas había escuchado la voz de Álek Rádick.

Álek está acurrucado en el suelo. Con pies y manos trata de arrastrarse hacia atrás pero no hace más que chocar de espaldas contra la esquina de su celda. Tiene una mirada de puro terror, de un odio que Elera identifica enseguida. Lo vio dentro de la cabeza del chico apenas unos días atrás y ahora lo ve derramándose de él mientras Zaaren la suelta, se arrodilla al lado del chico y lo abraza. Entonces, Rádick enmudece. Deja caer los brazos a los lados como si se hubiera sumido otra vez en ese silencio y esa apatía a la que estaba acostumbrada Elera. Sin embargo, en cuestión de segundos es como si despertara. Rodea al Águila Blanca con desesperación y ya no grita, sino que solloza de alivio.

Cuando sale de la celda de la mano de su consorte, el Águila Blanca sonrío. Se les acerca. Parece más joven que nunca, una adolescente satisfecha con una sonrisa cruel en los labios.

—Ya podemos marcharnos, muchas gracias por su ayuda —dice con voz cantarina—. Métense en la celda, por favor. —Brynn, al instante, inclina la cabeza con gesto obediente—. Y no hagan ruido. No queremos que cuando todos esos guardas despierten se den cuenta demasiado pronto de que Álek no está.



Dos inconscientes, cinco heridos, a pie. Las opciones son pocas y desesperadas y, además, Lórim pesa como un muerto. Kózel, resoplando, tropieza con una piedra del camino. El brazo que le han golpeado poco a poco ha ido recuperando la movilidad, pero cómo le duele.

Por lo menos hace rato que ya no escuchan las sirenas.

—Espera. ¿Lo llevo yo un rato?

Se gira. Aun en la penumbra que domina el parque puede ver que Denna ni siquiera le está preguntando, es una afirmación.

—Puedo seguir, no te preocupes.

—No, no puedes —la interrumpe Nero con el ceño fruncido—. Podemos nosotras. Descansa un poco.

Derrotada, Kózel se detiene y permite que Denna ocupe su lugar sujetando a Lórim por los hombros para arrastrarlo.

Qué ha hecho.

De veras. No se lo cree todavía o más bien no se lo quiere creer. ¿Dónde han quedado las promesas de Lórim? Ese convencimiento de que era más fuerte que sí mismo y que su instinto. Kózel trata de centrarse en que ha usado Dominio para salvarles, como les salvó el año anterior, pero luego la mente se le va inevitablemente a su expresión cuando sujetaba a Tanet... Era una expresión hambrienta. Desquiciada. Zaaren tenía la misma expresión la noche en que intentó matarles en el Liceo.

Kózel odia que la gente intente matarles, sinceramente.

El parque de los Escondidos era la opción más viable. La única opción, de hecho. Estaba cerca y es un parque agreste, donde abundan más los bosquecillos y la maleza que los setos recortados y los parterres de flores que dominan los parques del centro de la ciudad.

Todavía caminan unos minutos más. La vegetación se hace más frondosa a medida que se internan en el parque y por eso avanzan incluso más lentamente. Ahora que Kózel no carga con Lórim, se siente sin un propósito claro en esta triste comitiva. Denna y Nero resoplan bajo el peso de su amigo. Vuelve a parecer él mismo con ese cabello suave y siempre despeinado, y media sonrisa incluso inconsciente. Un poco más allá, Enzo y Vann llevan a Kástor.

Se da impulso para avanzar más rápido y acercarse a ellos pero no llega a hacerlo del todo porque, al verla, Vann aparta la mirada. Quizá no lo haya hecho por ella, sino por el esfuerzo de cargar con el cuerpo inconsciente de su

amigo, no lo sabe.

Pero cuando han huido del descampado Vann ha ido directamente a ayudar a Enzo. Como si no estuvieran allí. Como si después de su reacción inicial al descubrir la verdadera identidad de Lórim se hubiera olvidado completamente de su existencia.

De repente, Vann y Enzo se detienen. Un gemido ronco hace que todos vuelvan la cabeza hacia ellos. Kástor. Se está despertando después de que Lórim le ordenara dormir.

Cuando Vann y Enzo lo dejan con cuidado en el suelo Kózel se descubre reteniendo la respiración. Denna y Nero han dejado a Lórim tumbado sobre un montón de hojas secas, tan expectantes como ella.

Lórim sigue inconsciente. Lo mira, mira a Kástor que cabecea, se le escapa otro gemido gutural, confuso, se lleva las manos a las sienes. Un pensamiento culpable y aterrador a la vez se le cuele dentro de la cabeza. ¿Y si el Kástor que está despertando sigue siendo el comandante de los Caballeros del Águila? ¿Y si les ataca? ¿Podrían con él sin la ayuda de Lórim?

Pero Kástor no ataca. No hay destello del Fuego ni humo. Hay un miedo y una confusión horribles en su mirada cuando parpadea y mira a su alrededor pero, entonces, Kástor repara en Enzo, que está a su lado, que es el único que no se ha apartado mientras despertaba.

Un segundo después, se funden en un abrazo silencioso, fuerte, más que un abrazo: la unión de dos cosas que no tendrían que haberse separado jamás. Kózel aparta la mirada. No se siente con derecho a presenciar ese momento tan íntimo, ni a escuchar las palabras que de repente Enzo comienza a susurrar, un torrente de puro alivio.

Lórim sigue inconsciente. No sabe en qué momento se ha girado de lado, acurrucándose en las hojas amarillentas que le sirven de lecho. Nero y Denna se han sentado y hablan en voz baja. Es una buena idea, ella también está agotada, se aleja un poco buscando un rincón tranquilo; una vez ha pasado todo, se le está cayendo el cansancio encima de golpe. Se le cierran los ojos.

Quizá sea por eso por lo que no ve que Vann esté tan cerca. Justo a su lado, sombrío, serio.

—Lórim es quien creo que es, ¿verdad? No me he confundido, no son imaginaciones mías.

De todas las conversaciones que Kózel no querría tener en este momento, la que está empezando Vann es la primera de la lista. Pero ¿qué va a hacer? ¿No responderle? O, peor: ¿mentirle otra vez?

—Se escapó. Vivía con su padre, prácticamente era un prisionero y se escapó para no ser como él.

Qué irónico le parece, ahora que ha pronunciado esas palabras en voz alta. Pero no, es un pensamiento de vida efímera. Kózel lo rechaza sacudiendo la cabeza porque Lórim no es como su padre, ni como Zaaren. Es Lórim. Nada más.

Vann, entonces, se inclina, se cubre las sienes con las manos como si toda esa información le pesara por dentro. Kózel reprime un paso hacia él y, en vez de eso, se abraza a sí misma. Se siente partida por dentro, como si dos placas tectónicas se estuvieran separando a lo largo de su columna vertebral.

—¿Pensabas contármelo? No ahora. Algún día.

—No era mi secreto. No era mi secreto para contártelo.

—Tampoco me contaste el tuyo.

No. Tampoco quiere hablar de eso. Y no lo hace. En el bosquecillo en el que se han refugiado se escucha otro gemido, el tipo de sonido que haría alguien, alguien como su amigo idiota, recuperando la consciencia.

Va hacia él consciente de que ha tomado la salida más cobarde, pero ahora mismo todo se le está haciendo demasiado grande, no tiene ni idea de cómo gestionarlo y la única cosa clara es que debe estar al lado de su amigo.

—Hérshel —masculla mientras le tiende una mano. Nero y Denna también se han puesto en pie pero la dejan hacer—. Estamos en el parque. Estamos todos a salvo.

—*Hoku*, ¿qué ha...?

Aquí, delante de ella, la mirada de Lórim cambia. Los ojos se le abren desorbitados y la boca se le tuerce. Lórim baja la mano que iba a coger la suya y vuelve la cabeza en dirección a Kástor y Enzo.

Siguen abrazados. Una unidad formada por dos personas. Acurrucados el uno en el otro, Enzo levanta la cabeza.

—Gracias. Gracias, gracias, gracias.



Ve perplejidad en la mirada de los sirvientes que guardan la puerta de la casa. Cuchichean mientras se acerca.

Se apartan para dejarles pasar. A ella, a su consorte, a los Caballeros que la acompañan. Han regresado a su lado. Han escapado de las garras del Usurpador, de la guardia que se acercaba y están ahí, tan fieles como siempre, su guardia de honor.

Ellos tan fuertes y ella... ella tan débil. Ha tenido que huir del Usurpador. No. No ha sido así. Se ha marchado por voluntad propia, porque tenía por fin un modo de rescatar a Álek. Se aferra a él mientras suben las escalinatas que hay en el vestíbulo de la mansión. Eso es lo que ha ocurrido.

Les encuentra en la misma sala donde se han reunido tantas veces. Ve miedo, un miedo que se desborda, que paraliza las extremidades, en la mirada de los amos de la casa, y también en la de los demás. No están solos. Están Archen y su esposa, los Kassatt, los Bazille, los Tarber, los ricos y poderosos. Archen los habrá llamado. Una reunión de urgencia al darse cuenta de que ella, por fin, por fin, había decidido reclamar lo que es suyo.

—Alteza... —Archen es el primero que se atreve a dirigirle la palabra. El miedo sigue ahí. Zaaren sabe reconocerlo bien, pero Archen es lo suficientemente bueno fingiendo como para que quede relegado a los ojos, a un

leve temblor en la comisura del labio—. No tendríais que haber salido. En vuestro estado, ya nos temíamos que...

—El Águila Blanca va donde le place. No lo olvidéis.

Por fin parecen percatarse de quién la acompaña. Ven a los Caballeros y ven a su consorte. Comprenden. Saben que ha ignorado sus consejos envenenados. Que ha abierto los ojos.

Pero son listos porque intuyen lo que deben hacer para ganarse su compasión: se arrodillan. Lo hacen rápido y con miradas bajas.

—Alteza —musita la dama de los Bazille—. Nuestras palabras son solo fruto de la preocupación, Alte...

—Mentís. Mentís, siempre mentís. Podría ordenaros que os arrancarais los dientes uno por uno, que os cortarais la lengua y, aun así, no saldrían más que mentiras de vuestras bocas. —A cada palabra que pronuncia, el Águila Blanca nota la furia subiéndole por la garganta—. Olisqueáis el poder y queréis usarlo para vuestro propio beneficio. Veis la luz y queréis crecer a su lumbre, pero en cuanto dejarais de necesitarla, la abandonaríais.

Abandonada, como la abandonaron a su suerte cuando era niña. Sola y asustada en el palacio en llamas. Solo Álek la quiere. Solo sus Caballeros le son fieles. Solo sus seguidores la ven como lo que verdaderamente es: una reina por derecho propio.

—Jamás —musita Archen, siempre el primero, siempre el más listo. Lástima que el hijo no se pareciera a su padre—. Nuestra lealtad al Águila Blanca, a la Familia Indrasil es y ha sido firme. Eterna.

Se lleva la mano al pecho, golpeándose en un gesto contrito. Los juramentos de lealtad entonces se multiplican, parecen insectos que van a morir contra la techumbre abovedada de la mansión.

—El Águila Blanca es Luz entre las sombras, orden en el caos. —Archen sabe lo que hace. Usa una antigua fórmula que se usaba para referirse a los Emperadores y eso, muy a su pesar, la halaga—. Somos sus fieles sirvientes. Con nuestros humildes consejos solo pretendíamos ser de ayuda al Águila

Blanca. Como pretendemos serlo cuando por fin ganemos las elecciones y entonces...

Elecciones. Poder. Otra vez su ambición les traiciona. Pretenden ganar unas elecciones usándola a ella, usando su figura y, entonces, ¿qué? No va a ser una marioneta. No va a ser una excusa ni un símbolo. Ella, lo han dicho bien, es Luz.

— Segunda Parte —



Martes, 6 de octubre.

Piso diminuto en Valbazar, Blyd.
5.38 de la tarde



Vann Strainir dice:
¿Cómo está?

Enzo lleva mirando el mensaje más de media hora. Es el último de los muchos que tiene. A lo largo del día su diario no ha parado de tintinear, páginas y más páginas se han ido llenando de preguntas y de frases bienintencionadas que él no ha tenido fuerzas de responder. Tiene la estilográfica en la mano y todo, pero lo único que ha conseguido ha sido apoyar la plumilla un segundo sobre el papel, dejar una mancha negruzca y apartarla otra vez.

Kástor está sentado a la ventana del salón. Parece que le guste el sol. El día ha amanecido nublado pero cuando las nubes se han despejado y la luz ha entrado en el saloncito le ha visto entrecerrar los ojos. Enzo vuelve la mirada a su diario.

Que cómo está, le pregunta Vann.

Hay cosas buenas. Enzo se aferra a ellas con todo: cuerpo, alma, uñas,

dientes. Cosas buenas como que Kástor ya no está en manos de Zaaren y que está vivo y respira. No parece mucho, pero es más de lo que tenía apenas tres días atrás.

Piensa en eso y así puede seguir adelante.

Aunque Kástor no hable. Siempre había sido de hablar poco. Nunca le había costado interpretar los silencios de Kástor o incluso rellenarlos con sus propias palabras pero, desde que lo rescataron, desde que lo arrastraron aquí, al piso de su tío, el que usaron Hokulea y sus compañeros durante el verano, no ha emitido un solo sonido. Tampoco ha comido nada por iniciativa propia, ni ha dormido. La noche anterior tuvo que conducirlo hasta la cama, empujarle hasta que estuvo tumbado.

Kástor se quedó ahí, quieto, con los ojos abiertos. Entonces Enzo entendió qué debía hacer y le ordenó con una voz que no parecía suya, dura y seca, que durmiera. Nunca se había sentido peor en su vida pero, al menos, Kástor pudo descansar.

Apoya la punta de la pluma al lado de donde antes había dejado solo una mancha. Dirige otra mirada hacia Kástor, que no se ha movido.

Enzo Baaer dice:

Igual.

Una sola palabra ya le cuesta un esfuerzo agotador.

Igual, se dice. Es otra de las cosas a las que se aferra aunque le duela. «Igual» es bueno porque la respuesta a las preguntas de sus compañeros habría podido ser: «peor», por ejemplo.

Se levanta. Al tiempo que lo deja sobre la mesilla auxiliar frente al sofá, su diario tiembla. Lo más seguro es que sea Vann respondiéndole, pero ya contestará luego.

—Oye, Kástor. —Kástor a veces se vuelve hacia él cuando lo llama. Ahora no lo hace. Forzando una sonrisa en los labios, como quien se arranca una

espina clavada en la carne, Enzo se le acerca—. Voy a preparar algo para merendar. ¿Te parece? Ya sé que mi cocina no es lo mejor que hayas probado en tu vida, pero tendrá que valer.

Kástor tampoco se mueve ahora, cuando Enzo se coloca a su lado. Está a punto de ponerle las manos en los hombros, algún gesto de cariño, pero no lo hace. No porque no quiera, sino porque aparte de ese abrazo que le dio Kástor cuando recuperó la consciencia tras rescatarlo, no ha dado señales de querer más contacto físico y no quiere imponérselo.

—Piensa que solo será una temporada, hasta que te pongas bien. Luego ya...
¿Y si no hay un «luego»?

Enzo no quiere pensarlo. Empuja esa idea de su mente con fuerza. Con violencia incluso, cerrando los ojos y respirando profundamente.

Kástor ya no está en manos de Zaaren, está vivo, respira, se repite.



—Aguasquietas.

—No creo que vaya a ser en Aguasquietas.

Algo de lo que acaban de decir, seguramente la mención a la cárcel, hace que una miríada de sonidos ahogados se extienda por todo el pasillo.

—Sería muy poético acabar allí —dice Brynn ignorándolos.

—Sería ilógico —le corta la agente Elera, o quizá Elera a secas porque, visto donde están, duda que pueda seguir llamándola así. Quizá debería preguntarle su apellido si acaso. Llamarla Elera se le hace rarísimo pero, aun compartiendo tantas horas y ratos muertos, no parece encontrar el momento para preguntar—. Aguasquietas es una cárcel de máxima seguridad, y no somos tan importantes.

—Pero ¿realmente cree que vamos a ir a la cárcel? —pregunta Brynn. Ni

siquiera es la primera vez que lo hace, pero ya se le están acabando los temas de conversación con Elera.

Brynn resopla mientras se acomoda mejor en el camastro.

—Supongo.

Aunque, por lo poco que les han dicho, quién sabe. Nadie se ha dignado a contarles de qué se les acusa exactamente. Todo su periplo, desde que les encontraron en Aguasquietas encerrados en la celda de Álek Rádick, pasando por un trayecto infernal en la trasera de un cuadriciclo de transporte por una carretera llena de baches, de los cuales Brynn todavía conserva unos cuantos recuerdos en forma de moratones, hasta sus días bajo el amoroso cuidado de los BIE, todo es una aberración judicial.

Por no hablar de que, de momento, no les han dejado contactar con nadie del exterior. Sea como sea, sus captores se están pasando sus derechos por allá donde no brilla el sol.

—Bueno, yo nos metería en la cárcel si al final nos acusan de haber liberado a Rádick. Es pura cuestión de imagen. Para qué dejarnos libres si nos pueden cargar el muerto.

Brynn, porque no puede hacer nada más, se ríe entre dientes. Ladea la cabeza en dirección a Elera. Ambos están sentados cada uno en su respectivo camastro, separados por una pared de barrotes. Conversan mucho así, cada uno en su celda, vestidos los dos con la misma ropa con la que les apresaron.

A punto está de hablar cuando un BIE de uniforme pasa haciendo ronda, así que sustituye lo que iba a decir por una expresión de beatífica inocencia hasta que los pasos del Brigada se pierden al fondo del pasillo.

—Pero podríamos escaparnos, ¿verdad? —pregunta echando la cabeza hacia atrás—. Estoy convencido de que al menos usted podría. Es una mujer de recursos. Y entonces —agrega—, vendría a rescatarme a mí.

—Sería usted un lastre si tuviera que huir.

—Puedo llevarle las maletas.

—No tengo maletas que usted pueda llevarme, lo siento.

Otro silencio. El mismo BIE de antes, un guardia joven y fornido, vuelve a pasar.

—Pero no me dejaría aquí —añade Brynn con un bostezo. Las horas, aquí dentro, parecen multiplicarse—. A los compañeros no se les deja atrás.

—Usted no es mi compañero, Brynn.

—Cait fue mi compañero. —Antes le daba rabia pensar en él y en su muerte, ahora le entristece.

—Cait era demasiado joven.

—¿Para qué?

—Para recordar. Lo que hizo la gente como usted.

—Yo no lo hice. —No sabe nada de Elera ni de su pasado, salvo lo que le gritó aquella vez: que la noche del incendio del palacio la pasó escondida con su hermana mientras arrastraban a los Aura fuera de sus casas para llevárselos.

—Pero tampoco hizo nada por evitarlo. No voy a cargarle más muertos en la consciencia. Pero que tengamos objetivos comunes no nos convierte en compañeros. Y ahora cállese un momento —añade ella en voz muy baja—. Que estaba escuchando al BIE que acaba de pasar.

Brynn ladea la cabeza y luego se maldice porque, por supuesto que no escucha nada fuera de lo normal. Él ha entendido «escuchar» y Elera está refiriéndose a «Escuchar». Nunca se acostumbrará a tener a un Aura cerca, la verdad.

Cuesta distinguir cuando Elera usa Aura. Apenas la delata un parpadeo fuera de lugar, o que toda ella parece abstraída.

—Le caemos bien —susurra Elera de repente. Como ella misma frunce el ceño de extrañeza ante sus propias palabras, Brynn se ahorra hacerlo—. No sé por qué.

—No somos tan simpáticos.

—No. —Elera se inclina hacia delante, pero un segundo después meneaba la cabeza—. Quiero decir que le gusta lo que hemos hecho. Les gusta que

hayamos liberado a Rádick. Quizá simpatía no es la palabra adecuada. Respeto, quizá. Sí.

—¿Y? —pregunta Brynn pero, en realidad, medio segundo después ya se da la respuesta a sí mismo y, de regalo, palidece—: ¿Quiere decir que piensa que hemos liberado a Rádick voluntariamente? ¿Y eso le parece bien? —Brynn de repente hace una pausa—. Pues claro que le parece bien.

Por lo menos, a muchos de ellos. Hay dos diferencias básicas y fundamentales entre la Guardia de la Ciudad y las Brigadas de Intervención Especial. La primera, el alcance de su jurisdicción. La Guardia de Blyd solo puede actuar en la ciudad y en crímenes cometidos en ella. La segunda, su origen; ellos provienen de la antigua Guardia Cívica de tiempos de la monarquía. Muchos eran de origen humilde, y fue la Guardia la que se unió a los rebeldes. Las BIE provenían del ejército. Hubo purgas, claro. Purgas cruentas, políticas, algunas justas y otras no. Pero la República era joven y también se necesitaba a cualquiera que pudiera ayudar a levantarla. Quizá, visto lo que ha Leído Elera en ese chaval, no purgaron lo suficiente.

Recuerda una conversación tensa que tuvo con el capitán Morgensett hará justo un año, cuando Nymar Lexett murió a manos precisamente de un teniente de los Brigadas. Brynn le preguntó por qué a nadie parecía preocuparle que fuera precisamente uno de sus miembros quien asesinó al chaval usando una técnica propia de los Caballeros del Águila. El caso que le hicieron.

—¿Y qué cree que podemos hacer en función de esta... información?

—De momento no sabría decírselo. Ahora creo que lo más importante es mantenernos de una pieza.

A Brynn le duele el estómago. Quién le iba a decir que ahora caería bien a los Brigadas porque piensan que es uno de ellos.



Los rumores son, con diferencia, lo que mejor funciona en el Liceo de la Guardia de Blyd. Así como a veces las duchas se estropean o hay que darle un par de golpecitos amables al orbe si la imagen se queda congelada, los rumores se expanden, se retuercen y se reproducen a una velocidad admirable. Y en la biblioteca, donde se supone que todo el mundo está callado trabajando, Kózel acaba escuchándolos todos.

—Están hablando de Enzo —susurra apoyada en el mostrador.

—¿Quiénes? ¿Ellos?

Le ha dicho que podía usar una de las mesas de la sala de lectura, que estaría más cómodo, pero Vann ha hecho oídos sordos a sus consejos. Lleva una hora apoyado en el mostrador de devoluciones leyendo un libro sobre derecho penal, pero ahora levanta la mirada hacia ella y Kózel, en respuesta, señala con el mentón a una mesa cercana. Allí hay dos estudiantes de primero que, mientras charlan, hacen una pausa poco disimulada para mirar el uniforme de Vann y su chaleco negro de Élite.

—Creo que sí. Sé que estamos en la biblioteca pero, de veras, ya podrían hablar un poco más alto.

Vann se inclina de nuevo hacia su libro y, entonces, Kózel decide que es el momento idóneo para ir a colocar unos cuantos libros justo en la estantería que queda detrás de los novatos. Así puede escuchar lo que dicen: que Enzo Baaer, ese de Escudo de último curso, ha sido el siguiente en marcharse. No por ideología ni por miedo.

—Sí. Dicen que Enzo no ha regresado porque no ha podido aguantar la presión del programa de Élite.

—Bien —murmura Vann con voz tranquila.

Está bien porque, en realidad, el rumor lo empezaron ellos mismos hace un par de días. Enzo no va a volver. Después de rescatar a Kástor, todavía en el parque, agotados y heridos, tuvieron que decidir cuál iba a ser el siguiente paso y, ante el miedo de que Zaaren quisiera recuperar a su comandante, decidieron que lo mejor era que se escondieran. El piso del tío de Enzo seguía

vacío desde que lo dejaron a principios de curso. Y en el Liceo, un rumor sobre Enzo abandonando les ayuda a que la gente no haga muchas preguntas.

—¿Has hablado con él? —pregunta Kózel al cabo de unos minutos. Vann ha seguido leyendo con la misma expresión concentrada. Plácida. Y esa placidez, aunque parezca mentira, hace que a Kózel se le llene el cuerpo de angustia.

—Un poco. Kástor sigue igual. —Vann sacude la cabeza sin levantar la vista de su libro. Un mechón del flequillo, ese que siempre se peina cuidadosamente hacia delante, se sale de su sitio y Kózel reprime unas ganas inmensas de colocárselo bien.

—Solo han pasado un par de días.

Aunque, en realidad, parece que sean más. Antepasados, parecen meses por lo largos que se le están haciendo a Kózel.

—Sí, bueno, pero... —musita él.

—Vann.

No quería que su voz sonara así, con fastidio. Pero ya es tarde y Vann decide que es un buen momento para cerrar el libro y prestarle atención.

Kózel tiene que recordarse que en la biblioteca no se puede gritar. Que no es que vaya a hacerlo, simplemente la ayudaría a descargar de algún modo el malestar que se le ha ido acumulando dentro desde la noche en que rescataron a Kástor.

—Nada. No importa. Ya casi es hora de cerrar.

Lórim las evita después de lo que ocurrió y se le nota el remordimiento en la cara cada vez que ella o Nero quieren hablar. Y Vann... Vann no ha vuelto a sacar el tema. Nada, ni una palabra. Ni aquella misma noche, cuando regresaron al Liceo sumidos en un silencio con peso propio, ni al día siguiente, ni hoy. No es que esa conversación sobre Lórim, sobre quién es en realidad y sobre por qué ella le ha ayudado a ocultar su identidad le apetezca, pero Vann también está callado, distante con ella como si, para no iniciar una discusión, prefiriera directamente hacer como que el tema no existe. Y Vann no es de callarse nada. Si fuera cuestión de defender una causa habría sido el

primero en alzar la voz; pero ahora ladea la cabeza, recoge el libro que estaba leyendo y se lo pone bajo el brazo.

—¿Ya?

Kózel no tiene ánimos, mientras cierra la biblioteca y echa con palabras menos amables de lo que le gustaría a los pobres que todavía quedaban dentro, de tratar de hablar con Vann. No se siente con fuerzas para gestionar todo lo que está ocurriendo. Salen a los jardines caminando el uno muy cerca del otro. Este año el otoño llega con retraso y el sol todavía calienta más de lo que debería. Vann lleva el libro de derecho bajo el brazo y la chaqueta del uniforme bajo el otro pero, en el tiempo que han tardado de llegar de la biblioteca a las residencias, ya los ha intercambiado de sitio tres veces.

—¿Tú confías en él?

Por fin. Kózel se detiene y, aunque el peso en el pecho sigue ahí, por lo menos ahora puede que tenga una salida, aunque le vaya a doler. No sabe qué ha impulsado a Vann a hablar precisamente ahora hasta que se fija en que, saliendo de la residencia, están Lórim y Nero.

—Es mi amigo.

—No es un motivo muy razonable.

—Lo sé. —Incluso ella se ha sorprendido. Pensaba que si se planteara esa pregunta tendría alguna clase de lista mental, una enumeración de razones lógicas que le dijeran que Lórim es Lórim, su amigo, no Ascot Indrasil disfrazado, pero se ve que no.

Lórim, a lo lejos, también les ha visto. Se ha detenido. Nero les saluda con la mano.

—Yo confío en ti —dice Vann, y Kózel cierra los ojos lentamente, respira hondo. No quiere pensar en que, ahora, la confianza de Vann en Lórim dependa de la que tiene en ella. No necesita esta responsabilidad—. Oye —añade Vann entonces. Le ha salido esa voz ronca, esa que le sale cuando tiene que empujar las palabras fuera de la garganta.

—Dime.

Ahora Vann vuelve a cambiar por cuarta vez, pasa el libro bajo el brazo derecho, y la chaqueta al izquierdo.

—¿Quieres que vayamos fuera? Estar aquí no... Creo que me iría bien dar una vuelta. No dejo de pensar en Lórim y en lo que hizo. Porque sé que gracias a él Kástor está a salvo y, a la vez, no me lo quito de la cabeza. No puedo. Y entiendo también que no me lo dijeras. Pero una cosa es entenderlo y la otra es hacer como que no me importa. Y no quiero, no quiero —repite, dando más fuerza a sus palabras la segunda vez— estar así.

No tiene ni que pensarlo. Se le escapa una mirada hacia Lórim y Nero, que siguen frente a las residencias, pero regresa rápidamente a Vann. Y se le acerca, solo un paso, pero parecen muchos más.

—Vamos.



Hay algo nuevo en el aire. Lo presiente.

No es solo el clima, que está cambiando a medida que el otoño le gana espacio al verano. Los días todavía son cálidos pero por las noches la ciudad se enfría. Una humedad pegajosa se derrama desde el río en forma de neblina. Hay también una especie de tensión que ella también siente dentro.

—¿Ya es la hora? —Se pone en pie. El cuerpo todavía le duele pero siente nuevas fuerzas dentro.

Zaaren está acostumbrada a que, cuando ella se mueve, los engranajes de todo lo que la rodea también lo hagan. Los dos Caballeros que custodian la puerta de la sala abren las grandes batientes para que salga, le traen su abrigo y otros ya la esperan para acompañarla pero, esta vez, frunce el ceño.

Le falta su comandante. Kástor. Sí, cumplió su cometido y, sí, hay otros. Siempre hay otros porque sus seguidores cada vez son más. Por lo menos, el

día que perdió a Kástor, recuperó algo todavía máspreciado, pero que ahora también parece que se le escapa de entre las manos.

—Álek, cariño —dice—. Nos marchamos.

—¿Adónde?

Zaaren contiene el aliento. Posa suavemente la mirada en la cara de Álek, ya tan limpia, en su cabello reluciente después de los aceites con los que lo han tratado. En esos ojos azules que la miran.

Aunque no como antes. No como antes. Álek nunca le había hecho preguntas como aquella. Pero es que han estado demasiado tiempo separados, desconoce muchas de las cosas que han sucedido. Pronto comprenderá. Por eso se acerca y le tiende el brazo para que, ambos, salgan a la vez del salón.

—Tenemos una cita, querido. Nos están esperando.

Zaaren debería estar contenta pero no lo está. No. Porque Álek no ha llenado ese hueco que siente dentro. Ha llenado un hueco. Ha llenado la mitad de sí misma que con él se había perdido, pero ahora hay otro vacío que nada parece llenar, mucho menos las palabras.

—Alteza.

Archen siempre es el primero en dirigirle la palabra. Quizá los otros, que esperan un paso por detrás de él, no se atreven.

—Estamos listos —anuncia ella avanzando por el caminito flanqueado de setos cortados en formas geométricas que hay en la entrada de su residencia.

Ahora solo apoya una mano, no solo todo su peso, en el brazo de Álek. Siente fuerzas nuevas dentro. Así avanzan, el uno junto al otro, hasta llegar al lado de Archen y de los demás. No pueden disimular una mirada hacia su consorte.

Sabe que a sus aliados no les gustó lo que hizo. Vio sus caras de terror en cuanto regresó con Álek de la mano, fue ese el momento en que se dieron cuenta de que no podían controlarla. Y, así, ahora los mismos honores que le hacen a ella se los hacen a él. Como si siempre hubieran estado de su lado, como si nunca le hubieran abandonado ni hubieran querido convencerla de que

rescatarlo no era una prioridad, hablan y hacen planes.

Siempre están haciendo planes. Como arañas que tejen su tela, pacientes. Ella querría rasgar la tela de un manotazo y pisotearla.

—Entonces tenemos que ponernos en marcha, majestad —susurra Bazille, un hombre flaco hasta el nivel de parecer enfermizo, de manos grandes y dedos largos que suele colocar delante de él, con las yemas tocándose. Su familia controlaba, y controla, las grandes bancas del país, quién sabe cuántas coronas han salido de sus bolsillos para mantenerla a ella y a su causa—. Hemos preparado... —hace una pausa, intercambia una mirada con los demás que comienzan a cuchichear y al final otro de ellos, Tarber, saca un pliegue de papeles del bolsillo de su abrigo de lana gris y se lo tiende bajando la cabeza. Tarber hace días que no la mira a los ojos.

—Nos hemos permitido redactar...

—El discurso, sí, sí. —Prácticamente arranca los papeles de las manos temblorosas de Tarber mientras pasa por su lado.

Hay varios cuadríciclos aparcados cerca, esperándoles a todos. El Águila Blanca y su consorte se dirigen al que había pertenecido a Reggar Archen. Con un gesto rápido, manda acercarse a dos de sus Caballeros también. No va a ir desprotegida. Ni Archen ni ningún otro dicen nada al respecto.

Los últimos días han sido de una actividad demencial. Se han reunido cada día, ha tenido que escuchar conversaciones interminables, tediosas, discusiones, y todo por las elecciones. Las malditas elecciones que tanto esperaban sus aliados ya están a la vuelta de la esquina y le dijeron, con esas mismas palabras, que era el momento de interpretar su papel. Como si fuera una actriz, una cara intercambiable con cualquier otra. Accedió por cautela y porque todavía le fallan las fuerzas, pero entra en el cuadríciclo con ese discurso que han escrito para ella arrugado entre las manos.

Media hora más tarde, el cuadríciclo negro, seguido de unos cuantos más igual de lujosos, se ha detenido frente a un edificio grande en las afueras. Una

especie de nave rodeada de edificios más pequeños. En la cúspide del tejado, una antena gigantesca decorada con el logotipo de la orbevisión pública de Nylert se encarga de transmitir por todo el país las imágenes y sonidos que aquí se registran.

No hay más que una vigilante de seguridad en la puerta. Al verles, se ha puesto en pie, alerta. Entonces el Águila Blanca ha sentido cómo su turbación se convertía en regocijo. Les ha dejado pasar con una reverencia.

El discurso sigue arrugado en la mano que le queda libre. La otra sujeta a Álek. Lo ha leído varias veces durante el trayecto. Le han escrito palabras que parecen para ella, para su gloria, pero que en realidad no lo son. Pretenden que se muestre a su pueblo y que pida, ¡que pida!, el voto para ellos. Para su Partido Tradicionalista. Que apele a la historia, a la tradición, a un mundo que no debió haber acabado veinte años atrás.

—Ya nos están esperando, Alteza —susurra Archen, que camina a su lado—. Es por aquí.

El plató desde el que cada día se emite el orbediario para todo el país es mucho más pequeño de lo que parece. Solo tiene un panel pintado de colores sobrios al fondo, una mesa de cristal y un enjambre de filmadoras a un lado. Está todo preparado. Operarios, redactores, una periodista que se encarga de presentar el noticiario se inclinan ante ella y le ofrecen una silla. Ella se la queda mirando.

—Quiero a mi consorte a mi lado —murmura.

No esperaba un suspiro exasperado que no llega a ver de quién proviene. Los dos Caballeros del Águila que la han acompañado se colocan uno a cada esquina del pequeño plató.

—Lo hemos discutido antes, Alteza —Como siempre, Archen es el único lo bastante valiente como para contradecirla. Los periodistas, el personal de la orbevisión pública, los Aura que la han acompañado hasta aquí, en cambio, parecen mucho más nerviosos—. No sería apropiado, ni inteligente. El Águila Blanca es un símbolo, y tiene que mostrarse como tal. Nos costó mucho

esfuerzo evitar que se extendieran los rumores sobre el... rescate del consorte real, pero Su Alteza tiene que dar una imagen de legalidad. De legitimidad.

El Águila Blanca dibuja una sonrisa dulce en sus labios.

—Claro —musita. Su sonrisa se mantiene intacta cuando se gira hacia su consorte—. Álek, cariño. Ponte a mi lado. Vamos.

En algo tenían razón Archen y el resto de sus aliados. Tenía que pensar a gran escala. Entrar en la Plaza del Parlamento a sangre y Fuego fue un golpe de efecto, pero no necesitaba una ola, necesitaba un río desbordado. Elecciones. Hace días que no le hablan de nada más, pero los suyos no esperan elecciones. Los suyos, los de verdad, los fieles, la esperan a ella y a nadie más.

El Águila Blanca cierra el puño. Las mentes de la gente que la rodea se llenan de oscuridad.



Quizá sí que lo necesitaban. No solo Vann. Ella también, ahora se da cuenta, se estaba ahogando en el Liceo. Quizá ha sido la cena durante la que han charlando sobre cualquier cosa que no fuera Lórim, Zaaren o política. Kózel tiene la impresión de que el vértigo que llevaba sintiendo en la boca del estómago desde hace días se vuelve más soportable.

—¿Quieres que regresemos? —pregunta Vann.

No, no quiere. Aunque sea durante un par de horas más acaba de decidir, aquí y ahora, que va a ser un poco egoísta.

—Luego.

Recibe como respuesta una sonrisa de Vann. Las había echado de menos.

Y es como si poco a poco todo regresara a la normalidad. Sabe que los celos de Vann no se van a ir de la noche a la mañana y que no están a salvo.

Zaaren sigue libre y fortaleciéndose, pero se esfuerza por mantener ese pensamiento en el fondo de su mente. Sí, va a pensar en sí misma porque no cree que pueda hacerlo durante mucho más tiempo.

Se detienen en un paso de peatones. En la intersección, un guardia con un silbato regula el tráfico. Después de que por delante de ellos pasen un cuadríciclo y un par de jinetes, les da el paso. Aquí, Vann se vuelve hacia Kózel y, después de pedirle permiso, le da un beso. Uno largo. De hecho, se les pasa el turno para cruzar por la calle pero da más bien igual. Eso sí, en cuanto por fin quieren atravesar la calle, alguien choca con ellos, alguien que está mirando su diario y que ni siquiera se disculpa.

Esa persona que ha chocado con ellos, de hecho, avanza a medio trote hasta el final de la calle, donde un grupo de hombres y mujeres está mirando el escaparate de una tienda medio de puntillas.

—¿Había algún partido de liga importante hoy? —pregunta Vann.

—Yo juraría que el Teriam contra Kesse era mañana.

Pasan por delante del grupo de gente. Kózel no iba a darle mucha importancia y tampoco puede porque no ve nada, pero Vann, mientras pasan, echa un vistazo.

—Zaaren.

—¿Qué?

—Es Zaaren, en el orbe.

Kózel odia tener tanta razón a veces.

—Espera, y ese... ¿Ese es Álek? Está con Álek.

—Pero ¿no lo tenían encerrado en Aguasquietas?

Vann está pálido, pero pálido de rabia. Se acerca al grupo de gente apiñada contra el escaparate y musita:

—No se oye nada. ¡No se oye!

Nada más decirlo se escucha un golpe. La gente apoya las manos en el escaparate. De repente, el propietario de la tienda sale para echarlos, pero las palabras se le quedan en la boca. Se hace un silencio tenso. En la camisa, el

hombre lleva una insignia. Rayo. En un segundo la mirada se le llena de miedo. Y la gente grita, golpeando el escaparate otra vez, que quieren escuchar lo que dicen en el orbe.

Al final, el tendero les aparta. Saca uno de los orbes a la calle. Es eso o que la gente le rompa el escaparate a empujones. Enfoca el aparato hacia la pared del edificio y las palabras de Zaaren resuenan por toda la calle como resonaron hace unos pocos meses, cuando entró rodeada de Fuego en la Plaza del Parlamento.



La señal de orbevisión llega a todas las casas del país, a la hora de siempre. Récord absoluto de audiencia. Los vecinos se informan entre ellos a gritos a través de los patios de luces, los amigos se avisan por comunicador o a través de un mensaje de diario. El Águila Blanca aparece en el orbe con su consorte, silencioso (otros dirán que regio), a su lado. Zaaren Kerslyn, aunque este no es su verdadero apellido, por supuesto, comentan los orbeespectadores. No es el Heredero. Es la sobrina del viejo Asgard el Zorro que escapó, que sobrevivió una infancia en el anonimato.

A Lórim le ha sorprendido en la sala de recreo de la residencia femenina. Hace días que se encuentra mal, que le duele el cuerpo y que no para de pensar, no para, y no para, en cómo rescataron a Kástor. Cómo él...

—¿Ese no es Álek Rádick? ¡No puede ser! —grita Wen.

—Todavía no puedo creer que estuvieran aquí con nosotros, en el Liceo, y no nos diéramos cuenta de... nada —dice Lluvín Houba, que también está en la sala de recreo.

Y antes de que Lórim pueda encogerse más en el sofá, Nero, sin apartar los ojos del orbe, se inclina, le da un golpecito con el hombro y dice:

—No.

Quién sabe a qué se refiere Nero. Si ha adivinado sus temores y no, nadie sospecha quién es él en realidad o si simplemente es una advertencia. Aun así, Lórim mira a su alrededor con los ojos entrecerrados. Se concentra. Necesita Aura, necesita saber.

Nada más establecer el Vínculo nota que esa carcoma que le roía el cuerpo se calma y, a la vez, siente un pinchazo en las sienes.

Los pensamientos de sus compañeros que se agolpan en la sala de recreo le caen encima, una avalancha de miedo y de perplejidad. Alguno, no sabe cuál, no sabe... al contrario. También hay (¿quién? ¿Quizá podría...?) expectación.

A cada palabra de Zaaren, Lórim palidece más y más. Lo que dice es mucho más peligroso que los ataques y que la violencia en las calles porque aquí Zaaren está hablando de orden, de tradición, el tipo de palabras que muchos querrían escuchar en tiempos difíciles. Habla de un pasado glorioso en que el Imperio se extendió hasta los confines del mundo. Lórim conoce perfectamente la historia de su país. Fue una de las cosas que su padre intentó inculcarle, pero nunca le ha parecido gloriosa. Sangrienta sí, salpicada de guerras y de conquistas, pero él nunca le vio motivo de orgullo a eso.

La imagen del orbe se amplía hasta que en medio de la sala de recreo flota un plano medio de Zaaren. Lórim se queda clavado en el sofá, no cree que pueda levantarse. Puede que esté débil, que la derrotara. Que la haya derrotado dos veces, incluso, no importa. Zaaren es la heredera que su padre siempre quiso, y es la heredera que quieren muchos de lo que estarán viendo el orbe ahora mismo.

Así mismo lo dice ella. Que es la legítima heredera al trono de los Indrasil, dice, y en cuanto habla su voz parece tan segura, tan razonable. Pide que se acabe la tiranía, que los suyos recuperen su orgullo. Que no tengan miedo.

«Os llaman monárquicos, sediciosos, violentos. No. Están confundidos — dice Zaaren desde el orbe—. Hubo una revolución ilegítima, injusta, que nos fue impuesta. Una segunda revolución va a restaurar el orden natural de las

cosas. Que os llamen lo que quieran pero, desde hoy, yo os nombro lealistas. Y la fidelidad se recompensará.»

Zaaren repite con voz clara que los lealistas reclamen, como ella, lo que les pertenece. Lo que es justo. Porque el derrocamiento de los Indrasil fue una rebelión, una afrenta a la ley.

Pero las leyes, piensa Lórim, eran injustas.

Después de sus últimas palabras, Zaaren vuelve la vista al frente. Como si quisiera mirar a los ojos a todos y cada uno de los que están viendo el orbe, hasta que la imagen se oscurece.

Lórim no sabe cuánto rato se queda mirando a esa especie de nube negruzca que flota en medio de la sala de recreo. Mucho, porque, cuando por fin levanta la cabeza, la habitación está medio vacía.

—Nero, ¿qué haces?

—Calculo.

—¿Qué calculas?

—Todo lo que puedo.

Lórim querría tocarle el hombro, algo, pero no se atreve. Una vez leyó que no hay que despertar a los sonámbulos (no recuerda por qué) y de repente le da la sensación de que mientras Nero calcula Azar, si la interrumpe su amiga podría despertarse ahí, entre múltiples realidades, y perderse. La observa, con la garganta seca, mientras saca el diario del bolsillo del pantalón.

Lórim Hérshel dice:

Hey.

Lórim Hérshel dice:

¿Habéis visto la grabación? Bueno, me imagino que sí. Aunque estuvieras por ahí con Vann (¿Cómo está? ¿Estáis juntos? Salúdale de mi parte). Solo era para decir que Nero y yo la hemos visto aquí en la residencia.

Lórim Hérshel dice:

Es que ha salido Zaaren por la orbevisión. Dando un discurso, como si fuera el presidente el Día de la República. Ya no se esconde. No sé por qué, ni qué planes tiene, pero no se esconde. Que, claro, ya quedó más que demostrado que nadie la quiere. Nadie.

Lórim Hérshel dice:

Bueno, la cita imagino que va bien, ¿no? No hagáis nada que yo no hic...

Lórim Hérshel dice:

~~Estoy asustado, Kóz.~~

Lórim Hérshel dice:

Estoy asustado, Kóz.

Lórim Hérshel dice:

Aunque por mucho que salga por orbevisión... es decir, ya puede salir tanto como quiera, ¿no? No importa. No va a cambiar las cosas. Nadie va a aceptar lo que dice. ¿Verdad?

¿Verdad?

Lórim Hérshel dice:

En realidad, es que solo me estoy desahogando. De veras, pásalo bien con Vann.

Lórim Hérshel dice:

Siento este montón de mensajes. Te prometo que estoy bien. Ya hablamos mañana en clase.



En la tienda de orbes, la gente se dispersa. Queda el tendero frente al escaparate. Un hombre orondo, de bigotes encerados haciendo una elegante curva hacia arriba, que al acabar el discurso se ha quitado la insignia de Rayo de un manotazo. A la imagen de Zaaren la ha sustituido la negrura. La emisión de la orbevisión pública se ha cortado.

Vann al fin se aparta un paso. Kózel saca su diario del bolsillo que vibra al recibir un, dos, media docena de mensajes muy seguidos. Es Lórim pero no tiene tiempo de responderle porque, de repente, el murmullo atronador de todas las campanas de Blyd tañendo al mismo tiempo le satura los oídos, el cerebro, cada fibra de su cuerpo.

—Es una llamada para que la gente salga a la calle —comenta Vann tratando de que su voz suene por encima de sus lamentos. Y debe funcionar porque de repente hay más gente en la calle. Justo un par de casas más allá, una pareja de mujeres de mediana edad sale del portal y comienza a caminar calle abajo. Al otro lado de la calzada, una familia entera, con abuelos y un puñado de hijos adolescentes.

—No me había equivocado. La gente no lo tolerará.

Seguramente Vann ni se haya dado cuenta pero su cuerpo ha hecho un ligero balanceo en la misma dirección por la que se va la gente, algo tira de él y, de algún modo, Kózel se contagia de su fe inquebrantable. Cuanto más está con él, más lo hace. Le gustaría poder ser así: un creyente.

Kózel habitualmente solo cree en que sus Antepasados la protegen, en ella misma, en sus objetivos y en que sus amigos estén bien y a salvo. Las creencias de Kózel no tienen ambiciones más allá de sí misma y sus seres queridos, creencias más bien prácticas, en minúsculas. Vann cree a lo grande, en Ideales, y consigue que uno quiera creer con tanta pasión como él.

Kózel, en el fondo, con voz pequeña, voz que tiene los pies en el suelo,

piensa que poco puede hacer la gente.

Aunque los haya visto alzarse, y protestar, y luchar.

Ya son una avalancha de campanas, un ejército que retumba por las calles, pero algo ha cambiado en el ritmo y el timbre de los tañidos. Transmiten urgencia, peligro. Vann mira hacia arriba, en dirección al este. Hay un reflejo carmesí en el cielo.

Kózel cierra los ojos y recuerda cómo era ese lugar apenas unas semanas atrás, cómo transmitía una placidez que no parecía de este mundo. Los abre de nuevo solo para encontrarse con un rojo que hiere. El aire le sabe a cenizas y madera quemadas.

Hay gritos. Vann está gritando. Le entiende.

Cuando han llegado, el Templo de Tierra estaba en llamas.

—Desgraciados, desgraciados... No me lo puedo creer. ¿Cómo se han...? ¿Cómo...? —La voz de Vann, al fin, se pierde entre una avalancha de maldiciones mientras se encoge sobre sí mismo, como conteniendo una rabia que amenaza con explotar.

Igual que ellos, docenas de personas se han acercado siguiendo el sonido de las campanas de alarma. Son gente del barrio, vecinos. Kózel también reconoce entre ellos a algunos de los que conoció aquí mismo, durante el último festival de Tierra. Aquí siguen, en la plazoleta con forma de media luna que hay a los pies de la colina. Sus expresiones, desdibujadas por el mosaico de claroscuros que proyecta el Fuego, van desde la rabia más absoluta a la impotencia, a las lágrimas.

No hay lugar a dudas sobre quién ha provocado el incendio. Al llegar, las llamas todavía formaban una silueta conocida, la de una gran águila con las alas extendidas. Zaaren, desde el orbe, ha llamado a los suyos, los ha llamado «lealistas» y ellos le han respondido.

—Vann. —No sabe cómo consolarlo. Ni siquiera sabe si puede, pero se le acerca. Vann todavía tiene la espalda doblada, se cubre la cabeza con las

manos—. Lo siento, Vann —dice, porque esa frase vacía es la única que se le ocurre en un momento así.

Pero algo debe de haber hecho, porque sus palabras han logrado que Vann reaccione. Se ha vuelto hacia ella y se ha aferrado a su cuerpo mientras respira agitadamente y maldice, maldice, maldice.

—No va a quedar impune.

Al escuchar estas palabras Vann levanta la cabeza dejando un rastro de humedad en el cuello de su blusa.

—No permitiremos que esto quede así.

Kózel conoce a la mujer que acaba de hablar. Arán, cree que se llama. Es una de las personas con las que estuvo hablando Vann el día del Festival. Pequeña, nervuda, con el cabello largo y plateado, Tiene una mano sobre la mejilla derecha, allá donde tiene esas cicatrices en las que Kózel se fijó cuando se conocieron. Mira en dirección al incendio.

No, al incendio no. Mira una hilera de guardias con el uniforme gris cubierto de hollín que forman una línea para impedir que la gente se acerque a la colina en llamas. Es imposible, piensa Kózel. Desde que reprimieron las protestas del año anterior con la carga de caballería, la Guardia no goza de mucha popularidad, pero no puede creer que hayan dejado que el templo de Tierra se quemara.

—No puede ser. —Vann da un paso frotándose las mejillas rojas. Rojo incendio—. La Guardia...

—Nosotros estábamos aquí cuando ha llegado esa gentuza. Con la cara tapada, llevando banderas con el escudo del Águila a la espalda. Intentábamos detenerles cuando ha llegado la Guardia, nos han separado, arrinconado.

Cuando la mujer señala hacia uno de los extremos de la plaza, sacude la cabeza. Entonces añade:

—Y, mientras tanto, esos desgraciados lo han quemado todo.

Se han quedado horas allí, hasta que el incendio se ha extinguido y regueros de

agua negruzca se escurrían colina abajo arrastrando tierra y hojas calcinadas.

Vann quería quedarse todavía más. Ha sido ella quien le ha convencido de que necesitaba descansar. Y ahora es ella quien, resulta, no puede dormir.

—Lórim. Despierta, Lórim. Lórim.

Ha intentado hacerlo con suavidad pero, cuando su amigo despierta lo hace de golpe, tragándose una bocanada de aire mientras registra la habitación con ojos desorbitados y ella le sostiene por los hombros suavemente.

—Lórim. Soy yo. No pasa nada. Solo que he visto tu mensaje ahora y no quería esperar a hablar mañana... No grites o despertarás a Omir.

A Kózel se le encoge el corazón durante esos segundos en que los ojos grises de su amigo continúan abiertos como platos, pero que no parecen reconocerla. Quizá acaba de despertarlo de una pesadilla. O lo contrario, quizá lo que Kózel acaba de hacer es devolverlo a la pesadilla que todos están viviendo esta noche.

—¿Kóz?

—¿Quién vendría a tu cuarto a las tres de la madrugada, melón?

—En mis sueños, Gelina Holín, pero nunca se cumplen.

—Mira que eres burro. Vamos, ven.

Hace frío en la azotea de la residencia. Kózel se maldice por no haberle robado un jersey a Vann en vez de una camisa.

—Hemos visto la emisión —comienza Kózel, que se da golpecitos rítmicos sobre la rodilla. Con cada toque, un arabesco de luz irisada emana de entre sus dedos.

Sin mirarla, Lórim se deja caer a su lado con la espalda apoyada en el murete que hace las veces de barandilla. A veces Kózel querría cambiar su Familia, ser Aura en vez de Ilusión para saber qué se le pasa por la cabeza. Está asustado. Estas palabras escritas, que no ha podido quitarse de la cabeza desde que se metió en la cama con Vann, son las que la han impulsado a despertar a Lórim y arrastrarlo hasta aquí; pero ahora es como si para Lórim

ese miedo fuera una gran vergüenza.

—Zaaren ha llamado a la gente a actuar. Los ha llamado «lealistas». ¿Tú crees...? ¿Tú crees que la gente la va a seguir? Cuando intentó salir a la luz, la ciudad se le echó encima, quizá...

—Han incendiado el Templo de Tierra esta noche. No sé quién. Alguien. Alguien en su nombre.

Kózel no se vuelve hacia Lórim, pero está casi segura de que él, aunque sea de reojo, la está mirando.

—Se nos está yendo de las manos, ¿verdad? —susurra Lórim de repente.

—Siguiendo con la metáfora, Lórim, creo que nunca hemos tenido este asunto suficientemente por la mano como para ahora asumir que se nos está escapando.

Jueves, 8 de octubre.

Residencia masculina. 7.01 de la mañana



Por qué son las siete de la mañana y por qué los Antepasados la castigan así. La campanilla del diario pretende ser alegre pero a Kózel, además de bostezar, le dan ganas de asesinar a alguien, preferentemente a quien le haya mandado un mensaje a estas horas.

Hace un primer intento sacando la mano de debajo de las sábanas; pero el diario acaba en el suelo.

A la segunda, lo consigue. Kózel extiende una mano hacia la ventana de la habitación y tira, como quien tiraría de un hilo de niebla, de los primeros rayos de sol que entran a través de las rendijas de las persianas, hasta que estos se funden en una esfera del tamaño de un dedal. La mala letra de Lórim y sus ojos entrecerrados hacen muy mala combinación.

Lórim Hérshel dice:

Hey. Buenos días. Ya sé que es temprano pero supongo que no verás esto hasta dentro de un buen rato cuando te despiertes. Es solo que me he levantado pronto y nada, que si no estoy en la residencia, que no te preocupes, que no me he escapado ni nada. Es broma. Imagina que lo he escrito riendo. Que luego nos vemos en clase.

Un sonido gutural, que bien podría provenir de lo más recóndito de una jungla xoolí, hace que dé un respingo y disipe la luz.

—Lo siento. Vuelve a dormirte, es muy temprano.

El mismo sonido de antes muta en algo parecido a palabras:

—*Hmnohhh*. —Pero antes de que Kózel pueda contestarle, una cabeza de pelo castaño revuelto emerge de entre las sábanas—. Ya estoy despierto.

Nunca entenderá cómo Vann, a pesar de todo, siempre se despierta con una sonrisa. La ve muy de cerca cuando Vann le rodea la cintura con un brazo y tira de ella con suavidad.

Es horrible que la mitad de alumnos del Liceo se hayan marchado. Kózel nunca pensará lo contrario. Pero nadie la juzgaría por pensar que también tiene sus ventajas, como por ejemplo que, entre dormir en su habitación con Namn o quedarse con Vann, que además tiene la buena costumbre de dormir en ropa interior, se queda con Vann. Así, por unas horas al menos, puede olvidarse de todo lo demás.

—Buenos días.

—Buenos días.

Se estira para dejarle un beso en la comisura de los labios y luego, solo porque sí, le da otro. Porque hace dos días que todo se ha vuelto peor, pero cuando lo hace es capaz de solo pensar en cómo Vann le devuelve el beso y cómo, con la mano con que la rodea, le cosquillea la espalda ascendiendo por la columna vertebral.

—¿Qué hora es? —pregunta Vann. Su frase suena inocente, pero no lo es.

—Muy temprano. Ya te lo he dicho.

Están muy cerca, rozando nariz con nariz.

—Podríamos...

—¿Vas a proponerme algo interesante?

—Podríamos ir a entrenar. Así aprovechamos. —Vann consigue que su propuesta parezca seria durante dos microsegundos, pero luego inhala una bocanada profunda de aire y la mano que le quedaba libre la usa para

enredarla entre el pelo de Kózel.

Resulta completamente necesario que se impulse con los brazos hasta encaramarse encima de Vann, que puede que hoy ni siquiera haya dormido con ropa interior, y le regale el tercer beso del día. Es un beso que tiene toda la pinta de alargarse, hasta que un nuevo tintineo hace que Kózel primero tenga la tentación de lanzar su diario por la ventana. Solo pide unos minutos sin que nada de fuera de esta habitación le estropee el día. Luego, pensándolo mejor, solo deja escapar un suspiro frustrado y baja la cabeza hasta que reposa en el hueco que queda justo entre la mandíbula de Vann y su clavícula.

—No pasa nada. Responde. Quizá es importante.

Vann seguro que no lo hace a propósito, pero la mano de las cosquillas, que se ha quedado haciendo de las suyas a la altura de sus hombros, no ayuda.

—Más vale que sí —responde ella que, con reticencia, se aparta de Vann y se sienta en el borde de la cama. Aquella culpabilidad, la misma que Lórim la convenció en dejar atrás, la asalta fugazmente.

Lórim Hérshel dice:

No te he despertado, ¿verdad? ¡Lo siento!

Quizá esa retahíla de mensajes y el hecho de que Lórim asuma que el mundo gire a su alrededor significa que, de veras, ya está mejor. Está tan dormida que no puede pensarlo bien ahora y, con un suspiro resignado, se echa hacia atrás.

Vann continúa tumbado, aunque tiene un brazo extendido hacia ella y la observa expectante.

—¿Ha ocurrido algo?

—No. Solo Lórim siendo Lórim. —Se da cuenta de que la mirada de Vann cambia, se ensombrece—. ¿Quieres ir a entrenar? Ya que estamos despiertos...

Sí, Kózel ha dicho entrenar en serio. Ella tampoco se lo cree pero, la verdad, ya no está de humor para otra cosa.

Desde el otro lado de la cama, recibe un suspiro desganado. Luego Vann se

levanta. Lo hace con la energía acostumbrada, de un salto. No sabe hacerlo de otra manera, cree ella, pero, aun así, tiene el ceño fruncido.

—No, da igual. —Vann tiene a bien ponerse algo de ropa y luego, como si se acordara en este mismo instante de ello, le dedica una sonrisa—. Ya entrenaremos mañana.

Por un momento se siente como cuando en primer curso compartía habitación con Vann, una especie de equilibrio inestable: por un lado, una complicidad que está ahí, que estuvo desde el principio y, por el otro, una tensión que es difícil de describir porque no sabe dónde localizarla exactamente, si en la punta de sus dedos o en cada una de sus terminaciones nerviosas o quizá esté solo en su cabeza, que le sube la temperatura corporal cada vez que Vann se mueve cerca de ella en la habitación.

Se visten, al final, en silencio, y salen de la habitación justo para encontrarse a una cara sonriente.

—¡Qué casualidad! ¡Buenos días! —Es que ahí en el pasillo está Lórim. Es una gran casualidad que Lórim, que por el mensaje que le ha mandado está despierto hace un buen rato, pasara por su pasillo justo en el preciso, precisísimo, instante en que ella y Vann salen—. Estaba a punto de bajar a desayunar. —Lórim hace un aspaviento con el brazo. Lo repite. Y el movimiento es demasiado ensayado, incluso para Lórim—. Si venís.

Ajá. Ahí está. La frase. Que si vienen. Por eso toda esta pantomima de los mensajes, de la insistencia, de estar casualísimamente delante de la puerta del cuarto de Vann. Antes de responder, Kózel se percata de sus hombros hundidos, de esa sonrisa tan ancha que le tensa toda la cara. Lórim sigue creyendo que si sonrío hasta que le duelan las mejillas es que va a estar bien de verdad.

Kózel va a decir que sí pero Vann se le adelanta:

—Creo que me voy.

En una milésima de segundo, Kózel siente que el corazón se le parte en dos, aunque se le reconstruye mínimamente cuando Vann le da un beso en la

coronilla y se excusa diciendo que ha pensado que mejor él sí que va al gimnasio, que no se acordaba de que había quedado con Izeen. Kózel no sabe si creérselo, pero, anteponiendo su calma a todo lo demás, decide hacerlo.

Su calma mejora cuando ve a Nero y a Denna acercarse desde la residencia femenina. Los cuatro caminan en silencio hacia la cafetería cuando, de pronto, una pintada de un águila con las alas extendidas aparece en su campo de visión, casi enmarcando todo el lateral de los aularios.

Antepasados. Ya están otra vez.



Es el Liceo y a la vez, no. Los mismos edificios, la rutina de las clases pero, poco a poco, los cambios van siendo demasiado evidentes para que Lórim siga considerando el Liceo ese lugar que hasta hace muy poco sentía como su hogar.

Lórim tiene sueño pero no puede dormir. Cada día se despierta temprano, alerta.

Quizá no se había dado cuenta hasta ahora o quizá es que, realmente, desde que hace una semana lograran rescatar a Kástor, desde esa aparición de Zaaren en el orbe y los disturbios que ocurrieron la misma noche, los cambios se han ido precipitando a mayor velocidad.

Enzo no está. Y no solo él; Tanet Nathrem tampoco. En realidad, en esta semana se han marchado una docena de estudiantes más. Los que eran de Fuego o Rayo los rumores dicen que se han ido para unirse a Zaaren. Los demás, por miedo. El resultado son clases medio vacías, pasillos silenciosos y una tensión que se puede palpar.

—Lórim, ¿te vienes? —El Liceo ya no es el Liceo y, además, Lórim a veces tiene la impresión de que ya no es Lórim—. Hérshel. Despierta.

No estaba dormido, pero cuando mira hacia su cuaderno, descubre que no ha tomado ni un solo apunte durante toda la hora de clase con Nedra Vorak. Eso tampoco es que sea algo excepcional, pero, cuando le ocurre eso, es porque se ha pasado la hora mandándoles mensajes a sus amigas. Hoy, simplemente, tenía la cabeza en otra parte.

—Sí, sí, perdona. —Cierra el cuaderno aunque sospecha que Kózel ya ha visto las hojas en blanco. El cuerpo de Lórim reacciona de forma automática, una sonrisa radiante que no genera la respuesta esperada. Kózel sigue seria—. ¿Qué nos toca ahora?

—Nada. —A su izquierda, Nero también se ha puesto en pie—. Ya es hora de comer.

Kózel está a su lado, las manos apoyadas en el pupitre. Intercambia una mirada rápida con Nero. Lórim percibe su preocupación como un calambre en las encías.

El pensamiento de que puedan estar ocultándole algo viene y va en un segundo. Lórim sabe que es una sospecha ficticia, que solo está ahí porque cuando Vincula Aura, y Lórim Vincula Aura ahora casi permanentemente, se contagia del clima de desconfianza que reina en el Liceo, o en lo que queda de él. Le ha obligado a hacerlo un miedo creciente que cree que es completamente suyo y no un sentimiento prestado.

—¡Ya decía yo que me moría de hambre!

Se da un golpecito en la sien, otra sonrisa, mayor, se esfuerza para que le rebase los labios y se refleje también en su mirada. Pero, aun así, siente un cosquilleo en la parte de atrás de la mandíbula mientras pasa un brazo alrededor de Kózel, pasa otro por sobre de los hombros de Nero. Solo para asegurarse, podría usar Aura para saber qué piensan sus amigas. Solo para ahorrarse...

No.

Lórim sacude la cabeza. No.

¿Lo habrá notado? ¿Habría leído ese pensamiento estúpido (estúpido. Cómo

va a usar Aura con sus amigas sin su permiso)?, se pregunta frenético cuando Denna también se les acerca. Sin embargo, tras un ligero tanteo, un parpadeo tan rápido del que ella no se da cuenta, le certifica que Denna no está Vinculando Aura en este momento. Debería parar. Denna ya le ha advertido que la mente necesita descansar, que le puede pasar factura a muchos niveles. Pero Lórim no puede descansar. Ni quiere. No después de todo lo que ha pasado.

No obstante, a pesar de las advertencias, ese cosquilleo le acompaña mientras comen en esa cafetería medio vacía, donde Vann se ha sentado a su mesa. Charla con Kózel (y cómo la mira. Como quien ve salir el sol. Al menos hay algo positivo en todo esto) y con Nero y con Denna. Con él, no. O al menos, Lórim tiene la impresión de que Vann le evita. No le culpa. Aunque si pasara por su lado y le rozara muy disimuladamente (un accidente casi) y pudiera saber qué piensa realmente de él... Solo para asegurarse, solo para confirmar que aunque Vann conoce su verdadera identidad...

No. Lórim, por segunda vez en lo que va de día, sacude la cabeza. No. Debería preocuparse por Zaaren, no por lo que piensan los demás.

—Enzo dice que Kástor está... igual. —Escuchar el nombre de Kástor de boca de Vann devuelve a Lórim a la realidad—. Que no es él.

Lo que hicieron por Kástor fue bueno. Ese mero pensamiento hace que ese cosquilleo que lleva sintiendo en las yemas de los dedos aumente de intensidad.

—Estuvo muchos meses bajo el control de Zaaren —susurra Denna adelantando la cabeza hacia el centro de la mesa—. Va a necesitar tiempo.

Ahora no lo ha hecho pero, a veces, Denna también le mira con esa expresión extraña que han usado Kózel y Nero al finalizar la clase.

—Pero ¿se va a recuperar?

La pregunta de Vann queda huérfana de respuesta. Denna no lo sabe, encoge los hombros y, ahora sí, Vann le mira como último recurso.

—Con el tiempo. —Va a lo seguro. Una pálida copia de la respuesta que ya

ha dado Denna. No quiere hablar de Dominio, ni de cómo funciona, ni del daño que puede llegar a hacer—. Quizá...

¿Y ese cosquilleo? ¿Otra vez? Pero ahora se convierte en un virulento escalofrío porque después de ese «quizá», Lórim iba a añadir que con Aura, incluso con Dominio, se podría acelerar la recuperación de Kástor.

En vez de eso, se pone en pie. Con un movimiento brusco evita que un vaso de agua, que ha golpeado al levantarse, se caiga.

¿Qué le pasa?

Sonríe, Lórim, se dice. Sonríe, aunque él sea el único en la mesa que tenga una expresión alegre.

—¡Vaya! Estoy llenísimo. ¿No estáis llenísimos vosotros? —Ni siquiera mira al plato, todavía medio lleno, con la esperanza que los demás tampoco lo hagan.

No. No va a romper su promesa otra vez porque, ¿cuántas veces van ya?

Cuando Dominó al director Nayer para que le inscribiera en el Liceo.

Cuando hizo que Denna le besara. Pero fue un error. Un impulso. Él no quería.

Cuando les salvó de los Caballeros del Águila en los túneles bajo Blyd, hará casi un año ya.

—Si acabamos de empezar a comer, melón —dice Kózel.

A Kózel.

Lórim sacude la cabeza.

—He desayunado mucho. Puede ser eso. Creo que me voy a echar una siesta. Me estoy cayendo del sueño.

A ella también. Aunque fuera para liberarle los recuerdos, a ella también.

Vinculó Dominio sobre Kózel, ella se lo pidió. Prácticamente le obligó.

Sonríe, todavía más. No sabe por qué de pronto le viene la otra noche a la cabeza. Kástor, los Caballeros. Y, luego, sus palabras imbuidas de Dominio haciéndose con el control de esas mentes apagadas.

No. Sí lo sabe. Porque se sintió bien, tan bien.

Lórim estira los brazos hacia atrás, da un gran bostezo que no cree que logre convencer a nadie, mucho menos a Kózel que, tras tocar delicadamente el hombro de Vann, también se pone en pie.

—Te acompaño.

—¡Qué vas a acompañarme, *Hoku!* No me voy a perder.

Por supuesto que Kózel no le cree. Nero, que está al lado de Kózel, tampoco. Ella también ha comenzado a levantarse.

Tiene que dejar de pensar en Dominio. En lo bien que se sintió, en la manera en que se le llenó un gran vacío que ni siquiera sabía que estaba allí cuando dejó que, durante el rescate a Kástor, Dominio tomara el control.

También se sintió así al alcanzar al seguidor de Zaaren durante el Festival de Tierra.

Pero todos fueron actos de pura desesperación. Lo fueron, se justifica Lórim sin éxito. Porque estaba asustado. Ahora también lo está, muchísimo. Todo se le hace una mezcla dentro y no sabe qué sentimiento predominará a cada minuto.

Lórim sacude la cabeza. Percibe, como en el revoloteo de un insecto, la preocupación de sus amigas, la hostilidad de Vann. Apenas puede pensar con claridad. Tiene un punto, justo entre los ojos, donde una presión creciente amenaza con hacerle estallar las sienes.

Y, de repente, silencio. La presión se desvanece. Acaba de romper el Vínculo con Aura después de ¿cuánto? ¿Días? ¿Una semana sin parar?

—Solo voy a dormir un poco, de veras.

En cuanto se desvincula de Aura, de pronto se encuentra mejor, puede pensar con claridad. Le vuelve a la cabeza Kástor, Kástor que no está. Que no habla ni come ni duerme y vuelve a pensar. ¿Y si pudiera ayudarlo? Como una redención, aunque él no es responsable del daño que le haya hecho Zaaren. Él no es responsable. Eso es algo que diría Nero, casi puede escucharla. Si pudiera Leer lo que piensa, ella diría: «No, Lórim, no». Pero también diría que él no es responsable de los crímenes de su Familia y, sin embargo,

«redención» es una palabra que le gusta cómo suena.

—He pensado que. —Deja la frase en abrupto. No se le olvida ese «gracias» que le dijo Enzo. Necesita volverlo a escuchar, que sus amigos dejen de mirarlo como si estuviera enfermo. Y la frase, al final, se le escapa sola—: A lo mejor podemos ayudar a Kástor. Denna y yo. Quizá. Solo tantear.

Mira a Denna. Tiene la garganta seca. Ojalá Denna diga que sí. Ojalá. Pero la que se remueve en la mesa es Nero.

—Podría... podría funcionar.

Lórim no sabe lo que es sentir un ataque al corazón pero las palabras de Nero, juraría, han hecho que se le pare de golpe y ahora ha comenzado a bombear con fuerza.

Podría decir que no era más que una tontería, que cómo se le puede haber pasado por la cabeza, que ya saben que Lórim Hérshel bromea hasta en las peores situaciones. No lo hace.

Vann deja escapar un suspiro y parece que le cueste pronunciar la pregunta que hace a continuación:

—¿No habéis dicho que seguramente vaya a recuperarse solo? —Entonces, el resto de las palabras le salen a borbotones, casi sin pausas—. Con el tiempo. Pues que lo haga. ¿No es lo mejor? ¿No es más peligroso forzarlo? —Hace una pausa, quizá para ver si alguien le da la razón, pero solo recibe silencio. Recoge su bolsa del suelo y va a darse la vuelta. Sin embargo, justo antes de hacerlo, le da un beso a Kózel en la coronilla y, de pronto, parece que el mundo vuelva a estar en su sitio—. Nos vemos luego, después de clase ¿vale?

La sensación que le deja la marcha de Vann es agri dulce y la tensión del momento le produce a Lórim un cosquilleo frenético en las piernas y en los brazos. Pero se siente bien, sorprendentemente bien. Da un par de pasos hacia atrás. Se encuentra mejor. Sí, cree que se encuentra mejor. Cree que ha estado a un paso de perder el control y no puede permitírselo.

Pero la lista de las veces que ha caído se va haciendo más y más larga.

Y puede, solo puede, que de algunas de las cosas Lórim no se arrepienta tanto como le gustaría.



«Nos vemos luego, después de clase.»

—No podrías haber dicho nada más estúpido —murmura para sí pero, luego, Vann lo piensa dos veces.

Se le habría ocurrido algo, seguro, pero no quería quedarse más. Si un Dominio ha podido jugar con la cabeza de Kástor, quizá tengan razón y otro pueda ayudarle; pero nadie puede obligar a Vann a verlo, ni a ser partícipe de la decisión.

Quién se lo iba a decir hace, ¿qué? ¿Un mes? ¿Un par de semanas? Es que tiene que reírse. Vann sale de la cafetería a pasos largos, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón porque el nerviosismo se le está escapando por las puntas de los dedos. Quién le iba a decir hace un par de semanas que se vería discutiendo sobre si es ético usar Dominio sobre alguien, aunque sea para ayudar, con Ascot Indrasil.

Perdón: Lórim Hérshel.

La gente que vivió la Revolución y la guerra contra Xool Vann lo tiene comprobado, suele reaccionar de dos modos opuestos: o no hablan nunca de ellos o hablan continuamente. Su padre es de los que hablan. Cuando piensa en él, Vann piensa en su padre sentado tras el mostrador de la tienda, esa pierna que la guerra le arrebató siempre como un recordatorio fantasmagórico en forma de una pernera del pantalón vacía y primorosamente doblada.

Su padre no habla de la guerra y ya está, no, él cuenta batallitas, cuentos, como si así los recuerdos se suavizaran.

Y el monstruo de los cuentos con los que creció Vann tenía el nombre de

Indrasil.

Está, le parece últimamente, en todas partes. En su cabeza cuando piensa en Kástor y lo que le ha ocurrido, sentado en su misma mesa en la cafetería, y Kózel...

Vann aprieta los dientes. Ella confía en Lórim, le conoce mucho mejor que él.

Indrasil también está allá donde mira. La nueva pintada que ha aparecido esta mañana entre los pórticos de Administración le quema en la retina. Y pensaba que ya se habría acostumbrado, porque están también por toda la ciudad.

Se detiene. Algunas personas que, como él, han salido a los jardines para ir ya hacia los aularios o hacia las pistas se lo quedan mirando. Algunos incluso le saludan de lejos, dubitativos, como invitándole a venir, pero Vann no se mueve. Una vibración dentro del bolsillo indica que ha recibido un mensaje al diario.

No sabe por qué, pensaba que sería un mensaje de Kózel. Quizá porque se ha marchado tan rápido, pero no es de ella.

—Ojalá...

Ojalá Kózel se preocupara tanto por él como por todo lo demás, iba a decir, pero no lo hace. No quiere pensar así. Una de las cosas que querría Vann es, precisamente, que ella no cargara con ese peso de querer controlarlo todo, de querer cuidar de todo el mundo aun a costa de sí misma. Pero a veces piensa esas cosas porque Vann, aunque se esfuerza, a veces ni es tan bueno ni tan comprensivo ni tan recto como intenta ser.

—Eh, ¿Vann? ¿Vas a las pistas?

Cuando se da la vuelta resulta que tiene al lado a Izaia Zrakov. También está en Élite, como él, mientras que su hermano mellizo se quedó fuera aunque por poco.

El diario de Vann vuelve a vibrar y él sacude la cabeza. Les toca Estrategia avanzada con Thienn; pero con solo imaginárselo no se ve capaz hoy. No se

siente orgulloso del uniforme que lleva. Desde hace semanas que no.

—Ve tú. Ahora te alcanzo —le dice a Izaia que, para indicar que le ha escuchado, sacude la cabeza. La chica acaba por esbozar una mueca de ánimos que queda interrumpida al cruzarse con la Jefa de Estudios Nedra Vorak, que camina hacia la salida del Liceo y les dirige una mirada de desaprobación porque, a todas luces, ambos llegarán tarde a clase. Sin embargo, Vann no se da cuenta. Tiene abierto el diario otra vez y lee pensativo el último mensaje que ha recibido.



Al fondo de un corredor que no pueden ver alguien abre una puerta. El pasillo se llena de murmullos, como ocurre cada vez que hay algún movimiento fuera de lo normal. Brynn es incapaz de reconocer la mayoría de las voces; casi todos los detenidos son nuevos. A los que llegaron más o menos el mismo día que ellos ya se los han llevado o los han dejado libres, pero ellos dos siguen aquí.

Por eso, a pesar de todo, él no se mueve. Al principio, cada vez que la puerta se abría, Brynn daba un respingo y corría a acercarse a los barrotes. No sabía qué esperaba, quizá alguien que les dijera de una maldita vez los cargos que había contra ellos, quizá una cara amiga. Pero lo único que encontraba siempre era un BIE con cara de malas pulgas.

Esta vez, es Elera quien se incorpora.

—Tenemos visita. —Visita. Brynn la mira convencido de que su cara se ha convertido en una mueca de incredulidad, pero Elera parece absolutamente convencida.

La gran puerta que hay al fondo del pasillo vuelve a chirriar. De repente, les llega el inconfundible sonido de tacones.

En Pralín, donde siempre tienen palabras raras para todo, lo llaman un *dejavi*, esa sensación que sientes cuando hay algo que ya has visto antes. En el caso de Brynn, hace meses, cuando acabó en esas mismas celdas durante los altercados que hubo en la Plaza del Parlamento y despertó en la celda contigua a la del Capitán Morgensett, Elera se acercó para sacarlo del calabozo. Ahora, una mujer se acerca a ellos. Allí donde Elera es voluptuosa, la mujer que se planta frente a los barrotes es menuda, todo nervio; a las sonrisas cortantes de Elera, la mujer tiene un rictus severo en los labios; así como Elera tiene el cabello rubio, la mujer lleva el cabello castaño recogido en un moño apretado, cubierto con un tocado de plumas azules. Y a pesar de todo, las semejanzas son evidentes.

Brynn se incorpora. Las rodillas le crujen por falta de costumbre mientras cruza la celda en dos pasos largos.

Resulta que, además, conoce a esa mujer. De vista, prácticamente de pasada, de hablar apresuradamente frente a una biblioteca en llamas, pero a Brynn le cuesta olvidar caras. Él lo considera deformación profesional.

—Usted es esa profesora del Liceo. —Entonces, se vuelve hacia Elera—. Vorak.

Ya no tiene que preguntarle por el apellido. El aire de familia, ahora que las tiene a las dos delante, es indiscutible.

—Nedia Vorak. Jefa de estudios del Liceo —le informa la mujer. Brynn a punto está de preguntarle si la diferencia es tan importante como para ponerse de esa manera, pero entonces Elera se le adelanta.

—¿Qué haces tú aquí?

Una vez, Elera le mencionó que tenía una hermana, aunque no parece que estén muy unidas.

—No he venido precisamente a traerte un bizcocho con una lima para los barrotes escondida dentro, eso ya te lo puedo asegurar. Te has metido en un lío muy gordo, Elera. ¿Es cierto? ¿Fuiste tú quien ayudó a Álek Rádick a escapar?

—Qué gran capacidad de deducción la tuya, Nedia —resopla Elera—. Sí

que has tardado en venir a echarme el sermón...

—¡Me he enterado hoy mismo! ¡Ha abierto las cabeceras de todos los periódicos del país! No hablan de nada más en el orbediario... Tampoco ha sido fácil encontrarte, ¿sabes?

—Llevamos una semana aquí encerrados —le responde su hermana acercándose a los barrotes de la celda—. Sin comunicación con el exterior, sin saber de qué nos acusa...

—Cinco días —la corrige Nedia Vorak frunciendo los labios.

—En realidad creo que son seis —puntualiza Brynn—. ¿Por qué sale ahora en los periódicos?

—Hace dos noches Zaaren Kelsryn entró por la fuerza en los estudios de la orbevisión nacional. Dio un mensaje para sus seguidores, a los que ahora llama «lealistas», y Álek Rádick estaba con ella. Podéis imaginar el revuelo que se montó. Nadie sabía que Álek ya no estaba en Aguasquietas.

—Había que buscar un culpable —masculla Elera—. Un chivo expiatorio. Pero...

—Pero ¿lo has hecho?

—Sí. Y no. —Elera habla como si le estuvieran arrancando cada palabra con pinzas—. Intentábamos cazar a Zaaren Kelsryn y salió mal. Estábamos bajo Dominio.

Las últimas palabras de Elera quedan prácticamente ahogadas por el resoplido que deja escapar su hermana.

—Pero ¡a quién se le ocurre!

El detective Brynn se remueve en el camastro. Es lo más entretenido que ha estado en días.

—De veras —la interrumpe Elera, lanzándole a él una mirada de advertencia. Que no se meta. Esto es cosa de familia—. ¿Solo has venido a echarme el sermón?

—Hasta que no encuentre un modo mejor de ayudar, sí —responde Nedia aunque, cuando la dice, esa palabra parezca tener otro significado—. Te

acusan de tantos delitos que no sé ni por dónde empezar...

—Estábamos bajo Dominio, ya te lo he dicho. Cuando consiga hablar con mis superiores...

—¿Crees que no he hablado yo con ellos? ¿Crees que no sabían desde hace días lo que había ocurrido? ¿Quién piensas que me ha dicho dónde estabas?

Elera, que hasta ese momento había contestado a su hermana casi de inmediato, como si en vez de hablar estuvieran en medio de un combate, hace una pausa y al final musita:

—Ya veo.

No lo dice con decepción, aunque parece que a Elera, como a él, sus superiores han decidido sacrificarla. Elera habla como si confirmara un hecho.

—Parece que se te ha olvidado lo que ocurre cuando se apuesta claramente por un bando. —Nedia Vorak habla poniendo mucho énfasis en esa última palabra, «bando», y se inclina todavía un poco más, sujetando los barrotes de la celda—. Es que cómo se te ocurre, cómo se te ocurre...

—Habría funcionado —le responde entonces Elera.

Desde que les han detenido, Elera apenas le ha echado nada en cara a Brynn. Él se lo agradece, la verdad, pero ahora su mirada se clava directamente en él, y Brynn comienza a apreciar esos barrotes que separan una celda de la otra aunque, a la vez, siente la imperiosa necesidad de defenderse porque ahora no es solo Elera, sino que su hermana también le está observando como si quisiera estrangularlo.

—¿Qué querían que hiciera? ¿Que no interviniera? Además... —Puede que estar en los calabozos le haya hecho más lento en eso del razonamiento policial pero Brynn, en ese momento, por fin tiene una revelación y se vuelve hacia Nedia Vorak, mientras se levanta—. Oiga: una cosa, si el Águila Blanca nos utilizó, fue porque fuimos, fui —rectifica después de que a Elera le dé un ataque de tos tan repentino como sospechoso—. Fui a evitar que a un puñado de sus estudiantes los mataran allí mismo.

—¿Mis estudiantes?

—Un puñado de niños con el uniforme del Liceo. Había... había una chica con el pelo largo y... ¡no lo sé! Usted los conocerá mejor. Fueron ellos quienes atacaron a los Caballeros del Águila y nos fastidiaron el plan. Y era un buen plan.

—No entreno a mis estudiantes para que sean idiotas.

—Pues no lo sé, jefa de estudios Nedra Vorak. Estaban allí, idiotas o no.

El humor de Nedra Vorak parece haber empeorado sensiblemente. Y eso que no parecía estar muy contenta al entrar.

—Se habrán confundido. —Brynn lo duda, lo duda muchísimo, porque, aunque Nedra Vorak le dice que se habrá confundido, hay algo en su expresión que, de repente, delata que ya no está tan segura de lo que dice—. Pero eso ahora no importa. Importa que os van a acusar y que os van a juzgar. Y que nadie, ni en la Guardia ni en ninguna otra parte, quiere verse asociado con vosotros.

—Pues si no hay ninguna solución —sisea Elera—, no sé por qué estás perdiendo el tiempo aquí. Si vuelves a visitarnos, no te olvides de traer ese bizcocho con una lima al que te referías antes.

Nedra Vorak se marcha con la misma expresión seria con la que entró.

—Tienen ustedes dos una relación estupenda, veo, ¿eh?

—Somos hermanas, no tenemos por qué ser amigas. —Poco a poco, Elera se apoya contra la pared de su celda y se frota los ojos. Parece agotada.



Es la primera vez que Vann se salta un día de Liceo. Ha sido un impulso, puro instinto. Ha leído el mensaje, ha tomado una decisión rápida y se ha marchado.

Los remordimientos por qué le dirán cuando regrese, por si su fuga va a afectar a su rendimiento académico, le han durado todo el trayecto en

metropolitano, pero entonces ha llegado al Templo de Tierra. La colina ya parecía el mercado de Valbazar y eran apenas las nueve de la mañana. Por primera vez en días ha sentido que delante tenía un enemigo claro al que enfrentarse.

Vann, entonces, se ha arremangado la primorosa camisa negra del uniforme.

La gente tiene el poder de cambiar las cosas. Eso es algo en lo que Vann cree desde lo más profundo de sí mismo y, a cada hora que pasa, está más convencido. Ellos van a reconstruirlo. Será más bonito, más verde, más frondoso que nunca. Nada más llegar, Vann se ha unido a todas las personas que han venido a arrancar los árboles muertos y a traer tierra nueva. El uniforme del Liceo se le ha manchado de hollín y tiene las manos ennegrecidas pero, por fin, después de semanas, hoy se siente útil.

—Quizá habría que traer unas cuantas cuerdas. Y lo arrastramos entre todos hacia abajo —dice resoplando. Ni siquiera sabe cómo se llaman las personas con quien lleva trabajando mano a mano desde hace un buen rato para llevarse el gran roble que coronaba la colina. De él solo queda un tocón ennegrecido y furiosamente aferrado al suelo. Pero plantarán otro en su lugar.

—¿Tú puedes hacer algo? —pregunta uno de sus compañeros.

Aun manchado, el uniforme del Liceo continúa significando algo. Lo marca como alguien con un manejo del Vínculo que otros no tienen, pero Vann, ante esa idea, baja la cabeza. Nunca imaginó que llegaría el día en que se avergonzaría de él.

—Quizá fuera mejor si lo intentáramos todos juntos.

La Guardia dejó que se quemara todo. ¿Cómo no va a avergonzarse? Tendría que haber ido a casa de sus padres a cambiarse de ropa pero, entonces, ellos habrían sabido que se estaba saltando las clases y Vann se tiraría desde el puente de los Héroeos antes de decepcionar a sus padres.

Sus compañeros intercambian una mirada que pasa rápidamente de la extrañeza a la conformidad y Vann, aliviado, comienza a bajar la colina para buscar algo que les ayude a arrancar el tocón. Camina con cuidado de no

resbalar. Prácticamente ya lo han limpiado todo y solo queda una ladera de tierra ennegrecida; pero será algo temporal, se dice. Volverá a crecer. A los pies de la colina ya hay tres grandes carros llenos hasta los topes de madera quemada y, al lado, una figura conocida a la que Vann se acerca.

—¡Arán!

Saluda a la mujer agitando el brazo mientras se le acerca. Tiare Arán es quien le ha avisado por mensaje de lo que iban a hacer esta mañana. Si hay alguien que ostenta el cargo de líder en todas las acciones que están haciendo últimamente es precisamente es ella.

Cuando llega a su lado, ella lo saluda, siempre afable. Tiene unos ojos clarísimos, rodeados de arrugas que parecen analizarle mientras, tras cuatro frases de cortesía, Vann le pide ayuda con el tocón de la cima de la colina. La mujer sonríe, asiente y entonces no tiene ningún problema en cambiarle de tema.

—Podrías participar más, ¿sabes?

Vann no necesitaba escuchar eso hoy. Estaba bien, estaba satisfecho con su uniforme manchado y sus manos doloridas por el esfuerzo, pero no la interrumpe cuando ella añade:

—¿Te has planteado la oferta que te hicimos la última vez? ¿Por eso has venido?

—He venido a ayudar.

—La gente comprometida no abunda. Hoy esto está lleno, pero mañana la gente se va a quedar en el sofá de sus casas. Y, mientras tanto, nos dejamos pisotear. Esto —dice dirigiendo un gesto duro hacia la colina quemada— es solo el principio.

—No. No lo sé —añade Vann—. No. —Es su respuesta definitiva—. Si estamos hablando de responder a la violencia con violencia, no.

Arán nunca pierde la sonrisa, incluso cuando la contradicen. Incluso cuando esos ojos rodeados de líneas finas se le entrecierran.

—Solo digo que deberíamos defendernos. Como ya lo hicimos.

—Pero la Revolución fue hace mucho tiempo. Ya no tenemos que recurrir a eso. Recuerda que ella no pudo con nosotros cuando se plantó la primavera pasada en las escaleras del Parlamento. La gente la echó.

Ante su sorpresa, Arán se ríe. Lo hace con franqueza mientras echa la cabeza hacia atrás.

—Perdona. Siempre me hace gracia cuando decís eso de «hace mucho tiempo». Hazme caso, Vann. Vamos a necesitar defendernos. Y pronto. Y te necesitamos. Todos tenemos que hacer sacrificios.

—Eso ha sido un golpe bajo.

Eso ha sido un golpe bajo y a Vann le ha dolido. Arán pasó años en la cárcel por su activismo político, lo sabe perfectamente, y recordándose, recordando que él no ha vivido más que tiempos de paz, y que lo ha tenido muy fácil, no va a hacer que cambie de opinión, pero sí que se sienta culpable.

—Más duros serán los golpes que vendrán.

Jueves, 8 de octubre.

Valbazar. 6.18 de la tarde



Siente la boca como si estuviera mascando arena y ni sabe por qué ni quiere profundizar en las razones. Bastante tiene con ese temblor de manos que trata de disimular.

Cuando Vann se ha marchado de la cafetería después de que él hiciera su propuesta, lo han estado hablando. Han mandado un mensaje a Kástor y Enzo y se han decidido.

Él y Denna han salido del Liceo en cuanto ha tocado la campana del fin de las clases del día. A Lórim nunca le había ocurrido eso de tener ganas de marcharse del Liceo simplemente por escapar de allí. ¿Ganas de salir al acabar las clases? Por supuesto. Siempre había un concierto o una obra que ver, o un paseo que dar por Blyd. Pero ese alivio que ha sentido al cruzar las puertas no se lo esperaba.

—Es la siguiente.

No hace falta que Denna le diga más; Lórim se levanta de su asiento en el metropolitano y camina tambaleándose al ritmo que lo hace el vagón para tocar la campanilla que hay junto a la puerta. Le encanta tocar la campanilla. Una vez Kózel le riñó, le dijo que era como un niño pequeño. Lórim ese día le sacó la lengua para burlarse de ella y, desde entonces, nunca ha dejado de

hacerlo. El conductor le mira brevemente y, dos calles más allá, frena el vehículo frente a una parada con marquesina de colores verdosos.

—Parece que estás mejor —comenta Denna.

Es muy diplomática, eso tiene que reconocerlo. Se ha saltado los engorrosos «cómo estás», incluso se ahorra el trámite de informarle de que se había dado cuenta de que algo no iba bien. Ha ido a lo positivo. Y tiene razón, porque Lórim se siente mejor. Tiene la cabeza más clara. Ese remolino de ansiedad que se notaba en la boca del estómago ahora es poco más que una pequeña molestia, solo quedan la boca seca y ese leve temblor en las manos. Un recordatorio sobre qué línea no debe sobrepasar.

—No Vincules Aura de momento —le susurra Denna mientras se le agarra del brazo para bajar del metropolitano—. Estás muy cansado y vas a necesitar de todas tus fuerzas. Ya lo hago yo.

Lórim asiente mientras la sequedad en la boca se le acrecienta. Es que realmente iba a recurrir a Aura, no sabe si para comprobar que alguien les está siguiendo, para captar algún pensamiento, alguien que sepa algo de Zaaren, de lo que planea, o si lo iba a hacer porque... porque sí.

—Tienes ojeras, Lórim. Eso es...

—¡No! Pero ¡estoy bien! —Todavía agarrada de su brazo, Denna se inclina para mirarlo y él baja el tono de voz—: De verdad.

—No eres Aura, Lórim. El Vínculo puede ser ilimitado. El cuerpo, no.

Lórim va a quejarse pero, de pronto, se abre ante ellos el barrio de Valbazar y los recuerdos de un verano que parece que ocurrió hace años le asaltan de golpe. El barrio está casi igual. Un poco más gris quizá, con menos gente en la calle. El mayor cambio está en la fachada de una casa que solía ser de un amarillo triste. Ahora está pintada de colores brillantes. En el centro, la candidata del Partido Republicano. El actual presidente no se presenta, su imagen quedó demasiado dañada después de los incidentes de la primavera anterior. En la base del cartel, con unas luces cambiantes de Ilusión, aparecen partes del programa electoral, eso que nadie se lee jamás. Ya están en plena

campana, pues, quedan unos pocos días.

Cruzan el mercado de Valbazar, sumido en la misma actividad de siempre de vendedores, limpiabotas y carros de reparto que tienen que esquivar como pueden. Una repartidora de periódicos declama las últimas noticias del país, pero Lórim no quiere prestarle atención, ni tampoco al pescadero, que hoy tiene lenguado fresco recién traído de Regge, ni a la señora que regatea el precio de una alfombra con un buhonero. Aun sin la influencia de Aura Lórim se tambalea, tanto bullicio le da dolor de cabeza.

Vuelve a tambalearse y Denna lo aferra con fuerza del brazo. No le pregunta nada, simplemente vuelve a mirarlo como le han mirado Kózel y Nero esta mañana, como ella misma le ha mirado al verle aparecer en la cafetería. Lórim asiente, se yergue. La gente a su alrededor sigue viviendo a gritos como si nada. Inconscientemente, Lórim cierra el puño derecho. Ojalá pudiera hacer que todos se callaran a la vez y le dejaran la cabeza tranquila.

Entonces, se detiene de golpe. ¿De dónde ha venido ese pensamiento, ese incremento en el ritmo de los latidos de su corazón? ¿Qué ha ocurrido? Denna vuelve a mirarlo pero antes de que pueda preguntarle, él se le adelanta:

—Tienes razón. Estoy cansado.

Finalmente, atraviesan calles que ya les son conocidas y que, a simple vista, no han cambiado ni un ápice. Prendas de ropa de distintos colores cuelgan de los balcones y alguna de las ventanas tiene los mismos cristales rotos que tenían durante el verano. A muchas fachadas les hace falta una buena mano de pintura. Lo único que hay diferente son las puertas. Ahora están cerradas. Durante el verano, cuando Lórim compartía el piso con Nero y Kózel, jamás se encontraron una puerta cerrada, los vecinos solían salir con sus sillas de madera y trenzado de paja al fresco, en cuanto llegaba el atardecer, y muchos de ellos sacaban sus trastos viejos a la calle por si alguien quería llevárselos. Lórim recuerda que un día llegó al piso con una acuarela horrible y descolorida. Le dio tanta pena el vecino que la había dejado en la puerta de su casa que echó media corona al bote de cristal donde pedía la voluntad por

cualquier cosa que se llevaran. Pero la acuarela era de un paisaje nevado y pensó que a Nero le gustaría.

Lórim trata de centrar sus pensamientos en la acuarela mientras siguen caminando. En la cara que puso Nero cuando se la enseñó, a pesar de que la nieve, en lugar de blanca, estaba amarillenta. Y en la bronca que le echó Kózel porque el marco tenía carcoma. Se rieron. Lórim hace tiempo que no recuerda reírse con sus amigas.

Por suerte, no tienen que caminar mucho más, pero Lórim ni siquiera se tranquiliza al llegar al piso. Tiene un rumor como enquistado ahí, en el estómago. Cuando llegan al rellano, vuelven a mirarse. Denna se atusa el vestido que se ha puesto y se peina un poco, casi un gesto automático. También está nerviosa. Y llaman a la puerta. Tres toques: dos lentos, uno rápido. Pero lo hacen tan suavemente que temen que, desde dentro, no les hayan escuchado.

Sin embargo, a los pocos segundos se entreabre la puerta y les recibe un Enzo ojeroso. No dice nada, suspira y simplemente les invita a pasar. Parece que haya perdido peso y que haya envejecido en los pocos días que hace que no le ven, como si esas arrugas de seriedad se le hubieran quedado tatuadas sobre la piel oscura, contorneándole la boca y agriándole el gesto.

Y al fondo del saloncito, junto a la ventana, Kástor. Quieto. Una estatua. Aunque se le acercan, Kástor no se mueve ni reacciona, pero Lórim está seguro de que sabe quién es él. Parpadea dos veces. Vincula Aura aunque Denna le dedique una mirada rápida. No sabe si de reproche, quizá de advertencia más bien. Y no se equivocaba, porque Lórim percibe el miedo que emana de Kástor cuando lo mira. Sabe quién es. Lo que es.

—¿Qué... qué vais a hacerle? —pregunta Enzo desde un rincón.

Al instante, Lórim duda. Ese miedo irracional, casi líquido, que siente Kástor se le ha colado entre los huesos y piensa que sí, que él es culpable porque no detuvo a Zaaren cuando pudo hacerlo, porque nunca fue capaz de enfrentarse a su padre y ahora ya es demasiado tarde.

Lo único que puede hacer, lo único, es tratar de recuperar lo que ambos le

han robado a la gente inocente como Kástor.

—No vamos a hacerte ningún daño, Kástor. Te lo prometo —responde Denna, que sí se ha atrevido a acercarse a él y le ha puesto la mano sobre el brazo a Enzo.

Él no es Zaaren, quiere decir. No lo es.

—Vamos —indica Lórim mientras se acerca a Kástor sin tener muy claro qué hacer. Supone que como ambos hicieron con Kózel el año anterior; pero eso fue fácil en cierto modo. El daño era mucho menor. Kózel nunca fue un títere. Con Kástor, quizá lo primero que deberían hacer es explorar, comprobar qué heridas le ha hecho Zaaren en la mente, aunque Lórim cree que tiene una idea bastante clara. Los sirvientes en la mansión, con los años, eran simples cascarones, pero Kástor no, Kástor se va a recuperar, espera. Va a superarlo.

En cuanto él se acerca, Kástor se echa hacia atrás. Ha actuado por instinto, pura memoria muscular. Y eso, unido a ese miedo que se derrama de él, a Lórim le produce un dolor de estómago enorme, como si se le hubiera hecho un nudo y tiene muchas muchas ganas de marcharse.

Pero no lo hace.

No, no huye porque entonces Denna le da la mano y le habla con su voz de Aura, que le llega como un bálsamo a la mente, como cada vez que siente a Denna cerca.

«A eso hemos venido, ¿verdad? A ayudar, tú y yo. Podemos hacerlo.»

Sí, pueden hacerlo, piensa Lórim. Porque Dominio también puede ser algo bueno. Salvó a sus amigos. Dos veces. Ayudó a Kózel. Y puede ayudar a Kástor. Quizá, así, el miedo que le tiene desaparezca, quizá así pueda demostrarlo...

Pero entrar en la mente de Kástor es agotador, verdaderamente agotador.

««Tenemos que parar ya.»»

Llevar intentándolo unos minutos, e incluso con su voz de Aura, Denna parece estar sin aliento, como si le costara respirar; pero Lórim no se rinde.

Desde que Denna y él han establecido el Vínculo con la mente de Kástor, ha sido como nadar contracorriente. No les quiere allí. A cada momento, Lórim ha notado una resistencia feroz incluso aunque Kástor no haya movido un solo músculo desde que le pusiera la mano sobre la frente. Sin embargo, su presencia, mucho más viva dentro de su cabeza que fuera, ha sido un observador hostil durante todo el proceso.

La mente de Kástor está rasgada. No solo los últimos meses son un enorme vacío sino que también parece haber algo más. Solo tiene que ir un poco más allá, dar un empujón diminuto dentro de su propia mente. La mano derecha, la que no tiene sobre la frente de Kástor, se le cierra casi involuntariamente alrededor de la de Denna.

Esas hebras que se entrelazan y se cruzan y que representan la voluntad de Kástor están oscuras, como quemadas. Lórim las intuye como se intuye una telaraña de hilos finísimos. Normalmente, esa telaraña se muestra brillante, activa, ilumina y se conecta con todo lo que rodea. En esa parte de la cabeza de Kástor no sucede. Su voluntad está tocada, desconectada de sí misma como un músculo atrofiado.

««Lórim, ¿qué estás haciendo?»»

««Nada. Nada. Solo quiero verlo.»»

Porque Kástor está ahí, su voluntad, sus pensamientos. Solo necesita un empujón, encajar las piezas otra vez. Ni siquiera debería dolerle. Lórim no va a deshacer ningún mandato, no quiere recuperar un recuerdo robado.

Las venas le arden de anticipación. La voluntad de Kástor está a su merced. No. Rectifica; está en sus manos. Si pudiera tan solo tocar...

Es instintivo. Lórim vuelve a apretar el puño mientras llena de aire los pulmones y lo hace.



Entonces, sucede. A Lórim le ciega un fognazo que le desconecta de Kástor. Es rojo, lleno de furia. Debe de haberse mordido la lengua porque, en ese instante, le sabe la boca a sangre, es un regusto metálico, desagradable. Rechazo.

¿Pensaba Lórim que la presencia de Kástor era hostil? Hasta ese momento era una consciencia dormida, pero ahora que le ha despertado, les echa.

Lórim abre los ojos. Se da cuenta de que se ha caído hacia atrás y de que le duele la parte baja de la espalda. Denna está a su lado con los ojos cerrados enmarcados en ojeras moradas, profundas.

Pero Kástor está de pie. De pie, mirando a su alrededor como alguien que

acaba de despertar.

Les ve a ellos. Ve a Enzo. Se le acerca.

—*Nzo*. Estoy muy cansado.

Ha funcionado. Algo ha funcionado.



Apenas se quedan unos minutos más en el piso, el tiempo de intercambiar cuatro palabras de ánimos con Enzo, de despedirse de Kástor. Denna sale de allí con un sabor agridulce pegado al paladar porque Kástor ha reaccionado, sí, esa era su intención, pero no sabe qué precio han tenido que pagar para hacerlo. Sabe perfectamente qué ha hecho Lórim y... no se siente capaz de juzgarlo. Sabe que Lórim ha cruzado un límite prohibido, pero, al mismo tiempo, sabe por qué lo ha hecho. Ese deseo irrefrenable por ayudar, por demostrar que no es el monstruo que todos ven en él. Era un deseo tan ardiente como el propio Fuego que emanaba de Kástor y Denna... Denna lo entiende.

Lo único que le preocupa es que Lórim parece...

—¿Lo has visto? —Está a su derecha, pero da un salto para ponerse a su izquierda—. ¿Has visto cómo ha reaccionado Kástor? Enzo ha dicho que llevaba días sin hablar, sin moverse...

Lórim parece eufórico. Quizá no le convence estar a la izquierda de Denna y por eso vuelve a cambiarse de lado haciendo aspavientos.

—Ha reaccionado, sí —musita ella mientras, a pesar del agotamiento, Vincula Aura para rastrear a su alrededor. Nada. Nadie les vigila tampoco ahora—. Tienes razón.

Quizá Lórim no se ha dado cuenta de que Kástor, cuando ha respondido a su presencia, lo ha hecho con miedo. Les ha echado inmediatamente de su cabeza. Denna ha sentido como si le apretaran la garganta con un hierro incandescente

justo antes de romper el Vínculo con Aura.

—Quizá podamos ayudarle incluso más. ¿No crees? Es decir. Apenas hemos estado, ¿qué? Veinte minutos. Pero si regresamos otro día. O varios días. No lo sé, me gustaría poder ayudar. Yo creo que lo hemos hecho. ¿Qué opinas?

—No sé, Lórim. —Trata de mirarlo a los ojos, pero Lórim no para de moverse, casi parece que esté bailando.

Va a dejar que lo haga. Durante un rato, al menos. Toda esa energía acumulada, esa represión diaria de Lórim por no recurrir al Vínculo con su auténtica Familia... Denna sabe qué le está pasando. Es una reacción natural. A ella también le sucedía al comienzo, cuando entró en el Liceo y solo podía Vincular Aura en contadas ocasiones. Esa sensación tan placentera, tan parecida a sentir una brisa fresca en la cara, como si todos los músculos del cuerpo se te relajaran a la vez y los pulmones pudieran acoger más oxígeno. Es sentirse viva, en definitiva. Sin ataduras ni límites. Denna lo sabe bien y, por eso, va a permitirle a Lórim, ser él mismo, aunque sea hasta que lleguen al Liceo.

—Claro, claro —dice él meneando la cabeza—. Ya lo iremos viendo. Es eso lo que quieres decir, ¿verdad?

Supone que sí, porque no estaba pensando realmente en las palabras que le estaba diciendo a Lórim porque Denna también recuerda. Denna recuerda la promesa que le hizo. Esa sensación tan placentera y que tanto se parece a lo mismo que siente ella cada vez que permite que Aura fluctúe por sus venas es peligrosa. Porque Aura no es Dominio. Aura solo vigila, pero Dominio, por mucho que hoy Lórim lo haya empleado para hacer el bien, Dominio se alimenta de la voluntad de los demás y Lórim tendría a bien recordarlo. También ella.

—Sí. Algo así. Sí —responde ella sin mucho convencimiento. Porque sabe lo que le está pasando, por qué no puede parar de moverse, por qué ahora parece la imagen absoluta de la felicidad.

Pero luego llega la caída y Denna sabe que, por mucho que lo niegue, esta

vez no va a poder evitar tener una conversación con ella. Se la debe. Y, en cierto modo, ella también se la debe a él.

—Sí. Si tienes toda la razón —añade él. Entonces abre mucho la boca y en los ojos se le pone una ilusión de niño pequeño—. Mira, ¡está lloviendo!

Primero son apenas unas cuantas gotas, pero luego esa lluvia comienza a convertirse en un chubasco por derecho propio. Lórim, riéndose, se tapa la cabeza con una mano y la otra la usa para sujetar la muñeca de Denna y animarla a correr, si puede ser pisando todos los charcos con los que se cruzan, mientras a su alrededor los buhoneros del mercado se apresuran a recoger sus tenderetes. Cuando ya están llegando a la parada del metropolitano ninguno de los dos se fija en que ese cartel electoral que habían visto antes está completamente emborronado por una serie de manchas rojas. Entre acusaciones e insultos destaca el símbolo del Águila, que se ha comenzado a lavar con la lluvia dejando chorretones de pintura roja como heridas.



Vann no regresa al Liceo hasta que ya es prácticamente la hora de cenar. Se siente igual que lo hace siempre que entrena: vacío pero, al mismo tiempo, lleno de energía. A pesar de la lluvia que ha caído al final de la tarde y que ha dificultado la tarea, la colina del Templo de Tierra ha quedado limpia de escombros y de árboles muertos, y la vegetación volverá a crecer.

Se repondrán y se levantarán después, como siempre lo han hecho los suyos.

El trabajo físico también le ha ayudado a aclarar la cabeza. Eso, quizá, ha sido lo más difícil, pero la realidad es que no puede pasarse el día viendo al enemigo en Lórim porque no lo es. Kózel confía en él, los demás también, y eso debería bastarle por el momento. Recuerda ese «gracias» ahogado de Enzo cuando, gracias a la ayuda de Hérshel, lograron recuperar a Kástor y se

le estrecha la garganta. No sabe si al final habrán llevado a cabo esa idea de usar Dominio con él. No quiere pensarlo. Tienen otras prioridades, otros enemigos. Vann se ha ido repitiendo lo mismo todo el camino de regreso al Liceo y está convencido.

Al cruzar las puertas de hierro del Liceo se detiene un segundo para recuperar fuerzas. Apoya las manos en las rodillas, que están tan manchadas como el pantalón del uniforme y el chaleco, pero él se siente limpio, como si todo ese trabajo duro se hubiera llevado esa parte de sí mismo que estaba tan a flor de piel en los últimos días. También se ha hecho un rasgón en el codo de la camisa, pero no le preocupa. Para eso debería ser el uniforme: no para impresionar, sino para ensuciarlo cuando hay un buen motivo.

—Vamos —se anima dándose impulso hacia delante. Entonces se da cuenta de que, además de los suyos, otro par de pasos se acercan. Son pasos rápidos y cortos que, cuando se gira, resulta que pertenecen a la profesora Vórak, que está llegando al Liceo también.

Al contrario de cuando se la cruzó por la mañana, Vann la saluda pero ella pasa de largo, alejándose hacia las residencias de los profesores. En los jardines, un grupo de primero que juega a balón prisionero le arranca una sonrisa cuando se quedan mirando su uniforme destrozado. Hay gente que estudia, algunos que entrenan. Por un momento parece que todo lo que está ocurriendo en Blyd no ha tocado al Liceo; pero entonces recuerda la nueva pintada que ha aparecido en los aularios.

Ya está casi a su altura y a Vann se le frunce el ceño sin querer, en previsión por lo que va a ver.

Pero la pintada no está. Se adivinan, aunque con esfuerzo, contornos rojos sobre la piedra clara con la que está construido el edificio, nada más.

Lo que sí hay es una persona apoyada en la pared. Está leyendo pero levanta la cabeza al verle llegar y levanta ligeramente la visera de la gorra que lleva puesta.

—¿Cómo ha ido?

Esa gorra, siempre tapándole la cara. Vann pensaba que ahora que no tenía que hacerse pasar por un chico, ya no la llevaría, pero el caso es que, quizá, ambos piensan lo mismo. Sin esa gorra, Kózel no sería Kózel. Por eso Vann, en vez de quitársela, se sienta a su lado con la espalda apoyada en la pared.

—Ya está listo para replantar. Tardará unos cuantos años, pero volverá a ser como era antes. No han conseguido nada. Quemándolo, digo.

Kózel asiente en silencio. Se remueve lo justo para que sus hombros se toquen y se quita la gorra para pasarse una mano por entre el pelo rizado de la coronilla.

—Claro que no. Quemar cosas, hacer pintadas, es lo único que saben hacer.

—Pero siempre habrá gente dispuesta a levantarse. —Kózel, ahora que se fija, tiene las manos teñidas de rojo—. ¿La has limpiado tú?

Ella no dice nada, pero, por la sonrisa que le aparece en los labios, sabe que ha acertado.

—No he sido yo sola. De hecho ha venido un montón de gente. Pero ya se han marchado a la cafetería. Confieso que yo me he quedado aquí para colgarme todo el mérito.

—Pero ¡si acabas de decirme que ha venido todo el mundo a ayudar!

—Es que en el fondo soy muy humilde.

—Claro... —Vann deja escapar un suspiro y se inclina hacia atrás hasta que la coronilla le reposa contra la pared—. Puede que mañana haya otra pintada nueva.

—La limpiaremos otra vez. Te he guardado un estropajo.

—No te rindes nunca, ¿eh?

—La abuela dice que tengo la cabeza hecha de roca volcánica. No de esa porosa, sino de la que parece cristal y es absurdamente dura. Yo prefiero tomármelo como un cumplido.

—Se llama obsidiana.

—Eso. Obsidiana.

Vann vuelve un poco la cabeza para mirar a Kózel. Le brillan los ojos, pero

no sabe si es efecto del contraste entre luces y sombras del atardecer o por otra cosa. De pronto, Vann siente algo en el pecho, como una explosión. Le pasa a menudo. Siempre cuando está cerca de ella. Al principio no sabía reconocer qué era pero ahora que el corazón se le acelera y que se fija en ese rizo de más que se le ha escapado de la gorra, Vann ya sabe qué es y suspira. Lo hace porque todo es muy complicado, porque todavía resuenan en su cabeza las últimas palabras que le ha dicho Arán y tiene miedo.

Va a sugerir que vayan a cenar cuando, entonces, tras un resoplido que parece contener todo el peso del mundo, Kózel vuelve la cabeza y le dice:

—Hay otra cosa... —Kózel se detiene, el brillo que tenía antes en los ojos se agudiza, parece que le esté escrutando y Vann se queda quieto, dócil, permitiendo que lo haga, que encuentre en él lo que sea que busca. Y, entonces, por fin, Kózel continúa, lo hace de carrerilla y Vann no sabe si hasta con miedo, por el modo en que también le tiembla la voz—: Lórim lo ha logrado. Entre él y Denna han logrado desbloquear a Kástor. Ya habla.

¿Se puede sentir a la vez horror y alivio? Habría preferido no saberlo. Ese monstruo de las historias de sus padres y de sus abuelos vuelve a aparecer, aunque esta vez Dominio haya servido para una buena causa. Mira a Kózel y su expresión cuidadosamente esperanzada, y Vann duda.

Va a alegrarse. Lo decide de repente, como quien arranca una venda pegada a una herida. Sin pensar en cómo lo han logrado, va a alegrarse por Kástor y por todos ellos.

—Este sábado —dice—. Este sábado hay una movilización para replantar la colina. Si quieres venir. Si queréis venir —rectifica Vann—. Sería bonito que estuviéramos juntos.

Kózel simplemente asiente con firmeza.



Por la tarde estaba eufórico. Ahora le tiemblan las manos. Es un temblor constante que, después de tratar de mantenerlo oculto durante la cena, se ha vuelto todavía más intenso. Lo nota al tocar la barandilla de las escaleras que suben a su planta de la residencia. Es muy difícil agarrarla. Y también siente como si el temblor se extendiera por todo su cuerpo.

Esta vez no le han preguntado. Ni siquiera han intercambiado una mirada entre sí. Kózel charlaba con Vann, todos hacían planes para la plantación de árboles del sábado. Y han hablado de Kástor. No sabe si le ha venido bien hablar de eso porque, en cuanto lo hacían, recordaba cómo se ha sentido. Exultante. Pletórico. Feliz.

Hasta que, de pronto, han llegado los temblores. Han sido mucho peores que la última vez, después de rescatar a Kástor. Y, entonces, el sudor, la ropa al completo se le ha empapado y también tiene dificultades para respirar. Las ha mirado a las tres; a Denna, Nero. A Kózel. Querría gritar «KÓZEL», quería gritar que no estaba bien, que le ayudara, que le llamara melón, todas esas cosas que le dice siempre y que él cree a pies juntillas, aunque en el fondo siempre haya sabido que no eran verdad.

Además, es que ni siquiera habría hecho falta Dominarla. Solo gritar su nombre.

Ha sido ese pensamiento el que le ha hecho marcharse de la cafetería.

Ahora mismo, mientras sube con esfuerzo las escaleras de la residencia, nota cómo un silbido extraño le resuena por los bronquios.

Últimamente es cada vez más intenso.

Pero, claro, desde que llegó al Liceo, ha Vinculado Dominio casi siempre por accidente, por pura necesidad, porque no había otra salida.

Hoy, no. Hoy hasta sus amigos estaban de acuerdo. Hoy tenía permiso para satisfacer ese impulso que siente desde que se levanta hasta que se acuesta y que le ha acompañado desde que tiene memoria. Hoy podía dejarlo escapar.

Da un paso más y siente como si el crujido del escalón hiciera vibrar todo su cuerpo. Le cuesta dar un paso más y Lórim se sabe agotado. Pero, no, no es

por lo que le ha dicho Denna esta mañana, no es por abusar del Vínculo. Sino por todo lo contrario.

Lleva toda la vida odiando su naturaleza más primaria. Eso es lo que le tiene tan agotado que, ahora mismo, en el quinto escalón y le quedan otros cinco, Lórim tiene que apretar los ojos y los dientes con fuerza y se siente la cara roja, muy roja y las lágrimas a punto de explotar.

Porque no es justo. No es justo que todo el mundo pueda ser libre y sentirse bien consigo mismo y él no. Que tenga constantemente ese vacío inmenso que destruye todo lo que toca, que tuviera que inventarse a Lórim Hérshel para poder, al menos, sobrellevarlo.

Y no puede. Lórim no puede y cree que lo ha sabido desde siempre, pero hoy ya está seguro de ello.

Quiere más.

Quiere ser más y está aterrado y todo lo que ve a su alrededor le aterra.

—¡Hérshel! ¿Estás bien? ¿Te duele algo? —pregunta Izeen desde el borde superior de la escalera.

Lórim abre los ojos de golpe y fuerza esa sonrisa que, en realidad, le sale sola.

—¡Claro que estoy bien! —grita mientras pasa por delante de Izeen sin mirarlo.

Lórim corre por el pasillo. Corre cada vez más rápido hasta que llega a la azotea. La puerta cierra detrás de él con un portazo. Hay viento. Le refresca y, por un momento, esa soledad le reconforta porque no hay nadie, no hay presencias, no hay nada que aumente ese apetito que lleva sintiendo desde que Dominara a Kástor por la tarde.

Hasta que escucha que la puerta se abre.

—¡Lórim!

Es Denna. Él abre los ojos y se da cuenta de que está de pie sobre el alféizar con los brazos extendidos.



—Lórim, baja de ahí. —Las palabras le salen lentas, con mucho cuidado, pero en cuanto se da cuenta de que Lórim se ha percatado de su presencia y de que se baja de la balaustrada, se permite gritar. Un poco, al menos—. ¿En qué Rayos estás pensando?!

Pero Lórim no le responde. Se deja caer en el suelo, apoya la espalda contra la balaustrada y se echa las manos a la cara.

—No puedo, Den. No puedo.

Ella ya lo sospechaba. Ese trotar alegre cuando volvían al Liceo, esa energía solo podía llevarle hasta este punto. Mucho más a él, que siempre ha guardado su verdadera naturaleza bajo un armario con siete llaves.

Termina por sentarse a su lado. Estos temblores pasarán, ella lo sabe. Pero será lo único. Cuanto más use Dominio, más fácil le será sacarlo a flote. Y cada vez necesitará hacerlo con más frecuencia para no sentirse así. Pero están a tiempo. Están a tiempo.

Le pasa un brazo alrededor de los hombros, lo aprieta contra sí. Ya no le teme, no como le temía antes.

Entonces, Lórim levanta un poco la cabeza.

—¿Qué piensas de mí, Denna?

—Creo... —comienza—. Eres mi amigo, Lórim.

—No es eso... no es... —Él agita la cabeza—. No. No es eso. Es... ¿por qué, Denna? ¿Por qué eres mi amiga? —Lórim hace un barrido con la mano, como extendiendo la pregunta al resto del Liceo—. ¿Por qué lo son los demás? Yo... Yo no hago más que meteros en problemas. ¡Habéis estado a punto de morir mil veces por mi culpa! Porque yo, en realidad, no soy Lórim.

—Lórim. —Denna le toma la mano. Primero con un poco de cautela. Muy lentamente va bajando la mano hasta las de Lórim, que las tiene apoyadas contra las rodillas. Le coge una mano y se la aprieta—. Lórim, mírame. —

Lórim la obedece—. Lórim, ¿te acuerdas de por qué vine yo al Liceo? ¿Te acuerdas? —Lórim, mirándola, asiente lentamente—. Yo vine al Liceo para quitarme a mí misma el estigma de mi Familia. No pensaba en nada más. Yo soy Aura, sí. Y cada libro que leía, cada persona con la que hablaba, me decía que los Aura habíamos sido malos, que los Aura habíamos cometido crímenes. Es como... como si me mirara a un espejo y no reconociera quién me mira. Esa de la que hablan no soy yo. Yo decido quién ser. Tanto como tú decidiste ser Lórim en lugar de... —Denna baja la voz—. En lugar de Ascot Indrasil...

—Pero...

Lórim se retuerce un poco pero ella no va a desistir y continúa apretándole la mano.

—Déjame seguir, Lórim. Por favor.

El sol ya está oculto tras los arcos del Liceo y la luz anaranjada ahora se ha transformado en un azul oscuro que lo tiñe todo. Poco a poco, se van encendiendo lucecitas en los distintos edificios del Liceo. Y, de pronto, se enciende un farol, luego otro. En Blyd hay faroleros que los activan con Ilusión pero en el Liceo hay un acumulador Monsett que escuchan vibrar en la distancia. Denna continúa:

—Yo creo... Yo creo que... Lo que tú me hiciste, Lórim. —Ya se lo esperaba, Lórim está a punto de soltarle la mano, pero se la aprieta más fuerte—. Sí. Lo que tú me hiciste... No voy a quitarte la culpa ni la responsabilidad. Fuiste tú y he tenido que aprender a vivir con ello. Pero igual que he tenido que aprender yo, tienes que hacerlo tú. Porque eso forma parte de ti. Igual que Aura forma parte de mí. Pero no es lo único que somos. Hace unos meses me pediste que no te dejara convertirte en Zaaren. Y no, no voy a permitirlo. Pero es que Zaaren es Zaaren y tú eres... Lórim. Me ha costado mucho entenderlo; pero me di cuenta de que lo que te pasó a ti, lo que nos pasó a nosotros... era parecido a lo que yo llevaba escuchando toda la vida: que los Aura éramos los malos de la cinematografía. Y no. Depende de lo que hagamos con ello, Lórim. Y ahora es muy importante que tú... que tú demuestres a todo el mundo que

puedes controlarlo.

—Puedo controlarlo —repite él—. Esta ha sido la última vez. Lo juro.

Lórim tiembla y Denna lo abraza y le acaricia la cabeza y, entonces, unos minutos después, cuando Denna cree que Lórim se ha tranquilizado un poco, le dice:

—Yo... Yo ya te he perdonado, Lórim. ¿Podrás hacerlo tú?

Sorprendido, Lórim levanta la cabeza. Tiene lágrimas en los ojos.

—Gracias.

—No me des las gracias. Si yo te he perdonado ha sido por quién es Lórim. Has sido tú. Perdónate tú.

Viernes, 9 de octubre.

Piso en Valbazar. 6.10 de la mañana.



¿Dónde está?

Kástor abre los ojos. O ya los tenía abiertos pero no se había dado cuenta. Se ha sentado en el sofá y entonces. No recuerda más. Un abismo. Como si su cuerpo y su mente hubieran ido por caminos distintos durante no sabe cuánto. Todavía está oscuro. Pero no tanto como para que sea de noche.

Se levanta. Ve una puerta frente a él.

Está libre.

Está libre. Está a salvo.

Respira, Kástor, respira.

—¿Kástor? —Primero, la voz de Enzo y luego, cuando se da la vuelta, le ve —. Kástor. ¿Qué haces?

Kástor da un paso hacia atrás. Se apoya en la puerta que tenía delante justo al despertar. Quizá intentaba salir del piso, aunque no sabe por qué. No se acuerda.

Respira, Kástor, se dice. Al principio fue peor. Estaba en esta casa que no conoce con Enzo, lo veía y lo escuchaba, pero era como si todo ocurriera delante de él como en una proyección de orbe. Sin tocarle. Sin que nada de lo que ocurría resonara dentro de él. Está mejor. Pero sigue teniendo esos vacíos

en los que se pierde a sí mismo. Se repite que está a salvo y, aun así, el corazón se le acelera, rápido, sin avisar. Su cuerpo se prepara para un peligro inminente que no llega. No puede llegar porque está a salvo, le dijo Enzo.

Abre la boca para hablar. Enzo ya está delante de él y quizá si Kástor se lo pregunta, Enzo se acercase incluso un poco más. Kástor abre la boca pero ahí no tiene ninguna palabra lista para salir. Cree que apenas ha hablado en meses. Es como si se le hubiera olvidado cómo se hace.

Como todavía se le olvidan otras cosas, como dormir. O comer. O dónde está.

Está con Enzo.

Enzo se lo ha contado todo. Lo que ocurrió. Que han pasado meses. Que Zaaren se lo llevó. Él no recuerda nada. Quién sabe qué ha hecho. Le preguntó si había sido malo y Enzo dijo que no, pero Kástor cree que le mentía. Su madre llamaba «mentiras blancas» a esas que se dicen para no hacer daño a la gente y Kástor siempre ha querido preguntarle el porqué de ese color. Pero no puede ver a su madre. Ni a su padre ni a sus hermanos. Para estar a salvo. Es otra de las cosas que le dijo Enzo. Porque está a salvo pero podrían estarlo buscando.

—*Nzo*. —Ahora sí le salen las palabras, pero hablar es agotador. Enzo tiene un periódico en las manos, arrugado. Como también tiene las cejas arrugadas, las comisuras de los labios se le aprietan y se le llenan de líneas descendientes mientras se acerca rápido.

—¿Va todo bien? ¿Qué hacías aquí junto... junto a la puerta? —Hay una emoción ahí, en la expresión de Enzo y en el tono de su voz, pero no. Se le escapa, no sabe definirla. Ahora se arrepiente de haber hablado.

—Nada.

—Siento que no puedas salir, fiero. Es peligroso.

—Ya.

Enzo se detiene a su lado. Esa expresión que Kástor no logra descifrar sigue ahí, pero no quiere verla. Enzo trata de mirarle a los ojos, pero él baja la

cabeza mientras, sin que él pueda evitarlo, el mundo que lo rodea oscurece, como si toda su existencia fuera una casa a la que se le van cerrando postigos de las ventanas.

—Kástor. Eh, eh. —Enzo le pasa un brazo alrededor de los hombros. Eso es bueno.

De nuevo el corazón de Kástor toma la iniciativa. Le late cada vez más rápido. Kástor nota cómo la sangre caliente le llega a todos los rincones del cuerpo, a los músculos que están en tensión. Podría extender una mano y el piso entero se incendiaría.

Necesita aire.

O se enfría o se levanta o toda esa energía que se está acumulando en su cuerpo se escapará en un estallido. Se separa de Enzo aunque no quiera. Da tres pasos y medio hasta la ventana más próxima y la abre de un tirón. El día anterior, cree que fue el día anterior, prepararon tostadas para desayunar. A Kástor le gusta preparar tostadas, sostener las rebanadas de pan entre las manos hasta que estas humean, pero el día anterior se le quemaron. Simplemente, se olvidó de lo que estaba haciendo. Enzo dijo que no se preocupara.

—¿Te ha ocurrido otra vez?

Y si eso va a ser su vida ahora. El vacío y el miedo. Cuatro paredes.

De la puerta de la cocina al otro extremo del saloncito, cinco pasos más. Kástor fija la mirada en las baldosas de cemento hidráulico. Tres colores; crema de fondo, una cenefa verde formando un rombo de bordes redondeados y hojas, cree, de acanto, de color morado oscuro. Kástor ha descubierto que le sosiega buscar los patrones geométricos de las baldosas.

Hoy, no.

—*Lossiento*.

—No hace falta que pidas disculpas. ¿Quieres que trate de ayudarte? ¿Quieres que te deje?

Es una pregunta difícil.

—No —dice.

Cada baldosa se puede mirar por separado, son una pequeña obra de arte en sí mismas, pero si amplía su campo de visión, consigue ver que cada grupo de cuatro baldosas forma un diseño nuevo.

—¿No quieres que trate de ayudarte?

Enzo habla con voz muy suave.

—No.

—¿No quieres que te deje?

Kástor se muerde el labio. No quiere que le deje.

Enzo llega a su lado muy rápido. Pero es que el piso es pequeño, tres pasos. Todavía sin apartar la vista de las baldosas, Kástor extiende las manos. Ahí está, toca el cuello de su camisa, sigue con los dedos una costura hacia los brazos. Sus manos se crispan alrededor de las muñecas de Enzo.

—Eh, eh. Fiera. Vamos a intentar respirar, ¿de acuerdo? Poco a poco.

—*Pocapoco.*

—Así.

Toda su vida, Kástor se ha sabido distinto. Esa cabeza suya. Mientras, poco a poco, su respiración se vuelve regular y los latidos que amenazaban con agujerearle el pecho se aquietan, pierde la esperanza. No puede. Porque esa cabeza suya a veces le juega malas pasadas, le hace encerrarse cuando lo que le rodeaba se volvía demasiado hostil. Pero tenía cosas buenas. Y ahora. Ahora a veces le llegan imágenes, recuerdos rojos como el Fuego y gritos y voces que ni siquiera recuerda pero que sabe que ha vivido. Ni siquiera siente esa cabeza como suya. No sabe cuánto aguantará.

Un rato después, Kástor todavía respira con cuidado. Cuenta mentalmente cuántos segundos le lleva llenar los pulmones de aire, cuánto vaciarlos. Va a estar bien hasta que, de repente, todo se vuelva a desmoronar.

De reojo, mira a Enzo, que lee. Hay mucho silencio en el piso. El orbe está apagado, no hay un fonógrafo en el que escuchar música. Ningún estímulo.

Sabe que Enzo lo hace por él. Le preguntó por el Liceo y Enzo no le contó nada; pero él sospecha lo que ha ocurrido.

Le entristece. Le gustaría preguntarle a Enzo si de verdad ha dejado el Liceo o pedirle que vuelva y, a la vez, no. No es de buenas personas preferir que Enzo esté con él, y Kástor es bueno.

Enzo pasa una página del periódico. Apenas hace ruido aunque Kástor no sabe si es que se está esforzando por no hacerlo.

Sacude la cabeza. De repente quiere hacer algo. Es una sensación que se le hace extraña. Quizá por lo que le dijeron. Por lo que le ocurrió. Pero ahora su cabeza ha tenido una idea y su cuerpo responde. Se levanta de la silla que tiene, desde hace días, junto a la ventana abierta. Debe de ser todavía temprano, apenas está saliendo el sol.

Enzo levanta la cabeza cuando él se sienta en el sofá y se tumba acurrucándose a su lado.



Nedia Vorak, con los ojos entrecerrados, mira con rencor la luz que entra a raudales por la ventana de su cocina. Ha pasado una de esas noches en que no ha parado de dar vueltas en la cama, acosada por viejas pesadillas, las mismas que la visitan siempre que se pelea con su hermana.

—Hay que ser cabezota —musita para nadie en concreto.

Tras un instante de reflexión realmente corto, se sirve una nueva taza de café antes de salir de la casita que, como otros profesores, tiene en un extremo de los terrenos del Liceo. Sus compañeros están saliendo también. Nedia Vorak los saluda con una inclinación de cabeza que debería bastar para que no se ofendan por no saludarles y, a la vez, indica que el paseo que hay hacia los aularios pretende hacerlo sola, que vayan sin ella. Mientras atraviesa los

jardines, ve un nuevo recordatorio de que, incluso entre los profesores, también hay facciones. Nogha y Pymar Dimm, inseparables, feroces defensores del gobierno, incluso más que de la República al que este representa. Thienn charla acaloradamente con su esposa, Ipola Nock. Delante de los estudiantes, Erss Thienn es cuidadosamente neutral pero en privado el rencor todavía tiñe algunos de sus comentarios. Las peleas que tenía a gritos con el difunto profesor Koem todavía son leyenda entre el claustro de profesores. Las únicas que no participan nunca de las discusiones políticas entre los profesores son Dhelk, porque Dhelk nunca piensa mal de nadie y sus mayores intereses en la vida son el Vínculo y ese equilibrio en el que tanto cree, y luego, por supuesto, está ella.

Nedia Vorak tiene sus propias opiniones pero es lo bastante lista como para no compartirlas. Así, no importa de qué lado se decante la balanza, ella va a caer de pie. Es algo que su hermana no entiende. Puede decir que no tiene una causa, pero sí que la tiene. Y tanto que la tiene. Elera siempre ha sido la idealista de las dos. Por eso ella se quedó en el Liceo, con un trabajo estable, manteniendo los viejos contactos.

Es pura cuestión de supervivencia.

Y, por supervivencia, Nedia Vorak, acabadas las clases de la mañana, se detiene en medio del pasillo con el ceño fruncido.

—Blyzster. —Las palabras el día anterior de Brynn, ese detectivucho que ella sospecha que es quien ha metido a su hermana en ese embrollo, llevan revoloteándole por la cabeza toda la mañana.

Ha resultado ser algo extremadamente molesto, ha dado las clases mal y rápido, demasiado ocupada en pensar si de verdad algunos de sus estudiantes les desbarataron los planes a Elera y al detective. Al ver a Denna, casi por instinto, la ha llamado.

No cree que se refiriera a ella; hay muchas chicas con el pelo largo y oscuro en el Liceo, y Denna no haría nada tan estúpido como enfrentarse a un grupo

de Caballeros del Águila, pero, si de veras el detective hubiera visto a Denna, Nedra puede comenzar a sospechar de quién más estaba allí. El siguiente candidato es Hérshel por la simple y única razón que Hérshel tiene cara de meterse en problemas. Y Hérshel lleva a Hokulea y Cailie a remolque. Esos tres se han visto involucrados en todos los líos que ha habido en el Liceo por obra y gracia de Zaaren Kelsryn.

Nedra Vorak no cree en las casualidades. Le parecen una pérdida de tiempo.

—Señorita Blyzster —repite. Que la primera vez que la ha llamado Blyzster no se diera la vuelta tenía un pase, porque estaba lejos y el pasillo está lleno de gente que sale de sus clases, pero, a la segunda, Nedra Vorak se da cuenta de que Denna la está ignorando deliberadamente. A pesar de que comienza a alejarse, Denna tiene que sortear a sus compañeros mientras avanza por el pasillo y, en cambio, cuando Nedra camina, todos se apartan respetuosamente y no le resulta difícil alcanzarla—. Señorita Blyzster, ¿puede acompañarme un momento?

—¿Ocurre algo? —Denna hace la pregunta con una expresión totalmente neutra, quizá porque no sabe fingir sorpresa—. ¿Ahora mismo?

La vista se le va un segundo a sus compañeros, pero Nedra Vorak no quiere espectadores y los manda marcharse con un gesto brusco de mano que más les vale obedecer.

—Si llega diez minutos tarde a comer tampoco se va a morir, Blyzster.

No, la verdad es que el disimulo no es una de las habilidades de Denna Blyzster. Tampoco lo hace mal, pero Nedra ha estado observándola todos estos años y percibe el nerviosismo de la chica. Ya en primer curso comenzó a sospechar que ella era una de las suyas. Es pura estadística; cada tres o cuatro años ingresa un Aura de incógnito en el Liceo y Nedra Vorak quiere pensar que los ha identificado a todos. La mayoría de las veces ni siquiera necesita Vincular Aura ella misma para identificarlos porque, por otro lado, Vincular Aura en público sería altamente estúpido. No; hay algo en la forma en que se mueven, en que miran siempre a su alrededor, que les delata. Y ahora, mientras

ambas cruzan la puerta de su despacho, Denna Blyzster está tan a la defensiva como lo estaba el primer día que puso los pies en el Liceo.

—Usted dirá. ¿Hay algún problema con mis clases?

—No, mujer. Siéntese. —Nedia hace un gesto hacia una de las sillas tapizadas de piel oscura. Son oscuras a juego con la madera de las estanterías abigarradas y del escritorio que hay en el centro de la habitación, no porque Nedia piense que ese color sea un tanto intimidatorio—. La verdad, señorita Blyzster, es una tontería. Es sobre una historia loca que me han contado sobre usted y otro puñado de alumnos del Liceo peleándose con un grupo de Caballeros del Águila hace unos días. Y quería saber qué opina.

—Que es una historia muy loca, efectivamente. —No es que Denna mienta mal, la verdad. Contesta con voz firme, no desvía la mirada, pero desde luego se la ve completamente concentrada en mantener la firmeza y en no apartar la vista de sus ojos—. ¿Con un grupo de Caballeros, dice? Ya me contará por qué, suficientes cosas en la cabeza tengo ya, lo sabe bien.

Esto es, claro, una mención velada a la pequeña conversación que tuvieron el año anterior en el hospital, cuando le ofreció un puesto entre los Fantasmas de la Guardia si lograba cumplir las expectativas.

—No le estoy preguntando para amonestarla, si eso es lo que le preocupa.

—Profesora Vorak, me sobreestima usted. ¿Cree que si me hubiera peleado con unos Caballeros habría tenido la más mínima posibilidad de sobrevivir?

Si les ha entrenado bien, piensa Nedia Vorak, cree que sí.

—¿Vio usted a alguien más?

Quizá Denna y sus compañeros, hicieran lo que hiciesen allí, llegado el caso, puedan ser testigos a la hora de exonerar a su hermana. Podría testificar que los Dominaron. Porque puede que Elera no quiera su ayuda, pero, desde luego, Nedia podría simplemente actuar por su cuenta sin esperar que le dé las gracias.

—¿Qué razones tiene para afirmar eso que afirma? ¿Qué... fuentes? Podrían estarle mintiendo. Es mi palabra contra quienquiera que se lo haya dicho.

Nedia lo duda poderosamente. Es decir, puede, puede que el detective Brynn se equivocara, pero Denna desde luego está demasiado a la defensiva. Y eso, prácticamente, la convierte en culpable.

—Tiene toda la razón, Blyzster. Le pido disculpas. Tiene razón en que es su palabra contra la de esa persona, pero no me dirá que no es mucha casualidad que, en los lamentables incidentes del curso pasado, usted y sus amigos fueran los primeros en enfrentarse al Águila Blanca. —Claro que, cuando les preguntaron a ella y a sus amigos, dijeron que no sabían nada, que les habían atacado sin ninguna razón—. Igual que a Hérshel, Hokulea y Cailie les intentaron asar vivos en la biblioteca cuando estaban en primer curso. Casualidad. —Y aunque en el fondo tiene razón, pruebas, lo que son pruebas, no tiene. Nedia inclina la cabeza, los ojos entrecerrados—. No va a empeorar las cosas si me cuenta lo que está ocurriendo. Si lo que me han contado es verdad, ya está metida en un lío y yo solo quiero ayudarla. Por quienes somos. Sea cautelosa, Blyzster. Con todo lo que está ocurriendo, siendo tan pocos, sería una pena que no confiáramos los unos en los otros.

Denna sonrío, una sonrisa triste que no sabe de dónde viene.

—Si no tiene nada más que decirme, profesora Vorak.

Nedia Vorak siente una poderosa tentación de establecer el Vínculo y ver si puede Leer algo de Denna, pero se contiene. Puede esperar.



Hace unas horas ha ocurrido algo maravilloso.

Ha sido solo un detalle, cuatro palabras, pero tan importantes... porque Kástor se le acercó frotándose los ojos ya medio cerrados después de comer y le dijo: «Me voy a dormir». Y se fue a dormir.

Sí, desde que Hérshel hizo lo que fuera que hizo en la mente de Kástor, él

estaba mejor. Por lo menos hablaba, aunque tan poco como siempre. Pero durante todo este tiempo ha seguido teniendo pérdidas de consciencia y Enzo hoy también ha tenido que sugerirle que comiera, que se aseara y, cada vez que lo ha hecho, Enzo se ha sentido como si le clavarán agujas en el pecho, como si él mismo también le estuviera robando de nuevo a Kástor el libre albedrío.

Pero hoy, después de que comieran, mientras veían el orbe en el saloncito del piso, decidió por sí mismo que tenía sueño, que dormiría. Lleva durmiendo unas horas y Enzo, de vez en cuando, como ahora, se acerca para ver si está teniendo un sueño tranquilo. Kástor tiene las manos enredadas entre las sábanas y el pecho se le mueve rítmicamente, los labios entreabiertos. Kástor duerme de lado, pegado al borde de la cama, como si Enzo estuviera durmiendo a su lado. No ha tenido corazón de despertarle. Que duerma cuanto quiera, porque si le han robado la voluntad tantos meses que Kástor se ha olvidado que la tiene, él no le va a privar del placer de dormir hasta que el cuerpo le diga basta.

Enzo se gira para salir muy despacio del dormitorio que comparten. Ya ha leído todos los mensajes nuevos que ha recibido en el diario, son prácticamente su único contacto con el exterior. No hay mucho que hacer en el piso pero va a entretenerse igualmente con lo que pueda. Últimamente le está encontrando la gracia a cocinar. Entonces, un ruido le sobresalta. Sus sentidos parece que estén superafinados desde hace días, pendientes de cada cambio, cada cosa. Kástor no se ha movido, pero tiene los ojos abiertos.

—*Nzo. Nosdías.*

Luego hace un ruido pequeño, de animalillo en su madriguera, y se cubre la cabeza con la almohada.

—Buenos días, fiera. —Tampoco tiene corazón para decirle que, en realidad, son casi las siete de la tarde.

Kástor todavía tarda unos minutos en desperezarse. Enzo corta unas manzanas para la empanada que ha pensado hornear para la cena mientras le espera. Escucha sus pasos por el salón. Kástor se acerca dando un bostezo,

tiene el pelo despeinado y los ojos todavía entrecerrados, pero no llega a acercarse a él del todo. Se detiene al lado de la ventana de la cocina, la mano con la que había comenzado a peinarse extrañamente inmóvil.

A Enzo le da un vuelco de tristeza el estómago. Le ha vuelto a pasar. Kástor se ha quedado ausente, desconectado. Denna le dijo que podía pasar, que era normal. Que deben trabajar en ello. Dejando lo que está haciendo, Enzo se le acerca.

—¿Quieres ayudarme con esto?

Por la mañana, durante el desayuno, le ayudó, aunque quemó las tostadas. A veces, como cuando le sugirió que encendiera el orbe, así reacciona. Otras, como cuando volvió a sentarse en esa silla frente a la ventana, Enzo ha tenido que convivir con el silencio hasta que Kástor, por sí solo, vuelve en sí. Enzo cree que hoy ha sido uno de los días más largos de su vida y pasan unos minutos que se le hacen eternos antes de que Kástor asienta y le ayude, pero lo hace mirando todavía por la ventana.

—Lo siento.

—Ya —dice Kástor.

Sabe lo que le está pidiendo cuando mira por la ventana. No es la primera vez que lo hace en todo el día; pero no pueden salir. Por lo menos, no se atreven. Desde que le rescataron, Kástor solo ha podido ver a su familia una vez. Sus padres y sus hermanos pequeños vinieron la noche anterior. No sabe qué le dijeron, no era su lugar, así que Enzo se fue a ver a su madre. A ella también hace tiempo que no la ve.

—Podrían estar buscándote —le recuerda.

No usa el nombre de Zaaren. Nunca. No delante de Kástor; pero él ya lo sabe.

Quién sabe quién podría ser los ojos y los oídos de Zaaren.

Enzo piensa en que podrían llevárselo de nuevo y con solo imaginar otra vez esa impotencia de verlo alejarse ya le falta el aire.

—Ya —repite Kástor más flojito.

—Podrían...

—No. No van a hacerlo. Llevarme.

Kástor frunce los labios aproximándose a una sonrisa. Le sale más bien triste. Triste y no especialmente convencida. Debe de ser consciente de que por supuesto que pueden llevárselo otra vez si lo encuentran y no podrían hacer nada por evitarlo; pero Enzo se esfuerza por corresponder a esa especie de sonrisa temblorosa.

En el instante que intercambian las miradas, sin que él pueda evitarlo, Enzo se llena de calor por dentro y tiene que apartar la vista rápidamente o teme entrar en combustión. Los días han ido pasando desde que recuperó a Kástor y esas sensaciones han regresado poco a poco también. Una inquietud, un deseo que en circunstancias como estas cree que son compartidos.

Que besarse no se han besado todavía, están un poco donde lo dejaron antes de... antes de todo. Enzo no sabe si puede acercarse, si tiene permiso para hacerlo o qué. Eso sí, va a su lado, hasta que tocan hombro con hombro. Al instante siente cómo el cuerpo de Kástor hace presión contra el suyo. Con esto le basta. Siempre imaginó que acabarían viviendo juntos en algún momento u otro de su vida. En sus pensamientos primero lo hacían como en el Liceo, como amigos, alquilando un piso quizá más grande del que tienen ahora, o una casa con jardín y luego, casi sin atreverse, imaginaba que podrían vivir juntos como algo más que amigos. A veces los deseos se cumplen de un modo de lo más retorcido.

—Vamos a acabar esto, ¿de acuerdo? Así ya lo tenemos listo para la hora de cenar. Qué te parece, ¿eh?

La única respuesta que recibe Enzo es el silencio.

Kástor se ha quedado parado otra vez. La mirada vacía es lo que más le asusta, como si Kástor no estuviera ahí, como si volviera a ser un títere. Sabe que no debería hacerlo pero Enzo se deja llevar. Es injusto. Hace unas horas estaba bien, hace unas horas estaba como siempre y ahora todo vuelve a empezar de nuevo. Le coge de la mano pero la aparta rapidísimo con un siseo.

Arde. Kástor está Vinculando Fuego y ni siquiera se da cuenta.

—¿Nzo?

La mano le duele, puede notar la quemadura en la piel enviándole latidos de dolor por todo el antebrazo, pero se muerde el labio. Kástor le está buscando con la mirada, confundido.

—Vamos a preparar la cena, ¿de acuerdo?

Poco a poco, como si todavía estuviera volviendo en sí, Kástor asiente.

—Nzo. Qué. Te he hecho daño verdad. *Qu'ha* pasado.

—Nada.

Kástor nunca se enfada con él. Kástor a veces está de mal humor, que es distinto, pero no suele enfadarse. Sin embargo, ahora le dedica una mirada furibunda.

—Mentira.

Es Kástor quien se le acerca, le sujeta la muñeca con la mano todavía caliente. Cuando ve la marca roja en la piel de Enzo, esa ampolla que está a punto de aparecer, deja escapar el aire por la nariz.

—No es nada —trata de arreglar Enzo.

Pero en vez de convencerle, Kástor deja escapar un gruñido y se aparta, brusco, con las manos apoyadas en las sienes.

—Sí es. Estoy. —Más que respirar, Kástor resopla—. Harto.

—Necesitas tiempo para recuperarte, Kástor. Lórim dijo que con el tiempo...

—Hérshel.

—Sí... Lórim Hérshel —le recuerda él con cautela.

—Es Dominio. —Kástor, al hablar, arrastra esa última palabra como si le doliera—. Ayudó.

Enzo asiente poco a poco.

—Sí. Te ayudó.

Kástor vuelve a resoplar. Ahora por la nariz. Se separa de él y comienza a pasear por el saloncito como un animal enjaulado. Echa de vez en cuando vistazos breves a la ventana, se queda mirando un adorno en una estantería, o

esa acuarela amarillenta que representa un paisaje nevado que hay colgada de una de las paredes. Cuando lo hace, su expresión se contrae de extrañeza, como si no reconociese ninguna de las cosas que está viendo. Aprieta los puños. Luego se mete las manos en los bolsillos. Enzo se prepara para decirle «Eh, eh, respira, Kástor, respira». Pero no parece que sea uno de esos momentos y, quizá, quien necesita respirar mientras le ve pasear por la habitación sea él, no Kástor.

Entonces, de golpe, Kástor se detiene. Levanta la cabeza y sus ojos le miran. Parece hasta que le cueste enfocar la mirada mientras, con una mano, se golpea la sien derecha en un movimiento tan repetitivo que hasta asusta.

—No puedo. No puedo más. Enzo.

Sábado, 10 de octubre.

Ruinas del Templo de Tierra. 6.45 de la tarde



Kózel mira embelesada a su alrededor. ¿Qué es eso que siempre dice Vann? Que la gente no se da cuenta del poder que tiene. Hay quien usa la palabra «gente» en tono despectivo, como sinónimo de multitud (y las multitudes ya se sabe, son irracionales e impulsivas, «gente» no es lo mismo que «personas») pero Vann dice «gente» como quien dice «fe».

Muchos de los que hoy se han afanado por plantar arbolitos y recuperar el Templo de Tierra han tenido la misma idea de venir vestidos de verde, Kózel incluida. Y ella que pensaba que sería original, crípticamente simbólica... Se ve que no. Antes de salir del Liceo, también dudó un buen rato si ponerse la insignia de Ilusión que le regaló Vann. Al final decidió que sí. Por una vez. Porque hoy las insignias, aunque en cierto modo la incomoden, no son para señalar sino para reivindicar.

El día entero ha parecido una fiesta. Quizá ha servido para compensar todo lo que no se pudo celebrar durante el festival de Tierra.

La plaza estaba engalanada cuando han llegado. Los vecinos han colocado guirnaldas de enredaderas de balcón en balcón, y fanales listos para iluminar durante la noche. También ha habido música desde un escenario construido con cuatro veloces toques de tierra que han levantado el pavimento de la plaza

de la media luna. Allí, desde primera hora, se han sucedido bandas de música para amenizar el trabajo y oradores dando discursos de ánimo y de reivindicación porque nadie pierde de vista ni las próximas elecciones ni la razón, el ataque, que les ha reunido en la colina.

Y ha reunido a muchos. Ha reunido a multitudes. Familias enteras con las que han trabajado codo con codo durante toda la mañana, con quienes han almorzado sentados en el suelo para no perder tiempo, y con quienes han seguido trabajando por la tarde. Kózel está tan agotada como satisfecha.

Solo hay dos grupos de gente que no hacen nada. Unos, los periodistas. Hay un grupo en un rincón, grabándolo todo y entrevistando a la gente. Luego está la Guardia. Esa Guardia en la que tanto creía y donde quería ingresar en lugar de echar una mano, se ha pasado el día en el perímetro de la plaza, vigilando. La gente mayoritariamente les ha ignorado, aunque de vez en cuando había algún grito solitario y hostil hacia ellos, y Kózel cada vez que escuchaba uno, se encogía un poco.

—Deja el diario en paz, Hérshel, que no te va a mandar un mensaje Gelina Holín. Y pásame esa pala de ahí.

Lórim todavía tarda un segundo en apartar la mirada de su diario, pero cuando lo hace tiene una sonrisa no apta para menores en los labios. Kózel no reconocerá jamás que las había echado de menos.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Es una corazonada que tengo. La pala, por favor.

—Un momento, un momento... —Lórim saca del bolsillo un lápiz corto y mordisqueado por un extremo y garabatea algo en su diario antes de guardarlo —. Toma —dice por fin cuando le alcanza la dichosa pala.

Al principio, cuando han llegado, ha intentado cavar los hoyos para replantar los árboles Vinculando Tierra, pero se ha agotado rápidamente. Desde el mediodía que han tenido que hacerlo de forma manual. Kózel clava la hoja de la pala ayudándose con el pie, y aparta un puñado de tierra, pero, después de poner un nuevo árbol en el hueco, se detiene.

—¿Con quién estabas hablando?

Toda la gente a quien Lórim conoce, que ella sepa, está aquí; Nero y Denna están un par de metros más allá charlando con una familia y, por cuatro palabras que ha pescado Kózel al vuelo, entre las que se incluyen «hielo» y «osos», Nero les está contando cosas de su pueblo natal. Y medio Liceo. Durante toda la semana Vann ha estado haciendo gala de sus poderes de convocatoria, que son muchos, porque ha convencido por lo menos a una buena parte para que dedicaran su sábado de descanso a replantar la colina.

—Con nadie. —Lórim cierra la boca y al instante vuelve a abrirla—. Con Khari Bayler, que me preguntaba algo del Liceo. No importa. Ya está. Venga, que ya queda poco.

Que no sirva de precedente, pero Lórim tiene razón. La colina está casi plantada. Los árboles son apenas palitos raquíticos con cuatro ramitas verdes pero les han asegurado que en cuatro, a lo sumo cinco años, ya serán un pequeño bosque.

Y como su amigo tiene razón ahora es ella quien se detiene. Estira los brazos, que siente terriblemente fríos y entumecidos, y bosteza.

Es un bostezo muy corto. Todo el sueño y una parte sustancial del cansancio se le pasan de golpe.

—¡Aquí estáis! ¡Hacía rato que no os veía! —Vann se acerca a paso rápido, apenas si frena cuando se planta al lado de Kózel y le transmite toda la inercia acumulada en un abrazo que la levanta en volandas—. ¿Cómo estáis? Tenéis hambre, me imagino.

En la plaza, junto al escenario, un nutrido grupo de gente comienza a montar mesas largas, unos cuantos más empiezan a encender los fanales que cuelgan entre balcón y balcón; ya está anocheciendo. Otros llegan con ollas y bandejas cubiertas de papel encerado.

Kózel, además de hambre, tiene un cosquilleo muy tonto bajo las costillas.

—Nosotros sí te hemos visto, corriendo de acá para allá todo el rato.

—Bueno. Necesitaban voluntarios para la organización. Ha venido mucha

gente, ¿verdad? Es increíble. Toda la colina ha quedado replantada hoy. — Poco a poco, van bajando la ladera con cuidado de no pisar ningún arbolito y Kózel, por un instante, vuelve a recuperar esa esperanza por que todo vaya a ir bien que siempre se le contagia cuando Vann está cerca. Mucho más cuando este se detiene a medio camino y, mirándola a los ojos con esos ojos suyos, tan azules que hoy hacen juego con este cielo despejado de otoño que les ha acompañado todo el día, dice—: Muchas gracias por venir. De verdad. Significa mucho para mí y para todos.

Kózel sonríe porque sabe que el agradecimiento de Vann es genuino y que si alguien cree en ellos, es él. Pero la sonrisa se le congela en cuanto echa un vistazo al grupo que baja con ella la colina hacia las mesas que han montado para la cena.

Lórim no está entre ellos.



Solo será un momento, piensa Lórim mientras aminora el ritmo y deja que sus amigos bajen la colina sin él. No tiene muy claro cuándo ha empezado a ralentizar los pasos ni cuándo se le ha pasado por la cabeza hacerlo ahora mismo; pero, en realidad, tampoco tiene tanta hambre. Un vacío en el estómago, sí, pero no lo va a llenar con comida. Seguro que los demás ni siquiera se dan cuenta de que se ha marchado. Apenas estará unos minutos. Ni siquiera necesita a Denna, por eso ni se lo ha dicho, no por ninguna otra cosa, no.

Le prometió que no volvería a hacerlo.

Y, al mismo tiempo, Enzo le ha pedido ayuda y quién es él para negarle ayuda a un amigo.

Tras diez minutos caminando a paso rápido, Lórim se detiene frente a ese

familiar edificio alto y estrecho, de fachada ennegrecida por el paso del tiempo, donde está el apartamento. Los demás ni siquiera habrán comenzado a cenar todavía. Después, una última medida de precaución. Dándose la vuelta, Lórim parpadea dos veces seguidas mientras todo lo que lo rodea se vuelve opaco. Le llegan pensamientos dispersos de la gente que camina cerca, voces, algunas provienen de los pisos cercanos. Nada sospechoso, nada.

Y si funciona, se dice, será un héroe. Habrá valido la pena todo, los temblores y los remordimientos. Dominio habrá sido bueno para algo. Quizá es por eso, por esa idea que ya comenzaba a aflorar, que hace días siente un cosquilleo que no logra reconocer en la boca del estómago. Es algo nuevo como si algo estuviera anidando dentro de él. No porque Dominio le esté llamando, no. Es por ese pensamiento nuevo, porque quizá resulte que tiene razón, que él no es un monstruo aunque lo hayan sido todos los que han ido antes que él. Quizá la única diferencia es creer que del Vínculo con su Familia también pueden salir cosas buenas. A fin de cuentas, el Fuego quema, pero también da luz y calor. Y él, a lo mejor, pueda contribuir por sí mismo. Ya lo ha hecho antes. Salvó a sus amigos y salvó a Kástor. Hace unos pocos días también le ayudó. Por qué no otra vez.

Por qué no ayudar y, además, como ventaja añadida, dejará de sentirse así. Siempre sin aliento, como si llevara semanas en caída libre. Todo el mundo sale ganando. Todos.

Mientras espera, ya en el rellano, a que Enzo retire la cadena de la puerta para dejarle entrar, Lórim tamborilea nerviosamente el suelo con el pie izquierdo. Sí. Lo va a hacer. Justo antes de entrar en el portal le han asaltado las dudas, curiosamente con la voz de Kózel, y ha estado a punto de darse la vuelta y regresar al Templo de Tierra. Pero no se ha ido porque Dominio es lo único que puede ayudar a Kástor. Lo único.

Ese último pensamiento, dentro de la cabeza de Lórim, suena a estar tratando de convencerse a sí mismo mientras la sangre le borbotea una vez más a la altura de los oídos; pero justo cuando Enzo abre la puerta y le saluda, Lórim

se da cuenta de que, claro, es lógico. Todo esto es nuevo para él. Para todo Nylert. Que Dominio sea bueno.

—Al final he podido escaparme —dice Lórim cuando cierra la puerta.

—Gracias —musita Enzo mientras se aparta para dejarle pasar. Kástor está un poco más atrás, apoyado en la pared del recibidor, mudo—. Gracias por venir.

—Es lo menos que podía hacer. —Sacude la cabeza y trata de que su cara adquiriera una expresión tranquilizadora; pero en ese momento recibe un mensaje al diario. Él decide ignorarlo. Lórim prefiere concentrarse en cómo le ha hecho sentir ese «gracias» que le ha dicho Enzo al recibirlo. Le ha hecho estremecerse—. Kástor, ¿cómo estás?

Kástor no responde. Se aleja de él, del vestíbulo hacia el fondo del saloncito del piso. Quieran los Cielos, piensa Lórim, que pueda ayudarlo otra vez. Eso les demostraría a todos, a él mismo incluso, que está en lo cierto. Dominio es capaz de hacer cosas buenas.

—Sé que dijiste que posiblemente todo el daño que le hizo Zaaren sanaría solo, pero... —comienza Enzo pasándose incómodo una mano por entre el pelo rizado—. Pero lo hemos estado hablando. Si hay algún modo de acelerar el proceso...

Lórim levanta un brazo, un gesto mudo con el que quiere decirle a Enzo que no tiene que justificarse, que lo entiende, que lo va a intentar. Al bajar la mano, siente cosquillas en las puntas de los dedos.

En el mismo lugar, en la misma posición que la última vez, Kástor espera.

—Puede... —Lórim se acerca a Kástor. Le observa y luego mira de reojo a Enzo, que se ha quedado de pie un poco apartado. Tiene los brazos cruzados—. Puede que esta vez te duela un poco, Kástor. Pero no es un dolor real, no estará en tu cuerpo sino aquí —añade tocándose la sien—. Y luego se pasa.

Kástor asiente muy muy lentamente. Luego dirige una mirada rápida a la ventana. Lórim tiene la repentina sospecha de que está buscando vías de escape, pero luego susurra:

—Bien.

Lórim sonrío. Sabe, o por lo menos algo dentro de él se lo advierte, que no es el momento idóneo para hacerlo, no esa especie de sonrisa carnívora, enseñando los dientes, que le ha salido sola. Mejor no perder más el tiempo. Toma aire y mientras acerca la mano a la frente de Kástor, nota cómo el pulso se le acelera. Es la misma sensación que le invade siempre que sabe, de forma consciente, que va a Vincular Dominio, pero esta vez es más intensa. Una parte de Lórim duda. Denna le advirtió, pero las advertencias junto a cualquier otra resistencia que tuviera Lórim quedan rápidamente apartadas en cuanto la palma de su mano, ligeramente sudada (pero no hace calor. No importa tampoco), toca la frente de Kástor.

Primero, dos parpadeos. Aura. La mente de Kástor es lo único que ocupa todos sus sentidos. Entonces, Lórim profundiza todavía más. De Aura a Dominio hay apenas un paso, un empujón. Ambas Familias están estrechamente relacionadas, Dominio es solo una versión mejorada de Aura.

Puede ayudar todavía más a Kástor. Sus amigos le van a recibir como un héroe. Kózel y Nero le mirarán con admiración, Enzo y Kástor con gratitud, Denna con asombro. Incluso Vann, que no se fía de él, lo sabe, le dará dos golpecitos en la espalda, reconocerá que tenía razón.

Ahí está. Poco a poco va apareciendo ese entramado de hilos plateados, apenas visibles, que son un reflejo de la voluntad que mantiene unida la mente de Kástor. La última vez que pudo acceder a ellos, los percibía oscuros, como inertes. Hoy no, hoy tienen un leve fulgor apagado pero siguen debilitados, como una telaraña sacudida por un viento fuerte.

Con cuidado, se dice Lórim, con cuidado, se repite tras dar una inspiración profunda porque, a fin de cuentas, esta es la primera vez que va a hacer algo así.

Lórim sacude la cabeza. Al menos, cree que la sacude, no está seguro. No va a darle ningún mandato: solo quiere que Kástor se sienta todavía más vivo, que su voluntad se fortalezca, que sea capaz de sentir, de amar, de tomar sus

propias decisiones igual que cualquiera.

Entonces, se vuelve hacia esas hebras de voluntad. Adelanta una mano, o lo que él cree que es una mano dentro de la mente de Kástor, y tira. Con eso debería bastar. Pero, de pronto, duele. Lórim no sabe qué está ocurriendo, pero siente como si tuviera un punzón al rojo vivo en medio de la frente. Querría gritar, pero también siente como si tuviera la garganta anegada por un humo espeso que no sabe de dónde ha salido. Hasta que el dolor se vuelve físico. Lórim se siente caer. No. Siente que le empujan y escucha dentro de la cabeza un sonido ahuecado que resulta que lo ha producido él mismo al golpear la cabeza contra el suelo.

Por un segundo no ve nada. Se siente envuelto en una oscuridad absoluta, fría, como si toda traza de vida hubiese desaparecido. El corazón comienza a latirle a la altura de la garganta y teme asfixiarse. Está a punto de llevarse las manos al cuello cuando recuerda que debe romper el Vínculo y abrir los ojos.

Siente como si todos sus sentidos explotaran al mismo tiempo mientras la realidad, como una losa, se manifiesta frente a él. Todavía no sabe qué ha ocurrido y quiere hablar, pero tiene la garganta bloqueada, como si aún estuviera llena de ese humo que en realidad no existe porque solo estaba en su cabeza y la de Kástor.

Kástor.

Todavía con la espalda contra el suelo, Lórim vuelve la cabeza. Kástor no está a su lado. Está de pie, resopla. Las aletas de la nariz se expanden y se contraen, y una vena gruesa que le recorre el cuello parece a punto de explotar cuando Kástor, de pronto, suelta un gruñido que, en realidad, a Lórim le resuena en el cerebro con los últimos ecos del Vínculo como un grito de dolor.

—¿Qué le has hecho?! ¿Qué ha ocurrido?! —Enzo llega a dar dos pasos en su dirección, pero Kástor se mueve rápido. Un golpe preciso en medio del pecho y manda a Enzo trastabillando hacia atrás. Todo huele a humo.

Lórim trata de ponerse de rodillas para incorporarse mientras Kástor pasa por su lado. No pasa; huye.

Algo ha ido mal, muy mal.

—¡Kástor!

Enzo echa a correr. Ni siquiera espera a que él se incorpore. Le duele todo. La puerta del piso ha quedado abierta de par en par, escucha pasos apresurados que bajan por las escaleras.

Tiene que alcanzarlos. Lórim se ayuda del sofá para ponerse en pie, atraviesa el saloncito en una especie de tropiezo controlado. El vestíbulo. Se marea mientras baja las escaleras a toda prisa, pero, a la vez, va recuperando las fuerzas.

El último tramo de escaleras Lórim lo baja con el convencimiento de que, al siguiente escalón, va a tropezar y a bajarlos todos de golpe. Pero llega al rellano, a la puerta también abierta, todavía tambaleándose sobre sus goznes.

Kástor está en medio de la calzada. Detrás de él, un pequeño cuadríciclo de carga está atravesado en la carretera. El conductor, que debe de haber dado un frenazo para no atropellarlo, le está gritando obscenidades tocando la bocina sin parar. Enzo, tenso, con las piernas flexionadas para echar a correr otra vez, se acerca a Kástor muy lentamente.

Ha cometido un error. Ahora lo sabe. Lo que no sabe es qué error ha cometido. Ha tocado algo, un resorte. Quizá un mandato de Zaaren enquistado ahí, en lo más profundo de la mente de Kástor.

Pero puede arreglarlo. Sí. Lórim jadea. Puede arreglarlo. No. Tiene que arreglarlo, por todos los Cielos y por todo lo que ama y desea, tiene que arreglarlo porque, entonces, entonces...

—Déjame... Puedo arreglarlo —musita Lórim. Algunos transeúntes curiosos se acercan a ver qué está sucediendo y Lórim ya no sabe dónde encontrar dentro de él toda esa euforia, esa confianza en que estaba haciendo lo correcto de antes, pero, aun así, repite—: Espera, Enzo, puedo...

—Pero ¿qué has hecho?

—¡Nada! —grita él sin pensar—. ¡Ni siquiera había empezado!

Es una mentira blanca, se justifica Lórim. No pasa nada. De hecho, si ha sido

culpa de él o no, ya no importa.

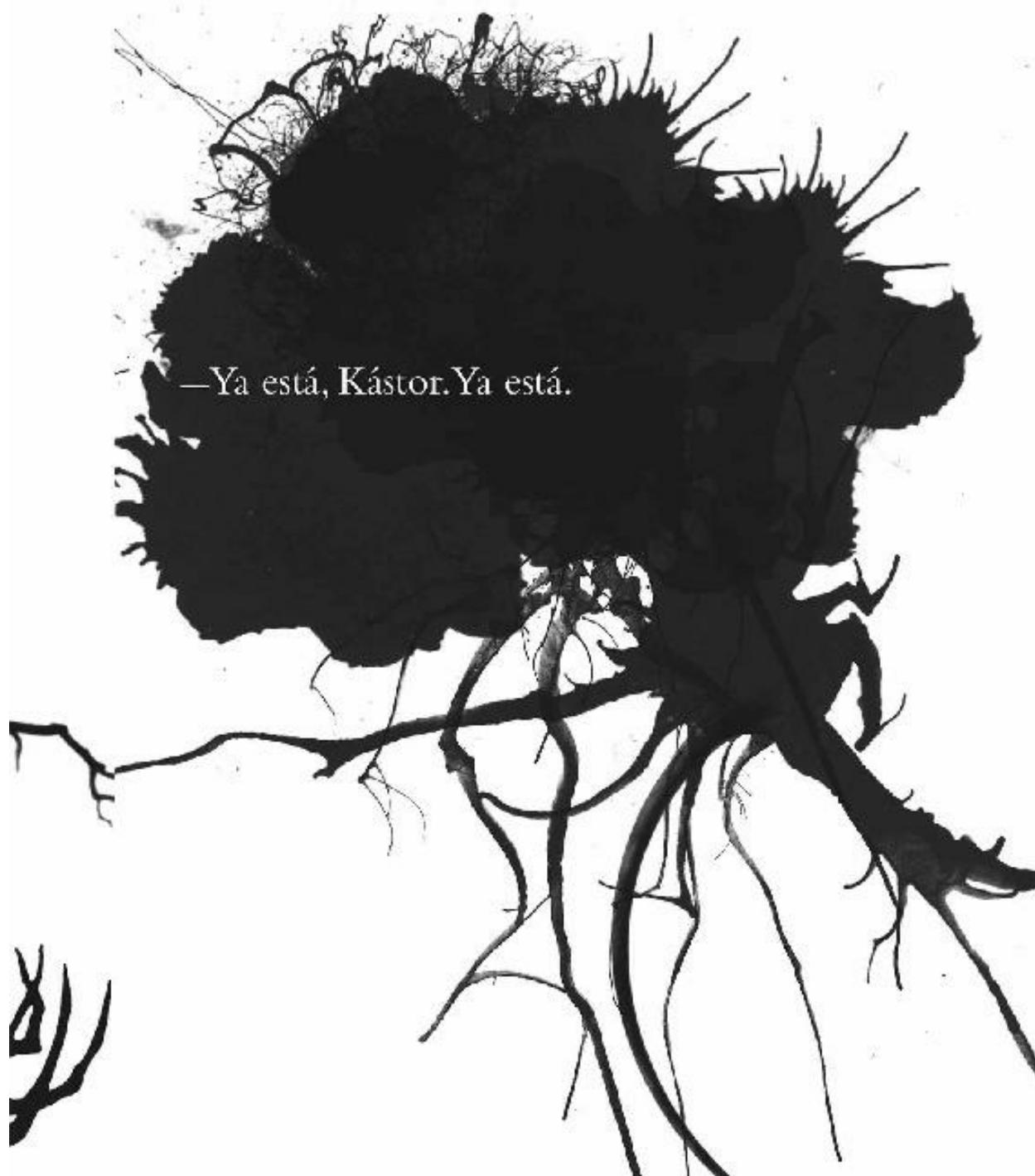
Kástor continúa en medio de la calzada. No se mueve mientras el conductor del cuadríciclo sigue dando bocinazos y profiriendo improperios. Lórim no puede pensar. Trata de acercarse a Kástor y este da un respingo. El conductor vuelve a gritar y deja de dar bocinazos cortos para pasar a uno largo, intenso y que no cesa. El ruido se le mete a Lórim en los oídos, le taladra la cabeza. Es muy molesto. Muchísimo.



Kástor retrocede un paso como si quisiera seguir huyendo mientras en la calle ya hay silencio. Por fin.

Lórim avanza un poco más. El cuerpo de Kástor se tensa, a punto para la carrera. Quizá, si lo dejara marchar, si lo siguiera, le llevaría hacia Zaaren, como intentaron hacer con Tanet...

Lórim se asusta incluso de haber pensado eso. Por eso, da una zancada para acercarse a Kástor y, sin tocarlo, le mira a los ojos.



—Eh, eh —susurra Enzo que, con infinito cuidado, pasa un brazo alrededor de los hombros de Kástor ahora que parece haberse calmado. De hecho, eso basta para que Kástor parpadee. Y lo primero que dice es:

—No ha funcionado. ¿Verdad?

—No, Kástor, lo siento mucho. —Poco a poco, Enzo lo va guiando de vuelta a la acera—. Lórim ni siquiera había empezado cuando te ha dado otro... otro de esos vacíos. Creo... Creo que vamos a subir al piso —dice entonces para Lórim—. Quizá... quizá sería mejor que descansara por hoy. Lo siento, gracias por venir igualmente.

—No hay de qué... —Las palabras le salen solas con un regusto de tristeza en el velo del paladar—. Quizá otro día, tienes razón.

Lórim se queda donde está incluso después de que Enzo y Kástor se metan dentro del portal. Permanece así unos minutos con la cabeza bulléndole. Todo ha ido tan mal y él se siente tan bien. Se marcha, decide. Retrocede sin darse cuenta del estrépito de bocinas y gritos que le rodea de repente. No ve al conductor del cuadríciclo que les estaba increpando. Es el mismo que se ha callado cuando Lórim le ha ordenado que parara y que todavía no se ha movido.

Tampoco ve, o no quiere ver, que detrás del cuadríciclo, una cola larga de vehículos detenidos llega hasta el final de la calle.



Están listos. Ya ha empezado.

Por fin.

Le ha costado entender que no podía avanzar a ciegas. Ya se precipitó una vez y las consecuencias fueron terribles. El pueblo no estaba preparado, la rechazó. Y perdió. Perdió la batalla y algunos buenos caballeros.

Por eso, ahora está convencida de que va a ganar. Han sido unas semanas intensas de preparación, de reuniones interminables, pero esta vez no con Archen y su camarilla. Ellos han tenido que aceptar su voluntad. Ya les

recompensará a su manera por sus servicios y su apoyo más adelante.

Su llamada surtió efecto. Todo se ha precipitado de un modo incontrolable y, a la vez, maravilloso. Y ahora ya están listos. La capucha de su capa ayuda a cubrirle el rostro mientras ella y su consorte se mueven lentamente por las calles, una pareja más entre las pocas que se han aventurado bajo ese viento de otoño que persiste desde media tarde. Unos metros por delante de ellos, dos de sus Caballeros abren el camino, vigilan.

No van lejos. Al final de una callejuela discreta, otros dos de los suyos la esperan frente a una puerta de doble batiente, desvencijada y triste. El Águila Blanca entra agachándose por debajo de un quicio demasiado bajo.

Ha estado a la sombra demasiado tiempo, sí; Archen, esos Aura y Fuego que la han ayudado son gente poderosa. Han sabido sobrevivir en un mundo que les odiaba gracias a su discreción, a su astucia, y han prosperado. Pero para tomar el poder hace falta más. Hace falta fuerza.

Atraviesan, ella y su consorte todavía de la mano, pasillos sucios. Aquí y allá, en los rincones, apilados en varios pisos contra las paredes, hay barriles cubiertos de polvo. Todo el lugar apesta a alcohol rancio, a excrementos de roedor. Al final del último pasillo, más desordenado que los anteriores, ve luz, escucha bullicio.

El Águila Blanca llega a una sala mal iluminada; pero, aun así, la luz la deslumbra cuando se aparta la capucha de los ojos.

El espacio es grande, un techo abovedado en las alturas, sin apenas ventanas. El aire denso de humo, de humanidad. Es una especie de taberna con largas mesas que abarcan todo el salón principal. Un lugar discreto, le han dicho sus informantes en cuanto le han comunicado que la estaban esperando. Era peligroso reunir a tantos en su residencia y, desde su golpe fallido, las ratas del gobierno vigilan los túneles que hay bajo la ciudad. Necesitaban un lugar donde no despertar sospechas.

Deben de ser centenares, una marea vestida de rojo. En sus pechos brilla el escudo del Águila Imperial y las insignias de sus Familias: Fuego, Rayo,

incluso Aura. Y hay todavía más, le han asegurado, que ya están en camino, que ya están repartiéndose por todos los rincones de la capital. Los Caballeros del Águila han estado escondidos, pero, al igual que ella, no han estado ociosos. Han buscado nuevos aliados, nuevos soldados para su causa en Blyd, en todo Nylert. El bullicio cesa de repente. El Águila Blanca estrecha la mano de Álek, pero él no le devuelve el gesto.

Pese a todo, el Águila Blanca avanza, deja atrás a su consorte. Hombres y mujeres se levantan a su paso y el Águila Blanca parpadea dos veces. Deja que su amor, que su reconocimiento y su admiración la llenen. A cada paso que da, sus músculos parece que se fortalezcan, se siente más poderosa, más preparada.

—Hoy es el día —murmura primero; pero luego lo repite en voz alta.

Sus palabras resuenan en las bóvedas de crucería del techo, sus seguidores las recogen y las repiten entre ellos. Al fondo de la sala, alguien comienza a golpear rítmicamente una de las mesas. Pronto, la taberna se llena del sonido de un ejército preparado para la batalla.

Puede que haya necesitado el amparo de ricos y poderosos durante un tiempo. Puede que se haya refugiado en sus palacios y escuchado sus consejos, pero no era allí. Es aquí, es aquí, donde todo empieza.

El Águila Blanca vuelve a pasearse por entre las mesas y los bancos. A su paso, los suyos se levantan.

Sábado, 10 de octubre.

Colina del templo de Tierra. 7.32 de la tarde



El diario es una herramienta excelente. Algunos han llegado a decir que solo por la mera existencia de esos libritos con los que mandar mensajes mediante Ilusión, el mundo ha cambiado para bien. Nadie habla de la frustración infinita, incendiaria, que produce escribirle a alguien y no recibir ninguna respuesta.

—Es como una maldición —masculla.

Una hora llevan buscándole. Una hora. Y no es que sospeche que Lórim ha hecho una locura. Lo sabe. Porque siempre ha sido así. Porque ella no aprende y confía, y confía, y confía.

Eso no es amistad. Eso es ser idiota. Mira a su alrededor aunque tampoco espera verle. El ambiente continúa festivo, en el escenario improvisado que hay en la plaza sigue un grupo de músicos, incombustibles, que amenizan la cena. Ya van por los postres, unas tortas grandes regadas con azúcar y anís que ni han probado.

—¿Qué hacemos? —les pregunta a Denna y a Nero.

Ha escrito dos páginas enteras de mensajes a Lórim, y no responde. No está por ninguna parte de los alrededores, le han buscado, han preguntado. Vann todavía sigue en ello. Le busca con la mirada y lo ve lejos, hablando con unos

y con otros. Otra vez, cuando se ha enterado de que Lórim no estaba, ha puesto esa expresión neutra, de grito reprimido, que Kózel tanto odia.

—Podríamos marcharnos —dice Nero de repente.

Kózel la mira. Esa frase, de repente, le ha parecido fuera de lugar. Nero tiene las manos en los bolsillos de los pantalones anchos, de color verde, que lleva y se balancea muy ligeramente.

—Estamos asumiendo que ha hecho alguna temeridad, ¿verdad? —Denna también le ha mandado decenas de mensajes, pero ahora guarda el diario en el bolso, pensativa.

—Las temeridades son la especialidad de Lórim —masculla Kózel. Se quita la gorra y la estruja con las manos como un sustituto temporal del cuello de su amigo. Piensa qué tienen que hacer ahora, qué puede haber ocurrido. Quizá deberían ampliar el alcance de su búsqueda. O no. Dejar a Lórim que haga lo que quiera, que se ponga en peligro, siempre que lo haga él solo. Quizá así aprenda.

Y eso que el día, a pesar de todo, a pesar de que la ciudad parece estar rompiéndose y de las pintadas y de los incendios, había comenzado tan bien.

Ahora Lórim no está.

Y ahora, también, escucha gritos. El ruido no solo le llama la atención a ella, sino también a la gente que todavía estaba cenando cerca del escenario bajo la luz de los fanales. Un grupo de gente, reunidos en un corrillo, están alzando cada vez más la voz y Vann resulta que se está acercando a ellos también. Primero lo hace con expresión intrigada, pero a los pocos segundos lo que tiene es una palidez de sepulcro.

Kózel da un paso en su dirección. Ve cómo Vann retrocede, cómo busca algo con la mirada y la encuentra a ella.

Kózel tiene que dar otro par de pasos en su dirección para caer en la cuenta de que, en realidad, Vann no la está observando a ella sino a lo que hay detrás de ella.

Lórim.

Cuando Kózel se gira para comprobar qué es lo que está mirando Vann, ahí está, llegando a la plaza con paso apresurado. Aun desde lejos, Kózel puede verle los ojos desencajados.

Pero, no, Vann no está mirando a Lórim tampoco.

Porque detrás de él, con paso marcial, justo al borde de la colina, aparece un grupo de gente. Todos llevan ropas rojas de Caballeros y púrpura imperial.



Enzo le ha dicho que ha intentado escapar del piso. Él no se acuerda. Mejor.

No ha funcionado. Hérshel ha venido a ayudar, pero no ha funcionado y él tiene una frase atascada en el paladar desde hace horas. Kástor no sabe si está más enfadado que triste. Ambos sentimientos, la frontera del uno indistinguible de la del otro, ocupan todos sus pensamientos.

Pero por lo menos siente algo. Eso es bueno. Hace días, después de que lo rescataran, no sentía nada.

Kástor cierra los ojos. Por un momento, las luces de la calle aparecen como fantasmas en sus retinas. Lleva horas mirando por la ventana. Da una orden a sus piernas; que le levanten. Es un pequeño triunfo que obedezcan. Da otra orden, ahora a sus pulmones. Respirad. El pecho se le hincha y esta sobreabundancia repentina de oxígeno provoca que se le acelere el corazón.

O quizá es por otra cosa. Enzo, desde el sofá, le está mirando. Quizá por eso el corazón le ha dado un salto hacia delante como un galope.

Kástor le dio un beso aquella vez. Antes de que todo se torciera. Puede que no se acuerde de todos esos meses pero de aquello, de ese instante justo antes de que Zaaren se lo llevara, se acuerda perfectamente. Estaban cerca, el uno frente al otro. Nervioso. Le temblaban las manos porque a Kástor no le gusta que le toquen y menos tocar a nadie. Sabía que en la mayoría de los casos es

solo un instante, un parpadeo hasta que su cuerpo se acostumbra y cede. Pero quería darle un beso y un beso es algo distinto a un abrazo, a un golpecito en la espalda. Un beso era romper una barrera más. Entonces cerró los ojos. Cerrar los ojos le ayuda, y se inclinó hacia delante. Cree que es lo más valiente que ha hecho en toda su vida.

Kástor cierra los ojos ahora con la cabeza ladeada. Cuando los abre, Enzo se ha levantado del sofá y se acerca.

—No me voy a rendir, sabes.

Por fin. Por fin le salen las palabras. Enzo sonríe. Hay tristeza ahí, pero también otra cosa más. Enzo parece que también esté dividido entre dos sentimientos.

—Vas listo si te crees que yo sí, fiera.

Kástor deja escapar el aire por la nariz, una risotada en su mínima expresión.

Es justo entonces, como si estuviera preparado de antemano, cuando ven el resplandor rojo a través de la ventana y escuchan el sonido, lejano, de los cristales rotos.



—¡Hérshel! ¡Por mil generaciones de Antepasados! ¿Dónde te habías metido?

Allí está. No la habría visto entre la gente, aunque su silueta esté iluminada por los farolillos que cuelgan de punta a punta de la plaza. Suerte que le ha gritado. Le hace gracia que Kózel crea más importante echarle la bronca por haber desaparecido en lugar de fijarse en los problemas que se avecinan. Ojalá pudiera reírse. Se le ha olvidado cómo. Se siente las mejillas de piedra y la garganta como un puño apretado. Quizá sea por correr, porque viene

corriendo. No cree que haya tardado tanto, apenas un par de horas. No quería huir.

—No quería huir —dice, aunque no cree que Kózel le haya escuchado. Todavía está a unos metros de él, pero se le acerca a paso rápido. Denna y Nero también, juntas, le miran—. No quería huir —repite pero cree que quería decir otra cosa. Se le ha olvidado. Solo estaba dando un rodeo, atesorando un poco de tiempo para que su cuerpo volviera a la normalidad, para que se le aclarara la cabeza—. Te lo prometo.

También prometió que no dejaría que Dominio tomara el control y no es que haya tenido mucho éxito.

Alguien le da un empujón. Lórim se debate con el cuerpo alerta, como les enseñan en clase de lucha, pero no ha sido un ataque. Hay gente y esa gente se está replegando al fondo de la plaza. No hay pánico todavía. Recelo, sí. Precaución.

Claro. Ahora se acuerda.

Cuando regresaba, ha encontrado más gente dirigiéndose, como él, hacia la plaza. Ha sido entonces cuando Lórim ha echado a correr. Para avisar de que estaba llegando gente con banderas, ropajes rojos y el símbolo del Águila bien visible, que gritaban consignas, que rezumaban resentimiento.

Las manos de Kózel sobre los hombros son como anclas. Le sacuden fuerte. Siempre se ha preguntado cómo es posible que tenga tanta fuerza con lo pequeña que es.

—Estoy bien.

—Sí, seguro. Ven, ven.

Tira de él. Lórim trastabilla mientras trata de mirar hacia atrás. No son muchos, debería sentir alivio. Lo ha dicho alguien por la mañana, que esperaban algunas protestas. Lleva ocurriendo desde el verano, habría sido muy inocente pensar que los que quemaron la colina en primer lugar se quedarán en sus casas viendo *Pasión de Fuego* en el orbe.

Kózel lo empuja, prácticamente le obliga a ponerse junto a Nero, Denna y

Vann. El movimiento, aunque no es especialmente brusco, lo aturde. Lórim mira a su alrededor para situarse y se da cuenta de que Denna ha abierto la boca, le parece que quiera decirle algo, así que se inclina hacia ella, pero al final, o el griterío ahoga sus palabras o no dice nada. Como ellos, mucha gente se ha ido replegando a los pies de la colina, poniendo tierra de por medio entre ellos y los otros.

De repente, algunas cabezas se vuelven hacia la derecha. Durante toda la mañana ha habido guardias en la periferia de la plaza, pero ahora deben de haber llegado más y se acercan para ocupar el espacio que queda en medio. Lórim querría preguntar por qué parece que se encaran más hacia los Tierra que hacia los lealistas. Si ellos no estaban haciendo nada malo. Solo plantaban árboles.

—Ya nos esperábamos algo así. Que nadie se ponga nervioso. ¿Vosotros estáis bien? —Vann tiene los brazos extendidos como si con eso pudiera proteger a todo el mundo, a los suyos y a los que les rodean. Está de cara a ellos pero a cada pocos segundos mira hacia la Guardia y a los lealistas que tienen detrás—. ¡Calma! ¿Me oís? —Por un momento su voz logra rebasar el alboroto creciente de la plaza. Al fondo, se escucha un cántico, una canción de labriegos transformada en himno—. ¡Esto está lleno de filmadoras de la orbevisión pública! ¡Si usan la violencia van a demostrar quiénes son en realidad!

Juraría que escucha a Nero que murmura:

—No sé si les va a importar mucho a ellos...

La gente a los pies de la colina se apiña todavía más. Lórim coloca los codos paralelos al cuerpo en un vano intento de mantener un poco de espacio a su alrededor. No quiere que esa gente esté ahí. Lo desea con una fuerza que comienza a dolerle en los huesos.

No quiere que uno de los lealistas se adelante tampoco. Pero lo hace. Por un instante la cabeza de Lórim deja de registrar toda la actividad frenética de la plaza para centrarse en una sola figura, vestida de negro, que se adelanta y

hace un símbolo intrincado con los brazos. Al instante el Fuego emana de sus manos con un estallido de pirotecnia y toma la forma de la maldita Águila. Le persigue. Le persigue allá donde va.

Lórim retrocede. Choca de espaldas con alguien a quien no conoce y que le dedica un grito de advertencia.

—Quiero marcharme de aquí. ¿Podemos marcharnos? ¿Por favor? ¿Por favor? —pregunta con un hilo de voz.

Busca una mirada o un gesto amigo, de quien sea. De repente, la mano de Kózel (esa fuerza; no lo entiende) le sujeta el codo, y puede respirar porque Nero se coloca a su lado y Denna al otro.

Sabe que es imposible, pero tiene la sensación de que Denna sabe lo que ha hecho antes, con Kástor. Quiere vomitar. La hostilidad que bulle en la plaza le golpea. No debería. No ha activado el Vínculo con Aura o, al menos, no se ha dado cuenta. Últimamente hacerlo se ha convertido en algo cotidiano. Tan fácil, a dos parpadeos de distancia, pero Lórim sabe que es peligroso abrir la mente con Aura cuando hay mucha gente alrededor, que los sentimientos se contagian.

—¡Vann! —La cabeza de Kózel apenas asoma entre toda la gente, pero, de algún modo, consigue que él se gire en su dirección—. Lórim no... Vamos a salir de aquí, ¿de acuerdo? Esto se está poniendo demasiado intenso...

Ve a Vann asentir una fracción de segundo más tarde de lo que debería y, luego, girarse hacia las personas que les rodean.

—¡Todo el mundo! ¡Abrid paso! ¡Dejad que quien lo necesite se aparte...! — Pero la masa sigue inamovible a su alrededor. Vann vuelve a gritar. Se yergue todo lo que puede pero a la segunda llamada que hace para que les dejen paso, una voz de entre la multitud le responde:

—¡Si flaqueamos ahora habrán ganado!

—¡No gana nadie! —replica Vann—. Por poco que nos guste, tienen tanto derecho a estar aquí como nosotros. Ya se cansarán. Solo hacen ruido.

Ruido. Es verdad que hay muchísimo, se dice Lórim. Cree que le va a

estallar la cabeza.

—¡Eres un iluso, Strainir! —le contesta la misma voz. Femenina. Es la furia hecha sonido—. ¡Están por toda la ciudad! ¡Nos están llegando noticias de...!

Y el ruido de veras que es tan grande que se traga esa voz. Vann se vuelve como si le hubieran dado un bofetón.

—¿Qué noticias?! ¡¿Qué Rayos estáis diciendo?!

—Vamos a irnos, Lórim. ¿De acuerdo?

No sabe si la voz de Kózel se la acaba de imaginar. Hay demasiada gente que habla a su alrededor.

—¿Cuánto más tendremos que aguantar? —Una nueva voz. Joven, masculina y marcada con un acento de vocales ásperas, pero que no sabe de dónde proviene, espeta—: ¿Cuántas más agresiones? ¡Somos más que ellos! ¡Somos más fuertes!

—Pero ¡no se trata de fuerza! —Vann mira a todos lados y a ninguno a la vez. Incluso él, él, y Lórim no se lo cree porque es Vann y Vann nunca se rinde, parece flaquear. Pero entonces respira hondo y su voz se alza otra vez—: ¡Se trata de legitimidad! ¡De derechos! ¿Para qué hicimos la Revolución entonces? ¿Por la fuerza? ¿O porque era justo?

—¡Tú no hiciste la revolución, mocoso! La respuesta armada fue la única solución la última vez. —En esta ocasión Lórim sí ve quién habla, es una mujer con un cabello que, más que cano, parece una cascada plateada. Cree que es la misma que hablaba antes—. Estos últimos veinte años el gobierno tendría que haberse dedicado a aplastar a toda esa chusma leal al antiguo régimen en vez de reírle las gracias. No actuar contra ellos para no abrir heridas ha sido un error... ¡Míralos!

Lórim no sabe por qué, si esas palabras no van dirigidas a él, se vuelve hacia los manifestantes del otro lado de la plaza. Parpadea. Podría solucionarlo con unas pocas palabras.

Un estrépito hace que se encoja instintivamente. La Tierra tiembla. No es lo bastante rápido para apartarse, suerte que una mano amiga lo hace. Nero.

—Cuidado.

El ruido lo ha producido una porción de la colina del tamaño de una pelota de balón prisionero que recorre la plaza rodando, esparciendo rocas y arena y un arbolito desafortunado por el camino. Todo queda en nada. Lórim no sabe por qué espera escuchar al profesor Nogha señalando los errores cometidos por el chico que ha lanzado el ataque.

Ahora, un fogonazo de luz. ¿Otro ataque? Lórim se gira pero no. A unos pocos metros de ellos, los periodistas que habían estado cubriendo la plantada de árboles en la colina han encendido sus filmadoras.

Si antes la multitud se había replegado contra la colina, ahora hacen lo contrario. Algunos empujan hacia delante. Lórim no podría detectar si alguien se ha fijado en ellos ni aunque quisiera. Pensamientos de todos los bandos le caen encima como una lluvia torrencial. Hay una mano, la mano de Denna, que se cierra alrededor de su muñeca. Lo hace para ayudar, Denna siempre ha tenido mucho más control de Aura que él, puede ayudarle, pero ¿y si Lee lo que ha hecho hoy con Kástor? ¿Lo que está haciendo ahora, que es incapaz de desvincular Aura, como si se le hubiera pegado a la piel? Lórim se aparta de ella de un tirón.

—¡Lórim!

Escucha un grito, pero a destiempo.

—Hay mucho ruido, Denna, demasiado...

Ojalá hubiera un poco de silencio.

Ojalá todo el mundo se callara, aunque solo fuera un momento. Así él podría serenarse.



—¡Silencio! ¡Un momento de silencio! —Lo grita con la voz ronca y también con Dominio, con todo el cuerpo. Qué descanso. Por fin.

Kástor tamborilea los dedos contra la ventana. Su ventana favorita del piso porque es por donde se pone el sol por las tardes y desde la que se ve la calle. La temperatura de las yemas de sus dedos va en ascenso mientras golpea rítmicamente con el índice, el dedo medio y el anular, y cuenta los golpes

mentalmente, un-dos-tres, un-dos-tres.

Por primera vez en muchos días puede que ese peligro para el que se ha estado preparando su cuerpo se haga real.

Los ruidos de arquitectura rompiéndose, los chillidos y cánticos se han hecho más audibles, pero en la calle solo hay un puñado de personas, quietas pero cerca de las puertas de sus casas y negocios. Enzo no está entre ellos. Enzo ha bajado a ver qué estaba ocurriendo, pero de eso hace cinco minutos y, Kástor deja de mirar la ventana para sacar el reloj del bolsillo, treinta y ocho segundos.

Por fin, Enzo regresa. Reconoce el modo que tiene de andar antes que su silueta en la calle. En cuanto desaparece por el portal del edificio ya escucha sus pasos subiendo las escaleras.

La puerta se abre apenas sin hacer ruido.

—A tres manzanas de casas de aquí hay un grupo de gente, algunos van encapuchados. —Mientras cruza el recibidor Enzo habla despacio, en voz muy baja. Un silencio incrédulo entre palabra y palabra—. Con capuchas rojas. Lo están rompiendo todo. No me he acercado, pero... pero creo que están marcando con el símbolo del Águila los negocios de las Bajas Familias.

Kástor aprieta los puños. Canaliza toda su energía en ese gesto para contener un calor que pugna por salir. Se vuelve hacia la ventana mientras un enjambre de recuerdos le viene a la mente. Capuchas y cánticos y Fuego. Abajo, en la calle, ahora parece haber más personas. Son sus vecinos en las puertas de sus casas y negocios. Están haciendo alguna cosa extraña. Están acumulando trastos. Mesas, sillas. Un mostrador todavía con la caja registradora atornillada encima. Cree que es una barricada.

—Por qué.

—No lo sé. No... —Enzo cruza el saloncito a pasos largos hasta el sofá, donde ha dejado su diario. A medida que va pasando páginas, las cejas se le inclinan hacia abajo, aprieta los labios—. Tengo un mensaje de Wen. Dice que en el orbe están dando noticias de ataques por toda la ciudad.

Kástor lleva semanas apagado. Como dijo Hérshel, como si su cuerpo y su voluntad se hubieran desconectado. También lleva semanas asustado por si le veían o por si Zaaren se lo llevaba otra vez, pero ahora acaba de tomar una decisión.

—Vamos. Abajo.

Al final de la calle ya se adivina un resplandor carmesí. Los vecinos se han parado. Ahora seguro que están tratando de construir una barricada para detener a los encapuchados. Él podría destruir una cosa de esas chasqueando los dedos.

—No. Es peligroso. No.

Kástor vuelve a mirar a la calle, a la gente.

—Voy a bajar.

—Kástor, no podemos bajar. ¿Y si te reconoce alguien? ¿Y si quieren...?

Y si le reconoce alguien y quieren llevárselo otra vez. Kástor se estremece. Sacude la cabeza, fuerte, con los ojos cerrados. Esa posibilidad le asusta, pero Kástor ha tenido miedo a muchísimas cosas a lo largo de su vida: de las multitudes, del contacto piel con piel, de sí mismo. El miedo y él son viejos conocidos y está harto. Lo ha dicho muchas veces y se lo dijo a Enzo hace unos pocos días, está harto.

—La gente, abajo. Es eso, gente normal, Enzo. —Y los encapuchados no. Si van encapuchados, son Caballeros del Águila y están bien entrenados. Lo sabe seguro; los ha entrenado él—. Si pasa algo. Imagina. *Qu'es* mi culpa. Les enseñé.

—¡No es tu culpa! ¡Te obligaron a ayudarles! —Enzo se le acerca y, cuando lo hace, Kástor retrocede—. Tienes que sacártelo de la cabeza, ¿de acuerdo? Sea lo que sea lo que ocurre en la calle no es tu responsabilidad. Eres una víctima, Kástor. Y una víctima nunca nunca nunca tiene la culpa.

Por supuesto que no tiene culpa, ni de haber enseñado a los Caballeros ni de que el abuelo le enseñara a él. Pero no es eso.

—*Noseso* —murmura, porque saber que no la tiene no elimina la culpa de un

plumazo—. Vamos. Los dos. Por favor. No puedo. —Se detiene. Las palabras se le están apelotonando, le cuesta decidir cuál va primero—. Si ocurre.

Kástor se toca el pecho con el dedo índice, justo donde tiene el corazón. Apenas ha pensado el gesto, pero hace que Enzo baje la mirada y luego sacuda la cabeza.

—Eso es un golpe bajo, ¿sabes?

Kástor tiene que mirarse la mano para darse cuenta de que estaba tocando allí donde, con el uniforme puesto, llevan cosido el escudo del Liceo.

—Quiero ayudar.

—¿Quieres? ¿Y qué pasa si de verdad te reconocen? ¿Si se te llevan?

—Tú me encuentras, Enzo.



Las campanas llevan tronando más de quince minutos. Probablemente los tañidos hayan comenzado desde el edificio donde están, porque todo comenzó con una vibración leve que sintió en las paredes hasta que, de pronto, se escuchó claramente cómo el resto de las campanas de la capital se acompañaban. A Brynn le da la sensación de que la ciudad está gritando y una presión de urgencia en la boca del estómago y en las muñecas, de tener los puños apretados, le frustra como pocas veces antes. Si suenan las campanas, es que algo está ocurriendo en la ciudad y el detective Brynn puede estar encerrado en una celda, sí, pero eso no quita que los viejos hábitos de guardia se pierdan por ello. Querría echar las rejas abajo, echar a correr. Saber qué ocurre. Hacer algo.

—Otro que pasa corriendo. ¿Qué Rayos ocurre?

—Tienen prisa —le responde Elera con voz hastiada desde su propia celda, mientras se incorpora de su camastro.

—Ya me imagino que tienen prisa. No estoy sordo y las campanas estas van a volverme loco a mí también; pero le estaba preguntando si sabía por qué.

Desde que comenzaron los tañidos, parece que en el edificio de las Brigadas de Intervención Especial todos se hayan vuelto locos. Por lo menos cuatro agentes han pasado por la zona de las celdas a toda prisa y por todos lados se escuchan pasos apresurados y gritos.

—No. Solo sé que tienen prisa. Tienen que ir a algún sitio y pronto.

—Quizá ha pasado algo...

¿Qué puede tener a los BIE tan nerviosos? Brynn se levanta de su camastro y se acerca hasta el ventanuco que hay en la pared del fondo de su celda. Apenas llega a ver nada, incluso poniéndose de puntillas; pero todo parece tranquilo fuera.

—Si quiere más detalles tendrá que agarrar al próximo que pase y sujetarle suficiente tiempo para que yo pueda Leerlo con Aura a fondo.

—¿Lo está diciendo en serio?

Llevan encerrados una semana y media. La verdad es que, con tal de hacer algo que no sea estar tumbado en su camastro, Brynn haría cualquier cosa. Luego, por supuesto, lo piensa dos veces. Los BIE no son precisamente tolerantes con esas cosas. No puede agarrar a uno y luego poner cara de inocente y decir que era todo una broma entre amigos. Aunque con eso de que piensan que Elera y él simpatizan con su causa, quién sabe.

—Estaba seguro de que, a pesar de que discutieran, su hermana acabaría ayudándonos de algún modo.

—Usted no tiene hermanos, ¿no, detective?

Brynn niega con la cabeza. No, la verdad es que no. Su madre ya tenía bastante con criarlo a él sin ayuda de nadie. El tema de los hermanos no es su área de especialización, pero es cuestión lógica, ¿a que sí? Es decir, Elera y Nedia Vorak son hermanas y una hermana no deja que la otra se pudra en los calabozos de los BIE sin fecha para el juicio, sin abogado, sin comunicación con el exterior, por mucha mala sangre que haya entre ellas, ¿no?

—Pero no podrán tenernos aquí mucho más. Algo tendrán que hacer con nosotros, no dejarán que nos pudramos aquí, digo yo. Habrá un juicio y podremos demostrar nuestra inocencia. Tendrán que dejarnos libres.

—Es usted enternecedor, Brynn. Siempre confiando en que el sistema es justo.

—Bueno, desde luego, es el único que ten... ¿lo escucha? —dice de repente.

—¿El qué?

—El silencio.

Hasta hace un segundo, todo era un tañido loco y atronador de campanas, gritos y carreras pero, ahora, salvo los murmullos de los detenidos en las celdas, el edificio parece en silencio. Brynn vuelve a inclinarse hacia el ventanuco. Ahora que no se escuchan las campanas, se da cuenta de que quizá se equivocara cuando se asomó la primera vez. En la calle parece haber más ruido, como una marea, como un enjambre de abejas que zumban al unísono. Brynn se vuelve hacia Elera, que ya tiene los ojos entrecerrados.

—Se marchan. Se están marchando todos.

—¿Cómo que se marchan? ¿Por qué?

—Ya se lo he dicho; si quiere más detalles, agarre a uno para que pueda Leerlo.

Como si alguien hubiera estado escuchando, cosa que Brynn espera sincerísimamente que no, una tromba de pasos apresurados se acerca a la zona de los calabozos. Brynn ya se ha puesto en pie, no porque piense hacerle caso a Elera, que sería una forma fabulosa de ganarse unos cuantos días en una celda de aislamiento. Sabe que tienen alguna por aquí, un par de días atrás se pasaron horas escuchando los gritos de un detenido rebelde. Se pone en pie, básicamente, porque es lo único que puede hacer.

Un grupo de Brigadas se acercan. Algunos llegan de la forma habitual: caminando. Los demás, una docena larga, llegan arrastrados por sus compañeros, inconscientes o casi. Brynn no sabe qué tipo de fiesta ha debido celebrarse en la oficina de los BIE, pero, desde luego, tiene que haber sido

de órdago. Y a Brynn no le gusta nada porque una cosa es que le caigan mal los BIE; pero no le hace ninguna gracia que los BIE estén dando palizas y dejando inconscientes a los suyos. Malo. Y menos le gusta que abran la celda que hay al lado de la de Elera y los echen dentro porque, bueno, si pensaba que las cosas eran raras y se estaban poniendo feas...

No sabe si preguntar qué está pasando es una buena idea o no.

—Dejadlos aquí mismo —ladra uno de ellos con galones de teniente a los demás—. Tenemos prisa.

Los Brigadas lanzan a sus compañeros uno por uno hacia la celda sin demasiado cuidado. Quedan amontonados de cualquier manera y los que siguen medio conscientes gimotean o se quejan de dolor.

Y ellos dos, allí, testigos incómodos de lo que sea que esté ocurriendo, aunque a Brynn le parece cada vez más claro que ha habido algún tipo de motín. Brynn mira en dirección a Elera, pero la Fantasma está muy ocupada acercándose a los barrotes que limitan su celda con la que poco a poco se está llenando de BIE en diferentes niveles de consciencia. Lo hace sin ningún tipo de disimulo, con una mirada desapasionada en los ojos. Prácticamente Brynn juraría que de desdén, una expresión más que evidente cuando Elera se agacha, coge la mano de uno de los BIE que al caer había quedado medio dentro de sus nueve metros cuadrados de celda, y la empuja.

—¿Y nos van a dejar eso aquí tirado? —pregunta con los ojos entornados.

La única respuesta que reciben es la indiferencia. Uno de los Brigadas, uno más bien joven, planchado y relamido como si tuviera que salir en un cartel de propaganda del Partido Tradicionalista de Nylert susurra:

—Tenemos que marcharnos. Ya es casi la hora.

¿La hora para qué? Brynn odia cuando los malos no se toman su tiempo para explicar sus planes detalladamente como normalmente hacen en el orbe y en las novelas malas que leía hace mucho tiempo, cuando acababa de entrar en la Guardia y le tocó cubrir una factoría recién inaugurada en Nuevas Fábricas porque alguien estaba robando material de construcción. Ah, viejos tiempos.

—¡No nos dejen aquí! —grita Elera de pronto. Hay verdadera desesperación en su voz. En su actitud física, en cómo se apoya en los barrotes y los sujeta con fuerza—. Lo hemos dado todo por nuestra causa y ahora estamos encerrados. En el momento más glorioso de todos.

El teniente de los Brigadas les mira con expresión pensativa.

Por un segundo las protecciones de la celda ganan en intensidad y, al instante, se apagan. Y les abren la puerta.



Ya no hay gritos. Él lo ha ordenado. Lórim se ha dado cuenta tarde, horrorizado, de cómo la gente, Kózel, Nero, Vann, los de un lado y del otro de la plaza se miran entre sí sumidos en un silencio forzado y reverente, el que hay en la biblioteca del Liceo cuando está llena, en los templos cuando uno baja la voz y no sabe por qué, silencio de sala de teatro cuando se abre el telón.

Una mano se aferra a la suya. Todavía necesita un segundo para entender por qué Denna mueve los labios pero no llega a abrir la boca, sino que tiene los dientes apretados en una mueca extraña. Quiere hablar, pero no puede.

Pero que ya no haya gritos no significa que no haya otros ruidos.

Desde las calles colindantes se escuchan gritos, golpes y carreras. Campanas, lejos. Se escucha el susurro del viento que ahora se desliza entre los árboles de la colina y luego un traqueteo rítmico y sutil. Lórim no sabe lo que es, pero se da la vuelta buscando el origen del sonido.

Al hacerlo, una luz potente lo deslumbra: son los focos que acompañan a las filmadoras de los periodistas del orbe, que siguen encendidas, las lentes apuntando en su dirección. Mientras, el efecto de Dominio se desvanece. Porque Lórim ha pedido un momento de silencio y eso es lo que ha obtenido:

unos segundos apenas, que podrían contarse con los dedos de una mano, antes de que los primeros murmullos se extiendan.

—Me lo prometiste —musita Denna.

—¿Qué te prometió? ¿De qué estás hablando?

A su lado, Kózel se lleva extrañada las manos a la cara y se gira hacia Nero. Lórim no quiere mirarlas.

Las filmadoras continúan encendidas.

—Tendrías que haberme dicho que estabas perdiendo el control —dice Denna con un siseo mientras le tira de la manga hacia abajo.

¿Qué ha pasado? La pregunta se repite a su alrededor, una, otra vez. Lórim no es capaz de distinguir de nuevo si las está escuchando con los oídos, si son sus bocas las que producen el sonido o si lo está sintiendo con Aura. Suda profusamente y el corazón ha comenzado a latirle a gran velocidad. Ese vacío que lleva sintiendo en la boca del estómago desde hace meses le llama, siente como si tuviera fiebre, como si le hubiera aumentado de golpe la temperatura de la sangre. Es entonces cuando descubre por qué, por qué se han callado todos, qué es lo que ha hecho. Vuelven las voces, vuelve el bullicio entre esas miradas confundidas que tiene enfrente. Porque eso es lo que sucede con Dominio: la gente primero duda, pero luego lo acepta, lo olvida, no se da cuenta.

Pero Denna... Denna sí se ha dado cuenta. Pero no se aleja, no. No se aleja sino que, como él, mira a su alrededor y Lórim siente su miedo como si fuera el suyo propio. Le está aferrando con fuerza de la manga de la camisa, se acerca a él, pero Lórim no puede soportarlo. No puede porque ya son muchas veces las que le ha fallado, las que les ha fallado a todos.

Cuando desde el otro lado de la plaza llega un grito que resuena por encima de los demás, Lórim retrocede.

—¡Es él! ¡Ha sido él! ¡Ha Vinculado Dominio para hacernos callar!

¿Quién ha sido? ¿Quién ha hablado? Ve manos que le señalan entre el grupo de lealistas. Y ya no es solo la vista; de repente nota una presión en las sienas.

Una docena, quizá más, de consciencias impulsadas con Aura, se acercan a él, quieren tocarle, hablar con él.

Aura. Entre los lealistas hay Aura.

Retrocede de nuevo. Se suelta de Denna cuando la mira y descubre el terror en sus ojos. No quiere mirar a Kózel, no quiere. Tropieza cuando intenta retroceder otro poco más y es Nero quien lo sujeta pero no, que no le toque, no. Que nadie se acerque que es peligroso, que es cierto lo que dice Denna, que ha perdido el control, que se le han metido en la cabeza todas las voces de la gente en la plaza y sus sentimientos y sus deseos y anhelos y miedos y odios y no sabe a cuál hacer caso y siente que podría desmayarse en ese momento, pero sabe que no va a hacerlo porque el vacío en su estómago tira, tira de él y no sabe cuánto más va a poder resistirlo porque es cierto, es cierto lo que dijo su padre: quizá pudiera huir de él, pero jamás podría huir de su naturaleza.

—¡Es Dominio! ¿No lo habéis notado? —vuelve a decir esa voz que no sabe de dónde viene—. ¡Es el hijo de Asgard Indrasil! ¡Es él!



Silencio.

El siguiente «basta» que chilla resuena por toda la plaza sin ningún tipo de obstáculo. Es un grito solitario, desesperado.

Hay más brazos que se estiran y le señalan. Tratan de llegar hasta él a pesar de la Guardia, a pesar de los periodistas y de los que están a su lado de la plaza. Y un coro. Un coro de voces que comienza bajito pero que, pronto, aumenta: «Indrasil, Indrasil».

—¡Ha Vinculado Dominio! —grita una voz de mujer, aguda y admirada a la vez.

«Indrasil, Indrasil, Indrasil.»

Algunos de los que están a su alrededor, la mujer de cabello cano que discutía con Vann, el joven que ha usado Tierra para atacar, incluso Vann, se apartan.

«Indrasil, Indrasil, Indrasil.»

Puedo arreglarlo, piensa Lórim frenético. Puedo arreglarlo antes de que sea tarde. Cerrar el puño, borrarles los recuerdos, hacerles olvidar, romper las filmadoras y esparcir sus fragmentos por la tierra.

«Indrasil, Indrasil, Indrasil.»

Pero las fuerzas le fallan y el miedo le abruma. Lórim siempre ha resuelto sus problemas del mismo modo: huyendo.

Sábado, 10 de octubre.

Valbazar. 9.46 de la noche



Es una locura. Se lo ha repetido a Kástor una docena de veces más mientras bajaban las escaleras del edificio. Ha sentido tentaciones de faltar a su palabra, de volverse hacia Kástor y, de algún modo desesperado, quizá con Escudo o quizá suplicándose, impedirle que cometan esa estupidez. Pero Kástor quiere luchar. Quiere redimirse. Y no va a ir en contra de su voluntad.

Trata de ignorar la punzada insistente que tiene en el pecho. Justo allí donde están el corazón y el escudo en el uniforme del Liceo.

—No te vas a echar para atrás, ¿verdad? —pregunta al llegar al rellano. Kástor no le responde, solo abre la puerta.

En la calle los vecinos siguen sumidos en una actividad frenética. Ese intento de barricada, aunque podría derribarse con un soplo fuerte de Aire como lo hacía ese oso en un cuento infantil que solían contarle de pequeño, ha crecido gracias a lo que parecen cuatro grandes barriles. Un hombre de patillas frondosas está haciendo rodar un quinto barril que huele a salazón desde donde están.

—Ya nos encargamos nosotros de este. —No hay vuelta atrás. Ni lo han pensado ya. Solo se han acercado al hombre, uno a cada lado—. ¿Puede traer más?

El hombre no pregunta de dónde Rayos han salido, pero por cómo los mira seguro que lo está pensando.

—Sí... en la trastienda... —Apartándose un poco le hace un gesto a otro hombre que, en vez de patillas, es calvo y compensa su ausencia de cabello con una barba que le llega hasta el pecho. Enzo les conoce de vista. Son los propietarios de la tienda de salazones de la esquina y hacia allí van los dos, corriendo.

Barriles, mesas. Es una locura, vuelve a repetirse, aunque Kástor y él comienzan a empujar la barrica hacia la acumulación creciente de trastos que hay al fondo de la calle. Allí, entre los vecinos que se afanan, una mujer de mediana edad está discutiendo con un hombre más joven y larguirucho, tocado con una nariz curva que le da un ligero aire de ave tropical.

—Yo solo digo, entendedme, que deberíamos esperar un poco más —está diciendo el hombre mientras señala a la barricada—. Ya llegará alguien. Quiero decir, a ayudarnos. La guardia o alguien...

El chasquido de lengua con el que le responde la mujer es el fastidio hecho sonido. Algunos de los que están alrededor menean la cabeza.

—No responden al comunicador. O están colapsados o no les importa. No. —Hay más murmullos. Kástor y Enzo se miran mientras alguien susurra «No les importa» en voz muy baja—. Tenemos que protegernos nosotros mismos. ¿No os acordáis de cuando los señoritos con sus caballos y su Fuego y su Rayo se paseaban por la ciudad como si fuera suya? Pues no lo es, ya os lo digo. No lo es. ¿Y vosotros quiénes sois?

Enzo se nota la respiración atrapada en el pecho. Tamborilea los dedos sobre el barril en el que todavía están apoyados.

—Ayuda —musita Kástor con la mirada baja. Enzo parpadea, sorprendido. Kástor suele ser dolorosamente tímido con quien no conoce y esas cinco letras escasas son como un milagro.

—Vivimos ahí enfrente. —Enzo toma el relevo y señala con el mentón hacia su apartamento—. ¿Dónde dejamos el...?

Tiene que girar la cabeza. El ruido repentino de madera rompiéndose es imposible de ignorar.

Kástor también lo ha escuchado. Se le ha tensado el cuerpo como lo hace siempre antes de una lucha.

—Vamos a poner esto aquí —les dice tanto a Kástor como a los demás que están a su alrededor. De un empujón encajan el barril en el hueco más grande que hay en la barricada—. ¿Qué más? ¿En qué más podemos ayudar?

Ha llegado gente nueva ahora. Se acaba de dar cuenta al levantar la vista. Ya no son veinte, pasan de la treintena. Ni siquiera son ya los tenderos de la calle, sino la gente que vive en los pisos de los alrededores que, quizá, al ver cómo se organizaba una defensa, han decidido colaborar.

Prefiere no pensar que es más gente que se está poniendo en peligro.

—Pues ahora... —La mujer que les ha preguntado a qué habían venido se adelanta. Es bajita y rolliza, lleva el cabello teñido de azul cobalto y atado en una trenza que le llega por debajo de la cintura. En la solapa de la blusa luce una insignia de Agua—. Nos defendemos, ¿verdad? —pregunta hacia la gente congregada a su alrededor.

Algunos asienten convencidos, como la pareja de la tienda de salazones que han llegado con un último barril para colaborar. Otros solo miran más allá de la barricada, todavía llena de huecos.

—Bien, entendedme, una barricada, una idea brillante. —El hombre de la nariz aguileña se aparta un paso frotándose las manos con el delantal que lleva—. Pero ¿cómo vamos a luchar contra ellos? ¿Con palos y escobas?

—Pues...

—Nosotros sabemos luchar. —Enzo respira hondo. De repente tiene la atención de todo el mundo. De reojo mira a Kástor, que se ha colocado detrás de él.

Enzo piensa en el año anterior, cuando el gobierno y la Guardia se volvieron en contra de la gente y les atacaron. Él estuvo allí. Vivió esa carga de caballería como la pesadilla que fue, cuando la barrera que intentaron unos

pocos estudiantes del Liceo falló y la gente se vio arrollada por los caballos. Si tan solo ese día hubieran sabido reaccionar antes, quizá todo habría sido distinto.

—¡Pues decidnos cómo!

—No —niega adelantándose—. Si no llegan hasta aquí no hará falta luchar. —Sabe que no es un líder nato. No es como Vann, por ejemplo, que sabe hablarle a la gente. No es como Nedra Vorak que con una palabra logra que todos le obedezcan. Él es el amigo, siempre se ha considerado más un seguidor, un secundario en su propia vida, pero ahora está seguro de lo que dice—: Esta barricada todavía es muy débil. —Podrían hacer una barrera con Tierra. Algunos de los que están aquí serán Tierra, supone, pero no sabe si lo conseguirían. No sabe si tienen suficiente poder ni habilidad, y lo último que quiere Enzo es creerse a salvo cuando no lo están. Mira a su alrededor. Aparcado con dos ruedas sobre la acera hay un cuadríciclo de carga destartado—. ¿Es de alguien?

Hay un silencio dubitativo hasta que se adelanta otro hombre. A Enzo le suena de haberlo visto muchas veces en la puerta de la frutería que hay unas casas más allá.

—Lo necesito para los repartos... —comienza a decir, pero la mujer del cabello azul, que parece que se ha alzado como portavoz de todos los demás, le replica:

—Pues quizá no tengas ni tienda ni cuadríciclo si llegan. Ya te comprarás otro.

Esa última frase, que la mujer dice con los brazos cruzados, parece que lo ponga todo en marcha. En un momento el vehículo queda apoyado firmemente contra la barricada ante la mirada de desolación de su dueño. La barrera se reorganiza a su alrededor, encajando de nuevo las piezas para hacerla más sólida. Enzo y Kástor se encuentran enseguida moviendo sillas y mesas y barriles y cajas. De la esquina sur de la calle, la ferretería dona dos planchas de hierro para la causa, que sellan todo el lado derecho de la calzada. Alguien

aporta voluntariosamente una bicicleta que Enzo, perplejo, sugiere que usen para trabar una de las planchas de hierro.

Es poca cosa y la barricada del otro extremo de la calle no es más que un montón de trastos que son más apariencia que fuerza, pero no tienen ni tiempo ni materiales para hacer más. Si sirve para parar el golpe, ya está, se da por satisfecho.

—¡Que vienen! —grita el frutero de repente. Se ha ofrecido a actuar como vigía, quizá porque eso implica estar encaramado encima de su cuadríciclo—. ¡Ya llegan!

Un escalofrío como líquido caliente entre los huesos le invade mientras, junto con una docena más de gente corre hacia la barrera. Entre los huecos que ha dejado la barricada, y que tenga huecos lo bastante grandes como para ver a través es algo que le preocupa, se adivina cómo aquellos a quien ha visto romper escaparates y marcar las fachadas de las casas de color sangre llegan por la esquina y, al ver la barricada, echan a correr hacia ellos cada vez más rápido.

No es como cuando Zaaren se plantó en el Parlamento. Aquello fue un desfile, una demostración de su ejército. Esto son gritos y una violencia de la que no entiende el origen, si quizá esas personas hace apenas unas semanas se habían sentado a su lado en el metropolitano o habían hecho cola detrás de él para comprar el pan.

Escucha un resoplido. Kástor llega silencioso y concentrado a su lado. Están más cerca, a menos de una manzana de distancia. Se gira, frenético, hacia el otro lado de la calle donde la barricada es más pequeña, pero ese lado de la calle parece tranquilo. El suyo, no. Como prediciendo un ataque cada vez más inminente, la gente se ha ido agolpando junto a la barricada.

—Tenías razón —susurra. Ya casi han llegado a su altura y, sin embargo, Enzo solo tiene ojos para el otro lado de la calle, prácticamente desprotegido—. No podíamos quedarnos arriba —dice. Este es su lugar, porque si no bajaban a enfrentarse a esa gente era casi como si validaran lo que están

haciendo. Llevan mazas, armas improvisadas. Algunos de ellos ya comienzan a invocar el Vínculo, aparecen algunas llamaradas débiles que crean sombras afiladas por todas partes—. Gracias, Kástor. Por ser tan valiente.

Con todo lo que ha pasado, todo lo que ha sufrido aquí está, mirándole de reojo, con la cabeza ladeada.

—¿Tú crees?

—Claro que sí. —No es el momento, ni el lugar, pero sí. Los pasos y los gritos están tan cerca que les ensordecen, pero es cierto. De todas las cosas que quiere en Kástor su valentía y su bondad son de las primeras que piensa, y no sabe por qué no se lo dice más a menudo.

No es el momento, ni el lugar, tampoco, para que Kástor se incline hacia él. Y Enzo se pregunta qué hace, pero el pensamiento se responde él solo. Un beso, tan rápido que apenas le ha dado tiempo a registrarlo, y al que Enzo solo puede responder con una mirada atrapada entre el asombro y la maravilla.

La barricada entonces se sacude. Están aquí.

Enzo agarra con fuerza el amasijo de maderas y hierros que les separa de sus atacantes. Kástor le ha besado.

—¿Alguien de aquí es capaz de Vincular Escudo? ¿Alguien?

Escucha un par de gritos afirmativos. El amo del cuadríciclo, el frutero, baja apresuradamente de su atalaya y responde jadeando:

—Yo sé... un poco. Lo uso para cerrar la tienda a veces...

—Necesito vuestra ayuda. La de todos.

Crear un Escudo de punta a punta de la calle sería demasiado. Se agotaría enseguida y no sabe cuánto tiempo tendría que aguantar, así que se concentra en los huecos, los puntos débiles. Primero le brillan las manos con una luz azul que contrasta con la del Fuego al otro lado de la barrera. Ese resplandor entonces migra hacia delante, se desliza por encima de la madera y de la carrocería del cuadríciclo que es el corazón de la barricada. Trata de que esa energía suba hacia arriba, que los proteja. Algunos se unen también. Cuando ponen las manos sobre la madera y el hierro Enzo siente un calambrazo de

energía recorriéndole las extremidades.

Entonces la barricada recibe otra sacudida, esta vez más fuerte. Se imagina a sus oponentes al otro lado tratando de derribarla. Lo habrían hecho si no fuera por ese escudo que Enzo trata de mantener con todas sus fuerzas, apretando los dientes. Siente una docena de golpes más, frenéticos, rabiosos. Entonces, se paran, y con ellos lo hacen los gritos.

Tiene un mal presentimiento.

Enzo levanta la cabeza. Por entre el espacio que hay entre la caja del cuadríciclo y uno de los barriles de salazones ve un retazo de tela roja.

Le parece que por un momento el aire se vuelve más fino, como si le faltara oxígeno. Y luego llega el calor, una explosión brutal que le empuja y trata de colarse por las rendijas de la barricada.

La gente que estaba ayudándole con el Escudo se aparta. Hacen bien, pero también le han dejado solo. El Fuego ruge justo delante de él.

Las palmas de las manos le queman aunque él clava los pies en el suelo y decide que no, que no van a poder. Por lo menos hasta que una mano se pone en su hombro.

—Disípalo.

—¿¡Qué?! —No lo ha escuchado bien. Abre los ojos. Ni siquiera se había dado cuenta de que los tenía cerrados por el esfuerzo.

—Confía. En mí. —Por supuesto que confía en Kástor. No confía más en nadie en este mundo, pero no entiende qué quiere hacer—. *L'escudo*, Enzo. Si no se. *Va* 'quemar todo. Y protégete.

Que sea lo que los Cielos quieran.

Como si se tratara de uno de esos trucos de prestidigitador, cuando se tira del mantel de una mesa sin derribar los platos y las copas que hay encima, Enzo atrae hacia sí el Escudo sin arrastrar con él la barricada, y forma una capa de protección a su alrededor. Las llamas le envuelven un instante y su mundo, todo, se vuelve de color verdoso por la mezcla del amarillo del Fuego y el azul del Escudo que lo rodea.

Entonces, las llamas bailan. No se le ocurre otra palabra para definirlo. Kástor las atrae para sí con ambas manos extendidas y estas forman una espiral a su alrededor. Es hermoso y, a la vez, terrorífico. Tiene el cuerpo totalmente rodeado de Fuego, de cenizas, de chispas que se inflaman mientras ascienden vertiginosamente y, a la vez, no parece que se quemé.

Kástor da dos pasos hacia atrás, toma impulso. Todo ese Fuego sale disparado de sus manos hacia arriba, se extiende y gana fuerza girando a una velocidad frenética y luego cae al otro lado de la barricada mientras arranca gritos de dolor.

Aturdido, Enzo se dispone a proteger sus defensas con Escudo. Toda la estructura se tambalea un par de veces tras una nueva embestida, pero es un ataque débil. Quizá, piensa Enzo mientras le nace un grito de júbilo en la garganta a juego con el que se escapa de la de Kástor, no se esperaban una resistencia feroz y una lluvia de Fuego sobre sus cabezas.

Ese júbilo repentino, no obstante, se extingue enseguida. Y no por un ataque, sino por un grito a su espalda.

—¡Es uno de ellos! —La mano extendida del frutero acaba en un dedo acusador—. ¡Es Fuego!

A Enzo le parte el corazón ver cómo, de repente, Kástor baja la cabeza al darse cuenta de que a ojos de todos ha pasado de héroe a villano. Por ser Fuego. Por haberlo usado para salvarles. Retrocede un paso, el mismo que retroceden los vecinos. La mujer de la trenza, sin embargo, no se mueve.

—¡Mira que eres idiota, Culip! —le recrimina al frutero—. Será lo que sea, pero está en nuestro lado de la barricada, ¿verdad? Pues entonces es uno de nosotros.

—Pero... —No le da tiempo a acabar. Uno de los propietarios de la tienda de salazones, el que tiene unas patillas de frondosidad selvática, le da un empujón en el hombro.

—Ni peros ni peras. Así tendrías que haber dejado que le abrasaran el culo, chico —dice volviéndose hacia Kástor.

—Además —añade su compañero, con la barba temblándole de indignación —. Yo soy Rayo. ¿Qué tiene que ver eso con nada?

—¿Un poco de ayuda? ¿Por favor? —Enzo no cabe en sí de alegría, pero los embates contra la barricada se han reanudado, insistentes. Al instante docenas de manos corren a ayudarlo, algunos colaboran en su Escudo y otras simplemente empujan.

Entre todos aguantan una sucesión nueva de golpes que, sin embargo, se hacen más espaciados entre ellos. Y luego, nada. Pasos alejándose.

—¿Se han marchado?

Se han marchado. Hay vítores, como si hubiera sido una enorme victoria, pero Enzo mira hacia el otro lado de la calle, abierto y vulnerable salvo por cuatro muebles que han podido sacar de las tiendas a toda prisa. Solo espera que no vayan simplemente a dar la vuelta por detrás. Han protegido... ¿qué? Una calle, el tramo que va de una esquina a la otra. No parece mucho, pero él lo siente como una victoria.



Lórim siempre huye.

Lo hace sin mirar hacia atrás ni atender a los gritos. Juraría que son Kózel y Nero, que le llaman. Detrás de él también quedan los sonidos de la batalla que se está desarrollando en la ciudad. Ha salido de la plaza frente al templo de Tierra y ahora corre por una de las calles de Montalgo. Está demasiado oscuro para distinguir nada más allá que las siluetas de las casas, bajas y pegadas entre sí.

No sabe cómo ha ocurrido. No quería. Lo tenía todo bajo control, pero había demasiada gente, sí. Demasiada hostilidad en el aire, no podía pensar ni controlarse. A cualquiera le habría pasado. A cualquiera.

—¡Lórim!

Le llaman otra vez como si eso fuera a detenerle. Ha Vinculado Dominio frente a una multitud. Frente a las filmadoras de la orbevisión. Le han señalado (se ha señalado, piensa frenético) públicamente.

Gira a la derecha en la siguiente esquina que encuentra y se interna por una calle torcida que es más bien un espacio irregular entre las traseras de las casas donde ya no quedaba espacio para construir nada. Tropezó, no sabe con qué. Por el sonido parece una botella de cristal. Lórim no se cae porque, en el último momento, extiende los brazos y una corriente de Aire le impulsa hacia arriba, pero frena el ritmo de su carrera.

Está agotado y, sin embargo, cree que podría correr horas y horas, antes se acabaría el mundo bajo sus pies que sus ganas de escapar. Había odio en los ojos de la gente a quienes ha ayudado a replantar la colina pero en los de los otros, en los Aura, había algo que podía ser admiración.

La segunda vez que tropieza, Lórim ya no consigue erguirse. Sus pies se han enredado en un montón de basura y él cae, aunque tiene la previsión de hacerlo con las manos por delante, entre latas y restos de comida que se esparcen por toda la calle junto a una oleada de cucarachas huidizas.

Sigue avanzando a gatas, se niega a detenerse, pero no llega lejos.

—Lórim, maldita sea. —No sabe de dónde ha salido Kózel para colocarse delante de él y cortarle la vía de escape. No lo sabe y se lo pregunta frenético porque tiene que escapar, ahora no puede estar con nadie, no puede.

—¿Te has hecho daño? —pregunta la voz de Nero, detrás de él.

—¡Dejadme solo! —La frente, la cabeza al completo, le palpita cada vez más rápido.

—Lórim, levanta. —La mano de Kózel aparece en su campo de visión para ayudarlo a levantarse, pero él no la acepta—. Ya encontraremos el modo de arreglarlo.

—¡No! —Lórim se levanta por su propio pie. En la caída se ha raspado las palmas de las manos. La herida está cubierta de los desperdicios y la suciedad

sobre las que ha caído. Escuece—. Ya está. Se acabó.

Él. Habría podido arreglarlo él con Dominio. Un mandato bien dirigido y esas filmadoras habrían acabado hechas pedazos en cuestión de segundos. Podría haber hecho que la gente olvidara...

Lórim se lleva las manos sucias a ambos lados de la cabeza. ¿Por qué sigue pensando esas cosas? No debería. No es él. No cree, al menos, pero le cuesta encontrarse a sí mismo porque siente como si tuviera la cabeza bajo el agua, aislada, bajo una presión inaguantable. Se aleja unos cuantos pasos y descubre que está jadeando.

—No, no se acabó. ¡Ya está bien, Lórim! —Kózel suena enfadada. Está enfadada con él. Tiene la cabeza inclinada hacia abajo de modo que la visera de la gorra se le confunde con las cejas fruncidas. Él se siente la persona más horrible de la Tierra cuando, a través de Aura, ese enfado le llega directo a la cabeza sin filtros—. Tienes que parar, Lórim. A quién se le ocurre, ¿qué has estado haciendo para perder el control así? ¿Por qué no nos lo has dicho? —A medida que habla, Kózel levanta más la voz—. ¿Es que eres idiota o qué te pasa?

—Kózel, basta —musita Nero, pero es como si no hubiera dicho nada porque Kózel se adelanta y da un paso hacia él.

—Y ahora intentas arreglarlo huyendo otra vez. ¿Y hasta cuándo, Lórim? ¿Eh? ¿Hasta cuándo?

—No me llames Lórim.. —No logra acabar la frase. Ni siquiera sabe por qué ha pronunciado esas cuatro palabras que ahora le queman la garganta. Como si estuviera a punto de escupir fuego—. Dejadme solo. De verdad. Por favor...

Ahora es Nero quien da un paso hacia él. No dice nada, solo le sujeta el hombro y le toma por sorpresa porque le agarra la mano. Al instante, un resplandor azulado le deslumbra justo antes de que le aparezca un poco de escarcha sobre las heridas que tiene en la palma.

No debería haber hecho eso. No debería porque Lórim se merece lo que le

está pasando. Lo ha sabido desde siempre y retrasarlo lo único que ha hecho es empeorarlo todo todavía más.

No lo piensa. Solo se zafa de ella. Lo hace con fuerza y Nero casi pierde el equilibrio, casi cae hacia atrás. Durante solo un segundo a Lórim se le pasa por la cabeza que tiene que sujetarla, que va a caerse, pero el pensamiento se desliza tan rápido como el hielo ahora derritiéndosele entre los dedos.

—¡DEJADME! ¡MARCHAOS!

Pero no le hacen caso. Deberían tener miedo, pero sus expresiones son de enfado, no de miedo y ahora Lórim siente rabia. Rabia porque ellas pensaban que era una persona mucho mejor de lo que es realmente, rabia por esas expectativas que, está claro, no ha podido cumplir. Porque ha fracasado y, mientras el cuerpo se le llena de energía que pugna por salir, cree que su padre tenía razón, que es quien es, Ascot, no Lórim.

—¡SI NO ME DEJÁIS TRANQUILO, OS OBLIGARÉ AHACERLO, LO JURO! ¡LARGO DE AQUÍ! ¡FUERA!

Un temblor sacude el callejón bajo sus pies, tan de improviso que sorprende a Lórim a medio grito. El suelo se levanta violentamente y le hace perder el equilibrio. Alguien llega a la carrera pero no lo distingue entre la oscuridad. Aun tratando de mantener el equilibrio, Lórim aprieta el puño preparándose para que el Vínculo con Dominio tome el control.

—¡Kózel! ¡Nero!

Otra sacudida. La Tierra, con un sonido ronco de piedras que entrechocan, le empuja contra la basura del callejón todavía con más fuerza. Lórim suelta una palabrota cuando, para no caerse, tiene que hincar una rodilla al suelo. Quien sea que le ha atacado va a lamentarlo. Va a lamentarlo muchísimo.

—¿Cómo te atreves a amenazarlas? ¡Eres escoria! ¡Cómo te atreves! ¡Han estado siempre a tu lado ¿y ahora las tratas así?!

Es Vann. Vann que llega corriendo y se coloca entre él y sus amigas con la mirada llena de furia.

Pero es que Lórim únicamente quería estar solo. Aclararse. Sacude la cabeza. Le ha llamado escoria y puede que tenga razón. ¿Qué estaba haciendo?

—¡Vann! Déjalo, déjalo... —Kózel, a pesar de todo, se adelanta, sujeta el brazo de Vann para que se gire hacia ella. Claro. Porque es Kózel y Vann tiene razón. Ella, Nero, siempre han estado a su lado. No son el enemigo. El enemigo es, irónicamente, él mismo—. Déjalo, de verdad.

—¡Ha amenazado con usar Dominio contra vosotras! Y no me digas que le he malinterpretado. ¡Se os oía gritar desde el otro lado de la calle!

—¡No lo decía en serio! —chilla Kózel, pero, al hacerlo, no mira a Vann, sino que le mira a él. A Lórim las entrañas se le vuelven de piedra porque sí. Por un momento (y no es excusa que fuera eso, un momento solo, breve, estúpido) sí lo decía en serio.

—Es un peligro, ¿no lo veis? ¡Está descontrolado!

Kózel le responde algo, pero Lórim no sabe qué, no lo escucha, no quiere. Kózel va a defenderlo otra vez, quién sabe cuántas van ya, y no se lo merece. No. No merece que su amiga se pelee con Vann por él. No después de todo.

Retrocede un paso. Busca vías de escape y se encuentra con Nero, que no se ha metido en la conversación. Nero tiene la cabeza baja mientras mueve los dedos, calcula Azar a toda velocidad.

Quería estar solo. No sabe si tendrá más oportunidades de hacerlo.



—Ahora voy a marcharme y ninguno de los tres va a impedir-
melo. Lo siento.

Cierra el puño con tanta fuerza que se clava las uñas en la palma de la mano.
Siempre, siempre, siempre acaba huyendo. Quizá algún día logre escapar.



Lórim pidió silencio y hubo silencio. Ahora que ya no está, el ruido ha regresado multiplicado como si, en realidad, al mandato de Lórim, los sonidos no se hubieran disipado, sino que hubieran quedado momentáneamente embotellados y ahora salieran todos disparados. Denna se tapa las orejas con ambas manos, pero no funciona.

Cómo pudo estar tan ciega. Cómo pudo pasar de desconfiar tanto de Lórim como para considerarlo un monstruo a no ver lo que tenía delante. La conquistó, igual que a Nero y a Kózel y a todos. Con sus sonrisas y su buen humor y es que Lórim se esforzaba tanto por ser todo lo contrario de lo que es Dominio...

Denna le abofetearía, le gritaría; pero ha salido corriendo.

Ella no va a ir detrás de él. Kózel se ha marchado detrás de Lórim, si es que todavía puede llamarle así, y Nero también. Incluso Vann, que ha mirado hacia el caos que se formaba en la plaza con la duda desencajándole las facciones, ha hecho lo mismo. Denna no puede. Todavía estaría a tiempo. Aún con el caos, le parece reconocer que una silueta alta, con jersey verde claro, que se escabulle por una de las calles traseras es Vann, pero no se siente con fuerzas porque se debate entre decidir si Lórim le ha fallado a ella, dejándose corromper por ese Dominio que se lo come todo, o si le ha fallado ella a él, porque le prometió que le detendría si alguna vez... si alguna vez le ocurría lo que acaba de ocurrir.

Cuando vuelve a mirar tratando de que unas lágrimas que pugnan por salir no le empañen la mirada, ya no queda rastro de Vann tampoco. Está sola.

—No me empuje, ya me aparto —dice de repente. Ahora que ya puede hablar, la voz le sale fiera, una frase como un mordisco que como no puede dirigirla contra quien querría realmente, arremete contra la persona que la está empujando. Es una mujer joven, no mucho mayor que ella. Le suena su cara, puede que a lo largo del día hayan estado trabajando juntas, hombro con hombro, pero ahora la mujer la ignora y se agacha. Cuando se levanta, resulta que ha recogido una piedra del suelo.

En lugar de detenerla, lo único que atina a hacer Denna es mirar con la boca abierta cómo la mujer lanza la piedra contra los que tienen enfrente, los que todavía siguen coreando el apellido Indrasil y están justo detrás de la barrera de guardias. No llega a alcanzarlos, claro. O está demasiado lejos o la mujer ha sido demasiado ambiciosa al elegir una piedra del tamaño de un melón. La piedra rebota inofensiva en el suelo pero, igual que si la hubiera lanzado en un estanque, la caída de la piedra provoca una oleada de sentimientos que se expanden por todos lados. Le cuesta distinguir quién odia más a quién. Lo único claro es que ella está en medio, y estar en medio es un lugar muy desafortunado en el que estar ahora mismo.

Recibe otro empujón más fuerte que durante un par de segundos la deja desorientada. Alguien pasa por su lado prácticamente arrollándola. Denna trata de serenarse. Los nervios no van a ayudarla. Aprovechando un nuevo embate de la gente, se mueve unos pasos hacia un lado, hacia donde le parece que hay menos gente. Va a haber una batalla campal. Quién sabe si eso era lo que buscaban los atacantes o ha sido casualidad que se encontraran a toda esa gente defendiendo la colina.

Unos metros más y casi siente que puede respirar pero el suelo retumba y el inconfundible silbido del Fuego rasgando el aire hace que instintivamente baje la cabeza. Ya ha empezado.

Los primeros gritos llenan la plaza mientras Denna avanza sin mirar atrás. Se guía casi por instinto, su cuerpo busca más espacio, más oxígeno, busca los huecos para pasar entre tanta humanidad rabiosa. Cuando por fin puede dar un paso sin chocar con nadie se da cuenta de que hay mucha luz.

—¿No es esa chica? La que estaba con él —pregunta una voz y Denna sabe, casi al instante, que se refieren a ella.

Maldice en voz baja porque la luz que ahora le ciega proviene de las filmadoras de los periodistas. Ellos también se han refugiado a un lado de la plaza, lejos de la batalla que ahora ya está en pleno apogeo.

—¡Eh! —la llama la misma voz de antes—. ¡Señorita!

No es tan ilusa como para pensar que las acciones de Lórim hayan pasado desapercibidas. Denna ahora ya no intenta alejarse solo de la violencia, también de esa voz que la llama porque sí, porque ella estaba al lado de Lórim y ha sido la primera en darse cuenta de todo. Una mano, supone que de algún periodista desesperado, logra agarrarla un momento pero ella se suelta de un tirón, se escabulle todavía más lejos, hacia el fondo de la plaza. Allí, una pequeña multitud observa los acontecimientos, gente que no quiere luchar, pero que tampoco quiere o puede marcharse. ¿Adónde irán? Toda la ciudad es una locura de campanadas y fogonazos que se ven en la distancia. Denna los deja a todos atrás.

Busca oscuridad y silencio, aunque sea difícil. De vez en cuando un resplandor de Fuego o Rayo hacen que parezca que una tormenta se haya desatado en ese punto minúsculo de Blyd.

A medida que se va alejando, Denna por fin siente que puede pensar con claridad. Las multitudes tienen ese efecto en ella, como en muchos de los de su Familia. Los sentimientos lo amarran todo, se pegan a la piel y a sus sentidos. Todavía siente la rabia de los demás como si una lluvia la hubiera empapado. Adelanta a pequeños grupos de gente que, con las cabezas agachadas, han decidido correr el riesgo de alejarse. Ella es una más de esas figuras encorvadas que huyen y, sin embargo, logran localizarla.

Lo primero que nota es una presencia con Aura que intenta tocar la suya. No es nadie familiar: ni sus padres, ni su hermana, ni Lórim.

Cuando mira a un lado de la calle, ve un par de siluetas allí, medio escondidas entre las sombras. Casi al instante, Denna extiende las manos. Se nota la piel fría mientras atrae toda la humedad a su alrededor. Cuando era niña y tuvo que elegir una Familia para fingir que era la suya no lo pensó dos veces. El Agua de algún modo siempre la había llamado, maleable y dura a la vez. Las dos figuras se escabullen por un callejón y ella, simplemente, elige las calles por puro descarte, se interna por las que hacen subida porque eso debe de decir que conducen hacia el Liceo y ese es el único lugar al que cree

que puede ir ahora.

Sábado, 10 de octubre.

Barrio de Montalgo. 10.30 de la noche



—Ya no es cuestión de quién es. Te lo dije. —Vann se le acerca, intenta sujetarle las manos, pero ella se aparta. No quiere que la toque ahora—. Se trata de lo que ha hecho, ¡Cielos! ¡Ha dominado a centenares de personas delante de nuestros propios ojos! Y ya no era para defenderse. Ni para defendernos a nosotros. Lo ha hecho porque sí.

Es una verdad que duele. Lo ha visto. Ha escuchado ese silencio repentino que se ha hecho en la plaza. Ha sentido ese impulso, como salido de la nada aunque no era de la nada, sino que era Lórim, de callar. No le disculpa ella tampoco. No sabe qué decir en realidad.

—Pero ¿es que no lo ves? —insiste Vann con un deje de frustración en la voz.

—¡Claro que lo veo! —Kózel retrocede mientras Vann la mira, incrédulo—. Puedo ser tozuda, pero no estoy ciega. Pero ¿qué hago? ¿Le doy la espalda porque ha cometido un error?

—Sabes que son más de uno, Kózel.

—No tienes ni idea de por lo que está pasando. Vamos a ir a buscarlo. —Lórim les ha dicho que se marchaba y ella recuerda, aunque como de lejos, como si fuera algo que hubiera soñado, que le ha parecido una buena idea en

su momento. Estaba demasiado enzarzada en su discusión con Vann, imagina. Ahora, sacude la cabeza, por un instante se ha sentido como la mente nublada. Cómo no va a estar así, Antepasados. Para acabar de despejarse, Kózel se frota los ojos, se pasa los dedos por entre el pelo enredado y luego se vuelve hacia Nero—. Vamos, ¿verdad?

Nero no le contesta. Vuelve a estar con la mirada perdida, pero al cabo de un segundo asiente. No parece muy convencida o, quizá, es que todavía tiene la cabeza en otra parte.

—Ayúdanos a buscarlo, por favor.

Vann cierra los ojos, se inclina con las manos entrelazadas tras la cabeza.

—No voy a ir detrás de alguien que no quiere que le sigan cuando toda la ciudad está bajo ataque. Lo siento.

—Yo también lo siento. —No quería decirlo, no debía, pero, en vez de rectificar, lo que hace es apartar la mirada de ese gesto dolido de Vann, ese que le dirige antes de dar media vuelta.

Puede arreglarlo. Luego. Lo van a hablar y todo estará bien. Pero ahora tiene cosas más importantes de las que ocuparse.

—¿Hacia dónde? ¿Nero? —Su amiga se ha perdido otra vez en sí misma. Espera con paciencia decreciente a que Nero le conteste.

—¿Estás segura de que debemos ir? —Kózel no se lo puede creer. No se puede creer lo que le está diciendo Nero. ¿Que no vayan? No le entra en la cabeza y no lo entiende. ¿Cómo tiene que dedicar un segundo del tiempo que tienen, que ya es poco, a justificarse? Lórim se ha marchado y tienen que ir a buscarlo. Punto. Es tan sencillo como eso. Irá sola si es necesario—. No, vamos, vamos —dice entonces Nero—. Vamos a buscar a Lórim.

Kózel asiente inmensamente más ligera al escuchar a su amiga, porque podría ir sola, pero prefiere no hacerlo.

—¿Hacia dónde? Puedes guiarnos, ¿verdad?

Nero tarda tanto en contestarle que se teme que vaya a echarse atrás, aunque no entienda por qué. Por muchos errores que haya cometido, sigue siendo

Lórim. Tienen que encontrarle aunque solo sea para echarle una bronca.

En algún punto del trayecto Kózel ha agarrado la mano de Nero y ya no la ha soltado. Los tirones, algún más que necesario apretón de ánimo, han sido la única comunicación que han tenido durante mucho tiempo. No hablaban entre sí quizá porque cada una estaba demasiado sumida en sus pensamientos: Nero, Vinculando Azar para guiarlas y Kózel... Kózel no sabe por qué recuerda la primera vez que aterrizó en Blyd. No era la primera vez que visitaba el continente, pero sí la primera que lo hacía sin el amparo de su familia o de amigos. Bajó del aéreo con todos sus secretos y sus preocupaciones y unas ansias de salirse con la suya más grandes que ella misma. La ciudad ese día le pareció un contraste maravilloso de formas y de colores y de gente de toda condición. Incluso ahora, cuando piensa en sus islas, piensa en blanco y en azul, el color de las casas y del mar, mientras que la Blyd de su imaginación es un estallido de colores y formas, de carteles publicitarios. La ciudad que vio aquel día no se parece a la que Nero y ella atraviesan, furtivas, corriendo largos tramos de calle para, después, esconderse tras cada esquina. La ciudad está rota. Igual de rota que los cristales de los escaparates que crujen bajo sus pies al pasar.

Y está oscura. No solo muchas farolas están apagadas, como si los faroleros que cada noche iluminan la ciudad hubieran dejado su trabajo a medias. Las casas también. Apenas hay luces en las ventanas y no sabe si es porque quienes viven ahí tienen miedo o si, simplemente, se han ido a dormir porque ya es tarde y no les quita el sueño lo que les esté ocurriendo a sus vecinos.

Durante casi media hora no han encontrado más que los restos de la destrucción que las cuadrillas de seguidores de Zaaren han ido dejando a su paso. En una calle, todos los libros de una librería ardían en una gran pira en medio de la calzada, abandonada ya. En otra, una por la que apenas unos días antes Kózel había paseado riéndose con Vann, el nivel de destrucción era todavía mayor. Parecía como si una turba hubiera entrado en las tiendas,

rompiendo una parte y saqueando el resto. Y en cada puerta, en cada escaparate, se repetían las pintadas con los símbolos de las Familias, ya no una reivindicación sino una marca para separar vencedores y vencidos.

Poco a poco han dejado atrás los barrios populares del noreste y se han ido adentrando en el centro de la ciudad. Durante todo el trayecto las ha acompañado el sonido de las campanas y de las sirenas con que se anuncian los vehículos de la guardia. De vez en cuando, también escuchaban gritos que alternaban la furia con el dolor, muebles y cristales rompiéndose aunque tampoco se hayan encontrado con ninguno de los atacantes. Apenas si se han cruzado, de hecho, con alguien. Kózel da gracias por Nero, por guiarlas a las dos, porque tanta suerte solo puede ser cosa suya.

Un apretón en la mano, corto y seco de advertencia, hace que Kózel se detenga. Resguardadas a la sombra de un pórtico dedican unos segundos a recuperar el aliento. Parece que esta parte de la ciudad esté más tranquila. Incluso se ve gente que no huye, sino que camina, apresurada, eso sí, hacia calles colindantes.

—¿Crees que está por aquí?

Nero no responde, aunque no importa. Tiene lógica que Lórim haya llegado hasta aquí. La estación de Varno Monsett. Si quería huir, es un buen lugar.

Aún con las piernas entumecidas de tanto caminar, Kózel avanza, pero en cuanto da unos pasos tiene que detenerse porque Nero se ha quedado atrás. Sin embargo, tras lanzarle una mirada de súplica a su amiga, esta se pone en marcha otra vez.

Llegan juntas a la entrada de la estación, una fachada como un trampantojo en forma de palacio que oculta una gran bóveda acristalada flanqueada por los embarcadores aéreos. Hay una docena de guardias de uniforme custodiando la entrada, pero las dejan pasar no sin dedicarles una mirada curiosa. Dentro, el vestíbulo de la estación está prácticamente vacío, como el resto de la ciudad.

Y, sí, Lórim está allí, pero no en carne y hueso. Las taquillas de venta de billetes están a un lado del vestíbulo y, sobre estas, un panel con letras

brillantes de Ilusión cambian cada pocos segundos anunciando despegues y aterrizajes de los aéreos. Todavía un poco más arriba, casi tocando ya las pilastras que sostienen el techo, cuelga una marquesina de publicidad de la orbevisión pública de Nylert. La imagen holográfica está ligeramente desenfocada, pero ahí está, inconfundible aun rodeado de gente, Lórim. Y también está ella. Y Denna, Nero, Vann. Son imágenes del orbediario mostrando lo que ha ocurrido apenas unas horas antes frente a la colina del Templo de Tierra.

—¿Dónde está? —En la imagen, muda, Lórim abre la boca para gritar y todos los demás cierran las suyas. Un grupo de personas, los pocos que están haciendo cola para comprar sus billetes, observan las imágenes de las noticias con expresión sombría—. Nero, tenemos que encontrarle ahora mismo.

—No está aquí. Lo siento, Kózel. No está.



Salen de los calabozos a la calle. Eso es un gran qué. Brynn incluso se marea un poco, porque de repente tanto espacio le parece demasiado, la vista no le logra enfocar de lejos y no entiende por qué la ciudad está tan oscura.

Eso sí, se guarda de quejarse. Estar fuera de los calabozos está bien porque ya no están dentro, digamos, y eso siempre es una ventaja se mire por donde se mire. Por otro lado, una de las máximas en la vida de Brynn es que es mucho mejor estar solo que mal acompañado, y ahora mismo Elera y él están en la peor compañía que podía imaginar.

Tras abrirles la puerta de las celdas, Elera y él han salido del edificio con el resto de los Brigadas. ¿Qué más podían hacer? A medida que iban bajando pisos, nuevos BIE se les han ido uniendo. Al final han salido todos. Todos, supone, menos los que se han quedado encerrados, pero no debían de ser

muchos más de los que ellos han visto, porque de repente a pie de calle están rodeados de varios centenares de brigadas con el uniforme negro. Ellos llevan la misma ropa con la que les detuvieron, acartonada y maloliente.

—¿Qué...? —Nada más susurrar esas tres letras de nada a Elera, ella le da un codazo.

—No es el momento, detective.

Brynn, como sospecha que mantener una expresión neutra ahora mismo sería bueno para su salud, por lo menos se contenta con, pensar una mueca de desagrado. Con el paso de los años, a muchos se les ha olvidado que los Brigadas de Intervención Especial habían sido una parte más del ejército. La parte, de hecho, que se encargaba de la seguridad ciudadana cuando la seguridad ciudadana se centraba, básicamente, en reprimir de forma cuanto más rápida y brutal mejor a cualquiera que se atreviera a protestar.

Al verlos reunidos, en silencio, como si esperaran algo, Brynn tiene tentaciones de pedirles que le dejen regresar al calabozo.

Los Brigadas, entonces, comienzan a marchar. Esa es la palabra adecuada porque no solo caminan, golpean fuerte los pies contra el suelo creando un golpeteo rítmico. Marchan como lo hace un ejército por el centro de Blyd, que debería ser un hervidero de actividad una noche de fin de semana. A esta hora la gente sale de los restaurantes y cafeterías y se acercan al paseo del río para ver las vistas, pero está todo oscuro y las pocas personas que ve, las ve de lejos, son figuras fantasmales, escondidas.

Elera y él no tienen más remedio que seguirles como pueden. Visto desde fuera, ellos dos deben de ser una mancha descoordinada entre tanto paso militar. ¿Y por qué? Porque si avanzaran en otra dirección, quizá entonces se darían cuenta de que no están tanto por su causa y, en una sorprendente concatenación de ideas, no estar por la causa de esta gente es estar contra ella, y estar contra ella supone Fuego y Rayo y problemas.

Pero algo tienen que hacer, ¿no? Así que Brynn piensa.

Es decir, Brynn por costumbre piensa demasiado, pero en este caso piensa

mucho, muy intensamente, en Elera. Piensa hasta que le duele la cabeza, la visualiza a ella y solo a ella.

«¿Qué quiere?»

«No pensaba que fuera a funcionar.»

«Vamos, hombre. Me estaba mirando con tanta intensidad que casi me mareo.»

«¿Qué es este glorioso momento? Lo que le ha dicho al teniente de los Brigadas. Lo que ha leído cuando ha tocado al BIE inconsciente. Este glorioso momento en el que queremos participar a toda costa y por eso nos han dejado salir, qué Rayos pretenden, qué hacemos todos en la calle.»

«No lo sé. Solo he repetido lo que le han dicho al pobre tipo antes de dejarlo medio inconsciente. Pero yo tengo la impresión, no me pregunte por qué, de que están tomando las calles.»

«Sí. Ya me lo imaginaba, pero tenía la esperanza de equivocarme.»

En vez de responderle Elera vuelve la cabeza hacia su derecha. Se les están acercando jinetes a caballo, pueden distinguir perfectamente el sonido de los cascos de los animales. La caballería de los BIE es otra de esas cosas que Brynn tiene tantas ganas de ver como de tirarse por un balcón. En la siguiente calle, otra columna de Brigadas uniformados se une a la principal.

En cuanto avanzan un poco más, la cúpula del Parlamento emerge por entre los tejados. Parece ser el único edificio iluminado que queda en toda la ciudad y Brynn está seguro, seguro, de que la columna de BIE avanza hacia allá.

Zaaren Kelsryn llamando a sus seguidores a actuar. Los disturbios día sí día también. Los mensajes incendiarios recordando las glorias del pasado, la guerra y las conquistas. Brynn mira a su alrededor. De repente, entiende por qué la ciudad está desierta.

Es un maldito golpe de Estado.

««Ojalá también se equivocara en eso, detective.»»

««Tenemos que avisar a alguien.»»

««¿Cree que no se han dado cuenta ya?»»

««No veo a nadie intentando detener a toda esta gente, así que me imagino que no.»»

Y no, nadie les detiene mientras avanzan en dirección al Parlamento de Nylert. A Brynn le duelen las piernas después de estar más de dos semanas encerrado, pero se obliga a avanzar. El sonido rítmico de las botas de los Brigadas comienza a metérsele dentro de la cabeza como si se la estuvieran taladrando. No, no puede ser que nadie les detenga. ¿Dónde está la gente? ¿Dónde está la Guardia?

No le consuela ver que en la Plaza del Parlamento, frente a ese edificio extrañamente iluminado en medio de la ciudad en penumbra, sí que ha habido alguien. Al menos debió de haber alguien hace un buen rato. Ahora solo quedan los restos humeantes de una batalla que, Brynn odia tener esa corazonada, los buenos han perdido.

Y ve, apretando los dientes del esfuerzo que hace para refrenar sus ganas de convertirse en un ejército de un solo hombre y comenzar a usar mucha violencia contra todos los que le rodean, que todavía llegan más. Y que llegan, incluso, otros vestidos de un uniforme que ya no es negro, sino gris y crema, el

uniforme de la Guardia. La guardia de su ciudad, su Guardia.

«Sé que no suele funcionar que se lo digan, Brynn, pero no haga ninguna tontería.»

¿Cuántos más? ¿Cuántos serán? ¿Cuántos traidores?

El sonido de pasos se extingue cuando llegan todos a la plaza. Hasta ayer mismo fue un lugar de reivindicación social, de protesta, y ahora...

De repente hace un calor asfixiante.

—¡Hermanos! —No es solo una voz quien grita esa palabra. Son docenas. Brynn mira a su alrededor tratando de discernir quiénes son. Parecen altos cargos, la ropa del uniforme se les dobla con el peso de medallas y condecoraciones. Esto es un golpe que viene desde arriba. Desde los mandamases. Nunca habría llegado a imaginar hasta dónde llegaba la podredumbre entre las filas de los BIE. Se siente estúpido, estúpido—. ¡Ya es la hora!

—¡Por el Águila Blanca! —corean cientos de voces. Dentro del Parlamento, si queda alguien, deben de estar muriéndose de miedo. Se lo merecen, piensa Brynn amargamente. No han hecho nada por evitarlo—. ¡Por el Imperio! —Algunos fogonazos de Fuego, obra seguro de algún golpista demasiado entusiasta, lamen las copas de los árboles—. ¡Por la Sangre!

Es un golpe de Estado, sí, y no precisamente improvisado. Entre gritos y consignas, las diferentes escuadras de Brigadas vuelven a separarse. Lo mismo hace el grupo con el uniforme de la Guardia, que tienen suerte que estaba lejos porque Brynn está seguro, aunque posiblemente sea culpa de la ira que se le va comiendo por dentro, que habría podido acabar con ellos uno por uno.

Entonces oye la voz de Aura de Elera, como un susurro.

«Ahora sí. ¿Adónde vamos? ¿A quién cree que podemos avisar?»

Todos se marchan. Centenares en mayúsculas. Si se les han unido todos los BIE que hay en la ciudad y alrededores, serán en realidad varios miles. ¿Qué ha pasado con los cuatro seguidores fanáticos que tenía Kelsryn hace apenas un año y poco?

Brynn comienza a moverse procurando no perder de vista a Elera. Nadie les presta atención a ellos, parecen los únicos que no saben realmente adónde ir.

«Brynn, decídase.»

Y las palabras de Elera no suenan como una sugerencia, sino como una orden.



La noche es como un mecanismo de relojería. Con cada pieza encajando a su debido tiempo, giran los engranajes.

—¿No es hermoso?

Es una noche extraña, una de esas en que el otoño comienza a dar pasos hacia el invierno. Muchas de las luces de la ciudad están apagadas, pero, aun así, esta parece más viva. La luz ausente de las farolas queda compensada por los destellos que aparecen aquí y allá como pirotecnia entre los sonidos de la lucha. Si vuelve la cabeza hacia su izquierda también puede ver un grupo de lucecitas titilantes. El Liceo de la guardia. Muchos estudiantes han acabado engrosando las filas de los Caballeros del Águila, como esperaba, pero así y todo sigue odiando ese lugar.

—¿No es hermoso, Álek? —insiste cuando él tarda en contestarle.

Álek está a su lado. No la ha abandonado desde que por fin pudo rescatarlo. Con extrema lentitud, asiente.

—Las vistas son preciosas.

Aliviada, Zaaren asiente a su vez. Después de atravesar la ciudad para dar la señal a sus seguidores y que se movilizaran, un cuadríciclo ha atravesado calles desiertas hasta que han llegado hasta las colinas que limitan Blyd por el norte. El lugar está tranquilo. Durante el día es un mirador adyacente a un merendero. Lo frecuentan vecinos que van de paseo y turistas que suben hasta aquí para ver la ciudad entera. Ahora, por la noche, solo están ellos y un pequeño grupo de sus más fieles.

—Por la mañana lo serán más.

Por la mañana, piensa, la ciudad será suya.

Conteniendo un escalofrío de expectación, el Águila Blanca hace una seña a Tanet Nathrem para que se acerque.

—¿La Guardia?

Hace horas se escuchan las sirenas de los cuadríciclos por toda la ciudad. Al igual que las campanas, siguen brotando como gritos de alerta, pero ahora ya lo hacen de manera esporádica.

—Desbordada, Alteza. Aquí y en todas partes. —Tanet le habla manteniendo la espalda muy recta y las manos a la espalda, pero aun así los labios se le curvan hacia arriba—. Brakz está al cargo de las comunicaciones y el alzamiento ha triunfado en la mayor parte de las grandes ciudades del país.

El Águila Blanca asiente lentamente. Tanet viene de una antigua familia de militares. Los suyos quedaron en la miseria cuando la República disolvió el ejército, como tantos de los que ahora la siguen. A ellos se lo debe todo.

—Gracias. Gracias, querido. No van a poder contenerlo. Dime que no van a poder.

La sonrisa de Tanet se vuelve un rictus de determinación.

—Estaremos a la altura de las circunstancias. Aunque demos la vida por

ello. Que Su Alteza no lo dude ni un instante.

El Águila Blanca advierte, de repente, lo fuera de lugar que han estado sus propias palabras.

—Puedes irte. Ve informándonos de cada noticia —ordena apresuradamente, y Tanet con gesto marcial, se aleja.

Los suyos merecen una confianza absoluta. Y si no la tiene, ella debe ocultarlo. No merecen menos. Se levanta tratando de controlar el calambrazo que le recorre el cuerpo como si le hubieran atravesado un nervio con un alfiler. Se acerca más al borde del mirador. El alivio que le produce ver cómo su consorte la sigue, como siempre, como debe ser, dura solo un segundo. La mano se le crispa, clavándose las uñas en la carne blanda del muslo. Está a punto de apartarlas cuando lo vuelve a pensar. Se clava las uñas todavía con más fuerza. Se repite a sí misma que dolor es un modo de castigo pero también de redención.

—Zaaren. —La voz de él sigue siendo rasposa. No se ha recuperado todavía. No lo ha hecho físicamente; está demacrado, parece una sombra incluso aunque lo hayan vestido como se merece, como a un príncipe, y tampoco se ha recuperado mentalmente. Lo que acaba de hacer lo prueba. Nunca antes se había dirigido a ella si el Águila Blanca no lo hubiera hecho antes.

—Dime, cariño —responde ella con cierta cautela, desacostumbrada a esta nueva relación que a veces conoce y que a veces la pierde, la desarma. Pero Álek se detiene, no porque ella lo haya hecho sino que se detiene por propia voluntad, se aparta. Y, al verlo, el Águila Blanca está a punto de caer por haber perdido su punto de apoyo.

—No estoy seguro. —La voz de Álek le llega desde atrás y, mientras habla, Zaaren nota unas tenazas en la boca del estómago—. ¿Esto es lo que quieres?

Qué le han hecho a Álek. Pero qué le han hecho. Zaaren se le acerca y, cuando casi lo toca, él se retrae y la mira con ojos tristes. Esos ojos. Al menos no han cambiado. Fue en lo primero que se fijó, en sus ojos. En clase en el

Liceo lo miraba todo con esa expresión pensativa. Busca su mano y se la aprieta con fuerza.

—Va a morir todavía más gente. Y para qué, Zaaren...

—Es... es mi derecho. Mi destino. Me lo arrebataron, tú...

—Era un destino. Podemos tener cualquier otro...

—Pero tú me apoyas...

Se le rompe la voz, se le rompe todo, pero, aun así, levanta la cabeza, le mira de nuevo a esos ojos que no han cambiado y trata de mantener serio el semblante.

El Águila Blanca no se puede permitir desfallecer, no está en su naturaleza, pero siente que algo en su interior vuelve a resquebrajarse cuando Álek se aparta de ella otra vez.

—Va a haber más muertes.

—Pero ¡luego habrá paz! ¡Estamos tan cerca...!

Se detiene de repente. El grupo de Caballeros que les protege acaban de quedarse callados, miran en su dirección un segundo.

Tienen que haber sido esos malditos carceleros, lo han manipulado, lo han puesto en contra de ella, le han...

—Tenemos las manos manchadas de sangre. —Lo dice mirándose las manos. Después la mira a ella y las levanta—. He matado por ti y estoy...



Zaaren se tapa los oídos. Apenas sin llamarlo, el Vínculo llega. La distancia entre ella y Álek se reduce en cuestión de milésimas de segundo, sus mentes convergen y la de Álek se doblega, se funde con la suya, porque en realidad son uno.

—Basta. Esta noche es nuestra. La ciudad es nuestra. ¿Me oís? —Se yergue. Los Caballeros también, orgullosos. Se aparta de Álek, le duele el corazón, pero ahora han vuelto a ser uno y esta noche sanará todo lo que está roto—. ¿Hay noticias? ¿Han llegado ya?

—En unos pocos minutos, Alteza. —El encargado de las comunicaciones asiente mientras sigue escribiendo furiosamente en un cuaderno que no para de tintinear—. El grupo de Mides está a punto de llegar a la estación. Los barrios del sur están ya ocupados, el Parlamento ha caído. Queda coordinar el último ataque.

No se gira cuando, a su espalda, escucha gemir a Álek.



La decisión, al final, es una cuestión práctica. Está relativamente cerca, llegan en apenas cinco minutos después de que los Brigadas marchen en distintas direcciones. Y es el único lugar al que, de hecho, Brynn puede recurrir ahora.

Las puertas de la Casa de la Guardia del Paseo de Pralín siempre han estado abiertas de par en par, día y noche. Son unas puertas de doble hoja de cristal reforzadas con una filigrana de bronce, los expertos dirían que se trata de una maravilla del arte decorativo de principios de siglo. Brynn nunca las miraba demasiado de tan familiarizado con ellas que estaba, pero ahora le duele, como un punzón directo al pecho, verlas cerradas.

Pero en las ventanas hay luz. Solo un resplandor tímido, pero si hay luz significa que alguien debe de haber dentro. Alguien que pueda ayudar. Tras subir de dos saltos largos los escalones de la entrada, Brynn golpea el vidrio con los puños cerrados. No sabe cuántas veces lo hace mientras Elera es un testimonio mudo a su lado. No se cree que no haya nadie. La maldita Casa de la Guardia siempre está llena de gente, ahora no pueden engañarle, así que sigue golpeando.

Elera da un paso hacia él, casi como si fuera a detenerlo, cuando la puerta da una sacudida.

Se abre, apenas varios centímetros. A través de la rendija, Brynn ve un ojo

que le mira tras la lente redonda de unas gafas.

—¿Detective Brynn?

—Blumersett. —Reconocería esas gafas en cualquier parte. Ibar Blumersett está en el departamento de investigación forense con la doctora Carve—. Abra la puerta. Estoy con la agente Elera Vorak, necesitamos entrar ahora mismo. —No sabe por qué, desde que llegó nuevo a la Casa de la Guardia, Blumersett siempre le ha tratado con una reverencia un tanto incómoda, a él que le aspen si sabe por qué, como si la palabra de Brynn fuera sacada directamente de algún tratado de sabiduría antigua, pero ahora la puerta no se abre ni un milímetro—. ¿A qué espera?

Todavía parapetado detrás de la puerta Ibar le regala el silencio incómodo más elocuente de la historia.

—¿De veras se ha creído esa patraña de que sacamos a Álek Rádick de Aguasquietas? Abra, hombre, que no tenemos toda la noche.

—¿No le ayudaron a escapar de allí?

—¡Sí! —le responde Brynn exasperado.

—No lo está arreglando, detective —musita Elera con tono diplomático.

—Pero ¡porque Zaaren Kelsryn nos obligó a hacerlo con Dominio! —añade entonces él. Blumersett no debe de estar solo tras la puerta porque, de repente, se escuchan murmullos detrás de él—. Abra o la echo abajo, se lo juro. Estamos perdiendo un tiempo que no tenemos.

Blumersett, o al menos lo único que puede ver de él, que se limita al ojo y al borde recto de su nariz, duda. Y luego, se aparta. Buen chico. Brynn y Elera se deslizan por el espacio mínimo que ha dejado abierto entre las dos batientes de la puerta.

En el vestíbulo hay por lo menos una cincuentena de guardias. Algunos van de uniforme, los que se encargan habitualmente de la seguridad ciudadana, del tráfico y de asistir en las investigaciones, y al fondo también puede ver a sus compañeros en la división de homicidios. Al verlos, Brynn reprime un rugido porque están aquí, escondidos, cuando deberían estar en la calle. Les pagan

para eso. Incluso, si no les pagaran, es su trabajo igualmente, aunque viéndolos así, entre las penumbras, muy juntos los unos con los otros, con expresiones lúgubres, poca pinta tienen de poder proteger a nadie.

—Hay un ataque a gran escala. Las Brigadas se han rebelado y están tomando la ciudad en nombre del Águila Blanca.

—Hace horas que hay ataques...

—Si hace horas que hay ataques qué...

—Pero ¿de las Brigadas? ¡Las Brigadas son fieles al gobierno!

—¿Quién ha sido el idiota que acaba de decir eso? —Brynn levanta la mirada hecho una furia, pero lo único que logra distinguir es una figura que se escabulle rápidamente al fondo del vestíbulo para no dar la cara—. ¿No me habéis escuchado o qué? Y si hace horas que hay ataques... ¿qué Rayos hacéis todos aquí?

Si la vergüenza se pudiera comer, media plantilla de la Casa de la Guardia se habría muerto del empacho.

—Primero llegaron órdenes de la asamblea municipal para que actuáramos. Pero luego... luego las órdenes dejaron de llegar.

Durer, un hombretón de bigotes largos, da un par de pasos hacia delante apartando a la gente.

—Todos los mandos de la Guardia se han marchado. Se ha convocado una reunión de emergencia para analizar la situación. —Por cómo habla, con los bigotes temblándole ligeramente, Durer no está contento—. Pero nadie ha vuelto todavía.

—¡Porque han tomado el Parlamento! ¡Con toda esa panda de inútiles dentro!

Brynn aprieta los dientes. Si hubiera estado aquí el Capitán Morgensett, si no le hubieran echado con deshonor de su trabajo, no les habría dejado a todos con el culo al aire.

—No podíamos actuar a la ligera y por nuestra cuenta —añade Ibar Blumersett empujándose la montura de las gafas hacia arriba con el dedo

índice—. Aunque algunos han regresado y otros han salido para intentar ayudar en lo que podían...

—Y otros se han unido a la rebelión —susurra Elera. Sus palabras quizá son las que más revuelo provocan. Los murmullos se multiplican en el vestíbulo.

Ojalá Brynn pudiera dar rienda suelta a ese impulso que le empuja a agarrar por el cuello de la camisa a cada uno de los guardias que tiene delante y arrastrarlos fuera para que hagan algo. Nada en el mundo le gustaría más pero, en vez de eso, se obliga a respirar hondo. Comienza a caminar con la vista puesta en el ajedrezado del suelo. Caminar siempre le ha ayudado a pensar y a centrarse.

—Lo primero que tenemos que hacer es contactar con el resto de las Casas de la Guardia. Podemos, ¿verdad? —Del fondo del vestíbulo recibe un gruñido afirmativo. Algo comienza a moverse entre sus compañeros. Una especie de estremecimiento colectivo, como si despertaran—. En números absolutos, nosotros somos más que ellos. —Piensa en las columnas de BIE marchando, soldados a la conquista, y luego mira al conjunto abigarrado de guardias de diversos departamentos que tiene enfrente. Algunos hace años que no pisan la calle si no es para ir a buscar un café a la cafetería que hay al otro lado de la calzada, pero siguen siendo más. La Guardia ya dio un paso adelante una vez—. Podemos revertir la situación si actuamos deprisa.

—¿Y bajo qué autoridad? ¿La tuya, Brynn?

No sabe qué hace ella aquí ni de dónde ha salido. Brynn baja la cabeza para encontrarse, primero, con el moño de Osmik y luego con sus ojos entrecerrados y agudos. Ni siquiera debería estar en la Casa de la Guardia a estas horas, pero Muran Osmik, de Relaciones Interdepartamentales, debía de estar escuchándolo todo desde el fondo y ahora se ha adelantado solo para ¿qué? ¿Para llevarle la contraria?

—Yo no tengo ninguna autoridad para...

—Exacto. —Para ser tan poca cosa, la voz de Osmik llena perfectamente el vestíbulo. Más murmullos de fondo. Brynn comienza a odiarlos—. No somos

una milicia descontrolada que pueda tomar decisiones por su cuenta. Sin órdenes de la asamblea municipal y del gobierno, no debemos hacer nada.

Él actuó sin órdenes muchos años atrás. La Guardia entera se puso del lado de la Revolución que derrocó al régimen de los Indrasil, quiere decirle, pero Brynn solo boquea perplejo. Quizá incluso se siente traicionado. Eso se lo indica un nudo que siente bajo las costillas. Osmik sigue mirándole desafiante. Se da cuenta, quizá tarde, de que no conoce realmente a la mujer.

—Pero si no actuamos ahora, quizá no haya gobierno ni asamblea municipal a la que obedecer —dice Elera, con unas palabras mucho más tranquilas que si las hubiera pronunciado él. Mientras tanto, Brynn observa a sus compañeros. Los hay que le devuelven miradas avergonzadas: Blumersett, Durer, los muy jóvenes y los veteranos que habían estado como él en la antigua Guardia Cívica, pero luego más allá ve recelo, miedo. Incluso indiferencia. Por un segundo cree que va a vomitar de la rabia.

—Pero habrá otro gobierno —grita alguien desde el fondo del vestíbulo. Quienquiera que ha hablado no es lo bastante valiente como para dar la cara.

—¡No! ¡Hay otro gobierno cuando hay unas elecciones y se elige otro! ¡Y no veo gente con urnas y papeletas por aquí!

««Esto es una pérdida de tiempo, Brynn.»»

¿Por qué le llega ahora la voz de Elera a la cabeza? El detective se vuelve brusco para mirarla, pero la agente hace como que está ocupada. A él no le engaña. Se llena la boca con que hace esto para proteger a su Familia, por una cierta simpatía por esa especie de democracia imperfecta en la que han vivido, que no tiene una causa. Pero bien que está aquí con él, dándole consejos que no ha pedido.

—¡Ya lo sé que es una pérdida de tiempo! Pero ¿qué quiere que haga?! — explota. Brynn explota, no se lo puede creer—. ¿De veras? ¿Qué quiere?! ¿Que me quede aquí pasmado como esta pandilla de idiotas?

Sale de la Casa de la Guardia. Necesita aire, se nota el cuerpo cubierto de sudor, pegado a la piel. Si Elera le está leyendo el pensamiento espera que por educación no le siga hasta aquí. No quiere hablar más con ella.

—No lo sé, detective. —Era mucho pedir, de verdad. Brynn levanta la mirada hacia la agente, que menea la cabeza—. Me temo que hemos perdido, hagamos lo que hagamos.

—¿Y entonces?

Elera, que siempre parece tener una última palabra, un comentario hiriente guardado en la manga, aprieta los labios.

—No sé usted. Yo, de momento, me iré a mi casa. Sea lo que sea que ocurra, quiero llevar ropa limpia.



Denna recorre casi sin aliento los últimos metros de la diagonal de Varno Monsett. Cada fachada, cada árbol que se cruza en su camino le recuerda a la conversación que tuvo con Lórim el día en que Zaaren salió a la luz y la Guardia y los BIE atacaban a la gente mientras Zaaren descubría que ese Heredero que estaba buscando era el propio Lórim.

¿Qué va a pasar ahora? Porque sus pesadillas se han cumplido. Lórim no solo ha sucumbido a Dominio, sino que lo ha hecho delante de tanta gente que a saber quiénes no le están buscando ahora también. Y Denna entonces piensa en lo que hace Lórim en esas situaciones, en la cantidad de veces que se ha visto acorralado, por sí mismo, por su propio poder, por las situaciones, por ella. Y lo que ha tratado de hacer siempre: huir, escapar. Desaparecer.

Denna tiene que detenerse un momento. Cree que para tomar aliento, pero no. Ya vislumbra las verjas del Liceo y se da cuenta de que todo su enfado, toda su rabia contra Lórim ha desaparecido solo por el hecho de pensar que quizá

no vuelva a verlo. Mira hacia atrás, como si por pura casualidad, como si solo con mencionarlo, fuera a aparecer detrás de ella. Pero Lórim no está y ahora mismo está sola y las ganas de llorar, no ya de rabia, sino de pérdida, le están subiendo desde el pecho, incapaz de procesar todo lo que ha sucedido en tan poco tiempo.

Querría gritarle, querría pegarle, darle un puñetazo tras otro en el pecho. Pero ya no por lo que ha hecho. Sino por marcharse.

Cuando Denna por fin llega a la verja del Liceo, las piernas ya le están fallando. Reprimiendo un sollozo frustrado, Denna apoya las manos contra la verja y esta cede unos centímetros con un chirrido lúgubre. Mientras empuja las puertas con el hombro para dejar un hueco suficiente para entrar, los jardines parecen como siempre. Son un lugar plácido, un tanto agreste. La avenida de las estatuas está muy tenuemente iluminada por una ristra de farolas que descargan un círculo de luz amarillenta en el suelo.

Al fondo, algunas ventanas del edificio de Administración también brillan con un resplandor débil.

Con solo estar aquí Denna ya se siente más segura. No le sorprende que su primer instinto haya sido regresar al Liceo y no a su casa. Allí... quién sabe. Quizá sus padres y su hermana también han salido a tomar las calles, a destrozarlo todo.

Al final de la avenida tuerce hacia la izquierda en dirección a las residencias. Los demás tendrán que regresar tarde o temprano. O eso espera. Eso sí, se toma un momento para mirar hacia esas ventanas iluminadas en la planta baja de Administración. Solo pueden ser los profesores, aunque no sabe qué estarán haciendo ahí a estas horas...

Entonces Denna se detiene. Está segura, o casi segura, de haber visto sombras moviéndose cerca de las residencias. Algunos de sus compañeros que no pueden dormir. Seguro. Quién podría dormir en una noche así.

Cuando ya ha dado un par de pasos hacia allá vuelve a detenerse.

—¡Blyzster! —La voz que la llama no proviene de las residencias, sino del

edificio de Administración. Denna se gira a tiempo de ver a una figura menuda que baja las escaleras del pórtico de entrada a toda prisa. El sonsonete de sus tacones sobre los peldaños de mármol se vuelve el sonido predominante en los jardines durante unos segundos mientras Nedra Vorak se le acerca a paso rápido, casi corriendo—. Ya me ha parecido ver que era usted. ¿Dónde está Hérschel? ¿Por qué no me lo dijo cuando le pregunté qué relación tenían con Zaaren Kelsryn? ¿En el orbediario no paran de salir imágenes y usted estaba con él!

No le gustan ni el tono ansioso ni cómo, al avanzar igualmente hacia la residencia tratando de ignorarla, la profesora Vorak alarga un brazo para agarrarla.

—No tenía por qué contarle nada —sisea apartándose mientras una parte muy profunda de su cerebro le grita que cómo puede estar hablándole así a una profesora. ¡A una profesora! Nedra Vorak o no interpreta bien su lenguaje corporal o no le importa porque, en un gesto rapidísimo, se adelanta y, ahora sí, logra sujetar a Denna clavándole los dedos en el antebrazo.

Nada más sentir el contacto físico, a Denna la invade una sensación de vértigo. Se concentra para construir rápidas barreras mentales, tan fuertes como es capaz pero, aunque puede sentir perfectamente la mente de Nedra Vorak cerca de la suya, no está intentando Leerla.

—¿Sabía de la identidad de otro Dominio y no tiene que contarme nada? —Hasta hace un instante, Nedra Vorak gritaba pero, ahora, de repente baja la voz y Denna, sorprendida, echa un vistazo a su alrededor. En la puerta de Administración ha aparecido un puñado de siluetas más. Son el resto de los profesores, incluso está el director Nayer. Probablemente Nedra Vorak no quiera que escuchen lo que están hablando—. ¿No se da cuenta de las consecuencias que puede tener esto para este país y, por lo tanto, para todos nosotros? ¿Para nuestra Familia?

Sus padres también dicen «Familia» así, como si fuera un concepto sagrado que trascendiera sobre todo lo demás. Quizá sea porque ella no vivió los

tiempos gloriosos de los Aura, o porque siempre tuvo que ocultarlo, pero no lo entiende. No lo entiende y está harta.

—¿Por qué tengo que ser fiel a su Familia? ¿Qué ha hecho mi Familia por mí, aparte de ser una carga y una vergüenza y un ejemplo a no seguir? ¿Qué tiene que ver mi Familia conmigo? —Tampoco sabe por qué Nedía Vorak ahora le viene con exigencias. Sí, le ofreció un puesto entre los Fantasmas, pero eso no le daba derecho a tratar de sonsacarle información el otro día ni le da carta blanca para hacerlo ahora.

Aprovechando ese brote repentino de furia, Denna se zafa de ella pasando por alto el hecho de que Nedía Vorak sea la jefa de estudios y que pueda, sin esmerarse mucho, acabar con su futuro académico y laboral.

Cuando echa a correr, se da cuenta de que las sombras que ha visto antes alrededor de las residencias también corren. Denna mira hacia atrás. Desde la parte posterior del edificio de Administración emerge un puñado de sombras más que también se alejan a toda velocidad.

De pronto, siente que el suelo tiembla a sus pies, que su visión se tiñe de un rojo intenso, rojo Fuego. Al mismo tiempo, un ruido ensordecedor atenaza sus oídos.



No pasa nada, se dice Kózel con una voz que, a pesar de todo, no suena muy convincente.

Casi mejor que Lórim no esté, de hecho, en la estación de Velorraíl. Mira de reojo las imágenes del orbediario que siguen retransmitiéndose sobre las taquillas de la estación. Están volviendo a emitir el momento en que Lórim ha usado Dominio para callarlos a todos. Ahora, Kózel se fija en la imagen de sí misma, en cómo ni siquiera se aprecia ningún signo de incomodidad ni de

extrañeza en ella cuando cierra la boca. Al final tiene que apartar la mirada.

—Pero... —No pasa nada. No tiene por qué perder la calma—. ¿Puedes intentar localizarlo otra vez? Quizá te has confundido en alguna parte del camino... podemos volver atrás...

—No.

—Pero...

—No quiero que lo encontremos. —Es un jarro de agua fría. ¿De qué está hablando Nero? Claro que quieren encontrar a Lórim, a eso han venido. A encontrarlo, a hacerle entrar en razón—. No quiero que lo encontremos porque va a ser peor.

—¿Qué va a ser peor? —Sus gritos comienzan a llamar la atención de los pocos que hay en el vestíbulo, pero ella ya no se contiene—. ¡Nero! ¡¿Qué va a ser peor?!

—¡No lo sé! —Nero grita. Parece desesperada—. Azar no funciona así. ¡Lo sabes! ¡Lo sabes! Y, sin embargo, todo el mundo me sigue preguntando... No tengo respuestas para todo. Estoy muy cansada, Kózel. Muy cansada...

Ella también está cansada. Kózel sacude la cabeza porque sabe que parte de ese enfado con Nero que le comienza a reptar por encima de la piel tiene mucho que ver, precisamente, con ese cansancio, pero no lo puede evitar.

—No puedes llevarme hasta aquí y luego darme una excusa así de vaga. Es injusto, Nero. —Aunque sabe que ella también está siendo injusta. Aun así, no se calla. La abuela tenía razón en lo de la cabeza dura como piedra volcánica.

—Siempre puede pasar alguna cosa. Hace meses que pueden pasar cosas, así que no sé. Azar va bien para calcular si va a haber un alud o si anda algún animal salvaje cerca. Aquí hay demasiada gente. Y hay política. Odio la política. Pero hay muchas probabilidades de que ocurra algo muy malo en cuanto le encontremos —añade en voz baja.

—¿Por qué no me lo habías dicho?!

—¡Porque también hay posibilidades de que no ocurra nada malo! Y no lo sé. Todo el mundo me pregunta siempre y no me gusta dar malas

probabilidades. Me duele la cabeza. Me duele la cabeza —repite sacudiendo la cabeza—. Déjame un momento.

Nero, ahí mismo en medio de la estación, se sienta con las piernas cruzadas. No responde cuando la llama ni cuando vuelve a preguntarle sobre las cosas malas que van a pasarle a Lórim, pero en ningún momento deja de mover los dedos. Sigue calculando, quién sabe qué. Justo ahora. En el peor momento posible para perder el control. Kózel se aparta y se quita la gorra de un manotazo. Sopesa brevemente si lanzarla lejos y luego se la vuelve a poner con fuerza.

No necesita a nadie. Siempre que ha querido hacer una cosa, hacerla de verdad, Kózel se ha arremangado para conseguirla. Esto no lo va a cambiar.

La distrae entonces un pitido metálico. A punto está de ignorarlo; es solo un metropolitano que, envuelto en finas vetas de Rayo, llega justo en este momento a la estación.

—Voy a ir yo sola —le dice a Nero entonces—. No me importa.

Si Nero la está escuchando o no, es un misterio. Su amiga tiene la cabeza vuelta hacia los andenes a los que el vagón del metropolitano no ha llegado. Hay gente en las vías, llegando desde el otro extremo de la estación, el que da a los raíles que se extienden por toda la ciudad, y también el que estaba más desprotegido. Camisas rojas, capuchas rojas. No son como la gente que les ha atacado en la colina, con sus gritos y sus banderas y sus ataques efectivos aunque aficionados. Los que ahora llegan lo hacen con actitud profesional. Mientras comienzan a subir a los andenes muchos se cubren la cabeza con las capuchas rojas de los Caballeros del Águila.

Ellas no son las únicas que se han dado cuenta. Los pocos pasajeros que a estas horas hay en la estación también lo han hecho. Toda actividad se ha parado, la gente primero los observa sin moverse pero entonces comienzan a retroceder.

Ellas deberían hacer lo mismo.

—Nero. Nero, levanta. —Puede seguir enfadada y querer alejar a su amiga

del peligro. Antepasados, también está enfadada con Lórim hasta niveles estratosféricos y, en parte, por eso quería ir a buscarlo. Se le acerca, le tiende la mano. El día de hoy se está convirtiendo rápidamente en uno de los peores de su vida y Nero solo la mira.

—¿Dónde estamos?

—En la estación.

¿Por qué le pregunta? Nero, entonces, cabecea. Parece que vaya a dormirse.

—Tiene sentido. La estación era una de las probabilidades.

Kózel habría preferido mil veces hacer esto con Nero en plenas facultades, pero los Antepasados saben que no siempre se tiene lo que se quiere. Como Nero no le agarra la mano para levantarse, lo hace ella tirando con todas sus fuerzas. La marea de gente vestida de rojo, los partidarios de Zaaren, ya han superado la zona de los andenes y se están desperdigando por todo el vestíbulo.

La Guardia que estaba vigilando la entrada de la estación también los ha visto. Casi podría imaginarse lo que se les pasa por la cabeza: que ellos son una docena y la gente que acaba de bajar del velorraíl son centenares. Aun así, los guardias entran en tropel dentro del vestíbulo de la estación, protegidos ya con un velo de Escudo.

Y luego se detienen.

¿Qué hacen? Kózel resopla bajo el peso de Nero. Su amiga se ha levantado pero parece medio dormida todavía y, aunque ponerse su brazo alrededor de los hombros no es, en opinión de Kózel, lo más práctico, no ve otra solución.

—Vamos, Nero, ayúdame un poco...

Logra dar cinco pasos en dirección a las puertas. Con ellas, otros de los viajeros que estaban en el vestíbulo también deben de creer que salir fuera es buena idea.

—¡Alto! —les grita uno de los guardias.

Descubren por qué les han dicho que se detengan cuando ya han llegado casi a los arcos de la entrada: porque desde las calles que lindan con la estación

está llegando más gente. Avanzan tranquilamente como si la ciudad fuera suya. En las caras de los guardias se puede leer la desesperación mientras se agrupan formando un círculo defensivo.

Más o menos la cara que debe de tener ella, la verdad.

Encontrar a Lórim está perdiendo peso rápidamente en su escala mental de prioridades frente a sacar a Nero de aquí.

—¡Atrás! ¡Atrás! —Una guardia alta y morena les hace un gesto para que se aparten.

Calma, se dice. Thienn en clase de estrategia les dice siempre que la calma es fundamental. Siempre le había parecido algo teóricamente fácil, además de lógico, hasta este momento. Y luego, el profesor Thienn les recomienda que observen. Que analicen el entorno. Eso hace ella, todavía sujetando a Nero: un grupo de Caballeros acercándose a la estación. Detrás de ellas, los Caballeros que acaban de llegar se están desplegando por los andenes y el vestíbulo y unos cuantos han arrinconado a los viajeros que esperaban embarcar junto a las taquillas. Rehenes, piensa. Rehenes, están tomando la estación. En medio, el grupo de gente entre los que se encuentran ellas y un puñado de guardias aterrorizados.

Echa un nuevo vistazo hacia la calle. Por lo menos una cincuentena de Caballeros se acerca por ese lado.

—Nero, ahora sería el momento de...

—No me pidas que use Azar durante un rato, por favor.

Calma, decía el profesor Thienn.

—No pasa nada. No te preocupes, Nero. Siento haberte gritado antes.

Sobrevivieron cuando Nymar y el otro quisieron matarlas en la biblioteca en primer curso, se enfrentaron a los títeres de Zaaren en segundo. Rescataron a Kástor. Esto debería ser pan comido. Kózel trata de no pensar en la cicatriz que todavía le decora la muñeca derecha y en aquella semana que pasó en el hospital. Calma. Por lo menos parece que Nero vuelve un poco en sí. Se yergue, su peso ya no es tan omnipresente sobre los hombros de Kózel.

Esa es la buena noticia.

La mala es que uno de los Caballeros se las ha quedado mirando. Luego, le hace un gesto a una mujer, también encapuchada, que está a su lado y esta llama a unos cuantos más.

Kózel no grita. La gente que intenta salir lo hace por ella.

Y esa otra gente, que no tuvo la suerte de asistir a las clases del profesor Erss Thienn del Liceo, entra en pánico. Y el pánico es algo muy peligroso, porque impulsa a escapar de aquello que te aterroriza sin pensar en las consecuencias. Por ejemplo, la gente comienza a correr lejos de los Caballeros de dentro de la estación, de cabeza a los que están fuera.

Es una oportunidad. Remota. Peligrosa. Kózel agarra fuerte la mano de Nero para no separarse de ella y echa a correr con el resto de la gente. El contraste entre la luz que había dentro de la estación y la oscuridad exterior la ciega, pero sigue corriendo entre las siluetas del resto de las personas que huyen. Los Caballeros que se acercaban a la estación, si no se ha desorientado, cosa perfectamente posible, deberían estar a su derecha. Da un tirón a la mano de Nero en dirección contraria.

Allí donde se supone que deberían estar los Caballeros la atmósfera se prende en llamas. No cree que les dejen escapar así como así. No lo harán si quieren tener más rehenes, intentarán cortarles el paso... Kózel frena bruscamente. Nero quizá haya pensado lo mismo que ella, porque hace exactamente lo mismo al tiempo que una deflagración engulle el tramo de calle que hay frente a ellas. Por los gritos que se escuchan inmediatamente también golpea a quienes iban corriendo por delante de ellas.

Todo se llena de un humo espeso. Con la mano que tiene libre, Kózel se tapa la boca y la nariz. Humo. Quizá el Fuego también haya prendido algún árbol o uno de esos bancos tan bonitos de madera pintada que hay frente a la estación.

Suelta a Nero.

—¿Aire? ¿Puedes Vincular Aire? —Cuando habla le arde la garganta.

Una nueva columna de Fuego pasa cerca, demasiado cerca.

—¡No veo nada! ¡¿Hacia dónde?!

—¡Hacia ellos!

Haciendo cazoleta con la mano Kózel gira el brazo en aspa. Intenta atrapar todo el Aire que puede, abarcarlo entero. Nero hace lo mismo, casi en sincronía. Una brisa con aspiraciones a convertirse próximamente en vendaval las envuelve. El humo forma volutas y remolinos a su alrededor. Y ese humo se vuelve gris y luego negro, de un negro tan profundo que parece estar hecho de oscuridad misma cuando Kózel establece también el Vínculo con Ilusión.

Lo lanzan hacia el punto de donde provienen los ataques. Kózel no quiere mirar al espacio que ha quedado repentinamente despejado porque, entre la gente confundida y medio asfixiada, hay cuerpos caídos. Prefiere mirar, en cambio, hacia un lado de la estación donde las calles se ven oscuras y vacías. Otra oleada de Fuego rasga el aire, pero va a estrellarse lejos, demasiado desviada. No les ven. De momento. Tienen que aprovecharlo.

Cuando echan a correr ya no se detienen incluso con los pulmones a punto de estallar por la falta de oxígeno y el cuerpo doliéndole a cuchilladas. Primero, los grupos de descontrolados asaltando las calles y, luego, los Caballeros. Meses temiéndose que Zaaren se les estaba adelantando, semanas y semanas con esa sensación de caminar al borde del abismo y ahora... ahora cree que sabe qué está ocurriendo.

Estrategia, todo se reduce a estrategia, piensa mientras Nero y ella giran por una calle ancha y, para su alivio, desierta. Los Caballeros han ocupado la estación y quien tiene la estación, tiene las comunicaciones. ¿Y qué más? ¿El Parlamento? ¿Los bancos? ¿Los estudios de Orbevisión?

Kózel inspira hondo, busca energías de cualquier sitio donde pueda tener una reserva. Ahí, en dirección al oeste, se extienden los tejados irregulares del barrio antiguo. ¿Habrá encapuchados allí? ¿Dónde más? Tienen que avisar, ahora. Deberían tratar de contactar con alguien. Quien sea.

Saca el diario del bolsillo, aún corriendo y, casi inmediatamente, se le cae al suelo cuando primero escucha una explosión hacia el sur, cerca del río. Y otra,

cerca. Y luego otra y otra y otra. Pero de todas las explosiones, la que le hace volver la cabeza, ahogar un grito, es la que proviene de los Altos. Allí donde está el Liceo, se levanta una columna de humo espeso.



Si alguien le hubiera dicho hace apenas unos días que encontraría la paz en este lugar, Lórim habría entrado en cólera, se habría quedado ronco tratando de negarlo.

Esta noche, en su enésima huida, ha parado un cuadríciclo que esperaba para cruzar una calle. Poco importa ya que haya tenido que Vincular Dominio para que el conductor le llevara a donde ha querido. Por qué debería importarle cuando ya lo ha hecho delante de las filmadoras de la orbevisión y con sus amigas. Con sus amigas. Lórim siempre ha pensado en esa palabra con reverencia, tal y como se merece algo tan precioso como la amistad. Hoy la ha roto. El conductor, silencioso, porque también le ha ordenado que no hablara, le ha dejado en los Ocasos. El mausoleo Indrasil, el primer sitio que se le pasó por la cabeza. Bajo tierra, a oscuras, acompañado de los que han sido como él. Quizá el sitio donde se merece estar.

Alguien ha dejado flores frescas en la tumba de su padre. Flores grandes de pétalos encarnados que Lórim no se ha atrevido a tocar. Esos pétalos, junto a la pequeña bola de Fuego que sostiene entre las manos para iluminarse, son la única nota de color que existe en toda la cripta. Lo demás es mármol blanco y pórvido negro y sombras todavía más oscuras.

—Tenías razón. —Llevaba estas dos palabras en la punta de la lengua desde que ha cruzado las grandes puertas de hierro forjado, desde que ha cruzado el vestíbulo flanqueado de columnas y ha bajado esa escalera abierta al vacío que lleva hasta la cripta donde están enterrados cientos de años de familia

Indrasil. Incluso está él, en una sepultura simple y rota. Y esas palabras no han querido salir hasta ahora, a pesar de que lleva, no lo sabe, una hora, dos, aquí abajo—. No hay nada que odie más en este mundo que reconocerlo, pero la tenías—. Le habla a la tumba, aunque sepa que está vacía. Por lo que él sabe, por lo que le dijo Zaaren, el cadáver de su padre sigue pudriéndose en esa mansión que fue su hogar y su cárcel diecisiete años. No importa. El viejo tampoco podría escucharle allí donde esté ahora. A no ser que al final Kózel tenga razón y que todos sus antepasados, incluido Asgard Indrasil, le estén vigilando—. Está en mi naturaleza, y no puedo escapar de ella.

Esa ilusión de normalidad a la que se aferró como un salvavidas ha durado poco más de dos años y, ahora que lo piensa, quizá es más de lo que merecía.

Lórim levanta la mirada. La llama que tiene entre los dedos no ilumina hasta muy lejos, pero es suficiente como para que la tumba de su padre sea perfectamente visible. Es la única que no es antropomórfica. En vez de eso, sobre el sepulcro, vacío, se recuerda otra vez, se alza un águila coronada con las alas extendidas. Es una escultura digna de un Emperador, digna de estar en un museo. El Águila está apoyada sobre sus dos grandes garras pero, aun inmóvil, parece estar a punto de alzar el vuelo. Por un segundo piensa que podría tocarla y que sus dedos se hundirían entre esas plumas de mármol.

—Y ahora ¿qué, padre?

Su voz es el único sonido aquí abajo. Ni siquiera parece suya. La cúpula que corona la cripta hace un efecto extraño con sus palabras, les proporciona un color metálico y tembloroso.

Se pone en pie. En dos pasos ya está junto a la tumba de Ascot Indrasil. Lórim era el de los remordimientos. Ascot es su verdadero nombre, su verdadera identidad, porque solo Ascot puede sentirse tan bien como se siente él ahora. Tan lleno de energía como si cada vez que ha establecido el Vínculo con Dominio en las últimas horas una parte de las voluntades que ha doblegado hayan alimentado la suya propia.

—Ahora ¿qué? —repite pero, por supuesto, no recibe ninguna respuesta.

Están todos muertos.

No.

Ojalá estuvieran todos muertos de verdad, pero queda Zaaren y queda él, digan lo que digan las letras grabadas en el sarcófago. Su tumba está cerrada. Alguien ha reparado también las grietas que afeaban la piedra, quizá los mismos que han dejado las flores. Se pregunta si dentro habrán dejado los huesecillos de aquel niño que murió en lugar de él en el incendio del palacio. Quizá pudiera romperla otra vez, bajar a esos túneles que serpentean bajo la ciudad y comprobar cuántos están sellados de verdad, porque ya lo intentaron para buscar a Kástor durante el verano y se encontraron con la desagradable sorpresa de que el gobierno tenía todas las entradas bloqueadas y vigiladas. Podría quedarse aquí abajo, en silencio. Lórim odiaba el silencio.

Al final, ni abre la tumba ni se queda en la cripta, no. No es lo bastante valiente para simplemente bajar a la oscuridad y no regresar. Sube las escaleras hasta la superficie. Va a huir y ya verá lo lejos que llega esta vez. Muy lejos, espera. A otro país donde no le conozca nadie ni nadie espere nada de él. Hasta hace poco quería enfrentarse a Zaaren, pero ha descartado la idea. Tratar de detenerla le ha llevado a donde está ahora.

Cruza de nuevo el atrio del mausoleo, sostenido por esas columnas negras tan altas que si trata de mirar al techo le duele el cuello. El aire es aquí mucho más cálido que bajo tierra.

Y es un aire que arrastra cenizas.

Se detiene como fulminado en la puerta del mausoleo. El edificio se encuentra en medio de un cementerio que más bien parece un jardín, con parterres de flores entre los monumentos funerarios y árboles altísimos que a principios de otoño han comenzado a perder las hojas. Entre las ramas desnudas distingue un cielo cubierto de nubes que no son negras como deberían, sino de un color anaranjado fluctuante.

Había violencia en la ciudad, había disturbios. Pero ahora hay Fuego. ¿Cuánto ha ocurrido en el tiempo que ha estado ahí abajo? Un nuevo tono de

miedo le atenaza la garganta. Es distinto al que ha sentido en las últimas horas, bajo tierra, con sus propios fantasmas. Este miedo lo siente vivo, serpentea por todo su cuerpo y le bombea la sangre mientras sale corriendo del cementerio. Las calles colindantes están desiertas y silenciosas, un remanso de paz en contraste con las campanas que se escuchan por el resto de los barrios, a lo lejos. Por las sirenas de los cuadríciclos de la Guardia en una cacofonía que se pierde en la distancia para, después, regresar de nuevo. Ve algunas columnas de humo a lo lejos. Cuenta rápido: son seis. No, siete. Otra más, allá a lo lejos, se levanta desde la colina de los Altos.

El Liceo.

Ojalá pudiera engañarse diciendo que esa columna de humo proviene de otro lugar. Lórim Hérshel era un experto en engañarse a sí mismo; pero Lórim ya no existe.

Tiene que recordarse que él estaba huyendo. Ha sido él mismo quien ha cortado todos los lazos que le unían a Blyd y al Liceo de la Guardia. Ha cruzado todas las líneas y ha quemado los puentes. Ha usado Dominio contra la gente que más quiere, ¿cómo va a regresar? Aun así, da un paso en dirección a ese resplandor en lo alto de la colina. Un paso no es nada, claro. Está muy lejos, casi en la otra punta de la ciudad, que dé un paso no significa que esté más cerca.

¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué hay fuegos por toda la ciudad?

Si da otro paso tampoco significa que haya cambiado de opinión.

¿Quién estaba en el Liceo? ¿Quiénes de sus amigos? No. Cree que todos estaban en la ciudad con él. Hasta que les ordenó que le dejaran hace... ¿cuánto? Su reloj marca las cuatro de la mañana y en poco tiempo se verán los primeros rayos de sol por detrás de la colina de Montalgo. Pero el tiempo es relativo, no recuerda cuándo dejó a Kózel y a Nero y a Vann en ese callejón. No sabe cuánto tiempo lleva solo bajo tierra pero le parece que apenas han pasado unos minutos desde entonces y resulta que han pasado horas. ¿Qué ha ocurrido en todo este tiempo? ¿Y si después de dejarlos resulta que sus amigos

han regresado al Liceo?

Sacude la cabeza. Este sería el momento perfecto para desaparecer definitivamente. Aprovechar la confusión, el caos. Si lo piensa bien, incluso le atrae pensar una identidad nueva. Puede ser quien quiera ser, lo que le pida la imaginación.

Aunque le gustaba, le gustaba de veras ser Lórim.

Cuando quiere darse cuenta ya ha salido del cementerio. Ahora solo tiene que tomar una decisión y la toma con la mirada fija en el fuego que todavía arde en los Altos.

Domingo, 11 de octubre.

Liceo de la Guardia. 5.38 de la madrugada



«Libres. Iguales. Jus...»

Lórim se detiene bruscamente, aunque todo, su respiración, su corazón que late frenético y un ansia que lleva aferrada con garras y dientes en las entrañas, parece que siga corriendo por él. Pero es que tenía que detenerse. Ha corrido desde el mausoleo hasta aquí. Parece que esta noche no ha hecho más que correr, correr y, ahora que ya despunta el sol se ha detenido. Aunque no por el cansancio. Quizá tenía que detenerse porque más adelante están las residencias. Aquí solo quedan ruinas pero no sabe qué va a encontrarse allí.

Vuelve a mirar la inscripción.

«Libres. Iguales. Jus...»

La primera vez que leyó esas mismas palabras fue cuando se coló en el Liceo para hacer que el viejo director Nayer le matriculara. En esa ocasión le transmitieron una cierta esperanza. «Libres. Iguales. Justos» era precisamente lo que buscaba; pero ahora no son más que letras grabadas en un bloque de alabastro que ha quedado en medio del camino. Está roto, resquebrajado, como el resto del edificio de Administración.

Dentro de él todo sigue corriendo, pero Lórim permanece quieto.

No quiere levantar la vista hacia las residencias. Mira el escudo roto por la

mitad, tirado como un desperdicio por una mano descuidada, aunque sabe que ha sido por la explosión. Debe de haber sido monstruosa.

La otra mitad del escudo, el que representaba la estrella de Nylert con los símbolos de las Familias, quién sabe dónde estará. El pórtico derecho del edificio, imagina que es allí donde se produjo la deflagración, se ha derrumbado completamente. De la fachada del cuerpo principal solo queda la mitad, partida en dos justo en el punto donde antes estaba la puerta de entrada. La explosión ha escupido fragmentos de piedra, muebles y cristales a su alrededor.

Vuelve a leer las mismas tres palabras, el lema de un Liceo que ya no existe.

A pesar de llevar inmóvil unos minutos, Lórim todavía jadea. No está preparado para enfrentarse a lo que pueda encontrar en las residencias, pero, aun así, comienza a rodear los cascotes que bloquean el camino. Por eso ha vuelto. Para asegurarse de que los suyos están bien. Eso era lo único que podía ganar por encima de su necesidad de huir otra vez.

Sí. Lo único.

¿Cómo puede haberse pasado por un maldito segundo y medio por la cabeza escapar sin ir al Liceo? ¡Será imbécil rematado y melón...! Seguro que cuando llegue, Kózel se lo dice. Porque Kózel y Nero y Denna y los demás tienen que estar bien. Seguro. Seguro que no estaban en el Liceo cuando ha ocurrido todo. Y si estaban en el Liceo, no estaban en las residencias. Está convencido. Convencidísimo.

Del edificio de Administración por lo menos queda algo en pie. Las dos residencias, en cambio...

Mientras se acerca, Lórim aparta la mirada de las ruinas y la fija en la gente, figuras que, como hormiguitas, se mueven por entre los restos destripados de los dos edificios.

Cada vez está más cerca. Poco a poco el sol ha ido ganando altura y ya identifica algunas figuras. Ninguna pertenece a sus amigas. Lórim vuelve a sentir esa necesidad imperiosa de detenerse, de retrasar su llegada, porque no

sabe qué va a encontrar cuando llegue, pero, en vez de pararse, deja que el ansia que ha hecho nido en él tome el control de sus extremidades y le haga correr cada vez más rápido. Le lloran los ojos. Tiene que ser por el aire.

Allí está Vann. Es el primero al que reconoce, sentado sobre un bloque informe de ladrillos todavía unidos entre sí por capas de mortero que, por un lado, todavía tiene jirones del papel pintado que decoraban las habitaciones. Es la viva imagen de la derrota, la espalda encorvada, las manos enredadas entre el pelo castaño rojizo.

A Lórim debe de haberlo delatado el sonido de sus pisadas. Vann levanta la cabeza pero es como si sus ojos, enrojecidos, vieran a través de él.

Cerca hay más gente. También se giran en su dirección. Lórim cuenta tres profesores —Pymar Dinn, Thienn y Nogha— y también algunas decenas de compañeros, todos con la cara y la ropa cubiertos de un polvo grisáceo que les da un aspecto de ultratumba. Unos cuantos están heridos y el sanador del Liceo, el siempre amable señor Maler, les está atendiendo entre fragmentos de muro y vigas partidas. Se da cuenta, entonces, de que las ruinas siguen un cierto patrón. Hay grupos de cascotes amontonados en colinas mínimas y, en el suelo, hay marcas allí donde los fragmentos más grandes han sido arrastrados gracias a Tierra.

La certeza de que, si han estado apartando los cascotes, ha sido para buscar a gente entre las ruinas, le revuelve el estómago.

Los siguientes pasos que da Lórim para rodear lo que hace apenas unas horas era la residencia femenina los siente como si fueran una caída al abismo. Dónde están. Quiere gritar el nombre de sus amigas, pero todo el mundo está en silencio y alzar la voz le parece algo fuera de lugar, casi un sacrilegio.

Las ve, por fin. Kózel, de pie. Más que eso: erguida, una demostración empírica de que nada puede hundirla del todo. Nero, sentada al lado de Denna. Vivas. Pero Lórim también ve ahora los cuerpos tendidos que habían quedado ocultos tras un conjunto de muros bajos. A falta de mantas alguien les ha cubierto las cabezas con abrigo y casacas del uniforme. Uno de los cuerpos

está enfundado en un traje gris pasado de moda. El director Nayer, porque es él, era él. Siempre había parecido frágil, pero Lórim se descubre pensando que ahora su cadáver da la impresión de haber encogido. Otros cuerpos son jóvenes. Jovencísimos. Bajo los abrigos que los cubren, algunos llevan chaleco de color verde.

Son estudiantes de primer curso, porque en primer curso él también solía quedarse los fines de semana en la residencia.

La cabeza le da vueltas, se le llena de preguntas. ¿Por qué el Liceo? No lo entiende. Siente, entre las orejas, una presión creciente que es de rabia, pero es también su Vínculo con Dominio que ahora trata de abrirse paso a arañazos; pero Lórim, Lórim, se dice repitiendo su nombre, porque es suyo, regresando al Liceo lo ha decidido así, sin más dudas ni fisuras, no puede ordenar a los muertos que se levanten.

Dejar de mirar esos cuerpos tendidos no hará que se olvide de ellos, pero lo hace todo una fracción más soportable. Va a ser egoísta por pura cuestión de supervivencia.

Se acerca sorteando cascotes y escombros y sus amigas, por fin, le ven a él. No dicen nada. Y tampoco hacen ningún movimiento hacia él. A Lórim le falla el cuerpo. Necesita desesperadamente unas palabras, un abrazo, consuelo. Eso también es egoísta, lo sabe, pero toda esa muerte le abrumba. No se detiene.

—Estáis... estáis bien, ¿estáis heridas? Por qué lo han hecho, por qué... — Cierra los ojos. Quiere preguntar también por qué ellas no se le acercan. Aunque sabe la respuesta, cree—. ¿Quién, quién más ha...?

—¿Qué haces aquí?

Las palabras de Nero son como un bofetón, como una descarga de Rayo directa a las entrañas. Lórim se tambalea primero y luego analiza el tono con el que las ha dicho. No es de rechazo, lo que le da un poco de esperanza. Es de preocupación.

—No podía marcharme, no después de...

Mira a Denna, que sigue sentada. Tiene el brazo derecho vendado y un corte

profundo en la mejilla, y no se había dado cuenta. Se gira hacia Kózel, quieta, pero con el cuerpo temblándole y Lórim espera que sea porque está haciendo esfuerzos para no correr hacia él. Tiene derecho, todo el derecho a estar enfadada. No quiere mirar a Nero porque Nero le ha preguntado que qué hace aquí, pero Nero vuelve a hablar:

—Sal de aquí. —Da un paso en su dirección. Al mismo tiempo es como si Kózel hubiera acabado de tomar una decisión porque por fin, a Lórim se le deshacen los huesos de alivio, da un paso hacia él, pero entonces Nero la sujeta—. Lórim, por favor, no tendrías que haber regresado, todo el mundo sabe...

—¡Alto!

En un primer momento Lórim no identifica que ese grito se refiera a él.

—¡No te muevas! —chilla una segunda voz. Reconoce a la profesora Vorak antes incluso de girarse hacia ella—. ¡Cailíe, Hokulea, Blyzster, aléjense!

Y no solo es ella. También están el profesor Nogha con las piernas flexionadas y los brazos medio extendidos, en posición de lucha.

—Todo el mundo lo sabe..., ha salido en los orbediarios, te vieron, en la plaza... —termina Nero como si se le estuvieran yendo las fuerzas.

Lórim da un paso atrás. Vuelve la cabeza. Le mira Syama Vhindiya de su curso con la cara llena de hollín y tierra y los dientes apretados. También Wen, con ambas manos refulgiendo Fuego.

Hacia cualquier lado al que mira, ve a los que eran sus compañeros preparados con Agua y Rayo y Tierra, a Lluvín Houba, a Dhalik Symmel con el Aire oscilando a su alrededor con disposición para atacarlo. También está Vann, le ve al fondo, observándole.

Los conoce a todos porque Lórim tenía una Sonrisa de Hacer Amigos y la compartía generosamente con todo el mundo. Son sus compañeros y profesores los que le miran como si no le conocieran de nada.

Aunque, en realidad, es cierto que no le conocen. De hecho, ni le conocen ni saben a quién se enfrentan. Que no se mueva. Si pudiera, Lórim se reiría. Si

quisiera marcharse no necesitaría moverse para nada, solo apretar el puño y dar un mandato. Ni siquiera tiene que verbalizarlo. Pero Lórim observa sus caras mudadas de miedo y rechazo, hacia él, hacia lo que es, y cree que se lo merece.

—Podemos tratar de entretenerlos.

Hay algo de lo que se dio cuenta, aunque no le diera importancia; desde que se conocieron y se hicieron amigos, Lórim siempre ha estado en el centro de sus amigas. Kózel a su derecha, Nero a su izquierda. Se acostumbraron a estar así en clase y cuando caminaban por la calle. Lórim puede ser idiota, pero nunca pensó que estar en el centro le hiciera más importante. Solo más frágil. Y es frágil. Una a cada lado, sus amigas siempre le han protegido como hacen ahora, cuando avanzan un paso y toman su posición de siempre, tan familiar, a su lado. Kózel ha dicho que pueden hacer que sus compañeros le entiendan y él, aunque por un instante haya tenido la tentación porque, ¿acaso no quería huir? ¿No era su objetivo? Sabe que no es el camino.

—¡No hagas ningún gesto brusco! ¡Antes de que puedas acabar de dar un mandato con Dominio vas a estar muerto! —grita el profesor Nogha entonces.

—¡Os estáis equivocando!

Es Denna. Si tiene que disculparse con alguien también es con ella. Lo ha hecho tan mal todo... Absolutamente todo a pesar de que esos sentimientos que se despertaron en él el primer año del Liceo y que ha tratado de esconder y ocultar y borrar sin éxito ninguno, sigan tan vivos como el primer día. Y ahora lo único que puede hacer es alegrarse de que Denna le haya perdonado lo suficiente como para ser su amiga y su aliada.

—Cailíe, Hokulea, apártense inmediatamente. Es una orden. —Nedia Vorak está acostumbrada a que todos obedezcan siempre sus órdenes. Quizá es la primera vez que alguien la desafía abiertamente.

—Siento haber roto mi promesa. Lo siento mucho —murmura él mientras da un paso hacia delante.

—Hérshel, melón, ven aquí —dice Kózel y a él le aparece en la cara una

sonrisa que no proviene de su amplio repertorio practicado frente al espejo. Esta es genuina.

—¡¡¡Me rindo!!! —Lórim grita con todas sus fuerzas. Se deja caer de rodillas. Piedras diminutas se le clavan en las piernas y en las manos, Lórim ahoga una mueca cuando se le clavan en la piel—. Me rindo —susurra.

Ve a Vann, él también se le acerca, esa rabia todavía instalada en la mirada, pero pasa de largo. No va hacia él. Lórim se arriesga a echar una mirada hacia atrás. Va hacia Kózel, la sujeta, porque claro que Kózel quiere ayudarle.

Se rinde aunque podría Dominarlos a todos. Es lo más fácil y es pura supervivencia, pero no va a hacerlo otra vez, no con ellas delante. Ya no más. Intuye que si hay una posibilidad de redimirse es ahora. Se deja. Quizá así logre convencerles, convencerse, de que no es un peligro.

Cierra los ojos y baja la cabeza. Que hagan con él lo que quieran. Se lo debe. Quizá debió dejar de huir hace tiempo o quizá por esto vino al Liceo, para que le descubrieran, para que ya no tuviera que tomar decisiones ni por él ni por nadie.

Pero el tiempo parece detenerse. Nadie avanza hacia él. Nadie se acerca. Nadie le toca.

Lórim va a volver a abrir los ojos pero, entonces, las escucha. Pisadas. Pisadas que van al unísono, botas que hacen crujir la gravilla y que no vienen desde donde estaban sus compañeros y profesores, no. Vienen desde atrás y, entonces, escucha un chillido muy cerca, no sabe si de miedo o de rabia, pero que le obliga a levantarse a abrir los ojos.

Y, aun así, no lo hace. Simplemente se da la vuelta. Él también gritaría si le quedaran fuerzas.

Rojo por todas partes. Capuchas y ropa y Fuego en las manos. Botas que golpean el suelo y que se detienen a la vez en una coreografía más que estudiada, para que infunda respeto, pero, sobre todo, para que sea una clara demostración de fuerza.

—En nombre del Imperio restaurado y del Águila Blanca —dicen a la vez

mientras se despliegan—. Este lugar nos pertenece.

Qué lugar, lo han destruido todo. Lórim aún siente que no le responden ni brazos ni piernas. Pero él puede hacer algo. Quizá sí que debiera romper ahora su promesa. Le va la vida en ello. También la de sus amigos. Dominar a los Caballeros no puede ser tan malo.

—Quiero... — intenta cerrar el puño agarrotado. Quiere que se detengan.

Una llamarada ruge salvaje. La ve avanzando vertiginosamente en su dirección.

—¡Es él! —grita Tanet Nathrem—. ¡El Usurpador! ¡Cogedlo!

«Lórim. Lórim. Huye. Eres un estorbo para ella, y lo sabes. Si te cogen...»

Es Denna.

Por una vez en la vida, Lórim obedece los consejos. Es rápido. Puede hacerlo y estando vivo quizá sea más útil que si le matan aquí y ahora. Cierra los ojos y llama al Aire, que siempre le obedece y está de su parte. Sucede muy rápido cuando una bola de Fuego quiere dar en el lugar donde él ha estado hasta hace pocos segundos. El Aire le ha hecho caso.

—¡Corre, Lórim! —escucha gritar a Nero mientras ya lo está haciendo, mientras corre en dirección opuesta a la de sus amigos, a la de los Caballeros. Corre impulsado por un Aire para el que creía que no le quedaban fuerzas y, entonces, ve uno de los muros que delimitan los terrenos de lo que antes era el Liceo.

Sí, vivo será más útil que muerto. Vivo, quizá, pueda hacer algo.

Y salta. Salta como aquella noche, cuando llegó al Liceo y se escabulló dentro del edificio de Administración. Salta tan alto como puede y en pocos segundos ya está al otro lado del muro de ladrillo y piedra.

No cuenta, sin embargo, que en cuanto pone los pies en el suelo, la vista se le vuelve negra y se siente caer como en un agujero muy profundo, sin fin.



Al mismo tiempo que Lórim escapa por detrás de los cascotes y los restos que quedan de las residencias, ella se desploma. Lórim probablemente ahora corra libre, pero a ella los brazos de Vann la sujetan e impiden que, tras fallarle las piernas de horror, se haga daño.

—Suelta, suéltame...

Porque los mismos brazos que la sujetan también impiden que haga lo que pretende, que es correr hacia donde ha huido su amigo, porque Lórim no sabe cuidarse solo, que siempre se mete en líos, que esta noche está en más peligro que nunca. Pero Vann lo único que hace es apretarla más fuerte. Durante un segundo le odia por estar reteniéndola. Es un odio intenso como una explosión e igual de breve.

—No puedo. Perdóname, por favor... Mira cuántos son...

Son una docena los que han llegado desde la avenida de las estatuas, pero desde atrás, desde todos lados, trepando por los escombros con desdén llegan más, es incapaz de contarlos, parece un mar de ropa roja que los rodea.

Kózel vuelve a rebatirse aun siendo consciente del peligro porque ahora quien manda es esa cabeza de obsidiana suya, que no admite un «no» por respuesta. En el Liceo la han enseñado bien. Forcejea con Vann sin saber muy bien de dónde le provienen las fuerzas porque lo hace por su bien, sí, sí, es perfectamente consciente; pero no le importa, ella no se detiene. Justo en el momento en que Vann está a punto de perder el equilibrio, Kózel estira un pie hacia atrás para ponerle la zancadilla. Los dos caen al suelo patéticamente, Vann golpeándose la espalda, y ella encima, levantando una nube de polvo que se le mete en la boca y le hace rechinar los dientes.

Se siente como en los primeros días del Liceo. Abrumada y perdida. Y tan débil. Mientras tanto, Vann sigue murmurando una concatenación de disculpas pero no la suelta. Al contrario, la atrae todavía más hacia sí hasta el punto que

ya ni siquiera parece una llave de lucha, sino un abrazo triste. Kózel entonces escucha pasos, el golpe de una bota pateando un fragmento de escombros.

—Ya hemos perdido suficiente tiempo. Fuera de aquí. Todos.

Reconoce la voz de Tanet Nathrem aún con ese matiz nuevo y cruel que tiene. Por fin los brazos de Vann aflojan su agarre.

Kózel, de rodillas en el suelo, levanta la cabeza para mirar a Tanet, que fue su compañero en el Liceo, y no le entra en la cabeza, no le entra, de verdad, que, aparte de que sea un maldito traidor y de que se haya puesto del lado de una panda de asesinos, no sea capaz de ver en él ningún rastro de remordimiento, ni de pena, ni nada parecido, entre tanta destrucción.

—De momento, eso de marcharos es una invitación. Cuando se me acabe la paciencia va a ser una orden. Y sabemos cómo hacer cumplir las órdenes. — Tanet habla con una sonrisa pero, de repente, la expresión le cambia mientras se gira—. ¡No sean tan estúpidos como para intentar nada, profesora!

Nedia Vorak y el profesor Nogha, de repente, dejan de cuchichear. Detrás de ellos están el resto de los profesores, heridos, sí, pero algo ha cambiado en pocos segundos en sus actitudes. Da la impresión de que están dispuestos a luchar.

Tanet chasquea la lengua con desdén. Las docenas de Caballeros detrás de él cierran el círculo con el que les rodean.

Todavía parece como si Nogha pudiera, él solo, abalanzarse contra Tanet y transformarlo en una pulpa sanguinolenta. Su cuerpo enorme, su cara llena de cicatrices están en tensión, pero Nedia Vorak le susurra una última palabra que acompaña con una mirada hacia ellos, los estudiantes que poco a poco se han ido juntando los unos contra los otros a medida que los Caballeros avanzan.

Barret Nogha deja escapar un rugido que pone en guardia a Tanet y a los suyos, pero baja los brazos al tiempo que un temblor grave se extiende bajo sus pies. Los profesores, los que quedan, comienzan a moverse. Nedia Vorak hace un gesto mudo para que la sigan. Van a marcharse sin más, se da cuenta Kózel. Se han rendido. Lo han hecho para, quizá, poder luchar otro día, pero,

igualmente, no puede evitar que la arrastre una tristeza profunda. No hay lugar al que ir.

Nero se le acerca, le tiende la mano para ayudarla a levantarse, pero ella se pone en pie por sus propios medios y, aunque lo haga con los dedos apretados y odiándose a cada paso, comienza a moverse también. Todos lo hacen excepto Wen, que se queda quieta alzando la cabeza en un gesto orgulloso. Nedra Vorak se acerca a ella y le tira de la manga de la camisa del uniforme, pero ella no se da por aludida.

—No vamos a dejarlos aquí.

Está mirando hacia los cuerpos tendidos.

Todo se queda quieto un momento. Tanet, algunos de los que están detrás de él, vuelven la cabeza. No hay ni vergüenza ni arrepentimiento en sus expresiones, pero Tanet hace una mueca desencantada.

—Tenéis una hora. Más vale que cavéis rápido.

Han cavado treinta y cuatro tumbas, aunque quién sabe cuántos más han quedado bajo los escombros de las residencias. Treinta y cuatro, pues. Kózel no creía que lograrán cavarlas todas a tiempo. Lo han hecho en silencio, sintiendo las miradas de los Caballeros clavadas en ellos. Con Tierra, con la ayuda de cualquier otra Familia, con las manos. Incluso los heridos, como Denna, han apretado los dientes y han hecho lo que han podido. Treinta y cuatro tumbas que han cavado en el límite del bosquecillo que rodea los terrenos del Liceo, alejadas de las ruinas de las residencias aunque eso les haya obligado a trasladar los cuerpos uno por uno.

Ha sido una decisión unánime, pero que no han tomado con palabras. Quizá todos han pensado que merecían ser enterrados en algún lugar que fuera, por lo menos, remotamente plácido.

Kózel observa las tumbas todavía vacías, pero no llora.

El tiempo corre pero ellos, tanto los que han sobrevivido al ataque al Liceo como los que han llegado luego, no parece que quieran moverse.

No sabe por qué no le salen las lágrimas cuando todo el cuerpo le pide a gritos que las derrame de una vez.

Kózel mira entonces a los treinta y cuatro cuerpos tendidos a un lado.

Alguien tiene que dar el primer paso. Vann, a su lado, se remueve. Tiene la cara y las manos manchadas de tierra, como todos. Quizá incluso más. Ha trabajado sin descanso. Han tenido que pararle para decirle que ya habían terminado, que no hacía falta que cavara ninguna tumba más.

Al final no son ni Vann, ni ella ni ninguno de los profesores quienes toman la iniciativa, sino otro de sus compañeros, Syama Vhindiya. Syama, bajito, robusto, no pide la ayuda de nadie. Se acerca a uno de los cuerpos y, tras un instante de pausa en que a Kózel le parece escuchar un suspiro, se acuclilla. Apenas parece que el cadáver le pese nada cuando lo levanta, se acerca a la primera de las tumbas y lo deja allí con todo el cuidado del que es capaz, aunque al final el cuerpo, al caer, hace un ruido seco que les estremece.

—Se llamaba Heiva. —Quizá sea un gesto inconsciente, pero se frota las manos contra la tripa. Entonces, Syama sacude la cabeza y comienza a llorar. Las lágrimas le resbalan por dos surcos paralelos y manchados de tierra que ya tiene marcados en las mejillas—. No sé su apellido.

Kózel, por mucho que lo intente, tampoco lo recuerda. Apenas había hablado con esa chica.

—Yo sí me acuerdo. —El profesor Nogha se gira hacia Tanet y los suyos con una mirada que destila odio—. Marsán. Heiva Marsán. Agua. Me acuerdo — repite. Claro. Porque Nogha siempre les llama por el apellido.

Nedia Vorak se le acerca. Entre los dos levantan el cuerpo del director Nayer.

Dhalik Simmel, que ha llegado al Liceo al mismo tiempo que lo han hecho ella y Nero, deja otro de los cadáveres en una tumba.

—Nann —dice.

Nann, tan tímida, y a la vez tan buena. Fue su compañera en la biblioteca en segundo curso y su compañera de habitación en este. Kózel respira una

bocanada de aire que no parece tener fin.

Khari Bayler está ayudando a Syama ahora. Un nuevo cuerpo en una nueva tumba. Khari dice el nombre entre sollozos.

—Omir.

—Omir —corean otros. Kózel también repite el nombre en voz baja. Piensa en su voz de tenor, el acento xoolí con el que hablaba. Y todavía no sabe por qué no puede llorar.

Ahora es Wen quien da un paso adelante. Su gesto eternamente seguro, ese mentón que siempre lleva más elevado que el resto de sus compañeros, como un orgullo que se le derrama por cada uno de sus rizos rubios, ha desaparecido. Tiene los hombros hundidos y la cabeza baja en un gesto de vergüenza absoluta. Avanza poco a poco, sus pisadas resuenan con fuerza contra la gravilla del suelo y a Kózel le da la sensación de que todo forma parte de un sueño, de que no puede ser real lo que está viviendo, mientras Wen vuelve un poco la cabeza hacia Tanet y aprieta los puños. Le parece que sus labios digan «traidor», pero no sale un solo sonido de su garganta hasta que, de pronto, cae de rodillas al suelo y comienza a sollozar.

—Zrakov —gime—. Izeen e Izaia Zrakov. Eran... Eran mis amigos...

—Nosotros... —Nedia Vorak, de repente, se aparta. Tiene una libreta en las manos y Kózel no entiende qué está haciendo hasta que se da cuenta: está apuntando los nombres de los muertos, las tumbas que les corresponden. No van a tener tiempo de marcarlas—. Nosotros nos encargaremos de avisar a sus seres queridos.

Sus seres queridos. Kózel se yergue de repente. Su familia. Las de todos. Su diario hace horas que vibra sin parar. La sensación en su bolsillo se ha hecho tan frecuente que en algún momento de esta noche interminable ha dejado de registrarlo. Se lleva la mano al bolsillo, pero no llega a coger el diario; Nero pasa por su lado y al hacerlo le toca el hombro en un gesto de ánimo. Parece continuar sumida en esa especie de sopor que no la ha abandonado desde hace horas. No ha tenido ni tiempo de consolarla, ni de hablar con ella, pero ahora

Nero camina decidida hacia Wen y la envuelve en un abrazo mientras la ayuda a incorporarse. Denna también la ayuda aunque solo pueda usar un brazo.

Avanza entonces el sanador Maler, cubierto con la sangre de los heridos. Y Wen y Nero, de la mano. Denna las acompaña y también el resto de los profesores y algunos compañeros. Kózel mira a Vann y él, esta vez, no le rehúye la mirada. Van hacia allá como lo hacen todos los que pueden ayudar.

Uno por uno, los entierran. Los mellizos Izeen e Izaia, el uno al lado de la otra. Un chico de primero al que una vez le echó la bronca por hablar demasiado alto en la biblioteca. Las chaquetas del uniforme del Liceo con que les habían cubierto les van a hacer de mortaja.

Llega un momento en que Kózel prefiere no mirar las caras y no escuchar los nombres que Nedra Vorak va apuntando. Eso le hace sentir una persona horrible, pero cree que si lo hace, no podrá seguir. Otro más: la profesora Dhelk, que siempre les hablaba de equilibrio, de la maravilla del Vínculo. Entre ella y Vann la dejan suavemente dentro de la tumba.

Le duele la garganta. Quizá ahora sí le salga ese llanto que se le ha quedado atascado ahí, cuando todo ya ha pasado y solo le queda el luto.

—Era Fuego —musita el profesor Nogha con voz engolada deteniéndose a su lado.

—No podemos hacer nada más, Barret.

Nedra Vorak les hace un gesto para que rellenen la tumba y ellos obedecen, aunque Kózel lo hace con los brazos agarrotados. Ni siquiera lo había pensado. Cada Familia tiene sus preferencias, sus propios rituales funerarios. Un poco, y se le ahoga la garganta al pensarlo, como ese equilibrio del que les hablaba Dhelk. Los Tierra vuelven a la tierra, mientras que tradicionalmente los miembros de la Familia Fuego prefieren la incineración. Los Aire también, para luego esparcir las cenizas al viento en vez de guardarlas en elaboradas urnas.

Pero la sepultura queda llena y la cubren con paneles de césped que habían apartado cuidadosamente al excavar los agujeros. Quizá más adelante, piensa

colocando la última porción de hierba sobre la tumba, si todo esto pasa y se convierte en un mal recuerdo, puedan recibir los funerales que se merecen.

Ahora, sí, Kózel llora. No es un llanto estridente, simplemente parece que por fin las lágrimas se hayan animado a salir una a una, aunque, al contrario de lo que pensaba, no encuentra ningún alivio en ellas. No sabe por qué ha sido en este preciso instante cuando lleva tantas horas con esas tenazas alrededor del paladar. Ha sido pensar en las tumbas, en cómo ojalá las creencias que siempre ha escuchado en su casa sean ciertas y que haya un lugar al que ir. Ojalá esos treinta y cuatro muertos estén con sus Antepasados y no les tengan en cuenta que les hayan enterrado en tumbas sin nombre.

Cuando mira a su alrededor con la mirada borrosa, las treinta y cuatro tumbas son poco más que pequeñas elevaciones en el terreno, tan verde y plácido como lo estaba antes. Pero esas alimañas, los Caballeros, con Tanet a la cabeza, no han tenido la decencia ni de darles un respiro. Ya se acercan formando un grupo cerrado. Ya vienen.

—Ya no tenemos nada más que hacer aquí —sentencia Nedia Vorak—. Todos. Nos marchamos.

—Podríamos darles su merecido —ruge Dhalik Simmel—. Podríamos vengarnos.

—No hará usted tal cosa, Simmel —le responde Nedia y, al instante, Dhalik se yergue:

—Este lugar ya no existe, no tiene ninguna autoridad sobre mí.

Vann intenta convencerle de que lo deje estar mirando de reojo a los Caballeros que se acercan. Algunos de sus compañeros hacen lo mismo mientras Dhalik sacude la cabeza preparándose, Kózel simplemente los observa a todos con ojos desorbitados, es incapaz de pestañear, de moverse, de decir ni una palabra. Por enésima vez esa noche desea que todo sea fruto de una pesadilla o de una cinematografía, hasta que, al final, el profesor Nogha con la voz grave como un desprendimiento de rocas interviene:

—Basta, Simmel. No quiero tener que obligarlo. Es usted demasiado joven

para jugársela ahora. Viva para vengarse otro día.

—¡Ya ha pasado la hora! —vocifera Tanet mientras se acerca. Los Caballeros que le flanquean se ríen. Se ríen con voces crueles de sus muertos, los Antepasados los maldigan a todos—. Este lugar nos pertenece. Lo hemos reclamado en nombre del Águila Blanca.

Vivir para vengarse otro día, ha dicho Nogha. Ahora mismo, a Kózel le parece una idea tan buena a la que agarrarse como cualquier otra.

—Vamos —dice. Y Kózel es consciente de que es solo una palabra pero le cuesta un mundo pronunciarla, como si le raspara en esa garganta que sigue atenazada, porque es un mundo lo que van a dejar atrás. No quiere volver a mirar las tumbas, ni los restos de las residencias pero no puede evitarlo. Sin embargo, no llega a hacerlo porque, entonces, Nero le da la mano mientras asiente. Vann asiente también y ella procura colocarse muy cerca de ambos, porque ese calor humano es lo único que le queda—. ¿Necesitas ayuda, Denna?

—Puedo caminar. Gracias —responde ella, pero, aun así, también se acerca a donde están Nero, Vann y Kózel misma, como si se hubieran leído el pensamiento.

—Fuera de aquí, traidores —les espeta uno de los Caballeros.

—Hemos sido más pacientes de lo que debíamos —gruñe otra. Y no parece que hable para sus compañeros, sino para ellos. Es una amenaza velada.

—¡Vuestra hora ya ha pasado! —grita Tanet—. ¡Fuera! Desapareced todos de mi vista o comenzaremos a ponernos nerviosos, y sería una pena que todo este esfuerzo quedase en nada, ¿no? —Kózel casi puede identificar el momento en que la idea se le pasa por la cabeza. Los labios se le curvan en una sonrisa cruel. Esa crueldad tan humana, fruto de saberse impune, intocable cuando se acerca a las tumbas y da una patada levantando trozos de ese césped que tan cuidadosamente habían colocado—. Vaya. Qué accidente más tonto.

No deberían mirar. Deberían marcharse. Es una provocación y, al final, los muertos están muertos, nada puede cambiar eso, se repite Kózel. A ellos no les

importa ya y el césped volverá a crecer. Pero Tanet da una nueva patada y entonces escucha un rugido salvaje.

Lo ha dejado escapar Dhalik Simmel, porque Dhalik Simmel es mucha boca, pero poco más. El profesor Nogha, en cambio, no da ningún aviso: un segundo estaba caminando junto al resto de los profesores supervivientes y al siguiente se ha dado la vuelta. Tiene los brazos extendidos, las manos abiertas. Se mueve a una velocidad difícil de creer viendo su tamaño. El Aire se arremolina a su alrededor al instante y sale disparado en dirección a Tanet arrastrando hojas secas de otoño y arena. Lo derriba, un golpe seco que manda al muy desgraciado hacia atrás.

Pero no le da tiempo a más. Los Caballeros se abalanzan hacia él. Cinco, seis. Lo sujetan de los hombros, del cuello y del abdomen. A uno de ellos, Nogha se lo quita de encima como si no fuera más que un pellejo, lo sujeta con sus manazas de jugador profesional de balón prisionero y lo lanza lejos. Pero solo es uno.

Dhalik Simmel hace amago de querer ayudarlo, pero Nedra Vorak lo sujeta. Otros ya no llegan a acercarse siquiera.

Sucede un estallido de luz incandescente, un calor tan intenso como breve. Por un segundo el cuerpo del profesor Nogha todavía parece sólido pero, al instante, se desintegra en una nube de cenizas.

~ Tercera Parte ~



Viernes, 16 de octubre.

Barrio Antiguo. 10.02 de la noche



—Espera a que pasen. Espera.

No se esconden. Solo se detienen un segundo como si estuvieran charlando.

—Es la tercera patrulla en qué, ¿doscientos metros? ¿No tienen ningún otro lugar al que ir? —susurra Kózel con una sonrisa inocente que no encaja en absoluto con lo que dice ni con los pensamientos que se le están pasando por la cabeza.

—No. Parece que haya más patrullas en menos espacio, pero es una percepción errónea. Es la tensión. Pero no importa.

Nero sacude la cabeza. Lleva el pelo recogido en un moño en la coronilla, un vestido de tonos marrones que tiene la virtud de no destacar, igual que el que lleva Kózel. Ella, a falta de gorra, se ha puesto un sombrero cloché que le ha prestado Denna para ocultar su pelo cortísimo.

Aguanta la respiración mientras pasa la patrulla. Nero y ella solo son dos chicas que van por la calle. Seguramente vayan ya hacia sus casas, no causarán problemas. Eso, espera, es lo que deberían pensar los soldados que patrullan la calle. Supone que debe llamarlos soldados por lo menos. No son guardias. No llevan más uniforme que alguna prenda de color rojo. Uno de ellos les dedica una mirada al pasar pero nada más.

Kózel toma una bocanada larga de aire. Ya le ardían los pulmones de aguantarlo.

La patrulla pasa y ellas, tras intercambiar un gesto de ánimo, siguen avanzando. Pocas horas antes, a media tarde, ha caído un chaparrón otoñal que, en vez de limpiar, parece que haya dejado la ciudad más triste y más sucia. También ha dejado la calzada llena de charcos. Ellas los sorteán mientras aprietan el paso. Los demás las esperan. Han decidido que era mejor llegar al punto de encuentro en momentos distintos y grupos pequeños.

Se cruzan con poca gente más. Caminan tan apresurados como ellas, bajando la cabeza como avergonzados. El Barrio Antiguo debería bullir de actividad, pero lo que hay son pintadas rojas en las fachadas, escaparates todavía rotos, con parte de los cristales colgando como estalactitas afiladas.

Como quietos se quedaron al ver al presidente de la República (cuando todavía era presidente y todavía había una república; ahora no está segura) al hacer una aparición a las puertas del Parlamento.

—No queda mucho, ¿verdad? —pregunta Nero. Kózel le da una respuesta muda negando con la cabeza. Caminan hombro con hombro.

Fue la mañana después de que los partidarios del Águila Blanca tomaran el país.

Lo habían visto muchas veces antes, claro. El Parlamento es el lugar desde el que siempre se han hecho los discursos institucionales, pero, esta vez, el presidente tenía la piel de un color ceniciento, una expresión de derrota y vergüenza infinitas que no dieron pena a nadie. Zaaren estaba a su lado.

Siguieron la retransmisión en el orbe, todos juntos en el piso de Valbazar porque ya no había Liceo al que regresar. Ante un país entero que se agarraba a la esperanza con las puntas de los dedos, el presidente dijo que aquel golpe no había sido un golpe. Que la toma de poder de Zaaren, la ocupación de los puntos neurálgicos del país y los muertos, y Kózel había visto más muertos en un día que en toda su vida, habían sido consecuencia de una reclamación legítima. Dijo que Nylert volvía ser lo que siempre había debido ser: un país

bajo la protección de un líder fuerte, de una nueva reina. Y que, con ello, volverían también la paz y la concordia y la fuerza.

Sus compañeros opinan que el presidente dijo esas palabras bajo el efecto de Dominio. Kózel cree que no. Con temor por su vida seguro que fue suficiente.

—Ahora creo que a la izquierda.

Escuchan pasos cerca. Se detienen, pero no se ve nada.

—Es solo el eco. —Kózel mira hacia arriba. Las calles estrechas de esta parte de Blyd juegan malas pasadas porque los ecos rebotan por cada pared y recoveco, cambiando de dirección continuamente. Desde la comparecencia del presidente, los lealistas han tomado la ciudad. Patrullan impartiendo una ley hecha a su medida—. Por allí no hay nadie tampoco —dice señalando la calle por la que tienen que girar.

Odia esta parte del Barrio Antiguo, tan sombría y destartalada. Siempre le ha traído malas experiencias.

Hacia el final de la calle reducen el ritmo. Hay dos figuras entre las sombras. Una de ellas, la más baja y robusta, les hace un gesto casi imperceptible.

Pasan de largo sin mirar siquiera a Kástor y a Enzo. Aunque en la calle solo estén ellos no sabe quién podría estar observando desde las ventanas. Si están ahí, si Enzo les ha hecho esa señal mínima, es que todo va bien. Al menos, eso es lo que les ha dicho Vann cuando les ha pedido ayuda a Nero y a ella: «Kástor y Enzo van a estar justo en la esquina vigilando. Solo tenéis que llegar a la siguiente calle. La puerta roja».

Y hay, desde luego, una puerta roja en un edificio que parece un almacén, de un rojo tan carcomido por las inclemencias del tiempo que es casi naranja.

Se detienen frente a ella. Una mirada compartida con Nero, que asiente con expresión decidida, la mueve a dar otro paso. Kózel pone la mano sobre la madera rasposa, seca, y piensa que ojalá estuviera cerrada.

—Yo te espero aquí, ¿de acuerdo? —susurra Nero.

Ella asiente. Se le pasan mil frases para decirle a Nero, que vaya con cuidado y que se verán en un rato, pero solo respira hondo y entra.

No es que Nero no quiera ayudar. Apenas hace unas horas, un Vann con sombra de barba y mirada de piedra ha llegado al piso y ha sido como si todos despertaran de golpe después de un sueño horrible. Llevaba prácticamente veinticuatro horas fuera, sin contestar a los mensajes del diario, nada. Han tenido que obligarle a sentarse aunque solo fuera un momento, el justo para que él les contara dónde había estado y que necesitaba su ayuda. No les ha contado para qué. Solamente le ha pedido a Kózel que fuera al almacén más tarde, acompañada de Nero. «Por si acaso», ha dicho Vann. Por si acaso la interceptaban, supone Kózel.

Debe de haber alguien dentro Vinculando Ilusión porque aunque desde fuera el almacén parece abandonado y no se ve ni se escucha nada, cuando entra, se da cuenta de que dentro hay luz, tenue pero suficiente como para iluminar una mesa llena de cartillas encuadradas en cartón verde oscuro y una veintena de personas apiñadas y sumidas en una actividad frenética en un rincón.

Cierra la puerta rápidamente pero se queda ahí, quieta. De repente toda actividad se ha detenido. Algunas de las personas que están en el almacén llevan abrigos largos, sombreros, ropas de viaje que seguramente no han elegido por su comodidad o por estética, sino para pasar desapercibidos. Son esos los que la miran con terror. Un terror que hace que Kózel se sienta horriblemente culpable, aun sin razón. Entonces Vann surge por entre la gente. No cree que en esas pocas horas que han pasado desde que fuera al piso haya descansado. Ni comido.

—Ya me temía que... ya temía... —Se le acerca. Ahora sí, Vann parece flaquear. Cierra los ojos mientras coloca ambas manos sobre sus mejillas y se aproxima hasta que están tocando frente con frente—. Es tarde.

—Sí... Hemos visto muchas patrullas por el camino.

No la suelta. Al contrario, las manos de Vann migran hacia abajo, hacia las suyas.

—Las hay por toda la ciudad. Pero el almacén tiene una salida trasera. Si Enzo y Kástor nos avisan de que se acerca alguien, entonces...

—¡Strainir!

Vann se gira, aunque durante una fracción de segundo todavía sigue apoyado en ella. Es Arán, la mujer del cabello plateado que parece liderar el grupo de activistas al que se unió Vann hace meses. Se hacen llamar igualitaristas, como aquellos grupos que décadas atrás luchaban contra la monarquía. Le hace un gesto urgente.

—¿Es ella? ¿Tu compañera de Ilusión? Vamos, esta gente tiene que estar en la estación en menos de dos horas...

Vann le explica la situación a toda prisa mientras la acompaña hacia esa mesa con montones de documentos apilados que resultan ser cartillas de identidad.

Se están preparando para salir del país. Algunos son cargos políticos, Kózel los reconoce vagamente de haberlos visto en los periódicos. Los otros, no tiene ni idea. Quizá activistas especialmente militantes que en estas últimas cuarenta y ocho horas han visto que estaban en peligro. Intelectuales, gente que haya caído en el punto de mira de los partidarios de Zaaren.

—No hemos tenido mucho tiempo para planear... para planear nada —susurra Vann—. La mayoría de los que están aquí han escapado cuando los Brigadas se han presentado a buscarlos a sus casas. Nosotros tenemos un contacto que nos ha conseguido cartillas de identidad antiguas y podemos sacarlos de la ciudad en un velorraíl que sale esta noche. Pero han tomado el control de las estaciones. Necesitamos ayuda para que se parezcan, cuanto más mejor, a las fotografías que hay en las cartillas.

En cómo pronuncia la última frase, en cómo la mira, hay una pregunta velada.

—Puedo intentarlo. —Kózel pronuncia esas palabras aunque le duela el corazón de ganas de preguntar por los que no han podido escapar de sus casas —. Después tendrán que mantener la Ilusión por su cuenta, pero...

—Nos sirve. Gracias. —Vann menea la cabeza, se le han relajado las facciones de golpe y hace un gesto a sus compañeros, que se acercan—. Gracias, de verdad.

Los Antepasados la asistan, ¿por qué le da las gracias? ¿Acaso se pensaba que no podría? O peor, ¿que no querría?

El grupo al completo se pone rápidamente en movimiento. Reparten las cartillas procurando que, para facilitar las cosas, quien las recibe se parezca al máximo a las fotografías. Y, luego, las personas ya listas para escapar hacen una fila delante de ella mientras Kózel, con el corazón en un puño, manipula luces y sombras, altera colores de pelo y de ojos.

Va lo más deprisa que puede, aunque tiene que parar un instante cuando siente los párpados llenos de lágrimas, todas de impotencia y de rabia.

Es tan impensable, tan aterrador, tan confuso lo que está ocurriendo...

—¿Puede notarlo? —le pregunta a una mujer robusta, de mediana edad, que no para de temblar con la vista fija en la puerta roja del almacén—. Apenas es nada, como un cosquilleo. Una vibración. ¿Sí? —La mujer no parece reaccionar hasta que Kózel le coge una mano y se la acerca a la parte de su cara allá donde ha creado la Ilusión—. Solo tiene que mantenerla tal y como está. Es como... ¿ha tratado de hacer sonar alguna vez el borde de una copa de cristal? —La mujer no mueve ningún músculo de la cara, como si temiera que, al hacerlo, todo se echara a perder, pero asiente—. Es una sensación parecida. Ahora dejaré de mantener el Vínculo y tendrá que hacerlo usted, ¿de acuerdo? —No sabe cuántas veces ha dicho ya lo mismo. Ha perdido la cuenta, pero lo importante es que poco a poco la fila ha ido avanzando. La mujer, una de las últimas, entrecierra los ojos. Kózel aparta las manos de ella y, como siempre que se desvanece la conexión con su Familia, es como si todo a su alrededor se apagara. Pero ve, aliviada, que la Ilusión aguanta—. Bien. Otro más. Tenemos tiempo todavía, ¿verdad? —pregunta girándose hacia Vann—. Dime que todavía tenemos tiempo.



«Vamos a una fiesta de retorno», le acaban de decir a Denna y a su hermana sus padres, y que si querían acompañarlos. Ni loca. Ni por todas las coronas del mundo. Ni por su vida misma, piensa ella mientras, a pesar de todo, asiente.

—Bien. Bien. Ponte algo elegante —le advierte su madre, aunque luego lo ha suavizado todo con una sonrisa tensa. Nunca se le han dado bien las de cualquier otro tipo.

—Sí, madre —murmura ella escapándose hacia su habitación. Su hermana corre detrás de ella por el pasillo soltando chillidos de emoción. Claro que está emocionada. Todo ha cambiado tantísimo en las últimas horas que, si se para a pensarlo, siente una oleada de vértigo en la boca del estómago. El golpe de Estado. El presidente de la República, solemne, cediendo el poder a Zaaren. El mayor cambio, sin embargo, ha sido, la felicidad de sus padres. Ni una pelea en dos días.

La mañana tras la explosión en el Liceo, Denna regresó a casa con sus padres con la ropa hecha jirones y las manos llenas de tierra. Sentía la muerte todavía pegada a la piel y, no obstante, ellos solo le preguntaron por el Heredero, igual que en su momento le preguntaron por Zaaren. La habían visto en el orbe, como todos, con Lórim mientras perdía el control. Querían saber si le conocía, qué pretendía, y ella en vez de gritarles que la dejaran en paz, que Lórim no podía pretender nada porque se había escapado por fin, pero que, en realidad, ella ni siquiera sabía si seguía con vida, en vez de eso, Denna se encerró en su habitación.

Por la tarde salió serena y con ropa limpia. La misma Denna callada y obediente de siempre que ahora ha aceptado ir con sus padres a la fiesta y busca, en el armario, un vestido lo bastante elegante para los estándares de su madre. Es cuestión de supervivencia.

Ha elegido uno de color púrpura, ajustado y hasta las rodillas que su madre ha examinado minuciosamente igual que ha comprobado su espalda recta, el bolso diminuto que ha escogido a juego con el vestido, el recogido que se ha hecho en el pelo. «Compórtate como una señorita», le ha susurrado. No lo ha hecho con malicia. Es algo que dice su madre siempre. Luego le ha colocado un camafeo alrededor del cuello que pesa una enormidad. Mientras, su hermana la miraba derritiéndose de envidia. Es una de las pocas joyas de la familia que han conservado, un pedrusco de ónice tallado con la forma de un ojo abierto.

—No tendremos que ocultarnos más —ha dicho su padre entonces—. Vamos. Nos esperan.

De pequeña, Denna había soñado con algo así. Odiaba que parte de sí misma fuera un secreto que la ponía en peligro y esperaba poder ir algún día con la frente alta; pero no habría querido esto.

Ya hubo una de esas «fiestas de retorno» tres noches atrás, cuando Zaaren tomó el poder. No perdieron nada de tiempo. Con el apoyo de las Brigadas, unas cuantas dinastías Aura y Fuego regresaron a los palacios y propiedades que habían perdido al exiliarse tras la Revolución, y sabe a ciencia cierta que no lo hicieron pacíficamente. Y luego, porque, supone, clase alta se hace y no se hace, prepararon una fiesta con baile incluido. Denna no habría parpadeado de sorpresa si su madre, mientras se lo contaba entusiasmada, le hubiera dicho que incluso sirvieron canapés.

Esta fiesta se celebra en pleno centro, en el mismísimo Paseo de Pralín. Sus padres caminan delante, tan hinchados de orgullo que parece que los pies no les toquen el suelo. Ni siquiera parece importarles que sus mejores galas hayan quedado anticuadas ni que hayan tenido que dejar el destartalado cuadríciclo de su padre aparcado casi en la orilla del río porque qué diría la gente si les viera llegar en él. Su hermana va con ellos, parloteando sin descanso.

Aquí no hay destrozos como en el resto de la ciudad o, si los había, los han

reparado. Pintadas, sin embargo, no faltan. Allá donde mire ve la figura del Águila rampante, consignas ensalzando el Imperio, la sangre y el honor. No entiende cómo sus padres y su hermana pueden verlo sin estremecerse mientras caminan hacia uno de los palacetes donde ya hay bullicio y gente. Un grupo de Brigadas a caballo pasa por su lado, su padre se quita ese sombrero de copa que llevaba años apolillándose en una caja sobre un altillo para saludarlos.

Viven en otro mundo. Como cuando de niña le prohibían mezclarse con los hijos de los vecinos, y no por miedo a que descubrieran su verdadera Familia. Ahora Denna cree que era para que ella también estuviera encerrada con ellos en ese mundo hecho de nostalgia y recuerdos y privilegios añorados.

—Denna, querida, acércate —le dice su madre. No pierde la compostura en público. Si lo hiciera, seguramente le daría un sofoco y eso sería muy inconveniente, pero hay una nota chillona en su voz y un espasmo de nervios en la mano que extiende hacia ella.

Poniendo su expresión de hija obediente, Denna se coloca a su lado.

—Esos son los Klim —susurra señalándole a una pareja mayor que está bajando por una calle perpendicular—. ¡Hacía veinte años que no les veíamos! Dicen que se fueron a vivir a la costa... y los Degas. Qué mal han envejecido... ¿Sabes algo más de tu amigo?

No solo cuando llegó. A lo largo de estos dos días le han preguntado muchas veces por Lórim. No lo han llamado así, sino que han usado una variada selección de eufemismos: «tu amigo» es su favorito, pero «Él», y «tú-ya-sabes-quién» también les han servido.

—Todavía no. —Es la única verdad que les ha dicho. A Lórim también se lo ha inventado como hizo con Ibar. A ojos de sus padres le ha convertido en ese Heredero que él odiaría ser o que, por lo menos, cree que Lórim odiaría. No importa. Lórim se ha marchado lejos, no volverá.

—Tú, asegúrate de hablarle bien de nosotros, querida —le recuerda su padre—. A Él y al Águila Blanca, cuando se dé la ocasión... Lo harás,

¿verdad? Háblales bien, pero sé discreta. No vayan a pensar que necesitamos su favor.

Malia, su hermana, resopla.

—Somos Gerder. Claro que no lo necesitamos.

—En eso te equivocas, cariño. Y esos que tenemos a la izquierda son los Magrit, una familia menor. No nos interesan —susurra su madre mientras sonrío a viejos conocidos—. Sí que necesitamos su favor si queremos recuperar nuestra buena posición, pero es mejor que ellos no lo sepan.

Cuanto más se acercan, a más gente saludan sus padres. Están todos, los que llevaban veinte años viviendo en el anonimato o el exilio, y Denna trata de recordar cuidadosamente el nombre de todos ellos mientras saluda inclinando la cabeza, como le han enseñado a hacer. También hay, aquí y allá, grupos de Brigadas que no sabe si son invitados, si están para protegerles o las dos cosas.

Hay un momento en que apenas avanzan. A cada pocos pasos sus padres se detienen a charlar con alguien y se escucha música elegante, aunque algo anticuada, que toca un cuarteto de cuerda. Están delante de un edificio de formas angulosas con la fachada decorada imitando un gigantesco mecanismo de relojería. Si se fijara bien, vería cómo algunos de los engranajes, ruedas y palancas, parecen moverse mediante Ilusión. Quizá por eso, hasta hace un par de días, el palacio había sido la sede del Ministerio de Industria de Nylert.

—Esto que está ocurriendo es un regalo, niñas —dice su madre sujetándolas fuerte a las dos—. Es una nueva oportunidad para medrar. Tenemos que volver a establecer lazos fuertes entre nosotros. No volverán a derrotarnos, ¿entendéis?

Al asentir, Denna consigue parecer casi tan comprometida con la causa como su hermana.

—Y ahora vamos a disfrutar de la fiesta, ¿verdad? —Aunque lo disfrace como tal, la frase de su madre no es una pregunta.



—Ya no lo aguanto más. Un momento. Es como si me estuviera ahogando el cerebro.

Y el cerebro, lo sabe todo el mundo, necesita respirar. Nero se tantea el moño con que la ha peinado Kózel y, por entre esa especie de obra de ingeniería en que ha convertido su cabello, toca una horquilla en concreto. Por un momento es como si todo se le volviera borroso dentro de la cabeza. Aunque no es borroso exactamente. Si Nero tuviera que explicarlo, aunque hace mucho que ninguno de sus amigos se atreve realmente a preguntar por Azar, diría que la realidad que ve a través de los ojos se fragmenta por un segundo en un centenar de imágenes superpuestas y casi (en el «casi» está el truco) idénticas. Como quien tiene un mazo de cartas y lo extiende solo ligeramente, revelando el borde de las que hay detrás. Y cada una de esas imágenes es, en realidad, un punto de partida nuevo, cada una es una posibilidad, una variación mínima de lo que puede o no puede ocurrir en cada instante, y cada una de estas posibilidades, si se fijara, se divide en múltiples posibilidades más, y así en progresión geométrica hasta el infinito.

No debería usar Azar para eso, porque ya entra en la categoría de abusar, pero de veras, es superior a ella. De entre todas esas posibilidades, algunas parecen atraerla, tienen un color, una vibración distinta. Esta es la parte que más le cuesta explicar siempre porque es puro instinto. Los cálculos simplemente aparecen en su cabeza mientras tantea las diversas horquillas que le sujetan el pelo. Sus dedos se detienen en una. Está casi segura, la horquilla que está tocando es la buena. La horquilla maestra. Noventa por ciento, por lo menos. Tira de ella con fuerza y el recogido se desmorona satisfactoriamente.

Las imágenes vuelven a ser una. Un Kástor, un Enzo, una encrucijada de calles estrechas.

—Se suponía que esto era para pasar más desapercibida —musita

ahuecándose el pelo con la mano. Una a una, va tirando del resto de las horquillas—. Pero es como tener agujas clavadas. Son agujas de incógnito.

—No creo que pase nada —le dice Enzo—. No por el hecho de que te sueltes el pelo, al menos.

No le gusta ese «al menos», pero Nero se encoge de hombros mientras trata de meter las manos en los bolsillos hasta que se da cuenta de que el vestido, que también lo lleva para no llamar la atención, no los tiene. Meter las manos en los bolsillos, ha descubierto, es un buen modo para evitarse tentaciones de calcularlo todo.

—No, por eso no..., pero todo es tan extraño, ¿verdad?

Kástor asiente muy poco a poco.

—No sé si «extraño» es la palabra, la verdad —confiesa Enzo. En todo el rato no ha dejado de mirar hacia el fondo de la calle. Allí, al final, apenas visible por la falta de iluminación, está la puerta por la que ha desaparecido Kózel. No ha salido nadie todavía.

—No en el sentido de «raro». Extraño, como ajeno. Todo esto me parece que es algo que podrían contarme, no que podría estar ocurriendo. No lo sé. — Trata de parecer menos preocupada de lo que está—. Sigo sin entenderlo. Quizá es una cosa del pueblo, no sé. Quizá en Urnabaun somos muy pocos y en general solemos pelearnos más con, ya sabéis, osos. Meteorologías adversas, avalanchas y cosas así.

—Ojalá aquí pudiéramos parecernos más a Urnabaun, pues.

—No creo que los osos se acostumbraran al clima.

Ella lo hizo, aunque todavía se pasa los días quejándose del calor, pero no cree que con los osos fuera tan fácil. Nunca imaginó que los echaría de menos, porque los osos son generalmente pacíficos y cuando atacan no lo hacen por malicia, o por honor, o por ambición, sino porque son osos. Son muchísimo más fáciles de comprender que la mayoría de las personas. Quizá por eso, y ahora Nero le mira, preguntándose cómo estará, le gustó Kástor desde un principio. Por eso y porque algo le decía que sus pasos se acabarían juntando,

que tenía que darle algo, y fue un orbe manchado de sangre que, de algún modo, les ha llevado a este momento, al Aquí y el Ahora.

Nero a veces tampoco comprende el Azar, y eso es importante no olvidarlo nunca. Si lo comprendiera, habría que llamarlo de otro modo, buscar un nuevo símbolo a juego con el nuevo nombre de la Familia y sería todo un engorro.

Kástor se debe de haber dado cuenta de que le está observando, porque se gira un segundo hacia ella. Inclina la cabeza, como reconociendo su presencia y Nero levanta una mano a modo de saludo, reconociendo la suya. Kástor, como decía, es fácil.

Todavía está bajando la mano cuando escuchan un ruido seco. Viene del almacén de la puerta roja o, por lo menos, de la misma dirección. No sale nadie pero, aun así, los tres miran hacia allí. Ya es casualidad, y no una casualidad de esas que Nero ve con Azar, que también vean un grupo de personas acercándose. Apenas son siluetas más oscuras que el resto que los rodea hasta que pasan por debajo de un farol solitario, que ilumina brevemente sus ropas rojas.

Quizá Kózel tenía razón y la última patrulla se la encontraran doscientos metros atrás.

Kástor gruñe por lo bajo, Enzo deja escapar el aire por la nariz y Nero es quien hace la pregunta:

—¿Os han dicho qué teníamos que hacer si ocurría algo así?

Porque, para ella, todo ha sido, además de extraño, muy rápido. Vann le pidió ayuda, a Kózel para algo con Ilusión y a ella para vigilar y ella dijo: «Claro», pero no se pararon a discutir los detalles. Quizá deberían haberse parado a discutir los detalles, pero veía a Vann tan preocupado y disperso que le supo mal preguntar.

—Que les avisáramos de algún modo si se acercaba alguien —dice entonces Enzo.

—Y no eso. Luchar, no.

Ya tienen un poco más de información. Eso está bien. Ella siempre ha sido

partidaria de tener cuanta más información, mejor.

La patrulla les ha visto porque han reducido un poco el ritmo de su marcha y algunos de sus miembros les están mirando. Esto es bueno. Porque así pasan de largo tanto del almacén como de la puerta roja. Para ser mejor pasarían también de largo de ellos. Nero se arriesga. Estira los dedos de la mano derecha y comienza a moverlos frenéticamente. Ante sus ojos, el callejón y la patrulla que se acerca se desdoblán en esa imagen múltiple tan familiar pero, por mucho que cuente, Azar no es siempre la respuesta.

Por todo el hielo de Urnabaun, cuánto echa de menos a los osos.

Disimula, se dice. Estar mirando a su vez la patrulla seguro que ayuda tan poco como un paraguas en la nieve. Se vuelve hacia Kástor y Enzo. Además, los pasos de la patrulla acercándose son suficientes para seguirles la pista.

—Qué... buena noche hace. —Nero piensa momentáneamente que quizá todo es culpa de haberse soltado el pelo. Espera que no—. ¿Verdad?

Kástor le responde con un murmullo afirmativo, Enzo mueve el pie hacia adelante y hacia atrás como si pateara una piedrecita invisible.

Que tenían que avisar si se acercaba alguien. A Nero no se le olvida pero tampoco se le ocurre cómo.

—Buenas noches —dice—. Y larga vida al Águila Blanca —añade, repitiendo lo que pone en algunas de las pintadas que hay por toda la ciudad. Lo hace en voz más alta de lo que debería, contando que la patrulla ya está casi a su lado, pero así quizá la oigan desde el almacén de la puerta roja. Aunque lo ideal es que ese grupo de gente vestida de rojo siguiera su camino. Pero no, porque se paran.

La mano de calcular ya se le mueve frenética pero Nero se obliga a parar, aun sin tener bolsillos. Necesita la cabeza clara.

—Qué tenemos aquí.

«Qué tenemos aquí» es algo que está segura de haber escuchado en alguna cinematografía. Hace tiempo que no van a ver una.

Enzo lo hace bien. Tiene los hombros relajados y una expresión neutra que

logra mantener intacta cuando pregunta:

—¿Ocurre algo?

A Nero le preocupa Kástor. Parece que esté a punto de enfrentarse a una manada de lobos.

Uno de los que conforman la patrulla se adelanta. Es joven. Aun con la poca iluminación que les ofrece el callejón parece que tenga cara de buena persona porque las caras a veces no tienen la culpa de lo que hacen sus propietarios.

—Aquí no se puede estar.

—¿No? —Nero abre mucho los ojos. Quizá podría intentar recogerse el pelo ahora, por si eso ayudara—. Vaya. Hace una noche muy buena y solo estábamos tomando el fresco —repite cuando no se le ocurre nada más.

El joven que se les ha acercado profiere una risa que, desde luego, no es de buena persona. Es de persona que tiene en sus manos el destino de otros y que no piensa hacer nada bueno con ello.

—No queremos a nadie haciendo el vago por las calles de noche. Son las órdenes. —No se lo dice a ellos sino que se lo dice a sus compañeros, quizá esperando que le apoyen. Y lo hacen. Nero ve cabezas que asienten aunque haya una que no lo hace. Hay una que se ha girado hacia Kástor y que murmura:

—Un segundo. Este de aquí...

Nero podría calcular si había un momento peor para que se escuchara otro ruido desde el almacén donde están Kózel y los demás, pero está muy ocupada.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta el joven de la cara agradable, que no es, desde luego, tan agradable.

—¿Qué ha sido qué? —Enzo, quizá también se ha dado cuenta de que uno de los miembros de la patrulla se ha fijado en Kástor. Quizá por eso se mueve ligeramente para ponerse delante de él.

—Tú... —Ese que se ha fijado en Kástor avanza un poco más empujando a sus compañeros.

Ya no lo puede evitar, los dedos de Nero vuelven a ponerse en marcha, golpeando rítmicamente contra la pierna. Un instante después se quedan quietos, rígidos como garras.

—¡Larga vida al Águila Blanca! —chilla tan alto que les sobresalta a todos.

Unos cuantos de la patrulla se han dado la vuelta hacia el almacén. A Nero le invade un escalofrío de urgencia, no quiere que se acerquen, que abran la puerta. Tenían que avisar y tenían que evitar que nadie entrara allí. El joven de cara engañosa, de repente, parece furioso con ella. Que mejor furioso con ella que con cualquier otra cosa. El almacén, por ejemplo.

—Vais a decirme ahora mismo qué está ocurriendo aquí.

Una oleada de aire caliente agita el pelo suelto de Nero. Es el último aviso antes de que todo quede iluminado por las llamas que emanan de las manos de Kástor.

Si Kózel y los demás no se dan cuenta de que ocurre algo tras escuchar los gritos de los integrantes de la patrulla, ella ya no sabe qué más hacer.

Enzo también grita, trata de sujetar a Kástor, pero él ya es solo un borrón en movimiento. El Fuego deja un rastro luminoso tras de sí cuando Kástor echa una mano hacia atrás para coger inercia y golpear al tipo que se estaba encarando con ella. Le hace caer hacia atrás al tiempo que los demás primero miran toda la acción con expresiones que pasan, en rápida sucesión, de la perplejidad al miedo y, del miedo, a las ganas de revancha.

—¡Es él! —De repente, todos se detienen cuando la mujer que ya se había fijado en Kástor se adelanta—. Lo vi... lo vi junto al Águila Blanca. Hace meses, pero estoy segura. Comandante —dice bajando la cabeza.

Al escuchar esa palabra Kástor se detiene como paralizado. Las llamas se apagan, el pecho le sube arriba y abajo como un fuelle.

—*Lrgo* —gruñe entonces mientras se yergue. De repente es un Kástor que infunde más miedo que respeto—. Fuera.

—Pero estás segura de que... —comienza otro del grupo, pero es el momento, se dice Nero. Quizá haya ahí una de esas probabilidades a la baja

que, a veces, resultan ser las correctas, así que se coloca al lado de Kástor. No le sale imitar su actitud, pero lo intenta.

—¡Ha dicho que fuera! ¡Seguid a lo vuestro y dejadnos en paz! —Y solo por si acaso, añade—: ¡Y que viva el Águila Blanca!

Algunos corean un «viva» entusiasta. Se sucede un segundo de tensión. No quiere fijar la vista ni en Kástor ni en Enzo, no quiere hacer nada que perjudique ese momento de duda que tienen los integrantes de la patrulla.

Ve un movimiento que es como una avalancha de nieve. Primero, lento. El chico que llevaba la voz cantante se remueve hacia atrás. Las avalanchas siempre comienzan lentas y luego se aceleran de forma exponencial. Los que están detrás de él, incluida la mujer que ha reconocido a Kástor, ya retroceden un paso completo. Bajan la cabeza a modo de disculpa como piedras desmoronándose.

—Fuera —repite Kástor, cosa que provoca un nuevo movimiento hacia atrás. El aire vuelve a calentarse, y aunque de momento no Vincula Fuego, sí es una amenaza muy plausible.

—Por el Imperio —dice uno.

—Por el honor.

—Por la sangre.

Parece que se lo tengan preparado para que cada uno diga su parte de ese lema, esas palabras con las que el que hasta hace un par de días era el presidente de la República de Nylert acabó su intervención antes de inclinarse ante Zaaren. Acaban extendiendo los brazos y llevándose las manos al esternón dándose un golpe que estalla en pequeñas llamaradas escarlatas.

Se marchan. Lo hacen sin darles la espalda, solo les faltaría regalarles unas cuantas reverencias. De veras que se marchan. Nero no sabe en qué momento de todo este encontronazo el corazón ha comenzado a latirle tan fuerte, convirtiendo todo su pecho en la caja de resonancia de un instrumento musical de lo más desagradable.

Vuelve a hacer frío en esa calle destartalada. De la patrulla solo se escuchan

los pasos y cuchicheos apresurados.

Enzo deja escapar un suspiro como si fuera a deshacerse y se apoya en Kástor, le pasa un brazo alrededor de los hombros.

—No tengo ni idea de lo que acaba de ocurrir ahora mismo.

—Han pensado que Kástor todavía estaba con... —Nero no dice Zaaren. No sabe si a Kástor sigue afectándole escuchar su nombre, así que tras un silencio casi imperceptible opta por—: ellos.

Aun así, Kástor escupe un gruñido lleno de rencor, aunque a veces incluso de las peores cosas vienen otras buenas. En medio del silencio que se forma entre ellos, un silencio perplejo y ya libre del ruido de pasos de la patrulla, se escucha un crujido temeroso. Ahora, cuando miran hacia la puerta roja, esta se ha abierto ligerísimamente.

La Kózel que aparece acto seguido, cuando la hoja de la puerta se separa todavía más de su marco, no es la misma Kózel que ha entrado. Parece más cansada, mayor y más triste.

—Hemos escuchado los gritos... —susurra—. Que escuchar gritos ya es mala señal, pero escuchar gritos y luego silencio ya era más preocupante. ¿Ha ocurrido algo?

Todavía mirando hacia donde se ha marchado la patrulla, Nero responde:

—Hemos podido solucionarlo. Sin luchar.

Y eso, técnicamente, es verdad. Solo han hecho un poco de Fuego. Y por lo que dice Kózel, si han escuchado los gritos, eso cuenta como que estaban avisados. Nada mal.

Kózel sale a la calle. No parece fiarse del todo. Mira hacia atrás, a la oscuridad que queda tras ella dentro del almacén y, entonces, Vann también emerge de entre las sombras. Él ya hace días que parece otra persona.

—Ya hemos acabado con esto —dice—. Los hemos sacado a todos por la puerta trasera del almacén. Esperemos que lleguen a la estación. Muchas gracias. Sé... sé que os pedí mucho y sin tiempo para pensar en las consecuencias de todo, pero...

No acaba de darles las gracias. Tampoco es que haga falta, pero es que alguien llama a Vann desde dentro del almacén y él, tras cerrar un segundo los ojos, vuelve a meterse dentro.



No puede quejarse ahora. Ni flaquear. Eso ni se lo plantea. Aunque Vann daría lo que fuera, al cerrar la puerta roja tras él, por apoyarse en ella y descansar un minuto. En vez de eso ya se dirige al grupo que sigue alrededor de esa mesa que tiene tanto de madera como de agujeros de carcoma. Al fin y al cabo, fue él quien acudió a ellos. Le quemaba dentro la necesidad de hacer algo, cualquier cosa, como si así pudiera evitar que todo se fuera desmoronando a una velocidad de vértigo. Le quemaba tanto que comprendía las veces que Kástor les contaba a Enzo y a él cómo el Fuego a veces hacía nido dentro de él y había que dejarlo salir de algún modo.

Arán le observa con los labios apretados. Cuando la conoció le pareció jovial, idealista. No le encajaba en absoluto con todo lo que sabía de ella, pero sus años de activismo antes de la caída de los Indrasil, el tiempo que pasó en la cárcel, afloran ahora. Es bueno que se haya convertido en la líder implacable de todos ellos. Es lo que hace falta en tiempos convulsos. Tampoco tienen mucho tiempo ni para pensar ni para cuestionar órdenes porque van a contrarreloj.

—Hemos parado el golpe. Pero por poco. Y todavía tienen que salir de la ciudad —añade en voz más baja. Quizá cree que si habla demasiado alto la suerte de esas personas que han pedido su ayuda se tuerza—. Pero no podemos dejarlo aquí. No ahora.

—No podemos darles más tiempo para tomar el control total de la ciudad —dice Moles. Es un chico altísimo, con gafas. Se unió al grupo poco antes que

él, pero sabe poco de su vida. Que es científico de alguna clase, que vive al norte de Blyd y poco más. Tiene cara de haber dormido tan poco como él en estos días. Se frota los ojos un momento, quitándose las gafas, y luego se las vuelve a poner—. Cada vez llegan más.

—¿Y no lo tienen ya, el control? —Vann frunce el ceño mientras Lumia, una chica Tierra que fue con él al instituto y a la que había perdido la pista, asiente dándole la razón.

Arán se aparta de la mesa. Comienza a pasear. Siempre dice que eso, caminar, la ayuda a concentrarse. Mientras se mueve, la luz que hay en ese rincón del almacén proyecta sombras cambiantes sobre su figura rechoncha. Todos la escuchan.

—Casi todos siguen concentrados en las afueras. —Hay un grupo de ellos en el Liceo. Vann lo sabe perfectamente—. Controlan los puntos neurálgicos de la ciudad y del país pero, aparte de eso, parece que estén perdidos. Han tomado el poder pero eso es distinto a gobernar. Sin un líder se desmoronarían. Todavía estamos a tiempo.

¿A tiempo de qué?, se pregunta Vann.

—Pero no tenemos modo de acercarnos a ella —razona Lumia. Vann mira a su alrededor, solo han quedado seis personas en el almacén. Los demás se han ido a llevar a los fugitivos—. Siempre está en el palacio, siempre está rodeada de gente. Por no hablar de todo lo demás.

—El Parlamento —la corrige Lete, que se unió al grupo a la vez que él. Han sido vecinos de bloque de toda la vida—. No es su palacio, es nuestro Parlamento.

Arán hace caso omiso a sus comentarios y continúa:

—Habrà que encontrar la manera. Habrà que intentarlo.

Por si necesitaba más pistas, la mirada de Arán lo dice todo. Vann se cruza de brazos mientras un sentimiento de rechazo le burbujea bajo las costillas.

—Estamos hablando de asesinato, ¿verdad?

—Un regicidio en toda regla —le responde Ger, que se unió a Arán y los

suyos hace un par de meses, con los labios estirados en una parodia de sonrisa. Ger, en opinión de Vann, será muy revolucionario, pero también es un imbécil.

El rechazo comienza a hacerse más pesado dentro de él. Entiende la situación. Por todos los cielos, por eso está aquí, para combatirla, y entiende lo que dice Arán, entiende la lógica y sus motivaciones para decir lo que dice, pero sigue siendo asesinato.

Piensa en Zaaren. No ya en Zaaren convertida en Águila Blanca, sino en la Zaaren que conoció en el Liceo, y la odia. Quiere detenerla a toda costa y por eso está aquí en este almacén medio en ruinas, poniéndose en peligro a sí mismo, poniendo en peligro a sus seres queridos, que hace un momento han venido a ayudar; pero llegar al asesinato... no logra concebirlo. No puede.

—¿Y eso, matándola, en qué nos hace mejores que ella?

—¿Y cómo pretendes detener al Águila Blanca si no? —salta Moles, aunque por su expresión sombría tampoco parece muy entusiasmado.

—¡En que nosotros lo haremos para conseguir un bien superior! —Un bien superior, eso no es un argumento—. ¡Strainir!

Hace unos minutos a Vann no se le habría ocurrido darse la vuelta después de que Arán gritara su nombre, pero ahora lo hace. Tiene la vista puesta en la puerta roja, así no tiene tentaciones de girarse. Llega a poner la mano en el picaporte. Solo eso. No puede aceptarlo. No quiere participar en eso pero, a la vez, es dolorosamente consiente de que tampoco puede marcharse.

—No lo sé. No sé cómo podemos, ni nosotros ni nadie, detenerla.

Escucha pasos a su espalda. La luz titilante del rincón queda un momento oscurecida, la sombra de Arán se proyecta contra el suelo y contra su mano, que todavía sujeta la puerta.

—Dijiste que querías ayudar. ¿Te acuerdas? Cuando comenzaste a venir a nuestras reuniones no tenías nada más en la cabeza, pero a veces ayudar no se limita a plantar árboles, ni a repartir panfletos. Piensa en las personas a las que hemos ayudado hoy. Si realmente esta Zaaren se afianza en el poder, los de

hoy no serán los únicos. Las cosas empeorarán. A mí tampoco me gusta la idea y eso es lo importante: recordarlo. No vamos a hacerlo por odio o por gusto. Tu padre estuvo en la guerra, ¿verdad? Nos lo contaste. Sabes lo que sufrió y sabes que esa gente pretende reinstaurar su Imperio perdido. Quién sabe cuántas nuevas guerras habrá si no la detenemos ahora. La represión ya ha empezado. Podemos acabar todo esto antes de que las cárceles se llenen de represaliados políticos y antes de que volvamos a convertirnos en súbditos en vez de en ciudadanos.

Es un discurso. Es el mismo tono de voz, pausado y claro, que usa Arán en las reuniones. El mismo que, de hecho, convenció a Vann para unirse a la causa. Eso le llena de un enfado que le hace apretar la mano contra la puerta porque, al fin y al cabo, los discursos están para apelar a lo más visceral. La mención a su padre es, de hecho, un golpe bajo. Su padre, marcado de por vida con el fantasma de una pierna que ya no está y hablando de la guerra como si fuera un cuento porque quizá, para él, es el único modo de hacer el horror más manejable.

—Puedes marcharte, claro —dice Arán entonces. Los demás, al fondo de la sala, protestan, pero ella les silencia con un gesto—. Claro que puedes marcharte. No somos como ellos. Nuestros métodos no son los mismos, estamos todos aquí porque creemos que debemos estar. —Es esta frase la que hace que, por fin, Vann se gire. La ve a ella, tan seria y con la mejilla marcada a Fuego. Se lo hicieron en la cárcel. Alguien que no fue ella le contó que las torturas, allí donde Arán estuvo presa, estaban a la orden del día—. Pero lo cierto es que te necesitamos. Y nos sentiríamos muy decepcionados si nos dejaras ahora tú también. Ya has visto dónde han quedado las buenas intenciones de muchos. Justo ahora necesitamos toda la ayuda posible.

Vann se nota la garganta seca. No solo eso: una tirantez angustiada le aprisiona el velo del paladar y le hace llorar los ojos.

—Tengo... Necesito pensarlo.

—¿Qué hay que pensar? —le recrimina Lete. La chica da un golpe a la mesa

y esta deja escapar una nube de serrín finísimo a través de los agujeros de la carcama—. ¿Conoces algún otro modo de detener a un Dominio? Porque si lo sabes, por favor, compártelo con los demás.

Quiere gritarles, pero la tirantez de la garganta le impide pronunciar sonido alguno. Le están pidiendo algo terrible, que va en contra de todo lo que es y de todo en lo que cree.

—Cuántas vidas se podrán salvar a cambio de una, ¿eh? ¿Cuántas? —susurra Arán mientras le pone una mano en el hombro.

Vann respira hondo. Sabe que son muchas.



La explosión que barrió el Liceo fue tan repentina... Estaba discutiendo con Nedía, vieron ese grupo de sombras alejándose a la carrera y, luego, de repente, la profesora Vorak se abalanzó sobre ella. Justo en el momento de la explosión, un Escudo las cubrió a ambas. Todavía se siente confusa porque Nedía pusiera en riesgo su vida por ella después de haberle mentado y manipulado, le molesta deberle nada.

—¿Señorita?

Denna parpadea. Ladea la cabeza en un gesto estudiadamente dulce, que quiere transmitir que tiene toda la atención puesta en su interlocutor, que resulta ser un hombre mayor. El mismo con el que se han cruzado cuando llegaba con su familia.

—Por supuesto, estoy de acuerdo con usted —dice agrandando la sonrisa. No sabe en qué ha dicho que coincide con ese anciano enjuto pero, sea lo que sea, él asiente. Denna espera que con eso se dé por satisfecho. La ha abordado casi en la entrada del palacio donde tiene lugar la fiesta, pero Denna tiene otras cosas en la cabeza. Como la explosión, cómo el cuerpo de Nedía Vorak

la aplastaba cuando por fin dejaron de rodar por el suelo empujadas por la deflagración, en su cara de terror. Nunca antes de eso había pensado que Nedra Vorak pudiera tenerle terror a nada.

Desde que ocurrió, ha tenido pesadillas con lo mismo y no solo mientras dormía.

—Me alegra ver que es usted una persona tan sensata, señorita de Blyzster. ¿Sabe? Sus antepasados y los míos...

—Discúlpeme. —Se le está olvidando mantener la sonrisa pero enmienda su error rápidamente. Ha visto a alguien que le interesa más—. Creo que mi madre me llama.

El anciano, Vermo Klim, enrolla entre los dedos índice y pulgar la punta de su bigote.

—Claro. Claro. Está disculpada, señorita.

Alarga hacia ella los mismos dedos que antes tenía en el bigote como si fuera a darle una palmada cariñosa en la mejilla. Parece un gesto de abuelo entrañable que Denna evita con un paso atrás y una inclinación de cabeza de lo más educada. No se le olvidan las cosas que le han contado sus padres acerca del anciano. Conoce a todas las familias Aura importantes de memoria, aunque, hasta ahora, no hubiera coincidido con ellos nunca.

Se da la vuelta. Hay mucha gente, más de la que había imaginado. Apenas ha pasado de la entrada del palacio que fue la sede del Ministerio y ya está rodeada de docenas de personas. Mayores, jóvenes, charlan en corrillos cerrados, se ríen echando la cabeza hacia atrás, a pleno pulmón. De algún lugar que no puede ver proviene una música de orquesta de cámara. Es la prueba empírica de que los Aura han regresado a Nylert. Mientras cruza un vestíbulo presidido por las estatuas a tamaño real de dos grandes ciervos, Denna dice para sí los nombres de los que va reconociendo de las fotografías con las que jugaba de pequeña: Kassatt, Bazille, Kryer, Tarber. Caras envejecidas pero reconocibles. Su madre siempre decía que la información es lo que da el poder y es de las pocas cosas en las que Denna coincide con ella.

Archen.

No le sorprende encontrarle aquí, aunque sea Fuego y no Aura. Independientemente de su Familia, sigue siendo el líder del Partido Tradicionalista de Nylert. Y todo el mundo sabe que el PT lleva años llenándose la boca hablando de «democracia» y «república» siendo un partido fundado por los supervivientes de la antigua corte de los Indrasil, y no los más progresistas precisamente. Seguro que todos estos años, al decirlas, esas palabras se les han hecho bola en la boca.

Está hablando con más gente. Gente, se da cuenta Denna, importante. Pero estos, destaca a primera vista, se las apañaron mejor. Van mejor vestidos, a la última moda y con zapatos lustrosos. Si alguien está bien informado, seguro que son ellos.

No va a poder acercarse y, simplemente, hacerse un hueco en el círculo en el que están hablando. Le falta nombre, edad, influencias; pero sí que puede detenerse cerca. A su lado, pegado a la pared, hay un mostrador de madera clara que tiene todos los números de haber sido parte del mobiliario usado en el Ministerio. Lo han usado para colocar copas de cristal tallado y botellas de vino espumoso. Qué Rayos. Comprobando que ni sus padres ni su hermana andan cerca, Denna se sirve un poco. Las burbujas le hacen cosquillas en la nariz.

Al principio no dicen nada interesante. Negocios. Anécdotas de las que se cuentan en voz demasiado alta, dándose palmadas en el hombro, señores encantados de conocerse a sí mismos. Pero, de repente, el volumen de la conversación desciende. El círculo de gente que habla con Archen se estrecha y las primeras palabras que intercambian se pierden entre el bullicio. Denna se llena otra vez la copa y hace como que busca con la mirada alguien con quien hablar. Se acerca.

—Es difícil de manejar —está susurrando Reggar Archen en ese instante—. Irracional. Impulsiva.

—Pero sigue necesitando nuestro apoyo —musita una mujer alta y elegante,

con el pelo negro cortado a media melena.

—De momento —responde Archen—. Y seguirá aceptándolo si sabe lo que le conviene. Pero a veces dudo que incluso sea capaz de razonar... Quizá nos habría venido mejor apoyar a alguien... más manejable.

Denna se lleva la copa a los labios, pero no para beber sino para disimular cualquier gesto de tensión que le hayan provocado las palabras de Reggar Archen. Porque ha dicho «alguien más manejable» y ella se pregunta, de repente, si podría tratarse de Lórim.

Entonces, pierde el hilo de la conversación. Han bajado la voz todavía más. Le llegan cuchicheos, palabras sueltas, nada más. No puede Vincular Aura. Si lo hiciera, primero, no Escucharía nada; está razonablemente segura de que, al igual que ella, todos los asistentes a la fiesta, por mucho que ríen y charlen, han levantado barreras mentales para protegerse. Y, segundo, tarde o temprano alguien se daría cuenta.

Pero algo tiene que hacer. Archen y los demás ahora hablan rápido y con expresión sombría. Denna retrocede un paso, acercándose de espaldas a ellos, mientras mira a su alrededor como si buscara a alguien. Otro paso. Sigue sin entender nada de lo que dicen. Ojalá pudiera decirles cuatro cosas bien dichas a los músicos de la orquesta que, allí donde estén, han atacado una nueva pieza con energía.

Si se acerca más al grupo de Archen llamará su atención, pero lo hace igualmente.

—Si no fuera por nosotros... —logra captar, pero, un segundo después, Denna frunce el ceño porque ya no logra escuchar el final de la frase.

Se da cuenta, sin embargo, de que es porque han dejado de hablar. No sabe si es porque ella está demasiado cerca y no le parece muy inteligente darse la vuelta para comprobarlo. Da otro sorbo de su copa, minúsculo, pensando en todas las excusas que había elaborado de antemano por si algo así le ocurría. Tiene que mantener la calma, esa es la clave de la inocencia, incluso cuando una mano le sujeta el brazo.

—Denna, querida. —La voz de su madre es ligeramente más aguda de lo normal. Quizá ella también se ha pasado un rato por la mesa donde estaba el vino espumoso—. ¡Aquí estás! Llevamos un buen rato buscándote... Va a haber una ceremonia de coronación. ¿No es maravilloso? Por supuesto, estamos invitados a formar parte de la comitiva. Lo estamos todos —añade con un mohín de decepción quizá porque si están todos invitados hace menos exclusiva la experiencia—. Volverá a ser como antes, como debe ser...

Una ceremonia de coronación. Denna respira, relaja la musculatura de la cara para controlar cualquier emoción que pueda escaparse de su control.

Sábado, 17 de octubre.

Palacio Imperial, anteriormente el Parlamento. 2.01 de la madrugada



El jarrón golpea la pared de la sala. Primero, el sonido es una explosión a la que sigue un reguero de ecos cristalinos cuando los pequeños fragmentos de vidrio que se han quedado pegados al muro comienzan a caer al suelo.

Sus consejeros, así se han autoproclamado ellos, ni se inmutan.

¿Dónde está esa felicidad que sintió al atravesar las puertas de su palacio, cuando reclamó de nuevo su Imperio y su legado? La busca, se examina a sí misma atentamente, y no la encuentra. Se la han robado.

Lo han hecho todos los que, desde entonces, han solicitado audiencia con sus peticiones egoístas, sus reclamaciones, consejos que no ha pedido.

Lo han hecho esas noticias que le han susurrado sus más allegados a media voz sobre revueltas. Los universitarios se han encerrado en las facultades de Historia y Derecho en señal de protesta y el tranquilo barrio residencial de Riadas intentó bloquear el puente que cruza el Lhin. También ha habido movilizaciones en ciudades periféricas. En el nordeste, en Urnabaun, las carreteras de los pueblos aparecieron bloqueadas por la nieve cuando un grupo de los suyos se desplazaban hacia la zona, y esta sigue sin estar bajo

control. En Regge se intentó celebrar una manifestación en contra de sus partidarios. La sofocaron de inmediato y a los impulsores de tal insulto les dieron su merecido; pero las noticias se siguen sucediendo. Son como una carcoma haciendo agujeros diminutos dentro de sus oídos.

No han parado de llegar comunicados de los países vecinos. Algunos, simples muestras de incomodidad. Otros, como el que ha recibido de Xool, verdaderas amenazas. Por mucho menos, les declararon la guerra hace una generación. Ha ordenado echar a todos los embajadores del país. No los necesita. Su Imperio no los necesita para nada.

Lo ha hecho Álek. Si no lo hiciera callar, estaría todo el día cuestionándola, preguntándole por qué hacen todo esto y hablándole de los muertos.

El Águila Blanca se da la vuelta. Ha elegido este salón como suyo por los grandes ventanales al fondo que dan al balcón presidencial con vistas a la plaza, y por la exquisita decoración hecha con paneles de mármol y ámbar, pero ahora lo odia. Lo odia y le entristece. Esto no es lo que quería. Encerrada en un despacho durante días.

—Su Alteza, el asunto de las fronteras es urgente. —Archen es el peor de todos. Acaba de llegar de una fiesta y le trae chismes, cosas que no le interesan. Le habla siempre con una condescendencia que raya el insulto. Como lo haría con una niña pequeña—. Hay que restablecer la llegada de suministros a la ciudad cuanto antes.

—Esto es inaguantable. —Dentro de su cabeza, ha gritado, pero tiene que controlarse. Está segura de que Archen ha dejado escapar un suspiro de fastidio, aunque no ha llegado a escucharlo claramente. Los demás, que están detrás de él, no han cambiado de expresión ni un ápice—. Administración, política. Las tareas de una Emperatriz están por encima de eso. Una emperatriz reina.

—Asgard Indrasil llevó el país sobre sus hombros durante más de veinte años —le recuerda Reggar Archer—, pero Su Alteza es joven. Ya aprenderá.

Otra vez una mención al viejo Zorro. Todas han pretendido ser inocentes

hasta ahora.

—Quizá Su Alteza debería reposar un poco —dice Klio Barce, una de las Aura cuya enorme fortuna, oculta desde hace décadas en un banco de Switzera, ha ayudado con mucho en los últimos meses y Zaaren asiente dándole la palabra.

—No. No, puedo hacerlo. —Les mira. Hay algo en esos ojos que la juzgan. Ella es el Águila Blanca. Ella es la legítima gobernante de Nylert, tiene que poder. Solo necesita aclararse la cabeza, centrarse por un momento en otras cosas.

En el centro del salón ha hecho colocar una enorme mesa, una de las pocas piezas del mobiliario anteriores al incendio. Es de madera noble con incrustaciones de nácar y sobre ella despliegan un mapa de la ciudad lleno de líneas de colores y anotaciones.

Llama a Álek a su lado. No se arriesga a que vuelva a despreciarla. Le da la orden cerrando el puño, con Dominio, y él se acerca solícito.

Esto es lo que quiere hacer ahora. Quizá esto es lo que le falta. Van a celebrar una ceremonia de coronación. Hace días que le da vueltas a algo que le dijo Archen: que el poder se puede tomar por la fuerza, pero que para mantenerlo hay que convencer a todo el mundo de que se ostenta el derecho a gobernar. Por mucho que lo odie, los últimos acontecimientos le dan la razón.

Sus pensamientos se desvían por un momento hacia otro lugar del palacio. Un lugar bajo los cimientos donde permanece la amenaza principal a esa legitimidad que tanto anhela, y también el único que puede dársela.

Durante un tiempo Zaaren se deja llevar por los preparativos. Traza líneas e itinerarios sobre el mapa, da órdenes que espera que sean cumplidas de inmediato. Esa actividad es mucho más de su agrado que todo lo demás y durante ese tiempo parece que pueda alcanzar esa satisfacción, por fin, con la punta de sus dedos.



Le parece imposible que todos duerman. Ella no puede aunque hace rato que no para de bostezar. No se quita de la cabeza lo que ha ocurrido hace unas horas con los fugitivos. El encontronazo que han tenido los demás con una patrulla... y Lórim, claro. Cómo no va a pensar en Lórim. Antepasados, qué cansada está. Kózel se frota la parte de atrás de la cabeza. De algún modo, sentir los pinchazos del cabello corto de la nuca en la palma de la mano la tranquiliza.

Se detiene de repente con el brazo todavía a media altura. Le ha parecido escuchar un ruido fuera de lugar en el piso, pero ahora solo hay silencio otra vez. Encogiendo los hombros, Kózel abre la puerta de la fresquera y una luz testimonial se derrama por la cocinita del piso. Dentro, el mismo bote de pepinillos en vinagre, media col pocha y la misma barra de mantequilla sin abrir que había hace una hora, pero lo último que se pierde es la esperanza. Muchas tiendas no han vuelto a abrir desde que las destrozaron y otras, como la frutería que hay al otro lado de la calle, no han podido abastecerse desde que la ciudad está bajo el control de Zaaren y de los suyos.

Se da la vuelta. Ahora sí que está segura de haber escuchado un ruido. No uno cualquiera: dos golpes suaves en la puerta de entrada del piso.

Pero Enzo y Kástor duermen en una de las habitaciones, Nero en la otra.

Dos golpes más, suenan a mayor volumen. Kózel cierra la fresquera. Se queda a oscuras y, descalza, sale de la cocina, apoyando el peso en el empeine del pie porque el suelo está frío. Frente a la puerta del piso, se pone de puntillas para espiar por la mirilla. Y la abre rápidamente.

—No sabía si habría alguien despierto o...

Cuando intenta tocarle el brazo para que entre, Vann se aparta. Le ha parecido un gesto de dolor pero, mientras una punzada le atraviesa las costillas, Kózel comprueba que no está herido. No sabe qué hace aquí. Estos

días, si Vann ha dormido algo, lo ha hecho en casa de sus padres.

—Entra, por favor. ¿Quieres...? —Piensa en los magros contenidos de la fresquera y aprieta los labios. Ni café les queda—. Tenemos té.

Vann tiene cara de necesitar una bebida caliente. O de comer algo. O de un abrazo de esos que te envuelven entero y no te sueltan durante un buen rato, pero él solo murmura una negativa y pasa por su lado sin tocarla.

Cuando Kózel le sigue apenas un par de segundos después, Vann se queda quieto, de pie. Tiene la espalda encorvada, se aferra la nuca con ambas manos y, cuando ella se le acerca, se aparta otra vez.

—¿Ha pasado algo? —Es horriblemente fácil pensar en cosas que hayan podido ir mal y que hayan afectado tanto a Vann—. La gente del almacén... ¿Ha ido todo bien? Ha...

—Sí. —Vann se inclina hacia delante como cogiendo impulso y cambia las manos en la nuca por los brazos cruzados, de espaldas a ella—. Sí. Han logrado llegar a tiempo a la estación. Han subido al velorraíl. —Una pequeña victoria, entonces. Un peso menos—. Todavía no sabemos si podrán salir del país, ojalá, pero por lo menos están cerca de la frontera.

Kózel aguarda por si Vann querría añadir algo más, pero él se queda callado. Esa fuerza que parecía desprender, aun en los peores momentos, se ha apagado.

Pasan los minutos en el salón. Solo entra una luz de colores cambiantes por una de las ventanas, que proviene de un cartel publicitario al otro lado de la calle.

—¿Por qué no descansas? —pregunta tras dudarlo mucho. A falta de otras palabras Kózel recurre a algo que, está segura, a Vann le hace falta.

—No, no. —Él sacude la cabeza. Por fin se gira. La mira como si acabara de darse cuenta de que está allí—. Tengo que marcharme otra vez. Seguro...

—Seguro ¿qué?

Vann se frota los ojos.

—Seguro que me necesitan en alguna parte.

Ya está. Los Antepasados la guarden de obligar a Vann a nada. Es decir, Kózel, en el fondo de su corazón, reconoce que quizá, muy a menudo, tiende a dar consejos a la gente. A veces en voz muy alta y con los brazos en jarras. Pero es que algo tiene que hacer ante obviedades tan grandes como que, por ejemplo, Vann esté a punto de caer de puro agotamiento. Se le acerca y esta vez, aunque Vann trata de apartarse de nuevo, le sujeta un brazo. En ese instante, la luz que entra por la ventana del salón pasa del amarillo al azul pálido.

—Escúchame —dice—. No vas a poder ayudar a nadie, te necesiten o no, si no duermes. Ni comes. ¿Me oyes? Y, mira, todo está tan absoluta y estratosféricamente jodido que con que cierres los ojos unas cuantas horas no creo que pueda estropearse mucho más.

Apenas le ha escuchado, ha sido un simple murmullo que luego Kózel entiende como que Vann ha dicho: «Hay un plan».

—Bien. Pero no es ahora mismo, ¿verdad?

—No. No sabemos cuándo. Lo siento, lo siento. Estoy hecho un lío. He aceptado.

Quizá, ahora que Vann le permite acercarse, también le esté aflorando una emoción nueva o quizá es que en la oscuridad no se había fijado, pero la mirada de Vann irradia vergüenza.

—¿Qué has aceptado? —pregunta ella con infinita cautela.

—Si Zaaren muere, todo lo demás se desmoronaría, ¿verdad?

La pregunta de Vann la toma por sorpresa. Por un instante no sabe qué significa ni por qué se la ha hecho. ¿Qué ocurriría si Zaaren muriera? Bueno, por lo menos sería un golpe durísimo para sus seguidores. Al fin y al cabo, Zaaren, su origen, su Familia, es la bandera bajo la que se legitiman, pero... pero Vann no ha planteado esa cuestión porque sí. Que tienen un plan, ha dicho.

—Queréis matar a Zaaren.

Ella también, la verdad. Por lo menos, figuradamente. Lo quería incluso

antes de que descubrieran que era el Águila Blanca, cuando solo era una compañera odiosa, aunque inofensiva, del Liceo. Pero ahora la posibilidad se plantea como algo real y Kózel se siente la cabeza ligera, como si, aún de pie en el salón a oscuras, estuviera cayendo desde una gran altura.

—Quieren hacerlo. Y me necesitan. —Quieren hacerlo y le necesitan, y Vann, no sabe por qué, ha elegido este momento preciso para hacerle caso y sentarse. Cae desplomado en el sofá con un golpe que a Kózel le hace temer que haya despertado a los demás. Se queda acurrucado, se tapa la cara con las manos. Kózel no se equivocaba porque cada poro de la piel de Vann transpira solo una cosa: vergüenza—. No quiero decepcionarles.

—No tienes por qué hacerlo si no quieres. No estás obligado. No les debes nada. Si te obligas a hacer algo así, entonces te estarás decepcionando a ti mismo para no hacerlo con los demás.

—Pero...

Vale, puede que Vann, con esa vergüenza infinita que se le traspasa, lleve ignorando su contacto desde que ha entrado por la puerta, pero ya está bien. Casi que, ahora mismo, ya no lo hace por él sino por ella, porque le tiemblan las piernas, está descalza y el suelo está frío y de verdad que necesita algo sólido a lo que asirse. Así que se sienta a su lado, sube las piernas al sofá y le quita las manos de la cara para dejarlas entre las suyas. Así, todo sea dicho, es mucho más fácil que la mire a los ojos aunque sigan a oscuras.

—Rechazarlo no te va a comprometer menos con tu causa.

—¿Y si no lo he rechazado? ¿Y si yo también pienso que acabar con Zaaren es el mal menor? —Sin soltarle las manos, Vann se echa hacia atrás y cierra los ojos—. ¿De qué han servido tantos años recordándonos que hay una línea que no se puede cruzar jamás? Y no me valen excusas como que Zaaren ha rebasado todo lo humano, contar cuánto dolor ha causado y decir que es un monstruo y que tiene que ser tratada como tal. Son eso: excusas. La muerte no debería pagarse nunca con muerte.

—Pero... —Kózel se detiene. Toma aire y aparta un momento la mirada. Le

ha salido solo ese «pero». Una palabra seguida de una pregunta que, en realidad, la sorprende incluso a ella—. ¿Qué opciones hay?

Quizá eso, en el fondo, la convierta en una persona horrible. No sabe cuántas veces ha tenido una conversación similar con Lórim. Cuando el año anterior estaba obcecado con encontrar a ese otro Dominio que todavía era una amenaza sin rostro. Incluso ha tenido esa conversación consigo misma. ¿Qué se puede hacer contra alguien que puede Dominar la voluntad de los demás? No se le puede encerrar, no se le puede obligar a nada. Hasta que le llega un pensamiento de no sabe dónde, una idea silvestre, una idea que quizá estaba al acecho y no se había dado cuenta, que surge cuando se pregunta si pensaría igual si, alguna vez, Lórim llegara a los extremos de Zaaren.

El estómago se le vuelve de piedra.

—Llevo pensándolo toda la noche y todavía no he encontrado ninguna que sea definitiva por lo menos —añade Vann con voz queda—. Y si... y si no hay... con solo plantear la posibilidad de que matar a Zaaren sea una opción... ¿en qué me convierte eso?

—Te convierte en humano. Como a todos.

Eso no lo ha dicho ella. Esa frase viene del fondo del saloncito, igual que también proviene un «lo siento» dicho en voz muy baja.

—No queríamos despertarte, disculpa.

Desde el fondo del salón una sombra se agita y se les acerca a pasos cortos. Nero se frota la cabeza, enredando un cabello de por sí enmarañado. Los ojos apenas se le ven a causa de los párpados entrecerrados.

—No he llegado a dormirme del todo ni un momento. Estaba en la cama por si acaso me venía de golpe y me quedaba frita en cualquier lado. Pero os he escuchado. Siento haberme metido en la conversación. Pero, bueno, quería decir que plantearte la posibilidad de matar a Zaaren... eso es muy humano. Quiero decir, la duda.

—Pero ¿vas a hacerlo? A nosotros sí nos habéis despertado. Pero no importa.

El número de personas en el salón se vuelve a multiplicar. Enzo aparece, seguido de cerca por Kástor, que camina en pijama pegado a él.

Vann se agita como si quisiera que el sofá se lo tragara. Puede sentir su tensión traspasándole la piel con el simple contacto. Está a un paso de levantarse, quizá de huir de la mirada de sus amigos.

—Voy a encender la luz. Si lo pensamos bien, es bastante estúpido que estemos los cinco aquí a oscuras —decide Kózel mientras se inclina sobre la lámpara que hay a un lado del sofá. El acumulador Monsett del aparato empieza a zumbiar antes de que una luz lechosa se extienda por fin por todo el saloncito, dejándoles a todos con cara de conejos sorprendidos por un cuadríciclo al cruzar una carretera.

Vann suelta una palabrota que tiene la cualidad, casi mágica, de relajar el ambiente, pero lo mejor es que, con la nueva iluminación, se quedan en silencio mientras se observan las caras y las expresiones. No existe en ellas ni una pizca de rechazo ni acusación. Es un alivio.

La primera en sentarse es Nero. Kástor la imita quedándose con los brazos y las piernas cruzadas, encorvado. Enzo todavía vacila un segundo.

—Esto... Siento si hemos interrumpido la conversación. Es solo que...

—Bueno —le interrumpe Vann—. Era una conversación importante. Quizá debierais haberla escuchado desde un principio.

En ese momento, Vann le aprieta las manos. Es un apretón rápido, pero Kózel siente el cariño en ellos. No hace falta que Vann diga nada, Kózel sabe por qué lo ha hecho, porque ya se ha decidido y apenas le quedan dudas.

—Les he dicho que sí —susurra al cabo de unos segundos.

Aunque se lo esperaran, aunque casi ya todos supieran lo que iba a decirles Vann, ese silencio que se hace en el saloncito no se vuelve menos pesado con el paso de los segundos, mientras el dilema ético pende todavía sobre sus cabezas.

—Vann. —Kózel apenas ha escuchado hablar a Kástor desde que están en el piso. Está trazando siluetas con el dedo sobre la alfombra apolillada que hay

junto al sofá cuando levanta la cabeza—. Quiero. Creo que. Ayudar.

Y, en realidad, ahora que lo piensa, ella también.

A Kózel la despierta un carraspeo educado.

Abre los ojos. Denna los ha sorprendido a los cinco en el salón. Se quedaron dormidos aquí; Kózel acurrucada sobre Vann, Nero hecha un ovillo con la cabeza apoyada en una almohada que en algún momento de la noche debe de haber ido a buscar a su habitación. Kástor y Enzo abrazados, de lado, con expresión plácida después de decidir que no dejarían solo a Vann, que participarían en lo que sea que el grupo al que pertenece está planeando.

—Buenos días. —Denna lleva un vestido de noche de color púrpura y unas ojeras a juego con él.

Kózel echa una mirada por la ventana, dudando si realmente «días» es la palabra correcta. Está amaneciendo todavía, pero, a decir verdad, en estos momentos su cerebro no está para ese tipo de pensamientos, mucho menos cuando la sacude un movimiento súbito a su lado, que es Vann, despertándose también. Levanta una mano, que tenía colgando del sofá, y se frota los ojos. Nero se cubre la cabeza con la almohada.

—*Buenos días* —murmura Kózel con la boca pastosa. A punto está de pedir cinco minutos más, pero entonces le llega a las fosas nasales un aroma tan familiar como añorado—. ¿De dónde has sacado café?

—Dos calles más allá. He estado media hora haciendo cola, no os penséis. —El sonido que hace la bolsa de papel cuando Denna va extrayendo vasitos de cartón de su interior es música celestial—. Pero ha sido con gusto. No he dormido.

Quizá eso explica lo del vestido y las ojeras. Kózel, devuelta a la vida ante la perspectiva de meterse cafeína en el cuerpo, se incorpora. Le sonrío brevemente a Vann y se abalanza sobre una de las tacitas de cartón que le tiende Denna mientras espera fervientemente que sobre alguna más porque uno no va a ser suficiente.

—Ayer por la noche hubo una fiesta. Zaaren va a celebrar una ceremonia de coronación.



Ha decidido que ese sea su rincón, el que ha elegido para dormir. Tampoco es que sea distinto a los otros tres rincones de la sala. Bueno. Sala es una descripción muy generosa. Agujero, quizá. Está bajo tierra así que supone que agujero es más adecuado. Lo echaron aquí ya no sabe cuánto hace. A oscuras. No tiene ni suficiente fuerza ni suficiente habilidad con Ilusión para crear luz de donde no la hay.

Lo último que recuerda es haberse impulsado con Aire para saltar al otro lado de los terrenos del Liceo. Después, esto.

Antes de escuchar los pasos, Lórim nota una vibración rítmica en las paredes. Son prácticamente lisas excepto allí donde intentó usar Tierra para hacer un agujero y escapar. Lo dejó por inútil, porque tras la roca solo encontraba más roca.

Arriba, una puerta se abre dejando entrar raudales de luz. Ahora, además de todo el cuerpo, le duelen los ojos.

Lórim se acurruca en su rincón. Dejará la dignidad para más tarde.

Zaaren baja las escaleras de piedra que descienden hacia su agujero. Sabe que es Zaaren, aunque todavía no ve nada, porque ella es la única que ha bajado hasta ahora. Supone que es una medida de seguridad, ella es inmune a Dominio. Se puede acercar a él sin miedo a que lo utilice en su contra.

—Levanta.

No, ha decidido que no. Le fallan los huesos. No es que estos días (no sabe cuántos han pasado, tres, quizá más) lo hayan estado matando de hambre y sed. Sobre eso no tiene quejas, pero se siente débil, con la impresión de que falta

algo fundamental en la arquitectura de su propio cuerpo.

Y tiene frío. No le ha abandonado desde que despertó en ese rincón que ha decidido adoptar como suyo. Tiritaba y le dolía la cabeza allá donde, de repente, se acababa de encontrar un chichón con restos de sangre reseca en el pelo. Otro golpe en la cabeza para su colección. También sudaba y tenía ganas de vomitar. Todo a la vez. Lórim no se ha sentido peor en su vida. Ahora los temblores han pasado, pero no lo han hecho ni el frío ni ese sudor enfermizo.

Tampoco le ha abandonado esa sensación de vacío en el estómago. Ha tenido tiempo para identificarla porque, claro, aparte de dormir, poco más podía hacer en ese rincón salvo examinarse a sí mismo y a su cuerpo. Y sabe qué es. Y duele y molesta y es tan intenso ese vacío que ha habido ratos, entre la vigilia y el sueño, que Lórim ha pensado que eso era lo único que existía: ese deseo que está más allá de sí mismo y de su propia sangre, Dominio.

En estas horas de oscuridad le ha dado tiempo a entender muchas cosas a través de su cuerpo y se ha llegado a ver a sí mismo sentado en esa misma silla donde vio a su padre por última vez, con los huesos podridos, la carne muerta, pero el hambre de Dominio siempre presente, controlándolo todo.

Recibe una patada inesperada. No duele, es una patada diseñada para humillar. Ahora sí, Lórim abre los ojos. Sigue viendo manchas blancas pero también reconoce la figura de Zaaren a contraluz.

—Qué quieres.

—En pie.

No puede obligarle. Él es el único a quien Zaaren no puede obligar a nada y, de repente, a Lórim eso le parece lo más gracioso del mundo.

Estar bajo tierra hace cosas muy extrañas con el eco. Cuando se escucha reír, a Lórim la voz no le parece la suya.

Le llega otra patada, pero es más débil. Él sigue riéndose hasta que se queda sin aire y solo le sale un jadeo sibilante que, con un último esfuerzo, transforma en un:

—¿Qué quieres, Zaaren?

Espera una tercera patada que no llega. En vez de eso, Zaaren pronuncia cuatro palabras que ya suenan arrepentidas nada más salir de su boca:

—¿Cómo era tu padre?

—Cruel.

Era una pregunta fácil de responder.

—Un monstruo postrado en una silla que él pensaba que era un trono — añade al cabo de un segundo.

—¿Te enseñó? Te enseñó, ¿verdad? Quería que fueras rey, y te preparó para ello.

—Lo intentó.

Hay pocas cosas de las que Lórim esté verdaderamente orgulloso. Le duele la vida entera, pero, aun así, sonrío. Puede que haya sucumbido a Dominio y su castigo, justo, sean los temblores y esa caída continua dentro de él, pero sigue sin querer ser rey de nada. Va a contarlo como un triunfo.

Zaaren se remueve frente a él. Lórim se pregunta si ahora vendrá esa patada que todavía no ha recibido. Cierra los ojos por puro instinto, pero vuelve a abrirlos cuando escucha que Zaaren se mueve, pero para sentarse frente a él con las piernas cruzadas.

—Yo he tenido que aprenderlo todo por mi cuenta, ¿sabes? Mis padres adoptivos no lo supieron nunca. Murieron. Hace años —dice con un gesto de la mano, como si se limpiara una mota invisible de la solapa de la casaca—. Y, aun así, soy más fuerte que tú. —Su voz mientras habla se vuelve más grave—. Aunque ellos no lo crean. Te he derrotado, al fin, como derroté a tu padre. Yo he reunido un ejército y yo he tomado el poder. —Ahora, las palabras de Zaaren resuenan tan fuerte que Lórim tiene la tentación de taparse los oídos con las manos pero entonces, la voz de ella se deshincha—. Y aun así todos me hablan de tu padre, del gran rey que fue. Es agotador.

Se le pasa por la cabeza decir algo que le represente. «Todos tenemos un mal día de vez en cuando, Zaaren» o «Es que dar golpes de Estado cansa mucho», pero Lórim se muerde el labio. No sabe por qué Zaaren de repente

está teniendo una conversación civilizada con él, por qué ahora es, cree, Zaaren y no el Águila Blanca. Ella, como todos, también lleva una máscara. No va a preguntar porque esto es mucho mejor que las patadas. Todo le duele ya demasiado.

—Me ofreció un trato a cambio de su vida. —Zaaren levanta la mirada hacia él. Puede que esté hablándole civilizadamente, pero ahí está, en esos ojos de un azul grisáceo que le dan un aire de familia, un pozo de rabia contenida—. Dijo que me declararía su heredera frente a todo el mundo. ¿Crees que lo habría hecho?

—Sí. Desde luego, te habría preferido a ti antes que a mí.

Juraría que tras escucharle Zaaren murmura: «lástima».

—Pero tú fuiste muy inteligente al revelarte delante de todo el mundo en el orbe, como lo hice yo. Esa es una victoria que no puedo arrebatarte. —Zaaren hace una mueca. Por un momento, toda ella se tensa y adelanta una mano hacia él. Hacia su cuello. Le toca, como una caricia primero, pero luego comienza a hacer presión—. Y te odio por ello. No sabes cuánto te odio.

La presión en su cuello se mantiene estable. No le hace daño, es solo un recordatorio.

—Va a haber una ceremonia —le espeta Zaaren entonces. Sus dedos siguen ahí, sobre su garganta, pero él no tiene fuerzas ni para apartarla—. Tú vas a asistir como invitado. Y harás lo que no pudo hacer tu padre para acabar con las dudas y los murmullos, porque duelen, ¿sabes? Duele que después de todo lo que he hecho, de todo lo que he sacrificado, todavía haya quien no quiera aceptar que la legítima heredera soy yo.

Sábado, 24 de octubre.

Antigua Plaza del Parlamento. 9.01 de la mañana



El detective Brynn cierra los ojos. Cuando los vuelve a abrir casi esperaría verlo todo con una ligera pátina en tonos sepia. Los orbes y grabaciones antiguas siempre tienen esa especie de color desvaído, perfectamente adecuado al momento que están viviendo ahora. Han retrocedido veinte años. Los malnacidos que entran y salen del Parlamento bien podrían patentar el invento, ponerle un lazo y afirmar que han inventado los viajes en el tiempo.

Se aparta un segundo de la pared en la que estaba apoyado y estira la espalda. No tenía intención de quedarse tanto tiempo pero una especie de fascinación horrorizada le ha mantenido clavado en este rincón desde hace por lo menos una hora. No tiene más que hacer salvo esperar, quizá, a que alguien se dé cuenta de que los soltaron por error y vuelvan a encerrarlo.

La Plaza del Parlamento de Blyd ya no es la Plaza del Parlamento de Blyd. Por lo pronto, la gran estatua de bronce que representaba a la República y que había en el centro ya no está. Ha desaparecido incluso el pedestal. Y del quiosco de flores que siempre había sido parte del paisaje quedan cuatro maderas pintadas de verde. Están construyendo una cosa distinta, una especie

de podio escalonado feo como un dolor de muelas. Van a ponerle columnas también, las puede ver reservadas a un lado. Se están dando prisa, supone Brynn, para que esté todo listo para la ceremonia de coronación de esta misma noche.

De veras, no sabe por qué se está torturando todavía. Decidido, Brynn se aparta. Da un par de pasos y, aun así, se gira hacia ese mamotreto que crece en el centro de la plaza antes de alejarse.

Cuando vuelve a fijar la vista al frente, casi se choca con un grupo de gente. Aura. Es fácil reconocerlos por ese modo que tienen de caminar como si alguien les hubiera metido los dedos por la nariz y tiraran de ellos hacia arriba y también porque llevan la dichosa insignia del ojo en algún lugar bien visible.

Y la ciudad se ha amoldado como si estos últimos veinte años de democracia hubieran sido una alucinación colectiva. Total, ¿qué son un par de décadas de democracia frente a siglos de Dominio? Hay menos ruido en la calle. La gente camina con la cabeza gacha, pasos rápidos, con cara de querer llegar cuanto antes a su destino. Aunque parece mentira, él también se ha amoldado. No lo acepta, claro. Por dentro, cualquier nuevo detalle, por pequeño que sea, le hace gritar hasta quedarse ronco. El detective Brynn siente una rabia que no sentía desde hace décadas, una de esas que bullen, una rabia volcánica porque todavía está contenida dentro, pero que tarde o temprano tendrá que salir por algún lado.

Mientras espera que la rabia estalle Brynn camina por esa ciudad de color sepia y baja la cabeza cada vez que se cruza con una patrulla. Sus pasos le llevan, porque aunque se haya puesto a caminar sin un rumbo definido está claro que su subconsciente le ha traicionado, hasta el Paseo de Pralín. Punto extra de crueldad para sus propios pies que se detienen frente a la Casa de la Guardia de la que ya no forma parte.

Los transeúntes de cabezas gachas siguen pasando por su lado. Nadie parece darse cuenta del edificio, como si la Guardia ya no existiera.

Bueno, se dice. En realidad están en lo cierto.

No es solo que la Guardia que queda se haya puesto a las órdenes de las Brigadas de Intervención Especial, y eso significa que están bajo el control de los que ahora ocupan el Parlamento, o palacio, o como quieran llamarlo. Tampoco existía ya cuando esa gente tomó el poder. No intervino cuando pudo hacerlo. Quizá entonces hubieran podido, si no detenerlos, por lo menos... no tiene ni idea. No quiere ese peso extra en la conciencia. Prefiere no pensar en qué habría hecho él en el caso de haber estado libre. Porque no estaba allí, y ahora tampoco tiene una Guardia a la que regresar.

Brynn piensa, casi al instante, en algo que le dijo el capitán Morgensett hace tiempo. Que qué haría si no era Guardia. Ya le ha quedado claro que nada, pasear y mirar obras. Se ha convertido en un jubilado sin querer.

No tiene trabajo, ningún caso que resolver, no tiene ni siquiera el mundo en el que se había acostumbrado a vivir.

Tiene, sin embargo, un papel doblado en el bolsillo del abrigo. Ahora, no sabe por qué, lo saca. Lo ha desplegado para mirar la información de contacto de la agente Elera tantas veces que los pliegues se están desgastando, pero cada vez que lo ha hecho le ha invadido una especie de parálisis existencial que le obligaba a guardarlo otra vez. Quizá quiera acompañarle a ver la ceremonia de coronación. Al menos así estarán entretenidos.



Una vez, cuando era pequeño, Kástor abrió con cuidado la caja de los tesoros del abuelo. Fue antes de todo, de que el abuelo comenzar a entrenarle y de que enfermara. Kástor cree que tendría seis o siete años. Levantó la tapa y se estremeció cuando chirrió la madera. Desde entonces, ese ruido siempre le ha hecho rechinar los dientes.

Abrir la caja del abuelo ya había sido un gesto de valentía. Pero sacar algo

de dentro... para eso sí que necesitó valor. Era un niño, no entendía el significado de esa capucha roja. No el significado real, al menos. Solo sabía que el abuelo la había llevado con orgullo y el abuelo era, aunque a veces le asustara, un héroe.

Se la puso. Le iba grande y los ojos se le cubrieron de un velo rojo. Se asustó. Con las manos crispadas tiró de la tela para tratar de encontrar los agujeros a través de los cuales podría ver. Tiró fuerte hasta que de repente algo en la tela se rasgó. Una costura. Se quedó helado.

Entonces escuchó un crujido cerca. Temió que fuera el abuelo que se acercaba, o sus padres, o sus tíos, o su primo Sammler. Kástor guardó la capucha sin doblarla y cerró la caja. El corazón le latía tan rápido que pensaba que se moriría.

Durante años sintió remordimientos por ese episodio. Primero, por haber traicionado de alguna forma la confianza del abuelo y luego por haber querido, aunque solo fuera por un instante, aunque solo fuera un niño, ser como él.

Kástor ahora mira la misma capucha. No es capaz de encontrar ese primer rasgón entre los muchos que tiene ahora. El bordado del blasón Imperial tiene algunos hilos sueltos. La seda está perdiendo el color cerca de las costuras y hay pequeños agujeros provocados por cada exposición al Fuego.

No quiere ponérsela. Le sudan las manos. Pero está anocheciendo y ya es casi la hora.

Hace otro intento. Sujeta la capucha por los bordes asegurándose de que los agujeros para los ojos queden en la parte de abajo. Se recuerda que debe respirar. Que debe respirar, y luego se recuerda el plan.

—No tienes por qué ponértela ahora.

Levanta la cabeza. Había olvidado por completo la presencia de Enzo en la misma habitación. También los ruidos que se extienden por el piso. Son demasiadas personas viviendo aquí. A veces Kástor se siente mal por pensarlo, pero es verdad.

—Ya —dice. No sabe por qué estaba intentando ponerse la capucha antes de

salir. Quizá si lo hace ahora, luego no le cueste tanto.

—Tampoco tienes por qué participar en esto. Seguro que hay otra manera.

—Ya.

Eso también lo sabe. Él no quiere matar a nadie, ni aunque sea de forma indirecta, pero si con eso puede marcar la diferencia... Si con eso previene más muertes... Él ayudó a Zaaren y sabe que Enzo le dirá que no debe culparse de lo que hizo bajo Dominio, pero a veces esas palabras tienen menos fuerza que sus propios remordimientos.

—No quiero decir que no lo hagas. —Enzo se sienta a su lado—. Quiero decir que tienes la opción de echarte atrás. Lo entenderíamos todos.

—No. —Quiere decir al mismo tiempo que ni tiene opción de renunciar ahora, con apenas unas horas de margen, ni lo va a hacer. Cuando se ofreció a ayudar no fue un arrebato. Habría podido cambiar de opinión en cualquier momento a lo largo de estos días cuando Vann llegaba a horas extrañas con noticias. Sacude la cabeza y deja que su cuerpo se incline hacia Enzo. No llega a tocarle, pero le basta con sentir su cercanía—. No quiero ir, pero no quiero. Quedarme atrás. No es bueno. Pero es necesario.

Enzo le toca la espalda como si le pidiera permiso y cuando Kástor le responde con un movimiento mínimo hacia él y una sacudida de cabeza, le rodea los hombros con los brazos.

Llaman a su puerta.

No entra nadie pero es una señal.

A regañadientes, se aparta de Enzo. La capucha la guarda en el bolsillo.

Sabe que es un gesto idéntico al que hizo decenas de veces cuando estaba bajo el control de Zaaren y, por un instante, el miedo regresa igual que regresan los pocos recuerdos que tiene de esos meses. Destellos de Fuego y una rabia que no identifica como suya.

—Ya —dice ladeando la cabeza. Está listo. Enzo sigue sentado en la cama, mirándolo, y Kástor frunce los labios en ese amago suyo de sonrisa que no sabe si le va a tranquilizar.

Enzo entonces asiente. Es un gesto rápido. Se levanta. Para abrir la puerta de la habitación pasa por su lado y sus cuerpos se tocan otra vez. Kástor se inclina hacia delante, ha sido un impulso inesperado. Ahora a veces su cuerpo reacciona así, buscando el contacto físico no porque esté asustado, aunque está asustado, o porque se sienta mal. Por buscarlo. Y él se maravilla de que pueda ocurrirle algo así.

Pero ya es casi la hora. Enzo abre la puerta que da directamente al salón del piso y allí están los demás; Hokulea, Vann, Nero, que inclina la cabeza hacia él y no sabe por qué Kástor siente menos peso en la cabeza.



Kózel Hokulea dice:

Oye, ya me he comenzado ese libro que me recomendaste. Debe de hacer cinco minutos más o menos.

Kózel levanta la mirada. Denna todavía no le ha respondido al mensaje y eso que se lo mandó poco después de ponerse en marcha. Ve gente que se mueve un par de calles por delante de ellos y le llama la atención. Los observa, recelosa, pero siguen su camino sin reparar en ellos. Quizá vayan hacia el mausoleo también.

Un cosquilleo en la punta de los dedos la obliga a mirar hacia las páginas de su diario otra vez. La caligrafía de Denna comienza a aparecer casi de inmediato sobre el papel.

Denna Blyzster dice:

Pues avísame cuando llegues a la página veinte, más o menos. Ahí,

cuidado porque la trama da un rodeo muy interesante. Todo da la vuelta completamente. Aunque tendrás que estar atenta porque algún detalle está muy escondido.

Solo a Denna se le habría podido ocurrir que, si tenían que comunicarse en clave por si alguien les leía los diarios (cosa que espera muy fervientemente que no ocurra) podrían utilizar libros a modo de metáfora.

—Denna ya sabe que vamos para allá —dice Kózel cerrando su diario y guardándolo en el bolsillo del pantalón. Es considerablemente más delgado de lo que solía. Ha tenido que arrancar todas las páginas con mensajes de su familia pidiéndole que regresara a Hol Ibu—. Dice que hay mucha gente frente al mausoleo, pero que vayamos con cuidado. Detrás, creo que dando la vuelta al edificio, debe haber unas veinte personas. Escondidas.

Vann asiente.

—Es lo que esperábamos —musita sin detenerse. Tampoco lo hacen los demás aunque Nero desvía un poco su siguiente zancada para chocar con ella de refilón, un gesto de apoyo en su mínima expresión, pero igual de reconfortante.

A pesar de todo, Kózel se descubre tranquila. Debería estar nerviosa. Van a participar en algo muy peligroso y que podría salir muy bien, podría salir muy mal, o podría dejarles exactamente donde están: con el agua hasta el cuello, los Antepasados los asistan. Debería tener palpitaciones y tendría que temblarle el pulso y, sin embargo, camina con energía al lado de sus compañeros mientras atraviesan una calle con casitas adosadas a ambos lados. Y ellos también están igual. Pasos y miradas firmes. A todos ellos los ha visto más nerviosos, por lo menos por fuera, antes de un examen. Quizá es porque no tienen mucho más que perder. Aparte de la vida. Kózel no querría perder la vida, gracias, pero como está tranquila y la calma es buena para la supervivencia, decide apartar ese pensamiento por el momento.

Una docena de personas ya les está esperando en una calle nada más entrar

en los Ocasos. Duda que sea casualidad que, justo ahí, las cuatro farolas del final de la acera estén apagadas. Reconoce a la mujer del cabello plateado y a un par más que estuvo en el almacén de la puerta roja, pero a los demás no. Otra vez es Vann quien se adelanta y habla con esas personas en cuchicheos rápidos mientras los demás se mantienen a una distancia prudencial y tratando de parecer inocentes transeúntes. Lo dijo desde un principio: si querían ayudar, tenían que involucrarse el mínimo posible con el grupo. Por la seguridad de todos.

Conocen su parte del plan, pero ni nombres, ni quién da las órdenes ni quién más está involucrado.

La charla es breve. Unos pocos minutos a lo sumo durante los que ellos, Kózel, Nero, Enzo y Kástor, no se atreven a hablar. Lo que sí hace Kózel, casi obsesivamente, es mirar cómo las manecillas de su reloj van avanzando. Cuando Vann acaba, dando un asentimiento rotundo, vuelve a acercarse hacia donde están.

Enzo formula la pregunta que todos tienen en la punta de la lengua:

—¿Todo... correcto?

—Todo lo correcto que podría estar.

Sería una ocasión fantástica para que Vann aprendiera a mentir y les dijera algo más tranquilizador.

—El resto nos está esperando. Tendríamos que ponernos en marcha —dice la mujer del cabello plateado, Arán. De ella, sí que recuerda el nombre. No es solo una recomendación, es una orden.

Y obedecen. No hay margen para nada más. En parejas, pequeños grupos, comienzan a caminar de nuevo. Unas calles más allá se intuye un resplandor de un rojo intenso que les sirve de guía. Enzo y Kástor van un poco por delante. Siempre juntos. Indestructibles. A veces, aun con todo lo que han pasado en los últimos meses, les envidia esa capacidad que tienen para ser el uno el pilar del otro. Kózel se encuentra caminando al lado de Nero y, de repente, se le hace extrañísimo no tener a Lórim en medio de las dos. Se quita el

pensamiento de la cabeza con una sacudida. Vann camina muy por delante con las manos en los bolsillos. Va solo. Apenas si han hablado desde la noche que llegó al piso comido por los remordimientos y le contó lo que él y su grupo planeaban hacer.

No tienen que caminar mucho tiempo para que las calles estén cada vez más concurridas. Eso, aunque le produzca un estremecimiento en las entrañas, se supone que es bueno. Pasan más desapercibidos entre la gente. Ve insignias de todos los tipos, la mayoría pertenecientes a las antiguas Altas Familias, pero también otras de Tierra, Agua, Aire, y se le hace horriblemente extraño.

—¿Por qué crees que lo hacen? ¿Por qué están aquí? —susurra. Nero no contesta inmediatamente. Ella también observa a la gente y se toca el moño con el que se ha recogido el cabello como si le incomodara.

—¿Porque hay que estar bien con los que mandan?

En cierto modo, tiene sentido aunque solo sea puramente práctico. ¿No se dice eso a veces? «El rey ha muerto, larga vida al rey.» El poder es el poder, tome una forma u otra. Sabe que eso es lo que debe de pensar, por ejemplo, su familia. Que un gobierno u otro no les afecta demasiado en su día a día. Incluso debe de haber gente de entre los que están aquí que creen todavía que Zaaren puede llevar al país hacia alguna era de nueva prosperidad. Hay gente para todo.

Aunque no va a durar mucho. Espera. Si todo sale bien. Si consiguen cometer el crimen que han planeado.

Porque, diccionario en mano, es un crimen. Luego pueden ponerle todas las excusas éticas que quieran. Pero Kózel sigue extrañamente tranquila.

—O por el espectáculo.

Quizá también por eso. Está segura de que a la abuela Hokulea le encantaría asistir a una buena coronación.

A pesar de que es un poco el hombre del saco personal de Kózel en algunos temas, eso de la dictadura y los golpes de Estado no va con la abuela Hokulea. Lo más seguro es que estuviera en primera fila, pero abucheando. A veces la

echa de menos y todo.

Y ya, entre las casas, emerge la cúpula negra del mausoleo, un negativo perfecto a la del Parlamento, bañada por ese resplandor escarlata que les ha servido de faro. Fuego. Grandes columnas de Fuego que suben en espiral hacia el cielo. Llegados a este punto incluso se hace difícil caminar con soltura. Hay mucha gente tanto en la explanada, pisoteando césped y tumbas indiscriminadamente, como en las zonas aledañas. Allí, cerca de la entrada, debería estar Denna. También hay una multitud a lo largo de la avenida que va desde el mausoleo hacia el este. Por allí va a pasar la comitiva.

Porque, ¿qué es una coronación como el Emperador manda sin una comitiva solemne?

La ceremonia de coronación es parte fundamental del plan. Juega a su favor que todo Nylert sepa perfectamente cómo se va a desarrollar. Hace días que periodistas de expresión cenicienta lo comentan en el orbediario. Se llevará a cabo la ceremonia tradicional de coronación, la que llevó al poder a todos los Indrasil antes de Zaaren. El ritual acabará frente al Parlamento, el nuevo palacio imperial, pero la primera parte de la ceremonia va a tener lugar, precisamente, en el mausoleo. Un rey muerto da paso a otro vivo, pero la idea es que no lo sea durante mucho tiempo. Si todo sale bien, Zaaren no llegará a su destino.

Nero y Kózel se detienen justo al límite de la explanada que rodea el mausoleo al ver que lo hacen los demás. En este momento sí que se le encoge el estómago. Espera que su cuerpo no haya esperado hasta ahora para regalarle una ración doble de nerviosismo.

La multitud aquí es menos ruidosa de lo que cabría esperar. Quizá sea por la solemnidad del acto o por la presencia bien visible de Caballeros vestidos de rojo y BIE con uniforme negro entre la gente, quizá por ambas cosas a la vez.

Zaaren todavía no ha llegado, pero no tardará mucho. No cree que sea protocolario llegar tarde a su propia ceremonia de coronación.

Vann y sus compañeros se han vuelto a reunir para intercambiar unas cuantas

frases en voz baja. Esa conversación ha sido todavía más corta que la de antes y les deja a todos con expresiones más sombrías.

—La suerte está echada —murmura Kózel para sí.

—¿Eso no lo dijo un general? —La sonrisa de Nero hace méritos para ser una de las cosas más bonitas que vaya a ver hoy—. Uno que vivió hace un millón de años o algo así.

—Bueno. Lo decía siempre mi abuelo, pero ya podría ser que no citara sus fuentes.

—De todas formas, debería saber que no se puede confiar en la suerte. La suerte no existe. No sé si ganaría muchas batallas confiando en ella, pobre hombre. Ese general, no tu abuelo.

—Todo es Azar —le responde Kózel con media sonrisa.

—Hay bastantes probabilidades de que sí.

Le bastan, así que se baja la gorra hasta que las costuras del borde le tocan las cejas. Luego, una presión inesperada hace que esta le quede todavía más abajo, tapándole los ojos.

—Lo siento —dice Vann, que parece haberse materializado junto a ella como por arte de magia. Él sí parece nervioso.

—¿Y qué tienes que sentir?

Con un golpecito de nudillos vuelve a levantarse la visera de la gorra. Deberían ponerse en marcha ya, Zaaren y los suyos llegarán en cualquier momento, pero Vann se ha plantado frente a ella y tiene esa mirada que atrapa, esa mirada capaz de cambiar el mundo para mejor, posada en ella.

—No ha sido fácil. Tú y yo. Esto.

—Tendríamos que haber cuadrado mejor nuestras agendas con la de Zaaren —comienza, pero la media sonrisa con que lo ha dicho se le muere al final de la frase—. No me gusta que esto suene tanto a despedida. ¿Es una despedida?

No puede serlo porque todo va a ir bien. Para ellos, al menos. Tiene que ir bien.

Levanta la mirada justo al mismo tiempo que Vann se está inclinando hacia

ella hasta que se tocan nariz con nariz.

—No. No, no. Nunca se me darán bien estas cosas. Tendrás que acostumbrarte. —Hay tan poca distancia entre estar nariz con nariz y un beso tan rápido que cree habérselo imaginado—. No. Pero cuando todo esto acabe quizá podamos ir a bailar otra vez. En el orbe y en las novelas, ya sabes, el amor se fortalece cuando tiene que luchar contra la adversidad, pero yo creo, Cielos, que si fuéramos a bailar y quizá un día al teatro y a cenar tampoco sería tan grave.

Es la primera vez que alguno de los dos menciona la palabra «amor» y el cerebro de Kózel decide, por un instante, olvidarse del peligro de muerte y eso del regicidio en el que están a punto de participar para mandar una señal de alarma a sus mejillas.

—Más te vale.

Hace una mueca nada más soltar esa idiotez, pero Vann ya se está apartando. Le toca la visera de la gorra, aunque no llega a bajársela. Aquí se separan. De momento.



Alejarse le cuesta todo un mundo pero lo hace. Es mejor que no se quede dando vueltas a la reacción que ha tenido ella ante su parrafada y esa mención como de pasada de la palabra «amor», aunque lleve días planeándola. Ya se le tranquilizará el corazón, que tiene revolucionado, y le bajará el rubor de las mejillas. Se permite echar una última mirada hacia Kózel antes de centrarse. Ahora, mal que le pese, lo que tienen entre manos es mucho más importante.

Hay muchísimo en juego. Vann trata de no pensarlo porque la simple posibilidad de fallar le abrume. Le abrume incluso más que, por ejemplo, la posibilidad de morir. Es curioso.

Arán le hace una seña.

—¿Estás listo, Strainir? —pregunta.

—Espero que sí.

Cree en esto. No en el asesinato, pero sí en el mal que se puede prevenir con ello. Y Arán también. Van a llevar a cabo juntos su parte del plan. Lo decidieron la noche anterior, en el último momento, cuando se dieron cuenta que tener a una sola persona en la puerta del mausoleo era jugársela demasiado. Es un buen plan, pero nadie niega que sea un plan apresurado.

Tampoco tendría que haber implicado a los suyos en todo esto pero qué más podía hacer. Necesitaban gente. Toda la ayuda posible. Y ellos han aceptado con libertad. No puede sentirse mal por eso. Ahora no.

Comienzan a abrirse paso entre la gente. Poco a poco. Tiene que parecer que avanzan empujados por la curiosidad y las ganas de verlo todo desde primera fila. Espera que esos nervios que lo están desquiciando puedan pasar por emoción contenida.

Llegan junto al gran atrio de entrada y Arán se apoya cómodamente en una de las columnas, tan negras como el resto del edificio, que sostienen la puerta. Luego se aparta porque recibe una mirada demasiado interesada de uno de los Caballeros con la cara tapada que custodian el edificio. Están al lado derecho de la puerta con el resto de las Bajas Familias. Trata de no buscar miradas cómplices entre la gente. Porque las encontraría. Hay gente entre el público que también tiene un papel que jugar aquí, pero no sabrá quiénes son hasta que sea el momento.

En un espacio reservado está un grupo de periodistas con el símbolo de la orbevisión pública de Nylert. No solo ellos. Medios internacionales también.

Al otro lado de la entrada hay un nutrido grupo de gente con ropas muchísimo más elegantes que el pantalón de lana, el jersey de cuello alto gris y la chaqueta de ante que lleva él. Son los invitados. La palabra tiene un matiz distinto al de «público». En la antigüedad, ese honor se reservaba para los miembros de la corte, Aura, Fuego y Rayo.

Echa una mirada rápida. Le parece ver a Denna, aunque enseguida la pierde de vista. Ella quiso participar también. A su modo. No ha hablado de ella a sus compañeros del grupo. Primero pensaba que no lo había hecho porque la verdadera Familia de Denna es un asunto solo suyo, pero en las últimas horas no está seguro de que haya sido solo por eso. A veces, sus compañeros en esa especie de resistencia zarrapastrosa que han montado hacen comentarios sobre la Familia Aura que no le gustan. Son fruto de la ignorancia y del prejuicio, pero, desde luego, no le gustan.

Vann trata de localizar a Denna otra vez, pero desiste por un movimiento colectivo de la gente, que se apiña contra la puerta a la vez que se aparta del camino de entrada.

Hace todavía más calor que antes. Las llamaradas de esas columnas de Fuego que rodean el edificio se han intensificado y le dan a la noche un matiz rojizo. Entonces escucha cascos de caballos al trote. Vann se estremece y no es el único. No sabe si alguna vez dejará de odiar ese sonido o de relacionarlo con las cargas que el gobierno mandó contra los manifestantes el año anterior. Fue la prueba de que no podían confiar en ellos. Que solo el pueblo salva al pueblo.

Vann golpea el suelo con el talón y la Tierra le devuelve una vibración que le recuerda al rugido de una bestia despertando y que, aunque sea durante un instante, calma sus nervios.

Arán se ha erguido. A su alrededor, los cuellos se estiran, los pies se ponen de puntillas.

En primer lugar van veinte Caballeros en una columna de a cinco. Sus monturas son animales negros y llenos de nervio. Al acercarse a la puerta del mausoleo, uno de los caballos se encabrita bien por la proximidad del Fuego bien de la multitud, que se exclama de anticipación. El jinete que lo monta a duras penas logra controlarlo antes de que se lleve a alguien por delante.



Algo está ocurriendo a la entrada del mausoleo. No se gira para comprobarlo pero el sonido que proviene de allí ha cambiado. Escucha sonido de cascos y relinchos de caballos.

—Ya deben de haber llegado —dice Nero en voz muy baja. Tiene las manos en los bolsillos.

—¿Cuánto tiempo nos queda?

Enzo mira a su alrededor.

—No creo que sea mucho —le responde Kózel, y dirige una mirada interrogativa a una chica de su edad, de piel morena y pelo rizado que está a cargo de su parte del plan. No le han dicho su nombre. La chica solo les hace una seña para que se muevan un poco más hacia un bosquecillo de chopos que rodea un pequeño monumento funerario cubierto de líquenes.

La vegetación aquí lo hace todo un poco más fácil. Cuando ya están resguardados, Kózel arrastra las sombras con ellos. Las estira y comba con los dedos de una mano extendida como si sujetara los hilos en un telar. Hace tiempo que dejó de preocuparse por si jamás llegaba a ser buena en la lucha cuerpo a cuerpo. Esta sensación de energía que le burbujea bajo las costillas lo compensa.

Desde aquí tienen una perspectiva privilegiada de la cúpula aun estando prudencialmente lejos. Esta se sostiene sobre una serie de columnas de diámetro monstruoso, hechas de una sola pieza de piedra oscura que parecen hundirse directamente en el suelo. Nero le da un codazo. Frente a ellas, entre dos columnas, se adivina una silueta.

—¿Es uno de los de Zaaren?

No cree que sea un espectador que ha ido a dar una vuelta, no. Kózel meneaba la cabeza. Denna les había avisado de que podría haber entre veinte o veinticinco Brigadas protegiendo los alrededores del mausoleo. Ya han

localizado a uno. Habrá más, quizá ocultos entre las sombras.

Si todo va bien no tendrán que enfrentarse a ellos. Si ella es capaz de llevar a cabo su papel en el plan y Kástor, que se ha apartado un poco del resto junto a Enzo, puede cumplir el suyo.



No solo han llegado los Caballeros. Tras ellos, se acerca una carroza tirada por diez caballos de un gris clarísimo, gris perla. En las puertas negras está grabado en oro el escudo con el Águila rampante rodeado de los símbolos de Familias de Nylert. El Caballero del Águila que iba en cabeza de la comitiva abre la puerta de forma solemne. Hay un contener de respiraciones colectivo en el momento en que Zaaren desciende poco a poco. Se hace un silencio tenso y, en consecuencia, el Fuego se vuelve más audible. Por un momento, un rumor áspero lo inunda todo. Detrás de Zaaren sale Álek Rádick. Vann vuelve la cara, Arán también. Duda que Zaaren vaya a identificarlos entre la multitud. En realidad, ni siquiera parece fijarse en nada que no sea la entrada del mausoleo. Tiene una mirada extraña. En éxtasis. Parece que para ella no exista nada más. Pero es un riesgo que Vann no va a correr.

—Maldita sean tanta ceremonia y tanta comedia. Que entre de una vez — musita Arán.

—Paciencia —susurra Vann todo lo bajo y, a la vez, todo lo asertivo que puede. La actitud de Arán le añade una nueva capa de incomodidad a todo lo que están haciendo. Está demasiado ansiosa por actuar.

Los Caballeros se despliegan formando un pasillo por el que Zaaren y Álek comienzan a caminar en una procesión lenta.

Zaaren ya ha quedado bajo la sombra del atrio de entrada.

Vann tiene que sujetar a Arán por el antebrazo. Todavía no. La cabeza se le

va hacia los demás. Se pregunta si ya estarán en posición. Si habrán logrado sobreponerse a la vigilancia que controlaba el perímetro del mausoleo.

Tras formar un pasadizo de honor por el que pasan Zaaren y Álek, los Caballeros se repliegan. Con perfecta coordinación, ahora forman una fila.

—Ellos también van a entrar —murmura Vann, lívido.

Arán está sonriendo.

—Mejor. —Pero esto no es lo que habían planeado ni tampoco es a lo que Vann había accedido. Solo Zaaren tenía que entrar en el mausoleo. Así se ha hecho la ceremonia siempre: el heredero al trono baja a las catacumbas a hacer su ofrenda sobre la tumba de su antecesor y vuelve a salir, pero ahora... ¿Cuántas muertes puede cargar sobre su conciencia? ¿Quizá había pensado que solo una? ¿Dos? ¿Hay mucha diferencia entre eso y más, veinte, treinta? Entonces, Arán le da un codazo—. Mira.

Vuelve a haber movimiento en el carruaje del que ha descendido Zaaren. Dos Caballeros, los últimos que habían quedado en la fila, están ayudando a descender a alguien más. A primera vista, no parece que le obliguen a nada pero Vann se da cuenta enseguida de sus movimientos rígidos y de los brazos pegados al cuerpo. Lo están sujetando con Escudo y lo llevan hasta el frente de la comitiva.

Se escucha un aumento frenético de actividad entre los periodistas que, voluntaria o forzosamente, retransmiten la ceremonia para todo el país. Para el mundo entero.

La gente ha comenzado a reconocerlo. Ve caras de sorpresa incluso entre los Brigadas, los Caballeros, la gente de Aura. Lleva, igual que Zaaren y Álek, ropa de un blanco immaculado, pero la casaca militar con adornos dorados le ha quedado torcida, lleva uno de los botones del chaleco bordado con hilo de seda desabotonado. No se ha vestido: lo han vestido.

Es Lórim.

Como si les hubiera entrado prisa de repente, Zaaren, apoyada en Álek, se interna en el mausoleo. Detrás, los Caballeros arrastrando, ahora está claro,

apenas le ve mover los pies, a su prisionero.

A Vann le bulle la cabeza.

Toda la comitiva ha desaparecido ya entre las columnas de entrada. No puede detenerlo, no le da tiempo. Al fondo, en algún punto de la explanada que rodea el mausoleo, comienzan los gritos y el suelo tiembla. Los Brigadas que se habían quedado guardando las puertas del mausoleo vuelven la cabeza.

Es una maniobra de distracción. Es la primera parte del plan y ya se ha puesto en marcha.

—No puede... —comienza a murmurar, pero Arán le interrumpe.

—Quedan dos Dominio en el mundo y justo van a estar los dos dentro del mausoleo. Eso sí es tener de suerte.

Sábado, 24 de octubre.

Mausoleo Indrasil. 8.29 de la tarde



Kástor no escucha la algarabía que de repente ha estallado a su izquierda, donde está la entrada al mausoleo. Sabe que existe, que es la señal que estaban esperando pero, ahora mismo, se concentra en no escucharlo. Se quita el abrigo. No sabe por qué lo dobla, no hay ningún lugar en el que dejarlo que no sea el suelo mismo, a los pies de uno de los árboles que les protegen de miradas indiscretas. Le tienden otra prenda de ropa. Kástor parpadea, de repente no sabe qué hacer con las manos. Respira.

Si piensa en el trayecto que han hecho desde Valbazar hasta el mausoleo no se acuerda de nada. Ha estado repasando lo que tenía que hacer todo el rato, y sigue haciéndolo ahora. No solo los chillidos y una explosión que cree escuchar quedan ahora mismo en la periferia de su consciencia. Todo lo demás también, salvo el plan, su objetivo. Quiere hacerlo. Quiere ayudar a que todo acabe de una vez.

La chaqueta se la ofrece ese chico alto y con gafas, uno de los de Vann, es roja. Como la capucha que lleva en el bolsillo.

Hay una para cada uno. A Kástor la suya le va estrecha pero aunque se le pasa por la cabeza pedir otra, no le sale. Se la pone apretando los dientes. Se los oye rechinar.

Ahora, la capucha. Antes de ponérsela procura que los agujeros para los ojos queden bien alineados. Aun así, cuando por fin reúne el valor para abrir los ojos, su campo de visión queda rodeado de un halo rojizo.

Su respiración se ha vuelto más audible de repente y un calor húmedo, que proviene de su propio aliento, se le pega a las mejillas.

Igual que antes se ha alejado del ruido, ahora Kástor trata de alejarse, también, de sí mismo. Quizá así lo que va a hacer no llegue a tocarle, como si fuera solo responsabilidad de la capucha del abuelo, la capucha del comandante de los Caballeros del Águila. Ese pensamiento le tranquiliza.

—Ya —musita. Ni siquiera su voz parece su voz. Kástor sacude la cabeza, abre y cierra las manos. Los meses que pasó bajo el control de Zaaren los tiene marcados en forma de cicatrices, quemaduras sanadas una y otra vez que ahora nota tirantes—. Ya —repite.

—Eh, fiero. —Odia ver a Enzo a través de los agujeros de la capucha. Cierra los ojos. Lo nota cerca, pero no llega a decirle nada más.

—¿A qué estás esperando? Tú tienes que ir el primero. —Kástor abre los ojos bruscamente. Le está hablando uno de los igualitaristas amigos de Vann, un hombre alto y fuerte. Tiene arrugas del sol en las mejillas. También tiene las manos estiradas hacia él como si fuera a darle un empujón. No quiere que le toque. Se aparta, aturdido.

El plan. No piensa en otra cosa desde hace horas.

Comienza a caminar con paso firme y zancadas largas. Eso es lo primero que debía hacer. Tiene que acercarse a la cúpula. Hay gente allá, figuras vestidas de negro. Brigadas. Fueron de los primeros que se aliaron con Zaaren. La gente dijo que lo habían estado esperando durante mucho tiempo.

El movimiento le sale solo aunque a la vez le parece completamente ajeno. No es él. Es otro. Es lo que podría haber sido Kástor si no fuera Kástor.

Pero Kástor no quiere dejar de ser Kástor nunca más.

Se para. Su cuerpo se está revelando ahora, se le agarrota el pecho.

—¿Qué ocurre ahora?

Es el mismo de antes. Parece que es el que va a liderar en su parte del plan. A Kástor no le gusta cómo le mira. Tiene las cejas fruncidas, la boca hecha una línea apretada.

Se obliga a seguir.

Dejan atrás el bosquecillo. Están completamente a la vista. Eso también es parte del plan y ahora, Fuego. Solo le duele un momento al principio. Luego el calor se estabiliza y las llamas se extienden de las puntas de sus dedos hacia su antebrazo. Inspira con fuerza. Se obliga a hacerlo rápido. Por un momento, la llegada de oxígeno extra a los pulmones le deja la cabeza ligera y una sensación de mareo que se va tan rápido como ha llegado. Ahora sí permite que ese ruido, la refriega que esperaban que ocurriera en las puertas del mausoleo, le llegue. Se escucha perfectamente.

El Brigada que estaba escondido entre las columnas tiene que haberles visto. Sí. También tenía que ocurrir. Les ve, pero no ataca a uno de los suyos con la capucha puesta y el Fuego en las manos.

Kástor alarga las zancadas, casi corre. Detrás de él, los demás también aprietan el ritmo. Kástor tiene la boca abierta ya. Esta es la parte que más le preocupa.

Pero tenía que ser él. Porque no habla él. Hablan su capucha y su porte y el Fuego.

—¿Qué haces? —ha repetido muchas veces las mismas palabras para sí. Se las ha aprendido de memoria y aun así se le atascan. Sacude la cabeza—. ¿Qué haces aquí? Hay problemas. —Tendría que añadir dónde. Delante, en la puerta. En vez de eso Kástor extiende una mano incandescente en esa dirección.

El Brigada vacila. No se decide.

—Tengo órdenes de...

Si no se marcha tendrán que usar otros métodos. Y eso lo hará todo más peligroso.

A Kástor se le comienza a cerrar la garganta de golpe y sacude la cabeza

otra vez. Empuja las palabras, desesperado. Él no grita nunca pero lo necesita. Ahora.

—¡Ahora!

Con su orden, el Fuego que le recubre las manos se expande en un fogonazo violento. Incluso los que están detrás de él, que son amigos, se sobresaltan. Kástor está jadeando. La garganta ahora le quema como si el grito le hubiera desgarrado la carne. El Brigada se ha erguido. Dice:

—Señor.

No se está dirigiendo a él. Es una afirmación. Baja la cabeza. Se marcha. Kástor lo sigue con la mirada. Lo ve correr hacia la entrada del mausoleo. Uno.

Otra vez le han tomado por un Caballero. Aunque sea por una buena causa es algo que le parte por dentro. Y tendrá que hacerlo más veces. Tienen que distraer a los Brigadas que protegen parte del perímetro del mausoleo. Y luego van a matar a Zaaren.

Él no quiere matar a nadie. ¿Por qué todo el mundo quiere usarlo para hacer daño? Está harto.

—Vamos. Pero ¿qué haces, chico? ¿Eres idiota o qué? —les increpa el hombre de antes, el igualitarista que manda. Le hace un gesto, va a tocarle. Kástor se aparta. El Fuego que tiene en las manos no se apaga.

—*M'marcho.*

Niega con la cabeza. El hombre seguro que no se lo esperaba. Le insulta. Son palabras hirientes. Traidor. Eres como ellos. Quizá ahora hayas cambiado de bando. Kástor se aleja.

Dirige una mirada dolorida hacia Enzo y los demás. Espera que lo entiendan. No parecen enfadados. Es un alivio. Kástor se arranca la capucha de la cabeza de un tirón. La lanza al suelo. Pesaba muchísimo.



Pero Lórim se había marchado. Todos le vieron dar media vuelta y escapar justo antes de que los Caballeros tomaran el Liceo. No debería estar aquí.

—Ya. —Arán le da un golpe, no demasiado flojo, en el brazo—. Strainir, ahora.

—No, espera.

Se aparta. Vann cruza las manos detrás de la cabeza mientras trata de concentrarse. Los sonidos de la refriega ya se están atenuando. Era solo un señuelo. Cuatro empujones y media docena de gritos que debían acabar cuando los BIE se acercaran para no poner en excesivo peligro a los que han iniciado el barullo. Tampoco tenía que ser tan violento como para asustar a Zaaren y que esta tratara de huir.

Y entonces Arán y él tenían que llegar a la puerta del mausoleo, derrumbarla para que no pudieran escapar. Esa sería la señal para que los demás hicieran caer la cúpula. Pero ahora ya no es solo la muerte de Zaaren. Es la de Álek la que estaría provocando, la de los Caballeros que les acompañan.

Y la de Lórim.

—El otro Dominio no está de su parte.

No puede decir que sea inocente, sin embargo. Lo vio usar Dominio con sus propios ojos, perder el control, pero...

—Está ahí. Es uno de ellos —sisea Arán. Se está impacientando.

—No, no... Lo llevan preso con Escudo. Está ahí como un prisionero, estoy seguro. —Debería decir que le conoce, que sabe que nunca se pondría del bando de Zaaren, pero de repente se avergüenza. Es estúpido, lo sabe. Como si conocer a Lórim, como si ser su amigo, le hiciera menos fiel a sus ideas y a su causa.

—¿Y qué importa? ¿Por eso estás perdiendo el tiempo? ¿Por un maldito Dominio? Son todos iguales. ¿O acaso ha habido alguno bueno? No, te lo pongo más fácil: ¿uno decente? ¿Algún maldito Indrasil no se ha dejado corromper por el poder? ¿Alguno hizo algo aparte de abusar de él?

Y la respuesta a la pregunta es: no. Todos los reyes, y el país ha tenido

muchos, han tenido claroscuros porque de la impunidad nace el abuso, pero la llegada de los Indrasil provocó un sufrimiento de generaciones. Un dolor que todavía desangra el país, que no llegó a sanar, solo quedó silenciado. Solo tiene que pensar en el odio entre las Familias, en los veteranos de las últimas guerras, en cómo hace unos pocos días la ciudad ardía.

Si vive, ¿qué le asegura que Lórim no vaya a acabar igual? ¿Esas sonrisas como supernovas y sus chistes malos? ¿Se lo asegura la pura y simple cabezonería de Kózel, que siempre ha visto en él a su mejor amigo?

Vann deja escapar un gemido. No lo sabe. Esta pregunta no tiene respuesta.

Todavía se escuchan los estertores de la refriega que han usado para distraer a los Brigadas, pero se da cuenta enseguida de que su discusión con Arán comienza a llamar demasiado la atención.

—Tú mismo. ¡Maldita sea, Strainir!

De un último empujón, la mujer lo manda contra la gente que tiene detrás. Necesita apenas media docena de pasos para quedar junto a las columnas de la entrada.

Un Brigada, el único que ha quedado vigilando la puerta, grita una advertencia. Arán se mueve rápido. Vann no la había visto luchar antes. Había escuchado rumores, historias. El Brigada queda fuera de combate en cuestión de segundos. Antes de que su cuerpo caiga al suelo Arán ha apoyado ambas manos en una de las columnas negras que sostienen el atrio de la entrada.

Y en la columna, con un chasquido seco, aparece una grieta que, como si fuera un ente vivo, comienza a serpentear columna arriba.

Los gritos se reavivan cerca de ellos. El resto de los Brigadas se ha dado cuenta de dónde está el peligro.

Tiene que tomar una decisión.

Vann se abre paso hacia la puerta.

Puede dejar que Arán se salga con la suya, incluso ayudarla. Porque en parte tiene razón. De un solo golpe acabarían con Dominio de una vez por todas. Los últimos, por fin, y luego podría justificarse diciendo que lo hizo por el

bien común, porque Dominio es, intrínsecamente, dañino.

Pero también podría tratar de detenerla. Pero ¿por qué lo haría? ¿Por no cargar con tanta muerte en su conciencia? O incluso podría querer salvar a Lórim por amor, porque Kózel no se lo perdonaría nunca si no lo hiciera.

Prácticamente ya ha llegado junto a Arán. Sigue con las manos apoyadas en la columna, que ya se ha llenado de un veteado de grietas finísimas.

Vann tiene que decidirse.

En última instancia solo hay una razón por la que hace lo que hace a continuación: humanidad. El dolor, la rabia y el miedo le cegaban cuando aceptó participar en toda esta locura. Por humanidad salta sobre Arán y la derriba. Porque nadie debería tener el poder de decidir sobre la vida o la muerte de otro.

Ambos ruedan por el suelo. La mujer le encaja dos golpes con la mano abierta, uno en el pecho y otro en el abdomen que le arrebatan el aliento. El tercero lo falla no por falta de habilidad, sino porque de repente un fragmento de pórfido cae a su lado. Y luego otro. Y otro, con un estruendo que eclipsa cualquier otro ruido de su alrededor. La columna, irremediabilmente dañada, se desploma lanzando esquirlas de piedra afilada por doquier.

Olvidada la pelea, tanto Arán como Vann se incorporan. Miran hacia arriba. Aún con todo el destrozo, la entrada del mausoleo sigue en pie.

Entonces la Tierra tiembla. Se escuchan gritos de pánico entre la gente, relinchos de los caballos aterrorizados.

El estrépito era la señal que esperaba el resto, que a estas alturas ya deben de haber tomado posiciones alrededor de la cúpula y se preparan para hacerla caer.



Escuchan el grito más corto de la historia. Dura apenas una fracción de segundo. El Brigada tiene la boca abierta y cara de preguntarse por qué de esta no se le escapa ningún sonido.

Kózel querría decirle que de hecho sí, sí está gritando todavía. Bloquear las ondas de sonido hasta hacerlas desaparecer completamente es un tanto complicado incluso para ella. Pero ¿modificarlas para que sean tan agudas que sean inaudibles al oído humano? Pan comido.

Bueno. Tampoco tanto. Practicó mucho. En el Liceo.

El recuerdo del Liceo, porque ahora va irremediablemente asociado a la explosión, a las muertes, le produce una rabia incendiaria. Ahora en parte se alegra de que Kástor se haya echado atrás porque así tienen que quitar de en medio a los Brigadas de un modo más artesanal. Al verles acercarse ha tratado de dar la alarma, pero Kózel entonces ha recogido ese sonido con las puntas de los dedos y con una sacudida brusca de manos ha comprimido la vibración de la voz del BIE en algo minúsculo. Le hace cosquillas en la palma de la mano.

Y el Brigada todavía sigue gritando, perplejo. Su posición defensiva querría convertirse ahora en una ofensiva, pero entonces descubre que, además de no avisar a nadie, tampoco puede moverse. El Escudo de Enzo le ha aprisionado los pies.

Tiene el tiempo justo de Vincular Rayo para hacer saltar unas cuantas chispas inofensivas de sus brazos. Luego, se desploma. El igualitarista que les lidera, grande como un tonel, le acaba de dar un golpe en la nuca.

La vibración que Kózel sujetaba entre la punta de los dedos se apaga.

Debería sentir un mínimo de empatía por el Brigada. Aunque solo sea porque a ella también la han dejado inconsciente de un golpe en el pasado, pero no lo hace. Nero, sí. Y Enzo. Son mucho mejores personas que ella. Pero ella tiene sentimientos de sobra; rabia, expectación. Son mucho más útiles que la compasión.

—¿Cuántos más? —pregunta.

Han dejado fuera de combate a tres, pero no han llegado a rodear todo el perímetro de la cúpula.

—Todos los que podamos hasta que escuchemos que se ha derrumbado la puerta —murmulla otra de los igualitaristas, la chica del pelo rizado. Parece nerviosa porque hace rato que se ha escuchado el barullo de distracción en la puerta del mausoleo. Era un plan sencillo. Causa y consecuencia. Pero todavía no han escuchado el estrépito de las puertas derrumbándose. No saben si Zaaren está dentro, ni cuándo derrumbar la cúpula.

Quizá simplemente se están retrasando un poco. Quizá haya habido problemas más serios.

Kózel se niega, ni remotamente, a sopesar esa posibilidad.

Aunque exista.

No. Ha dicho que no.

Mira a Nero. No va a preguntarle nada. Azar no funciona así.

De repente todas sus dudas se disipan. Escuchan el sonido de la arquitectura rompiéndose en la entrada del mausoleo. Ahora sí. Causa y consecuencia, se dice.

Los igualitaristas se ponen en marcha, se despliegan a lo largo del perímetro de cúpula que ya han despejado. Apoyan las manos en esas columnas que parecen hincarse bajo tierra como si fueran raíces y, a la vez, que también se extienden en nervaduras que sostienen toda la altura del mausoleo.

En última instancia, decide que ella también va a ayudar. Corre hacia la cúpula y planta ambas manos sobre una de las columnas. Hará lo que pueda.

Va a ser todo un espectáculo. Kózel, apretando los dientes, se encuentra incapaz de apartar la mirada de las primeras grietas que van apareciendo en la estructura.



Un gran fragmento de cornisa decorada se precipita sobre los escalones de entrada al mausoleo. Vann no ve si ha alcanzado a nadie de pleno, pero en la zona adyacente al impacto hay un recrudecimiento de los gritos.

El edificio se está cayendo a pedazos.

Arán mira cómo todo se desmorona con ojos desorbitados y una mueca de triunfo. Vann se aparta de ella renqueando. Al derribarla, ha tenido una mala caída y le duele el costado del cuerpo. El suelo tiembla en un terremoto que tiene su epicentro justo en el mausoleo. Le cuesta mantener el equilibrio.

Quién habría dicho que el plan funcionaría. Es un éxito contando cómo se ha precipitado todo, con qué poca gente contaban. Se imagina a los demás repartidos por el perímetro de la cúpula forzando al máximo su Vínculo con Tierra para hacer temblar toda la estructura. Se los imagina eufóricos por completar su parte del trabajo y preocupados por escapar cuanto antes, ajenos a su traición.

«Traición», esa es la palabra.

Dentro del mausoleo, al fondo de ese larguísimo vestíbulo que conduce a las escaleras de la cripta, aparece una luz que se mueve frenética. A la sombra de ese Fuego virulento se adivinan siluetas y sombras. Ya no se mueven con solemnidad sino que tratan de huir al ver que todo va a derrumbarse sobre sus cabezas.

Escucha cómo Arán comienza a proferir un alarido que se corta bruscamente. Volviendo la cabeza desesperado, ve que su compañera tiene a dos Brigadas encima.

Después de bloquear la puerta de entrada, el plan era que escaparan aprovechando la confusión, pero él lo ha estropeado todo. Vuelve a pensar en esa palabra: «traidor». Suena como una condena.

De repente, se escucha un estrépito que hace temblar el edificio, el suelo, sus propios huesos. Una buena parte de la cúpula tiene que haber caído porque las luces que veía al fondo del vestíbulo quedan veladas por una nube de polvo y roca triturada que se escapa desde el interior del mausoleo como el último

aliento de un moribundo.

Ese polvo, negro como la piedra con la que está construido el mausoleo, se le mete en los ojos y en los oídos. Vann se cubre la boca y la nariz con la tela del abrigo y aun así el aire que respira no parece llenarle los pulmones, que le arden de ganas de toser.

Como un eco macabro, nuevos sonidos de derrumbe se van repitiendo a su alrededor.

Tiene que hacer algo. Aguantando la respiración, da una palmada. Suave. En cuanto sus manos están unidas comienza a frotarlas en un movimiento circular. Ahí está. Nota la resistencia de la arena y del polvo contra su piel. No es más que Tierra, en el fondo. Tierra diminuta, pulverizada, pero que con el tiempo y la presión adecuadas volvería a convertirse en roca otra vez.

Separa las manos tan lentamente como las había juntado y, con ellas, mientras siente la resistencia debilísima de toda esa materia contra los nudillos, la nube de polvo se parte en dos.

Puede respirar, por fin. Detrás de él escucha algún gemido de alivio, maldiciones. Y delante, pasos.

Cree que escucha a Arán llamándole traidor otra vez o quizá se lo haya imaginado.

Ahí está, Zaaren que corre desesperada y Álek y un puñado de Caballeros, muchos menos de los que entraron en el mausoleo, arrastrando consigo a Lórim a través de un vestíbulo salpicado de fragmentos de columnas que han caído y se han roto por el impacto.

Vann es muy consciente del momento exacto en que le ven, ahí de pie en la entrada, envuelto en toda esa destrucción; Zaaren deja escapar un alarido, Lórim le dirige una mirada que es toda confusión.

Escucha los gritos de Zaaren incluso antes de entender qué dice.

—¡... trapadlos! ¡Atrapadlos, maldita sea!

Su voz queda engullida por otro estrépito de arquitectura rompiéndose. Suena cerca, muy cerca. Vann, por puro instinto, mira a su alrededor. Está a

tiempo de ver, mientras el suelo se sacude, cómo una nueva grieta se forma en el techo artesonado del pasillo, justo donde la entrada del mausoleo se une a la cúpula.

Todavía está a tiempo de decir que hizo lo que pudo, pero que no lo logró y que, en el último momento, Lórim quedó atrapado bajo el derrumbe, qué desgracia.

—Maldita sea, maldita sea...

No lo van a lograr por muy rápido que corran hacia la salida.

Vann se lanza hacia delante. Choca con las manos extendidas contra la roca desnuda. De inmediato le invade la sensación de que se va a romper por dentro cuando establece el Vínculo con Tierra y toda la tensión que está sufriendo el edificio se le transmite a los huesos.

Que corran, por todos los Cielos, que corran. Ya están a la mitad del vestíbulo. Uno de los Caballeros tropieza y lo dejan atrás sin miramientos.

Si tan solo pudiera aguantar un poco más... La grieta sobre su cabeza se hace cada vez más grande. El techo se resquebraja. Tiene la aterradora certeza de que lo único que lo mantiene todavía en su sitio es él mismo, que sumerge los dedos en la roca negra y trata de contrarrestar esas fuerzas que hacen que el edificio se esté viniendo abajo. Es agotador. Es terrible. Vann no sabe cuándo ha comenzado a gritar por el esfuerzo y por las vibraciones violentas que lo llenan todo, pero ha tomado una decisión: si ha de traicionar a los suyos por sus ideas, va a hacerlo hasta la última consecuencia.

Zaaren llega la primera a la salida. Cojea, está apoyada casi completamente en Álek. Luego, el resto. Vann apenas los ve, le está cayendo encima una cascada de piedrecillas y arena que le escuece en los ojos, pero sabe que ya han salido todos. No. Casi. Queda uno de los Caballeros, el que ha tropezado. En ese momento se da cuenta de que es Tanet, Tanet Nathrem, que le mira con una súplica muda en los ojos.

Solo por esa mirada querría salvarlo a él también, pero no puede. Su Vínculo con Tierra se rompe de repente. Le fallan las piernas, las manos, todo,

y cae al suelo entre cascotes que comienzan a llover del techo destrozado.

Ni siquiera ve el fragmento de roca resquebrajada que se le cae encima, pero lo siente en forma de un dolor que le hace salir los ojos de las órbitas, que le provoca que el corazón se le desboque de repente. Su brazo izquierdo, de codo hacia abajo, no existe más allá de ese dolor que le arranca un alarido y que le aplasta.

Solo la certeza de que, si no reacciona, lo perderá todo le permite colocar la mano que le queda libre sobre ese montón de escombros que le aprisiona. Lo empuja usando para ello sus últimas fuerzas, lo mueve, y cada milímetro es una agonía. Cuando logra liberarse no quiere mirar el brazo herido. Como si ese dolor pulsante que irradia de sus huesos y de su carne no existiera.

Todo se desmorona. Si no se aparta acabará sepultado. Tiene que apartarse. Se aparta, pero no es él quien se está moviendo. Alguien está tirando de él. Levanta la mirada prácticamente ciego de dolor.

Es Denna. Le arrastra los pocos metros que le separan de la salida. Es una carrera desesperada mientras siguen lloviendo cascotes sobre sus cabezas. Al llegar fuera lo suelta, casi lo lanza, la chica ha tropezado con algo o la han derribado de algún modo. Vann cae sin poder protegerse con las manos. Escucha un chasquido horrible dentro de la cabeza cuando golpea el suelo con el mentón, pero apenas es capaz de percibir el impacto. Su cuerpo es una unidad indivisible de dolor. Ha sido un Brigada, corpulento y furioso, que no sabe de dónde ha salido y que primero golpea sin miramientos a Denna y después le golpea a él. Están por todas partes.

—¡Encontradlos a todos! ¿A qué esperáis?

Zaaren, el Águila Blanca, ahora se le acerca con paso regio.

—Ratas —dice—. Animales. Asesinos. Cobardes. —Le señala mientras se acerca profiriendo insultos con voz grave—. Traidores. Todos. —Ahora que está cerca ve que Zaaren tiene un corte largo que le va de la ceja a la mejilla, tan rojo como su cabello, como el fuego de los Caballeros y como sus ropas. Le agarra del cuello, tira de él, le ahoga—. Cómo os atrevéis...

Le cuesta respirar, ya sea por el agarre de Zaaren o por esas punzadas de pura agonía que brotan de su brazo aplastado. Escucha cómo Zaaren sigue hablando, pero le cuesta entender sus palabras. Está perdiendo el conocimiento. Eso estaría bien. Si pierde el conocimiento lo más probable es que deje de dolerle tanto...

Vann solo ha cerrado los ojos durante lo que cree que ha sido un momento. Algo le ha dado un golpe, casi chillar cuando ese brazo que no es un brazo, sino un apéndice inútil y una fuente de sufrimiento, se le resiente. Resulta que el golpe se lo ha dado un cuerpo que cae acurrucado a su lado. Ahora ya sabe que se ha quedado inconsciente más que unos pocos segundos. Otro cuerpo se derrumba cerca seguido de dos más entre gemidos de queja. Y los conoce. Los conoce a todos. Tenían que haber huido. ¿Por qué no han huido?

Sábado, 24 de octubre.

Mausoleo Indrasil. 9.48 de la noche



¿Por qué no han huido? ¿Por qué?

Quizá sea una suerte que a Kástor no le salgan las palabras. No palabras, un grito que si lo comenzara no lo acabaría nunca. Porque entonces le habrían capturado a él también y le aterroriza. O va más allá. Del terror. Cuando salieron a defender su calle. Con Enzo, fue muy valiente. Inconsciente también. Pero Zaaren estaba lejos. Sabía que no podía alcanzarle. Pero ahora está. Se los llevan con ella. A los compañeros de Vann y a Hokulea y a Enzo. A Enzo.

Se agazapa detrás de esos árboles. No se ha movido desde que decidió no participar de todo eso. Desde aquí les ha visto dejar fuera de combate a los Brigadas uno por uno. Todo iba bien, incluso sin él.

Ahora un pensamiento doloroso le asalta. Y si hubiera estado con los demás. Si hubiera podido protegerlos. Llega a dar un paso. Se detiene. Retrocede con las manos apoyadas en la tripa. Le duele. Sabe que es por todo lo que está ocurriendo, pura tensión. Siente un calor insoportable en las entrañas. No puede bloquearse ahora. Se niega. No puede. No.

Todo se estaba derrumbando cuando Kástor ha visto a los Brigadas vestidos de negro acercarse. Y él estaba en ese bosquecillo que rodea una tumba antigua.

¿Por qué no han huido? Ha intentado avisarles. Le ha salido un gemido que se ha quedado en nada. Ha intentado acercarse a ayudar pero no ha podido. Eran muchos, cincuenta contra diez, doce, no se acuerda. Ha sido todo tan rápido...

Se los han llevado hacia la entrada de lo que había sido el mausoleo. Allí sigue habiendo centenares de personas. Y más Brigadas, y Caballeros. Ya no les ve.

Está solo.

Da otro paso. Hacia delante. Tiene las manos crispadas.

Está solo, enfadado, asustado. Trata de enumerar las emociones que le corren por dentro y así discernir cuáles son útiles en este momento. Ese desamparo que le está abriendo un agujero en el pecho, no. Ni el miedo. Es valiente. La cólera, en cambio. Cuando deja que le lleve, quizá.

Quizá si respira hondo se le aclara la cabeza.

Se los han llevado pero él está libre.

Se da cuenta de que su cuerpo está preparándose para luchar antes incluso de que él lo haya decidido. Tiene la cabeza gacha y siente el cuerpo tenso. Listo.

Le dijo a Enzo que estaba cansado hace unos días. No quiere que su vida siga sujeta a lo que quieren los demás de él. El abuelo quería convertirle en un soldado. La Guardia quería convertirle en asesino solo por ser de la Familia que es. Zaaren quería que fuera su comandante. Los igualitaristas, por razones distintas, también. Ahora se los han llevado a Enzo. Ahora las acciones de otros lo que quieren es derrotarlo. Otro golpe más. Está tan cansado de que le ocurran cosas malas... Enzo le dijo que merecía ser feliz y estar bien. Y solo no puede. No concibe la felicidad estando él solo.

Kástor ahora ya está fuera de la sombra protectora de los árboles.

Se detiene. Una sombra. Está escabulléndose por la parte de detrás del mausoleo, lejos. Se detiene.

Él no se mueve tampoco. Las puntas de los dedos le comienzan a molestar. Las nota hipersensibles a cualquier roce. Un simple pensamiento suyo y se

inflamarían listas para el ataque.

No cree que sea un Brigada. Se mueven en grupos. Moverse en grupos es lo más inteligente. Es una figura solitaria que, de repente, cambia de rumbo. Hacia él. Cree que le ha visto. Pero si es un Brigada estará preparado.

Kástor mira hacia la entrada destruida del mausoleo. No puede ir allí solo armado con su rabia y rescatarlos a todos. Necesita un plan. La cabeza clara, se dice. Si no un plan, encontrar el momento adecuado.

Y la figura sigue acercándose. Corre. Kástor levanta las manos a media altura. Puede defenderse.

—¡Kástor! ¡Soy yo! No uses Fuego, por favor, porque no solo podrían verlo. Es que ya he tenido bastante por hoy. ¿Kástor?

—Nero.

No está solo.



El Águila Blanca se pasa el dedo índice por la mejilla arrastrando pegotes de sangre seca. Eso es todo lo que han conseguido.

—Alteza.

Le apena tanta destrucción. Levanta la mirada. El mausoleo de los Indrasil es una ruina. Tenía que ser un momento solemne. Ella tenía que emerger de bajo tierra, como si renaciera, mientras la multitud la aclamaba. La multitud, sin embargo, se ha marchado entre gritos. El mausoleo no existe ya.

Volverá a construir otro, igual que otros Caballeros ocuparán el lugar de los que han muerto en la cripta cuando todo ha comenzado a derrumbarse. Lo importante es que ella se ha salvado, que Álek también. Está apartado, asustado por todo lo que ha ocurrido, pero ileso. Dos Caballeros lo custodian. Incluso el Usurpador ha salido de esta.

—Alteza. Quizá lo más inteligente sería... —Archen se le ha acercado para susurrarle otro consejo que no ha pedido. Cubierto de polvo negruzco que ha arruinado el traje que lleva puesto—. Quizá no es seguro que Su Alteza se exponga tanto.

Les odia. Está cansada de ellos, y cada vez más. Está cansada de su cobardía. Incluso este «Alteza» meloso le hace rechinar los dientes. Ni siquiera estaban dentro del mausoleo. Ni siquiera ha visto que hicieran amago de ayudarla. No va a huir. Al contrario, se yergue. Quiere que su imagen fuerte, invencible, quede grabada en las retinas de todos. Que la graben los periodistas que se han alejado pero, aun así, siguen cerca para que todo el mundo sepa que no la han derrotado. Puede que el pueblo, asustado, se haya marchado cuando ha comenzado el ataque, pero los más fieles permanecen a su lado.

—Tengo toda la protección que necesito.

Además, ya no pueden hacerle daño. Están cautivos y derrotados.

Qué banda más triste de seguidores tiene el Usurpador. Strainir, el chico brillante del Liceo, ahora reducido a una figura acurrucada y cubierta de suciedad, una anciana, campesinos y obreros. Sus compañeros del Liceo. Pasa la mirada por todos. Denna Blyzster. Tiene el mentón levantado con orgullo. No le sorprende que esté aquí. Ya se enfrentaron a ella una vez y vencieron. No volverá a ocurrir.

Ah, y Hokulea. No le sorprende. Se le acerca a ella primero. Le da la impresión de que ha crecido. Está distinta. No para de mirar a Vann. Tiene que obligarle a levantar el mentón porque no para de mirar a Vann. Está herida.

—¿Ha valido la pena? ¿Seguirle? ¿Y acabar así?

—No le seguimos, imbécil. Es nuestro amigo.

Ese insulto es inaceptable. Va a hacerle daño, pero Zaaren se da la vuelta. Un rugido escapa de la boca del Usurpador. Había estado tan quieto y ahora se abalanza hacia delante, pero el Águila Blanca lo ignora. Le dedica a Kózel una sonrisa dulce, aunque los ojos se le van un segundo hacia Álek. Sigue donde le

ha dejado, en la misma posición.

—Tendríais que haberme seguido a mí.

—¡Nosotros no seguimos a nadie! —grita de repente la mujer mayor que está entre ellos—. ¡Ni rey! ¡Ni patrón! ¡República! —El Águila Blanca ve con agrado cómo no tiene que ordenar nada. El Caballero que la está sujetando la golpea lo bastante fuerte como para hacerla callar.

La mujer no puede interesarle menos. En cambio, el Águila Blanca desvía la mirada hacia otro de los prisioneros. Está ansioso, lo mira todo con ojos desorbitados. Ahora se inclina hacia él.

—¿Dónde está? —Enzo Baaer la mira como si mirara a un monstruo, con miedo y con odio a la vez—. Mi comandante.

Pero Baaer no abre la boca. Tiene la mandíbula en tensión, se le marcan los músculos, como piedras. Ya no lo necesita. Tiene todo lo que quiere ahora, el poder, un ejército, pero, aun así, fue una humillación perderlo, lo que pasó. Aunque ya no lo necesite, sería maravilloso recuperarlo delante de estas ratas molestas.

Se gira hacia los Caballeros con una mirada interrogativa.

—¿No lo habéis encontrado? No debería andar muy lejos si él está aquí.

Ninguno parece querer contestar, ninguno de los Brigadas que han capturado a esa panda de traidores.

Podría descubrirlo rápido con un toque. Con sujetarlo de esa mandíbula que tiene cerrada tan fuerte que parece que se le vayan a partir los huesos. Y lo hace. Enzo se aparta, pero el Caballero que tiene detrás lo sujeta fuerte de la cabeza.

Por fin abre la boca, pero solo es para decir:

—No. —En un primer momento lo dice susurrando, luego la súplica gana en volumen y patetismo—. No, por favor, no.

Le pone las manos en esa frente sudada que le produce rechazo tocar.

Ahora sí, un rugido le sobresalta. Un escalofrío en la nuca le hace soltar a Baaer y darse la vuelta. Dominio. El Usurpador se está conteniendo, pero no

puede disimular todo ese poder que llama a Zaaren como a una igual.

Ella se vuelve. Cara a cara, iguales y tan opuestos a la vez.

—¡Basta! ¡Déjalo!

El grito de Ascot se pierde por la explanada que rodeaba el mausoleo. El Usurpador no tiene derecho a ordenarle nada. Esa energía que lucha por salir de él sigue pulsando a ojos de Zaaren, pero no le preocupa lo más mínimo. Mientras esté cerca de ella no puede hacer nada.

—Compórtate, Ascot. O veremos quién es más rápido aquí: si tú ordenando a mis Caballeros que dejen libres a los tuyos, o yo ordenándoles que los maten. Compórtate, te digo, si quieres que a tus seguidores no les pase nada.

En el silencio se escucha una risa baja que proviene de los Caballeros que siguen con ella.

La rabia permanece envenenando el aire pero esa energía de Dominio amenazando por salir se apaga mientras Ascot resopla y hace otra intentona por lanzarse contra ella. Le es imposible contener una sonrisa. Casi parece un gesto fuera de lugar dada la situación. Los demás están serios. Los lealistas y la camarilla de Archen se han hecho a un lado. Cobardes. El Águila Blanca se aparta de Enzo. Ya encontrará a Kástor. Tarde o temprano.

No mira hacia las ruinas, sino hacia sus seguidores y a la ciudad que la espera. A lo lejos apunta la cúpula iluminada de su Palacio Imperial. Blanca, un opuesto perfecto a la que yace destruida a sus pies. Allí la esperan. Ya está todo preparado.

—Nos vamos. Traed los caballos. —Con el derrumbe del mausoleo los animales se habían encabritado. Su carroza ha volcado aparatosamente. No es importante ahora—. Álek —le llama.

Parece que él despierte en ese momento. Se queda como abstraído mirando a sus prisioneros un segundo durante el que ella siente una palpitación preocupada en el pecho, pero enseguida se pone en marcha.

—Alteza, ¿qué hacemos con ellos?

El caballero, inclinando la cabeza respetuosamente, señala hacia el

Usurpador y todos los traidores que han intentado acabar con ella.

—Que nos sigan —añade con una mirada hacia Archen y su corte—. La ceremonia no ha hecho más que comenzar.



—No.

Se marchan. Los han atado a los caballos. Tenía uno cuando era pequeño y tuvieron que venderlo porque un caballo necesita muchas atenciones, Kástor, le dijeron. Estos que ve no le gustan. Se llevan a sus amigos. Se llevan a Enzo.

Zaaren va delante con la espalda muy recta, pero lo hace mal. Está rígida. No se adapta al movimiento de su montura. Quizá no sabe montar a caballo.

Kástor vuelve la cabeza. Harán algo. No está solo, Nero se mantiene cerca.

Sabe que Zaaren querría tenerle con ella y se le pasa por la cabeza una idea desesperada. Si se acercara con las manos extendidas a los lados, sin Fuego ni amenaza, le ofrecería un intercambio: él por los demás. Quizá Zaaren lo aceptara. Quizá simplemente le susurrara una orden y él volvería a convertirse en un títere que vería con ojos muertos cómo sus amigos permanecen atados.

No.

Es fuerte. Es listo. A veces se le olvida, como cuando les contó a sus padres que quería estudiar en el Liceo y temió que le dijeran que no podía, que no sería capaz. Ellos le recordaron que era listo. Ahora es su trabajo no perder eso de vista.

—Vamos a. Rescatarlos —susurra—. Vamos a rescatarlos verdad.

No está solo. Eso también se le olvida pero Nero es una presencia tranquilizadora a su lado. Al principio le ponía nervioso, ya no. No sabe por qué pero hay algo en ella, incluso en esta situación, que le da paz. Quizá porque Nero nunca hace movimientos bruscos. Porque habla con voz suave.

—¿Te acuerdas de que en las cinematografías el plan más desesperado siempre es el que acaba funcionando? —Nero no le mira. Tiene la vista fija en los caballos, igual que él—. El más rocambolesco, el plan por el que ni siquiera darías media corona. —Kástor no quiere seguir un plan rocambolesco. Le gusta esa palabra. Suena como lo que significa. Espera que Nero no vaya a decirle que son el tipo de planes que funciona—. Pero no suelen funcionar la mayoría de las veces —afirma para su alivio.

Nero enrolla un mechón de pelo alrededor del dedo índice de su mano derecha. No parece capaz de estarse quieta. Cambia el peso del cuerpo de pie a pie y luego da un paso. Mira hacia abajo, quieta. Hacia el bolsillo del pantalón. Un ruidito metálico indica que alguien le está mandando un mensaje al diario.

—No me gustaría intentarlo —susurra Nero—. Es decir sí. Pero no cuando hay tanto en juego.

Los caballos han comenzado a alejarse. Los escuchan. Kástor, primero su cuerpo y luego él de forma consciente, se mueve en dirección al sonido. No se ve capaz de perderlos de vista.

—Tenemos que ver de qué recursos disponemos, ¿no? Y esos recursos somos tú y yo. ¿Y qué más?

—Lugar —dice él. Nero también se pone en marcha. Se mueven paralelos a la comitiva. Van a ir hacia la Plaza del Parlamento. Allí va a ser la coronación. Va a haber mucha gente. Público. Caballeros. Brigadas. Lo piensa y se le estrecha la garganta. Tienen que encontrar el lugar ideal para actuar. Quizá antes de llegar a la plaza. Un espacio estrecho donde los números no sean una desventaja—. Y tiempo.

—No sé si tenemos mucho tiempo.

Kástor aprieta los dientes. No le gusta corregir a la gente.

—No ese tiempo.

Tienen que elegir un momento idóneo. En el Liceo siempre les insistían en eso. Puede ser la diferencia entre el éxito y el fracaso.

Otro ruidito. El diario de Nero protesta, pero ella lo ignora. Da un suspiro. Dura varios segundos.

—Si hubiera un momento en que no vayan a estar rodeados de gente por todas partes... ni de Zaaren —murmura de repente. Se le abren los ojos.

—Durante la eso. La coronación. —Todas las miradas puestas en ella. Si se llevan a sus amigos hasta allí la atención de todo el mundo estará en otra parte.

El repiqueteo de los cascos de los caballos se debilita. Se alejan por una calle larga. Kástor se da cuenta de que está casi corriendo. Podría caerse, tiene la cabeza vuelta hacia el lugar donde las figuras de Zaaren y los demás se perfilan contra el Fuego de los Caballeros. No pueden acercarse más. Les verían. Hay una calle paralela. Quizá más adelante puedan acercarse a donde pasa el desfile.

Se encaminan para allá, pero Kástor emite un rugido de frustración. Tienen muy poco. No van a poder. Y si no pueden qué. Y si no encuentran el tiempo ni el lugar para actuar y simplemente se los llevan. Si no les vuelven a ver más.

Tiene que pensar en otras cosas. En eso, no. No le está ayudando ahora.

La calle por la que se internan está desierta. Nadie. Se escuchan más vítores a lo lejos. Quizá toda la ciudad haya ido a ver el desfile.

El diario de Nero suelta un tintineo. Kástor ve con el rabillo del ojo cómo lo saca del bolsillo. Espera que no se detenga a leer. No quiere tener que decirle a Nero que qué hace, que no pueden pararse ahora. Se los llevan. Pero Nero corre igual con el diario abierto y sin mirar a la calle. No sabe cómo lo hace sin tropezar.

—Kástor.

Casi ni la escucha. Una manzana de casas está impidiéndoles la visión de lo que ocurre en el desfile y Kástor siente una presión avasalladora en el pecho. Pero corre con la vista fija en la siguiente intersección. Allí podrá verles brevemente, asegurarse de que estén bien.

—Kástor, me acaba de mandar un mensaje Wen. —Wen. Sabe que ella y Nero fueron compañeras de cuarto. No es el momento—. Dice que lo han visto

todo en el orbe. Que cómo pueden ayudar.

Sábado, 24 de octubre.

Antigua Plaza del Parlamento.
10.20 de la noche



Los Cielos le guarden de desearle la muerte a alguien, piensa Brynn entre maldiciones, pero ojalá hubiera funcionado.

Y sabe que no es el único que opina lo mismo. Ha visto expresiones de júbilo disimulado entre la gente que le rodea cuando han visto, a través de la gigantesca Ilusión que hay en el extremo sur de la plaza y que transmitía todo lo que sucedía en el Mausoleo, que comenzaba el ataque contra el Águila Blanca. Y después de una decepción tan sutil que cree haberla imaginado cuando, tras el derrumbe y el caos, esa maldita megalómana ha salido de entre una nube de polvo negro prácticamente ilesa.

—¿Qué cree que va a ocurrirles? —susurra contagiado por el ambiente que le rodea, extrañamente silencioso. Y no es un silencio solemne, el que se esperaría por ejemplo durante una ceremonia de coronación. Es un silencio dolido, como si mucha gente quisiera gritar y no se atreviera.

—Dudo que vaya a ser nada bueno.

Elera frunce los labios sin apartar la vista de la Ilusión. No le ha quitado los ojos de encima desde que han encontrado un hueco en uno de los extremos de

la plaza. Ha costado. Por aquí se supone que va a entrar la comitiva.

—No, la verdad es que no.

Por lo menos hay uno herido. La imagen es de mala calidad y está grabada desde lejos, pero poco más se les puede pedir a los trabajadores de la Orbevisión de Nylert, si apenas han tenido unos días para prepararlo todo. Si su Serenísima Majestad el Águila Blanca quería que retransmitieran su ascenso al poder, duda que estuvieran en posición de andarle con requerimientos técnicos. Aun así, cuando ha empezado todo, se ha llevado una sorpresa al descubrir que entre esos temerarios que han perpetrado el ataque, había unas cuantas caras conocidas.

Esos espontáneos que hicieron saltar por los aires su plan de hace unas semanas, antes de que se fuera todo al cuerno, parece que se lo habían preparado mejor esta vez, pero han fracasado igualmente. Y entre ellos está, oh sorpresa, el esquivo Heredero, el auténtico, el hijo de Asgard el Zorro.

Al verlo, Brynn ha pensado en ese dormitorio de la mansión de los Indrasil con la pared cubierta de fotografías coloridas y las marcas de golpes en la puerta. Hace días, desde que el chico salió a la luz, que escucha rumores sobre si el Heredero estaría de parte de Zaaren Kelsryn, pero lo duda, oh, sí lo duda. Si lo estuviera, no habría tenido que salvarles el pellejo a él y a un par más en el Liceo dos años atrás. Lórim Hérshel, dijo que se llamaba.

—Quizá... —«... ahora su hermana ya se habrá enterado del tipo de extraescolares que hacen sus alumnos». Eso es exactamente lo que iba a decir pero se muerde la lengua tan fuerte que se hace daño. Después de la destrucción del Liceo sería de mal gusto, incluso para él. Elera le mira, esperando un final de frase que Brynn improvisa—: Quizá habríamos tenido una oportunidad.

—¿Quién la habría tenido? ¿Nosotros? ¿Ha cambiado de opinión?

—Era uno de esos plurales hipotéticos. —Porque, desde luego, no ha cambiado de opinión, aunque algo se le ha removido dentro cuando ha visto el ataque—. No lo sé. Ahora da igual. Ha salido de esta. Lo siento por ellos —

añade señalando con el mentón hacia la imagen que sigue ocupando gran parte del lado sur de la plaza.

Allí, sobre la fachada de la sede del Banco Central de Nylert, un edificio de piedra clara coronado con un frontón triangular, las imágenes de la comitiva siguen transmitiéndose. Delante va Zaaren Kelsryn a caballo, rodeada de una guardia de honor. Detrás, sus prisioneros. No son nada más que eso. Derrotados y uno, por lo menos, malherido. Tras ellos van Reggar Archen y su camarilla de políticos del Partido Tradicionalista, que tiene muchos números de convertirse en el único partido político que quedará en el país, personas vestidas de gala y de paso orgulloso. Cerrando la comitiva, un grupo abigarrado de gente de todas las edades portando banderas y símbolos para que Su Alteza se sienta bien acompañada.

Por el paisaje de fondo que aparece en la Ilusión, están a un par de calles de distancia todavía. Entonces entrarán a la plaza. Hoy parece un lugar distinto. Las fachadas apenas se ven, ocultas tras una docena de telas rojas con el símbolo de Dominio en el centro.

Incluso han traído una banda de música, quién sabe de dónde. Cada vez que las filmadoras les enfocan los músicos parecen aterrorizados.

Y luego está ese mamotreto horrible que han construido en medio. Hasta aquí llegará la comitiva. El baldaquino está acabado. Han erigido en un tiempo récord una plataforma de piedra coronada por cuatro columnas que sujetan un tapiz bordado con la bandera Imperial, aguilucho incluido, no se lo fueran a olvidar. En medio, un pedestal y sobre él, la Maldita Corona, porque Brynn solo puede pensarlo en mayúsculas. Se suponía que se había quemado con todo lo demás hace veinte años, pero ahí está: una banda de metal brillante con piedras del tamaño de una moneda de dos coronas engarzadas y dos alas de oro blanco desplegadas hacia los lados. La idea es buena, pero todo el conjunto es un espantajo aparatoso y con pinta de ser muy poco ergonómico. El viejo Asgard nunca la usó.

Brynn vuelve a mirar la Ilusión. Le duele el cuello de levantar la cabeza.

Están ya a una manzana de casas. La gente que está en la plaza, igual que ellos, lo sabe. Y los Brigadas que vigilan el perímetro y los Caballeros, como manchas rojas entre la multitud congregada, también, porque hacen un movimiento colectivo hacia el centro de la plaza. Da la sensación de que estén acorralando a los presentes.

Entonces, con el rabillo del ojo, Brynn ve algo extraño. Elera también se ha dado cuenta, aunque nadie más parece fijarse. Quizá es instinto de guardia, quién sabe. Un grupo pequeño de Brigadas al lado del Parlamento se está alejando apresuradamente.

—Les habrá entrado prisa por alguna razón —murmura Brynn mientras Elera asiente pensativa.

—Van a perderse la ceremonia. Estarán desolados. —En ese momento, centenares de cabezas se giran hacia una misma dirección. Se escuchan ya los caballos. Elera, sin embargo, no se ha movido—. ¿Eso es humo?

Brynn vuelve la cabeza hacia donde señala ella. No cree que sea casualidad que ese humo esté en la misma dirección en la que se han marchado los Brigadas.

—Ya sé que la había invitado a ver el espectáculo —le dice pensativo a la agente Elera—. Pero, la verdad, eso de las coronaciones no es lo mío. Lo digo por si quiere acompañarme a investigar qué ocurre.



Respira hondo. Le duele el pecho quizá por todo el polvo que ha respirado ahí abajo en el mausoleo y, cada vez que trata de llenar los pulmones, estos se le contraen con un espasmo.

A cada grito de dolor ajeno él reacciona con un estremecimiento de ira.

Tiene que controlarse. Lórim ignora los focos de las filmadoras que, en ese

momento, se centran en él y en sus compañeros, que avanzan detrás. Un enjambre de periodistas lleva siguiéndoles todo el trayecto y, aunque la mayor parte de ese tiempo que apenas ha notado discurrir se han centrado en Zaaren, ha perdido la cuenta de cuántas veces los han enfocado a ellos también. Al enemigo derrotado.

Los han convertido en parte del espectáculo.

El desfile desde el mausoleo de los Indrasil hasta la plaza se le ha hecho cortísimo. Debería ser al revés. Ha sido una caminata larga y penosa donde los gritos esporádicos de la gente colocada a lo largo del recorrido de la comitiva se mezclaban con los quejidos de sus compañeros.

A Lórim se le ha hecho corto el trayecto porque no ha parado de pensar en lo que le ha preguntado Zaaren. No sabe si sería lo bastante rápido o lo bastante poderoso como para imponer su Dominio ahora que han cambiado las tornas y es él quien se siente el cuerpo consumido, y Zaaren está en plenas facultades. Quizá sí. Por pura y simple desesperación, pero ¿podría jugarse la vida (cree que sería la vida) de sus amigos en un cara a cara contra Zaaren?

No. No. Cierra los ojos. La luz de las filmadoras, por fin, se aleja. Va a intentarlo de nuevo. Encuentra el Vínculo con Aura a duras penas y busca, nervioso, la presencia de Denna. Le es fácil encontrarla, cálida y familiar, pero como ya le ha ocurrido antes choca con una barrera impenetrable. Denna no quiere hablar con él.

Trata de girar el cuello agarrotado y ve un atisbo de esas figuras encorvadas que caminan detrás de él. No ha visto ni a Kástor ni a Nero. O no quisieron participar en ese plan que se ha torcido horriblemente o han logrado escapar, y siente un alivio inmenso por ellos. Pero están Denna, Enzo. Vann. Está malherido. Sus quejidos les han acompañado todo el rato, primero a un volumen desgarrador pero ahora son apenas audibles por encima del sonido de los cascos de los caballos, de los gritos de la gente. Y eso es muy mala señal. También ve a Kózel. Kózel, que ha dicho que son sus amigos, no sus seguidores, imbécil. En eso también ha pensado todo el rato que les han

obligado a caminar tras los caballos y cree firmemente que eso es lo que le ha dado fuerzas para seguir. Eso y los empujones. Ahora, uno de los Caballeros que le flanquean le da un empujón que casi le hace caer de bruces contra el suelo.

Lórim sisea. Respira procurando no hacerlo muy profundamente, no quiere que le vuelva a doblar un espasmo. Relaja los músculos de la mandíbula y de los hombros. Si se dejara llevar, habría dirigido todo su poder sobre ese Caballero, que ahora ríe entre dientes. Lo siente burbujear dentro cada vez con más fuerza.

—Vamos. ¡Andando! —El mismo Caballero de antes le vuelve a empujar. Los caballos aceleran el paso hacia un trote ligero y Lórim levanta la mirada buscando la razón para ese cambio.

Reconoce la calle por la que se mueven, una avenida ancha por la que ha pasado decenas de veces antes. Ahí está. El Parlamento, el palacio. Sería imposible no identificar la cúpula iluminada a la luz de esas llamas que bailan a voluntad de los Caballeros del Águila.

Hay muchas personas aquí, apiñadas en las aceras, apartándose al paso de la comitiva. Y en cuanto pasan, muchos se inclinan. A Lórim se le revuelve el estómago.



Kástor cuenta dos, tres, cuatro segundos. Las manos le tiemblan de rechazo. Cinco, seis. Aprieta los dientes. Cuando cuente diez va a levantar la cabeza. No pensaba que le costaría tanto hacer esa reverencia. Ya ha hecho más de las que debería en toda su vida. Ya fue un siervo una vez. Nero ha tenido que tirar de él hacia abajo. Lo ha hecho con cuidado, agarrándole solo de la ropa.

Diez. Kástor se yergue a tiempo de ver cómo Zaaren y su guardia de honor

pasan de largo y llegan al final de la avenida. Los Caballeros gritan algo. No entiende qué. Se han mantenido apartados. Están pegados al límite de la plaza. Hileras y más hileras de personas les separan de los caballos. La misma imagen, las mismas voces, se repiten en esa Ilusión gigante que flota junto al Parlamento, pero que suena con interferencias.

Los demás se incorporan también, un poco más tarde que él. Han tenido más paciencia.

—Vamos a esperar —dice Nedia Vorak en voz baja. Quienes la escuchan susurran sus palabras a los oídos de sus compañeros que están detrás—. Tendremos más posibilidades de actuar luego. Lo más seguro es que les lleven a alguna de las oficinas de los Brigadas cuando toda esta farsa acabe. Paciencia.

No están solos Nero y él.

La profesora Vorak ha dicho esa palabra antes. «Paciencia.» La profesora Nedia Vorak también formaba parte de ese plural que decía Wen. Y Syama y Khari. Dhalik, pálido. Tiene cara de muy enfadado. Erss Thienn y Pymar Dinn. De los demás no sabe el nombre. Kástor, aún en cuarto curso, no conoce a mucha gente del Liceo por el nombre. Se han ido uniendo a ellos, como si fuera casualidad, un grupo de gente que va en la misma dirección y basta. Ha dicho Wen, breve, que han visto lo que ha ocurrido. Que han comenzado a contactar los unos con los otros. Incluso la profesora Vorak, sí. Está muy enfadada con ellos y que si les rescata ya les echará la bronca. Todos.

Desde que han llegado, cada vez que Kástor los mira, la garganta se le cierra, los ojos le lloran.

La primera vez que le ha pasado se ha asustado. No podía permitirse un bloqueo. Luego se ha dado cuenta de que lo que le estaba abrumando era gratitud. Un sentimiento extraño, la gratitud. Porque duele, aprieta tanto en la garganta y hace llorar, porque es embarazosa e incómoda.

Nero tira de él. Acaba de ocurrir algo frente a ellos, en la comitiva.



—¡Más rápido! —chilla otro de los Caballeros, una mujer de voz rasposa.

Lórim fuerza las piernas a que aceleren el ritmo, no quiere ganarse otro empujón que quizá sea el que lo mande al suelo, pero escucha en rápida sucesión un gruñido detrás de él, una maldición, el sonido de un cuerpo golpeando los adoquines de la calzada y un chillido asustado que cree que es de Kózel.

Le duela o no, le empujen o no, Lórim se gira.

Vann está en el suelo, ha caído de lado con el brazo que tiene destrozado y una expresión de dolor que va más allá de lo que parece posible. A Kózel, que luchaba por acercarse a él, la derriban de un golpe brutal coronado por una llamarada. A Enzo lo retienen entre tres. Los demás miran horrorizados. Y él no puede más. No es una gota que haga colmar el vaso, lo hace derramarse, explotar. La necesidad de hacer algo le surge de dentro como una fuente termal y Lórim abre la boca mientras todo a su alrededor se oscurece, las personas se reducen a meras formas de luz y sombras.

Va a detener esto.

Una oleada de energía más poderosa que la suya, muchísimo más, lo llena todo.

De repente todas las consciencias a su alrededor parece que se apaguen.



Prácticamente puede ver cómo la voz de Zaaren, y no solo su voz, su voluntad, se cuela dentro de las demás y las hace suyas. Ponen a Vann en pie sin miramientos tirándole del pelo, de la ropa, y no solo lo hacen los Caballeros. También Enzo, Denna, Kózel, la mujer del cabello plateado y todos los que han sido capturados se lanzan hacia delante convertidos en una amalgama de brazos, piernas y expresiones muertas que tira de Vann para que se mueva.

Cuando Lórim se gira hacia Zaaren ella le está mirando con una sonrisa satisfecha.

—¿Ves? —El caballo en el que está montada hace amago de encabritarse y la expresión altanera de Zaaren se pierde durante el tiempo que necesita uno de sus Caballeros para sujetar al animal por las bridas. Otro se planta frente a los periodistas, que no se veían dispuestos a dejar pasar ese pequeño incidente—. ¿Ves? —repite con voz engolada—. Esta vez no puedes ganar.

Zaaren no dice nada más. Le da la espalda mientras sus palabras todavía retumban dentro de la cabeza de Lórim y espolea el caballo que entra en la plaza dando relinchos aterrorizados mientras la gente se aparta a su paso.

Él tiene que moverse para que los que vienen detrás no lo arrollen. Todavía siente la marca pegajosa, asfixiante, de Dominio en ellos, aunque se está desvaneciendo rápidamente. Avanza. Deja atrás la avenida. En el momento en que se encuentra en el espacio abierto de la plaza se queda sin aliento, las orejas le burbujan como si de repente hubiera habido un cambio de presión en el aire.

De pronto hay una explosión de sonido a lo lejos. Alguien está tocando una tonada de aires militares, pero las notas son vacilantes y un tanto desafinadas.

Lórim levanta la cabeza. Por encima de la multitud que baja la cabeza, es fácil atisbar en las escaleras del Parlamento, una banda de música.



Kástor ha visto lo que ha hecho Zaaren, lo han visto todos. La gente ha aguantado la respiración mientras el Águila Blanca demostraba su poder. Kástor odia ver a sus amigos convertidos en títeres. Él estuvo así durante meses. No quiere lo mismo para ellos. Una urgencia animal le lleva a moverse, a avanzar apartando a la gente, pero una mano le detiene. Nero otra vez.

—Ahora, no.

—Pero.

—No vas a ir ahí y pelearte con todos para rescatarles. —Wen interviene. Está pálida, lleva el cabello rubio recogido. Es Fuego como él porque no todos son malos. Solo son gente. Y la gente ya se sabe. Esa llamada a la calma sin embargo le quema por dentro—. Todos tenemos ganas, Kástor. Pero la profesora Vorak ha dicho...

—Olvídense de lo que he dicho. —La profesora se muerde el labio. Mira de reojo a Kástor y luego a la comitiva de la coronación—. Vamos a acercarnos.

No me gusta estar tan lejos, podría ser necesario intervenir.

Eso es un mal presagio. La paciencia ha quedado olvidada.

Avanzan. Tienen que hacerlo con cuidado porque son muchos. No quieren que se les vea moverse entre la multitud.



Todo ese espectáculo, las filmadoras, esa fachada que Zaaren ha montado para escenificar su toma de poder, si no fuera tan horrible, si no estuviera herido y desesperado, todo le parecería terriblemente ridículo.

Más gente se inclina a su paso. No al de ellos; al de Zaaren y su escolta. Algunos enarbolan banderitas con el escudo imperial impreso, pero, aquí y allá, Lórim ve expresiones que no son de adoración. Algunas son serias, siguen a Zaaren con la mirada entornada, llena de resentimiento. Ha venido todo el mundo, los que apoyan a Zaaren y los que no. Quizá sea cierto eso que dicen: que los blydenses nunca dejan pasar un buen espectáculo.

Cada vez están más cerca de esa estructura que domina toda la explanada. Piedra blanca con cuatro columnas, un tapiz rojo cubriéndolo todo, una corona sobre un pedestal. Todo apunta a que van a estar en primera fila de la ceremonia. Se lo dijo, ¿verdad? Zaaren dijo que él iba a tener un papel en todo eso.

«Lórim.»

La voz es tan suave que apenas la escucha. Cuando Lórim intenta que su Vínculo con Aura tome fuerza lo único que consigue es que una avalancha de pensamientos que provienen de toda la gente que les rodea le golpee en medio de la frente.

«Ahora sí. Era mejor no hablar antes.»

Ahora sí. Claro.

La voz de Denna pasa desapercibida por entre la de todos los que están en la plaza y de eso se trata. Nadie debe escucharles, ni Zaaren ni los Aura que van al final de la comitiva. Lórim sigue caminando con la vista fija al suelo, aparentemente tan derrotado como antes pero con una pizca, una poca, de luz.

«Lo siento. Lo siento mucho, Denna. Yo...»

Alguien tropieza detrás de él y escucha otro quejido de dolor. Lórim aprieta los puños, pero no puede darse la vuelta ahora.

«Estaban allí, en el Liceo... los Caballeros.»

«Eso lo hablaremos luego. Todo.»

Aún con la distancia y la interferencia de todas esas mentes pensando a la vez, identifica un matiz duro en la voz de Denna.

«Tiene que haber algo que podamos hacer, ¿verdad?»

Lórim tendría que decirle que sí, que siempre hay esperanza. Esa había sido su especialidad, tenía el poder del optimismo inquebrantable, pero no sabe dónde ha quedado eso.

«Zaaren es más fuerte que yo.»

««Zaaren es más fuerte usando Dominio que tú.»»

««¿Y no es lo mismo?»»

No sabe si Denna le da respuesta a eso. De repente los caballos se han detenido y ese cambio hace que levante la cabeza y pierda la concentración por un momento.

El pedestal es mucho más grande de lo que parecía cuando han entrado en la plaza. La guardia de honor de Zaaren, con sus casacas rojas y el Fuego todavía envolviéndolos, toma posición alrededor de la estructura. Parecen llamas vivas. Con sus movimientos proyectan un resplandor como de sangre, tan intenso que llega hasta los límites mismos de la plaza. Se colocan rectos, encarados a un público que retrocede con las cabezas bajas. La música de la banda se hace más estridente al atacar una nueva marcha militar, demasiado animada para la ocasión. Una trompa desafina sin disimulo.

Uno por uno, los Caballeros bajan de sus monturas. Luego, Álek. Zaaren es la última en desmontar. Cuando sus botas tocan el suelo estira la espalda y da una vuelta sobre sí misma hasta quedar de frente con el holograma de Ilusión que flota sobre el Banco Central de Nylert. Entonces ocurre un efecto extraño, quizá una ilusión óptica producto del ángulo en el que las filmadoras capturan su imagen. Parece que Zaaren, la real frente a él, y su gigantesca efigie ilusoria se examinen la una a la otra y juzguen el aspecto enmarañado de su cabello pelirrojo, las manchas y roturas en su uniforme de general y la piel cubierta todavía de polvo negruzco.

La banda deja de tocar de repente. Quizá estaba planeado y siguen la orden de algún director, pero a Lórim le parece que se han contagiado de un silencio expectante que se ha apoderado de todos. Así, la voz de Zaaren se escucha claramente.

—Subidlos. A todos —sisea mientras, como si no la observaran multitudes, trata de arreglarse el cabello usando su reflejo de Ilusión como espejo.

Eso no debía formar parte del protocolo. Los Caballeros se miran entre ellos. Al otro lado de su campo de visión Lórim detecta movimientos incómodos entre los Aura que cerraban la comitiva. El desconcierto, sin embargo, se acaba pronto. Zaaren se acerca a la gran escalinata que hay a uno de los lados del pedestal. Sube los peldaños rápido, con la espalda erguida, mientras su escolta se apresura a seguirla. Dos Caballeros acompañan a Álek que, por un momento extraño, se gira y mira a Lórim directamente. No sabe por qué lo ha hecho. Su expresión es una máscara neutra.

Lórim avanza antes de que le obliguen a hacerlo.



Ya estaba a punto de llegar. Casi. Si hubiera estirado el brazo, si hubiera avanzado con más ímpetu los últimos metros, habría conseguido rozarlos con las puntas de los dedos. Ahora se alejan. Les hacen subir al pedestal. Enzo va entre ellos, está muy serio, con la mirada baja. No parece herido. Eso es un alivio. Está bien. Están cerca y no le ha perdido. Ahoga un grito. Es fácil, él nunca grita, pero este hubiera sido como una descarga de energía, como un bálsamo, o quizá un modo de canalizar todo lo que siente, un modo seguro de hacerlo para no prenderle Fuego a nadie.

No pueden subir, están fuera de su alcance. No pueden.

—Todavía hay tiempo —dice Wen.

Tiempo de qué. No hay. Tiempo de qué, quiere responder. Qué van a hacer con ellos. Aumenta su desesperación. Tienen que hacer algo. Algo.

Nedia Vorak susurra algunas palabras que no llega a escuchar. Igual que antes, el mensaje se transmite de unos a los otros. Cerrando los ojos, Kástor se inclina para que Nero le hable.

—Vamos a esperar.

Kástor odia esperar.

Están tan derrotados... Lo ha visto en Enzo. Quiere darles esperanza, cualquier cosa para que sepan que están ahí. Que, sea como sea, van a rescatarles.



A media escalinata la escucha. Otra vez, la voz de Denna como una caricia dentro de la conciencia.

«Lórim, he escuchado rumores entre la gente de mi Familia. No están contentos. Es Zaaren. Creen que es imprevisible. Y a esa gente no le gusta lo que no puede controlar.»

Creen que es imprevisible. Lórim, incluso en esta situación, cree que se echaría a reír.

«¿Y qué? Es su problema. Ellos la han ayudado. Gracias a ellos ha llegado hasta aquí.»

Lórim replica dejándose llevar por una rabia que no va dirigida a Denna, aunque lo parezca, y se arrepiente enseguida.

«No me has entendido, no tiene tanto poder, ¿me oyes? Tiene el que los

demás le den...>>

La voz de ella se pierde. Lórim ha llegado, con los huesos ardiendo, a lo alto del pedestal. Necesita pararse, apoyar las manos sobre las rodillas flojas y recuperarse del esfuerzo, pero no puede: Zaaren se le está acercando y él se enerva de puro terror, temiéndose que se haya dado cuenta de que estaba comunicándose con Denna.

—¿Lo ves? —Pero no percibe nada, Zaaren no está usando Aura. Le clava una mano en el hombro y le obliga a girarse—. Están aquí por mí.

Está hablando de esas miles de siluetas que les observan. De la mayoría solo se identifica un perfil, una cabeza asomando entre las demás. Algunos con sus banderitas y otros con sus expresiones serias. Lórim abre la boca. ¿Es eso? ¿Es eso lo único que le importa a Zaaren? Aceptación. Eso solo.

Los demás ya van llegando a lo alto de la plataforma, custodiados o arrastrados sin miramientos. Por algún milagro Vann se mantiene en pie aunque parece a punto de desplomarse. Ojalá viera en ellos un atisbo de resistencia. Lo busca. Ni siquiera Kózel, que ha perdido la gorra, que tiene el cabello enmarañado y sucio, los hombros caídos, parece que tenga ninguna esperanza. No sabe por qué esperaba que ella fuera más fuerte que los demás. Porque lo ha sido, supone, más que él. O al menos siempre se lo había parecido.

De los pies del pedestal arranca un grito que Lórim identifica al momento: es el lema que han adoptado los partidarios de Zaaren, los lealistas. «¡Por el Águila Blanca!», estalla una voz, y otra corea: «¡Por la sangre!», y la última parte, «¡Por el Imperio!», se convierte en una letanía que va subiendo de volumen. A cada grito, que les vuelve multiplicado al chocar con los límites de la plaza, Zaaren parece más satisfecha. No parece darse cuenta de que en realidad hay mucha más gente que calla que los que gritan.

—¿Te han aclamado a ti alguna vez de ese modo? No. Claro que no. Nos quieren, ¿ves? —Y ya no está hablando con él, sino con Álek, que no parece escucharla. Para otros, incluso, que han subido con ellos a la plataforma. A

ellos se dirige ahora Zaaren—: ¿Os habéis convencido ya? Ellos saben que yo soy la única y legítima gobernante de Nylert, y como tal me reconocen. Me aclaman a mí, no a Asgard Indrasil, no a Ascot Indrasil, a mí. —Llevan todos símbolos con el ojo de Aura en la solapa de sus abrigos elegantes menos Reggar Archen, que lleva una aguja de oro y rubíes con el de Fuego.

Son ellos. Son esas familias lo bastante poderosas como para sobrevivir a las purgas y las persecuciones que hubo durante la Revolución. Cielos. Seguramente sobrevivieron a muchas más revoluciones, a guerras, a cambios, adaptándose y limpiándose las manos y el nombre según el régimen político y social, pero siempre los mismos. El poder engendra poder. Son ellos quienes mandaron a Rhian a protegerle el curso anterior en el Liceo, pero está claro que tienen otro Dominio por el que apostar, aunque según lo que le ha contado Denna en esa conversación apresurada, puede que se comiencen a arrepentir. Y más que lo harán, Lórim está seguro.

—Han luchado por nosotros y ahora nos aclaman, ¿verdad?

Zaaren se gira hacia la gente. Su imagen ilusoria, gigantesca, hace lo mismo. Es aterrador.

Los gritos se reanudan con fervor. Entre la gente, brotan pequeñas flores de fuego. Algunas, las que salen de manos más hábiles, toman la forma de un águila en llamas. Pero él ha visto gente con esa mirada dolida, gente que se inclinaba cuando han llegado a la plaza, sí, pero que lo hacía con recelo. Él ha visto multitudes en la plaza manifestándose en contra de Zaaren. Están aquí, lo sabe.

Y ve, ahora, un Fuego que es distinto. No es un águila ni una flor en llamas. Se trata de algo muchísimo más intrincado. Sería una locura pensar que es arquitectura hecha de luz y calor, pero lo es, y esa miríada de líneas durante un instante tan breve que parece imposible, forma una estrella de nueve puntas. El emblema del Liceo.

Sábado, 24 de octubre.

Antigua Plaza del Parlamento. 11.32 de la noche



Era humo. No se habían equivocado Elera y él, no. Humo en la ciudad otra vez. Estos últimos días parece que no haya más que eso. Blyd, la ciudad del humo y de los idiotas.

Por idiotas se refiere a la Guardia. Esta vez no se incluye a sí mismo. Él es idiota algunas veces, no tiene problemas en reconocerlo, pero el nivel de estupidez de la Guardia, su guardia, su remaldita Guardia, en la que se ha dejado media vida, le parece cosa de otro mundo.

El humo proviene de una barricada en llamas. Las barricadas, en su manual, suelen ser la defensa última del ciudadano indignado y detrás de la barricada hay un montón de niños. Es decir, son estudiantes universitarios. La batalla se está llevando a cabo frente al edificio de la universidad, pero niños al fin y al cabo.

Y al otro lado de la barricada, atacándola, está la dichosa Guardia. No le entra en la cabeza que alguien de los suyos se haya prestado a hacerle el trabajo sucio al Águila Blanca y a los lealistas.

Que también es suerte, la verdad. Esos Brigadas a los que habían visto

abandonar la plaza también están allí. Gracias a los cielos no han intervenido todavía, porque serán idiotas, pero los guardias por lo menos no atacan con intención de matar a nadie, solo de herir.

—A Su Majestad el Águila Blanca le va a dar una úlcera cuando se entere de que le están montando un baile al mismo tiempo que su coronación.

—Ojalá —le responde Elera. Está alerta. Tiene las cejas ligeramente levantadas en una de esas expresiones que dice que está maquinando algo. Brynn está a punto de preguntarle cuando, de repente, ella le sujeta por la solapa del abrigo y lo obliga a apartarse. Está llegando más gente de uniforme y ellos, junto a una veintena de curiosos, están en medio de su trayectoria.

La Guardia pasa por su lado formando un bloque compacto, a paso de marcha. No sabe quién ha sido el iluminado que les ha hecho ir así porque nunca han sido un cuerpo militar. Si hasta lo dice el nombre: Guardia cívica. Quizá por eso van todos a destiempo, los desfiles militares no son lo suyo.

El que peor lleva el ritmo de todo el pelotón, un chico alto y con gafas cuadradas que pone cara de concentración absoluta, no sigue avanzando. La causa más probable es el brazo de Brynn que se acaba de interponer en su camino.

—¡Detective!

—¡Blumersett! ¿No le da vergüenza?

El chico se pone rojo, espera que sí.

—Son... órdenes, detective.

Tendría que darle una charla, larga y tranquila, sobre esa cosa que pasa con las órdenes, que tienen derecho a desobedecerlas si les parecen injustas o contrarias a su propia conciencia. Si incluso está en el reglamento de la Guardia, Cielos benditos.

Escucha resoplar a Elera, pero no tan fuerte como resopla él.

—A ver. ¿Qué está ocurriendo aquí?

De la barricada queda poco más que cuatro maderos ardiendo, pero no parece que los estudiantes tengan intención de retroceder. Qué panorama más

distinto al que había en la Plaza del Parlamento. El detective se debate entre alegrarse de que los universitarios estén resistiendo y horrorizarse al pensar en que, dentro de nada, los Brigadas podrían ir a por ellos.

—Son... —Blumersett titubea. Tiene la vista puesta en el resto de los guardias que ya han llegado a donde están los estudiantes y se han encarado a ellos—. Nos han mandado a sofocar las revueltas. Han estallado por toda la ciu...

—¿Que han qué?!

—Han comenzado los estudiantes justo después de que hubiera ese ataque contra el Águila Blanca y se les han unido los trabajadores del puerto fluvial y luego unos cuantos grupos en Nuevas Fábricas, y el personal del velorraíl, los metropolitanos —va enumerando Blumersett—. Y... me falta...

Oh, Brynn sabe perfectamente quién falta.

—Yo creo que podríamos intentarlo —le comenta Elera. Ni siquiera le importa que esta vez ella le haya leído el pensamiento.



Están ahí. Los ve. Le ha costado distinguirlos a lo lejos y entre la multitud. A Lórim se le seca la boca en una mezcla imposible: esperanza y a la vez indignación a cada rostro que va reconociendo. Si hasta ve a Nedra Vorak, por todos esos Antepasados de Kózel. Es fácil identificarlos ahora que sabe que están ahí; no dan vítores, no gritan, solo observan el pedestal, les observan a ellos.

—Es un día glorioso —proclama Zaaren. Se mueve por el pedestal mientras los camarógrafos, frenéticos, la siguen. La imagen ampliada docenas de veces abre una boca grotescamente grande, su voz distorsionada se escucha una centésima de segundo más tarde de lo que debería—. Sí. Lo es.

Lórim vuelve a mirar. No debería, no quiere delatarlos, pero, aun así, observa a Kástor. A Nero. Ve una mata de pelo rubísimo y rizado: Wen. Compañeros. Los conoce a todos de nombre, de vista. Profesores y alumnos de un Liceo muerto. Cree que es el único que se ha dado cuenta.

Se arriesgará. Zaaren seguramente esté muy ocupada dando su discurso.

««Denna.»»

—¡Todos los intentos para impedírmelo han sido infructuosos! —chilla Zaaren—. Los ataques, los atentados cobardes solo han servido para hacer más magnífico este día. Delante del pueblo de Nylert yo reclamo el trono. — Por fin se detiene, levanta el mentón para que todos la vean y la escuchen—. Yo soy el Águila Blanca. Solo yo.

««¿Lo has visto, Denna? Están...»»

Calla de repente, aprieta los labios aunque no ha llegado a pronunciar ni un sonido cuando tras un gesto de Zaaren lo mandan de un empujón al centro del pedestal, justo al lado de la peana donde reposa la corona sobre un cojín de terciopelo púrpura.

Escucha el traqueteo de las grabadoras, siente el calor de los focos. Al otro extremo de la plaza su imagen gigantesca hecha de luz e Ilusión se va formando lentamente sobre las fachadas de los edificios. Ni siquiera se reconoce, tan pálido, con los pómulos marcados y los labios llenos de grietas.

—Todos le conocéis a él también —dice entonces con una voz que llena todos los recovecos de la plaza— ¡Aquí tenéis al hijo de Asgard Indrasil! — Ya no hay gritos ni vítores a su alrededor, sino murmullos. Hay dedos que le señalan y cabezas que se giran hacia su imagen ilusoria mientras Zaaren se le acerca—. ¡Ascot Indrasil, ese al que llamáis el Heredero! Pero un heredero,

un rey, habría luchado por vosotros como lo he hecho yo. No os merece. Renuncia. Por vosotros. Por el Imperio. Renuncias —susurra solo para que él lo oiga.

Claro que renuncia. Siempre había renunciado.

Zaaren, entonces, mira la corona.

Eso quiere. Fachada, un espectáculo, una farsa. Como si que él le pusiera la corona sobre la cabeza le diera poder sobre nada.

Aunque se lo daría. Es lo que ha dicho Denna. Dominio, él lo sabe, es limitado como cualquier otra Familia. Zaaren tiene el poder que los demás le ceden.

Lórim mira la corona, y duda.

—Hazlo —gruñe Zaaren entre dientes.

Él nunca quiso ser rey. Zaaren no debería serlo.

No se mueve.

—Solo tenías que hacer algo tan sencillo, querido...

Ocurre todo demasiado rápido. No les da tiempo de prepararse mentalmente, ni para dejar de respirar en previsión de lo que está por ocurrir. Zaaren se gira, cierra el puño derecho mientras, con el izquierdo, señala en su dirección.

Su dedo índice queda apuntado a la hilera de prisioneros. Al primero de todos, una chica joven. Debe de tener su edad, la tez oscura, cabello de rizos apretados y preciosos. Ni le da tiempo a sorprenderse. Dos Caballeros la sujetan, el tercero le pone ambas manos en el abdomen. Hay un fogonazo de luz, un calor que abrasa y, luego, cenizas.

Esa multitud que seguía murmurando se queda muda.

La mano de Zaaren se mueve. El siguiente. Arán, la mujer del cabello plateado, la líder de los igualitaristas, tiene una dignidad que encoge el estómago. Abre la boca. Quizá quería decir unas últimas palabras que no llega a pronunciar. Lórim imagina ese «Salud y República» con el que les saludó cuando la conocieron hace apenas unas semanas cuando fueron a plantar árboles al Templo de Tierra. Quizá algo más reivindicativo, unas últimas

palabras dignas de ser grabadas en piedra. No le da tiempo. Ni a ella a hablar, ni a Lórim a hacer nada más que horrorizarse. Una nueva oleada de calor recorre el pedestal mandando una lluvia de cenizas hacia la gente que espera abajo.

—¿A ESO ES A LO QUE QUERÉIS SEGUIR?

Hay tanto silencio que la voz se escucha perfectamente. Llega hasta el final de la plaza, rebota y regresa convertida en una docena de réplicas fantasmagóricas.

—Denna, ¿qué haces? —susurra Lórim, para sí. ¿Qué hace? ¿Qué hace? Si ocurre algo, se dice Lórim, si ella es la próxima a la que ese dedo afilado va a señalar, él...

—¿A ALGUIEN QUE MATA SIN PIEDAD Y SIN JUICIO? ¿POR CAPRICHOS? — Denna se agita retenida por dos Caballeros, que tienen serios problemas para mantenerla quieta. No le tiembla la voz como siempre le ocurría al hablar en público en el Liceo y está mirando, está hablando directamente a Reggar Archen, a todos los Aura que están sobre el pedestal con ellos—. ¿A ELLA LE HABÉIS OFRECIDO EL PODER? ¿TAN VALIOSO ES LO QUE OS HA PROMETIDO? ¿Y CUANDO SE CANSE DE VOSOTROS? ¿QUÉ LE IMPEDIRÁ MATAROS A VOSOTROS TAMBIÉN?

Denna acaba la frase jadeando. La mirada de Lórim va de ella a Zaaren, que está quieta. Es una inmovilidad que no le tranquiliza, porque es de rabia. En cualquier momento puede convertirse en otro gesto que señale a Denna, que la condene. No lo va a permitir. Se preguntaba antes si sería lo bastante rápido. Lo bastante poderoso. Ahora tiene que serlo.

—¿Qué me lo impediría? —Todo está tan en silencio que, aunque Zaaren ha hablado apenas en un susurro, la escuchan igualmente—. Nada.

Da dos pasos largos.

Lórim ve el error de Zaaren en los ojos de los Aura.



El cuerpo le pide toser, pero aunque le arde la garganta, Kástor no se deja. Los músculos del cuello se le contraen, un espasmo. Otro. El pecho se le agarrota y le lloran los ojos. No quiere llamar la atención, pero ha respirado las cenizas. Apenas unos segundos antes han sido una persona.

Él tiene su parte de la culpa. Por mucho que todos le digan que no, que fue solo una víctima más, les enseñó y ahora las cenizas le llenan la garganta y tiene ganas de vomitar.

Dos muertos.

La sola idea de que pueda haber más, que el siguiente sea uno de sus amigos, que sea Enzo... Con esa idea en la cabeza podría incendiar el mundo.

No sabe si el abuelo estará viéndolo todo por el orbe. Lo están retransmitiendo, puede que sí. Puede que, sentado en su sillón de siempre, inválido y enfermo, se sienta satisfecho. Al fin y al cabo, esto es lo que él quería. Que las llamas de los Caballeros no se perdieran en el olvido.

Entonces Denna se pone a gritar.

A lo lejos sigue habiendo sonidos de una batalla.

—¿Qué está haciendo? —musita Nero meneando la cabeza. Tamborilea los dedos contra el muslo.

Están tan cerca los unos de los otros que cualquier movimiento se transmite de cuerpo en cuerpo. Nedra Vorak está avanzando entre ellos. A cada paso se detiene para susurrar algo al oído de aquellos con quienes se encuentra. Llega a su lado.

—Si esperamos mucho más —Kástor tiene que inclinarse para escucharla—, no nos quedará a nadie por salvar. Vamos a hacerlo a su manera, Graadz.



Los Aura están asustados. Apenas se mueven, como si formaran parte de la decoración del pedestal igual que las columnas del baldaquino, el tapiz que lo cubre y la peana con una corona expuesta, pero está seguro que han intercambiado unas cuantas miradas rápidas.

—Ya veis lo valiosos que sois para ella —sigue diciendo Denna. La ve parpadear. Dentro de su cabeza Lórim siente esa presencia tranquilizadora. Mientras habla con la cabeza muy erguida, está intentando decirle algo, aunque sea sin palabras—. No sois aliados. Sois un medio para conseguir un fin. ¿Por qué la habéis ayudado? Ni siquiera es la heredera legítima. El legítimo heredero del trono de los Indrasil está aquí, delante de todos vosotros... y ella lo sabe. Lo sabes, ¿verdad, Zaaren? —Le habla a ella, pero está mirando a Lórim con una intensidad desesperada. ¿Por qué le señala, por qué lo está exponiendo de esta manera?—. Y por eso lo tienes aquí, inmovilizado como a los demás.

—Cómo te atreves... —Zaaren, enloquecida, hace un gesto. Los Caballeros sujetan a Denna, dos por los brazos, un tercero se coloca delante de ella.

No. Que pare. Que pare ahora mismo.

Lórim aúlla de rabia, se echa hacia delante y a cambio recibe un golpe en el costado que lo derriba. Alguien se mueve cerca, y es alguien que no habla, que a veces parece que ni respire, que no esté allí. Y por eso es tan extraño y todo se paraliza, todas las miradas se centran en él.

—Ya basta. No lo hagas. Basta, Zaaren. —Álek. Ni siquiera recuerda haberle escuchado hablar jamás. Álek Rádick tiene una voz suave y triste—. Basta de muertes. Son demasiadas, demasiadas... toda esa gente, Koem, esa anciana, Nymar..., Sammler... —Álek, como si ese último nombre que acaba de pronunciar le produjera un dolor físico, se gira entonces hacia Reggar Archen, portavoz del Partido Tradicionalista, y añade—: Lo siento tanto... No

quería, no queríamos...



Lórim la ve flaquear. Y claro que flaquea. Por Álek, sí. Le detecta una vacilación, un temblor en la voz mientras alrededor de Zaaren todo se llena de esa mancha negra de Dominio. Y no es solo él quien lo ve. Los Aura que les rodean, encima y a los pies del pedestal, esos que Denna ha acusado de haber ensalzado a Zaaren a cambio de un poder y un respeto que ella no les dará, incluso toda la gente, aunque no puedan verlo como lo ven ellos, saben o deben saber que algo está ocurriendo. Están exponiéndose aquí, delante de todos. Se ha montado un escenario para tomar el poder, pero le falla, le falla, lo ve en las miradas y en ese silencio que se ha hecho omnipresente. Y lo ve

en Denna. Otra vez siente ese empujón entre las sienes. Más fuerte, con más intención.

—Yo soy la heredera legítima. Yo —dice Zaaren. Y lo dice ella, con su voz chillona, tan distinta a la que usa cuando trata de mostrarse como el Águila Blanca.

—Tú no eres nadie. —Esas palabras le han salido a Lórim sin pensarlas.

Nota una presión enorme en la cabeza como si centenares de mentes estuvieran fijándose en él.

Zaaren ya tenía el poder. Lo había tomado por la fuerza, pero quería más. Eso es lo que le dijo en esa celda oscura donde le han tenido encerrado, ¿verdad? Se la imagina, una niña que sobrevivió al incendio y que lo perdió todo de golpe, buscando aunque sea de un modo extremo, desesperado, encontrar su lugar. Zaaren le dijo que quería una fidelidad sin dudas, quería ser la reina legítima a ojos de todos. Por eso el fasto, la procesión, el escenario, esa corona alada esperándola sobre un cojín de terciopelo rojo, su imagen gigantesca proyectada sobre el cielo de Blyd.

Una imagen que ahora ha cambiado, como si fuera el inicio de algo. Cuando Lórim mira, se ve a sí mismo. Las filmadoras le están enfocando a él. Se trata de un espectáculo, al fin y al cabo.

—Quieres ser una reina y no lo eres. ¡¿Estas son las acciones de un rey?! — grita. Le sujetan, pero él se echa hacia delante. Eso es lo que quería Denna, ¿verdad? ¿Qué le dijo antes? Que los Aura estaban descontentos con Zaaren. Que se estaba quedando sola otra vez—. ¿Son las acciones de un rey o de un tirano? No eres nadie, Zaaren. Una asesina. ¿A cuántos has esclavizado con Dominio? ¿A cuántos has matado para llegar hasta aquí? ¿A cuántos, además de a mi padre?

Es eso. Lo percibe. Un estremecimiento, sorpresa en algunos pocos, pero no en otros, alguna gota de rabia entre los sentimientos de la multitud expectante. Y nota, también, cómo el agarre que le tiene sujeto se afloja. Y nota también otra cosa, un zumbido. Ve a Denna que parpadea, ladea la cabeza. Y Zaaren

también. Ha vuelto la cabeza hacia el grupo de Auras del pedestal y hacia la gente.

—¡Tú le mataste! —vuelve a gritar—. Porque sabías que mi padre jamás te apoyaría. Solo hay un heredero.

Se dirige a todos. A la gente. A Reggar Archen, pálido de furia, y a los suyos. Y sus amigos le están observando también. Kózel, Enzo. Incluso Vann.

—Yo soy el Heredero. —¿Cómo lo hacía su padre? ¿Cómo lograba que con solo su voz el mundo se detuviera? Estira la espalda y el Caballero que le estaba sujetando le deja. Cuadra los hombros. Es un general, es un Emperador—. Os ha engañado a todos. Este país, esta corona, no te pertenece. ¡YO SOY EL HEREDERO! ¿Decís que sois leales a la casa de los Indrasil? Entonces me debéis lealtad a mí.

La voz de Lórim resuena por todas partes. No le parece suya. Es tan extraño... Y entre el silencio que viene después, comienza a sentir un rumor sordo, murmullos, indignación, duda. Hay un grito solitario: «¡INDRASIL!» y no sabe a cuál de los dos están aclamando realmente. A los pies del pedestal, algo se mueve.



Manos. Dos manos tocan las sienes de uno de los guardias que custodiaba el pedestal y este se desploma. Tres más hacen lo mismo casi a la vez.

Kástor resopla. No sabe qué está ocurriendo. Arriba, en el pedestal, Lórim Hérshel parece otra persona. Ha dicho que él es el heredero legítimo. Lo ha gritado delante de todos.

—Vamos, como si con uno no tuviéramos suficiente —escucha mascullar a Dhalik Simmel.

Delante de ellos hay gritos. Arriba, en lo alto del pedestal, también. Kástor

busca con la mirada la figura de Nedra Vorak. Está cerca, tiene los ojos cerrados.

Junto al pedestal hay más guardias que caen.

—¿Sabes, Kástor? —Se gira al escuchar su nombre. Nero se está recogiendo el pelo. Tiene una sonrisa tranquila que se contagia—. Más vale que esta sea la última. Una cosa es que me marchara del pueblo para vivir nuevas experiencias, pero esto es más de lo que esperaba.

Nero sacude la cabeza, quizá para comprobar que el recogido que se ha hecho en el pelo vaya a aguantar.

—Si tenemos una oportunidad, es ahora. La mitad, aquí conmigo. Los demás, arriba. No se les olvide quienes somos —dice de repente la profesora Vorak.

No sabe quién de ellos grita: «¡Libres! ¡Iguales! ¡Justos!». Es una voz entre tantas, pero es el último impulso que necesitaban.

Los Caballeros finalmente reaccionan ante el ataque. Kástor presiente el Fuego antes de que aparezca y rasgue el aire con un siseo. Lo llena todo. Es una energía explosiva, ruge.

Es fácil dejarse llevar. Se lanza hacia delante empujando a quienes encuentra por el camino. No existe mucho más en el mundo que esos escasos metros que le separan del pedestal donde están los suyos.

El aire se incendia, pero el Fuego no le asusta. Cómo va a asustarle si cuando extiende las manos este se doblaba a su voluntad. Si para algo tienen que servir los años que pasó entrenando, si para algo tiene que servir todo lo que puede hacer Kástor, las cosas buenas, pero también, especialmente, muy especialmente, las malas, que sea para esto.



Zaaren es un elemento rígido, inmóvil, como una roca en medio del caos.

«Caos» es la palabra.

Su palidez queda resaltada por el cabello rojo. No se mueve cuando un cuerpo cae pesadamente cerca de ella. Era uno de sus guardias de honor, que se golpea la cabeza contra las losas de piedra blanca, pero no reacciona. Ya estaba inconsciente antes de caer.

Denna hizo esto con él. No le dolió. No sintió nada, salvo que su consciencia se apagaba. Recuperarán los sentidos en unos minutos, pero quién sabe qué habrá ocurrido para entonces. No sabe qué ha hecho, qué ha ofrecido realmente con sus palabras. Se ha presentado como un Heredero que no es, Ascot Indrasil. Le ha costado, le ha dolido mucho y ha cometido tantos errores que ahora sabe que no podrá serlo nunca.

Los Aura no tienen por qué saberlo, claro. Solo ha tenido que interpretar un papel más y ellos han elegido su bando. Ha sido un ataque rápido y coordinado. Es muy fácil coordinarse cuando comparten sus pensamientos. Han comenzado a caer los Caballeros que tenían más cerca cuando se han abalanzado sobre ellos por sorpresa.

A su lado, protegiéndola, solo permanece Álek. Un títere que solía ser Álek por lo menos, tan quieto como ella. Pero Zaaren no se mueve.

No, se equivoca.

Zaaren está temblando. Tiene los puños apretados, la mandíbula cerrada, se le marcan en el cuello venas de tensión.

Se gira hacia él.

Y aquí tienes tu dilema, Lórim, se dice. Casi entiende a Nero cuando habla de Azar, entiende ese momento en que una multiplicidad de posibles caminos se despliega ante sus ojos, y solo tiene un instante, una fracción de una fracción de segundo para elegir uno u otro, porque sabe que Zaaren no va a tolerar lo que está ocurriendo.

Va a usar Dominio. Sobre sus Caballeros, sobre los Aura, sobre sus amigos, y los va a utilizar en contra de él.

¿Quién de los dos es más rápido y más poderoso?

Escucha una explosión mayor que las demás. De repente todo está más oscuro. La Ilusión que estaba retransmitiendo los acontecimientos en la plaza se desvanece cuando el operario de la filmadora pierde el equilibrio y cae al suelo. Todo tiembla, el suelo y las cuatro columnas en las esquinas de la plataforma. Es el estrépito que precede la llegada de una figura envuelta en llamas. Y detrás, otra. Wen, Silena Weneseph, que en un momento recoge el Fuego que la rodeaba y lo concentra en una columna ardiente que derriba a uno de los Caballeros del Águila que se iban a abalanzar sobre ellos. Y Nero. Y Khari con Rayo en las manos y Syama y Dhalik y Nedra Vorak, y docenas, docenas.

Zaaren abre la boca al mismo tiempo que él:



—¡ME DEBÉIS FIDELIDAD A MÍ! ¡AL LEGÍTIMO HEREDERO!

Domingo, 25 de octubre.

Antigua Plaza del Parlamento. 00.17 de la
noche



Siente tanto poder, tantísimo... Son dos corrientes paralelas: una que sale de su interior y se disgrega en decenas (no, ¿cuánta gente ha escuchado su mandato? ¿Centenares?) de hebras oscuras. La otra, opuesta, va de todas esas voluntades secuestradas hacia la suya. Una de las corrientes le está proporcionado un calambrazo indescriptible de placer. Se siente invencible, intocable, enorme. La otra le está drenando el cuerpo de fuerzas a una velocidad vertiginosa y pronto no solo se alimentará de sus energías, comenzará también con sus tejidos, con sus huesos, quizá hasta que no quede nada más.

Lórim ha sido más rápido. Lo de poderoso está por ver.

La batalla sigue en la plaza entre aquellos que no han escuchado su mandato, pero encima del pedestal todo está quieto.

Había sucumbido antes a Dominio, había experimentado antes ese sentirse completamente invulnerable pero nunca antes así. Nunca. Le parece que tiene absolutamente todas las emociones humanas posibles contenidas dentro de la cabeza y también todos los pensamientos; pensamientos que, cree, no son ni siquiera suyos, tantos que podrían hacerle explotar. Tanta gente, tantas mentes,

incluidas las de sus amigos. Si les mirara ahora, cosa que no hace, les vería la mirada muerta. Espera que le perdonen algún día.

Era él o Zaaren.

Lentamente Lórim abre el puño que había cerrado. Mueve la mano ya extendida. Le cuesta. Como si la moviera bajo el agua. Y, como si estuvieran atados a hilos invisibles en las puntas de sus dedos, todos los ocupantes del pedestal se giran.

Zaaren solo tiene ojos para Álek, que ha obedecido su mandato como todos los demás.

—Devuélvemelo... —susurra.

—No es tuyo, Zaaren. Ninguno de ellos lo es. —Una serie de palabras se forman dentro de su cabeza como continuación de esa frase. Son míos, piensa, pero no quería hacerlo. No. Otra vez, no. Lórim parpadea. Trata de encontrarse a sí mismo entre todas esas voluntades que se han vuelto una. No son de Zaaren, no son suyos. Eso es. No debería poderse robar a una persona de ese modo—. Ni esa corona. Ni este país. No nos necesitan, ni a ti ni a mí.

—¡DEVUÉLVEMELO! ¡ÉL ME JURÓ LEALTAD!

—¡Y tuviste que convertirlo en un títere para retenerlo a tu lado!

El grito le duele como si tuviera llagas en la garganta. No sabe cuánto más podrá resistirlo. Zaaren Dominó a casi todo el Liceo durante prácticamente una hora. Su padre llegó a extender su mandato a toda la ciudad durante días, pero para ello sacrificó su cuerpo. ¿Y él? ¿Cuánto aguantará?

No mucho. Y entonces Zaaren podría tomar el control.

Lórim no quiere matar a nadie, ni siquiera a Zaaren.

Cierra el puño.

Se clava las uñas en la palma de la mano.

Tantas mentes bajo su control... Es agotador tratar de controlarlas individualmente. Todas le parecen igual de pequeñas y opacas. Es así como piensa. Un pensamiento crudo que primero le asusta, pero luego se da cuenta de que no es él quien habla. Es el poder. ¿No dicen que corrompe? Pero no es

el poder en sí. Es la impunidad y el saberse intocable lo que hace que los demás parezcan menos importantes. Intercambiables. ¿Es así como se siente Zaaren todo el tiempo?

Tiene que centrarse.

Estaba haciendo algo.

Encontrar las mentes de sus amigos, sí. Sus amigos no van a participar en eso. Ellos, que se queden quietos. No quiere que carguen con eso en la conciencia. Van a hacerlo los Caballeros. Álek tampoco. Eso se lo va a conceder.



—¡Deteneos! ¡Quietos! —Pero el Dominio de Zaaren ya no funciona con ellos. Zaaren lo puede comprobar enseguida cuando, con un gesto veloz, sujeta a Álek por las sienes y lo único que consigue es que ambos suelten un grito desgarrado de dolor.

Lórim no quiere matar a nadie pero qué otra opción le queda. Quizá fue la

única cosa buena que hicieron sus antepasados a lo largo de la historia, procurar que solo hubiera uno de ellos en cada generación.

Intentará que sea una muerte rápida.



Si un mandato tiene que funcionar es este. Le quema, con el grito tiene la sensación de que algo nuevo se le ha desgarrado dentro del cuello pero los Caballeros, ahora que son sus caballeros, se lanzan contra Zaaren. Tratan de sujetarla.

Ella gira sobre sí misma. Tendría que haberlo previsto, pero son tantas cosas... tantos pensamientos le están embotando la mente. Cuando el Aire sale disparado por entre los dedos de Zaaren y derriba a buena parte de los Caballeros, Lórim juraría que siente el impacto en medio del pecho.

Pero tienen que levantarse. «Arriba», les ordena con los dientes apretados. ¿Por qué le duele tanto todo? Se nota las fácciones agarrotadas mientras los Caballeros se ponen en pie, tarde. Zaaren corre entre ellos. Hacia él. Lórim, a la desesperada, extiende la mano derecha. «A mí», ordena, y al instante Reggar Archen y los que le acompañan se interponen entre él y Zaaren. Forman una barrera humana. Puede ser que cada vez le sea más fácil controlarlos a todos y, a la vez, las fuerzas le abandonen.

Zaaren está rodeada. Acorralada, mira hacia ambos lados y hacia el centro del pedestal con odio puro.

—No me lo arrebatrás. ¡Tu padre ya lo intentó una vez! ¡No podrás, ¿me oyes?!

Lórim resopla. Se le escapa, sabe que en unos pocos minutos no podrá aguantar más. Se nota las manos húmedas. Le parece que un material fantasmagórico se le escapa de entre los dedos y aun así tiene que conseguirlo. Resopla. Cuando lo hace, escucha dentro de sí un ruido como de huesos quebrados, pero empuja su poder más allá, más, y los títeres se mueven con energía renovada hacia Zaaren.

Zaaren, que se yergue, que coge de un manotazo la corona alada del Águila Blanca y, en una parodia de ceremonia, se la coloca sobre la cabeza.

Entonces huye.

Es más rápida que los Caballeros y que las órdenes que pueda darles Lórim. Se deshace de las manos que ya comenzaban a sujetarle la ropa y las extremidades. Lórim da un paso con el que descubre que las piernas se le han vuelto de piedra. Se desplomaría si no fuera porque, con una orden, hace que le sujeten. Renqueando, se acerca a las escaleras del pedestal por donde ha escapado Zaaren. Se mueve rápido, una huida nada regia por entre gente que se aparta apresuradamente de su paso.

Quiere que la sigan. Tiene que terminar todo esto. Ahora. Quiere que la sigan. Trata de hablar, pero por mucho que lo intenta no le sale la voz.

No lo ha ordenado, pero los que le estaban sujetando le sueltan. Y no lo ha

ordenado porque, simplemente, se va. El poder que hasta ahora le llenaba deja de repente un vacío que amenaza con succionarlo completamente. Lórim se tambalea, ahora sí se cae. Un golpe violento acaba por mandarlo de bruces al suelo. Álek también se ha escapado nada más quedar libre de Dominio.

Escucha una palabrota. Es Kózel, claro que es ella. No una palabrota, un insulto dirigido exclusivamente hacia él. Escucha quejas y maldiciones.

Escucha la voz de Zaaren, ya desde la base del pedestal, ordenando al pueblo de Blyd que la defienda.



Durante la totalidad de esta, calcula ella, hora y media de mierda que ha pasado desde que los capturaron (porque eso del regicidio es un negocio peligroso, qué esperaban), Kózel ha tenido dos preocupaciones: que Lórim no hiciera alguna estupidez y que Vann no se muriera. A lo primero no ha llegado, pero por algún milagro Vann sigue vivo.

Ahora, cuando todo parece haber acabado y Zaaren huye, Vann se desploma. El cuerpo comienza a fallarle por las piernas, que se le doblan, luego la espalda, el cuello. Ella logra alcanzarlo y evitar que se golpee contra el suelo puramente porque está a su lado. De dónde saca las fuerzas para retener todo el peso de Vann contra ella y, con cuidado, dejarlo en el suelo, eso es un misterio.

—¿Vann? Vann, respóndeme. Vamos. —Él tiene los ojos entreabiertos, pero no parece que la vea—. Eso de morirme entre mis brazos parece que lo hayas sacado de una orbenovela. No me hagas una faena así, ¿quieres? ¡¿Alguien tiene nociones de primeros auxilios?! —chilla levantando la cabeza—. ¡Ahora! —Porque ella tiene, las tienen todos en el Liceo, pero no cree que vayan a ser suficientes. No con ese brazo. Tiene que forzarse a mirar la herida.

Se le seca la garganta y un pinchazo de angustia la atraviesa desde debajo del ombligo. Es una cosa horrible en colores púrpura y rojo, cruzado de heridas y de sangre coagulada.

Pero nadie responde a su petición de auxilio. Qué hacen. Están en el borde del pedestal, todos mezclados, Kástor y Enzo hombro con hombro, Nero, Denna, Auras e igualitaristas. Siguen luchando contra un enemigo al que no puede ver. La única persona que se le ha acercado es la única con la que no quiere hablar ahora.

—Te habías marchado. ¡Te habías marchado y de repente vas y te encontramos aquí metido en este fregado!

No sabe por qué está enfadada con Lórim. ¿Porque pensaba que estaba a salvo? No lo sabe, pero de algún modo tiene que desahogarse, porque Vann tiene una palidez que asusta y está temblando.

—Yo... no pude. Me capturaron nada más salir del Liceo y... —Lórim, al contrario que ella, mira a cualquier parte excepto a Vann, aunque se haya arrodillado a su lado—. Lo siento. Está así por mi cul...

—No. No quiero saberlo —le corta. Saber cómo Vann ha acabado así no cambiará las cosas—. ¿Dónde está Zaaren? Porque dudo poderosamente que se haya rendido, ¿verdad? Vann. ¿Vann? —Le ha parecido que volvía en sí, pero sigue sin responderle—. ¿Verdad? ¿Qué está ocurriendo ahora? ¿Quién más nos ataca?

—Va hacia el Parlamento. —Lórim agita nervioso la cabeza. Por un momento acerca las manos a Vann, pero las aparta rápido—. Ha... ordenado a la gente que la proteja.

Así que no se ha acabado. Zaaren ha huido para luchar otro día. Lástima. Lástima, porque está harta.

—¿Y a qué esperas?

—¿Cómo?

—A qué esperas, melón.

Porque tiene que ver las cosas en grande ahora mismo. Aunque toda su

atención esté en Vann, el mundo no se acaba en ellos dos. No. No ahora. No se va a hundir ni a dejar que nada la paralice. Hay más gente en peligro, gente que, a pocos metros de ellos, son lo único que les separa de todo un mundo de violencia. Hasta ahora, siempre que Lórim había querido enfrentarse a Zaaren, ella se lo había intentado quitar de la cabeza. Se ha enfadado con su amigo innumerables veces, está enfadada ahora, los Antepasados saben cuánto, pero su amigo es más que eso. Él mismo lo ha dicho, es el Heredero, y aunque si ahora pretende que comiencen a hacerle reverencias y a llamarlo «Su Alteza» le va a correr a bofetadas, al final, y que no sirva de precedente, Lórim tenía razón.

Ella no puede cuidar de todo el mundo. No puede evitarles mal. Si pudiera, Vann no estaría como está, muriéndose, Antepasados, por favor, que no se le muera en los brazos.

—Hérshel. ¿Puedes pararla? Nos habría fulminado a todos si no hubieras hecho algo, ¿verdad? —Porque algo ha sucedido, aunque no entiende muy bien qué. Malditos Dominio—. ¿Puedes?

—Creo... Sí. —Apenas le escucha. En ese momento, suena una explosión.

—¿De una vez por todas?

—Sí.

Respira hondo. Solo quiere que todo se pare un momento, los ruidos y los temblores que sacuden la plataforma, para que pueda pensar.

—Pero tienes que llegar hasta ella antes —dice más para sí que para Lórim. Quién se lo habría dicho ese día que Lórim Hérshel la arrolló con esa Sonrisa de Hacer Amigos suya y la dejó idiota desde entonces. Mira a Vann. Se inclina, cerca. Nota la respiración que se escapa de sus labios, un soplo de esperanza entre todo lo que está ocurriendo. Al oído, le susurra—: Tú y yo tenemos algo pendiente. No se me olvida. —Se incorpora otra vez, aunque tiene la sensación de llevar un peso horrible sobre la espalda—. Voy a ayudarte. Tendremos que ayudarte todos los que podamos, ¿verdad?

—¿Y Vann?

Le dedica una última mirada. Vann nunca ha roto una promesa. Es incapaz. Va a aferrarse a eso.

—No va a salir de esta porque yo lo abrace y me quede a su lado. Alguien tiene que llevarlo a los servicios de emergencia o al hospital, cuanto antes. Pero, para hacerlo, tenemos que salir de aquí.

Lórim se levanta, la ayuda a ella a hacer lo mismo.

Claro que le duele separarse de Vann. Como si le arrancaran las entrañas que le duele. Por mucho que diga la abuela, lo único que tiene hecho de piedra es la cabeza, no el corazón.

En el borde del pedestal, los demás luchan. Es una visión aterradora, ahora que se acercan lo suficiente para verlo. Decenas de personas están tratando de subir, ya sea por los escalones de mármol o trepando por las paredes. Todos títeres, todos con esa mirada vacía que tanto odia. Alguno llega a acercarse. Una mujer con un vestido elegantemente bordado casi alcanza la cima antes de que una ráfaga de Aire la derribe, haciéndola caer sobre dos más, dos hombres jóvenes con mono de trabajo.

Cuando llegan, Nero le da la espalda a esa avalancha que se les echa encima, como si no fuera importante de repente, y se coloca a su lado. Sea Azar o no, parece que haya sentido que este sea un momento en el que deben estar juntos los tres.

A los igualitaristas supervivientes, les dice que más les vale cuidar de Vann. A los demás, que se preparen.



Lórim nunca había visto el mar salvo en fotografías o en el orbe hasta que fue con Kózel a sus islas el primer verano del Liceo. Aquellas aguas que parecían infinitas y frías le asustaron. Se metió de cabeza igualmente, y le entró agua

por la nariz. Pensó que se iba a ahogar.

Es la misma sensación. Lórim se va a ahogar en gente. Todo le parece oscuro, pero no por falta de luz, sino por ese Dominio que está por todas partes. Ni es capaz de identificar caras. Aunque lleven ropas distintas, de las lujosas de las clases altas, chisteras y boas de plumas, hasta camisas de puños desgastados, no ve más que rostros que parecen máscaras, máscaras que tapan a las personas que hay detrás, y brazos acabados en manos crispadas que tratan de agarrarlo. Como sea. Con la desesperación que da la ciega obediencia.

Porque Zaaren no quiere ciudadanos, sino súbditos que la adoren y que no la cuestionen, quiere, en realidad, títeres, y va a doblegarlos con sus Caballeros, con miedo y con Dominio.

Un tirón más y teme que vaya a desgarrársele la piel por las costuras. Da un golpe ayudándose con Aire. La cúpula del Parlamento le sirve de guía. Avanza un paso tratando de que su cabeza sobresalga por encima de toda esa marea, pero alguien le tira de la manga de su casaca hacia abajo para que se hunda, para pisotearlo, y Lórim tira con todas sus fuerzas hacia atrás girando todo el cuerpo.

Por un momento pierde toda referencia espacial. No ve ni la cúpula ni la fachada blanca del Parlamento. Solo caras, manos, bocas entreabiertas con los dientes apretados. Ni siquiera ve a sus amigos. Quizá se han perdido. Quizá se han ahogado como teme que le ocurra a él.

No. No. El alivio le embarga cuando identifica una figura menuda, tozudamente plantada a su lado. Kózel no debe de ver nada más que títeres pero, aun así, se las arregla para esquivar golpes y devolverlos con las manos centelleantes de Rayo, Agua, Aire, Fuego, cualquier cosa que le pueda ser útil en cada momento.

—¡Cuidado! —Otra mano le sujeta pero esta es una mano amiga. Nero tira de él justo en el momento en que otro cuerpo, porque son eso, cuerpos sin personas dentro, se lanza sobre su espalda.

Cerca de él una llamarada se eleva hacia el cielo. Kástor. Una luz rojiza lo baña, a él y a unos cuantos más. Enzo, claro que Enzo está a su lado, y otros compañeros del Liceo están a su alrededor. Denna, también. Por un momento, sus miradas se cruzan, pero el contacto se rompe enseguida cuando media docena de títeres se lanzan sobre ella y los que están cerca.

Resoplando, Kástor levanta las palmas de las manos, manda el Fuego en una oleada hacia su alrededor. Eso debería abrirles camino, la gente debería apartarse. Pero no lo hacen. En vez de eso, se escucha un aullido de dolor y apesta a carne quemada. Una figura se prende en llamas e incluso así sigue atacándoles, hasta que Dhalik Simmel la manda al suelo de una ventada. De repente, el Fuego de Kástor se apaga. Lórim le ve la expresión desencajada. Ha roto el Vínculo con su Familia, se está mirando las manos horrorizado.

Quiere gritarle que no es su culpa. El mandato de Zaaren ha sido claro, lo ha escuchado. Les ha ordenado que la protegieran a toda costa, aunque eso signifique que deban saltar de cabeza hacia una barrera ardiendo. Quiere hacerlo, pero no puede, otro golpe está a punto de derribarlo y Lórim tiene que dejar caer todo el peso sobre la pierna derecha y entonces girar sobre sí mismo para no perder el equilibrio.

Ahí está de nuevo el Parlamento. Todavía siente el cuerpo como una piel que le fuera varias tallas más grande, como si fuera algo que le estuviera rechazando como se rechaza un virus. Dominio tiene un precio muy alto y él ha pagado poco. No sabe qué debe estar ocurriéndole por dentro a Zaaren para mantener a tantos dominados. Lórim inspira hondo. Aire, su Familia de elección, responde formando un torbellino a su alrededor.

Un torbellino que gana en fuerza de repente. Una energía que no es la suya se le acaba de unir dando un empujón brutal al Aire.

—Será más rápido así —dice Kózel con el ceño fruncido y el cabello, ya de por sí desordenado, ondeando furiosamente.

Y el viento les ha abierto paso entre tanta violencia. Llegan a los pies del Parlamento con arañazos en la cara, el cuello, las muñecas. Tienen heridas en

todas las superficies del cuerpo susceptibles de ser agarradas, y estas pulsán al ritmo frenético de su corazón. Zaaren está ahí. Ha huido dentro del edificio con su corona y su casaca de general, le espera, seguro.

Solo tiene que entrar.

Rectifica: solo tiene que pasar por encima de los títeres que ocupan la puerta, pero también por el vestíbulo del palacio, las escaleras, inmóviles. Y Álek. Se ha quedado. No sabe por qué lo ha hecho. Ya no está bajo Dominio ni el suyo ni el de Zaaren. De pie, junto a la puerta es uno más de la defensa del palacio.

Lórim entrecierra los ojos. Aprieta los puños, ampliando el radio de acción de un torbellino que les separa de sus atacantes.

—Podemos distraerlos. —Kózel está a su derecha, como siempre ha sido.

—Ya llegan los demás. —Nero está a su izquierda, como debe ser.

No se detienen. Las escaleras están cada vez más cerca.

Un nuevo vendaval les empuja. Aire, se ha demostrado, es el Vínculo más efectivo para apartar a la multitud sin lastimarles y allá aparecen Kástor y Enzo con Escudo en las manos, Denna. La profesora Vorak se mueve a una velocidad pasmosa, cada vez que toca a alguien, este se desploma al instante.

—Son muchos... —musita Lórim. Y ellos son tan pocos...

—¡Da igual! —Un empujón de Kózel le manda todavía más hacia delante. Están atrapados entre la masa de títeres y ese es un muy mal lugar en el que estar—. ¡Déjanoslos a nosotros! ¡Ve! ¡Ve!

El tiempo que Lórim vacila es el que necesitan sus compañeros para pasar corriendo por su lado, directos a enfrentarse a sus conciudadanos para abrirle camino.

Chocan, Familia contra Familia, energía concentrada en docenas de ataques a la vez, de un bando y del otro. Lórim querría quedarse. Lo daría todo por quedarse, por ayudarles y protegerles si hiciera falta, pero Kózel ha sido muy clara y tiene razón: él tiene que seguir. Zaaren es el objetivo, lo demás son obstáculos.

Con un codazo, casi por puro instinto, se deshace de la enésima mano que trataba de retenerle. Empieza a correr él también. Ahora todo es un borrón en la periferia de sus sentidos salvo al gran arco de la entrada y un espacio libre, un corredor entre cuerpos amontonados que han abierto sus compañeros. Las puertas del Parlamento tienen las batientes abiertas de par en par, sus pies pisan una alfombra roja, ahora destrozada en la parte más cercana a la salida. Lo habían preparado todo para la ocasión.

El atrio de entrada al Parlamento da a un vestíbulo con grandes paneles pintados a ambos lados. Al fondo está la escalinata noble, piedra blanca y una baranda de hierro negro con intrincadas decoraciones geométricas. Aquí tampoco han derrochado en decoración, hay flores y guirnaldas, una gran bandera de terciopelo con el escudo imperial cuelga de lo más alto de la escalera. No puede imaginarse una realidad en la que estos elementos festivos casen con toda la violencia que le rodea.

En los primeros peldaños de la escalinata Lórim parpadea dos veces. Apenas registra que uno de los títeres intenta saltar sobre él y es apartado por Syama Vhindiya de un golpe certero. Los colores brillantes del interior del Parlamento se atenúan cuando el Vínculo con Aura le vela la vista. Zaaren no está aquí, pero su presencia es gigantesca, claramente visible. Se encuentra rodeado de una neblina negra, tan negra que se derrama por los escalones como un río, caracolea por la celosía de la balaustrada. Viene de arriba. Allí está Zaaren. Allí irá a encontrarla.

Domingo, 25 de octubre.

Antigua Plaza del Parlamento. 01.20 de la noche



La encuentra en el balcón presidencial con la corona todavía puesta y las manos apoyadas en la balaustrada de piedra.

Quizá no esperaba que la siguiera hasta ese lugar. Lórim no detecta ninguna defensa en ella ni tampoco hay nadie aparte de ellos dos. Quizá no confiaba en que cuando se acabara el efecto de Dominio, porque tiene que acabarse, Zaaren no es tan fuerte, piensa Lórim con esperanza, sus títeres la defendieran con tanto ahínco. Está de espaldas a él mirando a una plaza llena de destellos multicolor. Desde aquí la vista es hermosa, aunque, irónicamente, lo que estén viendo sea algo parecido a un desastre natural.

Sus amigos estarán bien. Seguro. Si lo piensa con muchas ganas, es más fácil convencerse.

Lórim trata de controlar su respiración agitada. Le ha costado una vida subir la escalinata. Seguir el rastro de Dominio hasta aquí le ha dejado la mente como si en vez de cerebro tuviera una esponja mojada. Si abre y cierra la boca tiene la desagradable sensación de tener los dientes sueltos.

—Tu padre decía que eras un cobarde que había renegado de su legado.

Llegué a creérmelo durante una temporada. No está bien mentir, ¿sabes? —La voz de Zaaren le sobresalta. Para ser ella, es extrañamente grave y tiene una especie de matiz de reproche, pero, a la vez, parece calmada. Es como si ahora fueran a tener una conversación civilizada. No se gira para mirarle, pero aprieta más las manos contra la barandilla y se inclina hacia delante—. Me has causado muchos problemas. —Ahora sí, Zaaren ladea la cabeza para espiarle de reojo. La mitad de la cara le queda iluminada por una repentina explosión que viene de abajo y que hace retumbar todo el edificio—. Tendría que haber seguido mis instintos y haberte matado en cuanto supe de ti, el año pasado. Has echado a perder mi ceremonia de coronación.

Como si esa última palabra le hiciera recordar que la lleva en la cabeza, Zaaren se lleva las manos a la corona para asegurarse de que le queda recta. Entonces deja escapar una media carcajada que suena como dos cuchillos oxidados frotándose el uno contra el otro. Acto seguido, el cuerpo se le dobla preso de un ataque de tos incontrolada. Por fin le ve la cara a Zaaren, macilenta, con los pómulos marcados y los labios llenos de grietas, como si se estuviera secando por dentro.

Lórim se da cuenta de que no solo estaba apoyando las manos en la barandilla para admirar las vistas. Se estaba aferrando a ella para no caer desplomada ahí mismo.

Pero todavía tiene fuerzas para, en un momento en que la tos le permite respirar, extender un brazo hacia él y lanzarle una descarga de Rayo tan azul y brillante que, entre toda esa oscuridad de Dominio que emana de ella, duele a la vista.

Le da de lleno. No es un ataque potente, pero le quema por dentro y en cuanto se disipa le deja los brazos y las piernas entumecidos.

—¡Mi ceremonia de coronación! —Parece que el grito, agudo e hiriente, lo haya dado otra persona. Incluso le ha cambiado la cara, de la calma a una crispación llena de odio. Zaaren, con una mano todavía apoyada en la balaustrada, trata de atacarle otra vez, pero el Rayo es más débil y ni siquiera

llega a tocarle—. ¡Me la merecía! ¡Soy su reina! ¡Soy su Águila Blanca!

—¡Deja de repetirlo! ¡Deja de repetirlo de una maldita vez! —Lórim querría taparse las orejas con las manos. Una huida a tiempo le parece cada vez más atractiva—. El Águila Blanca... ¿y qué derecho te da eso? ¿Qué poder te da sobre ellos realmente? ¡No te necesitan! ¡No te han necesitado nunca!

—¡Claro que me necesitan! ¡De verdad eres tan inocente? —Zaaren entonces se da impulso empujando la baranda. Se acerca con paso tembloroso hacia él con las manos extendidas. No sabe qué está haciendo. No logra reaccionar, tan sorprendido como está, cuando Zaaren le atenaza el cuello con la mano y se acerca, mucho. El aliento le apesta a algo corrupto—. Yo les he dado esperanzas y les he ayudado a recuperar el orgullo que les fue arrebatado. Ya pensaban lo mismo cuando yo aparecí. Yo lo hago más fácil. Soy un símbolo. Un catalizador.

—No tienes razón. —Puede respirar. La mano de Zaaren se aferra débilmente a él, más como si quisiera sostenerse que ahogarlo. Trata de apartarla, pero le falta fuerza en los brazos—. No la tienes. Cállate, ¿quieres?

Se está mareando, el cuerpo le duele. Céntrate, Hérshel, se ordena. Muchos la han seguido por voluntad propia, quizá sí. Pero han seguido mentiras. Han pensado que sus problemas eran culpa del vecino, del otro. Pensar así es mucho más fácil y cómodo que buscar soluciones. Y puede que veinte años después de la Primera Revolución (porque lo de hoy ya puede considerarse una segunda) no hayan sido suficientes para curar las heridas. Porque no se habían cambiado lo bastante las cosas, porque siguió habiendo privilegiados y desfavorecidos y el pasado quedó como una cosa enquistada, como una herida bajo una venda que no se cambia nunca.

—Serías muy mal rey, Ascot. Te gusta demasiado la gente.

El asco le da el ímpetu que necesitaba. La empuja plantándole ambas manos en los hombros. No quiere que Zaaren le toque. No quiere estar cerca de ella porque su cercanía le produce un vacío en el estómago de deseo porque, como siempre, como le va a ocurrir el resto de su vida, Dominio le llama y porque,

a la vez, odia, teme y desprecia las consecuencias.

O él ha conseguido reaccionar con más fuerza de la que pensaba, o ella está terriblemente débil. Zaaren cae de costado, acurrucada. La corona alada cae también, rodando por el suelo con un quejido metálico. Al instante se lleva un brazo a las costillas y deja escapar un graznido de dolor.

Todo se vuelve repentinamente claro. Los colores son más brillantes al tiempo que el Dominio de Zaaren se desvanece. No ha podido aguantar más, sea por cansancio o por que se ha roto algo en la caída.

Lórim da un paso hacia ella. Tiene que acabar lo que ha venido a hacer, ¿verdad? Ahora es su momento. Está al límite de sus fuerzas y está sola. Delante de él está la prueba de que no es invencible. No, Zaaren lo parece, que es distinto. Esa ha sido la especialidad de su Familia durante siglos, las apariencias y el humo porque Dominio se cobra un precio muy alto, pero generar miedo sale gratis.

Zaaren abre mucho los ojos. Ya no grita de dolor sino de terror.

Lórim todavía se acerca más cuando se da cuenta de que no está chillando por él. Parpadea. Está chillando por el humo, denso y oscuro, que comienza a llegar desde el interior del palacio.

Lórim se gira a toda velocidad hacia la puerta abierta del balcón. El humo se escapa por ahí como sangre de una herida. Ve un resplandor rojizo al fondo de un pasillo.

—Asesinos... —escupe ella arrastrándose frenéticamente para retroceder—. ¿Qué habéis hecho?



Él no quería. Se le ha ido todo de las manos.

Crear Fuego es fácil. Solo se necesita un ambiente seco, algo de calor y

energía. Lo difícil es controlarlo.

Se han lanzado sobre los títeres que intentaban bloquearles el paso. Tenían que asegurarse de que Hérshel pudiera cruzar el vestíbulo y persiguiera a Zaaren. Eso se lo ha dicho Hokulea y Hokulea, incluso ahora, parece la única que sabe qué hacer.

—¡Atrás! —dice—. ¡Atrás! ¡Kástor! ¿Puedes detenerlo?

Niega con la cabeza. Se han reunido espalda contra espalda todos los que han llegado hasta aquí. Podría intentar reducir las llamas, pero estas se están multiplicando a más velocidad de la que él podría controlarlas. Retrocede igual que los demás. Kózel no le insiste más. Se acerca a él, le obliga a retroceder.

El Fuego devora rápidamente la alfombra de terciopelo que decora la entrada al Parlamento. De ahí ha saltado a las puertas. Luego han comenzado a arder las guirnaldas de flores que había a ambos lados del vestíbulo.

Ha sido él.

—Pero no quería —musita para sí.

Ha dejado al primer títere con el que se ha enfrentado fuera de combate en cuestión de segundos con un golpe que ha sonado a pierna rota. Casi de inmediato Álek se ha lanzado sobre él. Era rápido. Más rápido que Kástor porque se estaba ayudando con Aire. A todos los de su Familia les encanta ese truco. Él ha intentado contar los golpes que recibía, pero perdía la cuenta continuamente.

Además, estaba enfadado. Más que eso. Ya estaba enfadado antes. Lo estaba por todo lo que ha tenido que pasar él, por Vann, al que han dejado atrás herido, por el miedo que ha pasado por Enzo.

No. Cuando ha ocurrido todo, estaba furioso.

Los golpes que le dolían, que le iban dejando más y más aturdido, han empeorado las cosas.

Ha sido tan fácil llamar al Fuego... El ambiente quemaba y la sequedad le raspaba la garganta. Todo estaba lleno de calor a su alrededor. El de los

centenares de cuerpos apiñados en el vestíbulo y las escaleras, el que llevaba él dentro. Ha dado una palmada pero ha mantenido el calor atrapado entre sus manos. Entonces ha dejado que Álek se le acercara más. Ha dejado que se envalentonara. Él ha aguantado cada vez más golpes con los dientes apretados. En ese momento también estaba furioso con Álek. Por no haber hecho nada por ayudarlo cuando el Águila Blanca lo tuvo preso.

Solo en el último momento ha pensado dónde estaba. Se ha dado cuenta de que la mayor parte de la gente que le rodeaba eran solo personas normales. Sin culpa, seguramente. Sin voluntad. Le ha venido a la cabeza ese hombre de antes. Cuando intentaban llegar al Parlamento. La gente siempre se aparta del Fuego. O se protege. Ese no. No se ha fijado en su cara, un hombre quizá de la edad de sus padres. Ha saltado de cabeza a las llamas y el Fuego le ha prendido la ropa y el pelo y la piel. No quería hacerle daño, solo que se apartara.

Ya no ha estado a tiempo de disipar todo el Fuego concentrado en sus manos, así que lo ha lanzado hacia el único lugar donde pensaba que no le haría daño a nadie. Hacia arriba, al techo. El artesonado de madera cubierto de pan de oro ha comenzado a prender enseguida. El resto no ha tardado mucho.

Ahora llueve Fuego sobre sus cabezas. El vestíbulo del Parlamento está lleno de humo.

Retroceden tal y como les ha dicho Hokulea, pero hay demasiada gente. Los títeres siguen atacándoles ciegamente y ellos rechazan ataques una y otra y otra vez. No sabe cuánto tiempo podrán resistir.

Pero no hace falta. Hay un momento en que un anciano se abalanza sobre él y se queda quieto a medio camino. El hombre parpadea como si lo viera por primera vez. Luego mira, horrorizado, al incendio.

Los títeres atacaban en medio de un silencio fantasmagórico. La gente, a medida que se va liberando de Dominio, grita asustada.

Nota un tirón suave en el dobladillo de la chaqueta.

—Kástor, escúchame —susurra Nero.



—¡Ya lo he visto! —chilla Brynn. No debería, pobre Blumersett, que no ha dejado su flanco en todo el rato, no tiene la culpa de haberle dado una información que no quería escuchar—. ¡Ya he visto que el maldito Parlamento está en llamas!

Pensaba que habrían aprendido la lección pero se ve que no. Mientras entran en la plaza dando empujones, ven cómo el edificio arde como lo hizo veinte años atrás.

No sabe si ese horrible olor a quemado es nuevo o son sus recuerdos, que vuelven para atormentarle.

Se gira. Respira hondo. Estas cosas se le dan mal. Mal. Horriblemente mal.

—¡Agentes de la Guardia de Blyd! —Aunque grita, le vacila la voz ante todas esas miradas fijas en él.

No sabe cómo se las ha arreglado para convencerles antes. Estaba muy enfadado y, cuando se enfada, a Brynn se le suelta la lengua. Y tenía razón, eso también. No cree que ese discurso que ha dado frente a los guardias que había alrededor de la Universidad sea uno para enmarcarlo, pero ha dicho todo lo que tenía que decir: que en qué Rayos estaban pensando. Idiotas. Que ellos no se debían a los gobernantes. Se debían a la gente, y que la gente se estaba rebelando legítimamente. Se debían a su ciudad y qué vergüenza, vergüenza, vergüenza infinita que haya tenido que venir él otra vez a contárselo.

—¡Agentes de la Guardia de Blyd! —repite sin que la cosa mejore. Y se rinde—. Encárguese usted, hágame el favor, que hablar en público nunca ha sido lo mío.

Hace horas que no ve sonreír a la agente Elera y resulta que elige este preciso instante para hacerlo. Para su alivio, después de esa sonrisa, Elera da un paso al frente y comienza a dar órdenes. No va a pensar que es porque a los Aura esto del poder les viene de forma natural pero, desde luego, se le da

bien. Manda a la mayoría de los guardias que les han seguido a separar a la gente que se está peleando, a detener a todo aquel que tan siquiera huelga a Caballero del Águila, y a reducir a los violentos. Y los guardias obedecen. Deben de ser decenas, centenares, se les han ido uniendo cada vez más, no solo los que estaban frente a la universidad.

En cuanto la mayoría se han movilizado quedan unos pocos, ellos dos incluidos.

—¿Y nosotros qué hacemos? —le pregunta.

Le cuesta apartar los ojos del incendio. No sabe si hay gente dentro, ni qué ha ocurrido. La última vez huyó sin tratar de ayudar siquiera y se ha arrepentido de eso toda su vida.

Pero esta vez no va a ser igual.

Esta vez Elera dice:

—¡Los que quedan! ¡Al Parlamento!

Parece imposible. Hay demasiada gente y la mayor parte, muy inteligentemente, lo que quieren es alejarse del incendio, no acercarse. Pero lo consiguen. No sabe exactamente cómo. Porque no llegar no es opción, cree Brynn. Y porque la voluntad todo lo puede.

Eso lo habría podido decir cuando arengaba a la Guardia antes y le hubiera quedado un discurso precioso. En fin.

Llegan frente al Parlamento justo en el momento en que una avalancha de gente está saliendo a través de las puertas en llamas. Brynn duda solo un segundo antes de meterse entre las personas que huyen, ayudándolas, evitando que se arrollen los unos a los otros y conservando su propia integridad física en el proceso. Estos gestos no van a ser su redención. Los muertos van a seguir pesando en su consciencia para siempre, pero piensa, con alivio, que no tendrá que añadir más tumbas que visitar el año que viene.

Cree que consiguen sacarlos a todos. Tienen que haberlo hecho. No ve a nadie en el vestíbulo, que ha alcanzado un rojo incandescente.

—Brynn, vamos. —Elera está ahí. Luego negará que sean compañeros.

Le arrastra, aunque Brynn todavía echa una mirada hacia atrás. Le ha parecido ver movimiento, pero no es posible. No queda nadie, seguro.

Elera le obliga a apartarse del Parlamento, no se detiene hasta que el aire es fresco y no les ilumina el resplandor de las llamas. Entonces se dan cuenta de que todo el mundo está mirando hacia arriba.

Sobre sus cabezas se levanta el balcón presidencial. Es una plataforma semicircular que destaca por encima de la columnata de la entrada. Desde allí se proclamó la República veinte años atrás. Desde allí, primero los emperadores y luego los presidentes de la República de Nylert han dado discursos.

En el balcón están apareciendo las primeras volutas de humo. Allí hay dos figuras vestidas de blanco.



No es el mismo fuego. Ella tampoco es la misma. Es fuerte. No es una niña. Zaaren se muerde los labios, se los nota de papel de lija, igual que la lengua. No es una niña indefensa.

Además, el Fuego ya no es su enemigo. Es su aliado y su sirviente. Con Fuego ha conquistado su imperio.

Retrocede. Las costillas le duelen horriblemente, debe de haberse fracturado algo. Una voluta de humo pasa rozándola y, aunque sabe que no es así, lo sabe, siente como si ya la hubiera quemado. Le cuesta respirar. Retrocede hasta que la cabeza le choca contra la balaustrada de piedra blanca.

Asesinos. El palacio vuelve a arder.

Se agarra a la baranda, la usa de punto de apoyo para izarse. El Usurpador también mira el fuego. ¿Se acordará él también? ¿Tendrán las mismas pesadillas?

Ya de pie, Zaaren se aparta de la barandilla. Es una emperatriz, es una reina, el Águila Blanca, y es invencible.

—No vais a conseguir nada con esto, ¿me oyes? Esto no es nada más que piedra y madera y telas pintadas. No tiene valor. Voy a reconstruirlo más grande y más...

—¡No he sido yo! —miente el Usurpador.

La puerta del balcón escupe un humo cada vez más espeso. Un humo negro que se escapa como tentáculos o quizá incluso como dedos acusadores. Claro que ha sido él. Los suyos. Quién si no. Para vengarse, para arrebatarse una vez más lo que le pertenece...

—¡No mientas!

Las mentiras también son un tipo de traición y no lo permite. Se abalanza hacia el Usurpador al tiempo que este hace lo mismo. Caen al suelo, un suelo que quema al tacto, porque tienen el incendio bajo sus pies, convertidos en un amasijo de cuerpos en desesperada confrontación. Llega a hacer sangre de un pómulo partido y, a la vez, recibe golpes. Claro que recibe golpes, en el abdomen y en el costado, pero el dolor es bueno. El dolor enseña y hace más fuerte.

Luchan hasta que una nueva oleada de humo barre el balcón. Un aire que huele a resina calcinada le entra en los pulmones y le quema en la nariz. Tiene que soltar incluso al Usurpador porque la garganta se le cierra. Se arrodilla en el suelo, apartada de él. Cubriéndose la cara con las manos se gira para ver qué está ocurriendo, por qué tantísimo humo.

Está aquí, su consorte, tan hermoso como siempre, vestido como un rey. Después de ese humo que sale a presión y se lanza hacia el cielo nocturno, llega él rodeado de un torbellino de Aire limpio. Alto, terrible, hermoso. Atraviesa el balcón a grandes zancadas y arranca al Usurpador de encima de ella con un empujón brutal, un empujón que le manda contra la balaustrada.

Sabía que no la abandonaría; le juró lealtad hace mucho. Álek fue el primero en hacerlo poco después de conocerse y de enamorarse. Era tan dulce, tan

amable siempre... Solo por eso Zaaren habría sucumbido mil veces a esa debilidad que es el amor.

Es su consejo, su soporte, y también es su brazo ejecutor.

—¡Álek! Álek, cariño. —Se levanta como puede. Ese golpe en las costillas realmente ha sido más fuerte de lo que parecía, algo le punza dentro del pecho como si amenazara con atravesarle los órganos vitales—. Álek. —Se agarra a su mano, que la levanta. Detrás de ella, el Usurpador jadea agotado—. Ayúdame.

—He venido a buscarte. —Apenas le oye, habla en un susurro inclinándose hacia ella. La mano con la que la ha ayudado a levantarse sigue entrelazada con la suya—. Vamos. Te llevaré fuera, a salvo.

Álek tira de ella pero Zaaren se resiste. No, no. Eso no es lo que quiere oír en este momento cuando están tan cerca, cuando el enemigo prácticamente está derrotado.

—Vamos a marcharnos, sí, pero antes... —dice con una voz suave que solo ha escuchado él—. Sabes lo que tienes que hacer, ¿verdad?

Álek la entiende. No le gustará hacerlo. Lo ha dejado bien claro. Pero prometió estar a su lado siempre, siempre.

Se gira. Tiene los ojos entrecerrados, se está concentrando. Ascot Indrasil está herido. Tiene la cabeza inclinada hacia delante, hay sangre manándole de la coronilla. Se le resbala por las sienes y por la frente, de modo que parece que él también lleve una corona.

—Va a morir igualmente si lo dejamos aquí.

—No. —Zaaren frunce el ceño. Puede que esté agotado, herido. Lo más seguro es que, igual que ella, esté demasiado cansado para establecer cualquier tipo de Vínculo, pero se ha arriesgado demasiado. Le ha dejado vivir demasiadas veces—. Quiero verlo. Quiero que lo hagas tú. Tienes que ser tú. —Le toca los brazos fuertes y el cabello rubio y largo pero, entonces, él se aparta. Ese gesto es como un bofetón, un escupitajo en la cara, un desprecio—. Álek.

—No. —Álek sacude la cabeza—. No. Basta. Te lo... te lo he dicho antes, ¿verdad? Estoy seguro de que lo he dicho antes, sí... —Ya no está hablando para ella, sino para sí mismo. Álek se lleva las manos a las sienes como si tratara de recordar—. Ha habido demasiadas muertes.

—Esta será la última, te lo prometo. —El Usurpador, Ascot, ha levantado la cabeza. Tiene los ojos muy abiertos, pero no parece que los fije en nada. Ni siquiera parece saber que están hablando de él. Es el momento. Ahora. Ya nadie podrá cuestionar su derecho a gobernar—. Álek, hazlo.

Le ama, pero es débil. Siempre lo ha sido, ahí está la prueba y eso la enfurece porque su debilidad es contagiosa, la afecta también a ella, la mancha. Va a demostrárselo, decide. Incluso con el cuerpo resentido podrá hacerlo.

El Usurpador no se resiste cuando lo sujeta por las solapas de la casaca. Ya es un peso muerto. A Zaaren le arden los músculos de los brazos y de las piernas mientras tira de él hacia arriba y luego lo apoya contra la balaustrada del balcón.

En la plaza, la actividad se ha aquietado. Entre el humo que sube desde el piso inferior ve centenares, miles de personas, con las cabezas vueltas hacia arriba.

Solo tiene que empujar un poco más. Puede ella sola. Caerá sobre los escalones de la entrada.

—Zaaren. No lo hagas.

—No puedes decirme lo que tengo que hacer. ¡Tú menos que nadie! No tienes derecho. Tienes que obedecerme, ¿recuerdas?

Ya se ha cansado. Cierra el puño. Podrá. Es fuerte, tiene que poder. Siente un surtidor de energía dentro del pecho al hacerlo. Le ayuda a ignorar que el dolor también ha vuelto, multiplicado.

—Tienes que obedecerme —repite. Luego se detiene. Algo ha fallado. La inflexión de sus palabras no es la misma, suenan distinto, menos llenas. Siente como si la abandonaran las fuerzas, le castañetean los dientes y un temblor

como no había sentido nunca antes se extiende por todas sus extremidades. Álek se gira para mirarla.

—No quiero matar más. Te quiero. Lo sabes, ¿verdad? Pero estoy cansado de tanta muerte. Podríamos marcharnos lejos. ¿Qué te parece? A otro país. Sería como antes, tú y yo solos, sin tanta muerte.

—No. No, no. No voy a renunciar a lo que me pertenece, Álek.

Él tiene el descaro de adelantarse. Sujeta al Usurpador y vuelve a dejarlo en el suelo del balcón. No puede permitirse.

Lo agarra por los brazos. Si tan solo consiguiera darle el empujón final al Usurpador, todo estaría solucionado.

Álek se zafa de su agarre. Se abalanza sobre ella. Zaaren reconoce una llave inmovilizadora de las que les enseñaban en el Liceo. Odiaba ese lugar. Cuando Álek la sujeta fuerte contra su pecho casi puede notar toda la energía que emana de él transmitiéndosele a través de la piel. Y el viento. Un viento fortísimo mezclado de cenizas y fragmentos de madera calcinados.

Un viento que la levanta del suelo, que les impulsa a los dos hacia atrás. Ella se aferra a él.

Y, de repente, el vacío a sus pies.



Kózel se pregunta qué opinarían de ella sus descendientes si en el momento de su muerte hubiera aplausos y vítores.

Cuando ha visto caer ese bulto desde el balcón presidencial pensaba que podría ser cualquier otra cosa: unas cortinas arrancadas por la fuerza del Fuego, escombros. Ella, como mucha de la gente a su alrededor, ha seguido con la mirada la trayectoria de ese objeto extraño desde el balcón hasta que se ha precipitado sobre los escalones de la entrada del Parlamento salpicándolos

de sangre.

Ha sido al comprobar que se trataba de dos personas abrazadas, de Zaaren, el Águila Blanca, y de su consorte, y que corriera la voz de boca en boca y de persona en persona, que han comenzado los gritos de júbilo.

Ella no se une a la alegría general ni a la actividad frenética que de repente la rodea. Brynn, el detective que al final ha acabado sacándoles del palacio, se ha acercado a los cuerpos. Debe de haber comprobado que estaban muertos. Ella no ha querido acercarse. Entonces, el detective ha comenzado a gritar órdenes a diestro y siniestro mientras guardias de uniforme se apresuraban a obedecerlas. Sus compañeros del Liceo también se han puesto en acción apartando a la gente, haciendo lo que siempre han estado destinados a hacer: proteger a sus semejantes, ayudarlos. Vann estaría orgulloso.

Vann. Ha escuchado las sirenas de los cuadríciclos de los servicios de emergencia. Se lo han llevado, seguro. Está bien. Ya debe de estar recuperándose en algún hospital. Cuando pase todo, todo, irá a verle para reírse juntos de esas batas que ponen a los pacientes que dejan el culo al aire.

Han estallado algunas refriegas. Los Caballeros y los partidarios de Zaaren no cree que vayan a rendirse inmediatamente. El ruido, unido al del incendio, a las expresiones de alegría de la gente, es ensordecedor, pero a Kózel ahora no le importa todo eso.

Ella mira al balcón.

—Vamos, vamos... —Hay fuego por todas partes. Las llamas han alcanzado el techo del primer piso del palacio y se escapan por puertas y ventanas, hacia arriba. Ya llegan a la base del balcón y acarician los barrotes de piedra de la balaustrada. El edificio entero está envuelto en un humo negro que crea ilusiones de movimiento por doquier. Y cada vez que le parece ver una figura humana en ese humo, Kózel da un respingo—. Hérschel, maldita sea.

Ha ido tras Zaaren. Ella le ha dicho que fuera tras Zaaren. Antepasados, prácticamente le ha empujado hacia allá. Y sí, sí, Zaaren está muerta. Ha acabado todo, espera. Paz por fin, quizá una nueva oportunidad para construir

de verdad ese país en el que todos creían que vivían, pero ahora no ve a Lórim por ninguna parte. Estaba en el balcón con Zaaren. Desde donde está, porque Kózel no se ha movido, ni siquiera cuando un guardia bienintencionado ha tratado de apartarla del edificio en llamas, Kózel ha visto cómo ambos se enfrentaban.

¿Dónde está Lórim? No ha salido tampoco por la puerta principal. Todavía está a tiempo, ¿verdad?, se pregunta. Le pasan por la cabeza centenares de escenarios posibles. ¿Y si realmente no han ganado? ¿Y si esa lucha que ha acabado con Zaaren y Álek muertos sobre los escalones del Parlamento ha dejado a Lórim malherido, o incluso muerto él también? ¿Y si ha intentado salir y se ha quedado atrapado en algún salón con los cortinajes y los paneles de madera dorada de las paredes ardiendo?

Ella le ha dicho que fuera tras Zaaren. Que tenía que acabar con todo de una vez. ¿Cómo ha podido ser tan imbécil?

Acercarse a la entrada del Parlamento es como meterse en una sauna. Le arde el pecho, el ambiente es seco, horriblemente seco, lleno de humo, de olores extraños, químicos. Tiene que cubrirse los ojos con el brazo y, aun así, el resplandor que hay en el interior del edificio la deslumbra.

Se detiene. Respira, como puede, ese aire de horno. Si quiere entrar, porque para eso se ha acercado a la entrada, supone, para entrar, para sacar a Lórim de ahí como sea, entonces no puede hacerlo sin más. El propio incendio está creando una corriente de aire caliente que se escapa hacia el exterior y es esa corriente la que Kózel recoge con las palmas de las manos haciendo cazoleta, y la obliga a ir en dirección contraria para abrir una vía por la que el aire frío del exterior se cuele dentro del incendio. Si lograra aguantar así quizá...

—¿Qué haces?! ¡Kózel! ¡¿Qué Rayos estás haciendo?!

El tirón que le da Denna hace que pierda el control y, de repente, el aire ardiente vuelve a envolverla, le hace sentir la piel de los pómulos y de las manos tirantes y a un paso de la combustión.

—¿Qué te crees que estoy haciendo?!

Denna le sujeta las muñecas con fuerza, casi a la desesperada. Ahora se da cuenta de que está llorando.

—¡Estás yendo a una muerte segura tú también!

Y el de Denna no es un llanto discreto, no son cuatro lágrimas rodando elegantemente por sus mejillas. Tiene los ojos hinchados, la voz pastosa y, por entre sus palabras, se escapan sollozos. Ha dicho que ella también iría de cabeza a una muerte segura. Ese «también» es tan indicativo como devastador.

—No, no. —Porque cuanto más pueda negarlo, mejor—. Estará arriba. Lo más seguro es que esté herido...

—No está, Kózel. No... —Denna tiene que detenerse para respirar. Sigue sujetándola con fuerza, está tirando de ella lejos del incendio—. No está. —Kózel no quiere, no puede soportar esas palabras—. He intentado contactar con él. —Kózel niega con la cabeza. La boca, la garganta, se le cierran. Denna prácticamente la arrastra lejos, donde el aire es respirable—. No responde. Hemos intentado contactar con él. Muchos Aura, pero no hay ni rastro de él ni de su presencia. Creen... creo que...

—No lo sabemos. —¿Qué le pasa en la voz? Las palabras le raspan la garganta. La nota tan seca, agarrotada... Es el prelude de las lágrimas que a ella también comienzan a formársele en los párpados—. ¿Y si no está muerto y lo dejamos morir? ¿Eh? ¿De veras me estás pidiendo eso?

—¡No quiero dejar morir a Lórim! ¡No quiero! ¡Métetelo en la cabeza! —Denna la sacude con una rabia que la deja medio aturdida mientras su llanto se vuelve histérico—. Pero ¡tampoco quiero que mueras tú por nada!

Por supuesto que ella no quiere morir, pero hacerlo por intentar salvar a alguien, a su mejor amigo, no le parece morir por nada.

Ya lo ve todo borroso. Nota una presión creciente en el puente de la nariz. Con un último esfuerzo, logra apartar a Denna.

—Tengo que intentarlo, ¿de acuerdo? Solo... —Algo se derrumba cerca de ellas. Conoce el sonido de sobras, en un día lo ha escuchado más veces de las que querría. La vista se le va irremediabilmente hacia la fachada del

Parlamento. El gran frontón triangular que decora la puerta está en pie todavía, igual que la cúpula y, para su alivio, un alivio sin límites, el balcón también. Debe de haberse desmoronado alguna ala trasera del edificio—. Se nos acaba el tiempo, Denna. Déjame.

Denna sacude la cabeza, se tapa la boca con ambas manos como si quisiera ahogar un sollozo y, entonces, toma aire.

—Voy contigo. Quizá entre las dos...

—¡Denna! ¡Kózel!

Alguien se les acerca corriendo desde la plaza. Es Enzo, que tiene los ojos muy abiertos y el rostro lívido.

—No veo a Kástor por ninguna parte. Ni a él ni a Nero... Han salido del palacio. Les habéis visto, ¿verdad? —No es una pregunta, es una súplica—. ¿Verdad?



Lórim abre los ojos a un mundo que se desmorona. Lo ha despertado un ruido brusco. Algo se acaba de romper, algo grande como una parte del edificio, por ejemplo. No es la parte en la que está él, gracias a los Cielos. Todo a su alrededor es humo, llamas, crujidos y silbidos de todos los materiales combustibles del palacio que se hinchan y calientan cuando el Fuego comienza a devorarlos. El suelo en el que está apoyado le quema las palmas de las manos.

Ya sabe lo que ocurre ahora. No. No tiene que pensar en eso.

Estaba inconsciente, seguro. Ha sido bien por el golpe que ha recibido en la cabeza o bien por culpa del humo. Ninguna de las dos causas parece descabellada. Ha sido después de ver cómo Álek sujetaba a Zaaren y se lanzaba con ella al vacío.

Están muertos. Lórim se ha izado como ha podido sobre la baranda del balcón. Ha mirado abajo conteniendo un mareo de vértigo y les ha visto allí tendidos. Luego no recuerda nada salvo negrura y que acaba de despertar y que está solo. Recapitulando todo lo que ha ocurrido, la verdad es que podría darse por satisfecho. Al fin y al cabo, todo parece apuntar a que han ganado, si la muerte de alguien, incluso de tu peor enemigo, puede ser alguna vez una victoria.

Quizá deba moverse. Se nota los párpados pesados como si tuviera muchísimo sueño, pero decide que moverse sería una buena idea. Incluso consigue dar la orden a sus extremidades. Arriba, se dice, arriba. Aún adormilado y con la cabeza dándole vueltas sabe que no puede quedarse aquí. Hay mucho fuego. Y humo. Juraría que en algún lugar ha escuchado que lo verdaderamente peligroso es el humo. Puede hacerlo. En el diccionario, al lado de la palabra «optimismo» está su retrato. Lórim Hérshel no se rinde jamás. Es una manía que tiene.

De veras, Hérshel. Haz el favor de moverte, se repite. Suena muy convincente, debería hacerse caso. Apoya las manos en el suelo caliente. Cuenta mentalmente hasta tres. Al llegar a tres te levantas. Ya dormirás luego.

Luego cuenta hasta cinco. Y hasta diez. Al final el único movimiento que ha conseguido hacer ha sido el de acurrucarse todavía más contra la pared que tiene a su espalda.

Una idea le rumia en el fondo de la mente. Sabe lo que ocurre ahora. El final de la historia.

Lórim respira hondo. El aire parece tener menos sustancia. Hay poco oxígeno y demasiado de todo lo demás y eso hace que al final de esa bocanada de aire se eche a toser. Lo que le faltaba.

Quizá si cuenta hasta tres, o cinco, o diez de nuevo consiga levantarse.

Va a hacerlo, sí.

Solo tiene que dar el primer paso. Ese es el más difícil. Después, encontrar la salida será pan comido. Kózel le echará una bronca de espanto por haberla

hecho sufrir y Nero le dedicará una de esas miradas cómplices, porque Kózel siempre se preocupa demasiado.

Y no tiene por qué. Aquí está él, vivo y entero, ¿verdad? Más o menos entero por lo menos. Tiene un golpe bastante feo en la cabeza. Siempre acaba con golpes en la cabeza, suerte que la tiene muy dura.

Optimismo. Eso. No tiene que hacerle ni caso a esa idea que le ronda por la cabeza desde que ha abierto los ojos.

Lórim sonrío. Esa es la sonrisa que le va a dedicar a Kózel cuando la vea. Una de las suyas, un «te lo dije» convertido en una mueca burlona.

Levanta, vamos.

Pero si hace caso a esa idea, ¿qué? Esa que le dice que ya ha intentado ponerse en pie, pero que no le da el cuerpo para más. Sería la idea menos Lórim Hérshel de la historia, por muy cierta que resulte.

Tú puedes.

No, la verdad es que no puede.

Respira hondo tratando de controlar otro acceso de tos. El humo le quema. Eso debe de ser malísimo para la salud.

Y si no puede moverse, ¿qué pasa?

No vería más a sus amigas. No podría decirle a Denna que la quiere. No podría hacer nada de lo que tenía planeado. Le habría gustado volver al mar. Un viaje a la costa y, luego, quizá recorrer el mundo. Todo eso forma parte de su futuro imaginado. Cuando pensaba en ello, Lórim tenía futuro suficiente para hacer cualquier cosa.

Supone que hay partes buenas también. Optimismo ante todo, se recuerda. Decir que con la muerte de Zaaren acababa todo era solo una mentira piadosa, un poco de optimismo forzado. Todavía queda él. Todo el mundo ha visto su cara a estas alturas. Saben quién y qué es. Todavía podrían usarlo como símbolo, como excusa.

Mira hacia la puerta del balcón. El fuego se escapa por ahí y comienza a trepar por la cornisa decorada con estatuas de señoras y señores ligeros de

ropa con las que arranca la cúpula del Parlamento.

En cambio, si no se mueve de donde está, que al fin y al cabo se encuentra razonablemente cómodo en su rincón, y tampoco cree que lo que ocurra después le vaya a doler mucho, se asegura de que todo acabe de verdad. No más Dominio. No más Indrasil.

De hecho, si saliera de esta sería un engorro explicarles a todos esos Aura que han traicionado a Zaaren por él que en el fondo no quiere ser su Emperador.

Tamborilea el suelo con los dedos de la mano izquierda. Quizá sean imaginaciones tuyas pero parece que está más caliente todavía. Debajo de él debe de estar lo más virulento del incendio. Ya tiene narices que el palacio se esté quemando otra vez con él dentro. Quizá, antes de que lo mate el humo, lo va a matar la ironía de todo lo que está ocurriendo. O la caída si el balcón acaba por ceder.

Reconoce que le asusta un poco morir. Puede hacer un último intento de ponerse en pie y, si no puede, pues entonces ya está. Va a aceptar lo que ocurra después, sea lo que sea.

Uno, piensa. Dos. Tres. Va a darse hasta cinco. Pone las manos planas en el suelo y las plantas de los pies también. Comienza a hacer fuerza. Cuatro.

En la puerta del balcón, el fuego se agita. Ya ha visto algo así antes cuando ha llegado Álek entre un torbellino de Aire. Pero Álek está muerto. Esa figura que se recorta entre el humo y las llamas tiene que ser otra persona. Otras personas. Son dos.

Epílogo

13 de junio. Dos años más tarde. Liceo de la
Guardia y
Defensa Ciudadana de Blyd. 11.30 de la
mañana



Hace un día espléndido. Brilla el sol, aunque no hace un calor excesivo, de modo que el uniforme de gala del Liceo no resulta incómodo. La directora Vorak ha hecho un discurso solemne, sentido pero corto. Ha hablado de los que no han podido acabar el curso con ellos y que siguen enterrados en ese rincón tranquilo de los jardines. Hace ya dos años de eso. Les ha pedido que no los olviden. Luego ha dicho que ya eran guardias de pleno derecho y, aunque no exactamente con esas palabras, que se largaran de su vista, que no tenían nada más que enseñarles.

Ha terminado sus estudios en el Liceo.

Los últimos aplausos suenan satisfactoriamente por todo el recinto. Este año, por fin, han reconstruido e inaugurado el nuevo edificio de Administración. También tiene un patio porticado en medio, pero es más grande, más limpio. Lo único que se conserva de la antigua construcción es el escudo de las Familias tallado en alabastro con el lema del Liceo. Si uno se fija, se ve el

punto donde quedó partido por la mitad, separando las dos sílabas del «justos» en el «Libres. Iguales. Justos» que hay en la base del escudo. Ese defecto se habría podido arreglar fácilmente con un poco de Tierra y paciencia, pero a todos les pareció bien dejarlo así como recordatorio. La gente recuerda mucho ahora. Quizá no sea garantía para que no se repitan los errores del pasado, pero es un buen punto de partida.

—Pues ya está. —Nero se frota las palmas de las manos. Es un gesto de pura satisfacción, tanto como la sonrisa que comparte con el resto de sus compañeros mientras bajan de la tarima que, como cada año, se levanta en uno de los extremos del pórtico para que los alumnos que se gradúan reciban todos los honores—. ¿Vamos?

Kózel todavía se habría demorado un poco. A medida que se acercaba ese día ha ido imaginándose que podrían despedirse de todo. Un paseo por los jardines, una última ojeada a los aularios, una sentida despedida a la biblioteca, donde no tendrá que volver a trabajar más, gracias a los Antepasados.

Es una nostálgica. No puede evitarlo.

Al final solo han subido a las residencias, tan nuevas como el resto del Liceo, han acabado de despedirse de todas las compañeras con quienes se han encontrado y las tres han bajado arrastrando cada una su maleta.

—¿Te has decidido ya? —le pregunta a Denna cuando ya están a la altura de la avenida de las estatuas. La avenida también ha sido renovada completamente. Las esculturas de las nueve Familias están libres de líquenes y suciedad. En la plazoleta al final de la avenida, donde estaba el pedestal vacío de Dominio, se levanta un monolito de piedra gris—. Porque mientras Nedra Vorak decía eso de «Les esperan grandes cosas» en su discurso estoy segura de que estaba mirándote a ti.

—Al cien por cien —corroboraba Nero que, cuando pasa al lado del monolito, lo roza con los dedos. Lo pusieron al cumplirse un año de la destrucción del Liceo. Lleva grabados en oro los nombres de los alumnos y docentes que

murieron aquella noche.

Denna encoge los hombros.

—Todavía tengo una semana para decidirme —dice como si se tratara de todo el tiempo del mundo—. O más. Siempre estoy a tiempo de contactar con la hermana de Nedra por ese puesto en los Fantasmas que tantos éxitos y emociones...

—Y grandes cosas —musita Nero.

—Y grandes cosas —repite Denna poniendo los ojos en blanco, aunque sin perder el buen humor—, me ofrece.

Pobre Denna, piensa Kózel meneando la cabeza. Cuando pasó todo, su familia decidió repudiarla y ahora lleva todo el curso así, debatiéndose entre unirse a la Guardia como todos, comenzando desde abajo, o aceptar un puesto con los Fantasmas. Solían ser un secreto, de ahí el nombre, pero Aura vuelve a existir oficialmente en el país. Destapar la existencia de los Fantasmas era cuestión de buen gusto.

Nero y ella, en cambio, lo han tenido más fácil. Nero tiene una plaza en el norte, no en Urnabaun, donde tiene pendiente instaurar todas esas cosas modernas que se hacen en Blyd, como el baile por parejas, pero casi.

Ella se queda. Podría haber regresado a Hol Ibu. Total, eso de graduarse en el programa de Élite del Liceo, que tiene como una pátina extra de respetabilidad, era lo único que necesitaba para que su familia por fin estuviera conforme con lo que ha elegido para su vida. Ojalá lo hubiera sabido antes, que se habría ahorrado problemas.

Pero se queda, sí. Hay algunos departamentos de la Guardia donde una Ilusión con buenas habilidades está muy solicitada. Va a ser interesante.

Pese a todo, mientras caminan, se echa atrás un momento. Uno solo, una última ojeada antes de mirar hacia delante otra vez. Piensa en los que no han llegado hasta aquí con ellas y se le queda una sonrisa triste en los labios.

Salen del Liceo justo a tiempo para coger el metropolitano que las lleva a los Llanos, al sur de Blyd.

No sabe a partir de qué momento algo se convierte en tradición. Ella siempre ha sido bastante reticente a estas cosas, pero ahora cree que tienen una y no piensa romperla.

—¿Es esta? —pregunta Denna señalando con el mentón una casita pequeña rodeada de un jardín más bien selvático.

—Si no, espero que nos inviten a comer igualmente porque me muero de hambre —dice Nero meneando la cabeza.

Por suerte para ellas, y para las reservas de comida de los vecinos, es la casa que buscan. Por lo menos, es la casa en la que Enzo las está esperando y en la que las recibe con un abrazo.

—Bueno. Bueno. Enhorabuena a las tres. ¿Cómo ha ido? ¿Nedia Vorak también recicla los discursos de un año para el otro como lo hacía el pobre Director Nayer?

A finales del curso anterior, cuando Kástor y Enzo se graduaron, fueron a celebrarlo. Fue una noche de esas largas. De las que se recuerdan. Este año se han visto poco, pero unos días atrás Enzo les mandó un mensaje larguísimo por diario donde se repetía varias veces la palabra «barbacoa» y que acababa con un «no aceptaré un “no” por respuesta».

Enzo les hace atravesar el jardín delantero y les hace dejar las maletas en el salón de la casa, que tiene las paredes a rebosar de dibujos hechos a carboncillo.

—Y por aquí se va al jardín trasero —dice conduciéndolas hasta una puertecilla que hay al fondo de una cocina minúscula—. Ya las tenemos aquí —anuncia antes de cruzar él primero la puerta.

Es un jardín más largo que ancho. Al fondo, Kástor está ocupado. Es la maldición de los Fuego, siempre les toca encargarse de las barbacoas. Levanta la cabeza al escucharlas entrar y las mira con las cejas levantadas y una expresión suave, contenta. Denna y Nero van a saludarlo, pero espera que nadie la culpe si ella se acerca primero a la otra persona que está en el jardín. Acercarse es, en realidad, un eufemismo. Lo que hace es saltar sobre Vann

mientras piensa que, si en el proceso, le tira la bebida que tiene en la mano ya le conseguirán otra, porque hace muchos días que no le ve.

—Dichosas elecciones... —masculla aferrándose a él. Apoyada en su pecho, siente contra la mejilla la vibración de su cuerpo mientras se ríe.

—Espera, espera... déjame que te vea...

A regañadientes Kózel se aparta y, mientras Vann la mira con una mueca que solo puede ser de orgullo, ella dedica su tiempo a hacer lo mismo.

—¿Ya duermes? —pregunta ella mientras decide, automáticamente al verle las ojeras, que no.

—La cosa está muy reñida. Las encuestas dicen que puede haber un empate técnico entre varios partidos, así que dormir no se considera una necesidad básica hasta la semana que viene.

Estadísticas, encuestas, estrategias electorales. Se las sabe todas. Vann habla de ello a menudo y, porque tiene ese poder, logra que suenen interesantes. Kózel se permite fruncir el ceño una vez antes de cubrir de nuevo la distancia que la separa de Vann, pasarle un brazo por el cuello y obligarle a darle el beso que se ha ganado a pulso.

A veces, eso de verse tan poco se le hace difícil. Él siempre está ocupado, y ella también, pero lo intentan. Y lo intentarán. Cuando Vann asumió que, en su estado, no podría acabar el Liceo decidió llevar eso de cambiar el mundo para mejor hasta un nuevo nivel. Kózel jamás pensó que acabaría saliendo con un político, pero la vida da muchas vueltas. Siempre que pueden van a bailar, eso sí. Y salen a cenar y hacen cosas como aburrirse juntos sin peligro de muerte en el piso que él tiene alquilado en su barrio de toda la vida. Vann va a ser el primer político de la historia que cumpla todas, absolutamente todas sus promesas.

—Bueno, que hay que poner la mesa, no os penséis que os vais a escaquear vosotros dos —les llama Enzo, que tiene un brazo alrededor de la cintura de Kástor y sonríe con expresión radiante.

Desde que acabó todo, desde la muerte de Zaaren, parece que todo les vaya

bien y eso le produce una sensación indescriptible de alegría. Se lo merecen. Denna y Nero montan guardia al lado de la barbacoa y tienen mucha cara de hambre las dos.

—¿Yo tampoco? —pregunta Vann haciendo un mohín.

—Ni siquiera tú, Strainir, lo siento. —Vann encoge los hombros y le dedica un guiño. Solo parece triste un segundo y es cuando Kózel, sin poder evitarlo, posa la mirada sobre la manga izquierda de su jersey, pulcramente recogida en un dobladillo por encima del codo—. Vamos —insiste Enzo—, que ya está todo listo.

Entre los dos tienen que encontrar la vajilla y los cubiertos en la cocinita de la casa, tan estrecha que la operación cuenta, en los esquemas mentales de Kózel, como cinco minutos de arrumacos más.

La mesa está puesta enseguida. Siete platos, siete vasos y siete pares de cubiertos.

—A ver si nos hace esperar mucho este también... —musita Nero contrariada.

Como si la hubiera escuchado, desde el exterior de la casa escuchan una voz:

—¿Enzo? ¿Kástor? ¿Estáis ahí? ¡Siento llegar tarde! ¡La combinación del transporte público es horrible!

—Ya voy —dice Kástor entrando a la casa para salir al jardín delantero. Regresa seguido por un chico rubio y alto, de facciones afiladas, que se planta en medio del jardín y parece que dude un segundo sobre a quién saludar primero.

Y saluda primero a Denna mirándola como si el mundo entero, y no solo él, girara a su alrededor.

Kózel se lo va a perdonar por esta vez. Eso sí, cuando es su turno, le asalta con un abrazo que en algunos países podría considerarse agresión.

—Cómo estás, Ló... —Se muerde la lengua. A veces todavía se le escapa, pero se esfuerza.

—Muy bien. Muy bien, *Hoku* —susurra él, apretándola con fuerza también.

Los que están aquí conocen su verdadera identidad, su verdadero rostro, su verdadero nombre, aunque fuera inventado; pero hace tiempo decidieron que era mejor no arriesgarse. Aunque ella seguirá pensando en él como Lórim, lleve un nombre o, incluso, una cara distinta.

Ascot Indrasil murió en el incendio del Parlamento. Nero y Kástor sacaron a un Lórim Hérshel herido, casi muerto, por una de las puertas traseras. De haberle llevado con los sanadores directamente, alguien le habría reconocido tarde o temprano. Fue idea de Denna que ella le modificara las facciones. Tuvo que quedarse a su lado semanas hasta que se recuperó. Aprovecharon el tiempo. Ahora, incluso a ella le cuesta discernir qué parte de su rostro es la verdadera y cuál es Ilusión.

A él también le ve menos de lo que le gustaría. Vive en las afueras de la ciudad, en una zona tranquila. Y ayuda a la gente. Por lo menos está metido en una docena de proyectos de voluntariado que le consigue Vann. Se ven solo unas pocas veces al mes, pero sabe que es feliz. De eso está segura porque, a pesar de esos accesos de tos que cada vez son más frecuentes y de esa respiración que suena sibilante de vez en cuando, Ilusión o no, la sonrisa no se la han podido cambiar de ningún modo.

Es Kózel quien acaba soltándolo. Tiene que dejarlo abrazar a Nero, a Kástor, a Enzo y a Vann y mirar a Denna con adoración un poco más.

—Bueno —dice él al fin pasándose una mano por el pelo rubio. Le queda en punta, pero cree que lo ha hecho a propósito—. ¿No os estáis muriendo de hambre?

Agradecimientos y recuerdos

Escribir esta trilogía ha sido toda una aventura. Una aventura que comenzó como un sueño imposible allá por 2007 y que nos ha hecho felices, muy felices. También hemos llorado, para qué nos vamos a engañar.

Pero, por suerte, nada de todo esto ha terminado en asesinato. Si se mira por el lado positivo, es un plus. Podremos seguir escribiendo juntos.

Y agradeciendo tanto, tantísimo, tantas, tantísimas, cosas, que tendríamos que escribir otras quinientas páginas solo para mencionar cada detalle y a cada persona que nos ha acompañado en este camino.

Pero no podíamos cerrar página sin agradecer, una vez más (y siempre), a Cristina, Elena, Flor, Joan, Julia, Lali, Marta y Paz esa generosidad sin límites que nos han demostrado, ese apoyo constante. Gracias, gracias de verdad por comenzar esta aventura con nosotros, por las conversaciones surrealistas por msn, por cada «BLAM», por cada «Commmmm!» y por cada OEOEOEOEMAMA. Vuestros corazones laten junto a los nuestros en esta historia.

Gracias a todos nuestros amigos de la agencia IMC y de la editorial Montena, por escucharnos siempre.

Gracias a Victoria, Selene, Iria, Marta, Clara, Nuria y África, porque no se nos ocurre mejor *squad* que vosotras. Porque a vuestro lado, con vuestro talento, vuestras historias, vuestra generosidad y vuestro cariño, nos hacemos más grandes. Nos sentimos acompañados.

Gracias a los integrantes del *Templo de las Mil Puertas*, porque no saben la puerta tan enorme que nos abrieron.

Gracias a los organizadores, participantes y asistentes de cada festival

Celsius 232, porque le dan mucho sentido a esto de escribir.

Gracias, por supuesto, a nuestras familias, a nuestras amigas y amigos, a nuestros seres queridos. No sabéis lo importante que es vuestro apoyo diario, vuestra paciencia, vuestra comprensión y vuestra empatía. Sin todo eso, jamás podríamos haber escrito esta historia.

Gracias, por supuesto, a todos los lectores, reseñadores y a todos los que nos han conocido y hemos conocido a través de esta historia. Sois increíbles y sois muchos, por eso no os podemos mencionar a todos, pero que sepáis que a veces nosotros hablamos de vosotros y que os lanzamos corazones desde la distancia.

Y, por supuesto, por supuestísimo, gracias especiales, de las que se dan con reverencia y todo, a ti, que has llegado hasta aquí.

Las Familias de Nylert



Las Bajas Familias

Tierra



La Familia Tierra es la más extendida en Nylert. Sus miembros tienen la capacidad de Vincular su poder con la tierra, la roca y la arena. Hasta el advenimiento de la Primera Revolución, la Familia Tierra formaba la clase más baja de la sociedad del país, encargándose del trabajo en los campos de labranza o en las fábricas y factorías de Blyd y sus alrededores.

Agua



Originaria de las zonas costeras y de las riberas de los grandes ríos de Nylert, los Agua controlan este elemento tanto en su forma líquida como sólida, llegando a formar hielo apenas sin dificultad. Junto a los Tierra, antes de la Revolución se encargaban de los trabajos más duros en el campo y formaban el proletariado urbano.

Aire



Originarios de las llanuras, vinculan el Aire y el viento, incluso llegando a

desarrollar un cierto control sobre el clima. Es la tercera de las Bajas Familias que se rebeló contra el Dominio de la dinastía Indrasil durante la Revolución de Agosto de 1928.

Familias Libres

Escudo



Familia muy minoritaria, se cree originaria de Xool, al sudeste de Nylert. Los Escudo son capaces de bloquear y contener la energía de otras Familias y crear barreras protectoras a su alrededor o sobre objetos físicos. Tradicionalmente, los Escudo ofrecían sus servicios como sirvientes y asistentes de las Altas Familias.

Ilusión



Originarios de zonas de clima tropical y subtropical, como el archipiélago Korués, los miembros de la Familia Ilusión controlan las ondas de luz y sonido. En consecuencia, tradicionalmente se ha relacionado a los Ilusión con el mundo del espectáculo y de las artes escénicas.

Azar



Azar como Familia se localiza casi exclusivamente en áreas muy remotas y montañosas de Nylert. Contrariamente a las creencias populares, los miembros

de esta Familia no son capaces de prever el futuro, sino de intuir el propio tejido del espacio y el tiempo, traduciéndolo en probabilidades. El abuso de Azar provoca una pérdida paulatina de contacto con la realidad.

Las Altas Familias

Fuego



Aunque en sus orígenes era considerada una más de las Bajas Familias, Fuego se ganó un lugar entre la aristocracia por sus cualidades para la guerra y el combate. Los más fuertes de entre los Fuego formaron el cuerpo de guardia personal del Emperador Indrasil, los Caballeros del Águila. Con la caída del Imperio, los Fuego también perdieron todos sus privilegios.

Rayo



Históricamente, la baja aristocracia rural de Nylert, aunque se la considera una variación de la Familia Aire. Son capaces de producir descargas de electricidad a voluntad. Sin embargo, a pesar de tener una gran capacidad destructiva, su poder se considera altamente inestable y difícil de controlar.

Aura



La alta aristocracia de Nylert, capaz de leer el pensamiento y la única Familia capaz de reconocer (aunque no evitar) Dominio. Antes de la Primera

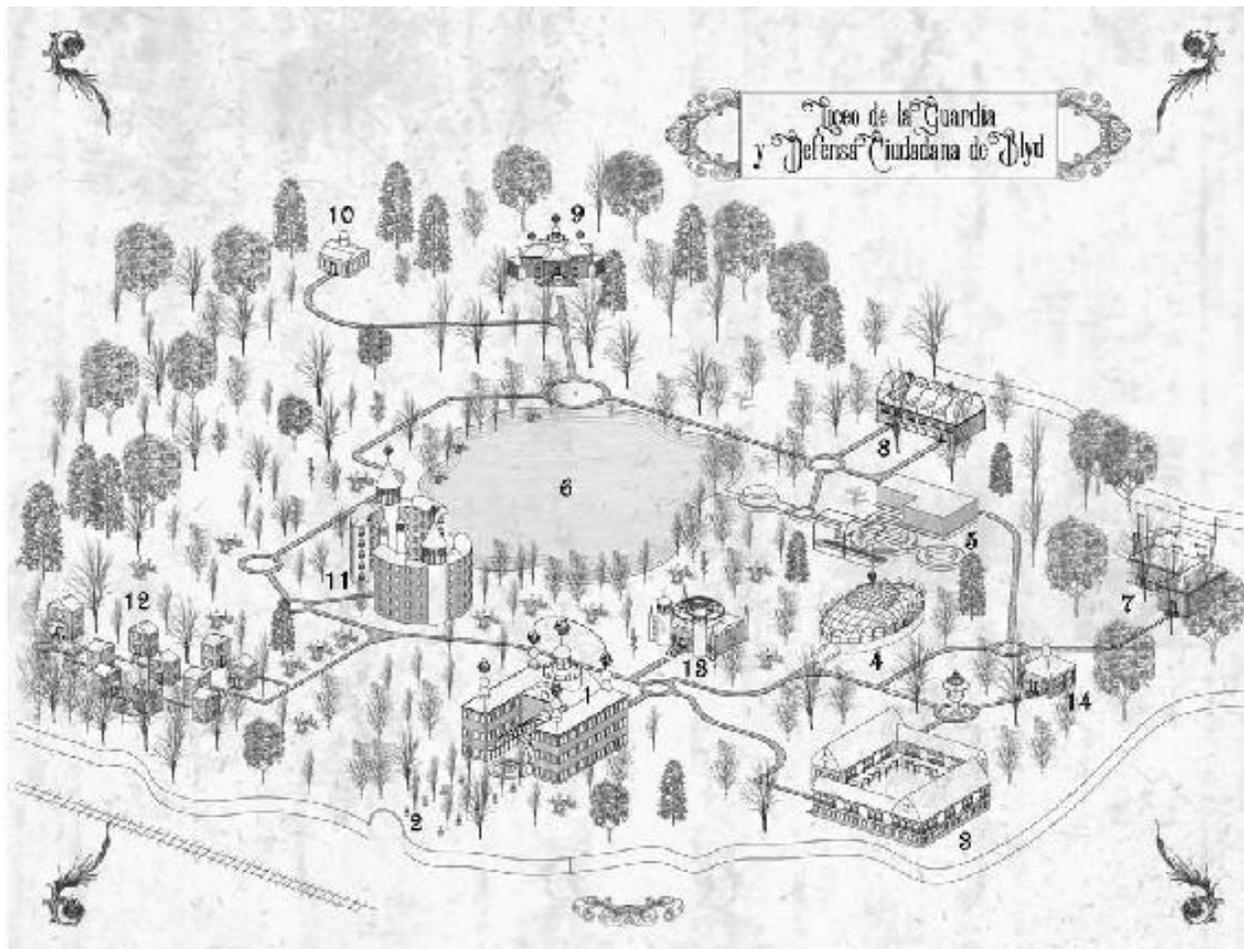
Revolución ocupaban los cargos más altos del gobierno. Actuaban a la vez como consejeros y posibles frenos contra los abusos del Emperador. A causa de la Revolución, la mayor parte de los Aura huyó del país.

La Familia Imperial

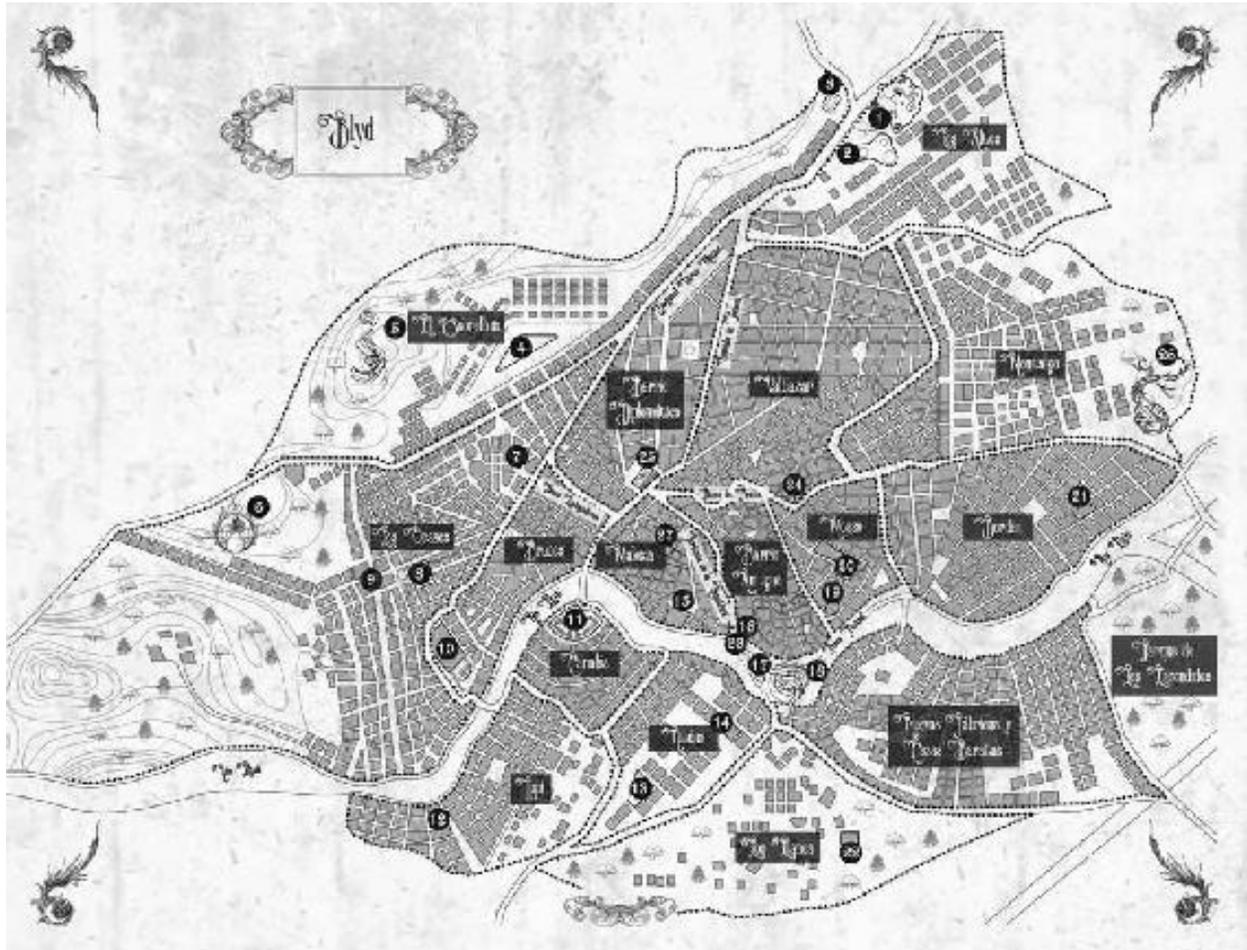
Dominio



Aparecida como una variante más poderosa de Aura, Dominio puede leer pensamientos y manipularlos a voluntad, lo que propició el ascenso de la dinastía Indrasil al trono imperial de Nylert. Tras la Revolución, se considera una Familia extinta.



1. Edificio de Administración, 2. Avenida de las Estatuas, 3. Aularios, 4. Gimnasio, 5. Pistas, 6. Lago, 7. Caballerizas antiguas, 8. Gimnasio antiguo, 9. Biblioteca, 10. Archivos, 11. Residencias, 12. Casas de los Profesores, 13. Cafetería, 14. Enfermería



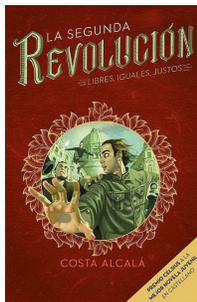
1. Liceo de la Guardia, 2. Instalaciones J. Inter., 3. Estadio Balón Prisionero, 4. Cementerio Norte, 5. Templo del Aire, 6. Templo del Fuego, 7. Mausoleo Indrasil, 8. Hospital, 9. Plaza 4 Estaciones, 10. Estación O. Velorrail, 11. Muelles, 12. Casa de Denna, 13. Cementerio Sur, 14. Casa de Brynn, 15. Palacio de Justicia, 16. Casa de Enzo, 17. Torre del Águila, 18. Templo del Agua, 19. Teatro, 20. Estación Aérea Varno Monsett, 21. Casa de Vann, 22. Casa de Kástor, 23. Arco de Triunfo, 24. Casa de la Guardia, 25. Parlamento, 26. Templo de Tierra, 27. Ayuntamiento

Tras la aparición del Águila Blanca, la situación en Nylert se ha vuelto insostenible. La sociedad se divide.

El odio está cada vez más presente.

El viejo orden de los Dominio ya es más que una amenaza.

#SegundaRevolución



Lórim, Kózel y sus compañeros del Liceo, por un lado, y el detective Brynn junto con los pocos aliados que le quedan en la Guardia, por el otro, tendrán que encontrar la manera de derrotar al Águila Blanca aunque eso signifique jugar a su mismo juego, un juego muy peligroso.

Se avecina una Segunda Revolución que podría devolver el trono a los Indrasil o desterrarlos, esta vez, para siempre.

Geòrgia COSTA y **Fer ALCALÁ** se conocieron hace más de diez años navegando por los mares del fandom en internet. Ahora no tienen más remedio que hacerse pasar por adultos: Geòrgia pasea turistas por las calles de Tarragona y Fer es profesor en un instituto de Cáceres. Sin embargo, lo que más les gusta es enfundarse el traje de Costa Alcalá y convertirse en novelistas 24/7, porque Geòrgia escribe muy tarde por las noches y Fer muy temprano por las mañanas. El resto del tiempo se las apañan para estar más o menos de acuerdo con el resultado. *La Segunda Revolución* es su primer trabajo como Costa Alcalá.

Edición en formato digital: marzo de 2019

© 2019, Geòrgia Costa, Fernando Alcalá

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Cela Janiec, por las ilustraciones

Idea original de Geòrgia Costa y Fernando Alcalá

© 2019, Alejandro Ciudad Álvarez, por los planos y mapas

Idea original de Geòrgia Costa y Fernando Alcalá

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Paola Timonet

Ilustración de portada: © 2019, Escletxa

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 78-84-17671-35-8

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Libres, Iguales, Justos

Lunes, 15 de junio.

PRIMERA PARTE

Lunes, 21 de septiembre.

Lunes, 21 de septiembre.

Miércoles, 30 de septiembre.

Viernes, 2 de octubre.

Sábado, 3 de octubre.

Sábado, 3 de octubre.

Domingo, 4 de octubre.

SEGUNDA PARTE

Martes, 6 de octubre.

Jueves, 8 de octubre.

Jueves, 8 de octubre.

Viernes, 9 de octubre.

Sábado, 10 de octubre.

Sábado, 10 de octubre.

Sábado, 10 de octubre.

Sábado, 10 de octubre.

Domingo, 11 de octubre.

TERCERA PARTE

Viernes, 16 de octubre.

Sábado, 17 de octubre.

Sábado, 24 de octubre.

Domingo, 25 de octubre.

Domingo, 25 de octubre.

Epílogo

Agradecimientos y recuerdos

Las Familias de Nylert

Las Bajas Familias

Familias Libres

Las Altas Familias

La Familia Imperial

Mapas

Liceo de la Guardia y Defensa Ciudadana Blyd

Blyd

Sobre este libro

Sobre Costa Alcalá

Créditos